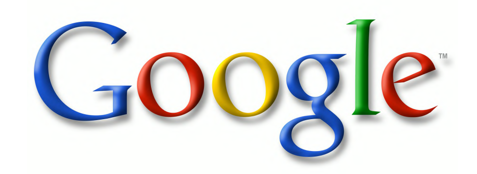
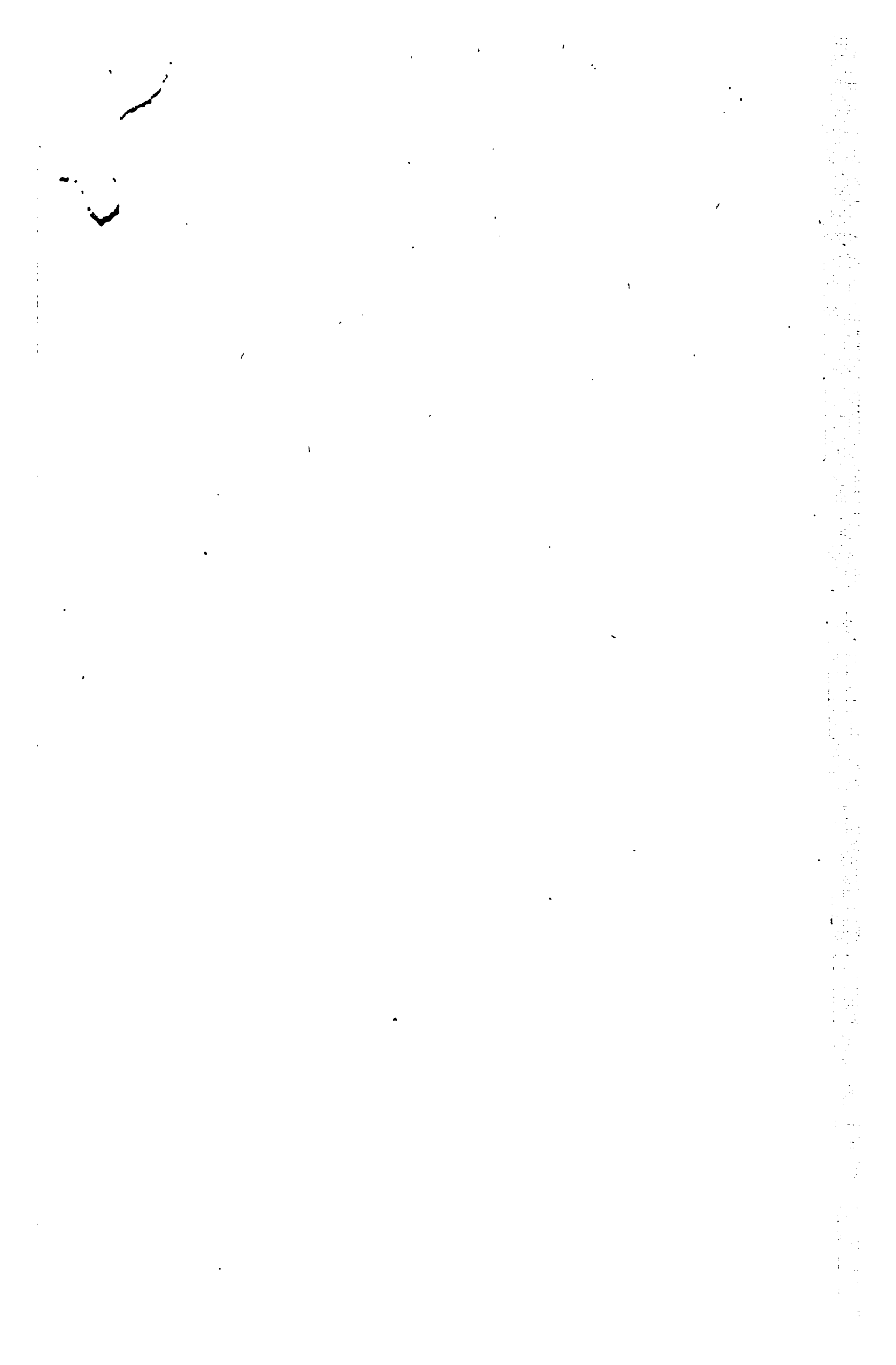
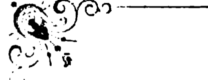







DIÁLOGOS

DE LA MONTERÍA

MANUSCRITO INÉDITO

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

PUBLÍCALO

LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES



MADRID

—

MDCCCXC






DIÁLOGOS DE LA MONTERÍA

MADRID: 1890.—Imprenta y fundición de M. Tello, Impresor de Cámara de S. M.
Don Evaristo, 8.—Telefono 3.103.

DIÁLOGOS

DE LA MONTERÍA

MANUSCRITO INÉDITO

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

PUBLÍCALO

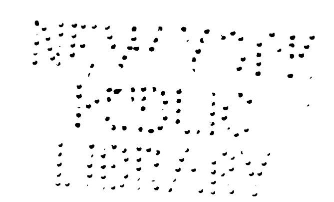
LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

[Libros publicados. no. 27]

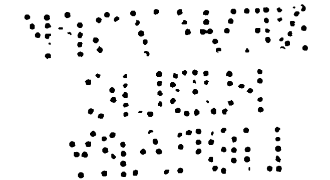


MADRID

MDCCCXC



NÚM. 251





INTRODUCCIÓN.

El ejercicio de la caza es sin disputa el más generalizado y excelente entre todos los deportes conocidos. Ya se le considere como necesario á la vida; ora se atienda á su ilustre y rancio abolengo, por su uso en épocas dadas reservado tan sólo á príncipes y magnates; míresele bajo el aspecto higiénico como el más útil y conveniente á la salud del hombre, siempre resultará la diversión de la caza la más antigua, honesta y deportosa de todas las recreaciones corporales. No es mucho, pues, que reyes y grandes señores, filósofos y teólogos, poetas y literatos, y aun juristas, la ensalcen y la encomien á porfía pregonando sus loanzas en códices y en libros que constituyen el rico tesoro de nuestra literatura venatoria. Inédito permanece todavía el *Verjel de los Príncipes* que el sabio y famoso Obispo Roderico Sánchez de Arévalo, siendo Deán de Sevilla, enderezó al Rey Don Enrique IV de Castilla, uno de cuyos tratados, el

de *la caza é monte,* relata en limpia y tersa prosa castellana «las doce excellencias é otras singulares perrogativas de que es decorado é illustrado el noble exercicio de la caza.»

Si, pues, damos con una diversión tan extendida y que cuenta tantos entusiastas adeptos, la publicación de un libro antiguo de venación ha de ser por modo igual agradable á cazadores y literatos: á los unos instruye revelando preceptos y secretos que ignoran tal vez por no haberlos nunca leído en análogos tratados; á los otros les deleita y les enseña también por las descripciones pintorescas de lances, costumbres, sitios y personas, cuyos nombres han llegado á nosotros cual eco de remotos tiempos.

Esto sucede con los libros de cetrería, que aun no siendo prácticos en el día, desusado como está su ejercicio de entre nosotros mucho tiempo há, se imprimen no obstante y son estudiados, como acontece con el *Libro de las aves de caza* del Canciller Pero López de Ayala, el del Príncipe Don Juan Manuel y el de Juan de Sant-Fagún, cual monumentos filológicos y narraciones históricas de pasadas centurias.

Á este aspecto, reunen los libros de montería la ventaja de sus reglas, avisos y consejos, siempre útiles y aprovechables siempre para quien quiera estudiar teóricamente el arte de la caza en las clásicas obras del Rey D. Alonso XI, del ballestero Juan Mateos ó de Martínez de Espinar.

Dentro de la categoría de libro docente ó didáctico están comprendidos los Diálogos de la Montería. Escritos parecen por viejo cazador, impenitente y entusiasta, en quien la afición rayana en manía, ó el cumplimiento de un deber quizás por razón del cargo, le han hecho vivir constantemente en bosques y montes en inmediato y continuo contacto con los animales, cuya naturaleza, costumbres y astucias describe y cuenta por modo tan minucioso y tan nuevo, cual no lo hemos visto en libro alguno referido con tal riqueza y primor. Ducho en los secretos de su arte, conocedor como pocos de los tiempos y sitios y maneras de cazar, realzado todo esto por una práctica larga, hacen de su libro un tratado de caza por todo extremo interesante é instructivo. Quítale la forma dialogada la monótona aridez que en puntos determinados pudieran tener los largos parlamentos, y amenízanlo frecuentemente humorísticas digresiones, relatos y consejas, y continuadas citas de los clásicos griegos y latinos (cuyos versos á las veces vierte á nuestro idioma) y de nuestros principales poetas del siglo xvi, de alguno de los cuales, de Barahona de Soto, nos da á conocer trozos de la segunda parte de *La Angélica*, desconocida, si no perdida del todo, para las letras patrias. Revela con todo esto y con los textos y autores que de diversas materias exhibe y nombra, tal caudal de conocimientos y una suma de erudición tal, que no se compaginan bien con el rudo oficio de mon-

tero, como mal se hermanan la vida nómada del cazador de oficio con las aficiones poéticas y los estudios literarios.

El estilo del libro no peca de atildado ni correcto todas las veces, y sin ser por completo abandonado, abunda en giros obscuros, repeticiones de palabras y faltas de pulimento, que manifiestan en el anónimo y desconocido autor mayor deseo y esmero en enseñar que en cuidar del lenguaje y de la elegancia de los conceptos; pero delatando siempre un talento y una instrucción en su arte poco comunes.

Natural era, por tanto, con tales condiciones dignas de todo aprecio, que persona tan erudita, competente y del refinado gusto literario como el malogrado D. Miguel Lafuente Alcántara, les dedicase á los presentes Diálogos, en su primoroso librito *Investigaciones sobre la montería*, estos merecidos encomios:

«Entre todos los libros impresos y manuscritos que conocemos en España sobre la caza, el anónimo de los Diálogos es, en nuestro juicio, el más prolijo y perfecto. La erudición, el buen lenguaje, la naturalidad de las observaciones que ocurren á los interlocutores y los útiles avisos que se consignan en sus voluminosas páginas, constituyen de esta obra un tratado general é inmejorable. Aunque parece por su título limitado al ejercicio de la montería ó caza mayor, se extiende, sin embargo, á la caza de perdices y demás artículos de volatería, y á la menor, como liebres, conejos, etc.»

Poco podemos añadir desgraciadamente á las anteriores noticias que nos ilustre acerca del libro y de su incógnito autor. La admiración que siente por el egregio vate lucenés y la serie de versos que toma de *La Angélica*, impresa como es sabido en Granada, unido á vagas referencias de amigos suyos en la hermosa ciudad de la Alhambra y á algunas citas que hace de modos de cazar en Sierra Morena, indujéronme á pensar si sería granadino el tal autor, abonando esta conjetura hasta la coincidencia de haber sido notoriamente andaluces los dos copistas que pusieron mano en el libro, pues así lo delata, entre otras cosas, el uso de la *z* por la *c* y por la *s*. Destruye en parte esta sospecha la insistente porfía de concretar sus experiencias venatorias á las sierras de Cuenca y de Molina, donde también hubieron precisamente de suceder algunos lances y anécdotas que refiere, sin que esto obste á que, siendo andaluz, los azares de su cargo hubiéranlo llevado por largos años á residir en Cuenca y su comarca. Y no es que de propósito se envolviese nuestro escritor cinegético en estudiado misterio, que su repetida frase de «*nosotros los monteros,*» y la que una vez desliza «*entiéndase que yo escribo para un Príncipe,*» nos autorizan á pensar si la hubo de componer algún montero principal de Felipe II dedicándosela quizás á su primogénito el Príncipe.

Lo que hay es, y no lo dice el Sr. Lafuente Alcántara, que el manuscrito de la Biblioteca de la

Academia de la Historia, único ejemplar que del libro se conoce, está á todas luces falto de introducción y de portada y dedicatoria, donde aparecería seguramente el nombre del autor. Comienza la copia con «El libro primero,» y ya en él hacemos notar que se menciona á Hermes inventor de los DIÁLOGOS, *como denantes dijimos;* prueba concluyente que ese *denantes* se había de referir por fuerza al prólogo, introducción ó preliminar con que lo ilustrara, y aun que en él explicaría la razón ó motivo de escribirlo en diálogos, cuando trae á cuento á su inventor Hermes. Al perderse el prólogo hubo de perderse la portada y la dedicatoria que naturalmente le precederían, dejándonos con su extravío en tinieblas completas acerca del nombre y patria de su autor. Que el manuscrito fué á parar á manos de persona de importancia, claramente lo revelan sus de antiguo dorados y lujosos cantos, y la pérdida de varios de sus folios podía explicarse al ser encuadernado muy posteriormente en la más que modesta y modernísima envoltura que en el día lo cubre.

Las doscientas y cuatro hojas en folio de que consta son de diminuta y no muy clara letra, ó letras mejor dicho, pues parece han sido dos los copistas que lo escribieron; carece en absoluto de puntuación; los períodos se aglomeran sin separación de párrafos ni oraciones, y el uso de las mayúsculas es completamente arbitrario. Cuanto á la ortografía, no es sólo caprichosa, si que tam-

bién detestable á tal punto, que forzoso me ha sido modernizarla y corregirla, respetando empero las leyes de la fonética en las voces típicas y características de la época, no obstante la falta de norma y de criterio con que fueron empleadas, pues á menudo sucede encontrarse en un mismo período las palabras *duda* y *dubda*, *paresce* y *parece*, *suceso* y *subceso*, *tirarle* y *tiralle*, *tendrá* y *terná*, *pasá* y *pasad*, y otras que me he creído en el caso de respetar con todo rigor, siguiendo fielmente el original, á fin de que el lector vea y sepa que de ambos modos fueron usadas por quien lo escribió.

Una sola licencia me he tomado en obsequio á los lectores: la de añadir un índice breve ó somero extracto de lo contenido en los quince libros en que se divide la obra, pues careciendo aquéllos de epígrafes en el original, sería sin el índice prolija y dificultosa la consulta ó el estudio de un punto determinado.

El libro hubo de escribirse seguramente en el último tercio del siglo XVI: así lo confirman el estilo y la letra de consuno, como lo comprueban también las citas del *Orlando*, *La Angélica* y las obras de Garcilaso, todas tan en boga en aquella época; y aun queriendo hilar más delgado, pudiéramos por conjetura presumir que estos DIÁLOGOS hubieron de escribirse después del 1568, año en que el protonotario Luis Pérez publicó en Valladolid su conocida obra *Del can y del caballo*, de que habla ya nuestro autor, y antes del 1582, en que Ar-

gote de Molina dió á la estampa en Sevilla el *Libro de la Montería*, que de haber corrido impreso á la sazón, no hubiera dejado de mencionarlo el instruído y docto montero, que para nada lo mienta, cuando su flaco son precisamente las citas, referencias y testimonios de otros escritores.

Si, pues, se trata del libro más «prolijo y perfecto» que de caza se ha escrito en España, y si por ende no existe otro ni más ejemplar que el de la Real Academia de la Historia, el darlo á conocer mostrando sus enseñanzas y divulgando sus preceptos ha de ser, sin controversia, uno más entre los muchos beneficios literarios que de continuo practica y ejecuta la Sociedad de Bibliófilos Españoles.

FRANCISCO R. DE UHAGÓN.





LIBRO PRIMERO

DE LA MONTERÍA.

COLOQUIO PRIMERO.

INTERLOCUTORES.

SOLINO.—SILVANO.—MONTANO.

Sol. ¿Qué novedad es ésta? ¿Es cierto lo que veo? No sé si deba confiar de mis ojos negocio de tanta dificultad: ¡un hombre filósofo, caballero cuerdo y aun perezoso, y encontrarle antes que el sol se levante vestido de verde y con hábito ligero! Por vuestra vida, señor Silvano, que me declaréis qué tiene que ver montera y casaca, gregüesco y alfanje, y ballesta, con la nobleza que heredásteis y la filosofía que profesáis. ¿Por ventura ha llegado por vuestra casa la pragmática de Momo, y mándaos también á vos que andéis al revés del mundo, como á la gente vulgar y sin cabeza ni estilo de vida política? ¿No fuera mejor dejar ese hábito para nuestro amigo Montano, que toda la noche anda hecho un Endimión, perdiendo el seso tras la luna, y todo el día un Acteón, perdiendo la hacienda tras sabuesos y ventores?

Sil. Bien se os paresce, señor Solino, que sois caballero á las derechas, pues de muy colérico y apasionado os olvidáis de dar los buenos días á los amigos; mas con pa-

garos en lo mismo quedaré satisfecho, y de lo que me preguntáis, si no os fuere enojoso, llevaréis en breve respuesta con disculpa, y tal, que satisfaga á vuestra admiración: pocos días há que estuve yo en este error que vos llamáis cordura, y entendía que solamente le era lícito á un caballero tener una recámara adornada de vestidos honestos y galanos, y de algunas armas para varia destreza, y de algunos instrumentos músicos, y siendo, como yo lo soy, aficionado á letras, tener un estudio con cuatro docenas de libros toscanos y latinos, que no es poco ser algo en todo, y en lo demás encomendarse hombre á la buena vida y á la conversación y entretenimiento de los amigos; mas viniendo un día á mi casa Montano, y tratando de no sé qué contezuelos que le habían sucedido cazando, yo me comencé á reir y á estimar en poco el tiempo que á mi parescer había gastado mal en aquel ejercicio infructuoso y molesto, y aun tuve osadía, como vos agora, de reprendelle, y él aunque con mucha discreción lo procuró llevar al principio, al fin, viéndose más que quisiera apretado y en necesidad, revolvió sobre mí, probándome con muchas razones la que tenía en darse á tan loable género de vida, y probóme que era más lícita para un caballero, que las que yo y vos tenemos.

Sol. Aficionado le debéis de ser, pues tan presto os persuadieron sus razones, que no serían muy fundadas en derecho divino ni humano.

Sil. Verdad es que él no ha gastado el tiempo en tantas filosofías como nosotros; pero es de su naturaleza discreto y bien compuesto, y ha visto curiosamente lo que se le ha ofrescido en libros de nuestra lengua, y ayudado de eso y de lo que la ocasión y el enojo le debieron ofrescer, yo os digo que supo defender tan bien su particular, que no lo hicieran mejor Cicerón ni Demóstenes.

Sol. ¿Qué pudieron ayudalle cuatro libros mal escritos que hay en nuestra lengua, y ocho mal traducidos?

SIL. Dejemos aparte eso, que si lo consideráis, poco hay en las extranjeras que no esté ó de propósito ó acaso tocado en la nuestra; mas cuanto á lo primero, él me preguntó si tenían los filósofos y caballeros en alguna veneración á Homero; yo le respondí que ningún autor profano ha merecido tanta gloria, porque entre los filósofos, Platón y Aristóteles y todos los demás le citan en sus escritos y le tienen por oráculo; y entre los caballeros, Alejandro le tuvo siempre en su almohada de noche, y en sus manos de día, y adoraba su sombra y reverenciaba su nombre donde le oía; y Filadelfo gastó gran suma de dineros por juntar sus obras, y al fin estúvele diciendo mil alabanzas de él, sin entender dónde iba á parar, porque después de habelle yo encumbrado me dijo: ¿de suerte que todo lo que Homero escribió es un ejemplo de la vida humana, y aun que en deleitosas fábulas escondió misteriosamente todo lo que en cada suerte de hombres es lícito y necesario? yo le dije que sí; á esto acudió él discreta y astutamente diciendo: ¿quién, por vuestra vida, es el ejemplo que ahí puso más justo para un caballero mozo y libre de gobernación? yo le respondí que el fiero y valeroso Achiles, porque Agamenón es ejemplo de un Gobernador y Capitán excelente, y Néstor de un Consiliario de mucha discreción y prudencia, y Ulises un soldado astutísimo y diligente, y Patroclo un espejo de amistad. Parad, dijo entonces Montano, y no paséis adelante; ¿cómo dice Homero que crió el sabio Quirón á su discípulo Achiles para que fuese caballero tan generoso y de tanto valor como decís, y en qué ejercicios le entretuvo antes que fuese á la guerra de Troya? Ejercitando las armas y música, dije yo, y á veces cazando con su amigo Patroclo. Por ahí os condenásteis, replicó Montano; que si Homero tiene el crédito que decís, y pretende mostrarnos el género y estilo de vida que en razón debemos tener, pues criando á Achiles quiso que se ocupase en estos ejercicios; por ahí nos quiere en-

señar que un caballero mozo y bien nacido de quien se tienen tales esperanzas como él las va concibiendo de Achiles, no debe emplearse estando en paz en otra cosa que en esas tres: para relevar el ánimo de los cuidados y tristezas, en música; para ejercitar el cuerpo, en la destreza; y para lo uno y lo otro, en la caza. No contento Montano en este ejercicio, sólo dejando á Homero me hizo las preguntas mismas en Virgilio, y me probó lo mismo en Julio, Ascanio y Eneas, que son los personajes que visten de valor toda su ingeniosa fábrica, y trújome la caza de Eneas y Dido, y después aquélla en que fué muerto el ciervo de Lavinia; después discurriendo por orden me fué probando que la mayor parte de los hombres notables del mundo fueron cazadores; hízome entender que Hércules lo había sido y que todas sus heróicas proezas nacieron de la caza; así aquélla de la serpiente en la laguna Leernea, como la muerte del león de Licaonia y del jabalí de Diana, y al fin subiéndose en alto aún me probó que los Dioses fingidos de la gentilidad fueron cazadores, como Apolo y esotros de que están los libros llenos, y concluyó diciendo mal de aquéllos que habían sentido mal de un entretenimiento tan loable y digno de Príncipes y Reyes. Holgára de tener finalmente las palabras vivas como tengo las imágenes de los ejemplos que me pintó, para satisfaceros de la manera que lo quedé de vuestras dudas y de las que aún no habéis pensado, y de sutiles se os pasan por alto.

Sol. Espantado me habéis que Montano supo discurrir tan bien y probar lo que pretendía, siendo tan fuera de orden.

Sil. No paró en Homero y Virgilio, que luego se bajó á la lengua toscana y á nuestra española, y con los príncipes de ella me probó lo mismo.

Sol. Holgaré de ver cómo, que yo no entiendo que nuestros autores han tenido cuenta con esas menudencias.

Sil. Yo os lo diré. Él me preguntó en qué posesión se

tenía el Boyardo entre los toscanos; yo le dije que en la misma que el Virgilio y Homero entre latinos y griegos, y él me dijo que si me acordaba de Agramante, y qué lugar tiene en la obra del Boyardo, y si me acordaba de Rugero en el mismo autor; dije que sí, y refirióme la caza de Agramante y cuán aficionado fuese á ella, pues estando peleando con Brandimarte, que viniéndole á decir de unos leones que unos cazadores descubrieron, dejó la batalla y convidó á Brandimarte para que fuese á cazar con él y con Rugero, y en la caza quedaron todos amigos. También refirió que á Rugero le crió el sabio Atlante en la montaña de Carena, cazando osos y leones y despedazándolos con sus manos á imitación de Achiles de Homero.

Sol. Holgado he con ese donoso traer de historias y fábulas para su propósito, y holgaría saber si ha habido quien en español fuese tan curioso que hubiese hecho lo mismo y advertido lo que esos buenos autores advirtieron.

Sil. Hasta agora en nuestra España han faltado poetas doctos; mas á quien él me citó al propósito fué á Garcilaso, que aun en unas églogas pequeñas, en cuanto lo sufrió el estilo, no quiso dejar de poner muchos géneros de cazas pastoriles, cosa digna de advertir para la opinión de Montano, pues tuvo por tan importante este ejercicio, que no quiso que sus obras, aunque pocas y no corregidas, saliesen sin él, y aunque es la figura entre pastores, bien se entiende que en aquellas personas disfraza otras muy principales de nuestra España y de su tiempo, pues todos entienden por Albano, el Duque de Alba, y por Nemoroso, á el Emperador Carlos Quinto.

Sol. Bien me paresce esa declaración, aunque de otra manera lo entendió el Maestro Francisco Sánchez, Catedrático de Retórica en Salamanca. Con todo eso me satisface poco, y quisiera (saber) quién en español hubiera tocado eso más de propósito.

Sil. Yo os citaré dos lugares que pienso que os aca-

barán de satisfacer, cuya autoridad probaré con otros autores que afirman en esta parte lo mismo. Son en un libro que llaman *Las lágrimas de Angélica,* hecho á imitación de esos poetas latinos, griegos y toscanos; cría otro caballero como á Achiles Homero, y después de haber dicho que la hada Filtrorana, que era quien le tenía á cargo, le había enseñado muchas lenguas y ciencias tocantes á informar bien el alma, dice:

«Después danzar, después luchar le enseña,
Jugar la lanza y revolver la espada,
Que aquella edad tan tierna de pequeña
Es bien que crezca en esto ejercitada.
Con letras solas sale zahareña
De sus provechos floja y descuidada,
Sin letras ruda, y desta sutileza
El cuerpo y alma adquiere igual destreza.

Después en ejercicios de la caza
Gastar le hace muchos ratos vanos,
Do no con solas liebres se embaraza,
Leones rinde y osos mata Hircanos.
Á pie las tigres sigue, y despedaza
Las hienas y serpientes con sus manos,
Jamás usar de acero le consiente
Hasta que vista arnés en el poniente (1).»

Donde si se advierte, en todo el discurso va criando un Príncipe con las partes que Jenofón crió á Ciro el menor, de quien se dice que le pintó más, lo que según razón debía un Príncipe tener, que lo que tenía, y como Valerio Flaco va pintando á Jason, aunque no sé si ose afirmar que con más artificio, pues después de habelle enseñado lenguas y ciencias, que es en lo que justamente se deben

(1) Estos dos últimos versos son distintos de los de la única y conocida edición de *Las lágrimas de Angélica*—Granada, 1586,—en donde se lee:

«Y á veces á caballo, al qual primero
Le hizo corregir con duro azero.»

ocupar los niños, dice que le enseñó danzar, que aunque según dice Séneca y Alberto y lo refiere Tiraquelo en el capítulo treinta y siete *De nobilitate*, es ejercicio de mujeres, aprovecha, como dice Galeno en el *De sanitate tuenda*, para formar bien el cuerpo y dalle buen brío y estále bien á un niño porque adquiere buen donaire, como lo probó Baltasar Castellón en su *Cortesano*, pues como dice Horacio, «la olla guarda el gusto mucho tiempo de aquello de que cuando reciente fué llena;» y el pequeño yerro en los principios, como dice Santo Tomás, suele ser grande en el fin.

Sol. Pues habéis comenzado á defender esas dos coplas, holgaré que vamos discurriendo por ellas, pues parece que son concernientes á nuestra materia. Veamos por qué dice que primero le enseñó á danzar y después á luchar, y por qué le enseñó luchar, pues los cuerpos de los niños se quebrantan con eso.

Sil. La respuesta es fácil; porque el danzar es de menos trabajo se lo enseñó primero, y porque primero le había de enseñar cómo debía compasar el cuerpo estando solo, y después el compás que había de tener con otro luchando, y porque como el cuerpo iba cresciendo le había de ir imponiendo poco á poco en cosas de más trabajo, pues lo criaba para eso, y si de un golpe entrára en eso no lo sufriera tan bien; y así dice que después le enseñó el arte de destreza, que requiere más aviso, lo cual significa por decir jugar la lanza y revolver la espada, añadiendo la causa,

«Que aquella edad tan tierna de pequeña
Es bien que crezca en esto ejercitada,»

diciendo que si los niños solamente se crían en letras, se hacen flojos y descuidados de su particular provecho, pues vemos los grandes filósofos siempre fueron menos procuradores de su salud y de su atavío y de sus haciendas, te-

niendo todo el pensamiento ocupado en letras diversas, y así el autor paresce que pretende que los caballeros tengan letras, pero no muchas, sino como dice el *Eclesiastes*: «no quieras saber más de lo que conviene, sino saber templadamente;» y así es menester para el que se ha de ocupar en otras cosas corporales; también dice que no se críen de todo punto sin letras como los bárbaros, sino con mezcla, porque igualmente adquieran el cuerpo y el ánimo una destreza en lo que ha de hacer, moderada sin exceso.

Sol. Bien declarado queda el sentido de la primera estancia; mas si no me acuerdo mal, contra vos hace el principio de la segunda, que dice:

«Después en ejercicios de la caza,
Gastar le hace muchos ratos vanos.»

De suerte que solamente el tiempo ocioso y no todo, sino alguna parte, quiere que gaste el mancebo en la caza, por ventura teniendo cuenta con la natural inclinación de los mozos, que como dice Terencio, se aplican en aquella edad á criar caballos y perros y otras cosas concernientes á este menester, y así paresce que más pretende poner freno á su inclinación, que animallo á que se ejercite en ella.

Sil. No tenéis razón, que lo que él dice viene con lo que yo digo, que no defiendo yo que de tal manera se dé el hombre principal á la caza, que deje las cosas de más importancia, como dice Tiraquelo en el lugar citado que hacen los caballeros franceses, que tanto se dan á cazar que ya es locura, olvidados de las cosas públicas y privadas; ó como cuenta Plutarco en sus problemas del Rey Antioco de los Partos, y como en las fábulas se dice de Acteón, que perdió su hacienda en perros y pájaros para caza, como lo declara Fulgencio de autoridad de Anaximenes el filósofo, ó como se dice del Emperador Adriano, que mereció ser reprendido por ello.

Sol. Cicerón también, si lo habéis leído, en el libro

segundo de los *Oficios* llama pródigos los que gastan sus haciendas en aparatos de caza, y Salustio en el proemio del Catilinario paresce que llama á la caza oficio servil y bajo, y dice que se desdeñó de gastar el tiempo en ella y en semejantes perdimientos y vanidades.

SIL. Cicerón claramente muestra que habla de los que dan más tiempo del que conviene á ese ejercicio, y lo mismo debe sentir Salustio en lo que dice, y no es maravilla, pues las virtudes, como dice Aristóteles, están puestas en el medio, y en saliendo á los extremos llegan á los vicios. Y así yo, en tanto tendría por bueno este ejercicio, en cuanto se usase de él con moderación, pues Galeno hace un libro del juego de la pelota y le loa mucho; mas el que siempre se ocupare en eso sería tenido por vicioso, y más que nuestras estancias no toda caza dicen que es buena para los caballeros, sino la de los animales feroces, pues dice en los versos siguientes:

«Y no con solas liebres se embaraza,
Leones rinde y osos mata Hircanos,»

á imitación de Virgilio, que en la caza del cuarto libro dice que Ascanio no siguió las cabras monteses, sino que deseaba se le ofreciese algún jabalí ó algún feróz león.

SOL. Muy de otra manera lo dice el poeta Anacreonte, y lo refiere Ovidio en el *Metamorfoseos*, que hablando la diosa Venus con su querido Adonis, le aconseja que no procure matar osos y leones, que son animales feroces y mayores que para sus fuerzas, sino que siga las gamas y liebres.

SIL. Eso no contradice á este autor, que Anacreonte pretendía criar un mozo hermoso y delicado, y así quien le da el consejo es la diosa Venus, que es el regalo y la lujuria; y acá pretèndese un mozo fuerte, criado por industria del dios Marte de las batallas, como después lo declara la misma que lo crió, y aprueba la autoridad de nuestro

autor Estacio Papinio en el segundo libro de la *Aquileyda*, do refiriendo los dichos de aqueste, dice que no seguía por los montes á los flacos linces ó á las temerosas gamas, sino á las osas en sus cuevas y á los fuertes jabalíes ó á los tigres ó leonas; y estas maneras de caza tan trabajosa, dice Horacio en el primero de las epístolas á Lelio, que son saludables, y llámale obra útil á la fama y á la vida y á los miembros, porque se ejercita todo; gánase fama en matar un león, y es más saludable lo que se come con el cansancio, y hácense los miembros á las tales batallas y destrezas. También Homero loa en el quinto de la *Iliada* á Escamandro de buen cazador, y dice que lo enseñó Diana desde niño; y al fin él es ejercicio digno y propio de Príncipes y Reyes, lo cual dijo muy bien en aquella misma obra que hemos citado Soto, yendo tratando de Carlomagno y de su corte, la cual halló aquel mozo, no en París, sino en el campo en ciertas monterías, dice:

«Preciarse de la caza y montería,
Y vivir siempre de poblado ausente,
Se tiene por nobleza é hidalguía
En la francesa y la bretona gente;
Que allí la fuerza y el valor se cría
Á pecho generoso conviniente,
Y en la ciudad los tratos y imbenciones
Indignos de los fuertes corazones.»

Y es cierto que los franceses tienen por nobleza vivir en los montes, porque como de otros autores refiere en el segundo capítulo Tiraquelo y lo aprueba por vista y experiencia propia, tienen por bajeza vivir en las ciudades, diciendo que aquéllas son aptas para tratos y mercancías y no para caballeros, ó porque allí son los mercaderes más estimados por sus riquezas, ó por otros respectos que allí refiere, ó sea porque ellos de suyo nacen aficionados á la caza, como lo dice Gaguino, historiador suyo, en el segundo libro hablando del Rey Clotario, y en el tercero hablan-

do de Dagoberto, y en el cuarto del mismo Carlomagno; y lo mismo dice Eginardo, canciller suyo, contando su vida, y Baptista Mantuano en la vida de Sant Dionisio.

SOL. Sean los franceses cuanto vos quisiéredes aficionados á la caza, que aunque Soto refiere su opinión, no la aprueba, y mal parescería por esto en ese libro que vos decís, la corte de Francia en los montes; antes deben los Príncipes regirse de tal manera, que no sean notados de semejantes extremos, y no puedo creer que sea nobleza ni ejercicio de nobles usar tanto de este entretenimiento.

SIL. Dícelo Polux en el *Onomástico*, que dirigió al Emperador Commodo, tratando del origen de la púrpura con estas palabras: «Seguía á Hércules un perro como era uso antiguo;» porque ya sabréis que con los hombres principales siempre andaba un perro do quiera que entrasen, lo cual también refiere Angelo Policiano en sus Misceláneas escribiendo esto de la invención de la púrpura muy á la larga, lo cual paresce tomado de Homero, que paresce sentir que los antiguos siempre traían perros tras sí. Hablando de Telémaco dice que entró en la Congregación de los Griegos acompañado de ciento y dos perros; y así Virgilio en el octavo de la *Eneida* dice que Evandro, Rey principalísimo, iba acompañado de perros, sobre el cual lugar trae Servio aquello de Salustio do dice que el Rey Sifax, cuando vino á verse con Cipión, venía entre dos perros; y el mismo Virgilio, en el nono de la *Eneida*, introduce á Numano Rémulo que loa á los italianos de que desde niños son grandes cazadores y fatigan las selvas; y en el quinto, hablando de Helimo y Panope, compañeros de Acestes, dice que eran diestros en cazar; y de Lauso, hijo de Micentio, dice que era domador de caballos y vencedor de fieras; y en el nono, de Amico que era destruidor de fieras, y Deniso lo mismo; y finalmente, cuantos quiere loar les particulariza la caza; y baste al presente referiros lo que dice Dión, que los grandes Príncipes deben

ejercitar la caza como cosa muy saludable y necesaria, de donde el cuerpo se hace más robusto y el ánimo más fuerte ejercitando en ella todas las cosas de la guerra, así correr á caballo como á pie, saltar, luchar, tomar los animales feroces, acometellos, conquistallos, vencellos, sufrir el calor del estío y el frío del ivierno, la hambre y la sed, dormir en piedras y asperezas sin regalo, y según dice Jenofón, Ciro no consentía que los suyos fuesen á cenar antes que hubiesen sudado, y así mandábales cazar, que es el ejercicio más propio para ello; condenaba el ocio y la pereza como cosa dañosísima y perniciosa para los cuerpos, y el mismo autor [dice] que públicamente se daban á la caza; y en el libro octavo torna á referir la misma costumbre del Rey Ciro, teniéndolo por tan importante, que no se contentó con decillo una vez, sino muchas.

Sol. No hace mucha autoridad decir de un Rey que fué aficionado á caza muchas veces: si lo probara de muchos, aún pudiéradeslo citar; mas ese Ciro bien pudo errar como otros Reyes, que se han perdido cazando.

Sil. Luego lejos vais de los que voy diciendo: al principio os dije que Jenofón no pretende en aquel libro decir quién era Ciro ni las costumbres que tenía, sino las que debía tener un Príncipe como Ciro; así que no os cuento esto para que sepáis lo que Ciro hacía, sino para que sepáis que Jenofón lo loa en un Príncipe y lo desea. Demás de eso, él mismo dice que la caza fué invención de los dioses Apolo y Diana, y que la ejercitó Chirón, el centauro sapientísimo, aquél que inventó la medicina, y éste la enseñó á Céfalo, y á Esculapio, y á Menalión, y á Néstor, y á Teseo, y Ipólito, y á Palamedes, y á Ulises, y Amnesteo, y á Diómedes, y á Castor, y á Polux, y á Macaón, y á Podalirio, y Antíloco, y á Eneas, y á Achiles, que por aquellos tiempos fueron amados de los Dioses; y Heliano, en el nono libro *De varia historia*, dice que también la enseñó á Menelao y á Leomato.

Sol. Gran abundancia de discípulos tuvo ese buen maestro; pero holgaría de saber si después de él ha habido quien quisiese ser maestro de esa buena invención suya.

Sil. Muchos, parte de los cuales nos dejaron libros, y el tiempo, destruidor de las cosas, los ha corrompido, y parte se han conservado. En tiempo de Octaviano Augusto floreció un poeta llamado Gracio, que cita Ovidio en la última elegía *De Ponto*, diciendo había un Títiro que apacentase los ganados en la agradable yerba, y un Gracio que diese las armas que convienen á un cazador, por ventura tomándolo del mismo autor que comenzó diciendo en verso: «armaré los cazadores y les enseñaré el arte que les conviene.» De este autor ha conservádose un libro. Calistenes parece que escribió muchos, pues le cita Plutarco en el libro de los *Ríos* del tercero suyo de la *Caza*. También Juan Estoveo, en el sermón sesenta y dos, cita á otro autor llamado Sostrato, del segundo libro de su *Caza*. Otro libro aún permanesce de caza que hizo Marco Aurelio Olimpio Nemesiano, poeta. El Cardenal Adriano escribió otro libro de caza en verso, y otro Ángelo Vargeo.

Sol. Bien tiene probada con eso nuestro amigo Montano su opinión, si esos autores que se la ayudan á probar tuvieran autoridad para dársela á sus palabras; mas ¿qué caso se ha de hacer de poetas, aunque sea de Homero, entre gente discreta?

Sil. No tenéis razón; que en esta materia no hay quien más crédito tenga, pues la poesía es la ciencia de los caballeros, y para ellos prueba Montano ser lícita y aun necesaria la caza, y como vos mejor sabréis, la poesía es filosofía moral y pretende enseñar el modo de vida que se debe tener; y estos poetas no fueron tan descalzos de ciencia como pensáis, antes se dice que Homero las supo todas, y Virgilio las principales, y Boyardo y Garcilaso las más necesarias, y de estotros también consta de sus obras que fueron doctos; y un caballero como Monta-

no no estaba obligado á saber más ciencias que las que un caballero puede aprender en corte ó en guerra, donde no se usa otra que la poesía y historia; ni aun le debe estar bien al que trata armas saber mucho: testigos los romanos, que á lo más, cuando florescían, sabían estas dos, y cuando comenzaron á saber filosofía, como en tiempo de Cicerón, perdieron la libertad y el valor.

Sol. ¿Cómo decís que no supieron más que poesía y historia? ¿Por ventura no hubo filósofos y astrólogos y jurisconsultos?

Sil. Verdad decís. Mas los filósofos y astrólogos fueron, como dije, en tiempo de Cicerón ó poco antes, y mezclados con poesía como Lucretio y Manilio y César y Marco Varrón y Macrobio; y las leyes no fué ciencia distinta de la historia, pues sólo se hizo de guardar muchos casos y sus decisiones en memoria para sentenciar por ellos.

Sol. Con todo eso, probára mejor su intención Montano si la probára con filósofos, á lo menos con historias graves y no con poesías.

Sil. Pues no os canséis, que el gran filósofo Jenofón, de quien hemos ya hablado, que digo que escribió la historia de Ciro que os tengo citada, aunque poéticamente, y escribió la económica tan celebrada, también escribió un libro que en su lengua intitula *Cinigeticon* de la caza y de los perros y de las reglas que para lo uno y lo otro se requieren; y Opiano de Cilicia escribió cinco libros, do podréis ver cuál deba ser el cazador y qué redes y lazos ha de usar, y de qué armas y instrumentos, y qué perros y en qué tiempo y lugar, y contra qué fieras y aves. Otro libro escribió Belisario trasladando casi al Opiano; y Juanelio en el libro de la ciencia de los escribanos hizo otro declarando los vocablos de la caza, y Micael Ángelo Blondo dirigió otro libro nuevamente al Rey Francisco de Francia; y según escribe Braleo Sudon-alcas en el libro de los ilustres antiguos de Bretonia, un Rey de los escoceses llama-

do Dornedila hizo otro libro de las leyes de la caza más que doscientos y setenta años antes del nacimiento de Cristo; así que no han faltado historiadores y filósofos que se acordasen de hacer libros de este menester.

SOL. Por cierto vos lo vais probando galanamente, si la mayor parte de esos libros no parescen ya, ni hay noticia más que de los nombres.

SIL. Ya dije que muchos ha gastado el tiempo; pero muchos viven y permanescen, cuanto más que yo no los cito sino para que sepáis que hubo quien entre los filósofos fuese dado á este oficio.

SOL. Y aun eso lo prueba menos, que me traéis prueba de los filósofos perdidos que gastaron el tiempo en eso; traedme vos á esos que tuvieron fama por filosofía, y no á los que solamente tuvieron nombre de filósofos.

SIL. También haré eso. Platón es de los más celebrados, y en el sexto libro de las *Leyes* amonesta á los mozos que se ejerciten en criar perros y en lo demás tocante á la caza; y en el séptimo libro, un poco antes del fin, dice que es muy buena la montería de animales de cuatro pies do se ejercitan los perros y caballos y fuerzas corporales, porque todos aquéllos que tienen cuidado de la divina fortaleza han de procurar vencer con su carrera y su mano y sus heridas los feroces animales; y poco más abajo dice: «á estos sacros cazadores nadie les defienda cazar do quisieren;» Cicerón es el mejor de los latinos, el cual, en el primero *De los oficios,* dice: «el Campo Marcio y el estudio de cazar suelen dar á los mozos honestos entretenimientos y ejercicios.» Y Diógenes Sinopeo, testigo Laertio, escribiendo su vida, enseñaba á cazar los mozos que le daban á cargo, y fué filósofo insigne; y Heráclides, en la *Política de los cretenses,* dice que tenía un maestro que enseñase á cazar los mozos y alaba este uso; y como escribe Plutarco en la vida de Licurgo, los lacedemones permitían por sus ásperas leyes que el tiempo que no hubiese guerra se ocu-

pasen los mozos en caza; y Alejandro Magno, que como sabéis tuvo por maestro á Aristóteles y seguía en esto sus consejos, después de comer consumía el día en cazar cuando no había guerra ó estudio, y escríbelo Plutarco en su vida; y Pelópidas Tebano, hombre excelente en virtud de ánimo y fortaleza del cuerpo, tomó toda la ciencia de la guerra en las meditaciones de la caza, como lo dice el mismo autor en su vida. De Filopemenes, Capitán de los Aqueos, escribe él mismo que, siendo excelentísimo en opinión y ciencia del arte militar, todas las veces que le desocupaba la guerra se daba á la caza, teniendo opinión que la guerra y caza eran en todo muy iguales y semejantes; y el magno Pompeyo, habiendo conquistado la Numidia, iba por ella allanándola, y cuando no hallaba enemigos con quien pelear, se ocupaba en cazar leones y elefantes. Y Plinio segundo ejercitaba el ánimo con estudios y el cuerpo con caza, como lo dice él mismo en el quinto libro de sus epístolas escribiendo á Apolinar; y en el primero libro á Cornelio Tácito dice que muchas veces cazaba, por estas palabras: «maravillosa cosa es cuánto se ejercita el ánimo con este movimiento de cuerpo y este pensamiento vario, porque las silvas y la soledad y aquel mismo silencio que se debe á la caza, suelen convidar mucho á la imaginación dulce de los estudios.»

SOL. Por cierto que me ponéis admiración de ver cuán pertrechado estáis en defensa de la caza: parece que os paga salario Montano porque le ayudéis á defender su vicio, que tiene harta necesidad de ello.

SIL. No tenéis razón, que el vicio es de suyo vituperable, y si este ejercicio lo fuera, no le supiera nadie defender.

SOL. Como no sabéis que hubo quien loase la terciana, y las bubas y los cuernos (1), y hubo algún Empera-

(1) El poeta sevillano Gutierre de Cetina elogió en el siglo XVI las bubas y los cuernos.

dor que se ejercitase en cazar moscas; y Luciano loó al oficio de truhán sobre todos los oficios del mundo; pero dadme vos personas principales, fuera de una ó dos, que se hayan preciado de este oficio.

Sil. Trajano, Emperador más digno de loa que todos los de aquellos siglos, al cual estimó tanto San Gregorio el Magno, que según algunos teólogos afirman, después de muerto rogó á Dios por él y lo resucitó, dice Dión Casio que fué muy dado á la caza y le tenía por loable ejercicio; y como dije poco há, Adriano, subcesor suyo, le siguió tanto en esto, que llegaba á estar en peligro, pues cazando se quebró un hombro y una pierna, como dice el mismo autor y lo refiere Esparciano. Pues Antonino Pío y aquel subcesor suyo, digno de ser celebrado de las bocas de los hombres, también dieron gran parte de tiempo á este deleitoso ejercicio, como lo dice Julio Capitolino. Y dice Esparciano de Marco Aurelio el Filósofo, que en santidad y pureza de vida excedió todos los Emperadores que le habían precedido, y que fué cazador. Y Alejandro Severo, Emperador no digno de menor encomio, como lo dice Elio Lampridio escribiendo su vida, también gustó mucho de este entretenimiento y otros muchos que sería fastidio contarlos.

Sol. Basta, no digáis más por vuestra vida, que de ahí se colige que ha sido un vicio común como el de los amores, que podremos contar por enamorados á las personas más graves del mundo.

Sil. ¿Por qué lo contaremos, por vuestra vida, entre los vicios, si también podremos decir que los hombres más señalados del mundo lo han sido en virtudes?

Sol. Yo os diré: ¿qué mayor razón hay para entender que sea vicio, que estar reprobado tantas veces en el Derecho canónico? Vos no sabéis que en el capítulo *Quorundam*, setenta y ocho *Distinctione*, y en el capítulo *Qui venatoribus, et multis sequentibus*, ochenta y seis *Distinct.* la lla-

ma *Arte nequissima* y detestable, y por todo el título ex.ª *De clericis venatoribus;* y aun el común refrán suele decir á un mal sacerdote, que es abad y ballestero, como si se le pusiese por vicio á una persona de calidad ser cazador.

Sil. Engañaisos en eso, que muchas cosas son de su naturaleza buenas y honestas, que por razón del tiempo, ó la persona ó el lugar, no lo son; ejemplo: el comer, de suyo es honesto, y en la plaza no le estaría bien á un hombre de calidad; y así la caza es detestable en los clérigos y personas religiosas, y no lo es en los seglares; como el jugar cañas y correr toros tampoco le estuviera á un clérigo, y le es defendido, y no paresce mal en un caballero ni un Príncipe. Y así, aunque á los clérigos se les defiende la caza, á los seglares se les permite, como lo nota la glosa y todos los doctores en el capítulo primero de *Clérigos cazadores*, y en el capítulo dicho *Qui venatoribus*, y en lo que allí se dice que la caza es arte *nequissima*, entiéndese para usalla los clérigos; y aquello se entiende si lo hacen por causa de granjería ó deleite, no si lo hacen un rato por recreación ó por su desenfado ó por su salud, como cuando suele ser consejo de médicos, como lo dicen los doctores en el dicho capítulo primero, y Inocencio en el capítulo *Dudum*, libro segundo, y allí Panormitano y Felino, que lo torna á referir y loar en el capítulo *Auditis*, columna penúltima *De prescriptis*.

Sol. Si por ahí lo lleváis, también le conceden á un hombre por su salud las cosas ilícitas, como el comer carne en Cuaresma, y no por esto es bueno, sino malo, que se permite por evitar otro mayor mal; y aun vicios muy deshonestos, como las casas públicas, sabéis vos que se sufren por esta misma causa, y así se puede permitir la caza á un clérigo enfermo.

Sil. Eso fuera si á solos los enfermos dijera yo que se les permite; mas también á los sanos, como no sea con tanta deshonestidad que sea vicio, como lo sería cualquie-

ra cosa ordinaria hecha deshonestamente; así que el ser vicio no le es propio, sino accidental, por hacerse de tal ó tal suerte, ó de tal ó tal persona; mas el arte de suyo no es sino un noble ejercicio de gente principal desocupada, donde noblemente se ejercita el cuerpo y el ánimo en cosas de valor y destreza.

SOL. Eso me parece más galano, que hasta agora yo entendía que sólo Montano era el que quería dar de cabeza en loar la caza, y agora me paresce que vos traéis Reyes y filósofos en su favor, y no contento con esto queréis ya que sea arte, y le dais definición, y aun queréis que tenga asiento y principado entre las artes.

SIL. ¿Pues eso dudáis? Llana cosa es que quien le da preceptos la tiene por arte, pues cuantas cosas se hacen con ellos se hacen por arte.

SOL. Eso no entiendo.

SIL. Pues estadme atento, y tomad en la mano la diferencia que hace Aristóteles en el quinto de las *Éticas*, según lo declara Santo Tomás y Agustino Nifo en aquel lugar, entre sapiencia y ciencia, y arte y prudencia y opinión, y hallaréis que todas las cosas que se saben están debajo de una de estas partes; y si es verdad que la caza la sabe Montano, forzosamente la sabrá por una de estas cinco maneras.

SOL. Declarad por extenso qué sea cada parte de esas porque nos entendamos.

SIL. Pláceme. Sapiencia es conoscimiento de las cosas divinas sin saber cómo ni dónde, como saber que el sol tiene la lumbre de suyo y no prestada de otro planeta, y que Dios se la dió cuando lo hizo, y que Dios es trino y uno, de lo cual nadie tiene más certeza, en lo uno, que la evidencia de los sentidos, y en el otro, de la fee. Ciencia es conoscimiento de las cosas naturales por sus primeros principios y causas, como saber que el ciervo es temeroso porque es frío y seco, y que el temor es propio de estas calidades.

SOL. Esas dos definiciones yo sé que no le pertenęcen á la caza, porque por no ser cosa divina ni tan cierta no es sapientia, y por no saber los negocios por sus causas no será ciencia.

SIL. Resta que sea una de las tres siguientes, cuya diferencia se toma de los fines; porque si lo que se quiere hacer es agible ó inteligible, llámase prudencia; y así dicen que es prudencia saber disponer las cosas que se deben hacer por consideración de lo pasado y presente, como es saber guardar del verano para el invierno, en que hay falta de lo que sobra en el verano. Arte es saber lo que se ha de hacer ó que se pretende, por preceptos y reglas, lo cual se hace, según Galeno, por razón y experiencia. Opinión una sospecha de cosas inciertas. De donde se colige, que pues en la caza hay reglas y preceptos por donde se enseña matar los animales que pretende, ser arte.

SOL. También será prudencia, que hartas cosas se sacarán en ella por consideración de lo pasado y presente.

SIL. Verdad es, y aun opinión, que algunas veces será incierto lo que en ella se sospecha.

SOL. ¿Pues por qué le ponéis nombre de arte y olvidáis esotros de opinión y prudencia?

SIL. Porque siempre se sigue en todo la mayor parte, y en todas las ciencias y artes hay lo mismo, si no es en las matemáticas, que por ser demostraciones, no tienen opinión ni prudencia.

SOL. Decidme alguna definición de arte, si la sabéis, y por ella veremos si la caza lo es más ciertamente, pues como dice Cicerón en el primero de los *Oficios*, no se debe tratar de cosa antes que de su definición.

SIL. Antes que Cicerón lo dijo Aristóteles, y antes Platón, porque primero se ha de saber qué es la cosa que se trata, que se trate de ella; mas pues sois tan devoto de Cicerón, traigamos la definición que él trae en el primero de las *Cuestiones Académicas* y por ella probaremos lo que pedís.

SOL. No es tan mala esa que no merezca ser oída y recitada, pues la loa Luciano, que no supo contentarse de cosa en este mundo.

SIL. Volviendo á la definición de Cicerón, dice que es arte un ayuntamiento de muchos preceptos que todos pretenden un fin, y así lo es la caza.

SOL. Bien me satisface: solamente me paresce que le falta lo que vos dijísteis, que es distinguir si el fin ha de ser agible ó factible para diferenciarse de la prudencia.

SIL. No es menester, pues ya dice que ha de ser por preceptos, lo cual no tiene la prudencia, que, como dije, no se hace más que consideración de lo pasado y presente, y así la definición justamente es digna de loa y es como dicen perfectamente categórica; y toda junta y por sus partes, si se considera bien, le conviene á la caza, porque en esto se juntan preceptos para un fin, que es matar la caza, y conseguido este fin, todos ellos se ponen en obra y consiguen su efecto.

SOL. Paréceme que según eso los buitres y águilas y leones y otros animales que viven de rapiña, también se podrá decir que viven por arte, pues ejercitan eso mismo.

SIL. Fáltales hacello con preceptos y reglas; porque sus padres no les enseñaron reglas por donde supiesen hacello, sino la naturaleza les dió esa inclinación y instinto sin el cual no cazaran ni vivieran.

SOL. Luego más perfectos son los animales nombrados que el hombre, pues mayor perfección es saber por naturaleza una cosa, que por arte.

SIL. No se sigue eso bien, porque para ser una cosa más perfecta que otra, no basta que en una cosa le gane, sino en todas; y aunque esos animales venzan al hombre en saber cazar, no en lo demás, y lo que les es natural puédeles faltar; mas lo artificial es perfecto como las artes lo son. ¿Quién duda sino que el lince vence al hombre en la subtileza de la vista? Y si no queréis este ejemplo por ser

animal no conoscido, á lo menos el águila ve más osada y perspicaz y agudamente, y el perro tiene mejor y más vivo olfato que el hombre en la caza que le es natural, y la mona tiene más discreto gusto, y la zorra mejor oído; pero en todo junto á todos les gana el hombre, y sobre todo en el tacto que le fué más propio: fué menester que diese naturaleza á estos animales tanta viveza en aquellos sentidos para su conservación y sustento, y que los cubriese de pelo y concha y escama y pluma, y les diese dientes y uñas y aguijones y picos, con que se defendiesen; mas al hombre, en dalle razón y manos se lo dió todo, y así dijo Anaxagoras que en las manos se parescía la razón del hombre, porque por tener manos tiene razón, lo cual después contradijeron Aristóteles y Galeno volviéndolo al revés, diciendo que por tener razón se le dieron al hombre manos, como por ministros de lo que había menester, y llamáronlas instrumento de los instrumentos, que con ellas fingió dientes y uñas y aguijones, y al fin las defensas y ofensas necesarias para su conservación, y de ellos tomó la industria con que cazar todos los animales.

Sol. Luego mal dijo Plinio, quejándose de la naturaleza, diciendo que nos fué á los hombres madrastra, siendo á los otros animales madre, pues nos hizo desnudos y sin defensa y adorno.

Sil. ¿Pues qué maravilla es que Plinio dijese en eso mal, si nunca supo decir bien ni sentir de las cosas como eran? Si él entendiera cómo de la compostura del cuerpo resulta la prudencia del ánimo, y cuán casados están y semejantes, viera que no podía ser el cuerpo del hombre más fuerte, para que el ánima fuese tan discreta como es. Algo mejor lo debió mirar Galeno en los libros del *Provecho de las partes humanas*, donde considerando cada cosa de nuestro cuerpo de por sí, se admira de la prudencia incomprensible del artífice que lo formó; y siguióle en nuestros tiempos muy bien por el mismo estilo Andrés Ve-

salio diciendo mucho más, y sin parescelle que había satisfecho á tantos misterios como encierra en sí la fábrica del cuerpo humano.

SOL. ¿Cómo entenderá eso nuestro amigo Montano, que ni supo griego ni latín? Ahora, por más que me digáis, mucho le falta al que caresce de estas lenguas.

SIL. Antes os engañáis, que esto todo, ó lo más sustancial, está traducido en nuestra lengua por un Valverde anatómico, no menos bien que lo tienen sus autores originales.

SOL. Satisfecho estoy de que la caza es arte, y que es más excelencia sabello por arte que por naturaleza; mas sepamos en qué género de artes se debe contar.

SIL. Para referiros eso sería menester más espacio del que yo llevo; mas leed á Ángelo Policiano en el *Panepistemon*, donde veréis que la cuenta después de la filosofía moral, de leyes, y milicia y agricultura, y antes de la arquitectura, de suerte que se puede llamar parte de filosofía moral, y perdonadme por ahora que otro día podemos tratar más despacio grandes cosas que tengo notadas acerca de este arte, que si no me engaño, aquél que viene es Montano, y vamos los dos á cazar, y es tan tarde, que no será posible detenernos más.

MONTA. No sé qué se tiene de mal agüero este día para nuestra caza, señor Silvano. En saliendo de casa eché menos dos perros de los mejores, y ya he visto un grajo, y aun encontré á quien me pidiese dineros, y ahora os veo estar con el mayor enemigo de caza que hay en el mundo. Nada nos puede subceder bien con tan mal azar.

SOL. ¡Qué! ¿eso hay más entre cazadores? Poco á poco hallaréis el viento contrario, y remontada la caza y corrida la tierra por otros que pasaron delante, que á fe que no os falten achaques para que la falta de vuestro oficio se desimule.

SIL. No tenéis razón de llamar falta del oficio no con-

seguir todas las veces el fin que pretende, porque, como dice Aristóteles en el principio de los *Tópicos*, no está el retórico obligado á persuadir todas veces, ni el médico á sanar á cuantos le vienen á la mano, ni el jurista á salir con todos los pleitos que tomare á cargo; y no será falta del arte aunque no salga con lo que pretende, porque hay otras cosas de donde nos viene no tener certeza en todo lo que pretendemos, como la disposición de los tiempos y del sujeto. Bueno sería que quisiésedes entender que en el mal tiempo no se ha de cazar tan bien como en el bueno, y que se cace un animal que va amedrentado de otro cazador, tan presto como otro que está descuidado.

SOL. ¿Pues qué tiene que ver eso con los azares que dice Montano, y con los encuentros buenos ó malos que hace antes de salir de la ciudad?

SIL. No me podéis negar sino que hay influencias de los cielos favorables y adversas á los hombres, y que si á un hombre le sucede una desdicha, está obligado á temerse de otra, aunque no le dé tanto crédito como los gentiles, que hicieron oficio el arte de adivinar y agorar y pronosticar los subcesos que se esperan.

SOL. Verdad es que se ha de temer de otro mal suceso el que ha pasado por uno.

SIL. Pues así es, que como á Montano le han sucedido esta mañana encuentros infaustos y molestos, témese de que hoy no hará cosa en que acierte, así por esto, como por llevar ya burlada la imaginación y tener el mal suceso delante.

MON. Ahora, señores, yo no sé qué lo hace; pero jamás salí de casa con mal principio, que tuviesen las cosas que pretendo un buen fin.

SOL. Pues yo os daré un remedio fácil y natural.

MON. Holgaría de ello.

SOL. Cosa es sabida que en ninguna cosa puso Dios ponzoña do no pusiese el remedio para ella: ejemplo en el

perro rabioso, que con sus pelos y sangre se cura el daño que hace; y en la víbora, que se hace de ella triaca para contrastar su furia, y se suele ella misma aplicar en forma de emplasto sobre lo que mordió; y del alacrán, á quien subcede lo mismo.

MON. Pues bien, ¿qué concluís de todo eso?

SOL. Que me llevéis con vosotros hacia delante y quebrantaréis el agüero que con mi encuentro tomásteis, pues suelen algunos cortar la mata que los espantó, y otros acabar de derramar el vino si comienza á derramársele en la mesa.

SIL. Muy bien decís por cierto, señor Solino, y aun sería posible que mudásedes de opinión como yo, y volviésedes hecho cazador de veras.

SOL. No sé yo cómo sería eso posible, por bien que el señor Montano supiese mostrar la excelencia de su arte, y tanto, que en ella alcanzasen las obras á las palabras.

MON. No sería menester para eso ver las obras y ejercicio de la caza, sino tratar de ella como yo suelo hacello, para persuadir á un hombre de tan buen entendimiento como vos; que si fuera un rústico, fuera menester que lo viera por experiencia, y aun ¡ojalá lo creyera!; pero quien tanto tiene de razón, bastárale verla en todo tan clara, que le forzará á creer ser cierto lo que oye.

SOL. No fuera poca caza saber hacer vos eso, porque más fuera cazarme á mí que á las fieras á que vos estáis acostumbrado, cuanto es más cazar un hombre que un bruto, y casi me paresciera ya á la competencia de Parrasio y Protoxenes ó Zeuxis, como lo refiere Pedro Mejía en su *Silva*, que el uno venció y engañó con un racimo de uvas pintado á los pájaros para que viniesen á picar en él, y el otro engañó al mismo pintor con quien tenía la competencia pintando sobre la tabla un lienzo con que parescía estar cubierta la figura que había hecho para muestra

de su arte, tan al propio, que el competidor pidió que fuese alzada la toalla y se descubriese la obra.

Mon. Pues no os parezca muy dificultoso; que en las cosas que constan de razón, por más ligero tengo engañar á los que saben más de ella que á los que están faltos, porque al fin se guían por principios que ya saben, y de allí vienen á conclusiones que no pueden negar; y de aquí viene que un gran teólogo conceda más presto en proposiciones erradas y heréticas que un rústico; que el rústico no las aguarda y el otro porfiando con ellas viene á ser vencido, y esto es lo que dicen, que para vencer la tentación es lo mejor no aguardalla.

Sol. Razón es esa que me fuerza y me da esperanza que en lo demás habéis de saber hacello. Bien quisiera que no fuérades tan de priesa para que tuviérades espacio de alargaros en eso, ó para que me aguardárades que negociara ciertas cosillas, que si como tocan á un amigo me tocaran á mí solo, las pospusiera al gusto que recibiera con acompañaros.

Mon. Mas si el señor Silvano no estuviera tan determinado al viaje, yo voy medio por fuerza, y podríamos dejallo para mañana y iremos todos.

Sil. Á trueque de que se gaste el tiempo de persuadir á Solino, holgaré de ello, porque de ahí granjearé yo lo que pretendo, que es saber más de raíz esta nuestra arte que lo sé hasta aquí.

Sol. No poca merced recibiría yo en eso, ni quiero perder siquiera la esperanza de ello.

Sil. Sea en buena hora; pero yo no pienso volver hoy á mi casa, que salí con determinación de gastar el día fuera de ella.

Mon. Pues vámonos á mis corredores, que ahí estaremos lo que os pareciere, y no podrá faltar algo de lo que estará aderezado para mi gente, de que podremos comer.

Sol. No quedará por eso, que tengo yo prevenido mi

ordinario como hombre que no iba á caza, y cuando os parezca hora podremos ir á ejercitar nuevos preceptos de caza en ello, salvo si no gustáredes más de que lo haga también traer á vuestros corredores, porque si no fuere Mahoma al otero, venga, como dicen, el otero á Mahoma.

SIL. Sea como más os diere contento; y pues se ha de disputar este negocio desde sus primeros principios, á mí, como á dialéctico, me conviene deciros el orden que en tratar bien una materia se debe guardar, pues á solos nosotros dicen que antiguamente se nos concedía hacer libros, y verdaderamente aquéllos que no son dialécticos mal pueden disponer un libro en sus partes y distribuir un sujeto en sus divisiones, y así no procederán por la método que se requiere al que bien ha de enseñar.

MON. Vos haréis de suerte que todos salgamos enseñados y saque yo más provecho de la conversación que vosotros gusto: resultará de aquí más perfeción á mi arte y más gloria al artífice, que sabrá dalle camino á la lengua mejor, para explicar lo que larga experiencia ha criado en el entendimiento.

SIL. Decís muy bien, porque esos dos son los que engendran las artes; pues como todos los filósofos dicen, de la experiencia y de la razón nació el arte, porque experimentando una cosa y otra, y viendo el entendimiento que estas dos y otra tercera y otra cuarta convenían en algo á que eran todas semejantes, fué haciendo una razón de ellas y sacando una proposición común, la cual, considerada en general, hizo un precepto, y de muchos preceptos se vino á hacer el arte cumplida, pues como denantes decíamos yo y Solino, el arte es ayuntamiento de muchos preceptos que todos pretenden un fin.

MON. Bien estoy en eso; mas pues habéis tomado la mano en declarar eso, ¿qué entienden, por vuestra vida, los filósofos por aquello que llamastes denantes método, que me parece vocablo galano y usado de pocos?

SIL. Método se entiende aquel orden que en proceder enseñando se tiene, y sin él no se puede enseñar bien ni comprender lo que se enseña; como si vos agora, habiéndonos de instruir en la arte de la caza, dijésedes que primero nos probaríades que era arte y necesaria y que consigue el fin que pretende, y luego la quisiéredes dividir de sus fines, diciendo que una parte de ella enseña á cazar fieras y otra aves, y que esta que enseña á cazar fieras también se subdivide, que una enseña á cazar las feroces como osos y leones y puercos, y otra las temerosas; y ésta también se divide, de que una parte caza venados y corzos, y otra animales menores; y ésta, dividiéndose otra vez, se podrá partir en la que caza liebres y en la que caza conejos, que por ventura tendrán diversos preceptos y reglas, pues tienen diversos instrumentos; y tornando á la que caza aves, que llamáis volatería, también podéis dividilla en aves rapaces y feroces, como la que enseña matar águilas y buitres y garzas, y en la que enseña matar aves temerosas; y esta postrera en aves grandes como palomas y perdices, y en pequeñas como cornejas y pájaros pequeños y tordos y codornices y pájaros de liga, pues para todos hay diferentes astucias y suertes de engaños, como los puso Garcilaso en su segunda égloga.

MON. Gustando voy de entender que quiere decir método, y al fin que esa suerte de división llamáis tomada de los fines.

SIL. Sí, porque se considera el fin que en ella se pretende, que es cazar tal ó tal suerte de animales.

MON. ¿Y hay otra manera de dividir?

SIL. Otras muchas.

MON. Decid alguna.

SIL. Del lugar se puede también tomar la división; como si dijésedes que hay otras maneras de caza, una en el agua, y ésta se llama pesquería, y otra en el aire, que se llama cetrería, y otra en la tierra, que se llama monte-

ría; y puédese dividir cada una de ellas en otras muchas teniendo cuenta con no perder el hilo; digo que yendo dividiendo por los lugares, no saltéis á los fines ó instrumentos, que sería divertir el método y perderos de cuenta.

MON. ¿Qué llamáis división por los instrumentos, y qué será perder el hilo y método?

SIL. Mucho preguntáis y sin orden. Responderos he á lo primero: dividir por instrumentos, como si la pesca la dividiésedes diciendo que una es de caña y anzuelo, otra de nasa ó de red, otra con barco ajorro, otra de perros de agua, y así por lo demás. La cetrería: una con neblíes, otra con sacres ó gerifaltes ó alfaneques ó esmerejones ó buhos, ó con ligas y costillas ó ballestas ó arcabuces, ó con chifles ó reclamos ó con perdigón ó perros perdigueros, y así por lo demás; que sería prolijo de contar para mí que no lo traigo pensado ni dispuesto como conviene; también la montería se hace con diversos instrumentos, como vos sabéis mejor que yo, dividiendo por ellos.

MON. Volvamos á lo segundo que os pregunté: ¿qué quiere decir errar la método en dividir?

SIL. Digo que es pervertirse, como si comenzásedes dividiendo por los fines y viniésedes á mezclar alguna división tomada de los instrumentos ó de lugares de la caza, y éste es vicio, y suele ser muy notado entre gente discreta y docta, así como sería notado si os entrásedes á tratar de la caza sin decir qué es caza y cuántas suertes hay de caza y cuál caza queréis tratar; también habéis de entender que sale fuera de la método de buen escribir, quien trata lo que no es necesario para el sujeto que tomó, como si habiendo de tratar de caza comenzásedes vuestro libro ó razonamientos por filosofías excusadas que no importan á cazadores, como si quisiésedes disputar la templanza de los elementos ó la naturaleza de los animales, aunque sean de los mismos que se cazan, porque ¿qué tiene que ver cazador con saber si el aire es frío

ó caliente de su naturaleza? Bástele al cazador saber que el que entonces corre es tal ó tal viento en cuanto aquello le importa para la caza, ó para hallarla en tales ó en tales partes, y bástele saber que el ciervo y liebre son temerosos y huyen después de heridos, y el jabalí y oso más feroces, y después de heridos más, sin procurar si son calientes de su naturaleza ó fríos. Adviértoos desto porque no seáis pesado en disputar enseñándonos cosas supérfluas, aunque de suyo sean buenas y gustosas.

MON. Yo huelgo de ello; y si hay más de que avisarme, recibiré la corrección con paciencia, porque á esto se obliga quien se atreve á enseñar á quien sabe más que él.

SIL. No pienso que habrá más de que advertiros, si guardáis lo dicho, salvo que si para vuestro propósito tocáredes algunos cortezuelos, sea pocas veces y con templanza, que no ha de decir un hombre todo lo que sabe, sino lo más necesario, y que nunca os agradéis de lo que dijéredes tanto que lo loéis vos mismo antes que os lo puedan loar. Dígoos esto porque los hombres, con el amor que tenemos á nuestras invenciones, á veces nos parece que nadie las imaginó tales.

SOL. Por cierto vos tenéis razón, porque á mi parecer, no puede tener buen crédito de sus obras quien las loa mucho, porque las cosas buenas seguras van por donde fueren, y no tienen necesidad de quien dé noticia de su valor más de hasta que sean conocidas ó que se vean, que el que las ha de conoscer, luego las conosce, y el otro es por demás aunque más le pedriquen.

SIL. Es tan verdad eso que decís, que son testigos muchos amigos nuestros en Granada que á cierto curioso le enseñaron otros amigos suyos cinco ó seis versos de un soneto, corrompidos y mal escritos por burla; y él los miró tan de veras, que le paresció ser obra de algún gran artífice, loando mucho unos epítetos muy cuerdos que allí había, y buscando con más curiosidad todo lo que faltaba,

le paresció ser muy bueno y de un autor muy famoso y celebrado.

MON. Siempre oí decir que el buen jugador ha de conoscer las cartas por brújula, y así tenéis razón que no es menester más que decir y hacer el hombre la cosa buena, que en llegando á noticia de quien la ha de conoscer, ella será celebrada y estimada en lo que merece.

SOL. Por eso este mismo de quien he dicho, solía reirse de los sonetos que los autores acostumbran poner al principio de sus libros en su loa, diciendo que son demasiados porque nunca pueden dejar de ser lisonjas, pues se hacen para que su autor se satisfaga de ellos, y no para dar cierto crédito de lo que en el libro se contiene como prometen.

SIL. Mucho nos vamos de rienda tras el saborcillo de la murmuración, que como dicen es caliente de ivierno y fría de verano, y casi podríamos decir que ha sido menos el manjar que la salsa que le hemos echado para comello, aunque pienso que no es dañosa ésta por ser general; mas yo quería que volviésemos al propósito de do nos divertimos, y que el señor Montano tratase por el orden y método que le he dicho, lo que toca á su profesión, de manera que el señor Solino la entendiese por extenso.

MON. Sea como lo mandaredes. Yo procederé por el memorial que me habéis enseñado, pues esto llamáis método y estilo discreto de proceder. Lo primero, que sea arte, no pienso que habrá quien lo niegue después que parezcan en público los preceptos que yo mostraré de que consta; y pues todos los oficios son artes, concédaseme que éste lo es, sea liberal ó mecánica, que en esto no me quiero detener, pues para saber su excelencia y valor importa poco.

SOL. ¡Poco! no tenéis razón; que bien sería que se ventilase por extenso esa cuestión, pues tanto litigan los hombres que son mortales por sus hidalguías, cuanto más

las artes que son perpetuas, y es bien que se sepa su nobleza.

Sil. Montano ha dicho muy bien, que ser un arte liberal ó mecánica no es de parte suya, sino del artífice que la sabe, pues si la aprende por sabella y ennoblecerse con ella, será liberal; y si para servir á otros con ella, será mecánica, porque mecánica quiere decir adúltera, que no sirve á su propio marido, sino á hombre ajeno.

Sol. Galana distinción es esa: ¿ignoráis vos ahora cuáles son las artes liberales y mecánicas?

Mon. Decildas vos, señor, pues la tenéis en tanta cuenta, que yo no paro en eso.

Sol. Las liberales son siete: cuatro que llaman matemáticas y ennoblescen el ingenio, que son Aritmética, que enseña á contar; Geometría, á medir; Música, á cantar, y Astronomía, á distinguir los tiempos y cursos celestiales; y tres que sirven á la lengua: Gramática, que enseña á hablar concertadamente, y Retórica, elegantemente, y Dialéctica, discreta y ciertamente.

Mon. Pasá adelante: no os detengáis en eso, que bien se entiende.

Sol. Pues las mecánicas son otras siete que suelen comprenderse en aquellos versillos comunes: «*lana, nemus, miles, navigatio, rus, medicina, his ars fabrilis, architectonica subest.*» Que quiere decir que los oficios tocantes al vestir y calzar ó á cosas de bosques y monterías, y á la guerra y navegación y al campo, como agricultura, y al criar el cuerpo y á esotros ejercicios, que llaman fábricas y la arquitectura, son artes mecánicas, de donde á lo que yo puedo sospechar, en aquella partícula *nemus* se incluye la caza de que al presente tratamos, y así la tengo por arte mecánica.

Mon. Huelgo de ello, pues al menos, si vos sabéis y sabíades antes esos versillos, no habéis tenido razón de negar que era arte como algunas veces lo habéis hecho

por descuido, pues ahí se cuenta entre las artes mecánicas, y eso servirá de confirmación para la primera parte de mi disputa, que es probar que este ejercicio es arte.

SOL. Dejemos eso; mas responda el señor Silvano á este particular de entender que las artes pueden ser liberales ó dejar de sello de parte del artífice que las ejercita.

SIL. Yo así lo entiendo, porque puesto que es así como vos decís que esas son liberales y esotras mecánicas, ¿quién dubda que el Maestro de Gramática ó de Retórica que las aprendió para enseñarlas y ganar con ellas de comer, y no para ennoblecerse, que las hizo mecánicas y adúlteras; y al contrario, quien usa de la caza para su contento como el Rey nuestro Señor, y no para vender lo que caza ni mantenerse de ello, que la hizo liberal? Demás de eso, ¿quién osará al arte de danzar y esgrimir decilles mecánicas, si la de tañer y cantar son liberales, pues todas ennoblecen de una suerte al sujeto? También al arte militar, que incluye en sí tanta nobleza, ¿quién lo contará por mecánica en un príncipe ó un caballero que no va á ganar sueldo ajeno, así como en el soldado que lo gana y se alquila cuando se ofrece para ello, y como al herrero que hizo las armas y tiros y instrumentos de guerra? Así que no paréis en eso, sino entended que la nobleza de un arte consiste en el fin del artífice que la usa.

MON. Á mí bien me asienta esa opinión; sólo holgara que declarásedes por qué puso á la Medicina por arte mecánica el autor de esos versos, pues todos la tenemos por ciencia, y tan principal y excelente.

SIL. Por lo que hemos dicho ahora, que ahí se entiende la medicina del que la aprendió para servir á otro con ella, como también la cirugía; que la medicina que sólo pretendiere ennoblescer la persona de su dueño, liberal será, como la que sabían Achiles y Patroclo y Podalirio y Macaonte, todos en la guerra de Troya, como dice Homero, pues el mismo autor en aquella parte dice que

el varón médico solamente se debe honrar y preferir á todos los mortales, y sin duda no le loara tanto si hablara de un hombrecillo de estos que andan tan en infamia de su arte, engañando el mundo con ella y con un título comprado del protomédico, con más dineros que letras.

SOL. Por cierto que no entiendo vuestro fundamento en querer hacer las artes de esgrimir y danzar artes liberales, pues la una entra en el arte militar, y la otra en la gimnástica, que ambas son mecánicas.

SIL. Ni yo os entiendo á vos, pues si á eso miráis, la arquitectura que vos contastes entre las mecánicas, también entra debajo de la geometría, que todos y vos contáis por liberal, y esta misma enseñan por ahí á los medidores de tierra; y sería cargo de conciencia llamar artífice á un hombre que anda cargado de sol á sol con su cartabón midiendo estadales, de suerte que aunque os pese habéis de sentir conmigo que el tal hace á la geometría arte mecánica.

MON. Por vuestra vida que se quede esta cuestión para quien mejor la sepa decidir; finalmente, lo que de aquí se ha de tener, es que la montería es arte que enseña á cazar toda caza silvestre, con tiempos y instrumentos convenientes, y lugares, lo cual todo especificaré yo por extenso: téngala el caballero por liberal y el hombre llano por mecánica, pues cada uno se aprovecha de ella según su gusto.

SIL. Según eso, vos no tenéis intento de disputar aquí de más caza que de la montería, pues dais definición sólo para ella.

MON. Por agora eso sólo pretendo.

SIL. Pues habéis de declarar primero que los que tratan algún negocio equívoco ó general, antes lo han de distinguir que lo definan.

MON. Ya os entiendo. Yo iré por el orden que me enseñásteis: digo que es arte y que es necesaria, pues consta por el provecho que nos viene de ella, y por el gusto en

todo tiempo, y porque habiendo de imitar los hombres en esto á las fieras, mejor es que lo hagan por arte que sin ella.

Sol. Bueno es eso: luego en esa vuestra arte hacéis á los hombres imitadores de fieras; y que eso les sea necesario antes me parece á mí infamia y bajeza, y fuera mejor dejar á cada uno en su oficio.

Sil. No tenéis razón, señor Solino, porque quizá después que nuestro padre Adán fué desobediente, todo lo mucho que sabía lo olvidó, porque como le ofendió por deseo de saber la ciencia del bien y del mal, quiso Dios que fuese castigado en aquello que delinquió y olvidase lo que antes sabía, y así, todo lo que fué aprendiendo lo fué sacando por razón y experiencia, á imitación de los demás animales que nunca perdieron lo que Dios les había mostrado, porque no pecaron contra Él, y así veréis que la grulla y otras aves sienten las mudanzas de los tiempos sin que vean señales para ello, y el hombre no las siente sino las rastrea por experiencia que tiene, ó por arte estudiada de Astrología.

Mon. Parésceme que tenéis razón en eso, que casi cuanto se entiende entre nosotros con tanto trabajo, lo saben los animales brutos sin él, y así se dice que los médicos tomaron el sangrar de un animal que llaman Hipopótamo, que se cría en las orillas del rio Nilo, y cuando se ve muy cargado, con los dientes se rompe las venas de los brazos y deja salir tanta sangre cuanta le paresce que basta para su reparo, y luego cierra la vena con cieno.

Sol. Y de la grulla tomaron el echarse las medicinas que llaman Clisteres; que sintiéndose ahita ó llena de mal humor, hincha el cuello de agua salada del mar, y volviéndole para la cola, se la echa toda por su lugar en las tripas, y así limpia el vientre de las superfluydades y desmasías que hay en él y queda sana. Eso mismo debe ser lo que hacen los perros cuando tienen dolor de cabeza,

que para purgarse comen yerba, y vomitando quedan libres.

SIL. No tenéis que dudar que la buena gobernación de las repúblicas también dice Virgilio que se tomó de las abejas y de las hormigas, y á ellas pueden los juristas agradecer los principios de su arte tan célebre.

SOL. Si vale á citar con poetas, también será bien que en confirmación de eso traiga yo lo que dice Merlín Cocayo en su *Macarrónea*, donde trata la batalla de las moscas y hormigas, que en medio de la guerra vinieron en socorro de la una de las partes las chinches, y que dando aquellos estallidos y hedores que suelen dar cuando son echadas en el fuego, fueron causa de la invención de los arcabuces y bombardas; así que á tan donoso animal se le debe la invención de un instrumento tan ingenioso y galano, y de la pólvora tan fuerte. Y lo mismo debió de querer sentir el divino Ariosto en el *Orlando*, do dice que fué invención del Rey Cimosco, pues *Cimosca* es lo mismo que chinche y mosca.

MON. Como vos rezáis os ayude Dios, señor Solino, que eso más lo traéis para á burlas de lo dicho que para confirmarlo; sea por lo que Él mandare, pero no puede negarse sino que todo lo que sabemos se ha tomado á imitación de los animales, y ese es el principal valor del hombre, que negándoselo la naturaleza todo, con sola la razón y discurso lo halló todo.

SIL. Pues volviendo á lo que probaba que ésta es arte necesaria, digo que si el hombre no hubiera de cazar sino que todo lo tuviera sobrado como el primer padre lo tuvo en el Paraíso, no había para qué andar mirando á los brutos á las manos, y así nuestra arte no fuera necesaria; pero concluído que ha de vivir de su trabajo y sudor, comenzó á mirar cómo cazaban los animales de rapiña para aprovecharse de sus astucias y socorrer sus necesidades, y como sea forzoso el hacello, entiéndese que mejor lo hará

con arte y reglas que sin ellas, pues la arte enseña en qué tiempos y lugares y con qué instrumentos se cazará mejor y más cierto y sin trabajo, y así queda que es arte necesaria.

Sol. Pasá adelante, que yo creo ese particular, pues para ir á Roma mejor irá el que sabe el camino ó lleva quien le adiestre, que el que va á tiento.

Mon. Pues que consiga el fin que pretende, notorio es á todos los que comen pesces y perdices y conejos y ciervos y jabalíes, que si la arte de caza no saliese con su intento, no gozarían ellos de sus despojos, pues no se ponen en tan mal lugar que se dejen coger sin trabajo, que, como dicen los filósofos, cada cosa pretende su conservación, y más cuidado ponen ellos en guardarse que nosotros en cazallos; sino que con tantas astucias, al fin vienen á ser vencidos.

Sol. Bueno es eso. No debéis vos haber oído lo que se cuenta de la tierra de Jauja, donde dicen que vive la fortuna, y están las calles empedradas con huevos y confites, y corren ríos de vino y miel, y las perdices asadas se vienen volando á la boca con tortillas en los picos, diciendo á las gentes: «Comeme, comeme.»

Sil. Yo fío que ahí sería supérflua la arte de Montano, y sus astucias se tornarían descuidos, porque la necesidad falta, que fué la inventrix de las artes.

Mon. Por eso no enseño yo mi oficio á todas gentes, cuanto más, que aunque eso fuera así, más gustos hay en la caza que el de comella; que si nó los hubiera, el Rey ni los grandes no se ejercitaran en cazar, pues tienen la tierra de la fortuna en sus casas, que las perdices y aun los faisanes se les vienen á la mano asados; y ¿quién pudo gozar más de eso que el vicioso Emperador Heliogábalo? Y aun sembraba de oro limado el suelo por do había de pasar y uncía las damas desnudas para que tirasen su carro, y con todo eso se deleitaba en cazar.

SIL. Y aun de tener las cosas tan sobradas venía á no gustar de ellas y desear las que eran exquisitas, pues hacía cazuelas de sesos de aves incógnitas y prometía tanta suma de dineros por la *Ave Fénix*, que es sola en el mundo; así que aquello le daba gusto que había de tener en procurarse trabajo.

SOL. Por eso debía de ser tan amigo el Emperador Domiciano de cazar moscas, porque tenía tantas perdices y conejos sobrados que no los apetecía, y procuraba aquello que nadie le había de presentar ni vender.

MON. Cierto, del cuidado que los animales tienen en guardar su vida viene el gusto de perseguillos y cazallos más que de comellos, pues á veces el gato juega con el ratón sin hacelle mal y huelga más de eso que de comello, pues le pone en aventura de perdello á trueque del gusto que recibe en velle huir y seguille.

SOL. Haralo eso cuando no tiene el vientre mucha priesa; que si él estuviese vacío y llamándole á voces, no se acordaría de jugar.

SIL. Verdad es que de ahí nascen las industrias, pues como dice Persio, el vientre es maestro de artes y enseña á hablar los papagayos y tordos; y sin la necesidad y la hambre nada hubiera bueno ni ingenioso en el mundo, porque nuestra naturaleza nos inclina á holgar y estar ociosos, y la necesidad nos enseña á vivir.

SOL. Ejemplo y autoridad de eso nos dió *Lazarillo de Tormes*, que se jacta mil veces que la estrecheza y necesidad en que le puso el ciego su amo le hizo ser astuto y discreto, y que después de Dios, aquél, aunque ciego, le alumbró en el camino de la vida humana.

SIL. Siempre salís vos, señor Solino, con esos alivios que podríamos llamar estorbos más que entretenimientos. Proseguid vos, señor Montano, no se nos venga la hora del comer, que según es goloso el señor Solino, en llegando, no habrá quien le haga aguardar más razones.

SOL. Sabed, señor, aunque escucho de mala gana lo que me enseñan, tengo un no sé qué de ligereza en la aprehensiva, que nada que oiga se me va de cuenta; y ansí, aun con todos esos inconvinientes, sé mil cosillas, que tengo el seso lleno de mil baratijas.

SIL. No sé yo cómo no estando atento podéis saber mucho: ¿vos habéis leído el libro que hizo de *Razón de estudiar* Joachimo Forcio?

SOL. Sí debo de haber; pero decí ese punto que lleváis en hilado, siquiera porque le oiga Montano.

SIL. Dice que hay tres maneras de estudiantes. Unos que oyen y estudian lo que les enseñan de buena gana, y otros pierden la comida por estudiar y no tienen cuenta con hora de comer ni cenar por no levantarse de la leción. Otros que van fuera de sus tierras peregrinando por saber. De los primeros dicen que sabrán poco; de los segundos que sabrán algo más, y los terceros que serán notables en sus oficios.

SOL. Á mí podéis poner antes de los primeros, en otro lugar, si lo hay, porque no sólo no peregrinaré por saber, mas ni dejaré la comida ni escucharé con atención.

SIL. Así sabréis menos que poco, si puede ser cosa menos.

SOL. Eso me basta, que al fin nací con dineros.

SIL. De ahí os viene el descuido, y así volveremos á la plática pasada: que sin la necesidad no hay cosa despierta en el mundo, y por eso hizo Dios las cosas tan puestas en batalla y contrariedad en el mundo, como dijo Demócrito, porque usasen despiertamente de sus oficios viendo sus contrarios delante.

MON. Gentil cosa es que me habéis aconsejado que para proceder bien no tengo de divertirme á cuentos que no toquen á la caza, habiendo de tratar de ella; y habeisnos vos metido en tantas variedades de conversación, que

casi paresce nuestra plática una *Silva de varia lección* ó un *Jardín de flores*.

SIL. No paréis en eso, señor Montano, que cualquiera músico antes que comience á tañer hace algunas fantasías y tiempla las cuerdas, y antes de cantar solfea entre dientes, porque no parescería bien entrarse luego de rondón á tratar lo que se pretende sin hacer algún proemio ó preámbulo, que tanto más principales parescen las casas, cuanto mayores y más varios azagüanes tienen antes de entrar en ellas. Y ya es casi hora de comer y gastarse há lo que resta, hasta que lo sea en esto, y después de comer comenzaréis vos vuestra obra. Solamente podréis dejar dicha vuestra división de la caza, y de qué parte de ella habéis de tratar.

SOL. Pará ¡por vuestra vida! antes que comencéis, que aun eso que dijistes también tiene semejanza con los animales brutos, y debió tomarse á su imitación.

SIL. Como no nos estorbéis más, os dejaremos decir eso.

SOL. Porque un caballo no parece bien si entra luego en la carrera en llegando al coso, que antes lo pasea y galopea un rato, y da corcovos; y un toro antes que corra tras alguno, escarba, y un ruiseñor antes que cante, pía.

MON. Bueno está ya: habéis de acabar hoy con vuestros semejantes. Digo, señor Silvano, que de aquellas divisiones que pusistes de las cosas, me paresce tomar las dos que deben ser mejores: la que se toma de los fines, y la que de los instrumentos; y pues decís que se cazan pesces y aves y fieras, solamente pienso de tratar de la parte que enseña á matar fieras, y de éstas no todas, sino las necesarias para nuestra comida y que se hallan en nuestra tierra, la cual parte se llama montería tomando el apellido, no de los fines ni de los instrumentos, sino del lugar, porque como casi siempre se ejercita en los montes, tomó nombre de ellos. Ésta se divide en dos: en caza mayor,

que es de puercos y ciervos y otros animales grandes, y en menor, que es de liebres y conejos; y si en esta segunda parte me diéredes licencia, me confundiré y quizá trataré de perdices, en cuanto se cazan con los instrumentos que los animales terrestres, quiero decir, con perro y ballesta ó arcabuz.

SIL. Para con nosotros todo se sufre bien; para con los demás, el que tuviere más delicado gusto os perdonará, viendo que al fin no dejásteis de proceder bien por no sabello, sino por querello así de industria.

SOL. Para cumplir con todos, mejor procederíades si tomárades la tercera manera de dividir de las que dijo Silvano, que es la que dejastes, que es la que se toma de los lugares, diciendo que si la caza se hace en agua ó tierra ó aire; y la del agua se entiende la pesca, y de aire la cetrería, y la de tierra la montería: vos queréis tractar de esta tercera, y ansí incluiréis las perdices con las liebres y corzos, que todo se caza con perros y ballestas y no con aves.

SIL. También se puede tomar la división de los instrumentos, y decir que queréis tratar de la caza que se mata con perros y ballestas y arcabuces, sin señalar lugar ni qué se ha de cazar.

MON. Tome el discreto la división que quisiere, que yo no estoy obligado á más que á declararme de suerte que todos me entiendan.

SIL. Esa licencia tiene el que escribe en diálogos, que puede ir atentando el vado y pasar por lo más seguro, aunque sea prolijo; que así lo hace Platón, que para escoger y sacar en limpio una proposición, disputa un año y gasta una mano de papel.

SOL. Y aun á veces la paciencia: harto mejor y más resoluto va Aristóteles.

SIL. Así va más obscuro y terrible; que cansa más con una plana que el otro con un libro entero, y podía decirse

de el lo que Horacio culpa en los escriptores, que queriendo ser breves se hacen obscuros.

SOL. Eso es donde conviene y do la materia de suyo es obscura como en los físicos; y por ventura fué eso, como dice Plutarco, por complacer á Alejandro, discípulo que se enojó porque había escrito para todos lo que á él le había enseñado en particular; pero en todas las demás obras suyas, como en los libros de la naturaleza de los animales y de su generación, y en los de retórica y poesía y filosofía moral, antes paresce que va largo que corto, y aun en aquellos comentarios que hizo sobre todas las obras de Hipócrates, que deben ser provechosos para los médicos.

SIL. ¿Qué comentarios? Porque esos nunca se han visto ni los he oído decir; que aunque Aristóteles fuese médico, como no lo profesó, no entiendo que debió escribir cosa que tocase á medicina.

SOL. Dícelo el Doctor Benito de Bustamante en unas exposiciones de los *Aforismos*, y promete dar aquellas obras de Aristóteles traducidas en latín, que no lo están, y así sólo deben gozar de ellas los griegos.

SIL. Cierto amigo me dijo un día en Granada que tenía muchas obras de Aristóteles en griego, que no se han visto en latín; por ventura, ¿están esas entre ellas? Mas vuelva el señor Montano do iba, que le hemos quitado la vez.

MON. Antes me tenéis ya cansado con tantas entradas y salidas, y no pienso decir más de la caza hasta después de comer, que ó habéis de tener más orden, ó lo dejaré.

SOL. Paresce que olistes la comida, y así os echastes á buen tiempo con la carga. Veis, allí vienen mis mozos con la mía, y los vuestros salen á poner la mesa. Dejémoslo aquí para después.

LIBRO SEGUNDO

DE LA MONTERÍA.

INTERLOCUTORES.—LOS MISMOS.

SIL. Cuando me paro á considerar el artificio y prudencia con que la naturaleza procuró el reparo universal de las cosas, pierdo el juicio y salgo de la consideración, y casi elevado vengo á cerrarme de campiña y decir lo que, sin considerar nada, pudiera decir cualquier rústico, que es que al fin lo hizo Dios todo, que es el que todo lo sabe y todo lo puede, que juzgáis por vuestra vida del reparo que contra las cosas que le pueden ser nocivas tienen los fructos, unos corteza, otros huesos y cáscara; y del que tienen las aves para la defensa de sus hijos, que cada cual pone en lugares remotos y escondidos sus huevos, los cuales al principio sólo tuvieron cáscara por no selles más necesario, y después de nacidos los tiernos pollos, sólo pelo y vello muy sutil, porque estonces fortalescidos del trabajo y pluma de su madre no han menester más; después que ya por ser grandes la madre no los puede cubrir todos, para defensa del frío tienen cañones más recios y plumillas, y últimamente cuando por tener necesidad de mucho pasto por ser mayores no bastaría el cebo que la madre puede traer, los provee naturaleza de fuertes alas y de la astucia misma que sus padres tienen, para que por sí busquen lo que les falta y se debe á su conservación.

SOL. Aún más delgado podríades hilar ese estambre, que eso mismo también lo hizo con esotros animales terrestres, que al principio los tiene escondidos en el vientre

de sus madres en una delgada piel á manera de huevo que llaman pares; después, cuando allí no se pueden sustentar porque no pueden recibir el aire que es necesario á su resuello, la rompen y salen fuera; y proveyó naturaleza á su madre de leche con que los sustentase de la misma masa que era la sangre que en el vientre se sustentaba, y al fin les dió pelo y fuerzas y lo demás como dijistes de las aves; pero lo que á mí me hace duda es pensar por qué puso esta diversidad entre aves y animales, que á los unos diese huevos, de los cuales saliesen los hijos, y á los otros del principio les dió hijos cumplidamente.

Sil. De eso mismo que dijistes se puede entender fácilmente; porque en los vientres de los animales brutos y terrestres, como mayores y que podían sustentar dentro de sí los hijos por algún tiempo, los deja estar hasta tener perfección cumplida; en las aves, por ser más pequeñas y que no pudieran tener tantos huevos juntos en el vientre el tiempo que se requiere, quiso que fuesen poniendo hoy un huevo y mañana otro, y que al fin los empollase y sacase juntos, lo cual no pudiera hacer teniéndolos encerrados, como los brutos hacen, á sus hijos.

Sol. Otra cosa más manual sospeché yo que dijérades, y es que las aves pueden hacer nidos altos y escondidos do guardar sus hijuelos hasta el tiempo de su perfección, y así bastó tenellos fuera de sí, pues estaban á recado; y los brutos no pudieron tenellos puestos en cobro tanto tiempo por andar por tierra y por lo mucho que peregrinan de un cabo á otro, y así ordenó que trujesen el nido consigo.

Mon. Paresce que confirma eso ver que los peces, porque en el agua no pudieran hallar nido seguro, proveyó naturaleza que trujesen los huevos consigo juntos hasta el tiempo que están dispuestos para ser peces, y estonces los echan.

SIL. Sea ello como fuere cierto, grande fué el cuidado que naturaleza puso en todo, pues si miramos cómo después de grandes les dió armas y astucias con que ofender y defenderse, paresce imposible que alguno que no fuese Dios lo pudiera ordenar tan bien.

MON. Eso de las defensas yo lo podré decir de experiencia algo bien, pues ando cada día contraminándoles y no acabo, que eso es lo que pretende el arte de la caza. Dióles principalmente naturaleza, que nada, como dice Tulio en el primero de sus *Tusculanas*, hizo sin misterio y provecho, de más de uñas, dientes, colmillos y cuernos con que se defienden, tres cosas con que se guardan de nuestras astucias y de los animales que les son contrarios, tan excelentes y vivas, que con dificultad pueden ser engañados.

SOL. Esa proposición es antigua de filósofos más añejos y aprobados que Tulio, que basta decir que Dios y la naturaleza nada hacen de balde y sin causa: Aristóteles lo dijo, y Platón antes que Empedocles, y Pitágoras y aun Thales Milesio, y antes que esos Hermes, de quien se dijo denantes que fué el inventor de los diálogos (1).

MON. Cada uno puede acotar con el autor que ha visto, que aun yo quise también sobre eso citar á Erasmo en sus *Proverbios*.

SIL. Pasá adelante, no os paréis en eso. Decí qué cosas son esas tres con que nuestra madre naturaleza adornó los animales.

MON. Ojo, viento y oído, en defecto de los cuales ó de cualquiera de ellos, los animales que tienen otras ar-

(1) Como quiera que para nada ha citado á Hermes en el transcurso del diálogo, ni lo vuelve á citar después, presumo que el manuscrito único que se conoce está falto de portada, dedicatoria y preliminares, en donde probablemente y para explicar el título de su obra, traería á cuento, como aquí lo indica, á Hermes, que fué el primero en usar de la forma dialogada, según el testimonio de nuestro anónimo autor.

mas usarán mal de ellas, y los que no las tienen de todo punto, fueran inútiles en su defensa y nascieran agraviados de la suma Providencia, que á nadie puede hacer agravio; porque si consideramos primero el sentido del ojo y de cuánta importancia sea para la conservación de sus vidas, está claro y evidente que no habrá hombre tan rudo que niegue su provecho tan manifiesto.

SIL. Yo os diré que tanto, que tratando Aristóteles de la necesidad que hubo de que la cabeza estuviese en lo más alto de los animales y levantada de los hombros sobre el cuello, dice que fué porque el cerebro, que son los sesos, pudiesen templar desde allí al corazón; y Galeno, aquel príncipe de filósofos y médicos, se ríe de él y prueba que no fué sino por causa de los ojos, que como atalaya los puso naturaleza en la parte más alta y encumbrada, y pruébalo porque en algunos animalejos, como las hormigas, paresce que les puso los ojos sobre los cuernos, porque no podían levantar tanto el cuello ni cabeza que bastase á lo que les era necesario.

SOL. Luego, según eso, harto mejor les fuera á los ciervos tener los ojos en las puntas de los cuernos, porque desde allí señorearan más.

SIL. No fuera, porque fácilmente los pudieran perder al perder los cuernos cada año; y cuando este inconveniente cesara, todavía, yendo huyendo, dieran con ellos en alguna mata, y así proveyó naturaleza que llevasen los cuernos delante por reparo de los malos encuentros, porque ya les basta tener el cuello bien alto y levantado y con él señorean lo que es menester.

MON. No sabré yo meterme en esa cuestión; pero sé deciros que tengo por bien importante para su defensa este sentido, con el cual va descubriendo delante de sí harto más de lo que se puede sospechar que podría en la brevedad del tiempo y la distancia del lugar.

SIL. Ejemplo en aquel subceso que todos habemos oído

tantas veces, acontecido en el brezal á un montero de crédito con un corzo ciego, que como él entendiese el defecto que tenía en la vista, por verle ir tropezando en las matas (y pienso que lo debía haber visto ó sabido de antes) sin temor de espantarle le fué recechando hasta llegarse tan cerca de él, que le pudo echar mano á la pierna, y aunque á su pesar y dando balidos, le trujo al lugar con mucha facilidad, lo cual no hiciera si el corzo tuviera ojos.

Sol. No es tan fácil de creer el cuento como os paresce, aunque ya le he oído otra vez; porque aunque ese corzo fuese ciego, no se dice que no tuviese viento ni oído por los cuales dos pudiera advertir y prevenir su daño, y cuando éstos le faltaran ó el montero supiera defraudalle en ambos, no debía de estar tan falto de fuerzas que le pudiese llevar de una pierna como se dice; pues con dificultad se puede aun detener un puerco de los comunes de un año de esa manera, aunque el que lo pruebe á hacer sea hombre de mediana fuerza.

Mon. Para confirmación de nuestra plática, basta decir que le pudo asir con sus manos con tanta facilidad por defecto de la vista; que le pudiese tener y llevar él solo, ó que los compañeros acudiesen á ayudalle, no es cosa que importa para la prueba, aunque siendo tan público no dejará de ser verdad; pero tornando al provecho que este sentido trae, paresce también en que si de él no se valiese huyendo del peligro de sus enemigos, daría en otros mayores irreparables, de los cuales, aun teniendo ojos, muchas veces no se puede excusar, cuanto más si caresciese de ellos.

Sil. Paréscese bien en lo que le sucedió á uno de tres monteros, que como sus dos compañeros estuviesen en los puestos, porque ballesteaban á ojeo, y él fuese ojeando, le salió un venado bien grande y tan furiosamente corriendo, que con el desatino y ceguedad que suele hacer el miedo

en el que huye, dió una tal caída en un travino, que se mató.

Mon. La causa de eso fué la furia con que corría, porque siempre se suelen aprovechar de ir mirando al atalaya donde sospechan que les aguarda el que procura su daño; porque de la manera que en un espejo todas las cosas que se le anteponen se figuran y representan dentro de él, y cuanto más delicado y más propio y al vivo, así se le va naturalmente presentando á la caza en su ojo y imaginación la imagen de las cosas que entiende que le han de ser nocivas.

Sol. Una cosa he oído decir del jabalí, y holgaría de saber si es cierta: que mirando de través dicen que ve más que por derecho.

Mon. Podéislo creer y tener por cierto, aunque yo no sabré deciros la causa, y helo visto y experimentado.

Sil. Lo mismo es del águila y de esotros animales y aves de rapiña, que como todos son de suyo muy calientes como conviene á los que han de ejercitar tan cruel oficio, no pueden por derecho, valiéndose de ambos ojos, tener tanta fuerza en ellos como mirando de través; bien de la suerte que la espada, por tener hierros más agudos y filos subtiles, si quisiese cortar como la hacha por derecho no podría, y dejándose ir de través delicadamente, corta cuanto encuentra con mayor presteza, aunque no con tan feroz golpe.

Sol. Luego eso debe ser lo que también nos pasa á nosotros, que para tirar más cierto y con más atención cerramos el un ojo, porque la virtud unida y congregada es mayor que ella misma dividida en varias partes.

Sil. Eso no es por esa razón, que ahí cesa el entendimiento que le hemos dado, porque como adelante por ventura si se ofresciere podremos decir, cuando para mirar cierto se cierra el un ojo, no se hace para ver más ó con mayor eficacia, sino más cierto, por una regla de perspectiva en que se demuestra que los rayos visuales

que vienen á los nervios ópticos de los ojos, siendo dos, hacen diversas noticias torciéndose el rostro, y así nos compele á servirnos del uno y dejar el otro para más certeza, pues forzadamente se ha de tirar con medio rostro.

Mon. Pues dejado ese sentido aparte, viniendo al del olfato, que es lo que nosotros llamamos viento, es en ellos tan sutil y penetrante y de tanta agilidad y presteza, que en ellos debe vencer á esotros dos sentidos, y no sin causa paresce que lo hizo naturaleza, pues el oído muchas veces les puede faltar ó por el ruido que yendo juntos hacen, ó por la fuerza del viento que corre que les impide el oído, y el ojo por la altura de los montes y espesura de los árboles; y el olfato con todo esto no se pierde ni engaña, antes paresce que alcanza con él lo que no es creíble, pues si es verdad lo que de los ciervos dice Plinio en el libro octavo, del viaje que hacen por la mar pasando de Cilicia á Cipro, paresce que se puede probar que el olfato les es más amigo que el ojo y oído, porque no se podrían alcanzar con la vista la larga distancia de la tierra á que caminan, ni con el oído pueden tener de ella algún indicio.

Sol. ¿Qué es eso que dice Plinio de los ciervos y de su navegación?

Sil. Pasan el mar nadando, unos puestas las cabezas sobre las ancas de los otros ó sobre sus espaldas, y cuando se cansan se remudan, y que llevan por norte y regimiento de su navegación solamente el viento que les da de aquellas tierras á do caminan, por el cual son guiados sin engaño.

Sol. Holgaría saber si las aves tienen ese olfato tan vivo, pues las golondrinas y zorzales y grullas también paresce que hacen esas navegaciones ó viajes á tierras tan lejos, que es imposible poder ver desde dónde parten.

Sil. ¿Qué inconveniente será decir que se rigen por ese sentido, siendo verdad que por él se rigen los buitres para venir á buscar los cuerpos muertos?

Sol. Eso de los buitres más se dirá instinto que viento, pues dicen que adivinan las guerras y matanzas antes que sucedan, y vienen á aguardarlas en los lugares do han de subceder.

Mon. Yo no diré de eso más de lo que la experiencia larga me ha enseñando, que á mi parescer todas las aves tienen olfato y saben por este sentido aprovecharse tanto como los otros animales del viento: solamente la perdiz y el alcaraván, ó son en este sentido muy rudos notablemente, ó de todo punto carecen de él; mas proveyó Dios á la perdiz de vista tan aguda y presta, que con esa desde muy lejos previene sus daños y sabe conoscer al cazador con mucha facilidad; así como al jabalí, que tiene poca vista, le hizo agudísimo en el oído y olfato, quizá por traer siempre la cabeza baja y poderse mejor aprovechar de estos dos sentidos tan parientes de la tierra y de su sitio; mas volviendo al ciervo de quien tratábamos, sé decir que debe tener eminencia en este sentido más que otros muchos animales, pues no sólo saca de rastro por su olor las culebras, mas por fuerza sorbiendo el viento las saca de sus cavernas y cuevas para comellas, con las cuales muda los cuernos y el pelo y la vejez, como lo dijo en su *Laberinto* Juan de Mena:

«Médula de ciervo después que encanesce,
Que traga culebra por rejuvenir,
Con aquella piedra que suele adquirir
El águila quando su nido fornesce (1).»

Tanta es la fuerza que naturaleza le dió en este sentido, que entiendo que en él quiso igualar á su necesidad, pues el del oído no le tiene menos vivo y perspicaz, pues dicen que aun siente la yerba cuando nasce y cresce.

(1) Dice Juan de Mena en su citada obra:

«Médula de ciervo *que tanto envejece*,
Que traga culebra por rejuvenir,
Y aquella piedra que suele adquirir
El águila cuando su nido fornece.»

SOL. No pondré yo mucha duda en eso, pues ya me ha acontecido estar yo acostado en el silencio de la noche cerca de un alcacer, y sentir el crujir poco á poco como que se despide caña de caña y cogollo de cogollo.

SIL. Llana cosa es que ese sentido es en ellos agudo y que les sirve de sentir las hembras en el tiempo de la brama, y á ellas de sentir y oler á los machos y aun á sus hijos si los pierden después de paridos; de más de que murieran más de unos y otros si no oyeran el terrible sonido del arcabuz, pues muriendo uno, si los demás no oyesen el golpe, mal podían ser avisados ni prevenidos del peligro que les amenaza, con el cual así despiertan su cuidado, pocas veces perezoso en ellos, que en mucho espacio de tiempo y tierra no puede hallar el cazador, aunque solícito, otro desapercibido.

SOL. Por cierto bien considerado, mucho es contraponer avisos á tantas astucias como tiene para guardarse, y así entiendo que el que hubiere de ser cazador tiene necesidad de tomallo muy temprano.

MON. Eso holgaría yo que disputásedes ambos, que no sería de poco gusto para mí saber de qué edad sería bueno que comenzase el hombre á imponerse en la caza.

SIL. Jenofón dice en aquel libro que hizo de este oficio acerca de eso estas palabras: «primeramente conviene que luego como alguno sale de edad de muchacho entre en el arte y ejercicio de la caza y después se dé á los otros estudios y disciplinas el que tuviere facultad y sustancia para ello, principalmente aquélla que le pareciere más bastante para le poder sustentar, y ayudar y aprovechar adelante.»

SOL. Parésceme que si se le ha de dar crédito á Jenofón, las estancias que citastes en *Las lágrimas de Angélica* esta mañana quedan falsas y condenadas.

SIL. ¿Por qué razón?

SOL. Porque si os acordáis, allí después de habelle en-

señado todas las ciencias y lenguas al mozo, dice que le hizo que se ejercitase los ratos desocupados en cazar, y Jenofón paresce que manda que antes de otra cosa se ejercite en caza desde muchacho.

Sil. Para entender ese paso es bien que sepáis que los antiguos no llamaban aprender oficio al que aprendía lenguas, ni las artes liberales, ni el danzar y esgrimir y tañer, y aquellas ciencias que antes de venir á la caza manda en las estancias que le enseñen al niño, porque por aquéllas no se ha de vivir, y estas tales se aprenden antes de la caza. Después se ha de aprender el oficio que cada uno debe tener para sustentarse, como es el arte militar el que ha de vivir por ella, ó la Filosofía, ó Medicina, ó leyes; y éstas manda Jenofón que se aprendan después de la caza, y veréislo claro, porque después dice que el mozo para aprender á cazar ha de venir á manos del maestro, de veinte años, y siendo así ya puede traer aprendidas las ciencias que dicen que aprendió el hijo de Agrican antes de venir á la caza; y de los veinte años arriba se solían aprender las ciencias y artes en que cada uno había de vivir, como lo dice en la oración hecha para persuadir á las buenas artes aquel Galeno hijo de Menodoto parafrástico, porque entonces están los hombres en su perfección y aprenden las cosas de veras.

Mon. También, si no me acuerdo mal, dice Jenofón en ese mismo lugar que el cazador ha de saber muy bien la lengua griega, y quería saber en esto vuestro parescer, porque al mío ella no es nada importante para cazar más que otra alguna.

Sol. Por la griega entiende él allí la lengua en que cada uno hablare, y porque él era griego puso ejemplo en la griega.

Mon. Tampoco me paresce que es necesario que el cazador sepa mucho de su lengua, antes es impertinente, pues hemos visto rústicos buenos cazadores: aun si dijera

para podella mostrar á otros, pero para ser cazador, cierto no importa.

SIL. También paresce que del hijo de Agricano dijo lo mismo, en otra estancia antes de las que os cité, el mismo autor por estas palabras y orden:

«Cien lenguas le enseñó perfectamente
Que en cada cual hablaba y respondía,
Y las tres artes con que fué elocuente,
Tras de contar, medir y Astrología.»

Y así paresce que quiso sentir que el cazador tenía necesidad de estas lenguas, como Jenofón lo afirma diciendo: «Conviene que el cazador sea aficionado á la caza y sea muy aventajado en saber la lengua griega,» que incluye en sí todas las cinco que usaban por toda Grecia, aunque nuestras estancias no pretenden criar un cazador, sino un príncipe, y Jenofón un cazador; y debiéronlo de decir, porque si peregrinando tras la caza se perdieren, no les falte lo más necesario para saber volver al lugar de do salieron.

SOL. Bien sería, que pues hemos tocado en esto, dijésedes, señor Montano, las particularidades y condiciones que debe tener el buen cazador.

SIL. Y eso no será sin ejemplo, pues tendréis para imitar á Cicerón en el libro del *Perfecto Orador* y á Baltasar Castellón en el de *El Cortesano*, que procedieron así.

MON. El buen cazador, para serlo, tiene necesidad de tener tantas particularidades, que paresce imposible juntarse en un hombre. Cuanto á lo primero, aquellas tres que son generales para todas las artes y ciencias, naturaleza que disponga y haga al hombre hábil, porque sin ésta nada se puede conseguir prósperamente; arte que le haga fácil para obrar lo que pretende, y el uso que le haga diestro y poderoso, porque sin los preceptos del arte se podría hallar muchas veces atajado en dificultades extrañas de las cuales no supiese salir ni tuviese á quien preguntar, que tan presto le avisase, como lo harán los preceptos y

reglas que la razón ha sacado de la larga experiencia. El uso y ejercicio es tan poderoso, que advierte ligeramente de las cosas que no podrían considerar los no ejercitados.

SIL. Eso todo se comprende bien en aquel verso común: *naturam fecit habilem, ars vero facilem, ususque potentem;* aunque muchos han dificultado sobre entender qué sea la naturaleza, que hace al hombre hábil para una ciencia más que para otra.

MON. Lo que yo entiendo es una disposición natural para aquello que pretenden hacer; después de lo cual es menester que el cazador sea de estatura mediana, como lo dijo Jenofón, porque si fuere por extremo pequeño no tendrá la facilidad que se requiere para las cosas tocantes á este ejercicio corporal, y por ventura no tendrá la fuerza necesaria ni podrá durar prósperamente en los trabajos, pues también dice el mismo autor que ha de ser recio el cazador; y si fuese con algún extremo alto tiene más inconvenientes, así porque de suyo los altos son flojos y para menos trabajo, como porque se parescen más por el monte bajo ó tierra llana y rasa, y por las cumbres y picazos, que se encubrirán con más dificultad con el caballo de cabestrillo.

SOL. Esa condición que pedís en el cazador paresce impertinente, porque no se han de buscar los hombres de la hechura que los pide la caza, sino los que más se aficionaren á ella, sean de la estatura que fueren.

MON. Verdad decís: mas hase de entender que este arte enseño yo á un príncipe que ha de buscar perros y hombres que le acompañen, y para éste escribo las partes que ha de tener el cazador, para que busque lo que más le convenga para su pretensión; y cuando esto no fuese, quiero decir todas las partes que se requieren para que se guarden las que fueren posibles.

SIL. No tengáis cuenta con eso, que libremente podéis decir las condiciones que os paresce que há menester la caza en un hombre, aunque sean imposibles de juntar,

pues las partes que pide la oratoria, según Cicerón, también parescen imposibles, y no por eso se dejan de admitir.

MON. De más de lo que tengo dicho, ha de tener memoria, sufrimiento, inclinación, cobdicia, prontitud, ciencia, experiencia, larga vista y oído; mucho conoscimiento, poca pereza, mucho cuidado, agilidad y presteza, buen aliento, necesidad, envidia, pulso sosegado, mal contento, áspero, blando, pies de galgo, pies de buey y de cabra, y de lana y de hierro: dígolo por estos términos, porque así los entienden mejor los cazadores, de más de que ha de ser diestro en tirar.

SOL. Mucha confusión y batería es esa, y yo osaré apostar que ahí por diversos términos hay algunas cosas que se encuentran con otras.

MON. No podrá ser menos, porque yo digo estas cosas como de la experiencia las he aprendido, pues nadie hasta hoy las ha puesto por arte, que Jenofón solamente pone tres ó cuatro condiciones, que son inclinación y edad y fuerza en el cazador.

SIL. Bien se sabe que ese filósofo procedió muy diminutamente en eso y se quedó corto.

MON. Y aun no sé si ose decir que falso, porque en lo de la edad, que endenantes tocastes, no quise decir lo que sentía por no contradecille, y entended cierto que si de veinte años hubieran de comenzar á enseñar á cazar á uno, no viniera á ser cazador de cuarenta, pues demás de tomallo en tiempo que al hombre le impiden otros cuidados, es tan tarde, que se ha pasado la ocasión deste ejercicio y la inclinación primera de los mozos; y si lo queréis probado por autoridad, bien se entiende que si Chirón enseñara á Aquiles á cazar de veinte años, saliera de su poder de más de veinticinco, y cuando le sacó de allí su madre para ponelle en guarda, dicen que le llevó y tuvo mucho tiempo con hábito de doncella, señas bien

ciertas que no le habría apuntado la barba; luego bien se deja entender que el mozo salió de menos de quince años, y aprendió la caza de diez á doce, y no tan tarde, pues después de todo estuvo diez años sobre Troya ó poco menos, y dicen que murió muy mozo, y bien se deja entender que si un hombre se estuviera tanto en aprender á cazar, no le quedaba tiempo para usar otro oficio.

SIL. Por cierto que me paresce que tenéis razón, y que soy de ese parescer; que estotro mozo llamado Cenagrio, hijo de Agricano, de quien hemos tratado, también dice que aprendió tantas cosas y ciencias juntas, porque la hada que le criaba le procuró detener más de lo que debía, temiendo su muerte.

MON. Cuanto más, que bien puede el hombre estudiar y cazar y hacer otros ejercicios en una misma edad. De mí os sabré decir que aunque he tratado en muchas cosas toda mi vida, desde niño me acuerdo que soy cazador, y de siete años cazaba pájaros, y de diez cazaba liebres, y de pocos más venados, y así con el tiempo fué creciendo la experiencia de donde saqué la arte; que la vida de los hombres es tan breve, que no podría, sino se aprovechase del tiempo, aprender lo qué le conviene en una ciencia, cuanto más habiendo de entender en tantas como se usa; que el hombre que no pica en todo, no le tienen por tal.

SOL. Holgaría que fuésedes declarando aquellas particularidades que dijistes tan confusamente, y principalmente aquellas penúltimas en que decís que sea el cazador mal contento y áspero y blando; porque demás de ser de suyo contrarias las dos, la otra paresce impertinente, que es ser mal contento.

MON. Digo que ha de ser mal contento, porque procure tales perros y armas y instrumentos, que por falta de ellas no deje de matar la caza; pues el contentarse el

hombre fácilmente de las cosas, según ellas por la mayor parte suelen ser malas, viene de no entendellas. Digo que ha de ser áspero y blando para diferentes efectos y en diferentes ocasiones y tiempos. Áspero para castigar los perros duros é incorregibles, y para domesticarlos y ponerlos en orden como conviene; blando para regalarlos después, porque no le nieguen y tomen resabios de no cazar con él de temor.

SIL. ¿Qué me daréis, señor Montano, y os diré dos estancias de *Las lágrimas de Angélica* do se comprenden con gran artificio todas las condiciones que se requieren al cazador casi como las habéis puesto, aunque más fundadas en orden y razón?

SOL. Á mí me habéis de pedir las albricias de eso, que de veras, aunque ellas no sean tales, por la afición que ya le he tomado á esa obra las deseo tanto, como saber tan bien como Montano todo lo que él nos pretende enseñar.

SIL. Yendo Bernardo del Carpio roto de una tormenta que le sucedió en el mar Índico oriental, dice que salvó en la provincia de Mozbar, de que era Reina una dama llamada Armelia, la cual iba á aquella sazón á caza; y encontrándole, se aficionó de él y le hizo que la acompañase; y tales cosas supo hacer el español en la caza, que se aficionó y enamoró de él; y contando el autor las particularidades que Bernardo tenía, cuenta las que debe tener un buen cazador, porque la ocasión tenía necesidad de aquéllas y no otras, diciendo así:

«Cuadrado en estatura y recio y duro,
De grande aliento y ligereza extraña,
De oído y vista agudo y ingenio puro,
Astuto y pronto fué el varón de España,
De cuerpo fuerte y de ánimo seguro,
Cual se requiere á la feroz montaña,
Y añade á su codicia y buen asiento
Invidia, inclinación y sufrimiento.

Demás de su cuidado y subtileza,
Y su memoria cual se requería,
Hábil fué y dócil por naturaleza
Y fácil, por las reglas que sabía.
El uso y la experiencia, la destreza
Le dieron que en la caza convenía,
Y la necesidad que allí se ofrece
Con que la sciencia y el ingenio crece.»

MON. No puedo dejar de loar esas dos estancias más de lo que moderadamente se puede sufrir, porque, ó sea por venirme al justo, ó por ser buenas ellas de suyo, así me agradan, que para declarar las partes del cazador no pienso hacer más que declarallas. Y perdonad en esto mi atrevido descomedimiento, que casi estoy por afirmar que si yo no las declaro, el mismo que las hizo no puede entender la perfección que puso en ellas, pues no es posible que él sepa estudiando, lo que yo he experimentado cazando toda mi vida, pues nadie ha dejado escripto esto para que él lo pudiese leer ni aprender.

SOL. ¿Pues qué diremos de haber el otro acertado sin ser cazador lo que vos experimentastes por toda vuestra vida con tanta curiosidad y trabajo?

MON. Diremos que lo dijo sin sabello, con el furor poético que dice Platón que suele arrebatar los poetas y hacelles decir más de lo que saben ni entienden, pues dice Ovidio que está Dios en ellos y que á las veces habla por sus bocas.

SOL. ¿No os paresce que en decir que había de ser de estatura cuadrada, dijo lo que vos, que dijistes que había de ser de mediana estatura, y lo que Jenofón, que dijo que había de ser de buena estatura?

MON. Sí por cierto, y aún más dijo que nosotros; porque cuadrada estatura quiere decir proporcionada, así en lo grueso como en lo alto y ancho; y en decir que ha de ser el cazador recio, dice lo que yo dije, que había de tener pulso sosegado para tener firme el arcabuz aguardando

hasta do el sufrimiento y la ocasión le mandan, pues si le falta fuerza, mal podrá sustentar el trabajo continuo que en este oficio se ofresce.

Sol. Paresce que recio y duro deben ser una misma cosa, y que el uno de ellos sobra.

Mon. No tenéis razón; que decir que el cazador ha de ser duro, es declarar lo que yo dije: que había de tener pies de hierro, porque nunca se le escalienten y blandee por donde venga á despearse, como suelen en verano los blandos de pies; y que debe tener buen aliento, entiéndese porque no se canse fácilmente en tiempo caluroso de perseguir las fieras; y decir que tenía ligereza extraña, es lo que dije yo que había de tener pies de galgo, poca pereza y agilidad para bajar y subir cuestas con menos trabajo, porque si fuese pesado, mal lo podría hacer. Ha de tener buen oído y desembarazado para oir los ciervos en su brama, los gamos en su ronca, los cabrones en topear y volcar piedras en su corriente, los jabalíes gruñir en su celo cuando se muerden y descantarrean en la comida. Ha de tener buen ojo y perspicaz para ver la caza por lejos que esté, donde no muchas veces la dejará de ver, ó si la viere será tan tarde, que cuando acuerde á tirarle se le haya ido á su salvo, y esto es lo que significó el autor de esa primera estancia, diciendo: «De oído y vista agudo,» porque entendió que para cazador le era de mucha importancia; después añade que ha de tener ingenio puro y astuto y pronto, que es lo mismo que yo dije que debe tener mucho conoscimiento, porque sin él poco valdría la buena vista ni oído; paréscese bien en que si uno que no es cazador va por un monte, aunque tenga buen oído y buen ojo y vea y oiga la caza no la conosce así, por ser por la mayor parte la caza de color del monte, especialmente si está algo cubierto y el día hace pardo como ella lo es, que estonces aun con dificultad la conoscen los muy diestros.

Sol. Esas tres partículas ó epítetos que le pone al in-

genio, holgaré de saber si dicen una misma cosa ó son diversos.

Mon. Á mi parescer bien diferentes son, porque ser el ingenio puro querrá decir comprenda las señales de la caza muy ciertas y tales cuales son, ó por mejor decir, cierta y verdaderamente ser sagaz ó astuto querrá significar que espulgue los secretos ocultos y los inconvenientes que se ofrescieren acerca de ella, casi como experimentado ó diestro en semejante oficio; y de la prontitud ya os acordáis la conté yo entre las condiciones del cazador antes, que es conoscer presto lo uno y lo otro sin detenerse á pensar tanto, que se le pase la ocasión de lo que debe hacerse.

Sol. De suerte que ingenio puro y sagaz y pronto, querrá decir un pensamiento cierto sutil y presto, lo cual dice que ha de tener el cazador.

Mon. Así lo entiendo; pues pasa adelante, donde prosiguiendo dice que ha de ser de cuerpo fuerte y de ánimo seguro: bien se deja entender que si fuera de cuerpo flaco, no podrá sufrir los trabajos de la caza, que compara Jenofón á los de la guerra: hambre, sed, cansancio, soles y frío, y malas camas y todo lo restante, y que si fuere pusilánimo no sufrirá la soledad de los montes y breñas en medio del silencio de la noche, y las batallas y peligros que se le pueden ofrescer con las bestias fieras. Y dijo ánimo seguro, porque no se turbe ni altere; de suerte que por muy temeroso ó codicioso ó temerario, se apresure y pierda la ocasión y hierre el tiro y la astucia que conviene usar en ella.

Sol ¿Qué os paresce, señor, de esos dos versos últimos de esa primera estancia, que dicen:

«Y añade á su codicia y buen asiento
Invidia, inclinación y sufrimiento;»

donde paresce que la codicia y buen asiento le eran naturales y propios, mas la envidia y la inclinación y el sufrimiento lo fingía?

Mon. Que dijo muy bien; porque si un hombre no es de suyo codicioso para que faltando la caza no se desespere ni desconfíe habiendo buscado y hallado algunas querencias vacías, más la vaya buscando por otras con porfía, que ésta, como dicen, es la que mata venado y no ballestero afamado, no la podrá fingir, pues si de suyo fuese poco amigo ó codicioso de la caza, no apeteciéndola con vehemente deseo no podrá durar con los fastidiosos trabajos de ella, y también si no tiene buen asiento de suyo para no mudarse fácilmente, mal lo podrá fingir; mas la envidia que se debe tener del mucho primor y arte y subtileza que tienen los otros cazadores astutos, para que teniéndola de ellos les hurte también lo bueno que en ellos conosciere y desee aventajárseles, puédese fingir según la ocasión con que se halla, que aunque un hombre de suyo no sea envidioso, la ocasión lo suele hacer.

Sil. Así es por cierto, y aun la estancia así lo significa, que Bernardo no era envidioso; mas la ocasión de verse ante la Reina, á quien deseaba contentar, le hacía tener envidia de que otro cazador se le prefiriese.

Mon. Pues la inclinación, aunque suele ser natural y es mejor, también se suele fingir, y esle necesaria al cazador, porque mediante ella pasa por los desvíos y malos subcesos de la caza, gustando tanto de sus deleites, que olvida los ratos trabajosos que en ella se ofrescen, sin dejar de perseguillos y entendiendo cada día los primores que allí se van descubriendo con el ejercicio.

Sol. La inclinación me paresce á mí que viene por influencia del cielo y no por elección, pues vemos unos hombres desde niños inclinados á vicios y otros á virtudes con tal vehemencia, que no pueden sin dificultad resistirse.

Sil. También viene por elección, y así lo sintió aquel autor que tantas veces he citado, en la fábula de Acteón que tan famosa es y celebrada, que habiendo significado la conversión del ánima de Acteón tras los vicios, dice que

le siguió el cuerpo por el mismo orden y se fué convirtiendo en bestia, diciendo:

«Luego sin más dilatallo
En diversa proporción
Vieras al cuerpo mudallo,
Que siempre la inclinación
Del señor sigue el vasallo.

Cuando la razón regía
El rostro alzado tenía;
Mas luego que se mudó
El rostro á tierra bajó,
Que alzallo no merescía.»

Así que en manos fué de Acteón elegir el vicio á que se había de inclinar y dejarse vencer de él; pero vencida la alma, dice que le fué forzoso dejar vencer el cuerpo, porque siempre ha de seguir las pisadas del alma; y la comparación que pone es propia, porque vemos que á lo que los Reyes son aficionados se aficionan los vasallos generalmente, y así en tiempo de Reyes viciosos lo han sido sus reinos y por el contrario, pues los miembros siguen á la cabeza.

Sol. Ya yo he visto y leído muchos días há y muchas veces esa fábula de Acteón por ese autor que decís, y si no me acuerdo mal, tiene otra copla que hace á mi propósito, donde dice que la inclinación del ánima sigue á las señales del cuerpo; y si ellas no se pueden mudar, como lo vemos que siempre un hombre tiene las señales que se tenía, síguese que tampoco el alma puede mudar inclinación, y al fin cosa es común entender que los hombres siguen tras aquello que el cielo los inclina.

Sil. Engañaisos en eso, y no es opinión segura entender que el cielo fuerza con las inclinaciones que pone en los hombres, pues Tolomeo, el príncipe de los astrólogos, dice que *sapiens dominabitur astris*, que el sabio tiene dominio sobre las estrellas, y ellas no le pueden forzar á él aunque le inclinen; ni aun tampoco en esa copla que decís se debe entender cómo pensáis.

SOL. La copla es ésta:

«Las señales corporales
Tienen significación
De las spirituales,
Que cual es la inclinación
Ellas se nos muestran tales.»

SIL. Ahora que he oído las palabras del autor, tornaré á afirmar que vos no las habéis entendido, porque no dice que la disposición y compostura del cuerpo fuerza al alma á que tenga tal ó tal inclinación, si que significa el cuerpo lo que el alma tiene en su inclinación, y eso es lo mismo en que Aristóteles y todos los que escriben en el arte de fisonomía se fundan, y así vemos á un hombre que muda de vida, mudar de facciones; testigos los carnales, que luego mudan el color y gesto y figura de los ojos y mejillas: que aquesto sea verdad, y que tenga libertad cada uno para elegir lo que quisiere aunque su naturaleza le incline á otra cosa, dícelo el mismo autor en la media copla que está pegada á esa, pues hablando con la señora á quien va dirigida aquella obra, le dice:

«Solamente tu aspereza
No paresció á tu belleza,
Que mill reinos meresció
Señora, y en tí mintió
La ley de naturaleza.»

Porque la belleza corporal, como dice Eurípides, por eso solía ser tan celebrada que la juzgasen los antiguos por digna de imperios y reinos, faltando quien fuese derechamente Rey, porque entendía que un cuerpo hermoso ha de entender alma hermosa y piadosa; mas dice el autor que en esta señora faltó la regla, que siendo hermosa era áspera y desabrida, porque ella quería con voluntad libre torcerse de aquello á que su naturaleza la inclinaba, y como lo hizo ella lo hizo Sócrates, según dicen los escriptores de su vida, que teniendo señales de vicioso era por extremo virtuoso.

Mon. Así que, señores, queda concluído de esa cuestión que la inclinación es libre y puede el hombre torcella hacia do quisiere; pues que el sufrimiento también lo sea, que es la postrera partícula de la primer estancia, bien se entiende, pues muchos queriendo se han enseñado á sufrir, como Philipo el padre de Alejandro, y ese Sócrates que ahora nombrastes, y esle muy necesario al cazador para estar sobre una res aguardando que salga de la fiera montaña do no se le puede tirar, á la parte más apacible y conveniente para aprovecharse de su arte aguardando á que se mejore, que ya muchos cazadores por mal sufridos han perdido lo que ganaran si se reposaran y sosegaran en la caza dejando la mala ocasión y esperando la buena, por lo cual tendría yo el sufrimento por una de las partes más principales del cazador, sin el cual podrá ser con dificultad bien afortunado; y esto es lo que comunmente significamos los cazadores cuando decimos que son necesarios pies de buey para no moverse del agua, trigos, salegas y yezgares, ni pasos que la caza toma hasta que venga la ocasión que esperamos en que se pueda matar con más certeza y facilidad, y para no moverse después de haber visto la caza, hasta tomar consigo el acuerdo necesario.

Sol. Con eso queda concluído con la primer estancia. Declaradnos agora por qué dice que ha de tener cuidado y subtileza, y lo demás que prosigue en la segunda.

Mon. Mucho cuidado es necesario al cazador para recordar y levantarse á las horas necesarias en que ha de hallar la caza en las partes apacibles en que suele estar por las mañanas, que si se descuida, cuando llegue á la atalaya se le habrá ido del lugar do estuvo cómoda y dispuesta para ser cazada; y para levantarse á recelar de noche en tiempo de brama; y para pensar bien de noche las astucias de que ha de usar de día, y para ejercitarse en tirar hasta hacerse diestro, lo cual es importantísimo en el

cazador, como lo dijo el autor en el verso sexto de esta octava:

«El uso y experiencia, la destreza
Le dieron que en la caza convenía.»

SOL. Bien estoy en eso; mas la subtileza que ahí añade al cuidado paresce que sobra, pues antes dijo que el cazador ha de tener ligereza, que paresce lo mismo.

MON. Muy diversas cosas son, que la ligereza es lo que yo declaré antes por los pies de galgo y agilidad; mas la subtileza es lo que llamamos los cazadores pies de lana para ir secreto por el monte cuando entra á tirar por breñas y espesuras sin viento, donde su ruido podría espantar la caza y desvialla dándola aviso; y también puede entenderse por la subtileza lo que llamamos pies de cabra, para subir lastrales, cuchillos, picazos de peñas, andando tras las cabras monteses sin peligro ó con el menor que fuere posible de su persona: esto es lo que se debe entender por la subtileza, pues la memoria es tan necesaria para acordarse de los buenos ó malos subcesos y lugares cómodos y desacomodados de la caza para aprovecharse de ellos á sus tiempos, que sin ella en vano sería un cazador antiguo, pues no podría hacer experiencia de cuanto encontrase, ni sabría un día más que otro; y así muy discretamente se pide y procura en el cazador.

SOL. Bien me paresce que habéis concluído la declaración de las estancias, porque las tres condiciones que restan, que es hábil y dócil por naturaleza, y fácil por los preceptos del arte, y diestro por el uso y experiencia, ya las tenéis declaradas desde el principio.

SIL. Solamente queda la necesidad, que dice el autor que suele hacer crescer la ciencia y el ingenio; y esa dice Persio que hace hablar los tordos y papagayos. Y con esto se cierran las partes que debe tener el cazador, y sería bien que nos diésedes algunos avisos generales perte-

nescientes á lo mismo, pues lo general se debe tratar antes de lo particular.

Sol. Acerca de eso, os recitaré yo aquí de memoria unos avisos que dice Jenofón que le dieron á Ciro la primera vez que salió á caza: que como él preguntase de qué fieras se había de guardar, y á cuáles había de herir de lejos, y á cuáles acometer animosamente, le respondieron que los osos habían muerto muchos de aquéllos que se les acercaban, y los leones y puercos monteses; más que los ciervos y cabras y ovejas y asnos monteses, que son animales que también se deben cazar en Media, donde esto aconteció, no hacían mal alguno porque son temerosos y huyen.

Mon. Acerca de ese mismo punto os sabría yo decir que todos los animales que por acá se cazan, si no están heridos ciertamente, huyen, y si lo están, si no son acometidos segunda vez del cazador, pocas veces acometen; y que aunque es verdad que los ciervos después de heridos huyen, alguna vez fuerzan su naturaleza y procuran defenderse. Así que de todo es bien que vaya prevenido el cazador, porque inadvertidamente no yerre.

Sol. Demás de esto le decían á Ciro, que no menos se había de guardar de los lugares peligrosos que de las fieras, porque muchos, por no advertir, se habían despeñado juntamente con sus caballos.

Mon. Cosas son esas (de) que ha de estar advertido cualquiera hombre discreto antes de ser cazador, y así los avisos generales que yo pienso dar no serán de esa suerte, sino los que solamente importan para la caza, y lo demás apréndalo el cazador de quien aprendió á correr ó sujetar el caballo.

Sil. Comenzad muy en buen hora, que muy bien estoy con que sólo tratéis aquello que al cazador en cuanto tal le pertenesce, que lo demás no está á vuestro cargo.

Mon. En saliendo el cazador por la mañana, como

antes he dicho, con cuidado y prevención á buscar la caza, lo primero que debe hacer es mirar el viento que corre, porque éste es el norte de los cazadores porque por él se han de gobernar. Podrase conoscer á veces por las señales comunes, á veces por alguna veleta ó estandarte, si se ofresciere lugar en que lo haya; y cuando todo esto faltare, y también las hojas de los árboles no dieren clara muestra del viento que corre, puédese el hombre socorrer de algunas muestras particulares que cada cual tiene ya conoscidas. También ha de considerar el aire que ha corrido aquella noche, que se entiende por el que entonces corre poco más ó menos, y demás de esto al tiempo del año que es, y á las veces el mes cuando se diferencia de los otros meses de su tiempo, como adelante diremos, y la disposición que tiene el cielo, y la que podrá tener aquel día, y la que tuvo la noche pasada; y mirado todo esto le será fácil hallar la caza con las reglas que para ello daremos.

Sol. Eso será si la hubiere.

Mon. Pues así se entiende, porque lo que no hay mal se podrá hallar.

Sol. Hacia la Mancha á lo menos, general sería esa regla.

Mon. Á propósito: bien se le entiende al señor Solino de estos negocios de caza, pues que aun en las sierras, con ser dispuestas para ello, falta muchas veces por ser tan perseguida, y piensa que se ha de hallar en la tierra rasa y descubierta como en la Mancha.

Sol. Bien lo tengo entendido; mas decíalo porque os quiero contar un donoso cuento que me pasó con un labrador en aquella tierra acerca de eso; mas pasad adelante.

Sil. Ya os entiendo; decildo, que el señor Montano dará por esta vez licencia, pues viene á propósito y no será muy largo.

Sol. Encontrándome con él, le pregunté si aquella

tierra era dispuesta para caza y si había en ella muchos venados; él me respondió que había tantos, que él mismo los había visto dentro de las iglesias de los pueblos muchas veces; y como él me viese admirado de esto, afirmándose en lo que había dicho, con una risa falsa me dijo: «Por ventura, señor, ¿habéisos vos hallado en el ojeo de alguno de ellos?» dando á entender que estaba mal con la gente de nuestro hábito, hasta que yo vine á advertir su malicia.

SIL. Donoso estuvo, aunque no es cosa nueva para labradores estar puestos en esas malicias.

MON. Por cierto yo holgaría de saber por qué se ha introducido en el uso tanto tiempo á llamar venados y ciervos á los que sufren los adulterios de sus mujeres.

SOL. Eso fácil está, que es porque está ya en costumbre decir que aquéllos son cuernos: como esos animales son tan ricos de esa madera, llámanles á los tales del nombre de los animales mismos; pero más dificultad tiene saber por qué les llaman cornudos á esos tales, pues aún no tienen esas armas tan feroces para vengar su injuria, pues la sufren con paciencia.

SIL. Muchos han escripto en declaración de esa duda, y uno fué Baptista Mantuano (1), que hizo una elegía de esto; y para no cansaros, en un libro que llaman los juristas *Silva nuptial* hallaréis muy largamente traídas razones y autoridades sobre eso. Yo solamente os traeré una copla de la fábula de Acteón en que me paresce que da una razón que me satisface más, y es más nueva que esotras. Dice que las ninfas de Diana, aunque estaban desnudas, después que le vieron mudado en ciervo no solamente no tenían vergüenza de él, pero se reían de verle; y él, viendo que le mostraban los gestos más amorosos,

(1) I. Baptistae Mantuani Carmelitæ, Theologi, ac poetæ clarissimi Parthenice septem, noviter impressæ, ac a multis vitiis correctæ et emendatæ, cnm quibusdam in margine annotationibus. Compluten per Michaele de Eguia.—M.D.XXXVI.

no sabiendo la causa, que aún no sabía que estaba vuelto en ciervo, entendió que ellas le habían cobrado alguna afición, diciendo:

«Y él, viéndolas tan mudadas,
Como aún la suya ignorase
(¡Oh necedades usadas!),
¿Quién duda que no pensase
Que le eran aficionadas?

Porque el cuitado no siente
De qué se alegra la gente;
Que siempre el cornudo fué
El postrero que los ve
Porque los tiene en la frente.»

De aquí se infiere bien por qué les llaman cornudos á los semejantes, porque como todos saben su daño y él lo lleva delante y no lo ve, tomaron de aquí la semejanza de llamarles hombres que llevan cuernos, porque ningún animal que los lleva los puede ver, siendo cosa que no se puede encubrir á los demás.

Sol. Yo no quedo muy satisfecho con eso; mas pase adelante el señor Montano.

Mon. Una duda se podría ofrescer sobre lo dicho, y es qué orden se tendría para conoscer el viento si el tiempo estuviese tan sosegado que por ninguna de las señales ordinarias se pudiese conoscer.

Sil. Bien es que declaréis eso, que yo estuve dispuesto de preguntárselo.

Mon. Echando un poco de polvo en alto, por poco viento que haga lo llevará á aquella parte donde él va.

Sil. ¿Y si la tierra estuviese mojada del día pasado?

Mon. Mojar el dedo en la saliva caliente de la boca y alzalla en alto, que luego se entra el frío por aquella parte que viene el aire, aunque sea poco.

Sil. ¿Y si el tiempo fuese tan caliente que el viento también lo viniese y no se pudiese sentir en el dedo?

MON. No puede ser, pues decís que ha de haber llovido el día antes; pero si subcediese, encender la mecha del arcabuz ó otra cualquier cosa y alzalla en alto, que el viento llevará al humo hacia donde va, pues no puede ir derecho; y así, aunque el viento sea poco, se podrá conoscer su viaje, y más advirtiendo que en el verano casi siempre hallará el cazador correr el aire de la parte do sale el sol, que paresce que se levanta con él por la mañana, y á medio día y á la tarde también de las partes por do el sol pasa, estando, como he dicho, el tiempo calmo.

SOL. ¿Qué será la causa de eso?

SIL. Fácil es de conoscer, porque si el tiempo, como decimos, está sosegado y quieto que ningún viento furioso se mueve y rige la tierra, claro está que cualquiera, por pequeño que sea, se ha de parescer; y como el sol con su calor ordinariamente va levantando esas exhalaciones de que los vientos se engendran, esas sirven de vientos y corren por el orden que el sol.

MON. Huelgo de saber esa filosofía y la generación del viento, que aunque yo sabía lo que he dicho de experiencia, no estaba enterado en las causas; y hame acontecido estar puesto á tiro de una res encamada, esperando á que se levantase para tiralle, y en tales días, temeroso de las mudanzas que el viento va haciendo, mudarme á contraria parte por no echarle mi viento, y después de estar yo en otra parte, revolver el viento de aquella parte donde yo primero estaba y darle con él á la res en las narices, y avisarla con el viento de mi huelleja, no menos que lo hiciera con el de mi persona misma.

SIL. Es cierta cosa que de la parte donde vos estábades primero sacó el sol el viento con las calidades que de vuestra huelleja se le pegaron, y así dió la noticia á la res que vuestro viento le pudiera dar.

MON. Y aun por tanto conviene que el cazador esté advertido á que estando ya á tiro de la tal caza encamada

esperando que se levante para tiralle, si teme que el aire se le ha de mudar por no andar tan firme y constante, que se emballeste inclinada la arma con que tira donde la res está encamada, y le arroje una subtil pedrezuela con la cual dé del otro lado de la res, porque oyendo sonar la piedra en la parte contraria, será cierto que resultará (1) á estotra parte hacia do estaba el cazador, teniendo advertencia á que cuando tire la piedra no sacuda el brazo recio, mas antes lo tenga lo más firme que pudiere, porque no oiga la sacudida de él y salte á la otra parte.

SIL. Y si la res estuviese tan lejos que no se pudiese tirar la piedra sin sacudir recio el brazo, ¿qué medio se tendría para hacella levantar sin que se corriese peligro de sentir al cazador en la parte que está?

MON. Gamitarle una vez sola, ó dar un pequeño gemido también solo, lo cual apenas será hecho cuando la res estará en pie mirando hacia todas partes para entender de dónde sonó con gran recato, por lo cual no se debe dar más que uno, porque no reconozca la ficción y entienda ser de hombre y se avise y huya; pues si todavía quisiese aguardar á que ella se levante, como dijimos, el viento se la podría avisar y sacar de entre las manos dejándole burlado.

SOL. Por cierto de grande provecho entiendo que es esa advertencia que dijistes, de considerar el viento que en el discurso del día ha de correr.

MON. No sólo sirve para esto, mas para saber el viaje que se ha de llevar todo el día cazando, porque no sabiendo el viento que ha de correr, podría ser que tomase la derrota de suerte que siempre le fuese dando el viento en las espaldas y fuese avisando toda la caza con él; y de aquí viene que muchos, poco diestros en esto, andan todo el día por lugares llenos de caza sin descubrilla ni vella,

(1) Lo mismo que resaltará ó resurtirá.

y es porque llevan delante de sí quien vaya avisando á su enemigo; y aun algunas veces al buen cazador, si al principio estuvo poco advertido en esto, le conviene después de entrado el día, visto que se le ha mudado el viento, volverse por do vino, acabando de gastar el día en contrarias querencias de donde se debe buscar, más teniendo cuenta con el viento que corre y que ha de correr aquel día; la disposición de la tierra le dirá el viaje que ha de llevar, aunque sea en parte no conoscida, advirtiendo á llevar la montera hundida y su cumbre abollada, porque no haga tanto viso y sea menos conoscido de la caza, llevando la vista cuidosa, delantera y calada por el monte, sojuzgando y descubriendo aquella parte por do piensa llevar su viaje, y el cuello metido para dentro porque lo blanco del lienzo suele hacer más viso, y el arcabuz ó ballesta apercibido para lo que pudiere subceder, pues ya podría descubrirse ó saltar alguna res, y si se le pusiere á tiro no dejar de tiralle, como suele subceder, por ir desapercibido y sin consideración, llevando cuidado, si no llevare sabueso, de ir mirando por los rastros frescos, pues son ellos muchas veces descubridores de la caza.

Sol. Muy bien se pinta esa solicitud en la caza de Acteón que hemos dicho, que aun yo me acuerdo de esta copla:

«Quál varias redes tendía,
Quál las guardas ordenaba,
Quál los estorbos desvía,
Y quál bien consideraba
Por dónde pasar podría.

Quál las ramas desgajadas
Mira por do están echadas,
Quál anda tomando el viento,
Y quál si el suelo está liento,
Le sigue por las pisadas» (1).

(1) Esta *Fábula de Acteón*, tantas veces citada en este libro, y varias de las sátiras de Barahona de Soto, las publicó por primera vez López de

Mon. Muy bien me paresce, y los avisos son cuales convienen á mi propósito: solamente aquello que al principio paresce que siente decir que algunos iban armando redes á los ciervos, paresce impertinente y fuera del uso, que llevando perros y tantos cazadores no llevarían redes.

Sil. Jenofón pone este orden de cazar con redes caza mayor y menor; y así no paresce digno de culpa el autor de esta fábula, demás de que también Ovidio escribió lo mismo.

Mon. Sea ello como vos mandáredes, mas yo tengo solamente de noche por buena la caza de redes, porque en ese tiempo hay más disposición, como diremos adelante, de aprovecharse de las sendas y caminos y trochas por do suelen las reses caminar y do se han de armar las redes, porque de día antes caminan por el bosque inculto que por sendas trilladas.

Sol. Pues bien paresce, que aunque era de día aquella caza y en el monte Gargalo, que era inculto y nunca cortado, como dice el mismo autor, por ser dedicado á Diana, debía tener algunos pasos conocidos do se armaron las redes, pues dice el texto más adelante en las consideraciones de Acteón:

«Consideraba el cuitado,
Aunque no le aprovechaba
Por estar ya tan cercado,
Las partes donde cazaba,
Y do teme ser cazado.

Sedano en su *Parnaso*, y no hubo de ser la copia de que se valió tan escrupulosa y fiel como la del autor de estos Diálogos, pues sin ir más lejos, los últimos versos arriba escritos los pone Sedano de este modo:

Qual anda tomando el viento,
Y qual si el ciervo está ciento
Le sigue por las pisadas,

que no hacen sentido.

Quiere dellas desviarse,
Mas viene luego á enredarse
En otras partes peores,
Qual hace el que entre temores
Y sospechas ve llevarse.»

Mon. No se puede dejar de conceder por qué tan graves autores no hablarían sin misterio, y así digo que ese cazar con perros y redes y caballos cerrando todo el monte, solamente les es concedido á los grandes príncipes que tienen caudal para tanto aparato; yo más aconsejaré á la gente no tan principal que use (más) de lazos que de redes, pues es caza más nuestra, y también la trata Jenofón.

Sil. Así es verdad, y aun da un aviso tratando de ella, y es que se guarde el cazador del venado después que está preso, porque el macho principalmente suele matar á coces y con los cuernos al montero que puede haber á las manos, y vengar en él su saña.

Mon. Muy buen aviso está ese; mas ya, si os acordáis, lo dejo yo apuntado, que pues os dije que herido el ciervo suele acometer, lo mismo se ha de entender en cualquiera necesidad que se halle. Demás de esto, querría que advirtiese el cazador todas las veces que estuviere en su mano poder seguir machos ó hembras en cualquiera género de caza, que antes siga los machos que las hembras, porque cierto los machos son más rudos y no tan despiertos ni advertidos, y los cazará más fácilmente; demás de que son mayores y tienen mayor y mejor presa, y se hace mejor tiro en ellos y más rico despojo después de cazados.

Sil. Y es muy bien que siempre que fuere posible se perdone á las hembras por lo que toca á la propagación y aumento de la caza, pues los machos nunca hacen falta y podríanla hacer las hembras donde hubiese poca caza.

Sol. Eso no entiendo yo, porque siendo como son en todo género más perfectos los machos que las hem-

bras, yo no sé por qué ellas han de ser más avisadas que ellos.

Mon. Séos decir que tengo yo experiencia de ello y que lo dice también Jenofón, porque tratando del armar lazos á los ciervos, dice: «Y porque al ciervo le esté más oculta la estancia do le arman, lleve el cazador muy lejos de allí la tierra que sobrare, porque si la cierva huele la tierra recién movida, para lo cual tiene más agudo sentido, vuélvese del camino.»

Sil. También hay razón natural por donde se puede confirmar eso que decís, porque las hembras sin duda son más prestas y ligeras de imaginación y advierten más por llevar más temor que los machos, y también naturaleza les dió en eso ventaja, porque convenía para la conservación de sus hijos y de su especie; así como sabemos que la leona es más fuerte y feroz que el león porque así fué necesario, y el águila más que su macho, que también convino así para la guarda de sus hijos y para buscalles de comer, lo cual no había de hacer el macho, y así no le proveyó naturaleza de tanto valor.

Mon. También tengo por aviso importante, que si le fuere necesario al cazador correr algún espacio grande de tierra para adelantar la caza y tomalle el viaje en los pasos y collados, que tome el paso apresurado que baste á durar para correr aquella distancia descansadamente que hay desde do parte hasta el lugar do pretende adelantar la caza, porque partiendo con toda la furia que puede, le podría faltar el aliento al mejor tiempo y por esta causa llegar más tarde pensando llegar más temprano.

Sil. Muy bien es que le advirtáis de eso, que al fin es bien tener cuenta con todo, que aun en menudencias pueden los hombres ganar honra; y así de parescer soy que no dejéis de advertirnos de todo lo que se os ofreciere aunque sea de niñerías, pues como dijo Soto escribiendo y loando á Silvestre:

«Aun en cosillas del solaz humano,
Si no hay ocupaciones más famosas,
Mostráis el raro ingenio soberano.
Loables son, por serlo virtuosas,
No os suene mal que las escriba ó cuente,
Que mucho es no ser poco en tantas cosas.»

SOL. Muy bien dijo, que no habiendo ocupaciones más altas, no se le puede culpar al hombre que se emplea en menudencias; y saber muchas menudencias hace después un todo muy excelente y adornado, de suerte que sea digno de loa justa.

MON. Con ese buen ánimo que me ponéis, me habré de aventurar á dar otro nuevo aviso, aunque también manual, al cazador, y es que si fueren tres ó cuatro cazadores ó más juntos, vayan siempre callando aunque les parezca que no es tierra de caza, que muchas veces suele estar donde no piensan; y cuando vayan juntos, no en una renglera, sino uno en pos de otro, y el que más supiere delante, con tal orden, que en parando aquél paren todos, y aquél parará en viendo la caza porque así no harán tanto viso ni ruido, pues para lo que importa cazar no se ayudan muchos ballesteros, antes se estorban, y así han de hacer cabeza de uno, ó apartarse cada cual por sí en distancia que se puedan juntar si fuere necesario.

SOL. Harto más importante es ese aviso, pues se endereza á no asombrar la caza.

MON. De la misma importancia y efecto es éste: que siempre que cace por la mañana ó la tarde el cazador, que son tiempos en que suele estar la tierra sombrosa á manchas ó á pedazos, por la parte de la querencia donde ha de entrar procure ir antes por la sombra que por el sol, porque irá más oculto y no dará aviso á la caza con su sombra.

SIL. ¿Y si por correr el viento contrario hubiese de ir contra viento forzosamente para ir por la sombra?

Mon. En tal caso digo que tenga cuenta con el viento y no con las sombras, porque más agudo tiene la caza, como hemos dicho, el sentido de oler que el de ver, y más se aprovecha de él, pues muchos de estos animales son muy cortos de vista, como lo es el jabalí y la liebre, como lo advierte también Jenofón, por tener los ojos saltados y los párpados muy cortos, que no pueden defendellos de los daños exteriores; mas en todos en general tienen agudo el olfato y se avisan por él.

Sil. Verdad es todo eso; y aun se funda en buena razón creer que naturaleza les quiso dar mejor nariz que ojo, pues con el ojo solamente alcanzarán la distancia que estuviere rasa y esa bien limitada, pues ellos siempre han de vivir en breñas y espesuras; y con la nariz perciben todo lo que abraza el viento, aunque sea en montaña muy espesa y desde mucha distancia; y si como corre el viento siempre de una parte ó de otra, corriera juntamente de todas de suerte que les pudiera avisar por do quiera, nadie bastara á matar res en su vida; y aunque las especies visivas vienen á dar igualmente noticia al ojo por todas partes, no por eso los pueden avisar como conviene por tener los límites que el olfato no tiene.

Mon. También se ha de advertir que siempre que el cazador entre á tirar al tramontar del sol, cuando crece la sombra como dice Garcilaso, y por esto la que hace el cazador ha de ser mayor y más larga adelantándose mucha tierra, debe mirar si la sombra va hacia la parte do está la res, y se guarde de que llegue primero su sombra á avisalla que la distancia de poder tiralle, porque ya se ha visto muchas veces asombrarse la caza habiéndole guardado con cuidado el viento y ojo y oído, y no saber el cazador de dónde le vino el aviso á la caza, habiendo sido por esta causa.

Sil. Grande advertencia es menester y silencio para no asombralla teniéndola encamada; mas digo yo agora: si

estando con tanto cuidado el cazador aguardando sus ocasiones le diese gana de toser, pues forzosamente habrá de estar alguna vez con esa necesidad, ¿qué remedio os paresce que debría usar para no asombrar la caza?

MON. Tragar una poca de saliva, aunque si tuviese romadizo y la tose fuese mucha, no ir á semejante aventura sería más discreción sin su azúcar cande, pues esto suele disimulalla.

SOL. ¿Y si quisiese estornudar?

MON. Fregarse el labio ó bezo alto de la boca con el dedo, de suerte que haga movimiento en la nariz.

SOL. También paresce que sois médico, según estáis diestro en esos remedios.

MON. No hay mejor cirujano que el bien acuchillado. La necesidad lo ha descubierto todo, porque como cada día se le ofresce al cazador estar puesto al tiro de una res encamada aguardando á que se levante, y otras veces aguardando en los barreros, bañaderos, trigos, salegas y yezgares, por fuerza ha de procurar remedios para detener estas cosas que impiden el silencio.

SOL. Huelgo de saber esas maestrías, que aunque no me aprovechen para la caza, pues no pienso matalla, servirán para otras cosas que se le ofrescen al hombre sin pensar cada día, teniendo la res encamada y estando en silencio porque no nos sienta el dueño de la posada.

SIL. Bien es que cada uno halle en la conversación cosas tocantes á su menester según su trato y género de vida, que también á mí me aprovechará para dejar de estornudar alguna vez que estoy leyendo ó escribiendo, y no querría pararme ni detenerme tanto.

SOL. Notable cosa es que de cosas hizo naturaleza para que avisasen la caza, pues no bastó los avisos que ella se tiene, sino que nos dió á nosotros tantas cosas con que la vamos avisando: el olor, la sombra, el ruido, la tose y los estornudos.

MON. Más hay que eso, que también las perdices suelen avisalla cuando todo esto falte, y así es menester que advierta el cazador cuando viere volar alguna, de pararse sin pasar adelante, porque luego, si siente la perdiz, suele la res levantarse y mirar á todas partes, porque como hace tanto estruendo al volar, sospecha que sea su enemigo que la viene á inquietar, pues no solamente los ciervos se temen de los hombres, mas de lobos y osos y leones que suelen hacer pasto de ellos.

SOL. Eso es cosa nueva para mí: que ¿los lobos suelen comer á los ciervos?

MON. Llana cosa es eso; y aun os contaré, pues viene á propósito, lo que me pasó pocos años há con dos lobos que tenían una cierva asida matándola.

SOL. Decildo por vuestra vida, que ya comienzo yo á tener lástima de ella.

SIL. No érades bueno para cazador, pues lo principal que debe tener ha de ser la crueldad en ese negocio.

MON. Yo había caminado al ruido de tan gran estruendo buen rato, y allegando, ví entre una espesura los dos lobos que, como digo, mataban á la pobre cierva; y aunque como vos decís le tuve lástima, parecióme que más lástima me quedaba si se me fuese, y así dejéla acabar de matar, y luego arrojéle al uno una bala por los vacíos que se hacen debajo de los brazos y cayó muerto; el otro, asombrado del tiro, huyó poco espacio, y como viese que el compañero no le seguía, sospechó que se quedaba en la cierva y revolvió lamiendo á buscar la cierva, y sentóse olvidado del suceso, porque, como dicen, él tiene muy deleznable memoria, y púsose de suerte que yo le pude tirar fácilmente, y dándole por la espalda le hice tener compañía á la cierva y al otro lobo.

SIL. Por cierto el subceso fué extraño y digno de admiración, y que pocas veces habrá subcedido matar con tal astucia tres animales juntos.

Sol. Ya me paresce que se hace tarde, y el sol se debe haber escondido, y con su ausencia se ha descubierto el frío, ó sea que con el gusto de la conversación no le hemos sentido.

Mon. Entrémonos á esta sala donde se podrá mejor disimular con el brasero, y así podremos dar fin á nuestra conversación por hoy, porque no pienso de trataros más (que) de el modo que se ha de tener en buscar el ganado cervuno, corzuno y gamuno, y cómo se ha de matar, porque de lo más trataremos otro día.

LIBRO TERCERO.

INTERLOCUTORES.—LOS MISMOS.

MON. Parésceme que podría yo decir habiendo de tratar materia tan difícil como agora se me ofresce, lo que suelen con grandes encarescimientos afirmar los escriptores que emprenden materias arduas y dificultosas y dignas de admiración; porque declararé, si me estáis atentos, astucias grandes, subtilezas extrañas, condiciones varias, propiedades de aves y animales, y secretos milagrosos de naturaleza, cuya industria y artificio sin duda excede al pensamiento de los hombres, porque de la misma suerte que tuvo cuidado de gobernar las plantas y yerbas diversamente por los tiempos del año, así también quiso que los animales se aprovechasen de aquella mudanza y rigiesen sus vidas por ella, aunque con alguna diferencia, porque la partición que comunmente se suele hacer del año en cuatro tiempos, no nos es á nosotros los cazadores general con las otras diferencias de gentes; y para que esto entendáis con más facilidad, presuponed que nosotros dividimos el año en cinco tiempos forzosamente distintos, el primero de los cuales tiene tres meses y es el mismo que para los labradores llaman estío, Junio, Julio y Agosto, el cual acerca de nosotros se llama la *gordana*, no tiene nombre particular y así lo nombramos de la suerte que todos, porque ni en su principio, medio ó fin no hallamos diferencia. El segundo tiempo llamamos de la *brama*, y éste contiene poco más de un mes, contado desde el medio de Setiembre hasta cerca de todo el mes de Octubre,

en el cual término ya se comienza la segunda camada y entra el tercer tiempo que llamamos de la *cansa*, y dura los tres meses siguientes, hasta el fin de Enero, donde se hace la tercera camada y comienza el cuarto tiempo que llamamos de la *cuca*, que dura los dos meses Febrero y Marzo, al fin del cual es la cuarta camada y principio del quinto tiempo que es la primavera, en que suelen los venados, corzos y gamos desechar los cuernos viejos y cobrar otros nuevos, no menos que suelen los árboles despedir la hoja antigua y vestirse de otra nueva y más hermosa.

Sol. Cosa fué por cierto digna de advertencia y admiración ese misterio: dejar ese ganado los cuernos á ese tiempo, no habiendo otro ningún género que de ellos se desnude por todo el discurso de su vida.

Mon. Pues más os admirará si consideráis que en el tiempo que se hallan sin ellos viven tan afrentados, que no solamente se esconden de los lugares donde pueden ser vistos de los hombres, pero también de los otros animales, porque, cierto, ellos tienen sus cuernos por ornato y compostura especiosísima, y parésceles que han de ser menospreciados de todo el mundo si se dejasen ver en tiempo de su desnudez y pobreza.

Sil. No se engañan en imaginar que les fueron los cuernos dados por gala, pues en eso difieren de las hembras, pues en todos estos tres géneros de animales, las hembras carescen de ese ornamento y presunción; y de aquí vino antiguamente que (á) los varones graves y casi divinos, para mostrar su presunción y alteza, los pintasen con cuernos, como á Moisén figuran los hebreos, y á sus Tholomeos los Egiptos, y los Macedones á Alexandro; de donde algunos han querido decir que Alexandro fué cornudo, siendo cosa vana y digna de risa, pues no se los pintan á él ni á los demás por afrenta, sino por ornato y excelencia.

SOL. Una duda se me ofresce en ese particular, y es saber por qué entendéis que les dió naturaleza cuernos á esos animales por gala, pues tenía obligación de hacer más hermosas las hembras; y si los cuernos fueran gala, más lo pusiera en ellas que en ellos, pues en la especie humana hizo más hermosas las mujeres que los hombres.

SIL. Grandes consideraciones y curiosas se pueden ventilar en esa materia, que si lo consideráis, en todos los animales brutos hizo al macho más gallardo y especioso, como se ve en el pavón y el caballo, y el gallo y todos los que traemos entre las manos, y por esto entiendo que es lo mismo en corzo y ciervo y gamo, y aun osaré afirmar que también en la especie humana pasa lo mismo, que por más hermoso tengo al hombre que á la mujer, pues ornato debe ser la barba y todo lo demás en que por excelencia paresce que se le aventaja.

SOL. Yo no lo quiero creer, ya que pase por lo demás; y paresce que hubo razón para ello, porque como los demás animales no usan por todo el año de las hembras, sino limitadamente por sus tiempos, no fué menester más apetito del natural para ello, y así naturaleza no las aventajó como hizo en la especie humana, donde por ser sin límite, fueron menester tantas salsas más. Por vuestra vida, señor Montano, que me digáis, si lo habéis advertido, cuántos años vive un ciervo, y si muda siempre todo el tiempo que vive los cuernos, y si no siempre, cuántos años.

SIL. La edad de los ciervos no la puede saber de experiencia el señor Montano, porque cuando menos, se lee que vive trescientos años ó más, como se ve en aquel epigrama de Ausonio Galo, que está puesto en título de Virgilio al fin de sus obras contando la vida de los animales; y los cuernos no los desechan siempre, sino los seis años primeros, como dice Aristóteles, y cada vez que tornan á cobrallos les nace una punta más, de suerte que hasta los seis años por el cuerno se les puede juzgar la edad que

tienen y vienen á tener cada uno con sus puntas, y no pasan de aquí según este autor, y lo mismo paresce que sintió el que compuso la fábula de Acteón, pues tratando de su conversión en ciervo, dice:

«Los ojos abrió mayores
Y más largo tendió el cuello,
Percibió más los olores,
Mudó en pelo el tierno vello
Teñido de dos colores.

Las orejas se extendieron,
Las carnes se endurecieron,
Y adornaron su cabeza
Dos cuernos, que pieza á pieza
Sus doce puntas tuvieron» (1).

MON. Muy bien me paresce esa opinión; mas yo os sabré afirmar que he visto ciervo de siete y ocho puntas y más, y así no tengo por cierta esa regla porque entiendo que pudo tener entre los dos cuernos Acteón diez y seis y diez y ocho.

SOL. Dejad vuestras opiniones aparte, que son de poca importancia, y considerad otras delicadezas que hay en esa copla.

SIL. No son esas consideraciones para este lugar, ni yo cité la autoridad más de para que se entienda que hay autores en nuestra lengua con quien poder confirmar casi todo lo que hablamos, y vos, señor Montano, proseguid en lo que comenzastes; y pues decís que queréis decir cómo se hallan las tres especies de corzos, gamos y ciervos, decidnos si tienen alguna diferencia en algo, para que en todas las demás vamos confiados de que son semejantes.

SOL. Una cosa holgaría yo de saber, y es la diversidad que tienen en los cuernos esos animales, porque yo con-

(1) Dos cuernos, *que á poca fuerza*
Sus doce puntas tuvieron,

dice López Sedano en su *Parnaso*.

fieso mi ignorancia, que aunque los encuentre no sabré distinguillos.

Mon. Esa es cosa muy común y manifiesta. Los ciervos tienen los cuernos largos, y tanto, que casi les llegan al lomo cuando los tienden, y con muchas puntas, aunque entiendo que no tienen esa cuenta que Aristóteles pretende, porque yo he visto algunos viejos con pocas y otros nuevos con muchas. Los corzos los tienen del mismo color, pero muy pequeños y grumosos y de tanta gala, que exceden en hermosura á los demás animales que tengan cuernos. Los gamos tienen anchos los extremos de sus dos cuernos, y en lo último tres ó cuatro puntas en cada uno, la primera larga y las dos ó tres siguientes más cortas.

Sol. ¿Esos animales son igualmente amigos de los montes y aspereza?

Mon. No por cierto; antes los gamos nunca suelen ser amigos de salir de lo raso, donde mejor que en otra parte suelen defenderse por la costumbre que tienen hecha, y en entrando en el monte se turban y pierden de manera, que con facilidad pueden ser engañados; y al contrario los venados: en el monte suelen ser tan advertidos que vencen al pensamiento muchas veces de los cazadores, y salidos en lo raso, ó sea porque se decuidan, ó por el poco uso que tienen de estar en parte tan descubierta, y porque siempre tienen costumbre de mirar alto y lejos y no lo que está cerca, suelen ser engañados y cazados fácilmente.

Sil. Cosa digna de advertir para entender lo que puede la costumbre, pues siendo los ciervos y corzos tan ligeros como los gamos, no saben defenderse en campo raso, sino escondidos en las asperezas y breñas del monte; y los gamos por el contrario, siendo tan astutos como los ciervos y tan temerosos, no saben guardarse en la montaña oculta haciéndolo tan bien en campo raso.

Mon. Yo os diré que también lo hacen, y que tan astutos son, que de aquí vienen á ser más conversables y

no temer tanto á los ganaderos ni á los perros de ellos, pues saben tan bien burlalles con mañas, que los tienen escarmentados para su defensa.

Sol. ¿De qué manera?

Mon. Recógense muchos juntos en rueda, que nosotros llamamos en una tarea, en medio de un campo raso, y sale uno de ellos solo á rescibir los perros, tras el cual siguen todos los perros como le hallan más çerca; y él vase jugando con ellos y aguardándolos á trechos y hurtándoles el cuerpo y engañándolos con tantas y con tan diversas vueltas, que los desatina; después que se siente cansado, vuélvese á la tarea donde los demás están recogidos, porque en todo el discurso no se sale del campo ni los pierde de ojo; y en viéndole venir sale otro á recibir de nuevo los perros, y pasando por medio de ellos fuérzales á que le sigan y dejen al otro que ya está cansado, y tórnalos á llevar jugando con ellos de la manera que el primero hasta que se cansa y se vuelve á encerrar, tomando otro tercero el mismo cargo y cuidado; y de esta suerte dejan los perros tan fatigados y sin aliento, que seguramente pueden, burlando de ellos, quedarse paciendo en el campo dejándolos escarmentados para que, aunque los vean, no los osen más seguir por no cansarse en vano como lo hacen.

Sil. No es maravilla que esos animales usen de ese orden y concierto tan artificioso para su defensa sin tener razón, como á la verdad no la tienen esos ni los demás, pues otros muchos hacen cosas tan extrañas y bien advertidas, que asombran la consideración de los grandes filósofos, y ha habido quien osase afirmar que no carescen de todo punto de razón.

Sol. A lo menos, si se debe dar crédito al doctor Huarte, que hizo el *Examen de ingenios*, él sospecha que lo tienen y aun lo prueba con Galeno.

Sil. En eso anduvo el doctor muy largo de pluma y

corto de lección, porque el autor que él cita no es Galeno, ni el libro (el) que cita, como lo verá quien leyere su sobre escrito, y la opinión no es segura ni aprobada, aunque también paresce que la tuvo Lactancio Firmiano en el libro *De Opificio Dei*, donde dice que todos los animales usan de razón, y que racional no es propia diferencia con que se distinga el hombre de los brutos. Más acertado es creer que ningún animal fuera del hombre se rige por razón, sino por un instinto ó movimiento de naturaleza, y así lo mostró en la conversión de Acteón su autor, diciendo:

«Cuando la razón regía,
El rostro alzado tenía;
Mas luego que se perdió,
El rostro á tierra bajó,
Que alzallo no merescía.»

De suerte que aun en Acteón después de mudado en ciervo, no quiso que permaneciese la razón en su vigor y fuerza habiendo sido antes hombre, aludiendo á la autoridad de Ovidio, que dice que se le concedió al hombre solo que mirase al cielo con rostro alto, porque era animal tan noble y el más santo y principal de todos, lo cual también dijo después Silvio Itálico en el libro de la *Guerra Segunda de Cartago*.

MON. Pues volviendo, señores, al lugar donde estábamos, digo que fuera de esto que se ha tratado, son muy semejantes los ciervos y corzos y gamos, y que se han de buscar, con la diferencia de los tiempos que al principio señalé, de esta manera: en todo el estío y por la mañana se debe buscar en las solanas como partes donde por este tiempo más dura la sombra por tardarse más el sol en descender á ella y comunicársele menos, por razón de que á esta hora está más oculta y encubierta de sus enemigos donde menos alumbra el sol, con cuya claridad todo lo oculto suele ser manifiesto, y si entonces estuviese en la

umbría, que es hacia el Oriente, en saliendo el sol sería descubierta; y si esta causa no os paresce bastante, digo que lo hace, porque como por este tiempo el calor suele ser grande, siempre procura ponerse á la sombra por huir del fastidio y pesadumbre que el sol le puede causar en tiempo donde no se procura, y así se irá mudando por el orden que el sol hiciere sus mudanzas acostumbradas, porque allí estará hasta tanto que el sol bañe la solana con su lumbre, y entonces irá inclinándose hacia la parte donde las sombras se escondieren, porque en habiendo el sol descubierto por todas las partes la solana, la suelen las reses desamparar recogiéndose á la más cercana umbría montosa, sombría y fresca, y por la mayor parte de media umbría arriba, por causa que allí participa menos de la calor del sol y es menos combatida de las moscas y tábanos que la persiguen é inquietan; de donde se colige que también lo hace por gozar más del fresco que á aquella sazón corriere, con el cual templa el calor que el tiempo trae consigo, y hace mejor atalaya, aprovechándose mejor de sus tres sentidos, que, como he dicho, son para su defensa de tanta importancia.

Sil. De suerte que siendo en el estío y por la mañana, decís que se ha de buscar la çaza en las solanas, porque á aquel tiempo están llenas de sombra, cosa que en tal tiempo se pretende y procura.

Mon. Así lo digo.

Sil. Y si la solana fuese muy larga y grande, ¿qué remedio para hallar presto la caza, para que la tardanza no sea causa de perder el tiempo y la ocasión en otras cosas?

Mon. Mirar luego en llegando á aquella parte de la solana do más dura la sombra y do más tarda el sol en llegar, que suele ser por la mayor parte en alguna vuelta de la misma solana, que hace como recuentro contra el sol; y esto es muy conforme á lo que está dicho antes, porque

si la caza pretende buscar en tal tiempo la sombra, bien se entiende que tomará aquella parte donde entiende que ha de durar más, por no tener que mudarse tan presto; y miradas estas tales partes y no hallándola allí, podría el cazador, para no detenerse, pasar adelante mirando á la ligera lo demás de la solana, pero con cuidado, porque ya podría quebrarse la regla; y así es bien ir advertido de todo y tener cuenta con las cosas que parescen de menos consideración. También es justo que se advierta de paso, que la caza suele comer en la noche y estar encamada en sus querencias el día; levántase á comer en el mismo dos veces: una por la mañana y otra muy tarde; el cual orden guardan casi siempre en todo este tiempo, y es bien que vaya advertido el cazador, porque demás de saber las querencias do la ha de hallar, importa mucho saber si la ha de hallar comiendo y con cuidado, ó echada durmiendo, según la hora en que la buscare.

SIL. ¿Hay alguna particularidad acerca de eso?

MON. En el venado sólo se halla, y es en el último mes del estío, que es el mes de Agosto, en el cual se levanta á comer tres veces al día, que le dura hora y media ó dos horas.

SIL. La causa de eso ¿no os han dicho qué sea?

MON. Dícese entre cazadores que lo hacen para curar con el calor del sol los cuernos que tienen todavía tiernos, y paresce que sienten que les ha de ser necesario en el tiempo siguiente de la brama; ó sea por engordar como otros dicen, ó porque entonces tengan necesidad de más pasto, aunque yo por más cierto tengo la primera razón, porque también suelen ponerse en lo más alto de la sombra de su querencia, quizá para que en parte les alcance algo del sol, no osando descubrirse ni salir de la sombra por no ser vistos, y así en tal tiempo los hallarán en tales cumbres aunque sea en tierra llana que nosotros llamamos de rañas, porque allí curan mejor los nuevos

cuernos del sebo, si es verdadera la causa que algunos, como he dicho, suelen dar; y aun otra cosa también se advierta, que si en tal parte hay algún quejigo, se suelen encamar debajo de él por gozar de la templanza de su sombra y del goloso bocado de su hoja; y si esto no hay, debajo de algún hueco ó sombra de peña ó cueva ó cendajo, porque allí pretende templar el sobrado calor del tiempo.

SIL. Y si el día fuese nublado y sin sol, ó muy poco, ¿dónde se podría hallar generalmente en este tiempo la caza?

MON. Hállase encamada en la misma solana donde le amanesció aquel día, si fuese la tierra cómoda en estancia y seguridad y pasto; y si no lo fuere, volveráse á la misma cama de la umbría donde estuvo el día de antes.

SIL. ¿Y si comenzase la mañana nublada, como dije, y después de medio día, como acontece, abriese el tiempo y hiciese sol?

MON. También la caza haría mudanza y escurriríase á la umbría más cercana del día de antes, ó á lo que mejor y más provechoso se descubriese según la variedad y disposición del tiempo.

SIL. Y si se descubriese el tiempo lloviendo, pues en el estío suele acontecer, ¿qué os paresce que debría hacerse?

MON. En tal sazón hallaráse en lo raso fuera del monte en algún quemado ó aneal por no mojarse doblado, frisando con las matas que le suelen ser fastidiosas.

SIL. ¿Y si hubiese muchos rasos y quemados?

MON. En el que fuere más cercano á la querencia que tuvo el día pasado, ó á la que, según reglas dichas, debía tener aquel día si no lloviera.

SIL. Parece que con eso queda concluído bastantemente con el primero tiempo que llamáis los cazadores estío, porque vos habéis dicho lo que os paresce necesario,

y á mí no se me ofresce que dudar, ni al señor Solino según paresce, que preguntar.

MON. El segundo tiempo, que nosotros llamamos de la brama, comienza del medio, como dije, de Septiembre, ó porque en esto sigamos el orden de los astrólogos, desde los once de este mes, pues todo es poco más ó menos, y llega al medio ó cerca del fin de Otubre, de suerte que tiene mes y medio ó poco menos; y esto se entienda en la sierra de Cuenca y su comarca, porque ya será posible (que) en otras partes, según la varia templanza de la tierra, comenzase poco antes ó después y durase poco más ó menos, lo cual podrá saber de experiencia el cazador, pues le será fácil de conoscer en la parte donde estuviere, y si fuere extranjero podráse informar de los naturales de la tierra.

SIL. Y eso mismo se puede entender de la división que tenéis hecha de los otros tiempos, porque también será posible que en algunas partes el estío no tenga la misma templanza ni el término como vos lo contáis; y así es bien que el discreto á cuyas orejas viniere ésta nuestra conversación, se acomode como mejor viere que conviene.

MON. En este segundo tiempo es más fácil de hallar la caza por andar en celo ó en amor, cosa que en todos los animales tiene tanta fuerza, que los hace olvidar el cuidado que suelen tener en el reparo de sus vidas; y así debe buscarse en todas las querencias, así en la solana como en la umbría, y en lo hondo como en lo alto, porque en todas partes suele estar andando siempre recogida casi toda á una comarca, y no repartida por todas partes como en los otros tiempos del año, lo cual se causa, como he dicho, por ser ésta una de las principales camadas de las que la caza hace; y así traginan de una parte á otra, el macho buscando la hembra, y la hembra al macho; y suele el macho amanescer cuatro ó cinco leguas del lugar do le anochece hasta topar ciervas, y por esto se hallarán unas querencias vacías y otras llenas, sin orden cier-

ta que se pueda dar por no estar repartida la caza como suele, ni ir tanto á procurar la comodidad de las querencias ni su pasto, como la compañía de aquello que por naturaleza apetesce en tal tiempo; y por esto no hago distinción en los tiempos del día, porque de la misma suerte se hallará á la mañana que al medio día y á la noche, y más si es tierra de pinares huecos.

SIL. Eso se entiende en el tiempo que andan las reses buscándose unas á otras; pero sepamos, después que se han hallado y cada ciervo tiene hecha ya la manada de ciervas que ha de traer consigo, ¿guardan algún orden?

MON. Entonces sí, y habéis apuntado muy bien, porque ya no andan con el desconcierto que al principio, porque llevándolas siempre el ciervo delante, las muda á los lugares más abrigados y de mejor pasto; y así se debe buscar cerca de los majadales y quemados, y más si el pasto está apurado, que la caza procura siempre tenelle cercano; y así, cuando corre ábrego furioso y mojado, se hallará en las umbrías que estuvieren más abrigadas contra él, donde mejor se pueden defender de la inclemencia del tiempo, que ya comienza á mostrarse áspero; y si corriere cierzo helado y subtil, en las solanas contrarias, y al fin, de cualquiera viento que corra como pueda serles enojoso, se ha de entender que procuran su reparo y estarán puestas las reses al abrigo de algún monte ó peña que les defienda todo lo que fuere posible de su aspereza.

SIL. No debe de haber más que tratar de este segundo tiempo que llamáis de la brama.

MON. Así es verdad; y si se ofresciere después algo de nuevo, no vendrá mal en cualquier lugar que sea. En el tercero tiempo, que es después de la segunda camada, al cual llamamos de la cansa, que comienza del fin de Octubre ó principio de Noviembre y acaba en fin de Enero ó principio de Febrero, hay mayor dificultad de hallar la caza que en todos los demás tiempos, porque como estos

animales escapan cansados y sin fuerzas por el uso de las hembras, y aun flacos y fastidiados, como dicen los filósofos, siempre están encerrados en lugares ocultos, y se les suele pasar todo el día sin levantarse, si no es á orinar ó volverse del otro lado.

SIL. Y sepamos, ¿suelen estar en ese tiempo en las mismas querencias que antes tuvieron, ó pasarse á otras?

MON. Yo os lo diré muy claro si me estáis atento: por esa razón llamamos camada el espacio que hay de un tiempo á otro, porque mudan de lugar y suerte de vida; y así los venados, sintiendo la flaqueza con que quedan después de la brama, suelen mudarse en este tiempo á lugares bajos y calientes, más abrigados, temiendo el rigor del tiempo que esperan, y allí dicen que suelen aguardar á lavarse con el rocío de las primeras pluvias del cielo; y cuando éstas les faltan, se suelen bañar en algunas fuentes ó lagunas para mundificarse y expeler de sí el fastidio que les quedó del ejercicio que tuvieron antes, que como dice Plinio, suele ser fastidioso á los animales todos.

SIL. Contaros he á ese propósito lo que supe de un cazador de gran crédito, el cual dice que vió él mismo un día como un venado estuviese saltando una tarea de ciervas junto á una laguna pequeña, que en acabando con una iba tomando tierra atrás como un carnero que quiere topetar, y corriendo furiosamente pasaba dos y tres veces la lagunilla lavándose otras tantas veces en ella muy bien, como para limpiarse del fastidio y tomar aliento para saltar á otra; y así fué prosiguiendo hasta cumplir con todas.

MON. Pues conforme á lo que habemos dicho, en todo este tiempo de la cansa se hallará la caza más continuamente en aquella parte de la solana donde primero el sol en nasciendo esparce los rayos de su lumbre, para mitigar con ellos el insufrible frío del tiempo, pues les suele dañar como he dicho, por la poca defensa que en tal sazón suelen tener.

SIL. ¿Y eso entiéndese por las mañanas, cuando la caza escapa del sereno y frialdad de la noche?

MON. Así lo entiendo, porque si se buscase al medio día, se hallará en el comedio de la solana y en la parte más abrigada de montaña más espesa y guardada de vientos ásperos, los cuales sienten más que en otro tiempo por ser los más rigurosos de todo él, y por ser estas reses de pelo muy regaladas en sentir la aspereza del tiempo, por lo cual se apartan menos de sus querencias á buscar de comer, que en otro algún tiempo del año; y porque fuera de ellas no la hay, y estando en sus querencias, ya que les falte pasto de yerba, no falta ramón que para en tal tiempo les suele ser pasto suficiente, y por esta causa dije que en este tiempo es más difícil de matar la caza, por estar en querencias que raras veces falta redroviento, y por el ruido grande que forzosamente se ha de hacer para acercársela el cazador por la montaña espesa, y porque mientras más se le acerca la viene á perder de vista por la altura y espesura del monte, y finalmente porque, como al principio dije, los venados se guardan mejor en el monte que en el raso, y en este tiempo siempre están en el monte como tengo declarado.

SIL. Bien está lo dicho acerca de ese tiempo. Pasad á la cuarta camada, que, si no me acuerdo mal, debe ser después de la cansa y antes de la cuca.

MON. Es así, porque luego que salen de la cansa suelen mudarse á los lugares más dispuestos para cucar, como á los arroyos hondos y de poca agua, y á los sotos y partes ocultas; y para que mejor me entendáis como conviene, entended que cucar llamamos un cierto movimiento ó desasosiego sin orden que inquieta de tal suerte las reses, que no las deja parar en lugar alguno; y según he sido informado de hombres doctos, es lo mismo que los médicos llaman turgencia, que es andar un humor vagando por diversas partes. Cáusase ésto de sobra de humor, que ha-

ciendo algunos barros entre cuero y carne, engendra allí unos gusanillos pequeños que, picándoles ó punzándoles la carne, les hacer tomar aquella inquietud sin orden, hasta que horadándoles el cuero, salen fuera y los dejan libres. De aquí colegiréis que este movimiento tiene necesidad de calor, y que en las tierras calientes comenzará primero la cuca que en las frías; y así dije que el tiempo de la cuca comienza en el medio de Febrero en las tierras calientes y en el principio de Marzo en las frías, y debe durar poco más ó menos hasta principio ó medio de Abril. También suele en este tiempo metérseles una mosca en las narices, fatigándoles casi tanto como los barros y trayéndolas locas y sin sosiego hasta meter la cabeza en una mata y estarse allí grande espacio de tiempo; y con lo uno y con lo otro suelen huir tan desatinadas, que si el cazador no es experimentado en este menester, entenderá que le han sentido y huyen de él; y por esto es necesario advertirse para que no por eso deje de seguillas y acechallas como si entendiese lo contrario, y por esto se entenderá fácilmente la parte donde se ha de buscar la caza en este tiempo: solamente hay que notar lo que dije antes si corriese ábrego, que se debe tener la cuenta que antes dije.

Sil. Bien me satisface todo eso. Vamos al último tiempo, que es la primavera, en que como dijistes desmogan esas reses, y decid lo que sentís de ellas.

Mon. Aquí es menester advertir que hay en este tiempo mucha diferencia entre los machos y las hembras. Por gran maravilla se hallará un macho que, como al principio ó medio de Abril comienzan á desechar los cuernos, están escondidos, como dijimos, todo ese tiempo, hasta que les nazcan las nuevas cuernas; y así no parescen y es trabajo perdido querellos buscar.

Sil. Y aun, según dice Aristóteles, buscar el cuerno siniestro será también trabajo perdido.

Sol. Y según Plinio, buscar el derecho.

Mon. Y según entiendo yo, buscallos entrambos ó cualquiera de ellos, porque yo no he visto ni oído decir de cazador que haya hallado ninguno; y así no creo que se pueden hallar, porque ellos saben también escondellos como esconderse, que pocas veces los hallará quien los buscare, y así os daría por consejo que buscásedes en este tiempo las hembras y no los machos, las cuales son muy fáciles de hallar y de matar por muchas razones; así porque con la mudanza del tiempo salen de las breñas y montes espesos á los rasos y más descubiertos con deseo de ver y mirar lo que tanto tiempo les ha sido oculto, como porque engañadas con los diversos colores que entonces tiene la tierra, no saben determinar tan bien al cazador, ni conocelle; y también porque hace antes que se encierre tres ó cuatro camas donde piensa hacer día, sin primor ni destreza alguna de redroviento, como quien piensa no sosegar mucho en ellas.

Sil. Muy bien me paresce ese consejo y digno de que se advierta, aunque entiendo que no habrá quien vaya á buscar venados, que hallando otro cualquier ganado lo deje; y así todos estarán avisados de ese punto.

Mon. También os quiero dar otro aviso, pues éste os ha parescido de poca importancia, y es que todo este ganado es más discreto y dispierto en el tiempo frío que en el caliente, y así más fácil de matar en primavera y estío que en otoño y ivierno; y más fácil en la brama que en la cansa; y más fácil en los días claros y calurosos, que en los obscuros y templados; y más facil al medio día con el calor excesivo del sol, que á la mañana ni tarde; y más fácil de día que de noche.

Sil. ¿Á qué tiempo os paresce que comenzarán á parescer los machos en la primavera después de la desmoga? porque ya después que comienzan á tener cuernos no estarán tan ocultos como habéis dicho.

Mon. Verdad es; pero aun en el medio y fin de Mayo

todavía no osan parescer, porque entonces comienzan á encornar y suelen las moscas picalles los cuernos que aún están muy tiernos, y así se esconden; y porque no tienen fuerzas en ellos para poder herir ni aprovecharse de sus armas, aunque no en todos pasa de esa manera; que los que están más gordos, con la pujanza de la sangre cucan primero y desmogan y encuernan primero, y así podrán parescer primero que los que salieron más flacos de la cansa, y por el consiguiente, en las tierras más fértiles y en los años tempranos en que gozan de mejor pasto, engordarán primero y cucarán primero y desmogarán y encornarán y saldrán al raso primero.

Sil. También en esos tres géneros de animales algunos tendrán menos ó más sangre que otros de su naturaleza, y por eso tendrán diversidad.

Mon. Verdad es, que aunque todos cucan, los gamos no crían gusanos ni tienen barros, y así nunca les hallamos agujereado el pellejo, porque á la verdad no deben ser tan pujantes en sangre; y aunque éstos como digo, no tienen tanta pujanza, al fin parescen en todo lo demás á los venados, pues tienen su ronca en el mismo tiempo que esotros la brama; pero los corzos, que deben ser más flacos y delicados, no quiso naturaleza que aguardasen á tener su celo en tiempo desigual como es Setiembre y Octubre, sino en el caliente como es Agosto; y así es bien que se entienda que se anticipan todo este tiempo.

Sol. Parésceme que os contradecís en lo dicho, porque si es verdad que los corzos son más flacos que los gamos, pues dijistes que los gamos tienen tan poca sangre que no se les crían barros ni se les taladra la piel al tiempo de la cuca, sino que cucan con sola la mosca; de buena razón los corzos tampoco los habían de criar, ni se les había de hallar la piel taladrada.

Sil. Esa duda, supuesta la experiencia que de ello se tiene, se puede soltar así: que aunque tienen los corzos

menos sangre que los gamos, es más caliente, y por eso hierve más encendida con cólera y viene á criar barros, la cual por ser subtil fácilmente se resfría en el tiempo frío, y fácilmente se enciende en el caliente.

SOL. Bien me satisface esa respuesta; mas ofréscese-me otra duda sobre todo lo dicho, porque si os acordáis, casi en todo el año dijo Montano que estaba la caza encamada á medio día, como se verá si discurrimos por todos los tiempos dichos, si no es en Agosto el venado, que dice que por hacer en el día tres pastos se levanta al medio día á hacer el tercero.

MON. Así es verdad.

SOL. Pues si lo es, ¿por qué no habéis dicho qué orden se ha de tener en buscalla á medio día? que si está encamada, con dificultad se podrá hallar.

MON. Muy bien habéis apuntado, y el orden será llevar el cazador siempre el viento en la cara emparejando con la querencia donde sospecha que ha de estar conforme al tiempo que es y según las reglas dichas, y echar el golpe del viento en las narices al sabueso, que si en la tal querencia está, él dará indicios claros y señales cobrando desasosiego y codicia, y levantando el rostro y tirando de la traílla, ó relamiéndose y mirando al cazador con ojos muy alegres, aunque no la vea; y así por este orden se puede visitar muchas querencias.

SOL. Y si no hiciese aire ó viento que echalle al sabueso, ¿qué remedio habría para que diese señal?

MON. Dar un rodeo ancho atajando rastros con el perro al derredor de la dicha querencia; y si hubiere visto el rastro por donde entró de suerte que le conste estar dentro, el perro le mostrará el rastro por donde salió, y si no lo mostrare se entenderá que todavía está dentro; y si todo esto no bastare á satisfacerle, llegarse ha á la dicha querencia y dar un pequeño gemido, al sonido del cual la caza se levantará de suerte que pueda ser vista ó sentida.

Sol. Y si el cazador no llevase sabueso, ¿qué orden tendría en buscar la caza?

Mon. En llegando á la querencia donde sospecha que está, podría ponerse á la parte del soviento arrimado de espaldas á una mata grande, porque de esta manera no podría hacer tanto viso como si se pusiese detrás, que por poco que se descubra podrá ser visto de la caza con el viso que hiciere; y puesto allí mirar bien la querencia, y si no se descubriere toda desde allí, podrá tomar otro puesto á medio viento por el uno y otro lado con la misma diligencia, hasta descubrir de todo punto la querencia y ver la caza; y si con todo no se descubre, podrá dar un tosido ó gemido ó balido conforme viere que más le conviene, porque algunas reses suelen estar avisadas de algunas señales de éstas y conocellas, al sonido del cual se levantará ó meneará la res y podrá ser vista.

LIBRO CUARTO

DE LA CAZA DE LA MONTERÍA.

LOS MISMOS INTERLOCUTORES.

SOL. En esto veréis, señor Silvano, que voy ya tomándole amor al oficio, pues madrugo con tanto cuidado con deseo de oir lo que resta.

SIL. No me lo podéis negar, sino que para ser ésta una cosa en que suelen advertir los hombres poco, ha descubierto nuestro amigo Montano muchos secretos en ella. Séos decir que me atrevería yo á buscar por todo el año ciervos y corzos y gamos en todas las partes del mundo, porque hecha distinción de las partes frías á las más calientes, entendería las camadas y los tiempos de la caza y la astucia con que, según su diferencia, se han de defender de mí, y la que á mí me conviene llevar en cada tiempo para buscalla.

SOL. Hasta ahí también lo haré yo: solamente holgaría de oir lo que se debe hacer en habiéndola hallado para que no se nos vaya, y por eso vengo con tanta priesa y tan de mañana, porque haya lugar de tratallo muy largamente.

SIL. Otra cosa querría yo saber que se me ofresció de dubda después que llegué á ver las puertas de su aposento.

SOL. Ya os entiendo y yo estoy dudando lo mismo, que no puede carescer de misterio tener clavada sobre su ventana aquella cabeza de venado herida por la frente; y cierto debe ser para que, si los que pasaren la vieren, loen por la dificultad de la herida, la astucia y destreza del que la hirió.

SIL. ¿Pues no os paresce cosa digna de admiración que á un animal de tanto recato y temor como es el ciervo le pueda herir su enemigo cara á cara? Á fee que si fuera de león ó de oso, nunca Montano la colgara á su puerta como glorioso despojo y digno de honra.

SOL. ¿Qué inconveniente sería creer que después de muerto le señaló aquella herida para muestra y jatancia de su oficio, como lo suelen hacer otros oficiales?

SIL. Obligado está, pues la puso allí, á decirnos cómo se puede herir un ciervo en la frente; donde no, creeremos lo que nos paresce más conforme á razón.

MON. No más, señores cazadores nuevos, que hasta dudar lícita cosa es al que aprende cualquiera ciencia; mas no le será lícito sospechar mal de su maestro, pues dicen los filósofos que conviene que el que aprende sepa creer, hasta que sepa inventar doctrina mejor que la que le enseñan.

SIL. No creáis que ninguno de nosotros sea tan descomedido que ose sospechar menos bien de lo que conviene de vuestra arte; mas hácesenos difícil lo que no sabemos para que con más codicia y deseo se introduzca vuestro artificio, después que lo descubráis, en nuestros entendimientos.

MON. Á tres cosas juntas pienso satisfacer de una vez: lo primero, á vuestra duda; lo segundo, á la conversación de ayer, que nos lleva á querer matar la caza después de habella hallado; lo tercero, á la dificultad de la materia y al buen estilo de matalla, porque lo uno y lo otro se acabará dichosamente tratando del modo de cazar que llaman á rececho.

SIL. De suerte que queréis decir que en el cazar á rececho se muestra el más difícil y artificioso modo de ballestear, que incluye en sí muchos principios para las otras suertes de cazar, y se enseña á matar las reses que ayer nos enseñastes buscar, y se da orden como matallas

cara á cara, como lo testifica la cabeza de vuestro venado.

Mon. Todo eso digo, porque aquí se cifra toda la destreza de las otras formas de montear á pie y á caballo, porque si no es diestro un cazador en esto, sin dubda no podrá serlo en los demás géneros de caza, que tienen á éste como supuesto y principio sobre que se fundan.

Sol. Comenzad por vuestra vida por lo mismo de que acabastes ayer, para que yo lo entienda mejor. Yo me fijo ahora, que he llegado á una querencia donde sé que está un ciervo y que hago todas aquellas diligencias dichas para saber que está dentro y al fin lo veo, ¿qué debo hacer de aquí adelante?

Mon. Al tiempo del asomarse al atalaya tenga el cazador tal destreza, que le pueda ver sin ser visto de la res; y para esto será necesario tomar en cuanto fuere posible la atalaya más cercana á la querencia y más libre del viento que estonces corre, advirtiendo de no asomarse por lo más alto de ella porque hará mucho viso y podrá ser visto. Más seguro será asomarse por el medio de la atalaya que por lo más alto, porque la res tiene siempre puesto el ojo en lo más alto; ni que por lo más bajo, pues el uno y otro extremo suele ser dañoso, que por aquí se alcanza á ver menos de la querencia; y al tiempo de asomarse apegarse á lo que fuere posible á la atalaya, mostrando por cima no toda la cabeza sin miedo, sino aquella parte de ella que baste para poder descubrir la tercia ó cuarta parte de lo más lejos de ella; y desque ya tenga señoreado aquel pedazo, adelantarse poco más hasta desospechalla toda; y advertir más al pie de la atalaya, porque allí suele estar las más veces, y ha acontecido, no habiéndola el cazador visto en toda la querencia, asomarse sin miedo á la atalaya y asombrarla bien cerca de sus pies.

Sil. Si el atalaya se hiciese en tierra que no tuviese peñas, ¿cómo se podría hacer? porque todo eso me paresce

que se debe entender donde las hay tales, que pueda el cazador disimularse con ellas.

MON. Teniendo cuenta con las matas más altas y cercanas á la querencia á la parte de arriba, y procurar siempre llevarlas delante cubriéndose con ellas todo lo posible; y si no fueren tan altas que basten á eso, quebrar un poco el cuerpo de la mejor manera que convenga para cubrirse, y no asomar por los cogollos de las matas, sino por los lados por el respecto dicho, dejando siempre las cumbres de las matas algo más altas que su cabeza porque hagan ellas viso y no él.

SIL. ¿Y si fuese la parte rasa y caresciese de matas?

MON. Llevar una rama verde en la mano cubriéndose con ella el rostro como parte en que más breve podría ser conoscido de la caza, procurando asimismo ir por la sombra como se pueda hacer con los avisos que hemos dado de guardar el viento, que es de más importancia, y así con facilidad podrá por surcos ir arando con la vista toda la querencia, sin que pueda ser visto ni sentido de la caza, especialmente estando la res en pie, que lo suele estar comiendo á la mañana y tarde; y aunque esté echada podrá ver por ese orden, y más si la tierra no es muy llena de monte y la atalaya no es lejos de la querencia, y si es en día claro ó en tiempo de moscas, que siempre suele estar la res orejeando y sacudiéndose de ellas.

SIL. ¿Y qué tiempo os paresce, señor Montano, que debe estar el cechero en cada atalaya, para que ni allí lo pierda siendo necesario en otra parte, ni le falte para hacer lo que debe á su oficio, por donde perdiese la caza ó la ocasión de aprovecharse de ella?

MON. Ese tiempo se ha de medir con la diversidad del año, porque si fuese muy de mañana y en el mes de Abril ó Mayo, bastará gastar un cuarto de hora ó poco más, porque en tal sazón ya la res trae codicia de pascer y pocas veces se encama; y si en este tiempo no la viere,

podrá pasar seguro hasta hacer la segunda atalaya, la cual será algo más larga.

SOL. ¿Por qué razón?

MON. Porque en la primavera suelen estas reses en entrando la mañana arrojarse en el suelo dos ó tres veces hasta irse á encerrar do piensan pasar el día; y este mismo orden se tendrá en la tercera atalaya y cuarta hasta acabar de gastar la mañana, pues en todas corre una misma razón.

SIL. Y en las atalayas de la tarde, ¿qué orden se debe tener?

MON. Según á la hora que fuere, porque si es luego que el sol comienza á tramontar, será algo larguilla hasta que el cazador vea que la querencia tiene sombra por la ausencia del sol, especialmente si en ella hay venado viejo y es de mediado Abril adelante, á causa de que en este tiempo está desmogado; y como los nuevos cuernos que le nascen son tiernos como cohombros, detiénese mucho en levantar, y más que las ciervas y corzos; mas si ya la querencia está sombrosa, después de bien mirada podía mudarse á otra atalaya hasta acabar de gastar la tarde.

SOL. Bueno es eso. ¿No nos habíades dicho que en toda la primavera no se hallan los venados por causa de su desmoga? ¿Pues cómo nos queréis dar agora regla de lo que hemos de usar en su atalayar?

MON. Entiéndese que pocas veces se hallan; pero bien es que sepáis que se pueden hallar aunque más se escondan, y el orden que se debe guardar en lo más difícil para que no se yerre, pues lo fácil tiene necesidad de menos avisos.

SIL. ¿Y hase de guardar ese orden también en el estío?

MON. En el tiempo siguiente hasta Agosto, se deterna el cazador en la primera atalaya que hiciere no más que cuanto baste para cercar con la vista toda la queren-

cia, porque hasta que el sol ha alumbrado la querencia se está la res paciendo, y si no la viere podrá pasar luego de allí á otra parte antes que la caza se retire á la montaña do piensa hacer día, porque ya por este tiempo arde mucho el sol y es perseguida de moscas y tábanos y de otros animalejos silvestres que suele haber en este tiempo; y si en la tal querencia hubiere mucha sombra se podrá detener un cuarto de hora, porque allí la res está más libre del sol y ansí se detiene más.

SIL. De suerte que el cazador ha de andar mirándole los pensamientos á la caza, y conforme sus mudanzas ha de medirse, que no exceda para podelle aguardar todo el tiempo que se requiere hasta tomar la ocasión que le convenga.

MON. Síguese después del estío la brama, en el cual tiempo las atalayas han de ser más largas así por la mañana como por la tarde, y más en los días nublados, porque, como ayer os dije, andan las reses con menos sosiego que en los tiempos precedentes, salvo si los machos y hembras están juntos, porque entonces, si hallan pasto y tierra dispuesta y solitaria, reposan en sus querencias y andan poco; y así no hay más necesidad en tal sazón que mirar la querencia, y viéndola vacía pasar á otra hacia la parte donde la caza más se suele inclinar, pues anda junta.

SIL. En ese tiempo me parece á mí más sabrosa la caza por la abundancia de reses que se pueden ofrescer al que fuere cazador novicio, donde podrá errar y acertar muchas veces á poca costa.

MON. Así es verdad; y en el tiempo siguiente de la cansa las atalayas serán más largas porque se tardan en encamar mucho, y todo ese tiempo es justo que el cazador las aguarde en las atalayas hasta que vengan á encamarse, porque no sería acertado, á trueque de no aguardar en una atalaya buen rato, perder la res que ha de venir presto á la querencia que le está cercana; y aunque esto

es general en todas, más se debe detener en las atalayas que se hacen á la tarde al tiempo de anochecer, porque por haber escapado el ciervo cansado de la brama, no piensa levantarse del lugar do se acuesta; y como el cazador no le puede ver echado, es menester que aguarde hasta que se levante, y así ha de tener pasciencia y atalayar despacio.

SIL. De suerte que por dos causas suelen ser largas las atalayas: ó porque las reses andan inquietas y se les debe aguardar aunque no estén en la querencia, que vendrán á ella, ó porque están muy perezosas y debemos aguardar á que se levanten para descubrillas.

MON. Y por otra razón se suelen hacer largas atalayas, que es por la mala disposición del lugar, ó porque la querencia está muy espesa y no se puede ver toda, ó porque la atalaya no se pudo tomar cerca y está mal acomodada para ver y descubrir la querencia, que por esta razón si el atalaya fuese breve no se podría ver la res aunque estuviese en la querencia.

SIL. Menester es advertirnos de eso. Proseguid con la cansa y mirad si en todo el tiempo que dura hay alguna diversidad.

MON. Entrado lo fuerte del ivierno, suele haber necesidad de advertir que en las atalayas de por la mañana se debe el cazador detener menos que hasta allí, porque la res se encama presto en la parte que ha de hacer día, como quien ha tenido suficiente lugar en la noche por ser lugar para comer lo que le basta; mas en las atalayas de por la tarde no hará mudanza, porque la res sale tarde á merendar por la brevedad que el día le ha concedido para estar encamada.

SIL. De suerte que todas las atalayas de la cansa serán largas, salvo las de por la mañana en el riñón del ivierno. Pasad al tiempo siguiente.

MON. En el tiempo de la cuca debe el cechero reposar

poco en las atalayas por las mañanas, porque como las reses temen el trabajo que en el medio día han de sufrir con la cuca, quieren gozar de la mañana, en la cual tienen quietud y traen codicia de pacer, por lo cual andan siempre en pie, y las podrá ver el cazador en llegando, y así no hay necesidad de más de que en llegando y descubriendo la querencia la verá, y sino luego debe pasar adelante porque no hay necesidad de aguardar á que venga. Muy de otra suerte ha de ser en las atalayas del medio día, porque en ellas debe detenerse hora y media ó dos horas; que como las reses andan cucando de unas partes á otras inquietas con el trabajo que les suelen dar las moscas y barros, es necesario aguardallas, pues aunque una querencia esté vacía, muy presto podría ocuparse con las reses que de una parte á otra andan cucando; y porque no todo el tiempo andan con aquella inquietud vagando de unas en otras partes, antes cuando se sienten muy fatigadas del cansancio suelen recostarse en la querencia y estar un rato sosegadas sin que sean vistas ni sentidas; y si el cazador luego que llega pasase adelante, perdella hía; pero deteniéndose como he dicho, aguarda á que los barros tornen á hacer levantar la res á su acostumbrado ejercicio, y así con facilidad se descubre y se puede matar.

SIL. Fácil es todo eso. Pasá á las atalayas de la tarde.

MON. Para eso es menester que supongáis que, con el mucho trabajo que las reses han tenido con la cuca del medio día, escapan cansadas luego que el sol comienza á declinar y los barros y moscas dejan de molestallas, y así suelen encamarse toda la tarde, y levántanse á comer con una hora, poco menos, de sol; y conforme á esto verá el cazador á qué hora ha de comenzar á atalayar y el tiempo que debe gastar en cada atalaya.

SIL. De suerte que en este último tiempo que llamáis de la cuca, se atalaya por la mañana y al medio día y á la noche;

y en esotros tiempos solamente á la mañana y á la tarde.

MON. Así es verdad, que esa diferencia tiene la cuca de las demás camadas.

SIL. Ahora querría yo que nos dijésedes lo que el cechero ha de meditar puesto en la atalaya antes que de ella se parta, luego que por la mañana ha hecho todas esas diligencias que decís.

MON. Principalmente debe considerar el aire que corre, como lo dejamos ya dicho, y la disposición del monte donde está: si es redroviento ó fuera de él; si es monte llano ó desigual; si es bajo ó alto; si espeso ó claro; si es tiempo turbado ó sosegado; si es muy de mañana ó ya entrado el día; si la caza está comiendo en pie ó si está encamada; si quiere reposar allí un rato antes que se vaya á encamar á otra parte, ó si se quiere encamar allí; porque si de la res no conosce lo que quiere hacer de sí, seréle dificultoso matalla; y al contrario, si lo sabe será fácil tomalle los puertos á sus pensamientos, como al buen médico la cura del enfermo de quien conosce los términos y mudanzas de la enfermedad: por tanto, debe el cazador conoscer de la caza lo que quiere hacer después de habella visto, lo cual conoscerá con muchas señales, especialmente teniendo cuenta de mirar que si es ya alta la mañana y la disposición de la tierra acomodada para encamarse allí por haber monte viejo dispuesto para el tiempo, día, mes y aire, luego la verá que anda la cabeza baja sin pascer, mirando hacia el suelo como hombre que busca turmas de tierra, y da muchas vueltas y espaciosas en poco espacio de suelo; y si se quiere ir de allí á encamar á otra parte, la verá que de que alza la cabeza de comer tres ó cuatro bocados que acostumbra á pascer, antes que la levante echa la vista y emballesta las orejas como mula espantadiza, con gran cuenta á la parte por do quiere irse á encamar, como la que teme solamente el daño que le puede venir por aquella parte por do ha de llevar su viaje, y así la está desospe-

chando con la vista primero; y si la viere echar hacia el monte abajo y apacible, procure meterse con ella con la brevedad posible, porque en levantándose de allí se irá á encerrar al monte viejo do piensa hacer día y do por la mayor parte hay redrovientos, lo cual no suele tener en las primeras camas de por la mañana, por lo cual debe apretalla sin perder aquella buena coyuntura; y si es de mañana y en tal tiempo del año que los días son pequeños y las noches grandes, y el tiempo fuere claro y hubiere mucha comida, no espere que repose allí mucho. Mas si fuere cuando los días son grandes y las noches pequeñas, entienda que reposará allí un buen rato antes de ir á encamarse siendo, como dije, de mañana, y más si el cielo está nublado, porque en tales días hace cuenta que no puede ser vista de sus enemigos, lo cual no tiene en día claro.

Sil. Bien declarado está ya lo que se ha de hacer por las mañanas; pero ¿si fuere por la tarde?

Mon. Por la tarde hay necesidad de más sufrimiento, porque la verá pocas veces en parte tan apacible y fuera de redrovientos y querencias montuosas; que como se desvía poca tierra de la montaña do ha estado encamada aquel día hasta que es ya anochecido, pocas veces hallará ocasión descubierta para tiralle, salvo si cerca de las querencias hubiese alguna peña ó árbol con que se pudiese cubrir, y tan á puesto, que le pudiese tirar en espacio conveniente, ó si la caza se alargase á algún añojal ó quemado si le hubiese en la comarca.

Sil. Y si eso fuese, ¿qué debe hacer?

Mon. Tenga cuenta con el viaje que la res quiere hacer, el cual conoscerá en las señales sobredichas, y tómele el viaje, si el viento le diere lugar para ello, por el orden que después declararé; y sino pudiere guardarle todo el viento, camine á lo menos con la mitad de él; y si la caza estuviere en tal parte que seguramente no pueda entrar á tirarle sin algunos de estos inconvenientes, déjela

hasta otro día de mañana y amanezca sobre aquella querencia donde el día pasado la vió, que la res se habra extendido de la montaña espesa á la parte más apacible de la comarca, y luego la verá venir á encerrarse en aquella querencia si hace el mismo tiempo que hizo el día de antes; y viéndola venir á encamar, sálgale como digo al encuentro, con el recato que debe tenerse en los tres sentidos que ella tiene por guarda, que pocas veces dejará de hallar disposición para tiralle, especialmente que suele casi siempre venir cola á viento, porque si cuando salió en la tarde á pascer el día pasado iba con el viento en las narices, la vuelta habrá de ser cola á viento si el tiempo no ha hecho mudanza; ó cuando esto no sea, á lo menos á medio viento, y así se le podría tirar aunque la res sea muy astuta y la tierra mal dispuesta.

SIL. ¿Y si no corriese el mismo tiempo que el día de antes, antes fuese de todo punto contrario? Porque siempre se ha de sospechar lo peor que puede subceder, porque no vayamos inadvertidos.

MON. Ponerse luego por la mañana atalayando sobre la querencia acomodada al día que hace y más cercana de donde el día de antes estuvo, que por razón de la quietud que allí gozó, guardará la res más aquélla que otra de las que estuvieron más lejos, y no habiendo coyuntura en que le pueda tirar bien y cómodamente, jamás eche la caza de su querencia ni la asombre tirándole mal, porque lo que un día no hiciere lo podrá hacer en otro asegurándola, que hasta todo esto se extiende el conoscimiento y el sufrimiento de que dije que había de estar adornado el cazador; y esto se entiende si tuviere propósito de montear muchas veces en aquella comarca; pero si fuere de paso como quien no tiene propósito de vella otro día, bien podrá tiralle y aventurar una bala, pues la res aventura su vida, aunque el tiro sea incierto.

SOL. Y si la res estuviese echada lejos del ballestero

en tierra quebrada y traspuestas, ¿cómo se le ha de acercar para no perder el tiro?

Mon. Más atrás quiero yo tomar, por haceros placer, esa consideración. Antes que el cazador vaya á tirar á la caza, puesto como tenemos dicho en la atalaya, mire y reconozca bien el monte do la caza está, echando cuenta consigo mismo: si voy por tal parte, el monte está muy alto y la pierdo de vista; y si por tal parte, muy espeso y haré mucho ruido; y si por tal parte, está muy raso y descúbrome mucho; y si por tal parte, hay gran tamaral y quebrándose algún palo seco de él haré estruendo; y si por tal parte, hay mucha pedriza y corre el mismo peligro; y por tal parte, le cargo el viento. De modo que primero que parta, descubra con el pensamiento estos inconvenientes y por qué parte irá más libre de todos ellos, y escoger el camino más conveniente. Pues viniendo á vuestra duda, supongamos que hecha esta consideración, yo me determino á ir por la tierra quebrada ó traspuesta que decís, porque ese tengo en tal sazón por el viaje de menores inconvenientes: primero que de la atalaya parta para ille á tirar, debe mirar sin codicia desordenada mas con buen asiento y sosiego, en qué parte de la querencia está la res encamada, y cerca de qué matas conoscidas y distintas de las otras, y qué árbol, peña ó palo ó támara seca hay que difiera del monte donde está echada, porque si perdiere después el tino de esto no se constriña á volver á buscar de nuevo la atalaya, porque dejando de hacer esto, espantará la caza á causa de ser el monte alto y la tierra traspuesta y quebrada y engañosa; y trace bien, primero que parta de la atalaya, con el pensamiento por donde ha de ir, considerando: de que esté en tal mata, tengo de pasar hasta tal mata, y de aquélla á la otra; de tal manera que lleve ya en la imaginación andado el camino y echado cuenta á qué mata ha de llegar para que esté á tiro de la res y que mejor la vea en levantándose en pie para tiralle; y si

la tierra fuera de monte alto, que no pueda ver la caza cuando se levante, mire si hay en la comarca á tiro de ella algún árbol ó peña donde se pueda subir para tirarle, y subiéndose en tal parte tendrá un provecho, que después de haber tirado una vez teniendo aviso de tornar luego á cubrirse, podrá matar una y dos y más reses si hubiere tarea de ellas, como les ha acontecido á algunos cazadores.

SIL. ¿Y podría siempre el cazador sin peligro tomar ese consejo de subirse sobre alguna peña ó árbol?

MON. Siempre le podía tomar como no esté á la parte donde corre el viento, porque si así fuese, daría noticia de sí á la res y avisarla hía; mas seguramente podía subirse en tal atalaya si estuviese á la parte de soviento ó del medio viento, de suerte que le diese de lleno en el rostro ó en la mitad de él.

SIL. ¿Y si no pudiese tomalle en alguna de esas buenas ocasiones?

MON. Lo mejor sería no tiralle aquel día, ó dejalla salir á merendar de tal querencia.

SIL. Y desque el cazador haya hecho todas esas meditaciones que decís, ¿qué debe hacer para que la caza no se le vaya sin tiralle?

MON. Mirar si la res está puesta á tiro sin más acercarse ni ser visto de ella por haber traspuesta ó peña ó árbol, y habiéndolo, debe guardarle bien el aire y oído llevando grande secreto de pies; y ya que todo el aire no pueda será el medio, llevándolo en la una de las mejillas; y de que haya de asomar por aquella parte por do haya de dar vista á la caza, debe ir apegado á la mata más cercana ó árbol ó peña de tal suerte, que le guarde de los sentidos sobredichos; y tenga cuenta cuando haya de levantar la mano para tirarle, que sea en coyuntura que la res tenga la cabeza baja pasciendo, porque no le vea.

SIL. Y si estuviese en un monte tan espeso que por

fuerza se hubiese de hacer ruido, ¿qué orden se tendría para tirarle?

Mon. Tendráse cuenta si hace aire, porque éste ha de ser el causador más cercano de su muerte; y sino lo hace, estése quedo en la atalaya hasta que lo haga, pues por maravilla habrá día en que no se bulla en alguna parte de él; y en viendo que menea el monte y que hace algún bullicio, métase con la res, guardándole como he dicho, sus tres defensas, y no entre sin aire ni se confíe en el secreto de sus pies porque la espantará, sino espere á que se mueva el viento y haga ruido para que con esto se encubra el que el cazador puede hacer; y si el viento corriese no ahilado ni durable, sino á bocanadas como suele, tenga cuenta con que en viéndole correr torne en su demanda, y en aflojando estése quedo hasta que torne á moverse, porque con aquella lucha y movimiento que el viento hace en el monte, no oye la res el ruido que el cazador hace, y así está engañada en uno de los tres sentidos, que es el oído, pues como dicen «de los enemigos los menos;» y asimismo advierta con cuidado de ir apartando el monte con la mano izquierda y metiendo con la derecha el arcabuz, y si fuere espeso el monte pase de lado por los estrechos que en él hubiere, procurando siempre de ir al escudo de las mayores matas y quebrado según el altura del monte por do va, de tal manera, que sobre al monte con muy poca parte de la cabeza, porque haga poco viso y descubra todo lo que há menester.

Sol. Y si comenzásemos á entrar con aire, y en medio del camino se nos echase como suele acontecer en las tardes del verano, de suerte que no volviese más aquel día, ¿qué os paresce que debríamos hacer?

Mon. Lo más seguro sería tornarse de espaldas como entró, para atrás, no quitando el rostro y vista de la caza, ni volviéndole las espaldas, porque al tiempo que ella le mirare pueda el cazador detenerse para no ser sentido, y

cuando abaje la cabeza, proseguir saliéndose con su cuenta de pies como entró, hasta perderla de vista, y dejarla para otro día de mañana por no asombralla de la querencia como está dicho.

SOL. Y si va de paso y no pretende estar allí otro día, ó si es en tiempo de la brama ó cuca que las reses no paran en una parte y no entiende de vella otro día, ¿qué será bien que haga para aprovecharse de aquella coyuntura?

MON. Vaya quebrado, la cabeza baja, haciendo ruido por la parte del soviento porque el viento no la desengañe, y emparejando con ella como que va de camino, podrá llegársele á razonable tiro, teniendo puesto el arcabuz ó ballesta en la cara para tiralle cuando descubra levantándose poco, porque antes que le reconozca le haya tirado, y así la podrá tirar muchas veces, pues sospechará la res que es algún animal del monte que pasa su camino.

SIL. Bien declarado está cómo se debe tirar á una res que está en monte espeso do por fuerza se ha de hacer ruido al entrar; mas holgara de saber si fuese el monte tan espeso que con aire ni sin él no se pudiese tirar, qué regla se guardaría para esta necesidad.

MON. En tal caso se harán dos trochas que crucen la querencia, entrando la una de ellas por la parte derecha de cierzo (á) su contrario ábrego, y la otra de solano á regañón, por ser estos vientos los generales y más continuos, las cuales trochas no deben ser derechas de todo punto, sino algo volteadas porque se pueda mejor cubrir con ellas, por donde podrá ir seguro de espantar la caza.

SIL. Eso se entiende para montero que caza de asiento y cerca de su casa y lo tiene por oficio cotidiano, porque impertinente es ese consejo para quien va de camino, especialmente si después de haber trabajado en hacer trochas, espantase la caza y si fuese sin premio de su trabajo.

MON. Así se entiende; que en vano se cansaría el que después de haber hecho estas diligencias errase el tiro.

SIL. Ya nos habéis enseñado cómo habemos de habernos con una res en el monte espeso, y sería justo que nos dijésedes lo que debemos hacer en lo raso.

SOL. Bien decís, porque en eso paresce que corre dificultad nueva, pues después que se aparte el cazador de la atalaya y hasta que llega á la querencia va descubierto; y lo mismo sería donde estuviere el monte tan bajo que se descubra tanto, que aunque se abaje el cazador y se encorve no pueda cubrirse.

MON. Para eso desde que parte hasta que llegue á tiro de ella debe ir siempre por la parte más sombrosa y traspuesta, si la hubiere, y sino procure á lo menos ir por donde no haya piedras ni támaras secas, pues quebrándolas con los pies podría el cechero hacer ruido y avisar la caza por el oído tan bien como por la vista. También debe advertir que por encubrirse no se desvíe por parte que la pierda de vista, porque no podrá llevar los ojos siempre firmes en la res, cosa para este menester bien necesaria, y el sentido puesto en el suyo sin divertirse á pensar en otra cosa con tal cuenta, que antes que alce la cabeza de pascer ó en viendo mover el cuerno ó alzar el cuello, el cechero esté quedo porque no le sienta bullir, que con esto se puede disimular más y hacer menos viso, y en tornando á bajar la cabeza la res prosiga su viaje con el recato necesario, de tal manera, que aun él, si pudiere ser, no sienta el ruido de sus pies.

SIL. ¿Por qué razón nos advertís tanto que el cechero no debe perder la res de vista?

MON. Porque si la pierde, podría ser que cuando llegase á ponerse en tiro fuese á tiempo que la res levanta la cabeza y fuese visto de ella; y si él va siempre mirándola, podrá advertir á no alzar la mano para tirar cuando la res está mirándole, porque como sabéis, ella siempre tiene cuidado de mirar á la parte del soviento por donde ha de entrar el cechero, y no á la del viento por donde el

mismo le da noticia por la nariz; de suerte que del un sentido se vale por una parte y de otro por la otra: y así, siendo posible, tengo por mejor entrarle por alguno de los lados á medio viento, porque si por sus espaldas el viento le da noticia de lo que puede subceder, y por su frente la vista, por el lado estará menos avisada.

SIL. Una cosa me paresce que no habéis declarado, que no es de menor necesidad que es ésta. Si la res estuviese ramoneando, como suele, en algún árbol do forzosamente ha de tener la cabeza alta, ¿cómo se le podría llegar el cechero?

MON. Aguardando á que haya alcanzado la hoja y esté mascando: estonces ha de mudar el cechero el pie, porque con el ruido que ella misma se hace al mascar entre las quijadas y varillas y lengua, se ocupa de tal suerte el oído, que no puede percibir el que el cechero puede hacer al entrar, no siendo tan grande que ya venza á su movimiento. También es de notar que no siempre la res aunque tenga la cabeza alta estará mirando al cazador, pues está descuidada, y entonces podrá él entrar; y si viere que ella mira de suerte que podría vello, pararse y en este tiempo columbrar bien por dónde ha de pasar de suerte que más se encubra, y dónde asentar el pie que más seguro de estos inconvenientes esté, como es volcar alguna piedra ó quebrar alguna támara, y nunca espere á pararse al tiempo mismo que la res alza la cara á mirar, sino algo antes, porque le podrá acontecer que al tiempo que él se quiera parar, la res le vea hacer aquella mudanza, porque es tan presta como el pensamiento; y si le coge mudando el pie, será necesario que se le quede así en vago como perro de muestra, y pues quedando en un pie no queda firme, podríase remescer y espantar la caza, especialmente si está ya ballesteada y le han pasado otras veces algunas balas por los oídos, que está tan sobre el aviso, que casi á cada bocado alza la cabeza, y cualquier bulto piensa que es de

sus enemigos, y cualquier estruendo sospecha por dañoso; y por esto es bien que si el cechero ha de andar cuatro pasos mientras la tal res come, ande solamente dos y tiemple su codicia con su sufrimiento, que aunque se tarde algo más, asegúrase mucho su hecho.

SIL. Por cierto bien declarado está el cazador en lo raso.

MON. Sólo esto me paresce que se debe advertir si está en raso como decís; que habiendo algún pino ó carrasca ó cualquier otro embarazo entre él y la res, procure el cazador siempre echallo delante si para cubrirse con él, y no habiéndolo lleve alguna rama delante la cara como he dicho antes; y que si la caza estuviere echada, es mejor ir de rodillas, y por hacer menos viso á gatas, y con esto la podrá engañar.

SIL. Si por descuido el ballestero no se parase tan á tiempo como es necesario para que la res no le viese, ¿qué remedio tendría para quitarle la sospecha de habelle en alguna manera sentido?

MON. Pararse, aunque en efecto vea que le ha visto, porque la res emballestará ojos y orejas un rato mirándole para certificarse, y desque vea aquel bulto que no se menea, entenderá que se engañó y volverá á pacer, mas todavía sospechosa y advertida, y el cazador que no ha alcanzado este primor, piensa que porque tornó á pascer queda segura y sosegada del primer recelo, y quiere proseguir en su demanda; mas la res, tornando á alzar la cabeza, como no ve aquel bulto en la parte que le dejó, afírmase en su sospecha, y sin considerar más ni aguardar más pruebas, huye y déjaselo burlado sin que se entienda de qué huyó.

SIL. ¿Pues qué remedio os parece bueno para ese inconveniente?

MON. En viendo que ha sido visto de la res y no conocido, y que ella se asegura volviendo á pascer, no se

mude del lugar do le vió hasta que ella le vea muchas veces y se asegure, y después que olvidada de él y cansada de estar en un lugar se mude de allí á otra parte cuatro ó seis pasos, entonces el cazador podrá andar, que aunque la caza le vea en diferente lugar de aquél en que le dejó, entenderá que aquello ha nascido de su misma mudanza y no de haberse mudado el bulto; y teniéndola con esto segura, podrá el cazador irse metiendo poco á poco por este orden hasta estar á tiro de ella, y procurar de levantar, como dije, la mano para tiralla á tiempo que tenga la res la cabeza baja para que no le vea.

Sil. Muy bien me paresce todo eso; mas todo lo que habéis dicho se entiende cuando la caza está parada en su querencia, ó bien esté en pie comiendo ó echada durmiendo; pero si la res fuese de paso á encamarse al tiempo que el cazador la vió, ¿qué debe hacer?

Mon. Muy bien preguntáis: para eso habéis de saber que, como antes de agora tengo dicho, la res emballesta las orejas y la vista hacia aquella parte por do piensa de hacer su viaje recelosa de encontrar(se) con sus enemigos; y entendido ya el viaje que quiere llevar por las señales dichas, debe apresurarse atajándola delante por alguna traspuesta, si la hubiere, ó sino por la parte más oculta que se ofrezca, guardándole siempre los tres sentidos que hemos dicho, y salirle al encuentro por do ha de pasar.

Sil. ¿Y si no hubiese traspuesta ni parte oculta por do se pueda encubrir?

Mon. Tenga cuenta con cubrirse lo más que pudiere quebrando el cuerpo ó bajando la cabeza, y con pararse cuando la quisiere alzar para mirar; y si la dicha res llevare todo el golpe del aire en las narices, no se ponga á esperalla en derecho donde va á salir, sino antes que empareje con el hilo del aire porque no se lo cargue en las narices, y así de esta suerte, saliendo de través, le podrá tirar muy á su salvo.

Sol. Todos los avisos dados me paresce que son para matar una res hallándola sola; pero si estuviesen muchas en tarea, más dificultad habría, porque he oído decir que está una de ellas atalayando mientras las otras comen.

Mon. Verdad es todo eso; mas el orden que habrá para llegarse á tiro, es llevar los ojos puestos en todas sino pasaren de cuatro ó cinco, porque este número es capaz de poder ser visto de los ojos y advertencia del cazador, y así podrá ver lo que todas hacen y guardalles los avisos que he dicho; pero si fuesen más que cinco ó que el número que un hombre puede cercar y señorear con ojos y imaginación, lo mejor será dejallas echar, porque así podrá mejor aprovecharse de ellas sin ser sentido; y debe tener cuenta con algún árbol ó mata cercana para saber dónde se encamó cada una, y no luego que las vea encamadas les ha de entrar á tirar, hasta una hora ó poco más después, porque no se echan tan seguras que de cuando en cuando no se levante una á mirar la tierra y desospechalla de sus enemigos, salvo si esta cama fuese de las que suelen hacer por la mañana antes de llegar al encerradero, porque como no piensa hacer allí día no pone tanto cuidado, y en tal caso debe meterse luego con ellas, porque haciendo otra cosa, de que acuerde, se le habrán ido; mas si estuvieren en parte y tiempo do se entiende que harán día, no debe entrar hasta pasado el tiempo que he dicho, porque en tal sazón se duermen y están quietas y oyen menos, como están libres de sospecha por no haber visto algo que las turbe en las atalayas que han hecho.

Sil. De suerte que siempre que las viéremos encamadas como no sea por la mañana, ¿entenderemos que han de permanescer allí?

Mon. Entiéndese teniendo cuenta con los tiempos del año que antes hemos dicho y con el curso del sol y las mudanzas del viento: de la variación del año y del sol no quiero referíroslo por no cansaros más: en el viento se note,

que si corre solano ó ábrego se puede sospechar que la res se mudará y levantará de la querencia, porque éstos no son vientos constantes y se mudan á veces con el curso del sol; pero si comenzare á correr regañón, que es Poniente, sospecharse há que las reses se estarán encamadas, porque es viento constante y firme, pues mientras más entrare el día le irá favoresciendo el sol más, hasta alentallo de todo punto cuando se pone en el mismo sitio de donde él corre.

SIL. Con eso me paresce que concluimos con todo lo que conviene saber para el rececho, y cierto ha sido materia muy curiosa y digna de consideraciones muy vivas.

MON. Así es verdad; pero resta agora otra parte, la más difícil y varia y la más delicada que los entendimientos de los hombres se pueden prometer cerca de esta materia; porque bien se podría decir que lo que hasta aquí os he enseñado ha sido el canto llano de la caza del rececho, y lo que agora os enseñaré será un contrapunto sobre esto, tan ligero y nuevo, que se pierde de oído y se entiende apenas y con dificultad; y hácelo más obscuro su novedad, porque nadie hasta hoy de propósito ni acaso lo ha tratado ni advertido ni aun por tinieblas, cuanto más con la claridad que yo os lo pienso mostrar.

SIL. Si ella es tal como decís, razón tenéis de loallo y encarescello, porque el maestro que enseña cosas arduas es menester que aplace al discípulo y le espante para mayor atención.

MON. Así me ha parescido á mí hacello, porque la materia de los redrovientos que ahora pienso tratar, cierto es de mucha obscuridad y será menester grande lengua para explicallo y gran claridad de ingenio para entendello.

SIL. Según eso, también sería bien que definiésedes primero qué es redroviento, y luego lo dividiésedes en sus partes, si las tuviere.

MON. Cuanto á eso yo estoy determinado de hacello;

y sabed que sino hubiera redrovientos, con las reglas que os he mostrado no hubiera res silvestre que no rindiérades á vuestras manos en todo el mundo, pues los avisos que el viento les puede dar es fácil de guardárselos, y hurtándoles el viento es fácil matallas; mas proveyó naturaleza á esta necesidad con unas revueltas tan extrañas de lo que los hombres pudieran pensar, que os admirará desque lo sepáis. Hizo que los vientos en ecos se respondiesen y retumbasen de tal suerte, que dando varios barcos *(sic)*, giros y vueltas en cerco de la res, ya volviendo hacia atrás, ya hacia los lados por cualquiera parte, muchas veces le suelen dar aviso de su enemigo; así que aunque caminéis en rececho de una res hurtándole el viento como se debe hacer, revuelve aquél de tal manera y avísala, que no lo pudiera hacer mejor si fuérades vos con el viento mismo á avisalla.

Sil. Nada de esto no podremos entender si no nos decís qué es redroviento y cómo se hace.

Mon. Digo que redroviento es un remolino hecho de un solo viento y causado de la fuerza ó flaqueza de él, y de la disposición de la tierra do se hace.

Sol. ¿Por qué decís de un solo viento?

Sil. Eso fácil es de saber, porque los otros remolinos que por acá vemos que se hacen en un llano, entendemos que se hacen de la lucha de dos vientos contrarios ó de exhalaciones diversas, y el que el señor Montano llama redroviento, dice que se causa de un solo viento; así que no es remolino perfecto, sino hecho por la disposición de la tierra do el viento corre, porque diversamente correrá el viento en lo llano que lleve su curso derecho, que en los riscos y peñas y cañadas donde, quebrando su carrera, ha de revolver contra su voluntad por donde puede y no por donde querría.

Sol. ¿Pues por qué dice que se causa de la fuerza ó flaqueza del viento y de la disposición de la tierra?

MON. Porque algunos redrovientos se hacen por venir el viento que los engendra recio y dar en un risco y revolver hacia atrás; y si el tal viento viniera flaco, no tuviera tanto ímpetu para revolver, sino quebrado pasara por los lados. Otros se hacen por la flaqueza del viento, como los que, cogidos en alguna cañada con poca resistencia, se revuelven en giro y rodeo por los lados, que si fueran recios pasaran adelante, porque el impedimento no era tanto que los pudiera detener.

SOL. De suerte que á ese remolino que llamáis redroviento, le dais padre y madre, sin los cuales no se puede engendrar. El padre es el viento que corre á la sazón fuerte ó flaco, según se requiere, (y la madre) la tierra dispuesta ó quebrada, de suerte que pueda concebille y hacelle según el viento lo pide.

MON. Así es verdad, y huelgo que hayáis entendido qué es redroviento y cómo se engendra; pues ahora entended que los redrovientos más principales son cuatro, aunque éstos se pueden partir después en otros muchos.

SOL. ¿Y de dónde se toma esa diferencia de los redrovientos principales?

MON. De la madre que los engendra es esta principal división, porque siempre la tierra dispuesta de tal ó tal suerte varía la especie del redroviento. El primero de ellos se hace en tierra llana, y los demás en riscos y cañadas de asperezas varias, como después diré.

SOL. ¿Por qué tratáis de ese que se hace en tierra llana primero que de esotros?

MON. Por muchas razones; así porque lo llano es más fácil de entender que lo áspero, como porque éste se diferencia de los demás en estar en llano y los demás conciertan en la aspereza, y lo principal porque éste es el que llamamos redondo, y lo que tiene esta figura es más perfecto, y es bien que comencemos del que es más perfecto entre los redrovientos.

SIL. Muy buena manera de proceder es esa. Pasá adelante, declarando cómo se hace.

MON. Suele haber en tierra llana unas rehoyas redondas á veces ó casi redondas, que aunque no lo sean, todas hacen el remolino de una suerte y han de llamarse así para que nos entendamos, por cima de las cuales pasa el viento que corre; y al tiempo que llega al principio de ellas, como es amigo de barrelo todo, quiebra una parte de sí y arrójala dentro de la rehoya: ésta al principio va con el curso que su viento suele llevar, mas en viendo la disposición de la tierra redonda y que no puede salir con el viento que la metió allí, va dando la vuelta y visitando toda la hoya en giro hasta llegar por donde entró; y como el viento siempre sube hacia arriba por ser de naturaleza liviano, cuando llega allí y va alto y fuera de la rehoya, camina con el viento de que antes se había destroncado, porque volver á la rehoya tampoco podría por estar ya ocupada con otro viento que entró tras él y fué ocupando el lugar que él iba dejando.

SOL. Eso me paresce como suele acontescer en un raudal ó río, que también hace esos remolinos redondos si halla algún hoyo en el camino por do pasa, que el agua da una vuelta en giro y sálese y pasa adelante, dando lugar á la que le sucede para que haga lo mismo.

MON. Así es verdad; y ninguna comparación se le puede dar más propia, pues el agua y aire son elementos líquidos y semejantes en mucho.

SIL. Una diferencia sólo hay, y es que como el aire es elemento liviano, al tiempo del salir de la rehoya sube para arriba, y la agua como es pesada, al tiempo de salir se mete debajo de la otra que la ha de arrebatar, y pasará adelante; y todo queda bien declarado con esto, porque aun sobre la superficie del agua se hace figura del hoyo y se sume un poco más por allí que por las otras partes.

MON. Pues ahora que tenéis bien entendido este redro-

viento, os quiero decir antes que se os olvide, el provecho que de él le viene á la caza, y así lo iré haciendo en los demás como los vaya declarando. Sabed que como el viento da una vuelta á toda la rehoya, en ninguna parte de ella puede estar la res que no la visite, y así por donde viniere el cazador á entrar, será sentido de ella con mucha facilidad.

Sil. Tenéis razón, y parésceme que pues esas reses se aprovechan tanto de ese sentido del viento, que no será posible cogellas descuidadas para tiralles en tales redrovientos, aunque el viento corra de donde corriere.

Sol. Yo os diré un remedio que se me ofresce al presente muy bueno para eso.

Sil. Él será cuales vos los soléis dar, y cuales se esperan de quien sabe tan poco de caza.

Sol. Bien habéis leído en el Ariosto cómo el Rey Norandino, para entrar en la cueva del orco, se untó con la grasa de un cabrón para que no le oliese ni entendiese que era hombre: pues lo mismo se podría hacer en esa necesidad para que el viento que forzosamente le ha de dar á la res en la nariz no entendiese que es de hombre, sino de otra fiera del monte como ella, pues más difícil sería el orco de engañar que una res tan sencilla como esas lo son.

Sil. Otro remedio he yo imaginado más propio que ese si fuese la rehoya pequeña donde por fuerza será el redroviento corto, que entonces no tiene el cazador necesidad de entrar en el remolino, sino quedarse fuera al escudo de una buena mata ó peña por no ser visto, si el monte es bajo; y si la res está echada, esperar que se levante para vella mejor y tiralle en descubriéndose, y así quedará libre del redroviento.

Mon. Muy bien decís, señor Silvano, que eso se debía hacer si el redroviento redondo es corto y pequeña la rehoya do se hace; pero la dificultad está en el que es extendido y grande, tanto que forzosamente se haya de meter el cazador dentro para estar á tiro de la res.

SIL. Esa dificultad desharéis vos si sois servido, porque yo fío que por ahora ninguno de nosotros sospecha cómo se pueda entrar.

SOL. Lo mismo digo yo, que más presto os podría decir otra duda que se me ofresce, que remedio para lo que pretendemos.

MON. Decilda, señor, que no quiero dejaros con ella antes que descubra lo que pretendo deciros acerca de esto, pues ya me paresce que quien duda lleva principios de saber.

SOL. ¿Cómo se podría conoscer en estos redrovientos redondos, pequeños, que Silvano dice, hasta dónde sube el redroviento, para que el cazador no se meta dentro de él y le tire de fuera? porque me parece difícil.

MON. En el menear de las yerbas y hojas de los árboles, que todas remolinean con el viento y andan el mismo curso que él lleva, y aun generalmente os quiero decir, para que los vientos no os engañen, que llevéis la cuerda del arcabuz encendida, que el viaje del humo os dirá hacia dónde corre el viento y podréis mudar viaje cuando veáis que os conviene.

SIL. Bien entendido está eso; decidnos, por vuestra vida, cómo se ha de entrar á tirar en esos redrovientos.

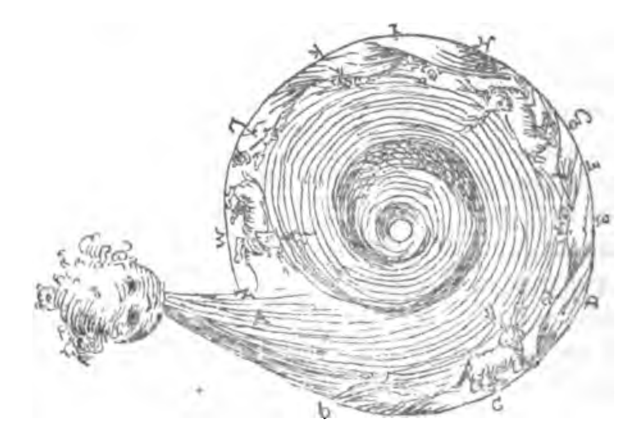
MON. La cuenta que se debe tener para entrar á tirar á la res ó reses que en el tal redroviento hubiere, será mirando la disposición de la tierra donde se hacen, y por cuál parte entra el golpe del viento y por dónde torna á salir después de cumplida su vuelta, y reconoscer dónde llega y dónde se torna á juntar con el golpe del viento que lo ha de llevar consigo por lo alto; porque es cierto que cuando se juntan, este golpe del viento sube por cima de las narices de la res y no le puede dar noticia de cosa alguna por ir ya tan alto, pues no ha de dalle dos veces noticia el aire que ya pasó de ella y se la dió una vez, debe entrar por cerca de aquella parte que el un viento y otro se juntan y salen por cima, sin arrimarse demasiadamente

á él porque no se lo cargue en las narices á la res; y si buen conoscimiento tuviere y cuenta de todo esto, le será muy fácil hacello aunque el redroviento sea dificultoso, y aun podrá entrar por tan cerca del aire que va á las narices de la res, que no le pase tres brazas apartado de él, y para mejor hacello debe reconoscer por qué parte puede entrar más libre de algún peñasco ó mata ó cerro que pueda impedirle la entrada, y de aquella parte donde entra el aire de golpe hasta donde torna á salir debe partir la tierra con el pensamiento, y deje la mayor parte á la caza y tome para sí la menor, y así podrá entrar sin peligro.

Sol. He venido á estar tan atento á lo que habéis dicho, como me dijistes que es dificultoso, que no solamente entiendo eso que decís, pero daré muchas otras partes por donde se la pueda entrar á tirar sin peligro de avisar la res con el viento.

Mon. No me maravillaré de eso, porque los hombres tan flojos y descuidados como vos, suelen tener entendimiento tan descansado, que una vez que lo aplican á lo dificultoso lo hallan fácil y descubren lo que los grandes trabajadores no han podido en mucho tiempo.

Sol. Pues advertid en esta figura que aquí os pongo, que es del redroviento redondo que decís:



Por lo cual se deja bien entender que las reses están en lo abrigado del viento, porque bien claro es que no se pondría res alguna en medio del remolino donde está figurada la letra *O;* y así os pongo la una al principio de la querencia, que es en la letra *C;* y la otra en la mitad de ella, que es en la letra *G*; y otra en el fin, que es la letra *M*. Bien se deja entender que si el cazador entra por la letra *A*, que es por donde entra la bocanada del aire, que á todas igualmente dará noticia de sí; y si entrase por la *B* ni más ni menos; y si por la *C* le pudiese tirar á la res que está en ella desde fuera, de encima de algún risco ó mata de donde el viento no le alcanzase, paresce que sería bien; y estando la res tan metida en el redroviento, pues como dijistes, la hoya ha de ser grande y extendida, no podría hacer efecto en esta letra; pero si pasase adelante á la letra *D*, yo no sé qué inconveniente hay para que no pueda tiralle á esta primera res que se queda atrás en el viento de la letra *C*, aunque confieso que asombraría á las otras dos reses que están más adelante en la *G* y la *M*.

Mon. Vos tenéis mucha razón, porque ya el viento que está en la *D* no puede volver á dar noticia á esa res primera.

Sol. Pues prosiguiendo en lo comenzado, si la res no está en la *C* ó no le queréis tirar á ésta, pasando á tiralle á la que está en la *G*, se le puede tirar desde la *H* y desde la *Y* y de la *K*, porque en todas ellas el viento ha pasado ya de la res.

Sil. ¿Y si la queremos tirar á la tercera?

Sol. Entonces será forzoso tomar el consejo del señor Montano y tiralle desde la *N*, que es por do el viento que sale del remolino se juntó con el que entra y pasa por alto, porque cualquiera de esotras letras le dará aviso; de donde se podrá colegir que la (que) mejor supo aprovecharse del redroviento redondo de todas estas reses, fué la que se puso en la *M*, porque se le ha de dar noticia de

todas las entradas que se hicieren, y dejó solamente una por do la pudiesen entrar á tirar.

Mon. Por cierto vos habéis hallado la más galana invención que entre cazadores se ha visto, y descubrís un secreto extraño.

Sil. No es mucho que diga algo bien quien há tanto que dice mal de la caza. Pasad á esotros redrovientos, que no deben ser menos curiosos que éste lo ha sido.

Mon. El segundo redroviento es el recíproco, y éste es el más sencillo y fácil de los que se hacen fuera de lo llano, en los riscos ó peñascos ó lomas levantadas.

Sol. ¿Por qué llamáis á ese el segundo?

Sil. Claramente se entiende: porque después del círculo en geometría se debe tratar de la línea derecha, que es medida simplicísima, como dice Euclides; y habiendo Montano tratado del redroviento redondo, que es el circular, es justo que trate del recíproco, que como dice, se hace en línea derecha.

Mon. Así es verdad, porque el viento yendo recio y acostando en una ladera enhiesta, en cuya cumbre hay alguna peña ó risco por el cual no puede pasar, resurte para atrás por el mismo camino por donde vino, como suele volver la pelota arrojada con fuerza á la pared, y por eso le llamo redroviento recíproco.

Sol. ¿Con cuántos vientos se puede hacer ese redroviento? porque si no me acuerdo (mal), me dijísteis del redondo que se hace con cualquiera viento, porque á un lugar llano que tiene su rehoya todos los vientos le bañan.

Mon. Haráse siempre con un viento, porque éste es el que le puede coger en lleno y herille con fuerza para reciprocarse.

Sol. ¿Y cuál será ese viento?

Mon. El que más derecho le viniere conforme á la disposición de la tierra ó risco levantado do se ha de reciprocar, porque si el risco ó ladera enhiesta fuere solana

entera, reciprocarse há en ella solamente el ábrego, y pasará de claro el regañón y el solano; y el cierzo no la alcanzará porque viene por cima. Si fuere media solana hacia Oriente ó hacia Poniente, ninguno de los vientos principales se reciprocará, pues no la cogen en lleno, sino los dos colaterales que acompañan al ábrego.

Sol. ¿Cuáles son esos colaterales?

Sil. Cada viento tiene dos que le vienen por los lados, y el ábrego, que es el que los latinos y griegos llaman viento de Mediodía y Austro, trae uno á la parte oriental que se llama Euronoto, y otro á la occidental que se llama Libonoto; y dice Montano que si la solana no fuese entera, que pueda respondelle por derecho al Austro, que se ladeará hacia Oriente un poco, y allí se reciprocará en ella el Euronoto; y si se ladeare á Poniente, se reciprocará el Libonoto; y así no podrá tener siempre más de un viento que haga redroviento en esta disposición de tierra.

Sol. Y si esa ladera enhiesta se mostrase en la umbría, ¿qué viento se reciprocará en ella para que nos guardemos de él?

Mon. Para eso es menester que entendáis que la umbría es vocablo que comprende más que la solana, porque llamamos solana aquella parte que baña el sol cuando está en medio día, y llamamos umbría la que ha bañado en el Oriente y se la deja ya oscura, y la que ha de bañar en el Poniente, á la cual no ha llegado; aunque más propiamente se podrá llamar umbría aquélla que está hacia el Norte, porque nunca se bañó de la lumbre del sol. Y así que, pues umbría quiere decir todo esto, por aquí entenderéis cuántos vientos le pueden corresponder y reciprocarse en ella.

Sol. Pues no penséis por ahí escaparos, que yo quiero ponelles nombres á esas umbrías y pediros cuenta de cada una. La primera quiero que se llame umbría oriental, y la segunda occidental, y la tercera setentrional. Sepamos:

si el monte, ó risco, ó ladera cortada y enhiesta estuviese en la umbría primera, que es la oriental, ¿qué vientos se hacen recíprocos en ella?

SIL. Claro es eso de lo que ha dicho Montano, que si fuere umbría entera se romperá y reciprocará en ella el solano; y si fuera umbría torcida hacia Mediodía, se reciprocará el viento que llaman los griegos Vulturno, que es entre solano y ábrego; y si la umbría se tuerce hacia el Norte, se reciprocará el que llaman los mismos griegos Cecias, que es entre el solano y setentrión. Y en estas tres umbrías que digo, pasarán de claro el cierzo y ábrego; y el regañón pasará por cima, pues coge al risco de espaldas.

SOL. ¿Y si fuere umbría occidental?

SIL. Por el mismo orden, siendo entera, le responde por derecho el regañón, que es el que los griegos llamaron Céfiro y los latinos Favonio ó viento del Poniente; y siendo torcida hacia el Mediodía, le responde el que llamamos Áfrico; y si hacia el Norte, el que llamamos Cauro, ó como los marineros le llaman, Coro.

SOL. ¿Y sí la umbría es setentrional?

SIL. Siendo derecha le responde el viento que llaman Bóreas ó Tramontana; y si se tuerce hacia el Levante, se reciprocará en ella el viento Aquilón; y si hacia Poniente, el Cierzo, porque estos tres vientos vienen del Norte; y así se reciprocan en la umbría verdadera que es ésta que siempre caresce del sol; y en ella pasa de claro el solano y el regañón; y pasa por cima el ábrego, que la coge de espaldas.

MON. Muy bien lo ha declarado el señor Silvano y es señal de entedello bien, aunque quisiera yo tener en la memoria los nombres de esos diez y seis vientos, porque nosotros solamente pasamos con los nombres de los cuatro principales y no sabemos nombrar esos colaterales, porque pienso que después de conoscellos importa poco saber cómo se llaman.

SIL. Verdad es; pero con todo eso haré yo dos cosas: la una será daros los nombres en dos ó tres tercetos del primer libro de los *Principios del Mundo* que hizo Soto (1), que tantas veces hemos alegado, donde veréis sus nombres y sitios sin que se os puedan olvidar. La segunda será hacelle una figura á Solino con que entienda muy claro todas las reciprocaciones de este redroviento; y para que más gustéis de este trozo que os quiero recitar, os diré que después que ha contado la generación de los cuatro elementos, dice así:

«Mas luego en el momento se trabaron
los cuatro con mortal y cruda guerra,
y en áspera batalla se mezclaron.
El fuego y aire y agua contra tierra;
la tierra y agua y aire contra fuego;
y contra el aire y agua, fuego y tierra.
Rompieron tierra y aire y agua al fuego;
rompieren fuego y agua y tierra al aire;
y á la tierra y al agua, el aire y fuego.
Murieron tierra y fuego y agua y aire;
nascieron aire y fuego y tierra y agua
del agua y tierra misma y fuego y aire.
Tuvieron tierra, fuego y aire y agua
cualquiera de estos nuevos elementos
de que Vulcano su Pandora fragua.
Y así por los diversos fundamentos,
el aire luego, donde más se extrema,
compuso de sus fuerzas cuatro vientos.
De las partes que tiene, con que quema,
produjo al su Solano en el Oriente,
y en Ocaso al Favonio de la flema.
Al Austro en Mediodía, y diferente
en Setentrión á Bóreas seco, helado,
acompañados de otra mucha gente.

(1) No he visto noticia bibliográfica alguna, ni tampoco consta en el índice que inserta Gallardo de las poesías de Barahona de Soto tomado del manuscrito de la Biblioteca del Conde del Aguila, que aquél hubiera compuesto este poema de los *Principios del Mundo.*

Cada uno tiene un viento á cada lado;
el su Solano al Cecia y á Volturno;
y al Áfrico y al Cauro el delicado;
Al Libo y Euro aquel semidiurno;
tres todos notos Cierzo y Aquilonte,
al viento cercan hijo de Saturno.»

Mon. Por cierto la generación de los vientos y esa batalla de los elementos ha estado á mi gusto buena; y huelgo de sabella de memoria, porque se puede recitar á cualquier hombre discreto, demás del provecho que á mí se me sigue de saber estos dos ó tres tercetos últimos, donde dice de qué vientos se acompaña cualquiera de los principales, porque ya veo que el viento hijo de Saturno, debe ser el Bóreas que llamastes Tramontana.

Sil. Mas os he dicho esto por quitaros el fastidio de tanto como aquí os cansáis en declararnos estos redrovientos.

Sol. Ahora resta que me deis la figura que decís para mis reciprocaciones.

Sil. Imaginá de una figura de doce frentes que corresponda á la disposición de los vientos y sea como si el mundo, que es redondo, lo hiciésemos ochavado y dividido en doce partes iguales, de suerte que cada una de las cuatro que tiene se divida en tres, así:



Por cada frente de esas podéis entender el risco ó ladera levantada donde el viento se rompe y hace reciprocación, y de aquí colegiréis que en ninguna pueden reciprocarse dos vientos, sino uno en cada cual, pues los demás la cogen de través ó la salvan de todo punto.

SOL. Muy bien estoy con la figura, y ya se me hace claro este negocio si me dijese el señor Montano el orden que se ha de tener en ballestear á la res que estuviere encamada en alguno de estos redrovientos recíprocos, para que no sea avisada por el viento que tanto la favoresce.

MON. Pláceme de complaceros en eso. Lo primero que debe hacer el cazador en llegando á una peña ó risco ó ladera levantada donde se puede hacer reciprocación de vientos, si sospecha que allí según el tiempo y disposición de la tierra estará encamada ó pasciendo la caza y que le conviene entrar dentro para mirar la querencia, es desde fuera mirar hacia qué viento tiene la frente; y pues decimos que uno solo es el que puede hacer la reciprocación, considerar cuál ha de ser aquél que la cogiere en lleno para reciprocarse, y después, por las señales que ya tengo dicho, mirar el viento que corre y ver si es aquél el que se ha de reciprocar, y si le coge de través ó de lado, ó si la pasa por cima, pues como dijimos, uno solo es el peligroso, y no corriendo aquél puede entrar sin miedo de reciprocación.

SOL. ¿Y si corriere el mismo que se ha de reciprocar?

MON. En tal caso es menester aguardar, si el tiempo le da lugar y si sospecha que el viento se mudará antes que la res se levante, á que se mude, pues ya le hemos dado señales cómo conozca qué vientos han de correr en el discurso del día, porque es muy bueno huir ese peligro de los recíprocos en cuanto fuere posible.

SOL. ¿Y si no hay tiempo para eso ó sospechamos que el viento no hará mudanza?

MON. Ya dijimos que es uno el viento recíproco y que

derechamente vuelve á salir por la raya derecha por do entró, después de haberse quebrado en la ladera enhiesta.

Sol. Así es verdad.

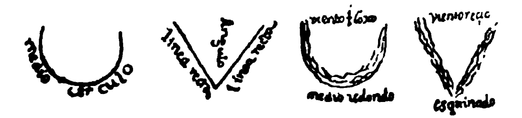
Mon. Pues entrar por uno de los lados por donde el viento no da noticia á la res, pues no los visita.

Sol. ¿Y si por ahí estuviese el lugar impedido ó por ser breña muy áspera, ó por ser muy descubierto de suerte que se tema de ser visto, ó por otras razones y causas que se pueden ofrescer?

Mon. Habiendo forzosamente de entrar por medio del lugar do el viento se hace recíproco, advierta el cazador de no entrar con el golpe del aire que entra, sino con el que ya se ha quebrado en el risco y vuelve á salir de arriba para abajo, porque éste ya viene de la res y no ha de volver á darle noticia de su olor, y esto se entiende si el viento viene á bocanadas; y sino estése quedo y aguarde á que se mude, ó tírele por encima del risco contra el viento por fuera del redroviento, y con este aviso podrá ir seguramente hasta estar á tiro de la res sin ser sentido de ella por el olfato.

Sil. Bien declarado queda. Pasad al tercero redroviento, que debe ser compuesto de alguno de éstos.

Mon. No lo es, porque según lo que vos dijistes, la figura redonda es simplicísima, y la derecha también; y el que ahora se sigue, que es el redroviento cortado, ó se hace en medio círculo ó en dos líneas derechas, que juntas por la una extremidad hacen un ángulo ó esquina como de escuadra de geómetras en estas figuras:



Suélese este redroviento causar, cortándose el viento en una loma ó ladera no tan enhiesta como la que dijimos

que era menester para el recíproco, porque estando así ladeada, si sopla algún viento que la coja de espaldas y no por derecho, sino de través, en llegando á su cumbre para bajar de allí abajo, se corta, y como le coge á media ladera, tórnase subiendo por ella arriba y hace una de estas dos figuras: si viene flaco la primera, porque baja manso y sube manso y espacioso; y si viene recio la segunda, porque abaja con furia y llega hasta do pretende y revuelve por la ladera arriba con casi tanta furia y tan derecho.

Sol. Poné un ejemplo, porque os entendamos mejor.

Mon. Imaginad que está aqui una ladera enhiesta de la suerte que he dicho, hacia la solana entera. En ésta, si soplase cualquiera viento, de los que le hicieren por delante no le pueden hacer redroviento como si fuese ábrego ó sus compañeros; y si le soplasen los dos que tiene á los lados tampoco, porque pasan de claro, como son el regañón de Poniente y el solano de Oriente, y lo mismo harán sus compañeros colaterales; pero si soplasen los tres que tiene á las espaldas, sería muy de otra suerte.

Sol. Veamos cómo, porque esos tres también pasarían por cima sin hacer redroviento, porque, pues como decís, está no tan enhiesta, sino la deada, por esa parte les da lugar á que pasen.

Mon. Verdad es que pasan libremente, mas advertid que si corre Tramontana, que es el viento que la coge de por medio, pasará por cima; mas si corre Cierzo le dará por el un lado, y hallándola ladeada entrará por ella libremente y irá descendiéndose por la ladera abajo; y cuando llegue á media ladera, impelido con su misma naturaleza tornará á subir para arriba y dejará en la ladera hecho un medio círculo ó un ángulo como está figurado en las figuras que os tengo puestas; así que este redroviento no se hace por impedimento que halle el viento ó estorbo alguno para pasar, sino porque la disposición de la tierra le

hizo bajar, y después su naturaleza, porque es liviano, le compelió á tornarse á subir; y como él pretende caminar adelante, no sube por donde bajó.

SIL. Muy bien lo ha declarado el señor Montano, y se puede poner ejemplo de eso también en el agua, suponiendo que ella es de su naturaleza pesada y el aire liviano, y que el curso de ella es hacia abajo y el de él hacia arriba, pues como vemos que algunas veces por la mucha fuerza que trae el agua en su corriente suele subir una cuesta arriba grande espacio, imaginemos que es tan grande el espacio que no puede llegar á la cumbre; claro está que desde en medio de la cuesta, perdiendo la fuerza con que sube, se tornará á bajar y hará una de esas dos figuras, porque ó dará la vuelta en redondo ó en esquina; así el aire algunas veces impelido de su fuerza por la disposición de la tierra, baja para abajo, como en las laderas que coge de través, y cuando ya pierde aquel ímpetu con que baja, torna á subirse en alto, porque lo forzado no le puede durar mucho.

SOL. Todo eso tengo ya por vuestra buena industria bien entendido, y lo mismo que hace el Cierzo en la solana entera, entiendo que hará el Aquilón, pues la coge de la misma suerte.

MON. Así es verdad. Y de aquí entenderéis que hacen este redroviento dos vientos, y que es menester que os guardéis de ambos cuando viéredes tierra dispuesta para ello.

SOL. ¿Puede hacello otro viento sino estos dos?

MON. Si la ladera es en solana derecha, no por cierto, porque su viento principal no la coge de través, que era el que pudiera hacello; mas puede estar á media solana y entonces no harán redrovientos el Cierzo ni el Aquilón y harálo el viento principal que es Tramontana; y lo mismo puede subceder si la ladera estuviere á la umbría oriental, que los que pueden hacer en ella este redroviento son los

vientos del Poniente; y si fuere umbría entera lo harán el Áfrico y el Coro, que son los vientos colaterales; y si estuviere á media umbría, lo hará el viento principal que es Regañón ó Céfiro.

SOL. De suerte que con esa regla podemos discurrir por todas las laderas hacia do quiera que estén, teniendo cuenta que los vientos que las cogen por las espaldas son los que han de hacer el redroviento como vaya á soslayo.

MON. Así es verdad, porque si la ladera estuviera á la umbría ocidental, los que pueden hacer redrovientos son los del Oriente; y si es umbría entera, el Solano pasa por alto y no hace efecto; mas sus compañeros, que son el Vulturno y el Cecias, harán redrovientos; y si fuere media umbría harálo el Solano y no sus colaterales, porque él solo la coge de soslayo.

SIL. Y por ese orden se entiende que si la ladera está á la umbría setentrional, que harán redrovientos los vientos de Mediodía; y siendo entera, solamente el Libonoto y Euronoto; y siendo media umbría, el mismo Ábrego.

SOL. Una cosa he advertido: que habiéndonos dicho antes que este redroviento siempre se puede hacer de uno de dos vientos, aunque á las solanas y umbrías enteras les dais dos vientos, á las medias solanas y umbrías no les dais más de uno.

MON. Así ha pasado por evitar prolijidad; pero sabed que cada una se puede hacer de dos vientos, porque como el redroviento cortado se hace en laderas y por fuerza cada frente haya de tener dos laderas, puédese hacer con dos vientos: con el que le sopla por un lado, y con el que sopla por el otro. Y así mirando la figura que ahora poco há puso el señor Silvano de los vientos, fácilmente se verá qué vientos pueden en cada ladera hacer redroviento cortado, pues no hay más de mirar el viento que le da derechamente por sus espaldas y entender que aquél pasa de claro, y los dos que están á los lados de aquél hacen

redroviento, porque ambos cogen la ladera de espaldas y de soslayo, que es lo que es menester para hacer este redroviento.

Sol. Con eso se acabó de entender todo el misterio. Solamente tengo duda en aquello que dijistes, que cuando el viento viene recio no hace la vuelta en medio círculo, pero angular con una esquina, y baja y sube en derecho; y cuando viene flaco, hace la vuelta en medio círculo perfecto y redondo, sin esquina, y sube con rodeo.

Sil. Fácil es eso de entender por esta comparación. Si arrojáis en alto una piedra, sube derecha y baja derecha con el mucho peso que lleva, y hace allá un ángulo derecho al tiempo del bajar. Y si echáis una gorra ó sombrero de paja liviano, sube haciendo cercos, y baja flaco y haciendo cercos, porque ni lleva fuerza para subir ni para bajar con ímpetu; y allá deja hecho un medio círculo redondo y no vuelve derecho por do le arrojastes, sino lejos hacia do el viento le lleva. No se dude más sobre esto, sino diga el señor Montano el socorro que las reses tienen en este redroviento, y el orden que tendremos en hurtársele.

Mon. Mucho es el socorro que hallan en este redroviento las reses, porque como visita el viento toda la ladera entrando por el un lado y saliendo por el otro, por ninguna parte se le puede entrar que no le dé con el viento noticia de sí el cazador; y así el orden que se debe tener es mirar la parte de do viene el viento, y por aquélla ni por su comarca no entrar, ni por la vuelta que hace por aquella parte, porque do quiera que el viento toque al cazador llevará su olor para adelante. Podrá entrar por la parte contraria, que es por do el viento vuelve á subir la ladera arriba, de suerte que siempre tenga cuenta de ir con el golpe del viento en el rostro.

Sol. Eso se entenderá mejor con un ejemplo.

Mon. Pues póngase en la solana entera, en la cual

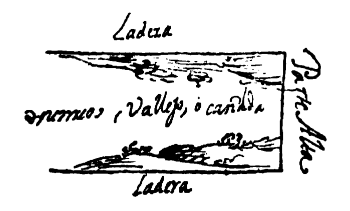
pongo en caso que sopla Cierzo y entra por el un lado y va á salir por el otro hacia arriba, que es por do ha de soplar Aquilón si corriera. El cazador ha de entrar por do el viento Aquilón corriese, ó un poco desviado por su través, de suerte que siempre lleve la revuelta del Cierzo en la cara ó á media cara, mas de frente.

SIL. Pasad al otro redroviento, que ese queda bien claro.

MON. El otro destos cuatro es compuesto de todos y llámase acanalado, y suélese hacer en las cañadas que se hacen entre dos montes ó dos riscos grandes; ó por más claro, en un vallejo largo y hondo, que tiene corriente por la una parte por estar más alto de la otra que de aquélla, y por tener dos laderas, que ambas se acuestan á hacer aquella canal. Aquí pues, suele el viento redoblarse y esparcirse en remolino por toda la cañada, de suerte que con un curso incierto da noticia á la res, do quiera que esté, del enemigo por do quiera que le entre.

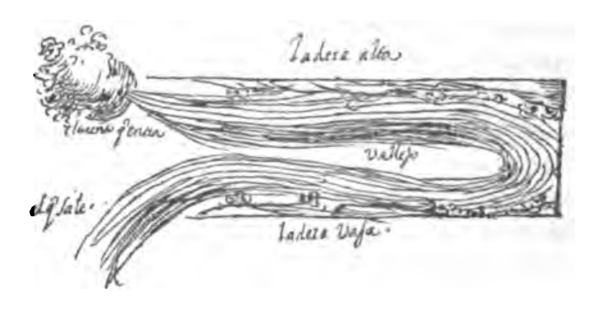
SOL. Más difícil es eso de entender que esotros, y bien paresce compuesto de todos. Declaraos por vuestra vida, señor Montano, y decidnos cómo se hace en esa disposición de tierra todos esos redrovientos.

MON. Fácil es de entender por lo que he dicho, en esta figura:



donde como paresce hay dos laderas y un vallejo ó cañada en medio, y una parte del vallejo tan enhiesta y alta, que el viento no puede salir por ella. Pues suponed agora que el viento entró por la parte baja del vallejo y fué

bañando la una y otra ladera dando vueltas como es de su costumbre, y fué á frezar con la parte alta del vallejo, y que no pudiendo salir se volvió dando vueltas por la otra ladera ó por ambas. Claro está que esta revuelta que hizo al quebrarse en la parte alta que es redroviento recíproco, y que haber dado en las dos laderas y en el extremo de ellas y vuéltose, le hace hacer los otros dos redrovientos, pues en cada ladera hizo el cortado, aunque no muy perfecto, y en todos el redondo como parescerá en esta figura:



Sol. Así es verdad que este redroviento impelirá en sí esotros tres á pedazos, aunque ninguno de todo punto; porque ni el recíproco lo es de todo punto, pues el viento no sale por el mismo lugar que entró, pues entró por una ladera y sale por otra; ni el viento se corta de todo punto, aunque se deja caer bañando la ladera; ni es redondo, porque no acaba de dar la vuelta.

Mon. Así es cualquiera cosa que se compone de muchas, que las tiene todas y ninguna se podrá mostrar entera; aunque el redondo viento cortado mejor se paresce en este acanalado cuando el viento no entra por la misma canal, sino por el soslayo de una de las dos laderas, como se muestra en esta figura:



Sol. Paresce que no apuntastes bien ese viento á la salida, pues el viento es liviano; mientras más camina se ha de subir más, y así al tiempo que ha dado la vuelta y va á salir, ha de subir por cima del que entró y no por debajo como vos lo figurastes.

Mon. Engañaisos en este particular, porque si subiera al salir por cima del que entra, ya no se decendiera por la cañada abajo, antes subiera hacia arriba haciendo remolino redondo; y así es bien que entendáis que la ladera por do entra es algo ancha, y que entra por lo alto de ella, y mientras más va caminando más se va allegando al fondo del vallejo; y cuando da la vuelta ya deciende de media ladera abajo, y encúbrese por la canal porque se va espesando y enfriando.

Sol. Eso nos ha dado ocasión de preguntaros cuántos vientos pueden hacer redroviento en esa disposición de tierra.

Mon. Si las laderas no están muy levantadas todos lo pueden hacer, salvo aquél que corriere por hacia la parte levantada del vallejo, porque se escurrirá derecho por el vallejo abajo sin hacer redroviento: como en ejemplo, que las laderas estén una á la solana y otra á la umbría y lo alto del vallejo esté á Oriente y lo bajo al Poniente, harán redroviento todos los vientos del Poniente que entrando ó derechos ó ladeados irán á quebrarse á la frente alta del vallejo y tornarán con media reciprocación á salir por su corriente del vallejo, que es por do entra-

ron; y los vientos del Mediodía, quebrándose en la solana, revolverán unos hacia la frente del vallejo, y reciprocados allí bajarán por su corriente abajo, y otros, que son Euro y Ábrego, se quebrarán en la solana y bajaránse sin subir á la frente del vallejo por la corriente, haciendo su redroviento acanalado. Los vientos de Setentrión harán lo mismo, que el Cierzo se quebrará en la umbría y revolverá hacia la frente del vallejo, y tornará á dar en lo alto de la solana, como pareció en la figura que poco há os puse, y así se dejará escurrir por su corriente; y la Tramontana y Aquilón se quebrarán en la umbría sin subir á la frente del vallejo, pues no pueden volver hacia Oriente bajarán por su corriente abajo haciendo su redroviento acanalado.

SIL. Así que para entender qué vientos harán este redroviento no es menester más que mirar dónde cae la frente alta del vallejo, y quitados los vientos que corren de allí, los demás podrán hacer redroviento, aunque unos de una suerte y otros de otra, pero todos tienen una salida que es la corriente.

MON. Eso es en suma todo lo que hay que entender, porque si como pusimos ese ejercicio, pusiéramos que la frente del vallejo estuviera en la solana, todos los vientos del Norte se han de sacar, porque éstos no hacen redrovientos y los demás los van haciendo por el orden que dijimos. Y de aquí se colige que hay tres especies de redrovientos acanalados. Unos son los que derechamente corren por la canal arriba, y se van á quebrar en la frente alta del vallejo, y toman bañando ambas laderas á salirse por donde entraron, como se mostró en la primera figura; y otros los entra de través por la parte de abajo y dan en la ladera frontera, y subiendo á la frente del vallejo se quiebran allí y se escurren y dejan salir por la corriente abajo. Otros, los que entran por la parte de arriba de través y sin ir hacia la frente, se bajan por la corriente, y de

cada uno de por sí diré el orden que se ha de tener en ballestear.

SOL. Antes que paséis más adelante, os quiero advertir que os olvidáis un punto que dijistes antes: que si las laderas no estaban muy enhiestas, hacían redrovientos los vientes que decís; y si estuviesen muy enhiestas, no habéis dicho lo que sería.

MON. Fácil es de entender que si están muy enhiestas, el viento que las coge por derecho se pasará de claro sin entrar dentro ni hacer redroviento; como si las laderas están una á la solana entera y otra á la umbría, soplando Abrego ó Tramontana que las coge por derecho, por estar enhiestas pasará por cima sin hacer este redroviento.

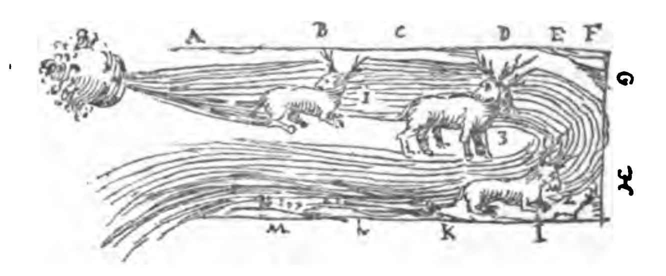
SOL. ¿Y si la una de esas laderas estuviese más alta y tan enhiesta como hemos dicho, y soplase el viento contrario de suerte que se viniese á quebrar en ella?

MON. Entonces reciprocarse hía; mas no se acanalaría, pues el curso del viento no da lugar para eso por venir derecho, ó si fuese muy quebrada la canal al fin se bajaría por ella, aunque habrá acontecido pocas veces, y contarse hia uno de los recíprocos, que corriendo de la parte de arriba se quiebran en la ladera frontera y se dejan escurrir por la corriente sin subir á la frente del vallejo. Así que, si bien lo consideráis, imposible sería hacerse más que tres especies de este redroviento, como tengo dicho. La primera como se mostró en la primera figura, y la segunda cual se podrá ver en la segunda, y la tercera la que no sube á la frente del vallejo ni se quiebra en ella sino en la ladera contraria, y se baja por la corriente.

SIL. Así está claro y notorio. Enseñadnos agora cómo nos habemos de haber en cada especie de esas para que las reses no se nos escapen después de haber trabajado en buscallas.

MON. Pláceme. Y comenzando por la primera, que es aquélla que hacen los vientos que vienen derechos por la

corriente arriba y se quiebran en la frente del vallejo, digo que así en éstos como en los demás se ha de procurar, si fuere posible, de tirarle á la caza desde fuera del redroviento, porque no siempre hincha todo el vallejo, antes suele coger solamente la media ladera, y puédesele tirar desde la otra media ó de ella misma, ó de la contraria, ó por cima de la frente del vallejo, pues como he dicho, todas las veces que pudiere el cazador excusarse de entrar dentro del redroviento lo debe hacer; pero si no puede por alguna causa cualquiera que sea, parésceme que en esta especie de redroviento le puede tirar á la res entrando por la ladera por do el viento sale, pues aquel ya le ha dado noticia á la res y no ha de volver más á ella; ó por cualquiera parte do el viento haya pasado de la res. Ejemplo de todo esto, en esta figura:

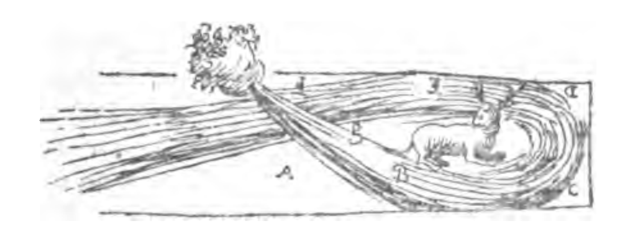


Por esta figura se muestra claro que el viento entra por la ladera alta hacia la frente del vallejo, y quebrado en ella, vuelve á salir por la ladera baja; y que el que quisiese tirarle á la primera res, no lo debría hacer por la letra *A*, porque le cargaría el viento aunque paresce que está fuera de redroviento, y (si) desde la *C*, *D*, *E*, aunque estuviere dentro del redroviento, porque ya ha pasado el viento de la res y no ha de volver á sus narices; pero si la res estuviese do está encamada la segunda, que es á la revuelta del redroviento, no se le puede tirar por alguna de las letras que están desde la *A* hasta la *H*, que por todas se le

carga el viento á la res, aunque se ponga el cazador con todo el seguro que á él le parezca mejor, y podrále tirar desde la *Y*, si está fuera del viento, y desde la *K*, *L*, *M* aunque esté dentro del viento, porque ya ha pasado el redroviento de la res; mas el que hubiese de tirar á la res que está en medio de la cañada participando de todo el redroviento, por otra parte no se le podrá entrar á tirar sino por la *M*, *L*, teniendo cuenta de no acercarse al viento que entra por la *A*, *B*, porque lleva gran peligro y no le puede subceder bien; aunque más seguro sería tirarles por de fuera del redroviento, si la cañada es angosta y el redroviento corto.

SIL. Muy bien queda entendida esa especie de redroviento acanalado.

MON. Pues lo que hay que saber en la segunda de este redroviento es á mi parecer más difícil y digno de advertencia, y por eso me parece que importa tener la figura delante:



En la cual se muestra cómo el viento Cierzo entra por cima de la solana de través, y hiriendo con ímpetu en la umbría revuelve hacia la frente del vallejo, y tornándose á quebrar en ella da la vuelta visitando la solana y viene escurriendo por ella hasta llegar á la corriente del vallejo, por la cual se encaña y baja saliendo fuera de la cañada. Si la res estuviese donde está figurada, que es en medio del vallejo de suerte que la bañe por todas partes el redroviento, no se le podrá entrar por la *A*, *B*, *C*, *D*,

pues las visita el viento; mas podríasele tirar desde fuera de la *B*, y por cima de la frente del vallejo de la *C* y de la *D*.

SIL. Eso ya está dicho: que todas las veces que se le pudiere tirar de fuera del redroviento se debe hacer; no os canséis en repetillo, sino decidnos de qué partes se le puede tirar de dentro del redroviento pues á eso estáis obligado.

MON. Puédesele tirar desde la *E*, y todo su espacio poco antes ó después, porque allí ha pasado el viento de la res, y va ya comenzando á bajarse por su corriente; mas por la *F* no podría, que es por do el uno y otro viento se juntan, pues daría noticia de sí á la res al entrar del viento.

SIL. Bien entendido tengo eso. Discurrí por todas esas estancias figurando si la res estuviese en ellas qué se debe hacer.

MON. Si la res estuviere do está la *A*, fácil sería de tiralle por de fuera entrando por do el viento sale, ó por do quiera que quisiere con que se guarde del golpe del Cierzo al entrar; si estuviese do está la *B*, tirársele hía desde la *C* y todo su espacio, y de las letras que se le siguen, guardándosele la *A*, que es por do le entra el viento. Si estuviese do está la *C*, guardalle la *A* y la *B*, y tiralle desde la *D*, *E*, ó de la frente del vallejo, sino está tan comba que la res se encubra debajo, porque si lo está, lo mejor será pasar á la *D*, *C*, *E*, y de allí tirarle. Lo mismo se puede decir si está en la letra *D*, que si le tirara por cima de la frente del vallejo, ó por la *E*, que está más adelante.

SIL. Bien estoy con eso; pero si estuviese en la *F*, ¿por do se le podría tirar? porque por ninguna de todas esas partes se le puede entrar.

MON. Bien decís; y séos decir que casi siempre en estos redrovientos las reses escogen ese lugar, así por estar allí á la solana, como por estar abrigadas del Cierzo que les coge de espaldas.

Sɪʟ. ¿Pues por dónde les habéis vos tirado cuando las hallastes allí?

Mᴏɴ. Yo les tiro por lo alto de la solana donde no alcanza el redroviento, pues ya sabéis que cuando el viento llega allí se va bajando mucho para encanalarse, y así no puede ocupar toda la solana.

Sɪʟ. Con todo eso, quiero que esté la res tan abajo en la letra *G*, que no podáis entrar á tiralle sin hollar el viento que entra ó el que sale, pues ella está en la junta de ambos y participa de ellos.

Mᴏɴ. Cuando ella estuviese tan abajo, tirarle hía desde la ladera contraria que es de donde está la letra *A*, procurando no entrar en lo que barre el viento porque no llevase noticia de mí.

Sɪʟ. Y si la cañada fuese tan ancha que no se le pudiese alcanzar de ahí, yo os digo que no tenéis por dónde tiralle.

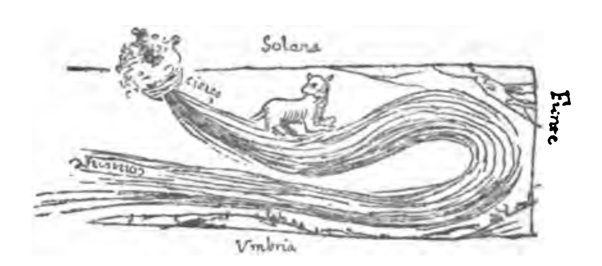
Mᴏɴ. Verdad es, porque si la cañada fuese muy ancha y el redroviento tan extendido que la barriese toda, seríanos forzoso entrar dentro del redroviento y por ninguna parte se puede entrar á esa res.

Sɪʟ. Pues obligado estáis á decirnos por dónde se le puede tirar entrando dentro del redroviento, porque desde fuera no es ciencia, pues cualquiera sabe que desde fuera es muy fácil y sin dificultad.

Mᴏɴ. Confieso que yo no alcanzo esa treta, y espero lo que el señor Solino dirá acerca de eso, porque há mucho que calla y paresce que está imaginativo.

Sᴏʟ. Estóylo y con razón, porque en el caso que el señor Silvano ha puesto que la cañada sea tan ancha y extendida, me paresce á mí que no hará el redroviento de la manera que vos lo figurastes, pues aunque el Cierzo entre con fuerza no alcanzará á ir á herir á la umbría frontera, pues dice que ha de estar tan apartada y que la solana es tan ancha; antes me paresce que el Cierzo se

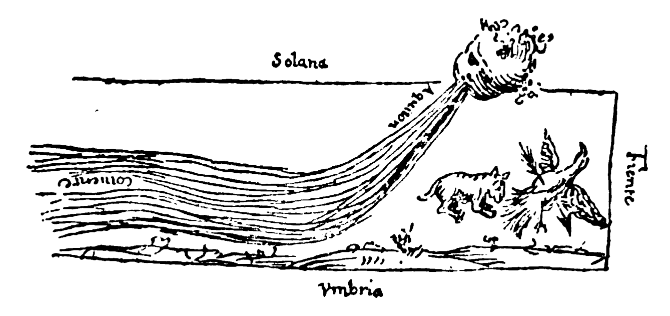
quebrará al entrar de la solana y se irá derribando por ella, y cuando haya llegado á su mitad revolverá hacia arriba haciendo la figura que dijimos en el redroviento cortado, y llegará hasta la frente del vallejo, y allí con medio redroviento recíproco se tornará á quebrar y se bajará por la umbría acanalándose en esta forma:



Mon. Tenéis mucha razón que siendo tan ancha la canal y tan grandes las laderas, forzosamente correrá el viento como vos figuráis, y do quiera que esté la res, será fácil de matar por las reglas dadas como se le guarde la entrada del Cierzo. Y con eso entiendo que quedará satisfecho de sus argumentos el señor Silvano.

Sil. Es verdad que yo lo quedo. Pasad á la tercera especie de redroviento acanalado: veamos si hay algo que notar en ella.

Mon. Esta última es muy fácil, pues no tiene implicaciones, y figurada lo será más:



Yo pienso que á ninguno se ofrescerá duda en este redroviento, pues sigue la orden de los vientos sencillos; y con poca razón se llama redroviento, pues no tiene revueltas más que entrar por su canal abajo, y así do quiera que esté la caza se ha de buscar viento arriba llevándole en el rostro: solamente os quiero advertir de lo que generalmente es bien que sepáis, que tengo por mejor tirar á la res enhiesta que á la que está echada, porque es el tiro más cierto, así porque hace mayor tiro, como porque echada no se deja ver tan bien; y tendrá por aviso aguardar á que se levante ó gamitalle, ó tirale alguna piedra, como he dicho, para que se levante, teniendo el arcabuz bien apercibido, derribado el gatillo y el polvorín golpeado y no echado el seguro, porque al tiempo del levantarse la caza no se le olvide de quitar con el sobresalto.

Sil. El señor Montano estará bien cansado esta mañana de disputar y enseñar los redrovientos, que ha sido materia bien sutil y curiosa; y paresce que poco á poco se ha llegado la hora de comer. Será justo que nos vayamos, pues podrá después esta tarde proseguirse con las demás formas de cazar, pues esto que llama del rececho, me paresce que no tiene más que decir.

Mon. Así es verdad. Y para esta tarde á los dos aguardo en mi casa, donde rescibiré la merced que se me ofresce.

LIBRO QUINTO

DE LA MONTERÍA.

LOS MISMOS INTERLOCUTORES.

SIL. La materia que esta mañana tratastes nos fué tan deleitable, que apenas habéis levantádoos de la mesa, cuando tenéis los huéspedes en casa.

SOL. Éste es donoso convite, que aguardan los convidados que acabéis los manjares para presentárseos delante.

MON. Como á lo que os tengo yo aplazados es manjar espiritual, no hacéis caso del tiempo en que entendéis que tengo de estar ocupado, y en los que son de menos gusto y provecho.

SIL. Con todo eso vengo con gran deseo de saber qué materia pensáis tratar esta tarde, que á mí parésceme que no hay más que saber que lo que esta mañana nos enseñastes, pues yo y Solino nos atrevemos ya á saber buscar la caza en todo tiempo del año y matalla á rececho, que es todo lo que basta.

MON. Sabed, señores, que todo es eso muy general. Lo que yo os pienso enseñar esta tarde es hacer eso mismo en lugares y tiempos determinados, por razón de los cuales se varía el orden y industria general; porque si os acordáis, solamente sabríades, según lo que os enseñé, buscar la caza en montañas y riscos y breñas y en campos llanos y rasos y cañadas, y todo lo demás que esta mañana oistes; pero si dijese yo agora lo que debríades hacer para aguardalla en un bañadero ó en una corriente do va á beber, ó en un trigo, ó en unas salegas do va á tomar la sal, no

sabríades hacer diferencia desto á lo pasado, y errárades en mucho; también no sabríades la diferencia que hay de cazar en tiempo de brama y ronca al de la gamita y cuca, ni sabríades la diferencia que hay de cazar de noche á cazar de día.

SIL. Tenéis mucha razón, que aunque sabemos la sustancia de la caza, no sabemos esos accidentes que son en ella muy necesarios, pues no se podían haber tratado antes habiendo de ser colores que se asientan sobre el sujeto principal.

SOL. Antes me paresce á mí que no hay nececidad de cansaros en eso, que pues sabemos ya el orden que se ha de tener en matallos á esos animales en las breñas y partes difíciles, más fácil nos será matallos en lo raso, á lo menos á los ciervos y corzos, que como dijistes, en lo raso se desatinan y no tienen tanto dinstinto como en las breñas: que los gamos no harán en esto diferencia, pues siempre se huelgan más con lo raso.

MON. ¡Quán propio es de los hombres que comienzan á saber algo en alguna ciencia que no saben, pensar que ya lo saben todo! Entended, señor Solino, que aunque estos animales suelen salir á tomar ese pasto desde que el trigo comienza á nascer hasta que se enduresce, todo el tiempo que está en berza, como uno de los pastos más golosos que ellos comen, todavía lo hacen con tanto recato y diligencia, que quien no supiese que son brutos, creería que participan de razón, como dice Plinio; porque siempre vienen á las horas que entienden estar muy seguros de sus enemigos, y así unas veces acuden á tercera noche, otras á segunda; otras cada noche por desmentir las espías, y á veces á prima noche, y á veces á media noche, y otras al romper del alba, y casi siempre con el viento en las narices, de suerte que les dé noticia de quien las estuviese aguardando en los trigos.

SIL. Entended que pues el señor Montano hace trata-

do de ello en particular, que debe ser cosa que entiende que tiene dificultad.

SOL. ¿Pues de qué suerte se ha de remediar esa dificultad?

MON. Yo os lo diré si me prestáis atención. Lo primero que debe hacer el que quisiere cazar estas reses en los trigos y yezgares, es visitar estos lugares paseándolos por la mañana después que las reses se han ido de ellos á encamarse; porque si los visita por la tarde y en tiempo que ya esté cercana la noche, que es cuando las reses han de venir, olerán su huella y avisarse han entendiendo que no está seguro el pasto; mas visitándolos por la mañana, ya con el calor del sol y el viento del día se ha perdido aquella noticia, y la res no puede tomar aviso de sus indicios.

SOL. ¿Pues para qué ha de visitar los trigos á esa hora?

MON. Para ver los rastros por las orillas, en los cuales hallará los de la entrada y salida de las reses, y de aquí conoscerá dónde se van á encamar y si entran con el viento en la cara ó en la cola, ó si tornan con él á encerrarse, por lo cual debe buscar el remedio para cazallas sabiendo dónde las ha de aguardar y cómo; y si conforme á esto conosciere que entran á comer con el aire en las narices, como lo suelen hacer las más veces, si quisiere aguardallas por la mañana, debe amanescer junto á la querencia donde se encaman de día, pues digo que las podrá sacar por los rastros, y aguardando allí, necesariamente, pues á la vuelta vienen cola á viento, vendrán fácilmente á sus manos. Y si de todo punto no vinieren cola á viento, podrálas aguardar el cazador desviándose algún poco á medio viento, advirtiendo á no tenelles hollado el lugar por donde han de pasar, porque no le huelan al entrar; y si fuere sobre tarde y vinieren á tomar el trigo cola á viento, aunque pocas veces lo suelen hacer por más se-

guridad, podrá el cazador aguardallas en el mismo trigo y de allí tiralles.

Sol. ¿Cómo se puede hacer eso aunque ellas vengan ciegas, pues los trigos están muy rasos, pues decís que ha de ser en tiempo que ellos han de estar en berza?

Mon. Entiéndese si en ellos hay alguna mata grande, cuales las suele haber, ó árbol, ó arroyo, ó quebrada, ó majano de piedras á cuyo amparo puede estar arrimado.

Sol. Y si no lo hubiese, ¿sería bien que dejase de aguardar las reses por ese inconveniente?

Mon. Podríalo hacer, pero ha de ser tres ó cuatro días antes que las haya de aguardar, haciendo un arrimadizo el más disimulado que ser pueda de ramas y tierra, y no debe hacello la misma noche ó aquel día antes que las haya de aguardar, porque se recelarán de él viendo aquel bulto que no han visto antes, y después que le conozcan y estén seguras de él podrá disimularse mejor para hacer lo que pretende.

Sil. Y si estas reses se quisiesen asegurar tanto, que por tomar mejor el viento se arqueasen para desospechar mejor el trigo antes de entrar en él, y entrasen con el viento en las narices, ¿qué orden se tendría de tiralles?

Mon. Ponerse á esperallas en el camino que traen antes de llegar al trigo de tal manera, que cuando vayan á tomar el viento se encuentren con el cazador y les tire de través muy á su gusto; y para hacerlo mejor conviene dejalle á la res su aire entero, ó á lo menos el medio viento, y no hollarle el camino por do se sospecha que ha de pasar; y sino le saliere bien derecha, váyasele acercando á tiro poco á poco si fuere tierra quebrada ó traspuesta con que se pueda encubrir sin ser visto.

Sol. ¿Y si fuere en tierra llana y rasa donde por fuerza le ha de ver la caza?

Mon. También lo podrá hacer con el orden que hemos dado antes, teniendo cuenta con andar al tiempo que

ella tiene baja la cabeza pasciendo, y cuando la alza estarse quedo, porque como no se menee, no le puede conoscer como hemos ya mostrado; y si sospechare el cazador que le ha conoscido, también tenemos dados avisos de lo que debe hacer.

Sil. Todo eso que habéis dicho es el orden de tiralles en los trigos; pasad á lo que se debe hacer en las salegas y yezgares.

Mon. Ninguna diferencia hay de esto á lo pasado, y lo que hay que saber es la diferencia de los tiempos, que como he dicho, los trigos toman estas reses desque nacen hasta que se endurecen, y las salegas toma el cervuno en Mayo y Junio más que en el otro tiempo, y el corzo y gamo en todo el verano y estío toman los yezgares; los venados, ciervas y corzos desde el medio de Agosto hasta el de Setiembre por estar en este tiempo apurado el pasto y serles esta yerba acepta y golosa y bastante para pasto, por ser crescida.

Sol. En general se puede preguntar esto: si yo hallase esas reses pasciendo en los trigos ó yezgares ó tomando la sal en sus salegas, ¿qué forma tendría para acercármeles á tiro de suerte que no me sintiesen? Pues allí no tengo lugar, si la tierra es descubierta, de hacer reparos; ni las puedo aguardar, pues ya estando han de estar, y la tierra es rasa y descubierta.

Mon. Si fuere de mañana aguardallas en el paso, pues como dije, se han de ir luego á encamar y ya habrá el cazador sabido por dónde, pues lo muestra su rastro; y si fuere por la tarde, aguardallas hasta otro día de mañana, porque esto es conveniente, no asombrar la caza y tener sufrimiento, que con éste se puede matar la caza que se perdiere un día, otro.

Sil. Paresce que se sigue el tiempo de tomar las aguas, y será bien que lo digáis.

Mon. Los gamos y ciervos suelen tomar el agua más

ordinario de noche que de día en estas tierras que abundan de gente, porque en las que son más apartadas y solitarias teniendo el agua cerca de las partes donde de día se encaman, la toman también de día y á todas horas á veces, y más á la tarde, ó á puestas de sol, ó entrada parte de la noche; pero los corzos, así en las tierras pobladas como en los yermos, la toman también de día y á todas horas, por ser muy sedientos y de menos dinstinto y recato; suelen tomar todas estas reses el agua en todo el estío por la disposición y calor del tiempo, y va una delante de todas, que llamamos guía, diez ó quince pasos apartada de ellas como por adalid y exploradora de las demás, y si siente algo, da un gran berrido con que las avisa para que se guarden; y ella y las demás se ponen en huída. Suelen beber en las aguas corrientes siempre á la parte baja y no en el principio ó fuente, porque en ellas deben hallar más comunmente huellas de gente que acude á buscar las aguas, de lo cual cualquiera caza se recata, salvo si la fuente no estuviese en parte oculta y no hollada de gente, como se conosce en los rastros y sendas. Dígolo porque se entienda dónde les debe aguardar el cazador, y entienda que va á tomalla con el mismo recato que dijimos que guardan al tomar los trigos.

SIL. Los bañaderos solos restan por declarar, y si hay otras particularidades en ellos más que en las aguas.

MON. Los bañaderos son unos charquillos á manera de manantiales donde las reses se suelen refregar haciendo liso el barro de sus márgenes, y recogiéndose allí más agua, viene á quedar como lagunillas ó pozas de limo ó de curtidores. Suélense hacer en los boteales ó partes húmedas que manan por diversas partes agua, y así nunca dejan de tenella; suelen hacer éstos las reses para bañarse en ellos templando el calor que les da la pujanza del tiempo y de su misma sangre y gordura, que en esta sazón suelen abundar y crescer más.

SOL. ¿En qué tiempo suelen tomar los bañaderos esas reses?

MON. En todo el estío y en el principio de la brama, hasta casi ocho ó quince días.

SIL. ¿Y qué avisos se han de tener en entralles á tirar?

MON. Débese hacer su arrimadizo de ramas, sino le hubiere natural, á veinte pasos del bañadero, como dijimos de los trigos, y aguardallas por do han de entrar á la parte del soviento porque no huelan al cazador. Lo cual también se hará al tomar de las aguas, y en todo lo demás se debe seguir el orden que tenemos dado.

SIL. De suerte que con eso nos habéis enseñado cómo nos habemos de haber con esas reses, según las diferencias de los lugares. Ahora proseguid por los tiempos, como tenéis prometido.

MON. El primero tiempo y más notable y vulgar destos que hacen algunas nuevas diferencias en el orden de cazar, es el que llamamos de la brama. Llámase así de un bramido que suele dar el venado en tiempo de su celo, con el cual atrae á sí las hembras y siente los demás venados que las tienen, y guiado por él se las va á quitar por la envidia ó celos que de ver al otro mejorado le nascen.

SIL. Eso es en el tiempo que dejáis dicho atrás, que comienza de los once de Setiembre, poco más ó menos, á los últimos días de Otubre.

MON. Así es verdad, que generalmente ese es su tiempo, aunque suele anticiparse y posponerse según tiene el calor la tierra donde la caza se cría ó está al tiempo que digo; porque en toda la raya de Portugal, como tierra más caliente, comienza de mediado Agosto ó cerca de su fin, hasta mediado ó fin de Setiembre, y en la tierra que fuere más caliente que las nuestras, como aquélla que está cercana á la marina, y donde por esto viene el otoño más temprano trayéndoles antes el nuevo pasto de las

yerbas y hongos y setas y otras simientes que la tierra suele producir al tiempo, también se anticipará en tanto cuanto más ó menos participare del calor, y más si alcanza bellota de encina ó roble que suele calentallos más; y por el contrario, vendrá la brama más tarde en las tierras frías, como en las comarcas de Cuenca y Molina y Sigüenza y el ducado de Medinaceli y la raya de Aragón.

SIL. Parésceme que estamos bien informados con eso y con lo que ayer nos dijistes del nombre y tiempo de la brama. Decidnos agora qué diferencia tiene este tiempo de los otros en cazar, pues para eso lo habéis traído á conversación.

MON. Debe, pues, el cazador á puestas de sol ponerse al ojo de la querencia más cercana que entendiere, que conforme al tiempo y á las reglas que ayer dí, puede estar la caza, y desde allí recelar dando un berrido ó dos al mismo tono que el venado lo hace cuando está con las ciervas, porque á este bramido le responderá más que otro alguno, ora tenga ciervas, ora esté sin ellas; la causa es, porque si las tiene, no se le da nada de ser sentido de otro, como aquél que hace cuenta que teniendo ciervas el otro no le vendrá á quitar las que tiene por suyas; y sino las tiene, para írselas á quitar al otro huelga de respondelle; y después si fuere solo y no se hallare en parte tan acomodada, conviene mejorarse el cazador á parte donde con dificultad le pueda dar noticia de sí con el viento, ó á lo menos que primero que empareje con su viento le pueda tirar; porque el venado muchas ó las más veces, ya que llega á cien pasos de do el cazador está esperándole, se arquea á tomarle el viento por entrar con él en las narices desospechando más ciertamente aquella parte donde oyó recelar; y si llevare compañero y no estuviere el venado muy lejos de él, estése quedo donde primero receló y póngase el compañero en aquella parte do entien-

de que el ciervo ha de ir á tomar el viento del que recela; y podrá conoscer la parte do debe ponerse, en la disposición de la tierra y en el viento que corre, y en que el venado siempre va á granjear el viento del cazador por aquella parte donde con más brevedad lo puede tomar, y por do la disposición de la tierra más se lo concede con menor trabajo suyo.

Sil. Así que con eso se podrá excusar el que recela de mudar el lugar do primero se puso, teniendo con todo eso aviso, como debe, de aguardar al venado, porque todavía podría venirse á él y no ir á la parte do está su compañero.

Mon. Así es verdad; y tengo por muy acertado que el recelador y su compañero siempre se pongan en las partes do mejor se puedan cubrir así de matas si las hubiere ó riscos, como de sombras y otras cualesquier defensas, desde donde el que recela debe llamar con un solo bramido al venado, y no más porque no le tenga por sospechoso, y siempre que el venado responda, debe el recelador tornalle á responder haciendo ruido con la bramadera en la mata ó árbol que tuviere cercana, de modo que entienda que es venado que está gancheando con las cuernas, como ellos lo suelen hacer con el celo.

Sil. Y si estuviere, aunque cerca, no tanto que se le pueda tirar y rehusare de llegarse más, ¿qué orden habrá de llegallo más cerca ó de tiralle?

Mon. Volverse hacia atrás dando muestra de huir tocando el instrumento que trajere para bramar, al modo que el venado suele hacer cuando va trotando y bramando todo junto; que con esto y callarle un poco, no dejará de acercarse á tiro pensando que su contrario le huye y no le osa responder ni aguardar por el miedo y espanto que le puso con su bramido.

Sol. ¿Y si estuviese el venado tan lejos del recelador que por la mucha distancia no quisiese venir?

Mon. En tal caso debe acercarse al venado con la

brevedad posible, procurando convidalle á que venga á él poniéndosele cerca; y sino fuese anochecido y todavía el venado no quisiese venir, siendo la tierra dispuesta para ello, podría el compañero entrarle á rececho en tanto que el recelador le entretiene con sus bramidos, porque lo mejor es no aguardar á tiralle de noche, pudiendo hacello de día.

Sol. Y si todavía con eso no se pudiese hacer de día, ¿qué orden para tiralle de noche? porque me paresce dificultoso.

Mon. El orden que para ello se tendrá, pues lo queréis saber tan de raíz, será procurar que á lo menos sea noche de luna, pues de otra suerte mal se podría ver á tirar, ni serviría el hallar la caza más que de saber do estaba para otro día de mañana; y haciendo luna conviene ir recelando de una querencia en otra por las cumbres más altas y puntales y acirates, porque mejor se oiga el bramido y porque en tales partes se suelen, más que en otras, hallar los majadales que guardan las reses en este tiempo, y llevando siempre el viento en el rostro porque no espante la caza; y siempre que deje el recelar debe estar con gran silencio, y más si hace viento recio que priva al cazador de poder oir á la caza cuando le responde; y á veces acontesce estar el venado tan cerca, que en oyendo el bramido es con el cazador, y más sino tiene ciervas; y por esto, sino estuviere muy advertido y atento y si la tierra es algo blanda, cuando no se cate, se hallará tan cerca de él, que no terná lugar de apercibirse para tirarle; mas ya que lo haya sentido, si llevare dos compañeros en lazo el uno al un lado y el otro al otro cincuenta pasos del que recela, y algo más dentro que él, puestos por este orden bajo del viento, en ninguna manera se le podrá tomar, ora venga derecho, ora arqueado, sin tropezar con uno de los dos lazos, do le podrán tirar.

Sol. Muy buena forma de tirar para de noche es esa;

mas querría yo saber si es cierto lo que oigo decir de los venados, que saltan á las ciervas enhiestándose sobre los postreros pies y sin llegar con los unos ni los otros á ellas.

Mon. Así es verdad; y aun es cosa digna de advertir el orden que se debe tener en tiralles cuando están en su estimadero ó trevegil, que así llaman aquella rehoya que ellos escogen para ayuntarse con las ciervas.

Sil. Tened por vuestra vida; no paséis de ahí, y recitaros hé una comparación que acerca de eso se trae en *Las lágrimas de Angélica*, donde veréis pintada muy al natural la batalla de un ciervo viejo, que vosotros llamáis madrigado, y un nuevo que pienso que llamáis alero ó husero, en su trevegil, tan al vivo, que meresce ser escuchada de los ingenios prósperos y elegantes como el del señor Solino y el vuestro.

Sol. Yo holgara mucho de ello, porque aunque la materia que trata el señor Montano es gustosa, todavía por ser tan semejante va cansando; mas será menester que nos digáis lo comparado, para que se guste más de la comparación.

Sil. Suponed que Flordespina, hija del Rey Marsirio de Zaragoza, enamorada de Medoro determina pasar al Oriente, y lleva en su compañía á Ricardeto hermano de Reinaldo, dejando despechado á Bernardo del Carpio, que entonces era su nuevo servidor, el cual sale de España buscándola y, pasando varias aventuras, llega á la India superior y un día yendo por una cañada abajo encuentra á Ricardeto con Flordespina y Doralice y Gridonia y Leonandra, cuatro damas hermosísimas por extremo, que iban á la Corte de la Reina Arsace. Vienen los dos enamorados á las manos; y después de haber peleado y llevar la mejor parte el español, métense las damas de por medio, y para que se deje la batalla es condición que Ricardeto se parta de las damas y Bernardo las acompañe; lo cual admite bien Flordespina porque no quería la compañía

del francés más que hasta llegar á la India, donde ya estaba. Vase desesperado Ricardeto, y á tal sazón hace el autor esta comparación, á mi parescer digna de otro más famoso y celebrado:

«Cual en el trevegil ó estimadero
Suelen juntarse con furioso celo
El ciervo madrigado y el alero
Con sus bramidos erizando el pelo,
Y con sus ganchos barrenando el cuero,
Y con su sangre matizando el suelo,
Cercándolos de ciervas la tarea,
Por quien más la victoria se desea.
Y después de haber mucho peleado,
Estando el uno y otro muy herido,
Con los ganchos y cuernos se han trabado
Sin conocerse entre ellos el vencido;
Mil vuelcos dan á un lado y otro lado,
Mostrando miedo y furia en el berrido,
Con espumosa lengua y boca abierta
Apellidando la victoria incierta.
Mas ya desque la una fuerza falta,
Y la otra en el coraje cresce y brío,
Y la una sangre más la tierra esmalta
Con fértil caño ó caudaloso río,
Y que á la frente más soberbia y alta
De la otra el corazón temblante y frío
Viene á rendirle la cerviz vencida,
Ó forzada ó dudosa, mas corrida.
Y que la escuadra de las hembras mueve
El paso á despartillos pavorosa
Ó por obligación que al macho debe,
Ó por su amor, ó por nascer piadosa,
El alero es forzoso que allí pruebe
La suerte lamentable y afrentosa
Con llanto, con sollozo y con gemido,
Á que huyendo se obligó el vencido.
Y tomando una cumbre ó su ladera,
Ó por lugares ásperos, desiertos,
Suelta la voz durable y lastimera
Imitando á las sombras de los muertos;

Á veces dolorosa, á veces fiera;
Á veces con acentos tan inciertos
Cual lleva el mar que entre sus ondas brama,
Ó el eco que entre riscos se derrama.
  Y sin sosiego, aquí y allí vagando,
Sin dar espacio á la comida ó sueño,
Á su clamor los aires retumbando,
Y turbando los cielos con su ceño,
Al fin la furia y el vigor menguando,
Se viene á parar laso y tan cenceño,
Que aunque con ciervas vea el menor venado
No puede acometelle de cansado.
  Tal iba el miserable Paladino
Hijo de Amón, que despojarse siente
Del rostro aragonés, y el granadino
Y de aquéllos del Norte y del Oriente.
Al tiempo que por medio del camino,
Vió venir un guerrero tan valiente,
Que si en sus fuerzas muy entero fuera
Con gran dificultad le resistiera (1).»

No quiero estorbar más la buena conversación del señor Montano, que según el gusto que yo llevo embelesado tras el buen espíritu del verso y la atención con que me escucháis, pienso que gastáramos todos de buena gana el resto del día en oir lo que le pasó á Ricardeto con el caballero que encontró, que debía ser el mayor enemigo que

(1) Profunda admiración y grande amor debió de tener el autor de estos *Diálogos* á Barahona de Soto, puesto que á toda guisa nos cita sus poesías; pero esta vez se lo hemos de agradecer muy de veras ya que nos proporciona cumplida prueba de lo que hasta ahora, sospechándolo, se dudaba, y es que el vate de Lucena hubiese escrito la parte segunda de *La Angélica;* porque el no figurar varios de estos personajes en la primera estampada en Granada, ni constar en sus páginas la larga tirada de versos arriba inserta, junto á las pequeñas variantes que en otro lugar hemos hecho notar, inducen á afirmar que tuvo á la vista un ejemplar manuscrito de las dos partes de *La Angélica*, cuya segunda ni por referencia se nombra en el tomo de poesías inéditas de Soto que existía en la Biblioteca del Conde del Aguila, en Sevilla.

tuvo en su vida, y hallábale en la peor.coyuntura de ella.

MON. Enamóranme tanto las cosas que me habéis recitado de ese autor, que diera lo que no puedo por acabar de oir ese canto. Las estancias os sé decir que dicen tan al vivo lo que pasa entre el ciervo amadrigado y el alero, que no quiero contároslo yo, porque me quita las esperanzas de decillo en prosa tan bien como en el verso. Pero volviendo á lo que antes decía, que es el orden que suele tenerse en tirar al venado cuando está en el trevegil con las ciervas; aunque me paresce será más á pelo deciros antes el orden que debe guardar el montero si los hallare peleando en tal batalla, cual esa que habéis contado.

SIL. Acordaos que vais con presupuesto de que van dos monteros, y el uno va bramando con la caña ó caracol.

MON. Digo que si el montero los siente de la suerte que decís, debe cesar de bramar porque no sirve el bramido de alguna cosa, pues ninguno de ellos ha de dejar al contrario que tiene delante por ir á buscar el otro que viene bramando, y podrían asombrarse ambos y dejar la pelea y sentir al cazador, y caminar cada cual por su parte. Y así, para remedio de todo, será lo mejor que el un compañero se quede y dejen la brama, y el más diestro vaya al lugar que están los dos venados peleando por la parte más oculta y sombrosa que hallare, entrando al tiempo que los dos están gancheándose y metidos en la brega; y si cesaren ellos, pararse y estar quedo hasta que vuelvan á la lucha, porque con esto están tan privados del oído, que no pueden oir el estruendo que él hiciere al entrar, y así podrá llegárseles á tiro; y si tirando se encubre, podrá suceder matarlos ambos uno en pos de otro.

SIL. Bien está. Contadnos agora cómo se suele poner el ciervo vencedor con las ciervas en el estimadero, después que está solo con ellas, cuando quiere que le sirvan de guarda.

Mon. En habiendo saltado á cualquiera de ellas, la pone en el lugar que á él le paresce más peligroso, así para que le advierta dę lo que sucediere, como para que si por allí le viene peligro encuentre primero con ella que lleguen á él; y cumpliendo con la segunda hace lo mismo y la pone en otra parte también sospechosa, y á la tercera y cuarta y las demás lleva por este orden, hasta que las pone todas en rueda, y entonces, seguro y puesto en medio, se acuesta y sosiega el tiempo que ha de estar en el trevegil descansando.

Sil. ¿Pues qué orden se tendrá en tiralle si está tan bien guardado?

Mon. Lo mejor sería aguardalle á que se levante, pues está en tanta quietud y sosiego, ó dejallo hasta otra mañana, y tendrá más seguro su negocio aprovechándose del sufrimiento, que dijimos que al montero le es tan necesario.

Sil. ¿Y sino queremos sino tiralle luego y no tirar á alguna de las ciervas que están en su guarda, porque hay necesidad de guardar las hembras para la propagación y aumento de las reses?

Mon. En tal caso váyanse los dos cazadores acercando al ciervo, y el que brama vaya detrás llamando al venado en desafío, que no dejará de salir de entre las ciervas, y en saliendo, pues ha de venir por la misma trocha que ellos van para responder al que le llama, le podrá tirar el que va delante.

Sil. ¿Y si por estar bien encamado y harto de las ciervas, no estima al que le llama y no quiere salir?

Mon. Írsele acercando tanto, que él no lo pueda sufrir viendo el atrevimiento del que le llama; y temiendo que las ciervas le han de tener por cobarde y dejalle, saldrá forzado y habrá efecto lo que habemos dicho, que cuando él no lo quisiese hacer, las ciervas saldrán cierto á recebir al que viene.

SOL. Bien estoy con ese orden; mas sepamos, si el venado no tiene ciervas, ¿saldrá al encuentro también al cazador que va bramando?

MON. Eso es lo más cierto, y más si el venado es alero y va vencido del madrigado, que pensando que el que viene no será tan fuerte como el que le venció y que trae ciervas, viene corriendo á él para quitárselas y es fácil de matar, así porque se le puede ganar el viento, como por ser él moderno y no de tanta expiriencia como los ciervos viejos.

SOL. ¡Trabajo tienen los nuevos! pues en todo les llevan tanta ventaja los viejos.

MON. Y aun otra cosa hay más: que si están dos ciervos juntos, uno amadrigado y otro alero, siempre el alero ha de pasar primero por los peligros, porque el otro le hace pasar por fuerza para asegurar el paso, como es por un collado raso, ó camino, ó trocha, ó senda trillada de gente.

SIL. Tiempo me paresce éste de la brama más acomodado que otro del año para matar mucha caza, porque no hay cosa con que más se cieguen los animales que còn los afectos, y no hay afecto, á mi parescer, mayor que el de los celos y amores.

MON. Acontesció á un famoso montero encontrar un día un venado con tres ciervas y ver venir otro con otras tantas, los cuales juntos en su pelea estuvieron tanto, que las ciervas vinieron á despartillos; el ballestero tiró al mayor de los venados y dió con él en tierra; el otro asombrado del golpe huyó, y engañado del eco del arcabuz, no sabiendo de la parte que le vino el daño, se le vino á las manos al tiempo que él había tornado á apercibirse, y derribólo también. Las ciervas revolvieron por una cañada arriba, y el cazador adelantándoseles les cogió lo alto de un collado por do habían de pasar y hízoles la seña, con que toda la tarea se paró, y apuntando á la guía, como sea

tan ordinario en parándose aquélla parar todas, adelantóse una á par de ella y derribólas de un golpe ambas: venturoso negocio fué éste y digno de que se tuviese cuenta con él.

SOL. Acerca de eso de la brama he oído que en Málaga tuvo un caballero un ciervo manso muchos años, que cada tiempo de brama se iba quince ó veinte días al monte á tener sus ayuntamientos con las ciervas, y después se volvía á la ciudad.

MON. Yo también he oído lo mismo; y añaden á eso que todas las veces que tocaban á rebato salía delante de los caballeros mostrándoles el camino para la parte donde los moros estaban; y habiendo hecho esto mucho tiempo, dicen que una vez le hirieron de un flechazo los enemigos, y aguardando á que se acabase la escaramuza, se volvió con su gente á la ciudad, donde murió de la herida.

SIL. Parésceme que no tenéis más que decir de la brama, y que sería bien que pasásedes á la ronca.

MON. En eso no hay otra cosa que decir de nuevo, fuera de lo que se ha dicho en la brama, sino que lo que en los venados se llama brama es en los gamos ronca, porque ellos suelen roncar con el celo; y así el montero debe, en lugar de bramar, roncar de una querencia á otra, tapándose con la una mano las narices y respirando con el aliento de la boca y de ellas hacia dentro, dando unos ronquidos apresurados y los más recios que pudiere; y dando asimismo con una paleta de madera en la cureña del arcabuz recio, imitando los golpes que ellos suelen darse con las palas de los cuernos riñendo.

SOL. No nos habéis dicho en qué tiempo se hace esa caza.

MON. Ésta y la de los venados siempre es de noche, ó á la mañana antes de amanecer, ó poco después de amanescido si hace niebla, y al tramontar del sol; aunque en las sierras de Gado me dicen que tienen su brama de día,

y de noche no paresce venado ni se oye, y sospecho que es la causa ser la tierra muy solitaria.

Sil. Paresce que todo eso que habéis dicho se entiende de los ciervos y gamos pues solamente tratastes de la brama y ronca, y no tratáis de los corzos.

Mon. Así es verdad; porque no debe ser tan furioso su celo, y tiénenlo en el mes de Julio ó fin de Agosto y principio de Setiembre, según la diferencia de las tierras en frialdad ó calor, que en las calientes será antes y en las frías después.

Sil. Pues bien: si ya tienen celo en este tiempo, ¿cómo no nos decís de qué suerte se han de matar?

Mon. Porque no se matan por razón del celo, como los venados y gamos, sino con otro género de caza que es la gamita, que es llamando á imitación de los hijuelos á las madres, que aun aquel tiempo no los han dejado, y á este sonido acuden los hijuelos y las madres y los corzos grandes que andan tras ellas, y puédense matar los unos ó los otros, lo cual trataré después en su lugar.

Sil. Pues decidnos ya qué es gamita y por qué se llama así, que no querríamos quedarnos con esta duda.

Mon. Gamita es un cierto balitido compuesto que remeda los tiernos hijuelos para traer con él á las madres á la muerte: éste suelen hacer los gamitos y corzuelos y enodios cuando son afligidos de algún animalejo que los persigue para hacelles mal, ó cuando tienen necesidad de amamantarse; y así luego las madres suelen acudir al socorro. El modo como se ha de fingir este gamitido y las diferencias y avisos de él, me paresce dejar para el día que tratemos de los instrumentos de la caza, porque allí tendrá su lugar propio y más fácil.

Sil. Decidnos ahora en qué tiempo se ha de usar de ese género de cazar, y en qué lugar.

Mon. Pláceme; sabed que esta caza se hace en el tiempo y lugar que las reses que decimos tienen sus partos y

crías nuevas, y por esto será más necesario deciros cuándo paren y dónde. Todas en general traen nueve meses de preñez, y las ciervas y gamos paren en las más partes de estos reinos en el mes de Mayo, y esto es en las tierras bajas y tempranas, que en las frescas como en las de Cuenca y Molina, paren en Junio; las corzas paren en las partes calientes por Marzo y en las frías por Mayo.

SIL. ¿En qué disposición de tierra?

MON. Ciervas y corzas más continuamente en la solana, porque allí tienen sus crías más enjutas y libres de humedad, y ordinariamente en las ásperas pedrizas vecinas del monte viejo, porque en esta parte áspera los animales que tienen por enemigos hallan menos sus hijuelos por serles dificultoso de sacallos de rastro más que si los tuvieran en parte húmeda y blanda, porque allí deja la caza más olor de sí que en la contraria; y también porque oyen menos el ruido de los enemigos que les entran á ofender, que forzosamente han de hacello entrando por la pedriza ó montaña, y para podellos mejor sacar de noche á amamantar á la parte rasa, como lo es la pedriza, sin trabajallos lidiando con el monte viejo donde los han de volver á esconder.

SOL. Pensando estoy qué orden tendrán en escondellos.

MON. Yo os lo diré. Dan dos ó tres ó más carreras por delante de ellos, dando muestras de huir como espantadas con gran ruido, cual lo suelen hacer cuando huyen de sus enemigos; y aun suelen de que pasan junto á ellos, dar un ronquido para atemorizallos de la manera que una mujer hace para espantar ó acallar un niño cuando llora, porque con este miedo se libren y escondan en las matas más espesas y cercanas como lo suelen hacer; y de que así los ve la madre, desvíase y pónese apartada de ellos conforme al tiempo que tienen, porque si son de cinco ó seis días, estánse cerca de ellos; y si son de diez ó doce,

desvíanse cuarenta ó cincuenta pasos; y si son de veinte ó de allí arriba, se apartan cien pasos de ellos, quizá por entender que no les cumple apartarse de ellos más distancia de aquélla que puede alcanzar su gamitido para llamallas al socorro.

SIL. ¿Y qué hacen después de habellos escondido?

MON. Danles muchas vueltas alderredor cruzando la querencia do los tienen escondidos, para que con el rastro de la madre se cieguen y escurezcan los que los hijuelos han hecho y cause confusión á sus enemigos, de modo que no los pueda hallar por el rastro; y aun dan muchos balidos recelando y amenazando las animalillas (1) de quien se teme la ofensa de sus hijos.

SIL. Paréceme que dijistes que las ciervas paren en la solana tan bien como las corzas; y es cosa bien fuera de la razón, porque las corzas pariendo en Marzo, que es tiempo frío, tienen razón de buscar la solana; pero las ciervas, pues paren desde Mayo á Junio, que ya es tiempo caliente, no sé qué razón haya para que busquen la solana.

MON. En suma os quiero responder á todo eso. Todas esas especies de animales no tienen un tiempo constante ni un lugar constante de parir, como os he dicho, porque las que aciertan á hallarse en tierra baja y caliente paren primero, y así cogen parte del tiempo frío; y las que alcanzan tierra alta y fría paren tarde y alcanzan tiempo caliente; y así digo en general, que buscan la disposición de la tierra templada con el tiempo. Si paren en tiempo frío, buscan las solanas; si paren en tiempo caliente, buscan la umbría; y así en las tierras bajas y calientes se han de buscar en la solana, porque paren en tiempo frío, y en las altas y frías se buscarán en la umbría, porque paren en tiempo caliente.

SIL. Bien habéis dicho; pero como dijistes que en las

(1) ¿Animalias?

tierras calientes donde se ha de buscar la caza en las solanas, no en todas las solanas se suele hallar, sino en las pedrizas cercanas á monte espeso más continuamente, también estáis obligado á decir en las tierras frías dónde se ha de hallar en las umbrías, ó en qué umbrías más continuamente y más cierta se hallará.

MON. En las dehesas boyales y en los cuartos de yerba guardados y menos combatidos de ganados y gente, y en aquéllas donde más durare la sombra.

SOL. ¿Habéis acabado esa duda? porque há rato que yo estoy engolfado en otra, aunque más se podría decir deseo de saber que duda, y es cerca de aquello que dijistes que las ciervas después que esconden sus enodios de la manera dicha, se apartan de ellos tantos pasos cuantos les parece que los pueden oir. Téngolas en esto por necias, pues confían más del oído que del ojo, que no debe ser de menospreciar, y que del olfato que en ella es, como dijistes, más eficaz.

MON. No las tengáis por tan torpes que se les olvide el olfato, á lo menos porque siempre se encaman debajo del viento, de tal modo, que siempre el que viene de ellos les dé en las narices, porque hacen cuenta que si sus enemigos hubieran de entrar por la parte del viento, no pueden por tenelle cogido ellas, y podránlos socorrer antes que sean sus hijos ofendidos; y si quisieren entrar por la parte del soviento, tampoco por haber primero de tropezar con ellas que con ellos. Si el viento se muda, hace la res la misma mudanza poniéndose todavía al soviento de los hijos, de modo que siempre tenga su viento en las narices.

SIL. Ahora será bien, después de eso que habéis dicho, que tratéis ya del modo de cazar esas reses en ese tiempo.

MON. Comenzamos la gamita ó su caza á ocho días ó diez después que se entiende que han parido, hasta haber pasado dos meses.

Sil. ¿Por qué aquellos ocho días después del parto, y por qué no más de dos meses después?

Mon. Porque, como dije, aquellos días suelen las reses estarse con las crías sin apartarse de ellas por no ser de edad para dejallas; y ansí, aunque las gamiteen, no salen pues tienen consigo sus hijos; y después de dos meses, porque ya como ellos son grandes pueden andar siempre cabe ellas y correr si se ofresciere; y así tampoco se apartan de ellos.

Sil. ¿Pues por qué los dejan en ese medio tiempo?

Mon. Porque si se les ofresciere huir no les hallen los hijos en el lugar que á ellas las hallaron, pues por fuerza los han de desamparar y ellos no son de edad para huir.

Sol. Holgaría yo de saber si á esas reses se les ofresciere que, cuando ellas están en guarda de sus hijuelos, algún animalejo les viniese á ofender, ¿qué hacen para defendellos?

Mon. Si la res fuere tan valiente que pueda pelear con él á coces y manotazos y bocados, se los defiende; mas si es tal que ella no puede valerse con él, pasa con mucha furia por cima una y otra vez, hasta incitalle á que deje los hijos y la siga á ella, para que en este tiempo los hijos se escondan y ella con su ligereza se escape, pues le será más posible que á sus hijuelos.

Sil. ¿Y á qué hora se les podría gamitar que más presto acudiesen, porque no siempre á todas horas será bien hacello?

Mon. De día, de las diez arriba cuando el sol sube y hasta que el sol torna á bajar y va tramontando, que es cuando se levantan las madres á merendar, porque si más de mañana lo hiciere, muchas dejará de sacar porque en este tiempo que la caza está parida se detiene, como os dije, mucho en encerrar por la mañana, y son las nueve del día ó poco menos cuando se van á encerrar; y estonces también esconden sus hijuelos, pues como dije, no se

encaman con ellos, que el resto de la mañana traen consigo, y así no saldrán á la gamita, y más si la mañana es nublada.

Sil. Preceptos generales nos habéis dado en esto de la gamita provechosos para el que quisiere usar este género de caza. Decended á cómo se ha de cazar en particular.

Sol. Decidnos cómo se ha de entrar y por qué orden á esa especie de caza que llamáis gamita.

Mon. Conviene que el montero lleve siempre el viento en el rostro y reconozca la tierra y la disposición de la querencia do, conforme á lo que atrás dijimos, sospecha que ha de estar la caza parida, y con esto verá poco más ó menos dónde le ha de venir á salir la res; y él debe ponerse á gamitarle en tal parte, que aunque venga arqueándose como suele ser, le cueste tanto trabajo y rodeo á la res para tomarle el viento á él, que le ponga pereza de hacello y huelgue de venir derecha á la gamita, por necesidad que le oprima la dificultad del rodeo que para tomarle el viento há menester; y para que más la necesite, no se ponga á gamitar cerca de aquella parte donde ha conoscido que está parida, sino tanto distante cuanto entendiere que se alcanza el gamitido; y éste es primor bien importante, porque habiendo largo trecho de la parte donde está á do la llaman, parte con mayor furia pensando que algún animal maltrata sus hijos y llega con menos aliento, y así no tiene lugar de conoscer si el gamitido es falso ó verdadero, aunque para esto sería bien dar cinco ó seis gritos recios y apresurados hasta hacella partir de la querencia; y después viéndola venir, ir gamitando más despacio porque no se apresure tanto ni desconozca el gamitido. Servirá también el llamalla recio en los primeros gamitidos de desatentalla y turballa de suerte, que no se acuerde de sus hijos que deja atrás, entendiendo que el que llama está en estrecha necesidad; y desque lle-

gue al medio del camino conviene halagalla y ponella en sosiego con gamitarle quedito y blandamente, dándole á entender que ya gamita el hijuelo más por mamar que por estar oprimido de otra necesidad más urgente; y así le hará acercarse al tiro que quisiere teniendo advertencia que nunca cese el gamitar, porque se le tornará atrás si le da lugar para acordarse de los hijos que deja escondidos; y así vuelve la cabeza atrás de cuando en cuando, cuando parte de sus hijos.

Sil. ¿Hay alguna advertencia que se deba guardar al principio, antes que comience á gamitar?

Mon. En el principio es bien que escoja una mata espesa ó árbol do se arrime de espaldas; y sino la hubiere, y estuviere en campo raso, será bien llevar cubierta la cara con una rama verde ó llevar algunas ramillas puestas en la montera, y el arcabuz en la cara, así para cubrirse el rostro por no ser conoscido, como para estar apercibido para cuando sea necesario, y así ha de ponerse en parte á do la vea venir muy bien.

Sil. Y si estas reses estuvieran en parte tan ancha que puedan venir por los lados como por delante, ¿qué forma habrá de matarlas?

Mon. Para eso han de ser dos compañeros, y el que no gamitare póngase á cuarenta ó cincuenta pasos á un lado del que gamita, y algo más dentro, casi otros tantos pasos como dije en lo de la brama, para que ya que no salga al de la gamita, á lo menos no deje de tropezar con el lazo, que el viento le dirá á cuál de los dos lados se ha de poner.

Sol. Sepamos, si el ballestero ó cazador errase una res, ¿habría orden cómo tornalle á tirar segunda vez?

Mon. Sí por cierto. Dejándola sosegar y olvidar de aquel tiro del arcabuz, y tornándole á gamitar á la tarde si á la mañana la erró; y si á la tarde, otra mañana, que no dejará de tornarla á sacar, porque puede tanto el amor

de sus hijos, que aunque vea claro el peligro huelga de arriscar la vida á trueque de socorrellos; y á la segunda vez que la gamite no sea en la misma parte donde la erró ni con la misma gamita, ó á lo menos sea con diferente tono de gamitar, y procure hacerlo en día que haga sol y no nublado ni lluvioso por el inconveniente que os dije, de que tiene más torpe el sentido en día claro que en nubloso, y así tendrá menos memoria; y aun en este tiempo se suele tan bien sacar el corzo, como la hembra parida.

Sil. Ese es un secreto que yo nunca le he podido entender y es para mí cosa bien peregrina, y le dejastes apuntado antes en la brama, porque dijistes si me acuerdo bien, que no se mataban por el estilo que se guarda en la brama, aunque tienen celo, sino por la gamita.

Mon. Así es verdad. Y para esto, entended que en dos tiempos se pueden matar los corzos y ambos con la gamita; uno en este tiempo de la gamita que tenemos entre manos, al cual salen, aunque pocas veces, porque los que deben salir han de ser hembras, pues ellas son llamadas de sus hijuelos y no ellos; y otro en tiempo de la brama, en que salen todos los machos á la gamita sin diferencia, pues ellos son entonces llamados más en aquel tiempo que en éste.

Sil. Decidnos la causa, si la sospecháis, por qué en tiempo de gamita sale el corzo al gamitido, pues no suele salir á eso el gamo ni el venado.

Mon. Yo sospecho que acordándose el corzo de [que] aquella hembra con quien tuvo sus ayuntamientos parió aquel corcino que gamita, sale á favorecelle tan bien como pudiera salir la madre.

Sil. ¿Pues cómo no pasa eso en el gamo y venado? ¿Por ventura tienen menos memoria ó instinto para no acordarse de que el gamito y el enodio fueron paridos de la gama y cierva con quien ellos tuvieron sus ayuntamien-

tos, ó son más desagradecidos para no socorrer los que conoscen por hijos?

Mon. Antes pienso yo que el gamo y ciervo no salen porque tienen mejor instinto y más discreto, aunque el gamo á veces suele salir acompañando las gamas, porque yo no tengo certeza de que salga al gamitido; y el ciervo quizá no sale porque entiende que el gamitido no le llama á él, ó porque en aquel tiempo suele estar, como dijimos, despojado de sus cuernos y no osa parescer, ó los tiene tan tiernos que no se puede aprovechar de ellos. Finalmente, lo que yo osaré afirmar es lo que tengo de experiencia; las causas buscadlas vos, que á mí me son ocultas.

Sil. Pasemos con eso adelante, y decidnos por qué salen los corzos en tiempo de su celo al gamitido.

Mon. Porque á ese tiempo aún se traen las corzas tras sí los corcinos, y los corzos grandes al gamitido del corcino acuden porque saben que allí do el corcino gamitea han de hallar la madre, y á ganchazos los echan de aquel lugar y los hacen andar retirados de la madre cuarenta ó cincuenta pasos; y la madre también acude al gamitido entendiendo que alguien le maltrata al hijo, y así suele salir el corzo que está en compañía de la corza juntamente al socorro del hijo.

Sol. Una duda se ofresce acerca de eso, y es ¿por qué, pues en tiempo de su celo sale la corza y con ella el corzo al gamitido del hijo, no sale también la gama y la corza al gamitido de los suyos, ya que os disculpéis con que no salen el ciervo y gamo, pues á lo menos las madres deben en todo tiempo acudir á sus hijos?

Mon. Porque cuando chiquitos, como lo son en tiempo de la gamita, los enodios y gamitos tienen el mismo chillido que los corcinos y no se diferencian, y así las madres salen á esta voz como general llanto de sus hijos; mas al tiempo de la brama ya el gamito y el enodio han

mudado la voz, y solamente se quedó con ella el corcino, y por esto no acuden ciervas ni gamas á aquel sonido, que ya saben que no puede ser de sus hijos.

Sil. Holgaría de saber cuántos de esos animalejos paren esas reses, porque cierto es de importancia para entender la propagación y aumento de ellos, pues siendo tan perseguidos, naturaleza como discreta, proveería en que los partos suplan su especie.

Mon. Paresce que en eso proveyó según lo que vido que era necesario, porque como dió más discreto instinto á los ciervos y gamos, entendió que se guardarían mejor y que morirían menos, y fué necesario que pariesen menos para su conservación, y así paren cada sendos no más; y como los corzos son de menos instinto y mueren más fácilmente, quiso restaurallos con que pare siempre la corza dos juntos; y así con todo eso hay más ciervos que corzos, porque también con su mucha resistencia se defienden mejor y no todos animales les pueden matar los hijos; y al corzo muchos más, pues los que en fuerza no llegan al venado, sobrepujan con mucha distancia á los corzos.

LIBRO SEXTO

DE LA MONTERÍA.

LOS MISMOS INTERLOCUTORES.

SOL. Huelgo mucho con la buena venida del señor Montano, porque nos podrá en breve sacar desta dubda.

MON. Sí haré por cierto, si en breve me decís sobre qué se disputa con tanta vehemencia.

SIL. Sobre una cosa muy clara á mi parecer; porque dice el señor Solino que esta noche soñó que iba á caza por entre unos pinares altos y vacíos en lo bajo de monte espeso, y á trechos grandes pimpodas, cuales son los que por acá llamamos pinares huecos, y que después cuando recordó se paró á pensar con cuál género de cazar había de aprovecharse de las reses, y imagina que no puede ir á rececho por la mala disposición de la tierra, pues no halla de dónde pueda hacer atalaya para ver la caza segura, ni allí se puede aprovechar de las delicadezas de los redrovientos que habéis tratado, ni de las reglas que dais para tomar los trigos, yezgares, y salegas y bañaderos, ni entiende qué es tierra dispuesta para que las reses tengan allí sus crías, pues dijistes que las tienen á las salidas de los montes y entrada de pedrizas, participando de todo, ó en las dehesas boyales y lo demás que dijistes, y así no se podrá aprovechar de las reglas dadas para la gamita.

SOL. Sobre esto es nuestra disputa; y de lo dicho colijo que habéis procedido diminutamente, como dicen los

lógicos, pues hay tierra donde no se puede cazar con las reglas que habéis dado. El señor Silvano, como tanto vuestro apasionado, defiéndese con no sé qué razones mal soñadas, y hemos gastado en esto casi toda la mañana.

MON. Si se puede cazar esa disposición de tierra con esos géneros de caza ó no, quédese al presente que no quiero juzgar en favor de alguno de los dos porque no se ensoberbezca; mas sabed que nos quedan otras especies de caza por tratar, y así no es justo que me condenéis tan presto; y trataré al presente de la que más conviene para esa disposición de tierra que decís.

SOL. Con eso quedaremos ambos satisfechos, porque como yo sepa el orden que tengo de tener para matar la caza en esta tierra, no quiero saber si en la disputa fuí vencedor ó vencido.

MON. Pues entended que hay una especie de caza que llamamos á ojeo, porque solemos parar algunos lazos en las partes por do entendemos que ha de salir la caza de esas partes espesas y tan ocultas, que no podemos espulgallas con los ojos, ni paseallas con la seguridad que conviene; y después entrar por ellas no dando voces, mas haciendo estruendo tal, que baste á asombrar las reses para que se le vayan á las manos á los cazadores que están puestos por lazos.

SOL. Mal orden de cazar es ese para pobres, porque será menester cercar todo un monte con cien hombres, y que entren otros tantos por medio ojeando la caza.

MON. Engañáisos, que con tres ó cuatro hombres hay harto, y es muy común y fácil juntarse tantos cazadores amigos.

SOL. Pues ¿cómo pueden esos cercar todo el monte, y entrar por medio, y más si es grande y espeso y cubierto?

MON. Á los que tenemos conocimiento ya de la caza nos es cosa fácil, porque las reses como se rigen por ins-

tinto natural y no por razón, no eligen tan libremente como pensáis los caminos por donde han de ir; antes paresce que se los tiene enseñados tan por orden la naturaleza, que si una res estaba ayer aquí y huyó por esta senda ó viaje y hoy y mañana halláis otra y otra, siempre las veréis tomar el mismo paso, porque aquél es acomodado y sin pensar dan en el que peor les está siempre, que apenas de ciento saldrá una descaminada; y los monteros tenemos ya tan conocidas en esto sus intenciones, que en llegando al monte sabemos dos ó tres partes por do pueden salir, hacia el levante, ó norte, ó mediodía, y poniendo allí los compañeros y ojeándolas de la parte contraria, por fuerza han de ir donde queremos.

Sil. Muy bien me parece esa especie de caza y muy gustosa: decidnos por vuestra vida más en particular, cómo se han de poner los compañeros en las paranzas, y cómo ha de entrar el que fuere ojeando.

Mon. Hase de escoger las paranzas más cercanas al lugar do está la res y que más parece que toma el paso para la querencia de aquella res, si se puede sospechar, porque es cierto que ellas suelen huir á guarecerse al lugar do han vivido quietas y seguras, y disponer los compañeros en tales distancias cuales convienen para que abracen todo aquel trecho por do se entiende que la res ha de tomar el viaje; y después que el montero entienda que sus compañeros están puestos do conviene, ha de entrar él por medio con su sabueso de traílla.

Sol. ¿Cómo se conocerán esos pasos que decís que suele tomar la caza para que sepamos poner allí los compañeros?

Mon. Eso no se puede saber sino por experiencia, porque diferentemente se toman en cada disposición de tierra, y para esto es menester que á lo menos uno de los cazadores sea antiguo en la tierra y la conozca para saber conocer los pasos, y después desto débese considerar que

la res huirá por el paso que estuviere más cercano á la punta del viento.

SIL. Ahora proseguid con decir lo que ha de hacer el que va atraillando.

MON. Siempre se le debe dar este cargo al más diestro, el cual debe ir por el rastro con su sabueso hasta llevar la caza á los pasos do tiene los compañeros; y si yendo atraillando viere ó sintiere por el ruido que la res se inclina á salírsele por el un lado del ojeo, deje el rastro y apresúrese por aquella parte que ha hecho muestra de salir, procurando enderezalla; y sino pudiere por salir muy recia, déjela ir y concluya su ojeo, que por ventura topará más caza en él, pues éste será menor inconveniente que asombralla, si ve que no la puede traer do pretende.

SIL. Paréceme que en el disponer los compañeros del ojeador habéis tenido poco cuidado, pues no los advertís del aviso que han de tener en guardarse del viento que decís que es tan importante en todo género de caza, porque los podríades poner en la parte de do corre el viento y cargárselo á la res en las narices, de suerte que ella escoja antes, volver hacia el ojeador ó desviarse por uno de los lados, que ir á pasar por do el viento le da noticia que tiene enemigos.

MON. Tenéis razón, y el orden que en eso se ha de guardar mejor es ponellos al soviento, si fuese posible; pero tengo por dificultoso hacer que la res vaya huyendo cola á viento, y así lo más seguro será ponellos á medio viento y no de suerte que la res lleve el viento en el rostro; y si lo llevare, que los cazadores estén á medio viento para que el viento no le dé noticia de ellos; y el más diestro, como dije, después del ojeador, debe ponerse en la punta del viento porque es el lugar que la res ha de seguir más propiamente, y debe tenerse cuenta de tirarle el montero antes que empareje con él porque no le tome el viento.

SIL. ¿Y si la res va recia, y no se le puede tirar tan en breve?

MON. Si fuere cierva ó ciervo ó gamo, gemirle, y si corzo, silbarle; advirtiendo que si el puesto está donde no se pueda ver la caza, se mejoren á parte donde antes que llegue la vean, y así pararse há la res y podrásele tirar.

SIL. ¿Y si la tierra fuese tan acosada de ballesteros ó cazadores que no bastase gemir ni silbar, antes se asombrase más la res?

MON. Ya esto queda dicho en los avisos generales y no es bien que me lo preguntéis tantas veces: que el montero ha de saber lo que más convenga, ó si será mejor un tosido ó un ronquido ó otra seña menos conocida; y también se entiende, por lo que tengo dicho, que si el que aguarda fuere uno solo, se ha de poner en la parte que dijimos que se debe poner el mejor, que es en la punta del viento.

SIL. Y no habéis dicho de qué suerte se ha de poner cualquiera de esos que aguardan.

MON. También se puede colegir de lo dicho que se ha de poner arrimado á algún árbol ó mata, como dijimos ya del cechero, pues también ha de procurar de encubrirse cuanto pueda para no ser visto de la caza á donde le conviene estar muy quedo y atento sin hacer bullicio, y más si la tierra es blanda ó el día ventoso que suele venir la caza tan secreta, que el cazador no la ve ni la siente hasta que está con él, por lo cual debe estar sosegado, como digo, para no espantalla; y si viere que no sale derecha, mejorarse al paso que mejor le parezca que sale; y si antes que con él empareje no pudiere tirarle por salir muy desvariada, en pasando de él debe seguilla con ligereza, que si hay traspuesta muchas veces se le podrá adelantar y aguardalla en otro paso; y sino pudiere aprovecharse de ella dentro de tiro, no la espante, que ya podría hacer otro día lo que aquél no pudo.

SIL. Y si el día fuese tan calmo que no corriese aire ó viento alguno, como suele acontecer en los del estío, ¿qué orden habría de montear?

MON. En ese tiempo es más fácil, habiendo visto ó sentido en qué querencia está la res, mirar qué otro lugar hay más cercano y acomodado para irse, porque siempre es amiga de huir á la querencia porque entiende defenderse allí mejor de sus enemigos, por lo cual más fácilmente la llevará no teniendo aire ó viento que la avise, por correr el tiempo calmo; y ansí los monteros podrán ir á ponerse á los puestos sin recelo, aunque esto se entiende si es una ladera do la tierra es recogida tanto, que la caza no puede salir sino de largo á largo de ella.

SOL. Y si esa tierra fuese larga y abierta, y que tuviese muchas querencias en su comarca, tanto que el montero no pueda determinar á cuál irá de mejor gana, ¿qué orden habría de aguardar?

MON. Armarle con los compañeros lo más cerca que pudiere y secreto, y si fuesen ellos tres ó cuatro arcabuceros sería mejor, y ponerse en las distancias, de suerte que cerquen la querencia do está, pues no han de ir á aguardalla en otra.

SIL. Y si aconteciese no llevar sabueso, porque me parece que en todo lo dicho se entiende que el ojeador lo lleva, ¿qué orden se debe guardar para que la caza no se quede rezagada?

MON. Llevando una honda con que tirar piedras, sin dar voces ni aun hablar palabra; porque haciendo lo contrario, en lugar de levantar la caza la hace remagarse y asegurarse más algunas veces, y otras tornarse atrás, porque ya sospecha que el cazador su enemigo no suele venir hablando, mas secreto y callando; por lo cual entiende que es otra gente del campo, que acaso pasa por allí. Por tanto, conviene ir haciendo ruido sin hablar, porque de oir ruido y no ver quien lo hace, mete la caza en temor y sos-

pecha, y entiende que son sus enemigos que vienen sobre ella, y surte luego sin más esperar. Y no vaya derecho ojeando, sino arando la tierra como quien va buscando liebres, porque yendo derecho y siendo ancha la tierra, muchas veces la dejará en las orillas, y otras surtirá por un lado; y el ruido que fuere haciendo no sea mucho, ni á menudo, sino de cuando en cuando, y vaya quedo, porque no haciéndolo así apretará mucho la caza, poniéndole demasiado temor y sobresalto, por lo cual irá á los puestos tan recia, que los monteros que la están esperando no puedan tirarle porque no se les parará, aunque más señas le hagan; pero como la eche quedo el montero, terná lugar de apercibirse, lo que no hará saliendo recia, y asimismo de mejorarse, no saliendo derecha al paso do la está aguardando, como suele.

Sol. Sepamos, señor Montano: y si por necesidad se hallase un montero solo en tal tierra como esa y quisiese cazar, ó por ser codicioso y querer toda la caza para sí, ¿no daríades orden como sin compañeros cazase á ojeo, pues de cuatro compañeros los redujistes á tres y á dos?

Mon. No por cierto, porque á lo menos ha de haber uno que aguarde y otro que ojee.

Sil. Luego ya este montero solo no podría aprovecharse de especie alguna de caza, pues por la disposición de la tierra no puede de las primeras, y por la falta de compañeros no puede de ésta.

Mon. Podrá por otra forma que hay que llamamos de resalto, llevando sólo un sabueso consigo; y así no le faltará astucia con que matar la caza de cualquier suerte que vaya prevenido, pues á todo se extiende la astucia y arte humana.

Sil. No paséis adelante, por vuestra vida, sino decidnos qué quiere decir cazar á resalto y por qué orden se debe hacer, que no debe ser menos ingenioso estilo de montear ese que los demás.

MON. Solemos ir á veces monteando solos con un sabueso de traílla, y cuando llegamos á aquella parte por do entendemos que hay querencia bien dispuesta y que puede estar ocupada, echámosle al sabueso todo el golpe del viento de la querencia en las narices, y alargando la cuerda, vámosle siguiendo; el sabueso al principio va poco á poco tomando el viento de la res, si la hay, y mientras más va entrando, como le coge la noticia de la caza más en lleno, vase acodiciando hasta meternos con la res; y si él es tan secreto que lo hace sin asombrarla ni dalle noticia de sí, podémosle tirar; pero las más veces suele la res espantarse y saltar con ligereza y asombro de la cama y huir seis ó siete pasos, y luego repararse y volver á mirar á quien la asombró, y para esta sazón en que ella se repara ha de estar apercibido el tirador y encarado, de suerte que el pararse y volver la cara y tiralle sea todo junto; y esto llamamos tiralle y montealla á resalto, tomando el nombre de lo que más ordinariamente acontece, que es saltar la res asombrada, y en sosegándose, morir á nuestras manos.

SOL. Donosa manera de montería es esa; y sino se lleva sabueso, ¿puédese también buscar por ese orden? porque no parece que es de esencia de la caza de resalto llevar perro, pues sólo está en asombralla y en tiralle al tiempo que se quiere certificar de su asombro.

MON. Muy bien se puede hacer sin perro, pues se puede el cazador ir guiando por la uña ó huelliga, que también llamamos rastro, hasta llegar á parte do la pueda ver, y aquí veréis que muchas veces al que va cazando á rececho le sucede matar la res á resalto si por ventura se le asombró; y al que va á cazar á resalto le sucede matalla á rececho, si supo tomarle tan bien el viento y vista y oído, que llegue á tiro sin ser sentido de ella.

SIL. Cosa notable es entender que siempre la res después de asombrada, se repara para ver quién es el que la sigue.

MON. Eso sábese ya de experiencia, porque no se quiere cansar en vano; antes si ve que es algún animalejo el que la asombró de quien no se deba hacer caso, se torna á encamar, y aun si es algún pastor, vaquero, ó caminante ó leñador de los que suelen trabajar por el monte, porque bien entiende que aquél no es su enemigo ni la va á buscar; y algunas veces solemos engañalla cuando vemos que nos conoció y no quiere repararse, con vestirnos con ropas de algún pastor de los de la comarca que ella conoce por habelle visto muchas veces, y volverla á buscar, y aguárdanos muy sin miedo, y asegúrase de suerte que la podemos matar con facilidad.

SOL. ¿Pues qué estilo se debe guardar en entrar á resalto?

MON. Tener cuenta con entrar por el soviento ó sus lados, de suerte que no tome el viento del cazador, porque si ella le toma, es cierto que al saltar huirá más de quinientos pasos sin pararse. Y hase de tener aviso en viéndola saltar de entrar presto tras de ella con el arcabuz apercibido para que, aunque se venga á reparar lejos de do se levantó, se halle el cazador cerca de ella, dentro de tiro, porque si se estuviese quedo, podría ella retirarse en parte donde no se le pudiese tirar, ó por estar lejos, ó cubierta en algún vallejo ó cumbre.

SIL. ¿Y sino quisiese repararse voluntariamente y se fuese poco á poco?

MON. Hágale una seña; y sino lo oyere, háblele recio de modo que lo oiga, porque yendo recia se suele privar á sí misma del oído con el ruido de sus pies.

SIL. ¿Y si con todo eso no le puede tirar, por qué se viene á reparar lejos?

MON. Ahora le tire y le hiera, ahora no le tire por cualquiera de esos inconvenientes, no la tiene de dejar, sino seguilla de traílla por el rastro hasta vella entrar en otra querencia; y sea después de un rato, porque la caza

va volviendo la cabeza atrás por un gran espacio si se asombró de veras, ó por habelle tirado, ó por haber conocido al cazador, y si lo sintiese venir huirá más y no parará, y con este aviso será posible tornar á tiralle otra vez aunque vaya, como digo, asombrada.

SIL. ¿Y si ella va tan escarmentada que sospecha que no la podrá hallar aquel día descuidada?

MON. Aguije por la traspuesta más cercana que hubiere en la comarca, y procure adelantarla y tomarle el viaje en el más cercano paso que se le ofreciere, evitando los inconvenientes atrás dichos acerca de dejarle emparejar, sin hollarle el paso porque no torne á huir de él; y si como es una res fuera tarea de ellas, tire siempre á la guía, porque las demás quedarán sin cabeza, y estará en aventura de matar otra como está dicho.

SIL. Muy gentil forma es ésta y tan buena como la pasada, y satisfáceme mucho aquello que dijistes que después de asombrada una res, suelen los cazadores disfrazarse en otro hábito para engañalla.

MON. Eso es muy común, y sin disfrazarse ir arreando recio como arriero, ó hablando como pastor, ó dando golpes en los árboles y matas como leñador; y sin esto se suelen llevar los cazadores un cencerrillo en la faltriquera y hacer señal con él, parándose después de ser vistos; y de aquí se hizo otra especie de montería que llaman del cencerrillo.

SIL. ¿De manera que esa no se suele hacer sino después de ser visto el montero de la caza para asegurar la? Decidnos en suma cómo ha de proceder.

MON. En siendo el cazador visto, se ha de parar abajando la cabeza y cubriéndola en alguna mata cercana ó disfrazándola de la mejor suerte que pudiere, y comenzará á tañer con sonido apacible de la suerte que lo suele hacer una res, apercibiendo entre tanto el arcabuz; y teniendo cuenta con el viento, irse metiendo por debajo de él á

ojo de ella, tocando y acercándose poco á poco, como que se va de paso, yendo quebrado y la cabeza baja sin mostrar la cara, mostrando que es algún animal de los que pasan por allí, teniendo cuenta también con tiralle antes que empareje con el hilo del viento, porque no la desengañe.

SIL. Todavía me parece ese modo de cazar más socorrido que los demás, porque en esotros, después de haber errado la res no la seguimos más; y en ese parece que antes se pretende seguir las que están más avisadas. Y así se podrá, á mi parecer, matar más caza que en otras especies y con menos trabajo, por el disimulado engaño con que la mata.

MON. Con poco trabajo se mata la vez que succede bien; pero menos caza se mata en esta suerte de montear que á rececho y ojeo y resalto, porque al fin se va á ojo de la caza, y es difícil cosa engañarla.

SIL. ¿Cómo no hicistes comparación de esa caza á la de los trigos, salegas y yezgares, pues ya puede ser que allí se cace menos?

MON. Porque es diferente, pues agora vamos tratando de las formas de caza en especie, y esas cazas tómanse del lugar su diferencia; mas pues me lo habéis acordado, entended que de las cazas que se toman y diferencian del lugar, ninguna hay do más caza muera que es en las nieves.

SIL. ¿Y cómo no nos distes noticia de esa montería, que no podrá dejar de ser galana?

MON. Porque se diferencia de las otras en poco, mas no se ha pasado la ocasión y podráse decir ahora. Súelese hacer cuando hay un palmo ó de ahí arriba de nieve helada, y búscase la caza en las querencias más adornadas de monte viejo, que es lo que ella en tal sazón pretende por estar en tierra cubierta; han de ser los cazadores á lo menos dos, ó tres para mejor, aunque también puede cazar uno solo con cuatro ó cinco perros, de los cuales el uno sea

sabueso y los demás de cualquiera especie de perros de caza; y á falta, bastarían dos como el uno fuese sabueso encarnado.

SOL. ¿Qué quiere decir encarnado?

MON. Que esté ya diestro y cebado dos ó tres veces en carne de las reses porque las busque con más codicia, y deben seguillas por el rastro; y en lo que toca al atraillar y ponerse en los puestos, no hay diferencia de lo que dijimos de la caza del ojeo, salvo que siempre los compañeros que aguardan han de tomar los puestos en lo bajo de la nieve, porque como se desjarretan las reses sus pezuñas en la nieve, no pueden huir por altos ni laderas; y procuren tomar las paranzas bajas más que las llanas, y así se escaparán pocas; y esto es causa de que muera en tal tierra más caza, y en tal tiempo que en otro.

SIL. Es gentil manera de montería, y más porque siempre se hace de día y no de noche, como la brama y otras suertes que hay.

SOL. No debe haber muchas suertes de caza después de éstas que el señor Montano nos ha contado.

SIL. Yo sé una que él no ha tocado en ella y la escribe Jenofón, y aun casi todos los autores que tratan de esto, que es la de redes.

SOL. También yo me acuerdo que hemos tratado de eso declarando aquella copla de la fábula de Acteón, que dice:

«Quál varias redes tendía,
Quál las guardas ordenaba,
Quál los estorbos desvía,
Y quál bien consideraba
Por dónde pasar podría.

Y no hay que dudar sino que esa es caza para Príncipes poderosos y Reyes, y por eso tengo poca gana de sabella, pues no tengo esperanza de aprovecharme de ella.

MON. Tampoco la pienso yo decir, pues mi intención

es tratar de las cazas de nuestra tierra y de los animales comunes en ella; mas en su lugar os diré dos maneras de cazar con lazos, con las cuales concluiremos por ahora, reservando para la tarde otra más larga y famosa, que es la del caballo de cabestrillo.

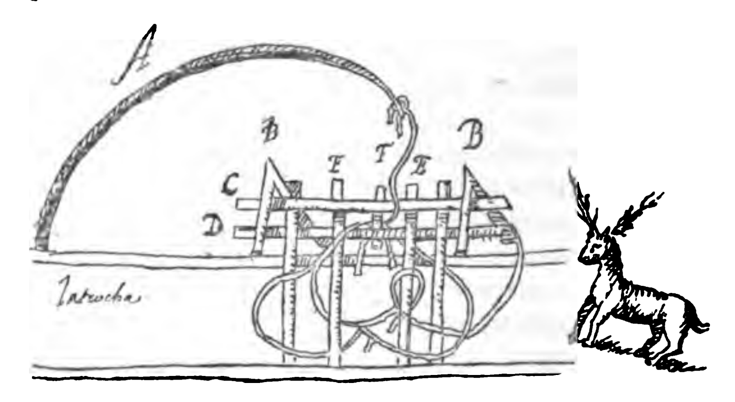
SIL. Paréceme bien, porque todas las maneras de cazar que habéis dicho son de suerte que cuestan trabajo, y será bien dar algunas que tengan más alivio, como esas que decís de los lazos.

MON. La primera de ellas se llama alzapié: suélese armar do quiera que haya trochas por do suelen pasar las reses, así como en las aguas, trigos y yezgares y todas las demás partes por do se entienda que la caza puede pasar: y hácese hincando en el suelo dos estacas grandes con sus garabatos al cabo de arriba, que vengan á estar descubiertos sobre la tierra hasta una mano ó poco más, y apartadas la una de la otra por espacio de un xeme, y las horquillas de estos garabatos han de estar á la parte de arriba y ambas hacia un lado, y por debajo de las vueltas de los garabatos se atraviesan dos palillos en medio y tan recios y gordos como el dedo; y otros cinco ó seis más delgados por tientos puestos sobre uno, que vengan á atravesar la trocha por do la caza ha de pasar, y á la distancia que le pareciese ser bastante á alcanzar un varejón tan gordo como la muñeca, de la misma traza que si fuera para tejuela de raposas, el cual esté en el suelo hincado por lo más grueso de él, y éste venga cimbrando; y atado al cabo de arriba un lazo de hilo recio ó cordel fuerte tan gordo como el menor dedo de la mano; y cerca del lazo un palillo atravesado al hilo con un ñudo, y éste encaje por entre dos que vienen por bajo de los garabatos, porque ha de ser el desarmador del lazo, el cual estará tendido sobre los tientos que cruzan la trocha; y parado por este orden póngasele unos cantos ó ramos del monte por los lados, porque más necesidad les obligue á pasar por los

lazos, sobre el cual echará alguna hoja con que se cubra, que cualquiera res que al agua llegare ó á las partes do el alzapié está armado, meterá las manos ó pies dentro y el pecho, y desarmándola la levantará y terná colgada viva en el aire hasta que el cazador la quite.

Sil. Difícil ha de ser eso de entender, sino os declaráis más particularmente poniendo todo eso pintado, por ejemplo.

Mon. No querría ser molesto por largo, ni obscuro por breve; mas comprended con el ingenio esta figura:



Contemplad bien esta figura y acordaos de lo dicho: y

imaginad que estos dos palos hechos de esta figura 

corvada sobre que tengo puestas las dos *B*, *B*, son las estacas fuertes que han de estar hincadas en tierra para sustento de la fuerza del varejón principal que tengo señalado con la letra *A*, y que los dos palos que están atravesados por las estacas, que yo tengo señalados con las *C D*, son los que han de sustentar el palillo que está atado en la cuerda, que también liga el extremo del varejón, el cual palillo y cuerda con que el varejón se dobla

está señalado con la letra *F;* los cuatro palos que se meten por entre estos dos que tienen el palillo asido, están señalados con la letra *E;* y como cogen el un palillo debajo, claro está que pues atraviesan el camino por do ha de pasar la res, al tiempo que ella los pise abajarán el palo de la *D*, y desviándose éste de la *C*, se soltará el de la *F*, y el lazo que está puesto en el camino asirá de los pies la res, y cimbrándose el varejón de la *A* alzará la res en peso.

SIL. Ahora me parece que lo entiendo tan bien, que podría yo armarlo con facilidad cuando se me ofreciese; y será galana invención ver asida por los pies la caza y levantada en alto sin poder defenderse; y sino me acuerdo mal, pienso que usa de estos lazos Jenofón en los libros de su caza.

SOL. Úselo quien quisiéredes, que aunque yo lo hallara escrito por ellos, si Montano no me lo hubiera declarado, no lo entendiera; pero dudo yo ahora si podrá el jabalí roer ese lazo si cayese en él.

SIL. Paréceme que no, porque estando los pies para arriba, no podrá aprovecharse de la boca sino para dar gritos.

SOL. Antes pienso que no los podrá dar si es de la naturaleza de esotros puercos, pues Alejandro Afrodiseo hace un problema preguntando qué es la causa porque un puerco vuelto el rostro hacia arriba no puede dar gritos; de suerte que todos suponen que está probado el no poder gritar, y preguntan la causa.

SIL. No tratemos agora sobre eso, que hasta probarse la pregunta de Alejandro hay gran trecho, y por ventura se cansa en buscar la respuesta.

SOL. Pues mirad, señor Montano, si se os acuerda, por vuestra vida, otra forma tan apacible como ésta de cazar, que yo más pensamiento tengo de aplicarme á ellas, que á otras de las que tienen más trabajo y costa.

MON. De otra me acuerdo que es general para todas

las reses de pelo y cerda; y en todas las partes que dije que se podrá armar el alzapié, se puede también usar de este lazo, aunque más cubierto y mejor en las aguas.

Sil. Decídnoslo ya y de manera que lo podamos entender.

Mon. Hase de tomar un varejón ganchoso de dos varas en largo ó poco más, y al cabo de él atar un cordel tan recio que baste á tener la res; y con éste se armará el lazo en medio de la trocha, y al cabo del lazo una lazada corrediza, dejando lo hueco de ella hasta tres palmos y medio, y alta del suelo tanto cuanto pareciere que conviene para la altura de la res que se presume que ha de pasar por allí; y por los lados de la trocha asido el lazo en las matas más cercanas para que le sustenten en vago en medio de la trocha, que yendo la res á pasar, después de haber metido la cabeza apretando con el pecho, se echará el lazo corredizo al cuello; y el varejón irá puesto de manera que al primer tiro se lo lleve la res tras sí, para que no pudiendo hacer fuerza no quiebre el cordel, que aunque así se lo lleve, pues el varejón es ganchoso, se irá asiendo por las matas de suerte que la detengan cerca, y la pueda el cazador sacar por el rastro de monte que va quebrando.

Sil. Bien podría suceder llevarse el lazo y el varejón tras sí el venado alguna vez, porque no me parece cosa muy cierta entender que siempre dejará rastro de sí, pues se podría apartar tanto por partes rasas después de salida del monte, que no pareciese.

Sol. Eso sería para que el cazador se diese á cuyo no es (1), como lo suelen hacer muchos, que enojados de los malos sucesos suelen blasfemar con harta torpeza.

Sil. Eso tiene harta necesidad de reformación, que si

(1) Entiendo la frase á cuyo no es por equivalente á *aquél de quien no es;* es decir, al demonio.

se supiesen templar en pensamientos y palabras, les sucederían mejor sus negocios.

MON. Y aun suele sucederle á los tales hartos casos desgraciados por ese vicio, como el que aconteció en la sierra de Cuenca á un cazador conocido y amigo nuestro, que como un día anduviese monteando y sus pecados no lo dejasen alcanzar un buen suceso, comenzó á blasfemar con su diabólica costumbre; y como ya fuese llegada la noche y él tomase su posada ó alojamiento en una cueva que llaman del *Estiércol*, vió que á media noche se pusieron en una pradera que había delante de la puerta cincuenta caballeros vestidos á la morisca con ricos aderezos en sus personas y caballos, con sus jaeces ricos y pretales de cascabeles, y en las manos unas hachas de cera negra, ó por mejor decir de pez, los cuales, puestos en su orden, con alaridos grandes y temerosos comenzaron un juego de cañas muy concertado, haciendo su entrada y salida la más varia y notable que se vió, y en acabando, tornaron á salirse con el orden que entraron pasando por junto á él con tal velocidad y estruendo, que lo dejaron por gran rato amortecido ó fuera de sí; y cuando volvió á considerarse halló que estos mismos, vestidos de librea encarnada, estaban parte de ellos á pie y parte á caballo, lidiando un toro negro y tirándole por garrochas pedazos de teas encendidas, que ardiendo se le pegaban al cuerpo y lo abrasaban, de suerte que él daba unos berridos terribles y tristísimos; después le sacaron la lengua y la hicieron polvos en una gran brasa que hicieron de todas las teas juntas; y tornándose á salir por donde entraron, le tornaron al pobre cazador á dejar fuera de sí del grande asombro; y tornando á volver en acuerdo vió tercera vez que sobre el mismo toro traían un hombre desnudo atormentándole con varios géneros de tormentos y pregonando su nombre, que era el mismo [del] cazador, y la causa del tormento; de lo cual el pobre se asombró tanto tercera vez, que se

amorteció y no volvió en sí hasta la mañana; y hallóse maltratado y quebrantado y sin señal de golpe en todo el cuerpo sino en la lengua, la cual tenía áspera y llena de llagas.

SIL. Por cierto el caso fué admirable y digno de ejemplo y escarmiento; pero ¿qué juzgáis vos de esa gente que se ayuntó á hacer esas fiestas en presencia del pobre montero?

SOL. Yo creo que eran demonios que solenizaban la fiesta del mal compañero que en él esperaban.

SIL. Pues ¿cómo no le arrebataron ó llevaron consigo, pues tuvieron poder de hacelle daño, y cómo fué el daño tan pequeño?

SOL. Quizá tenía en contrapeso de este vicio alguna devota virtud que bastó á libralle.

MON. Yo os diré lo que al fin le pasó después, por donde podréis mejor sospechar lo que pudo ser. Él escapó de aquí tan arrepentido, que hizo por estonces penitencia de su pecado y propuso la enmienda, y después de confesar y comulgar volvió al monte y mató una cierva y un venado, y tuvo por aquellos días algunos buenos sucesos; mas como olvida tarde las malas mañas el que las tiene, él volvió á su costumbre; mas castigáronle más ásperamente esta segunda vez, que tomando, á lo que pareció, el demonio figura de cinco venados, se los puso delante todos con las cabezas negras, á los cuales, como asestase un tiro, y dos, y tres, y cuatro, y todos los errase, volvió á blasfemar y acabó de tiralles los demás tiros que llevaba, y quiso cerrar con ellos; pero ellos, que hasta entonces habían estado quedos, se apartaron, y todos juntos vinieron contra él acorneándole con los candiles ó garzetas de los cuernos, sin hacelle más mal que impelelle y derriballe muchas veces en tierra, hasta hacelle irse recogiendo á una ermita que llaman San Philipo, junto de un lugar que llaman *Tragacete*, que cae en la misma sierra de Cuenca; y como

fuese ya noche alta cuando allí llegó, vió delante de sí una visión tan espantable y alta y fiera, que por poco no murió de espanto, que yéndosele acercando se le echó encima y le puso la una de las manos en la boca, la cual le pareció tener frigidísima y muy vellosa; y como con el grave peso estuviese medio muerto, porque le ahogaba por haberle tenido gran espacio apretado, encomendábase con gran instancia á Dios en su corazón como quien estaba en tan gran peligro, y al cabo de rato forcejando tuvo lugar de sacar la una mano y encender una tea de las que había cortado y tenía junto á sí, y alumbrándose con ella toda la ermita, la fantasma le dejó y se subió al techo de la casa, desde donde le amenazaba toda la noche para tornar á bajar á él, haciéndole muestras de destecharla. Él contó otro día lo que le había sucedido, y que encendió la mecha del arcabuz y estuvo escopeteándole toda la noche y tirándole, hasta que amaneció.

Sol. Por ese tal se podrá decir que á tres va la vencida; pues tal le pararon la segunda guárdese de la tercera, que podría ser se quedase en el lazo, que quien se le arma es tal, que pocas veces gasta el tiempo y trabajo en vano.

Sil. Esa fantasma más creeré yo que fué algún humor melancólico que á él se le representó con el miedo, que otra cosa mala ni buena.

Sol. Lo que más me admira es decir que los venados tienen las cabezas negras, lo cual yo entiendo que no se ha visto sino en aquéllos, porque no lo eran.

Sil. No os fundáis en eso bien para entender que aquellos ciervos fuesen demonios por tener la cabeza negra, que en tierra de Segura mató un montero un ciervo todo negro, y de ello podré yo dar muchos testigos.

Mon. Yo mismo osaré afirmar que he muerto una cierva con un rodal mayor que dos manos en el pecho, y todo negro á manera de lunar, y así no lo tengo por milagro. Y en la sierra de Molina mató un montero de esta

tierra un ciervo con clines como caballo, yendo en compañía de Don Bernardino de Cárdenas.

Sol. Cosa es la una y la otra para mí bien nueva, aunque es verdad que se lee de Quinto Sertorio que tuvo muchos años una cierva toda blanca.

Sil. Si nos metemos en milagros de naturaleza, no tendremos lugar de irnos á comer, y vase haciendo hora.

Mon. Volviendo á la materia de los juramentos en que tratábamos, por mi vida que ose afirmar que haga un hombre que no sabe jurar al doble en cualquier hacienda, que el que más bravo se muestra con juramentos.

Sol. Hay algunos que no piensan que son valientes si no saben jurar y hablar con aspereza menospreciando al cielo y á cuanto contiene, acerca de lo cual hay en el *Cancionero General* muchos dichos de algunos de nuestros poetas españoles bien discretos, y principalmente en el *Doctrinal de Galanes* y en la *Theorica de Virtudes* de Don Francisco de Castilla.

Sil. Un pedazo de una sátira de Soto os podré yo recitar, que aunque en estilo bajo, cual las sátiras lo demandan, es muy sentencioso, y dice así:

«Y el que la traza soldadesca tiene
puesta en palabras bravas y feroces,
mal sabe lo que en ella se mantiene.
Que al fin son viento las hinchadas voces,
y es cobrar alas, como la hormiga,
para mejor raparse cuatro coces.
Al nombre de soldado de una higa,
si fuiste un miserable y afligido
sujeto al paladar y á la barriga.
Echar pésete, un voto y un bufido,
ni engrandecen las fuerzas corporales,
ni un ánimo levantan abatido.
De mal sufridos hombres y bestiales
que no tienen delante al enemigo,
y no de fuertes son bravezas tales.

Y después en presencia de testigo
más áspero, que sepa respondelles,
no vale su jurar un pobre higo.»

MON. Dice muy bien y tiene mucha razón, que nunca veréis hombre fanfarrón que no sea cobarde.

SOL. Así fué aquel Tersites de quien cuenta Homero casi eso mismo y él trajo de Terencio, que después de saberse bien loar, no sabían hacer más. Asómbrame el vario estilo que ese autor muestra en esa sátira, siendo su estilo en las demás cosas tan levantado.

SIL. Su intención fué demostrar la diversidad de forma que pide cada materia, y reducir á España todas las formas de los griegos y latinos y toscanos para que sepan los españoles usar de ellas cuando se les ofrezca, y por esto se abajó tanto en este estilo como convenía.

MON. Concluyamos con esto, que yo le soy aficionado, y cada vez que se ofrezca holgaré que me recitéis algo de sus obras; y con esto vámonos á comer, que tiempo habrá esta tarde de hablar más largo. Solamente querría deciros de paso, pues según la materia viene á propósito, que siempre que yo puedo procuro evitar juramentos y no cazar en día de fiesta y sin haber oído misa, porque lo tengo por importante para los buenos sucesos.

SIL. Y aun ha acontecido más de una vez algún caso extraño á los que no son devotos de esas tres cosas. De la primera basta el cuento que vos dijistes; y sobre la tercera, en suma os podré decir, que saliendo dos monteros á caza el uno sin oir misa y el otro habiéndola oído, se revolvió una tormenta de truenos y relámpagos en el campo, bien espantable, y en medio de ella se oyó una voz que dijo: «¿Daréle?» y otra que respondió: «Dale,» y cayó un rayo y mató al que no había oído misa; y tornando á preguntar otra vez diciendo: «¿Daréle?» se oyó otra que respondió y dijo: «No le des, que ha oído misa,» y así se escapó el segundo de los compañeros.

MON. De la segunda, que es cazar en día de fiesta, os diré yo cierto que nunca presté mis perros para que en tal día cazase otro, que no me sucediese mal; y si yo lo hubiera hecho, lo mismo esperara, porque no me han faltado en tales días muerte de perros ó reventar el arcabuz; y con esto, adiós, que me parece tarde, y querría que acudiésedes temprano porque hay mucho que tratar.

LIBRO SÉPTIMO

DE LA MONTERÍA.

LOS MISMOS INTERLOCUTORES.

MON. No satisfecha de todo punto la industria humana con tantas formas y tan varias de cazar, las cuales inventó por la diversa disposición de la tierra do las fieras viven, ó por la variedad de sus fuerzas y astucias, ó de los tiempos dispuestos en tal ó tal sazón, buscó otra más artificiosa y extraña con que pudiese de un golpe engañar, si fuese posible, los tres sentidos de que las reses suelen aprovecharse, imponiendo con mucho uso y experiencia un caballo, á que llevándolo de cabestro fuese cubriendo de tal manera á su dueño, que no diese noticia de sí por ojo ni oído, ni aun de tal manera de viento, según algunos defienden.

SIL. ¿Cómo es eso? ¿Por ventura vos no tenéis por cierto que en la caza que llaman del caballo de cabestrillo, de quien ahora tratáis, el cazador que va cubierto detrás del caballo confunde su viento con el del caballo?

MON. No entiendo tal, sino que la res puede distinguir el viento de la huelliga del uno, de la del otro; y así es mi consejo que siempre procure el cazador entrar con el viento en el rostro ó á medio viento, y no se confíe en pensar que si le carga el viento á la res no le ha de sentir por ir cubierto del caballo, que aunque no le eche todo el golpe del viento sino una parte muy pequeña con que muy ligeramente le socarre la nariz, yo la he visto huir muchas veces sin valer astucia humana para detenella.

Sol. Proseguid por vuestra vida y no os detengáis en eso, que todos estamos obligados á seguir vuestra opinión, que no se puede negar sino que las reses tienen ese sentido más vivo que los demás, y no pueden ser engañadas sino hurtándoles el viento. Señaladnos de qué suerte ha de ir encubierto el montero con su caballo y cómo ha de entrar.

Mon. Ha de ir arrimado en el lado contrario del caballo de aquél que muestra [á] la res, para cubrirse con él, llevando el cabestro en la mano que más pegada va con el caballo, y el arcabuz en la contraria; y si se ofreciere revolver el caballo del otro lado, también ha de trocar las manos.

Sol. Declaraos en eso.

Mon. Pongo el caso que la res está en la umbría y corre el viento avieso: bien se entiende que tengo de entrar por la parte del cierzo de la res para que el viento que corre, después de haber pasado de ella, venga á mí; y no por parte donde el mismo viento no vaya á ella, pues habiendo de encubrirme de su vista, claro está también que tengo de llevar el cuerpo del caballo atravesado delante de mí metiéndolo de cabestro del Regañón al Solano para que yo, cubriéndome con él, vaya siempre por la parte que ha de entrar el cierzo del norte como he dicho. Pues yendo subiendo por el Solano arriba, llevaré con la mano derecha, que llevo pegada al caballo, el cabestrillo de él, y con la siniestra el arcabuz, pues no podré ir de otra manera bien puesto y descansado, procurando llevar la montera hundida y el cuerpo acorvado y el arcabuz atravesado de largo á largo por el caballo, que no se descubra cosa alguna, porque si la res ve algo luego lo sospecha y huye; y si me pareciere que para desospechar más la caza me conviene dar la vuelta para bajo y volver del Solano al Regañón mostrándole á la caza el otro lado del caballo, será menester que mude las manos tomando el cabestro

en la izquierda y el arcabuz en la derecha y pegando el lado izquierdo al derecho del caballo de tal suerte, que no se descubra nada de mí por cima ni por los lados.

Sol. Ya yo he oído tratar de eso á ballesteros famosos otra vez; y aunque entonces yo no era muy aficionado á la caza, acuérdome que defendían los más, que de cualquiera suerte que el cazador camine debe llevar siempre el cabestrillo en la izquierda y el arcabuz en la derecha, para que la izquierda, que es la mano en que se ha de sustentar al tiempo del tirar, vaya más descansada en todo el discurso de la caza.

Mon. Verdad es que así lo dicen; mas en mi opinión, aquél es más importante primor por muchas razones: así porque yo aconsejo, como lo diremos cuando tratemos del arcabuz, que el cazador se enseñe á tirar con ambas manos, pues es cosa fácil, como porque entiendo que irá mal puesto si llevando el caballo á su mano derecha, le lleva asido con la izquierda, pues no le podría regir como quiere y llevaría el cuerpo muy trabajado y aun el mismo brazo izquierdo, pues va tan tirante salvando su mismo cuerpo para alcanzar á la cabeza del caballo.

Sil. Otra razón hay más que os ayuda, y es que aunque ello sea así que sea necesario excusar de trabajo en cuanto fuere posible á la izquierda porque ha de cargar sobre ella el arcabuz al tiempo del tirar, y que el cazador no sea diestro de ambas manos como vos le pedís, sino que siempre se ha de aprovechar en aquello de la izquierda para sustento: digo que cansará menos la izquierda en llevar el arcabuz un hora, que si la derecha le llevase media, porque como dijo Aristóteles, la diestra se hizo para hacer y la siniestra para padecer; y así la diestra nunca se apaña á llevar carga, así como la siniestra no se apaña para hacer algo; de donde infiero que pues la diestra lleva con más trabajo el arcabuz, nunca le lleve, sino la siniestra que nació para ello, y se cansará menos aunque le

haya de sustentar después al tiempo del tirar, y más que ya pusistes en las condiciones del cazador que ha de ser recio y después sosegado, y siéndolo así no hay que temer ese particular.

SOL. Lo mejor es como dice el señor Montano, que ni siempre lo lleve la derecha, ni siempre la izquierda, sino como la ocasión lo pidiere; pero díganos cómo se ha de haber el cazador en mirar por la caza, pues dice que ha de ir tan cubierto con el caballo que no descubra por los lados, ni por cima, ni por debajo de la barriga del caballo.

MON. Asomarse há, cuando tenga necesidad de ello, á mirar por cima del cuello del caballo, encubriéndose con la crin todo lo que pudiere, y no descubriendo más que lo que fuere necesario de la cabeza para ver; y aunque he dicho que lleve la montera hundida, no sería malo si para disfrazarse más con las crines del caballo, se la quitase y descubriese el cabello, que en tal parte hará menos viso, pues no hay do más presto conozcan las reses al cazador que en la cara, y más si es hombre colorado que si es moreno, porque hace más viso y más claro y manifiesto.

SIL. Y después que atalayando por el orden que decís, ha visto la caza, ¿qué ha de hacer el montero?

MON. Mostralle bien el caballo para aseguralla encubriéndose de tal suerte, que ni por el cuello del caballo ni por la barriga se descubra cosa de que ella pueda sospechar, porque ó esté segura ó recatada, luego en viendo el caballo se alborota y le mira con afición por un rato; mas teniendo el caballo pasciendo y quedo, luego se asegura y sosiega; y mientras más, mucho más. Á este tiempo puede el cazador mirar sobre el cuello del caballo y ver lo que le conviene hacer para aseguralla más y acercarse á tiro, porque si después de haber tenido el caballo paciendo á su ojo estuviere la caza recatada todavía, con brevedad desvíe el cabestrillo cincuenta pasos ó poco más por un lado, quitándole la cara de la presencia de la caza

y mostrando en cuanto pudiere la cola, de suerte que él no se descubra; y para mejor hacello conviene doblando el cuello al caballo, [y] cargando el cazador el cuerpo sobre sus espaldas cerca del arzón, inclinarle la cara á contraria parte de la caza, para que ella pierda la sospecha; y si con todo eso no se sosegare mostrándose alterada y las orejas emballestadas y la vista inclinada al caballo, revuélvalo con destreza mostrando el otro lado, como dije, á la caza, porque es una de las cosas que más la aseguran, que hasta ver al caballo por ambos lados dura su recelo, sospechando que trae alguna celada cubierta por el otro lado; mas después de velle entiende que es algún animal de los que ordinariamente suele encontrar pasciendo, como yeguas y potrancos; mas debe advertir, al tiempo de revolvelle, de emparejarse tanto con él, que se cubra con sus pechos, y deje cubierta la cabeza con la cola tan á un mismo tiempo y sazón, que no haya diferencia más que si fuesen un cuerpo los dos, y para mejor hacerlo debe tomar, primero que se revuelva, el cabestro con la mano contraria que lo llevaba y el arcabuz en la otra en que tenía antes el cabestro, y revolver su persona hacia las ancas del caballo, y de este modo, aunque parece difícil, le será fácil.

Sil. Y si la tierra fuese pobre de monte y el cazador no fuese muy diestro en hacer esto, ¿qué medio tendría?

Mon. Lléguese cerca de alguna mata ó mallada de ellas, ó árbol ó peña, y dejando las matas del otro lado del caballo y revolviéndolo en par de ellas, le ayudarán á cubrir su persona maravillosamente de la caza.

Sil. ¿Y sino fuese una res sola, sino una tarea de ellas y alguna estuviese recatada?

Mon. No les acerque el caballo más hasta que aquélla se asegure, porque si huyese aquélla, será cosa cierta arrancarán las otras tras ella. Dígolo porque aunque la tal tarea ó manada fuese bisoña, podría haber entre ellas algu-

na experimentada que le hubiesen pasado zurriando algunos balazos por los oídos, de do venga á estar tan recatada, que aunque se aseguren las demás sea menester todas estas diligencias para estarlo ella; y porque también entre las aves y animales hay unas de más instinto y recato que otras aunque sean de una especie, como en unos hombres más habilidad y entendimiento que en otros, aunque todas las almas son igualmente perfectas; por lo cual se debe tener cuenta con todas y con cada una de ellas en particular, hasta haber acercado por este orden el caballo metiéndole á tiro y llevándole, como tengo dicho, el cuello voltado y la cara inclinada afuera de la caza, de modo que aunque se acerque parezca que se aleja de ella, yéndole granjeando tierra poco á poco, dejando pacer al caballo; y sino quisiere ó no hubiere qué, con la propia mano que lleva el cabestrillo le puede bajar la cabeza industriosamente, de manera que aunque no pazca, lo parezca y vaya acercándose; y si en tanto se desasosegare alguna de ellas, torne á sacar el cabestrillo algo afuera haciendo muestra de irse, dejándole luego pascer cerca de allí, y así por este orden se irá metiendo á tiro, y aun con menos diligencias; mas debe advertir á que todas estas vueltas que digo, se han de dar desde el un medio viento al otro, siempre por bajo de él sin emparejar por el hilo, porque no se lo eche en las narices y le sientan.

SIL. Y si le aconteciese, como suele, que yéndose acercando á tiro llegase á emparejar con el hilo del viento, ¿qué orden tendrá para acercarse más, pues por haber llegado al hilo no puede pasar adelante sin echárselo?

MON. Conviene deshacer la vuelta y revolver el caballo, y ir cobrando tierra y acercándose más, de suerte que antes de emparejar con el otro medio aire le tire.

SOL. ¿Cómo se entiende eso de entrar á la res, que há rato que os oigo y no lo apercibo bien?

MON. Ya lo tengo dicho desde el principio, mas estad

atento y lo entenderéis. Sabed que no se ha de ir camino derecho á la res para entralle, sino de través, cabestreando por debajo del aire por delante de ella y cada vez acercándose más, porque de esta suerte entiende la res que es animal que anda pasciendo descuidado, y descuídase asegurándose.

SIL. ¿Y si yendo acercándose á tiro pasare por alguna quebrada do le sea forzoso perder la caza de vista?

MON. Advierta á no reparar el caballo en ella, porque luego le huirá la caza sospechando, que pues se ha encubierto y tarda de salir, que lo hizo para podelle tirar; y para remediar esto debe pasar la tal quebrada con mucha brevedad, tornando á dar vista á la caza, que entonces entiende que está segura de su enemigo cuando le tiene do le puede ver, pues los enemigos ocultos son más justamente temidos.

SIL. ¿Y si fuese en tierra donde se usase mucho esta caza y estuviesen las reses muy acabestreadas, tanto que con estas diligencias no se asegurasen?

MON. Sería muy acertado sacar el cabestrillo yéndose entre algunos animales como vacas ó yeguas, si los hubiese por allí cerca, por un poco, dejando pacer el caballo con ellos; y luego tornar en su demanda por el orden dicho, que no dejarán de aguardar, porque con habelle visto entre las otras reses se aseguran conociéndole ya. Y si todavía por estar muy ballesteadas no quisiesen, saque el caballo por un lado, que se entiende por cualquiera de los dos medios vientos, desviándose buen trecho de tierra de la caza, y finalmente, todo aquello que sin perdella pudiere, y deje el caballo á su ojo de la caza pasciendo, y métase con ella á rececho guardando el orden que dimos en aquella suerte de caza para hurtalle los tres sentidos, y burlallos há maravillosamente, que ellas no quitarán los ojos del caballo, y por esto será conveniente no asomar el cazador por la misma derecera que

traspuso, sino algo desviado por poco que sea, que no dejará de tirarle á placer aunque sea astuta y escarmentada; y si después la quisiere tornar á perseguir, podrá, aunque de diferente modo, como se dirá adelante.

Sol. De aquí se colige lo que tantas veces habéis dicho, que la caza del rececho es general para todas estas formas, y que fué bien tratalla al principio.

Sil. Ahora, por eso que dijistes, me acuerdo que después que tratastes en la caza del rececho de los redrovientos, no habéis en estotras cazas tenido memoria de ellos; y aunque es verdad que allí los tratastes en general y aquí nos podríamos servir de ellos, todavía debe haber algunas particularidades que será bien decir, porque no nos coja desadvertidos.

Mon. No será menester deciros más, sino que si la caza estuviere en redroviento al tiempo que la vistes, primero que nada hagáis, tengáis el caballo pasciendo á su ojo y la dejéis salir del redroviento, por ser tan útil este aviso como en su lugar se dijo, que presto saldrá de él y podréis proceder con vuestra demanda seguramente, porque no tengo por seguro entrar por los redrovientos á este género de caza.

Sil. Y si por mal orden del cazador ó mucha astucia ó miedo de la res, viniese á avisarse y asombrarse la caza, ó por habelle tirado y errádola, ó por otra cualquier razón, ¿qué orden se debe guardar?

Mon. Después de asombrada, tirada ó no tirada, será muy acertado echalle al caballo un cencerrillo sordo primero que la torne á perseguir, y asomar [por] diferente parte de aquélla por do la caza traspuso, que con esto se disfrazará tanto, que sea posible podelle tornar á tirar, porque oyendo el son del cencerrillo que el caballo lleva, y viéndole asomar por otra parte, lo desconocerá y entenderá que es otro animal que acaso va por allí, especialmente que la caza tiene hechos los oídos al son de cencerrillos y cam-

panillas que en muchos de los animales domésticos ha topado, y más si la tal caza frisa con algunos de estos géneros de animales mansos como suele muy ordinariamente, para todo lo cual se requiere llevar el caballo cencerro y sin silla ni otra cosa alguna encima, porque con esto no se avise la caza; y si yendo el cazador descuidado de cazar, como suele de camino, fuere á caballo y viere la caza y pretendiere aprovecharse de ella de esta forma, conviene que en viéndola pase su camino por la propia derecera que va y llevaba cuando la vió, apresurando el paso, especialmente si se halla cerca de ella, y trasponga bien de la caza y desensille el caballo y torne el cerro con él de cabestro, y advierta de no asomar por do traspuso, porque no perderá la caza el recelo de él; mas volviendo por diferente parte y viendo el caballo desensillado, asegurarse há, porque hace cuenta que es algún animal de los domésticos que suele topar y que viene acaso por allí, y más guardando las reglas dichas.

Sil. ¿Y en qué días suele esperar mejor la caza?

Mon. En días blandos y de poco viento, especialmente si el que corre no fuere Solano, porque con éste como es tal, suelen aguardar menos que con otro.

Sil. ¿Y en qué tierra se hará mejor esta caza de cabestrillo?

Mon. En tierra llana se suele hacer siempre y sin riscos, ni cuestas, ni breñas notables, sino de bajo y claro monte, porque en tal tierra llevará el cazador su caballo por do quisiere, y cubrirá mejor con él su persona y romperá menos vestidos.

Sil. Curiosa forma de cazar es ésta y fácil, á mi parecer, más que esotras.

Sol. Á lo menos para mí es la mejor porque me suelo cansar de ir á pie poco trecho, y llevando el caballo, cuando me sintiere cansado cabalgaría en él y dejaría la caza.

MON. Antes sería yerro después de subir encima dejar de cazar, pues con eso se os ofrece ocasión más descansada y fácil para hacello.

SOL. ¿Cómo es eso? ¿decís de veras que podría yo cazar á caballo?

MON. Tan de veras os lo digo, que es una de las más fáciles formas que hay y sin tantas retartalillas.

SOL. Pues por vuestra vida qne no lo dejéis de decir aunque no hayáis acabado las de á pie. Porque lo demás podréis decille al señor Silvano cuando os parezca, y esta forma quiero yo para mí solo, siquiera porque soy tan enemigo de ir á pie, y me he aficionado algún tanto á la caza, y no sabía cómo juntar estas dos contrariedades.

SIL. Yo huelgo que se trate esta forma, porque aunque ya sé algo de ella, no sé tanto que no pueda ser discípulo otra vez, y es muy buena y apacible para quien sabe poco; porque no tiene necesidad el cazador de atalayar ni guardar vientos ni redrovientos en ella, sino caminar rasamente por las querencias do se entiende que ha de estar la caza, y entrar con ella de tropel.

MON. Solamente se ha de tener cuenta, ó sea á la mañana ó á la tarde cuando el montero va á caza, ha de ir á tiempo que halle la res levantada y pasciendo, y entrar á buscar la querencia sin temor de asombralla.

SOL. Y si fuese á media noche, cuando la caza está encamada casi en todo el tiempo del año, salvo cuando por Agosto están los venados solamente levantados pasciendo, ¿qué se debe hacer?

MON. Si entonces fuere, entrar por medio de las querencias que quisiere desospechar muy apresurado, que al ruido se levantará la caza, y se parará á mirar el caballo embelesada y recatada al principio.

SOL. ¿Y qué conviene hacer para aseguralla presto? porque yo ya temo que después de asombrada se me ha de ir sin aguardar un punto.

MON. Darle un rodeo ancho y tendido desviándose mucho de ella por el lado derecho, dejando á la caza en el siniestro, porque más á la mano le caiga para tirarle.

SOL. ¿Y si el tirador lo supiese hacer con ambas manos, como vos decís qué nos habéis de imponer?

MON. Desviarse há por la parte que más le pareciere convenir, según el ánimo de la caza y la disposición de la tierra, porque luego asombrada se espera que ha de resaltar; y es bien que no salte á parte donde se le tire con trabajo, pudiendo hacella saltar á parte que esté mejor dispuesta y le caiga más á mano.

SOL. ¿Pues qué inconveniente se sigue de que si el cazador no fuese diestro de ambas manos, la caza saltase á parte do fuese menester torcerse un poco, ó rodearse para tiralle?

MON. Muy grande, porque la caza se ha de engañar con dalle á entender que el cazador es caminante y pasa de hilo sin hacer caso de ella, y así de paso se le ha de tirar; y si revolviese el cuerpo ó hiciese cualquier desguince por no haber sabido dar su vuelta como convino, asombrarse hía la res avisada por esta novedad que no suelen hacer los que van de paso sin tener cuenta mas que con su viaje; y haciendo lo que he dicho, cesan todos inconvenientes. Conviene pasar de largo buen trecho de aquella parte como quien va de camino, y luego revolver sobre la mano que ha de tirar deshaciendo la vuelta, y tornar dando su rodeo redondo, ancho y concertado, con el arcabuz apercibido sobre la mano que ha de tirar, y la rienda en la otra, y el paso largo, y con toda la priesa posible caminar con la vuelta hasta llegar al hilo del viento, y echárselo en las narices con mucha brevedad y presteza.

SOL. Esto es cosa que me admira más, porque en la caza de á pie dijistes que era negocio de mucha importancia hurtalle el viento y no dejar que le diese ni aun por sombra; y en ésta habéis dicho que no hay que tener

cuenta con eso, sino entran por do le paresciere al cazador, sin viento ó con él, porque no importa; y ahora añadís que es necesario echalle el viento antes de tiralle, cosa que á mí me parece ya demasía sobrada y atrevimiento inadvertido.

MON. Entended, señor, que en este género de caza es éste el punto más sutil, que así como allá se asombra la res con el viento del cazador, aquí se asegura tanto con el mismo, que parece que se queda embobada y fuera de sí de suerte, que aunque quiera paresce que no acierta á huir, mirando al caballo y embelesándose con él, quizá por alguna conformidad que debe tener este animal con esotros, tan secreto, que aunque los cazadores la sentimos, no la sabemos explicar.

SOL. Así, para que mejor espere, ¿decís que es necesario que dé el rodeo ancho y tendido hasta llegar al hilo del viento para cargárselo?

MON. Eso digo, y que procure ir dando ese rodeo por do menos la pierda de vista; y si la tierra fuese tan quebrada y traspuesta que no lo pudiese excusar, procure pasar ligeramente todo aquel espacio que se ha de encubrir á la caza haciendo ruido con las espuelas en los estribos, ó con la boca arreando al caballo, de suerte que la caza le oya, y no hablando porque no le conozca.

SOL. ¿Pues para qué es necesario ese ruido?

MON. Para que se asegure la caza más, porque sino lo hace, piensa de estar encubierto para tiralle y procura escaparse huyendo, porque como dijimos en lo pasado, más seguros están estos animales temerosos teniendo á su enemigo al ojo, que temiéndose de él y no viéndolo; y si yendo dando su rodeo largo como tengo dicho, le sucediere pasar por alguna macogollada de matas espesas, de suerte que le fuerce á torcer el viaje, advierta de pasar por el lado contrario á la parte do está la res, porque si quisiere torcerse hacia la res, en volviendo la cara del caba-

llo hacia ella se asombrará y huirá; y así es mejor que la mata quede entre la res y el cazador, procurando siempre de hacer muestra que no la ve y que va mirando á otra parte, sacando el rostro del caballo para fuera.

SIL. Volved á donde íbades. ¿Qué es lo que debe de hacer después de habella echado el golpe del viento en las narices, habiendo dado su vuelta ó rodeo ancho?

MON. Si viere que se asegura como suele, pase adelante con el rodeo redondo en paso moderado, dando otro rodeo por el mismo orden y acercándose más que en el pasado, de modo que de que torne á emparejar por el hilo de la res, se halle todo lo más cerca que para estar á tiro pudiere, porque por la parte que el aire le entra á la caza puede siempre acercársele más seguro de espantalla que por otra alguna parte del rodeo, y así por allí podrá tiralle poniéndose sobre los estribos, y parar el caballo, advirtiendo de llevar el arcabuz en una mano alto y cerca del rostro, y requiriendo y golpeando primero al polvorín para dentro, y el gato derribado, y quitando el seguro si lo tiene; y si al tiempo del parar el caballo para hacer el tiro pudiese hacello entre algunas matas espesas, sería mejor porque le obligaría más á estar quieto como para acertar el tiro se requiere; y si fuere tarea de ciervas á la que tirare y no una res sola, procure emparejar dos, y más si pudiere, y siempre apunte á la de en medio, porque si huyere el tiro alto dé á la postrera, y si bajo á la primera; y tan bien ahiladas pueden estar, que derribará un par de ellas, como ha acontecido muchas veces.

SIL. ¿Y si no las puede coger parejas?

MON. Tire siempre que pudiere á la guía, que suele ser la más vieja y mayor y más experimentada y recelosa y diestra en la tierra, y como á tal la dan el cargo las demás dejándose regir por ella, y siempre va adiestrando la tarea diez pasos delante de las demás, las cuales la siguen por sus pasos naturales, visitando las querencias; y así

faltando ésta y siguiendo á las demás, será muy posible no dejar alguna á vida, y por eso, en arrancando á huir, ponga luego el cazador piernas al caballo y con toda la brevedad que el monte le diere lugar camine tras la caza, que le será muy necesario, y más si es tierra traspuesta de quebradas por las cuales la pierda de vista, aunque esta arremetida no ha de ser por do la caza traspuso, sino algo desviado por un lado de ella como quien va de camino, y torne á dar con toda prisa vista á la caza mostrándole el caballo y tornándole á dar su rodeo por el orden dicho, que no dejará de pararse y aguardar en viendo al caballo, procurando granjealle con toda la presteza posible el rostro.

Sol. ¿Qué quiere decir granjealle el rostro?

Mon. Tomalle el viaje de aquella derecera que quiere llevar, adelantándose; que suele ser por la mayor parte pico á viento ó á medio viento por lo menos, porque aunque se pare y esté embelesada mirando al caballo, no deja de emballestar las orejas á aquella parte por do piensa llevar su viaje de cuando en cuando, y volver la cara, según que en el rececho dejamos dicho.

Sil. ¿Y si yéndola rodeando se desviare tornándose allí cerca á parar, como suele á veces?

Mon. Desvíe más el caballo ensanchando el rodeo y haciendo muestra de salirse de él, volviéndole la cola hasta habelle granjeado la derecera que quiere llevar.

Sil. ¿Y si tornándosele á acercar tornare á salir ó hiciere muestra de ello?

Mon. Torne á ensanchar la vuelta haciendo las propias diligencias hasta que le deje acercar á tiro conveniente, el cual no debe olvidar que siempre sea por cima del viento, de modo que cuando tire, le dé al cazador en el colodrillo.

Sil. ¿Y si yéndola rodeando se alebrare, como suele, metiendo la cabeza en la más espesa mata, allanándose en

tierra y teniendo, si es venado ó gamo, las cuernas sobre los hombros?

MON. Podrásele acercar al tiro que quisiere tirándole, como dicho tengo, por cima del viento, y es cosa para los faltos de experiencia increíble lo mucho que suele aguardar la caza en tal sazón.

SIL. ¿Y si fuese tarea de muchas?

MON. Débese tener cuenta con la mata do se alebra cada una de ellas, porque no alebrándose juntas, como suele acontecer, yendo rodeando una, que es la que vió alebrar, podría tropezar con las demás, y echando sola una fuera huirán todas, y con la cuenta dicha remediará el descuido que aquí podría succeder y tirará como quisiere; y sobre todo nunca deje de perseguir la caza por desvíos que con ella tenga, porque lo que en un rodeo no ha podido hacer lo hará en otro, especialmente que hay reses que al primer rodeo no aguardan y después esperan muy quietas; y aunque les tire dos y tres tiros y más, no pierda por eso la confianza de tornalles á tirar, procurando siempre de tirar á la res por buena parte, como diremos adelante, para que caiga luego del golpe, porque el tiempo que se ha de gastar en perseguir las demás, no se gaste en buscar aquélla que hirió, buscando dónde fué á caer.

SIL. Y sino fuese muy diestro el cazador, ¿qué orden habrá para dalle por buena parte, ó á lo menos ir más cierto en que hará el efecto que pretende?

MON. Parésceme que tiralle con dos balas maestras, ó con una maestra y dos postas cargadas y hechas por orden que cuando tratemos de esta materia os declararé mejor, especialmente que en esta forma de cazar por la mayor parte se tira de cerca, y así no habrá inconveniente en cargar con dos balas.

SIL. Pues si se tirase de lejos, ¿qué inconveniente será tirar con doblada carga?

MON. Eso es claro que no alcanzan tanto trecho, por-

que la fuerza del arcabuz va repartida; ni van tan ciertas ambas como una sola, y mientras más, es mayor inconveniente.

SIL. Y si una res se va herida y quedan las demás alborotadas, ¿qué ha de hacer? ¿Ha de ir tras la que huye y perder las que quedan, ó ha de seguir las que están inciertas y dejar la que ya tiene conquistada?

MON. Para eso lo que debe hacer es seguir la que huye hasta subir en el cerro ó atalaya más cercana, pues con el caballo se puede hacer fácilmente, y desde allí ver do se echa la que va herida, y tener cuenta con algunas matas ó señas para que sepa después hallalla, y vuélvase á las demás reses y procurar seguillas de la suerte que tengo dicho.

SIL. ¿Y si la res no se quisiese después de herida echar tan presto?

MON. Esto sabemos ya de experiencia, que en partiendo la res huyendo no procura más que desviarse de los ojos del cazador, y en trasponiendo suele alebrarse; y aun es menester que se advierta, porque muchas veces como llega el cazador á la traspuesta y no la ve, piensa que ha pasado adelante, y unas veces siguiéndola sin rastro la pierde dejándola atrás, y otras tropieza con ella; y cualquiera de los dos es gran inconveniente, y remédiase con arrancar luego tras ella en viéndola herida para llegar tan presto á la traspuesta que no se le pueda perder de vista, aunque sería mejor llevar sabueso que le pueda dar noticia de ella do quiera que estuviere.

SIL. ¿Pues cómo no habéis tratado del sabueso en esta forma de caza?

MON. Ni aun quisiera tratar de él ahora, porque tengo por mayor daño llevalle que el provecho que puede hacer, porque suele á veces atravesarse en los brazos del caballo y gruñendo asombrar la caza, y á veces rodearse la traílla al monte y hacer lo mismo, por lo cual no tengo

por bueno atraillar á caballo; y aunque esotros inconvenientes cesaran, hay pocos tan cuerdos de ellos que no gruñan en viendo la caza.

Sil. Bien me parece todo eso, y paresce que habéis descifrado todo lo que hay que decir de ese género de caza.

Sol. Una tan sola cosa me queda á mí que preguntar, porque tengo ya puesto el pensamiento en que esta caza ha de ser la que yo tengo de usar; y es, ¿en qué día podría un hombre como yo, tan enemigo de pasar malos ratos, salir á cazar esta caza que llamáis del rodeo visto, para que no me enfadase?

Mon. Yo os lo diré. Habéis de procurar un día en que no corra Solano, que es el viento que más inquieta la caza, y que el viento que corriere, que será cualquiera desotros, no venga furioso; la tierra llana, de pocas traspuestas y quebradas y ningún risco, y el monte apacible, y aunque sea espeso, no más alto que á los pechos ó poco más porque se señoree mejor desde el caballo, pues aquí no hay necesidad de cubrirse el cazador; y si la caza se alebrare, podrásele tirar mejor siendo el monte como he dicho.

Sol. Muchas condiciones son esas que me pedís. Apenas yo saldría á cazar si todo eso tengo de aguardar: templanza de tiempo y disposición de lugar, y hartarse el hombre de correr, y después ir en dubda si se le irá la caza.

Sil. Yo no os acabo de entender, señor Solino: ya se os ha dado orden cómo cacéis con lazos sin trabajo, y después, porque quisísteis ir á caballo, se os ha dado orden cómo cacéis con él. Yo no sé qué es lo que os ha de satisfacer, pues esto no os contenta.

Sol. Quisiéralo yo todo junto: ir á caballo y tener armados lazos para que fuera sin trabajo y cierto de que no se me ha de ir la res que viene.

Mon. También tengo de hacer eso por contentaros, que os he de enseñar á cazar á caballo y con lazos.

Sol. Ahora digo que no puedo dejar de ser vuestro

discípulo, porque si todo eso sabéis hacer, yo quedaré más aficionado á la caza que vos mismo lo sois.

SIL. ¿Cómo se puede hacer esa forma de caza?

MON. Para esta forma de ballestear conviene ser por lo menos dos compañeros, y si fueren tres ó cuatro, y hasta cinco, será mejor; pero llevando entre ellos tanto silencio y buena orden, que todos se rijan por el voto y parescer de aquél que más astuto fuere, sin que haya otro consejo alguno queriendo cada cual seguir su intento sin dejarse gobernar por el que mejor lo entiende, porque habiendo entre ellos desconformidad, las más veces dejarán de matar la caza; y para mejor hacello conviene ir á caballo aquél á quien por más diestro le hubieren dado el cargo, el cual llevará los compañeros al lado del caballo contrario de do se presume que se ha de ver la caza; y si llevaren sabueso como para eso se requiere, désele cargo de él al que de los otros supiese mejor atraillar, y éste vaya postrero de todos cerca de la cola del caballo, porque llevándole delante ó en medio hay peligro de pisar entre ellos y el caballo el sabueso, y gañiendo espantará la caza, la cual irán buscando por el mismo orden que atrás dijimos, de querencia en querencia, mirando con cuidado; y si toparen algún rastro fresco, síganlo con el sabueso hasta descubrilla, atraillando por el orden que se dirá; y si alguna vez levantare el rostro venteando y dando los indicios y señales de la caza que en su lugar dijimos, déle traílla, yendo con él el que lo lleva delante del caballo y cerca de él, y los demás compañeros de á pie cubiertos, como digo, con el caballo; y en viendo la caza torne de presto el atraillador á cubrirse con el caballo antes que la caza le vea, porque se recatará mucho, y quédese allí mismo con el sabueso cubierto con el monte, y el montero del caballo pase adelante, y lo primero que haga sea desviarse por un lado de la caza, el que más á mano le cayere; y si la viere él á ella primero que ella á él, desvíese por el lado que mejor

le paresciere que le puede dar el rodeo y que más libre vaya de traspuestas, pedrizas, riscos ó rodal de monte viejo que le pueda impedir su pretensión, y luego en dándole vista, siga su rodeo bien ancho á su principio porque más se asegure, apegándose bien los compañeros al caballo, y siguiendo su rodeo reconozca bien do la caza está parada y por qué parte le entra el golpe del viento, y doscientos pasos poco más ó menos antes que llegue al medio viento, déjese el compañero en lazo y pase con los demás prosiguiendo su rodeo, y á cien pasos antes del medio viento deje el otro, y pase con su vuelta, y ponga otro en el mismo medio viento, no olvidándose de poner á cada cual de los lazos arrimado á la mata más alta que allí se ofreciere, y como está dicho, cada cual tendrá cuenta con arrimarse á ella de espaldas procurando de no hacer viso; y si el monte fuere alto debe estar en pie, porque mejor vea venir la caza; y si fuere bajo, sentarse en el suelo poniendo el codo del brazo que ha de sustentar el arcabuz sobre la rodilla del propio lado, porque más seguro sea el tiro teniéndole preparado, sin esperar á prepararlo cuando la caza llegue, porque no le sienta.

Sil. ¿Y sino llevare más de tres compañeros el que va á caballo?

Mon. En viendo la caza, ate el sabueso el que lo lleva á una mata y váyase con los demás, y póngase en el orden dicho; y sino fuesen más de dos, déjele el uno al medio viento y el otro cien pasos antes; y no llevando más de uno, póngale al medio aire porque es el más cierto puesto que le puede dar, y pase el de á caballo prosiguiendo su rodeo como está dicho, guardando el mismo orden al pasar por las traspuestas; y en pasando por cima el viento, poca tierra más adelante apriete la caza metiéndose con ella, haciéndole saltar adelante hacia la parte del medio viento do dejó puesto el lazo, que aunque la caza salte huyendo al medio viento ó cola á viento, no dejará

de dar en ellos, porque como el viento sea uno de los principales sentidos de que se aprovecha, aunque el montero le apriete y haga saltar como digo cola á viento, luego se arquea tornándole á granjear por do forzosamente ha de dar en los lazos y más cierto en el que á medio viento quedare por causa de que la caza va pocos pasos cola á viento sin volver al hilo de él; y como el montero está en el medio viento más cercano á su golpe, tropieza más presto con él que con los demás, y podrá, si quisiere, hacer tirar al que de los compañeros tuviere por más diestro echando hacia él la caza.

SOL. ¿Qué debe hacer el montero que va á caballo después que se le ha tirado á la caza?

MON. Siendo una no más y habiéndola herido, ó le dió por parte que murió luego, ó por parte que pudo huir. Si murió luego, acabado está con ella; sino murió, pues ya se sabe que no puede vivir mucho yendo herida, váyase el compañero que fuere de menos importancia tras ella, hasta tomar la primera atalaya desde donde le parezca que la podrá ver caer, y desde allí tener cuenta con la parte donde cae; y deje señales para conocella cuando la vuelva á buscar, y vuélvase á sus compañeros, y entre tanto los demás podrán proseguir su caza por el orden que hemos dado; y si se le perdiere de vista no se canse en buscalla, que volviendo de allí á dos horas que estará la res echada y muerta, poniendo al sabueso en su rastro la vendrá á descubrir.

SIL. ¿Y si fuere tarea de ellas?

MON. Torne á cobrar los lazos con la propia vuelta llevándolos por el orden dicho, y seguir la caza que resta de traílla, teniendo cuenta con las muestras que el sabueso va haciendo, porque suele la caza á la primer traspuesta quebrarse en el monte ó alebrarse, y podría por esto ó por la altura del monte tropezar con ella y espantalla; y así guiándose por el sentido del perro, podrála ver

antes que llegue ó sentilla, y después de vista podrá dar su rodeo como hizo al principio y disponer sus lazos en las partes que más convengan.

SIL. ¿Y si yéndola rodeando, después de puestos los lazos la caza se alebrase?

MON. Ponga el montero con el pensamiento una señal en cada parte de aquéllas do se alebró cada res, y pase adelante con su rodeo trayendo un par de lazos, y prosiguiendo su vuelta, torne con brevedad acercándose con ella, y póngalos ambos juntos bajo del viento, y emballéstense hacia la caza; y sino la vieren, el montero de á caballo se la muestre con el dedo, y esténse quedos sin remecerse, y pase el montero de largo picando al caballo á paso largo saliéndose de camino, que luego que la caza no oiga al caballo se levantará á mirar por do traspuso, y entonces podrán tirar los compañeros á la par cada cual á la suya, que es á la que más derecha le viniere.

SIL. ¿Y si fuesen ambos bisoños en tirar?

MON. Será mejor no entrar más del uno al tiro, y éste sea el mejor puntero, pues diciéndole primero lo que ha de hacer, por poco que sepa bastará para estar sosegado aquel poco de espacio que la caza tarda en levantarse; y si derribaren alguna, degüéllenla con brevedad, y quédese el que menos supiere con ella, y tornen los demás á perseguir con el orden dicho la caza que resta.

SIL. Y si yendo en seguimiento de la caza se metiese en una breña fragosa por do el caballo no pueda entrar, ¿qué remedio habrá para seguilla?

MON. Armar los lazos á orilla de las breñas por el orden dicho, tan cerca de la caza cuanto la espesura diere lugar, y apearse há el montero de á caballo y entrará por la breña tirando piedras hasta asombralla y hacelle surtir á los lazos, y así derriballa han.

SIL. ¿Y si fuesen muchas y derribasen una y huyesen las demás?

MON. Irlas siguiendo de traílla, con aviso de que ya de medio día arriba están ballesteadas y perseguidas, y en comenzando el montero á querelles echar otro rodeo ó llegando á la mitad, se suelen deslizar huyendo por aquella parte do el montero estaba cuando la caza le vió, que esto se dice entre monteros á la primera vista, porque le parece á la caza que por allí no puede haber lazo que le tire como en los rodeos pasados se ha hecho, y más si han muerto ya algunas de la tarea, para remedio de lo cual no quiere la caza dejarse rodear. Esto es digno de advertir porque el montero tenga cuenta que habiéndole acontecido una vez, en tornando á dar vista á la caza deje el mejor de los lazos á la primera vista y ponga los demás por el orden que ya se sabe, haciendo un rodeo más ancho que los pasados; y debe también advertir el montero que si el día fuere calmo y el aire se sosegare como á las tardes suele, hallándose por esta causa la caza falta de olfato, en comenzando á perseguilla se suele salir con el sol en el ojo, especialmente [los] gamos.

SIL. Pues ¿qué remedio habrá para esto?

MON. Poner el un lazo en par del sol y los demás uno delante de otro, por el orden dicho.

SIL. ¿Hay otra cosa que advertir más acerca de eso?

MON. De la condición de los gamos se note, que suelen en habiendo pasado alguna traspuesta y perdídose de vista al que los sigue, revolver por do vinieron por alguna loma ó cumbre, asomándose á ver si son seguidos todavía.

SIL. Pues ¿qué se debe hacer para esos?

MON. Asomarse el uno de los compañeros á la traspuesta y estarse quedo aguardando á que vuelvan, que no hay mejor lazo, pues se le vendrá la caza á las manos.

SIL. ¿No hay más que advertir sobre esta materia?

MON. No entiendo yo que guardando estas reglas será menester deciros más, porque con esto no habrá cosa que

succeda que no se pueda remediar en esta forma de caza. No sé yo lo que el señor Solino dirá de esa, y [si] será tan buena para su humor, como sospechaba antes que la oyese.

SOL. Equivocámonos al principio en el entendimiento de aquel vocablo *lazo;* porque yo [no] llamaba lazo al cazador que se queda, [sino] aquella trampa ó armadizo que nos enseñastes ayer; y vos llamáis lazo al cazador que se queda en espía de la res aguardándola, y así tan poco es para mí esta forma como esotras.

MON. Pues yo no sé cómo os contente sino es rogándoos á que mañana me aguardéis y os trate el orden cómo se ha de montear las cabras: quizá en ellas hallaréis el gusto que deseáis, pues su manera de vivir es diversa de estotras reses.

LIBRO OCTAVO

DE LA MONTERÍA.

LOS MISMOS INTERLOCUTORES.

SIL. Doctamente trató nuestro amigo Montano estos días pasados todo lo que toca al buscar y cazar los corzos, ciervos y gamos, tanto, que aunque yo he leído muchos autores griegos y latinos que han escripto sobre esta materia, osaré afirmar que ninguno la ha tratado tan bien ni llevádola tan al cabo, porque el buscar ha sido muy discreto, y el cazar á rececho más, y la disputa de los redrovientos muy nueva y nunca advertida, pues ya el cazar á ojeo es muy vario y galano, pues esto del caballo de cabestrillo muy ingenioso, y lo demás del rodeo visto muy delicado, y lo de los lazos muy astuto, demás de haber declarado muchos secretos de naturaleza.

SOL. Holgaría de saber cómo se hace esto mismo en la caza de las cabras y jabalíes, porque sospecho que debe tener poca diferencia que los demás.

SIL. No tardará mucho que no lo sepáis, porque sino me engaño, es aquél que asoma por junto á la plaza, que venimos á juntarnos á buen tiempo y lugar.

MON. Yo sé que me debíades de aguardar según el contento que mostrásteis cuando me vistes, señalándome con el dedo.

SOL. Y aun vos debistes de recibillo cuando vistes que os señalábamos, que al fin os debe de dar gusto el ser loado y conoscido por hombre notable; y no es cosa nueva,

pues Persio dice que es cosa hermosa ser mostrado con el dedo y diciendo: «éste es.»

Sil. Más largo y claro y con más disculpa lo dice eso mismo Soto, en el fin de otra de sus *Sátiras*.

Sol. Decidla por vuestra vida, que no será malo comenzar nuestra conversación por cosa de tanto gusto como será oir versos de hombre que para con nosotros ha aprobado tan bien estos días.

Mon. Para mí será mucho alivio; pues en eso me podré yo disculpar de la vanagloria que decís que me conocistes, aunque pienso [que] muchos hombres notables la deben de haber tenido, y se podrían sacar pedazos de sus obras donde ellos mismos se alaban.

Sil. Verdad es, que también yo pudiera citar muchos; mas no tengo por seguro ir descubriendo vicios ajenos. Bastará por ahora recitaros esto que me pedís, porque no se gaste el tiempo en cosa de menos provecho. Pues viniendo al propósito: habiendo reprendido en una sátira muchos vicios, va reprendiendo la vanagloria de aquéllos que porque ansí son famosos se ensoberbecen; y pareciéndole que aun él hallaba en sí mismo parte de aquella culpa de que notaba á los otros, culpándose, disculpa á los demás con una generalidad, que es lo que parece que puede disculpar en algo los vicios, diciendo:

«No hay quien al apetito ponga llave,
Queriendo lastimar, herido quedo,
Que al fin es dulce que otro nos alabe.
No cabe en sí de placentero y ledo
El ánimo, ó sea bajo ó generoso,
Cuando otro nos señala con el dedo.
Véisle do va el teólogo famoso,
El médico excelente, el gran poeta,
El claro matemático ingenioso.
Cualquier ingenio noble se inquieta,
Y vuela con las plumas de alabanza,
Y más si es hijo del postrer planeta,

Ó si al segundo ó al tercero alcanza,
Que dé loa futura, y sin provecho,
Le hacen engendrar vana esperanza.»

SOL. Por cierto él se disculpa y los disculpa á todos muy bien, aunque no sé qué se quiso decir en esos últimos tercetos.

SIL. Está claro que los hijos de Saturno, que son los melancólicos, dice que se engrandecen más cuando son loados, porque al fin este humor es más contemplativo y recibe más estas alteraciones de contento y tristeza. Después añade que si es el hombre nacido de suerte, que de más de ser melancólico participa de Venus y Mercurio, suelen tener esperanza de cosas que importan poco, porque aún son amigos de que los loen de músicos, y locos, y enamorados, y otras cosas de poca importancia; que ya los que quieren ser loados de ciencias, no andan tan fuera de razón.

MON. Muy bien declarado está, y á propósito.

SIL. Vengamos si os parece, señor Montano, á lo que importa más. Decidnos algo de las cabras y jabalíes; y antes que comencéis, querría saber de vos si tenéis por cierto lo que dicen algunos, que huelen las cabras por los cuernos ó por los oídos, que no debe de ser pequeño milagro de naturaleza, si es cierto.

MON. Paréceme que no hay para qué traer eso á disputa porque debe de ser ficción de algún poeta, y no tiene necesidad de más respuesta que reirnos de quien lo dijo.

SIL. Verdad es que Oppiano, que es uno de los que lo dicen, es poeta; pero todos afirman que escribió verdades apuradas y huyó en cuanto pudo de poesías.

MON. Pues diremos que en esa parte se fué la boca á lo usado, y se dejó llevar de la corriente del verso.

SIL. Tampoco se puede decir eso, porque no es negocio que toca de paso, sino que de propósito se para á tratallo; y deciros he los versos mismos y la aprobación que

hace á su opinión, traducidos en latín de griego porque los entienda el señor Solino, y después de latín en español porque también vos los entendáis:

Est autem capris agrestibus ore foramen
Angustum, medios per dentes cornua versus
Pervadens flexis anfractibus intima cordis,
Hac in pulmones penetrat per flatilis aura,
Quod si quis fusa sensim per cornua cera,
Intercludat inane cito restrinxerit auras
Vitales, animamque et respiracula cordis (1).

Traducidos del latín.

Tienen las cabras agrestes un agujero
Angosto por medio los dientes y hacia los cuernos
Que con tuertas vueltas va á lo íntimo del corazón,
Por do á los pulmones camina el aliento ó resuello;
Pero si alguno cerrase con líquida cera
Aqueste vacío, muy presto se ahoga el aliento
Vital, con el alma y el resuello de su corazón.

Yo soy mal poeta, aunque aficionado á los buenos, y así no os maravilléis si he traducido mal, porque mi intención sólo ha sido citar la opinión de Oppiano al natural como ella está en el libro griego, y volverla verso por verso; y como el verso griego y el latino hexámetro tienen una misma medida, puédense traducir casi letra por letra; pero como los españoles no tenemos versos tan grandes que les igualen, para podellos traducir fuí forzado de fingir la misma medida en español lo menos mal que pude.

SOL. No sois vos el primero que ha hecho eso en España, que Alonso de Fuentes hizo un libro de Filosofía en nuestra lengua y en ese verso mismo; y Don Fernando de

(1) Varios son los traductores latinos de Oppiano, y por tanto diferentes las traducciones en metro y en palabras. La edición que tuvo á la vista nuestro autor todas las veces que cita al poeta griego fué la de *París*, 1555. (*Lutetia*, ap. mich. Vascosanum.)

Acuña dicen que se cansó muchos años en traducir ese verso latino á España; y en la traducción de la *Etiópica* de Heliodoro hay otros versos de esa suerte traducidos de griego á latín y de ahí á español.

SIL. Á lo menos yo no pienso cansarme más en traducir nada. Bastará que entienda el señor Montano que prueba el latín lo que decimos.

MON. Dejado aparte eso, que yo no miro en la poesía, grande admiración me han puesto las palabras de Oppiano en decir que hay un agujero por medio de los dientes que sube hacia los cuernos y pasa al pulmón y llega á lo íntimo del corazón, y que por allí resuellan las cabras, de suerte que si les tapasen los cuernos con cera se ahogarían; y no lo puedo creer aunque él me lo jure, porque entiendo que si la cabra tiene la boca y narices desembarazadas, nadie la podrá ahogar por el cuerno, pues aunque fuese verdad que ellas resollasen por el cuerno, no niega Oppiano que también no pueden resollar por las narices y boca; y si para hacer su prueba les atapasen las narices y boca, yo diré que se ahogaron por eso y no por tapalles los agujeros de los cuernos.

SOL. Mejor hiciera su prueba Oppiano si tomara el argumento afirmativo, diciendo que aunque les tapen las narices, si les dejan libres los cuernos, no se ahogan; que ésta será bastante prueba de que por allí resuellan.

MON. Verdad decís; pero todavía me parece opinión de poeta. Holgaría de saber si hay quien le acompañe.

SIL. Esa opinión ninguno, que yo sepa, la ha tenido; mas otra que se le parece tuvo Arquelao, y es que resuellan por las orejas, y síguele Plinio, y Marco Varrón en el segundo libro *De re rustica*. También Horo Apolo, en sus *Letras Jeroglíficas* añade más, que resuellan por las orejas y oyen por las narices.

MON. ¿Hay algún buen autor que haya sentido lo contrario?

SIL. Aristóteles, en el primer libro de la *Historia de los animales*, dice que Almeón, que fué otro famoso filósofo antiguo, tuvo esta opinión, y la reprueba á lo que parece.

MON. Pues á ese me atengo, cuya autoridad es tan grande, demás de que la experiencia me dice á mí lo mismo, porque ellos se debieron de engañar viendo que las cabras, aunque estén cola á viento, sienten por el olfato los que vienen por detrás; y así como tienen los cuernos vueltos atrás, entienden que por allí les vino la noticia del viento ó por las orejas, que también están atrás. Mas Oppiano claramente se engañó, pues no miró que los cabrones, que son de la misma especie y han de tener por fuerza la misma compostura, tienen los cuernos para delante, y con todo eso sienten el viento que les viene por detrás.

SIL. Pero no me podréis negar que son más torpes en ese sentido, y quizá es por eso, aunque vos no lo creéis; aunque para evitar ese inconveniente los demás autores que cité dicen que resuellan por las orejas, que todos las tienen atrás.

MON. Los unos y los otros desvarían, cuál más, cuál menos, porque todos los demás animales del monte hacen lo mismo, que aunque el cuerno esté vuelto de espaldas al viento, también recibe el olfato y siente á quien entra por el viento, porque por los lados se socarra las narices y aquello basta para recibir el viento.

SOL. Dejá ya eso y tratad el modo que se debe tener en buscar las cabras, porque ya estoy cansado de esas disputas.

MON. Para eso habéis de entender que hemos de tornar á dividir el año en tres tiempos, por amor de las tres camadas que estas reses tienen. La primera tiene siete meses y dura desde Marzo á Septiembre, incluyéndolos ambos meses en la cuenta, la cual se llama *verano*, como la gente vulgar que llama todo este tiempo verano y lo

que resta ivierno, que es el nombre que pusimos al primer tiempo de los venados. La segunda es de dos meses, que son Octubre y Noviembre, hasta mediado Diciembre, y ésta se llama la *corriente* y corresponde á la brama de los venados. La tercera, Diciembre, Enero y Febrero, y llamarse há también *cansa*, como en esotra suerte de montería, y conforme á estos tres tiempos iremos tratándoos en qué partes y cómo se deben buscar las cabras.

SIL. Eso me parece que será llevar el mismo orden que llevastes en dar orden de buscar los venados, y será muy bien.

MON. Hállanse las cabras en este primero tiempo que es llamado estío más ordinariamente, así las hembras machorras como [las] paridas con sus cabritos, todo el día en las solanas, especialmente si en ellas hubiese monte bajo, porque las solanas están desde que el sol sale hasta las diez del día sombrosas, y por esta causa más ocultas; y desde allí hasta el tramontar del sol, se quedarán también en la misma solana, habiendo, como he dicho, monte bajo que con su sombra las defienda del sol, aunque el monte no sea muy alto, porque de todas las reses de pelo es la que menos se siente del calor.

SIL. ¿Y si la solana tuviese alguna vuelta de peñas ó de la misma sierra?

MON. Hallaránse continuamente en ella, porque allí no les toca el sol desde que sale hasta que es ya tarde á hora de vísperas, que se ha rodeado. Y esta vuelta se dejará entender claramente, porque está en frente del Poniente y del Regañón, y en volviéndose el sol y alumbrando la parte tal como suele á la hora dicha, suelen también ellas mudarse y meterse más en el cuerpo de la umbría con quien frisa esta vuelta que digo; y allí pasarán todo el resto del día, aunque se ha de advertir que las paridas están siempre apartadas de las machorras, aunque están en una misma querencia y disposición de tierra; y si el día fuere nu-

blado se estarán todo el día en aquella parte de la solana que más comida hubiere.

SIL. ¿Y dónde irán á dormir, pues decís do han de estar de día?

MON. Con cualquier día que haga irán á dormir á la cumbre al tramontar del sol, y allí pasarán toda la noche por estar seguras de los otros animales, teniendo ellas, como tienen, por su defensa las peñas.

SIL. ¿Y dónde se hallarán los cabrones, que en este tiempo andan apartados de las cabras hechos tareas?

MON. Se hallarán más continuamente en las umbrías montosas, encamados como ciervos, y por la mayor parte de media umbría adelante hacia donde el sol se pone, porque se tarda más en llegar á aquella parte.

SIL. ¿Y si las umbrías estuviesen faltas de monte bajo y las solanas abundasen de él?

MON. Se hallarán en ellas todo el día.

SIL. ¿Y si fuese, como suele, la tierra tan rasa, que en solana y umbría no hubiese monte?

MON. Hallaránse todo el día en los lastrales más altos de las cumbres de las más altas sierras, aunque el calor sea excesivo, porque allí gozan de la templanza del viento que no puede dejar de correr, con que templan su fuego.

SIL. ¿Y si en las sierras dichas hubiese nieve, como en todo el estío la hay en la sierra de Granada?

MON. Hallaránse encima de la propia nieve con la fuerza del sol, porque la frialdad de la nieve y el calor del sol hacen una templanza moderada para ellos.

SIL. ¿Y si fuesen allí muy perseguidos de monteros?

MON. Se irán á do haya más nieve; y en siguiéndolos mucho en lo llano, se vuelven á lo alto.

SIL. Ya no debe de haber en ese primero tiempo qué decir. Decidnos do se hallarán en el segundo, que es la corriente.

MON. Hallaránse machos y hembras en lo más alto

de las sierras más bajas y hondas, retirados de la frialdad de las sierras altas, y más si estuviesen nevadas, porque estándolo, no quedará en ellas res alguna que no venga á lo bajo, aunque también lo esté, por hallar allí más templanza, y siempre al anochecer en las cumbres de las sierras; y si hiciere sol y tiempo claro estarán por la mañana en las cumbres tomando el sol, y en entrando el cuerpo del día se bajarán á encamar al comedio de la solana; y si hiciere nublado se estarán todo el día en ella, no siendo perseguidas de ballesteros, porque siéndolo se recogerán en entrando la mañana á la umbría más cercana á tener[se] lo restante del día, pareciéndoles estarán allí más ocultas con la ausencia del sol; porque aunque el tiempo es frío y la umbría lo es, puédenlo sufrir con el calor que la fuerza de la sangre les da, incitándolos á su lujuria y celo. También tomarán á veces para huir ambos inconvenientes la media cuesta arriba, para huir el frío y para encubrirse como digo en la umbría, y también porque los machos se aprovechan en este tiempo más que en otro del año del sentido del ojo y del oído, atalayando para ver los otros cabrones sus contrarios para atopearse con ellos; y así buscan los picazos más altos por buscar las hembras que apetecen en tal sazón, siendo como son tan lujuriosos, que aunque un cabrón tenga acceso con una tarea de cabras, no queda satisfecho y va á buscar otra luego, aunque no halle machos madrigados que se las defiendan y quiten. Aprovéchanse también del oído, porque vemos hacer un cabrón una atalaya desde un picazo mirando y escuchando con tal cuidado y silencio, que en tres cuartos de hora no suele menear las puntas de los cuernos más que si estuviere muerto; con la cual escucha, oye muchas veces otros cabrones topearse sobre la torionda, y otras veces volcar piedras, que en este género dè caza es muy ordinario, por haberlas en la tierra do suelen andar.

Sil. Eso aprovechará para el cazador que les entra á

matar, porque aunque vuelque por yerro algunas piedras, pensarán que es otro de ellos, pues lo suelen hacer.

MON. Así es verdad. Y si fuere el viento que corre cierzo y furioso, se hallaran en las solanas, y más si el día fuese nubloso y viniere lloviendo, ó si la solana tuviere riscos y monte bajo.

SIL. Y si corre avieso con esa templanza, por ese orden se hallará en las umbrías.

MON. Generalmente cualquiera viento que venga lloviendo, se hallarán en las partes abrigadas de él, y siempre al anochecer en lo alto, como dicho es.

SIL. Pasad al último tiempo, que es la cansa.

MON. En ese tiempo hace todo el ganado de un año arriba otra camada apartándose de las hembras, y se van á las sierras más altas á tener la cansa, y están por la mayor parte en las solanas todo el día, y guardan mucho las concavidades y sombreros de peñas.

SIL. Y también si lloviere con cualquier viento estarán abrigados de él, pues los ofenderá más en este tiempo que en otro por su flaqueza.

MON. Ansí es verdad, y aún son más fáciles de matar ahí porque duermen más descuidados con menor recato de su vida; y si después de haberse mudado á las sierras más altas revolviere el tiempo con fortuna y nieve, se volverán sin dubda á las sierras bajas do tuvieron su corriente, aunque sea el tiempo de su cansa, huyendo de la nieve; y en tornando el tiempo con bonanza, se tornarán también ellos á las sierras altas, guardando siempre los abrigos de los vientos furiosos.

SIL. Y en ese tiempo de la cansa, ¿dónde se hallarán las cabras, que no habéis tratado de ellas?

MON. En las sierras bajas do tuvieron su corriente guardando siempre las solanas; y si, como dijimos, anduviesen perseguidas, guardarán las umbrías y subiránse al anochecer á las sierras altas.

SIL. ¿Por qué razón se están de día en lo bajo, pues se suben á la noche á lo alto?

MON. Por dos razones. La una es porque con el peso de estar preñadas sienten más trabajo en andar por lo alto, y así huelgan de estar en lo bajo; y porque hallan allí pasto más goloso, que aunque es poco todavía, en lo bajo hay más que en lo alto.

SIL. Pues ¿por qué se tornan á subir á lo alto de noche?

MON. Por temor de los animales que son contrarios, y saben que allí están más seguras. Después al día bajan al pasto, porque casi siempre suele haber allí quemados y gozan del retoño de tallo espartillo, campanilla, porrinillo y otras pasturas tiernas y golosas tras las cuales andan desojadas; á los cuales lugares acuden, aunque no tengan pasto, con el regosto que les quedó de lo que hallaban allí en el verano pasado.

SIL. Pues que nòs habéis dicho dónde se han de hallar esas reses en todo tiempo, dadnos el orden que se ha de tener en atalayar.

MON. En el tiempo de la corriente ha de ser el atalaya larga y espaciosa, si el ballestero hallase la tierra hollada de rastros frescos y la tierra acompañada de querencias, porque esperándolas en la cumbre, ellas se vendrán á las manos, y casi bastará hacer un atalaya, ó dos cuando mucho, cada mañana, y otras tantas á la tarde; y en todo lo restante del año podrá hacer todas las que quisiere, porque han de ser breves en todo el día, si en las primeras no hubiese hallado caza; y podrá atalayar también al medio día ó por la mañana, y á la tarde y mañana, porque se le dejará á causa de ser la tierra donde andan de poco y bajo monte y en las más partes ninguno, por lo cual se verán también echadas como en pie, y así, en asomando la atalaya y viéndola toda vacía, podrá pasar adelante sin detenerse más.

Sil. De suerte que con esto sólo se sabrán atalayar estas reses, porque lo demás queda dicho en el atalayar de los venados, diciéndonos ahora cómo se han de matar á rececho.

Mon. Es animal de tanto instinto y recato la cabra montés, que en los dos sentidos del viento y oído se igualan á todos los demás animales que hemos tratado, y ansí, según esos autores que dijistes, se les deben preferir, pues dicen que reciben el olfato por el cuerno y oído, y en el sentido del ojo y conocimiento particular, cierto se les aventajan á las demás reses de pelo y cerda; y no sólo en esto, pero en ser más recatadas, como claramente vemos, pues estando una manada de cabras encamadas, siempre suelen ponerse en rueda y echar las colas adentro y las cabezas afuera, mirando unas á diferente parte que otras, y escombrando con la vista casi cuanto en redondo se puede alcanzar, que es mucho, por estar siempre, como dije, en monte bajo; y no contentas con sólo esto, mientras unas duermen otras velan con tal orden, que se levanta una de ellas por orden de las demás y se asoma á la peña ó pico más cercano diez ó doce pasos, y á las veces más, y haciendo centinela y descubriendo y desospechando á todas las cosas que en toda la comarca á su tarea pueden ser contrarias, con tal silencio y cuidado mirando á una parte y á otra, como lo puede hacer un muy astuto montero andándolas buscando; y si ha visto bullir, aunque sea un pequeño pajarillo, y está tan lejos que no se puede certificar de lo que es, será posible que en media hora y más no quite los ojos de aquella parte con las orejas emballestadas, estando tan quieta y atenta esperando si se menea, que aun las pestañas de los ojos no remesce; y si ve alguna cosa contraria, avisa en continente á las demás con dar cuatro ó cinco silbos más vivos, recios y apresurados que los podía dar el mismo cazador, y éstos por diferente parte que el montero, porque

los da por las narices, impeliendo con tanta violencia el viento, que lo hace sonar más que pudiera por la boca, con los cuales pone en huída su tarea, porque ésta es la habla con que ellas se entienden y avisan.

SIL. ¿Y si esa que salió en centinela no siente nada que le dé sospecha?

MON. Tórnase á su cama, y levántase otra y toma el propio cargo haciendo lo mismo, y después se vuelve aquélla y se levanta otra usando de las mismas astucias; y así, mientras unas duermen, otras procuran guardallas con sus atalayas.

SIL. ¿Y suelen igualmente en todo tiempo hacer eso?

MON. Más en los días airosos que en los calmos, y más corriendo cierzo que otro viento.

SIL. ¿Y sabéis la razón por qué en esos días lo hacen más que en esotros?

MON. Sospecho yo que es porque entonces tienen temor de ser engañadas más fácilmente porque no ven tanto ni oyen tanto, y así por vivir con tanto recato de su vida, como por tener tan vivo el sentido del ojo, acompañado de un conocimiento tan aventajado, que raras veces se les puede tirar á su ojo como á las demás reses de pelo y cerda, á las cuales se les puede llegar por este orden á su ojo de ellas con estar el cazador cuando al tiempo que la res alza la cabeza á mirar como tengo dicho; pero esta especie de animales no dejará de conocelle si le ve, por quieto y sosegado que esté, por todo lo cual será necesario, que después de haberlos visto y hecho la preparación que en el rececho del cervuno dijimos acerca de no moverse hasta haber conocido la parte donde están y el viento donde sopla, debe mirar con cuidado si hay cerca de ellas alguna peña ó tormo, aunque pequeño, porque echándolo delante podrá llegar cubierto, estando á la parte del soviento ó medio viento por do ve hacer su entrada; ó si en lugar desto hubiese alguna quebrada, vallejo, tras-

puesta ó macollada de matas espesas que no se trasluzcan con alguna raridad que en ellas haya.

SIL. ¿Qué debe hacer demás desto al tiempo del entrar?

MON. Asegurar bien el pie descalzándose los zapatos primero, y mirar dónde lo asienta más seguro de piedras ó támaras secas con que haga ruido, porque engañándolas en el sentido del oir, y llevando ya seguro el del viento y ojo, que lleva cubierto con la parte tal, se les entrará al tiro que quisiere.

SIL. Y cuando haya de asomar la cabeza para hacer el tiro, ¿por qué parte ha de ser?

MON. No sea por la parte más alta del reparo que tiene delante para excusar el viso que podría hacer, ni por la parte más rasa de la peña, sino por un lado de alguna matilla ó otra cosa por pequeña que sea, que ésta bastará á cubrillo.

SIL. Y si acertase á tener la cola hacia la parte por do entra el cazador, no sería menester llevar tanto recato, pues no le podrá no ver sintiéndole con los otros sentidos.

MON. No bastaría todo eso, que tiene de costumbre la cabra volver muy á menudo la cabeza atrás, y no dejaría de vello si él fuese descubierto confiado en eso, cuanto más que ellas suelen siempre tener la cara al soviento, que es por do saben que les ha de entrar el cazador.

SIL. ¿Y si estuviesen en parte tan rasa que no hallase el montero éste cómodo para cubrirse?

MON. Tenga cuenta con las más cercanas peñas que hubiere á la caza y póngase allí, que teniendo sufrimiento para estar quedo, ellas se le acercarán muchas veces, porque son las principales armas de su defensa; y tanto que con ser tan recatadas como dicho tengo, no les duraría más la vida de cuanto les durase el andar por ellas, por ser reses que en tierra llana corren poco y todo su correr es por riscos y peñas.

SIL. ¿Y si con todo eso viese que se mudan á otra parte y que no se quieren acercar á las peñas?

MON. Mire la derecera y viaje que quieren llevar, que lo conocerá en que luego que se levantan inclinan la cara hacia aquella parte por do piensan ir, y adelántelas por el orden que en el cervano dijimos, sin darles vista.

SIL. ¿Y si por ir algo desviadas y no haber traspuesto no pudiere adelantarlas?

MON. Déjelas trasponer, que en llegando á la primera querencia pararán, sino van espantadas.

SIL. ¿Y si han tenido algún sentimiento de él?

MON. Advierta á no asomar luego á la traspuesta do las perdió de vista queriéndolas luego perseguir, porque son tan astutas, que en trasponiendo de alguna cumbre ó peña que las prive de la vista del cazador, suele una de la tarea volverse á asomar por los propios pasos á mirar por el montero á ver si va todavía en su seguimiento; y cuando no lo quisiese aquélla á quien le toca hacer, la fuerzan á ello las otras hiriéndola con los cuernos y haciéndola volver; y así viéndose sosegado el cazador de suerte que la que vuelve á hacer atalaya no le vea, es cierto que las hallará encamadas de allí á poco espacio de tiempo.

SIL. Y paréceme que podríades decir ahí lo que dijistes de los gamos, que sería bien aguardar el montero en la cumbre de esa traspuesta á esa cabra que vuelve á atalayar y matalla, pues le será fácil.

SOL. Otra cosa se me ofrece á mí, y es que si acaso el cazador por advertir mal, hubiese cargado el aire, aunque no le hubiesen visto, que entonces es cuando ellas más se recatan, ¿qué orden habrá para asegurallas?

MON. Tener advertencia al traje de la gente que hay en aquella comarca; y si es tierra de leñadores, saque de presto el puñal y comience á labrar en la mata ó tronco más cercano; y si es tierra de pastores, hablar ó silbar imitándoles, porque con esto se suelen asegurar, y más si

es al tramontar del sol, que á esta hora será cosa muy cierta no sólo asegurarse, pero encamarse á ojo del montero, ó por lo menos á la primera traspuesta.

SIL. Esa es cosa de admiración, porque según decís y yo entiendo, todos los demás animales suelen á esa hora estar levantados paciendo, y ellas parece que decís [que] entonces se encaman.

MON. La razón de eso sospecho yo que es que los demás animales tienen constancia en pascer y encamarse, y así no les viene á cuento encamarse á la hora que han de pascer, que es al tramontar del sol; y esas cabras, como andan todo el día pasciendo y haciendo camas, hácenlas también entonces sin advertir la hora que sea si es dispuesta para lo uno ú lo otro, especialmente habiéndolas dado una arremetida, y vienen cansadas y con gana de descansar; y tanto, que aunque les tiren una y dos y tres veces no aciertan bien á huir y aguardan, y no se puede perder confianza de que á la primer traspuesta se tornarán á echar.

SIL. Y si alguna vez por descuido ó por otra negligencia le hubieren visto las reses remecer al cazador en la atalaya, no viéndole muy descubierto, ¿qué debe hacer?

MON. Asome la cabeza, de los ojos para arriba solamente, meneándola á menudo de arriba para abajo y graznando como cuervo á un mismo tiempo, que muchas veces la tornará á asegurar, porque entiende que es cuervo de los que muy continuamente suelen hacer esto sentados en lo alto de las peñas.

SOL. Según eso, paréceme que podremos decir que lo que las avisó las tornó á engañar, que es cosa que pocas veces suele acontecer, y como dice Boscán:

«Á las veces sana el ciego
Con lo mesmo que ha cegado,
Así como suele el fuego
Reparar lo que ha quemado
Si lo torna á quemar luego.

Heme perdido queriendo,
Y heme de ganar amando,
Y en esto que voy penando
La herida cobraré viendo,
Y habré de sanar mirando.»

SIL. ¿Y es la misma razón para en eso que habéis dicho de los machos y de las hembras?

MON. No, porque todo lo que he dicho se entiende de las hembras en el estío y cansa; pero en la corriente los machos paran primero, que se cansan más presto.

SIL. De suerte, que teniendo cuenta con eso, se podrá bien cazar á rececho, teniendo cuenta con guardar las reglas de los redrovientos que dijistes en el rececho de los venados.

SOL. Resta ahora que nos digáis cómo se matan las cabras á ojeo, y si se diferencia esta caza en algo haciéndose con estas reses ó con las pasadas.

MON. Siempre que el montero viere las cabras en parte tan exenta que no se las pueda llegar á rececho sin esperar á gran rato para que se mejoren á otra parte diferente, llevando compañía podrá cazarlas á ojeo, teniendo cuenta de mirar el hilo de peñas más cercano y riscoso de do ellas están, y sin consideración del viento que dijimos en el ojeo, podrá echarlas ojeando si quisiere cola á viento ó á medio viento, que no dejarán de ir de buena gana, lo que no tienen los demás géneros de caza, porque éste principalmente tiene cuenta en su huída con seguir las peñas y los más fragosos riscos y peñas tapadas, en las cuales se defienden de los perros de tal manera, que por medio de lo alto de ellas suelen pasar por sus rayas tan estrechas que ya ellas tienen conocidas para semejantes necesidades, que aunque vayan los perros tras ellas no se atreven á pasar por allí, y al parescer no pueden sin caer y hacerse pedazos; mas cuando se ven de los perros oprimidas por dos partes de las peñas, juntan los pies y ma-

nos, y pegándolos á la propia peña se deslizan recias hacia abajo hasta dar en el suelo sin hacerse mal, aunque estén cincuenta estados en alto; por todo lo cual no se les da nada de llevar el viento en el colodrillo, porque también suelen otras veces cuando se hallan al pie de la peña encaramarse subiendo por una peña arriba tan enhiesta y altísima, que causa admiración y más de ver que suban por ellas sin deslizar; y aunque la peña por do suben esté lisa, no se deslizan jamás, porque tienen los pies y manos ásperos y dispuestos para ello. Digo esto, porque teniendo cuenta con la disposición de las tales peñas ó riscos, será fácil conocer su huída y do se deben esperar para que mejor se les tire, poniéndose á esperar detrás de alguna peñuela, por pequeña que sea, sin mostrar más que solamente la ventalla de la montera, por las razones que dijimos.

Sil. Decidnos ahora cómo se han de poner los compañeros si fueren tres ó más.

Mon. Pondránse los dos á esperarlas en la distancia de tierra el uno del otro que conforme á la anchura de los riscos les paresciere, de modo que ya que no salgan al uno, vayan á dar al otro; y puestos por este orden entre el otro compañero ojeándolas, y si el hilo de peñas fuere angosto de modo que baste un tirador, podrá estar el otro con el sabueso ó sabuesos cerca y algo más atrás cubierto con todo silencio; y desque ya el ojeador entienda que los monteros están puestos, entre ojeando con tan poco ruido, que solamente debe ir tirando unas sutiles piedras de cuando en cuando, porque haciendo mucho ruido hay los propios inconvenientes que dijimos en el ojeo del cervuno. Desta suerte saldrán sosegadas, y tendrán los monteros lugar de tiralles sin sobresalto como para acertar conviene, porque voluntariamente se irán parando y volviendo de cuando en cuando la cabeza al que las ojea.

Sil. Y sino se parasen, por salir muy recias y haber-

se descuidado el ojeador de hacer lo dicho, ¿qué señales hará el montero para hacellas parar?

MON. Vrajearles (1) como perdiz, que con esto pararán, y suelte el compañero los sabuesos tras ellas; y cayéndoles cerca, como caerán por este orden, no dejarán de pararlas presto y especialmente si hubiese algún pedazo de tierra llana ó falta de riscos antes de llegar á las peñas, porque en la parte tal las apretarán tanto, que en llegando á las peñas paren, que donde hay tierra apacible, como dijimos, corren estas reses poco; y ansí en llegando al primer risco, poyal ó covacha, será cosa cierta engarballas en tales partes, que aunque no se les pueda subir por hacello casi siempre ellas en partes ásperas, se les pueda tirar bien al descubierto, y ya sería posible engarbarse en parte tan estrecha que no tengan más que dos salidas; y si van dos compañeros tomándoles los puestos, matallas há todas, como ha acontecido á algunos cazadores que yo conozco; y eso se puede hacer en todo tiempo del año, aunque son más fáciles de matar en el tiempo que ellas andan pesadas con la preñez y no pueden correr tanto, ó en el tiempo que están paridas de poco, que por guardar á sus hijuelos corren menos.

SIL. De suerte que con eso queda sabido cómo se ha de cazar á ojeo y á rececho. Veamos si según la diversidad de los tiempos, halláis alguna cosa de que nos podáis advertir.

MON. Si os acordáis cuando traté de los venados, hice particular mención del tiempo de la brama; y así será necesario que lo haga ahora en las cabras, que tiene necesidad de algunos avisos.

SIL. Pues decidnos ahora su brama y lo que hay que advertir acerca de ella.

(1) *Vrajearles* dice aquí en el texto, y *rajearles* en otros pasajes; pero ambas voces, que nada significan, deben ser errores de copistas, toda vez que existe el verbo *ajear*, que además de castizo, es técnico tratándose de perdices.

Mon. La brama de estos animales se llama la corriente, como he dicho, porque como los venados con el celo suelen bramar, estos animales suelen correr de una parte á otra con inquietud. En lo demás suele ser el un celo semejante al otro, porque suelen carabritear tras las cabras y topearse recísimamente los machos por la cabra ó cabras que están en amor en la manada. El cabrón que vence queda con ella muy ufano, y por la mayor parte son los viejos á que llaman adrados, porque son los mayores y más notables, y el que queda vencido luego se va desesperado, corriendo por las cumbres y picazos más altos, haciendo atalayas y escuchando con gran silencio si oye topear ó volcar piedras [á] algunos de su género, para ir allá corriendo, como suelen, á quitárselas; y sino oyen ninguno, van oliendo y rastreando como perros, en lo cual tienen un aviso maravilloso habiendo de pasar de una parte para otra cuando van en manadas, que suelen echar los viejos á los más nuevos delante cincuenta pasos; y si voluntariamente no quieren ir, les hacen ir topeándolos, desospechando las cosas que en aquel viaje les pueden ser contrarias, y en viendo algo dan los propios silbos que de las hembras dijimos, y vuelven muy recios avisando á los que vienen detrás, con lo cual no sólo éstos se ponen en huída, mas cuantos en la comarca hubiere saldrán de sus querencias.

Sil. Todo eso tenemos ya oído muchas veces, así en el orden de buscar estos animales, para lo que le pertenece ese aviso, como en la caza de los venados á la cual se puede reducir. Decidnos ahora el orden que se ha de tener en matallos en ese tiempo, que es lo que se pretende.

Mon. Hase de esperar en la cumbre de aquella querencia que hallare más hollada de ellos y más acompañada de otras querencias, do suelen venir por momentos; y estaráse el cazador quedo y cubierto, que allí se le vendrán muchas veces á las manos, así por rastrear tanto de una

parte para otra, como por guardar las cumbres más que en ningún tiempo del año, por lo cual será posible que siendo la tierra de caza abundante, tire cinco y seis veces al día sin ser necesario mudarse de un puesto.

SIL. Y si estando el montero aguardando en ese puesto viese que la res se le va por otra parte, ¿qué orden tendrá de traella á donde él pueda tirar, siendo la tierra tan rasa que no se le pueda llegar á rececho?

MON. Quítese el alpargate, y cubriéndose con la peña más cercana dé unos golpes recios, y entre golpe y golpe procure dejar el espacio de tiempo que le pareciere que basta para dar su carrera al tiempo que los cabrones se suelen topear, para que el cabrón que se va sospeche que los otros están en su lucha, y venga á hallarse presente, según que ellos lo suelen hacer.

SIL. ¿Y si eso no bastase, por parecerle al cabrón que ya que esos machos se topean no le convida á él su pelea para hallarse presente?

MON. Podrá usar de la balitadera, que en su lugar diremos, con la cual imitando á la hembra, vienen los machos tan ciegos, que no solamente estando solos sin cabras vendrán, mas aun estando con ellas suelen dejar la tarea muchas veces y acudir al balitido, y más cuando en la manada no hay hembra torionda, porque entiende que la otra que balitea lo está.

SIL. De suerte que en este género de caza nos enseñáis dos señas ó baliteados con que traigamos á los machos: uno fingiendo el que ellos suelen hacer topeándose, y otro el que ellas hacen llamándolos. En lo primero vence esta caza á la pasada de los venados, pues solamente nos enseñastes un modo de llamar, que es con el bramido del macho: decidme agora cómo no nos enseñastes allí el balitido de la hembra, pues podrían venir los venados á ella.

MON. Eso no se ha inventado quizá porque las hem-

bras andan en ese tiempo juntas en tareas, y nunca bramará la cierva sino estando sola; y así como cosa de poco efecto, no han dado los ballesteros en imitar las hembras.

SIL. Bien me parece. Mas decidme agora, ¿estas reses no tienen su gamita en que se puedan cazar como esotras?

MON. No, porque nunca se apartan de sus hijos, y así no tienen para qué llamallas ni tener ese cuidado de ellos.

SIL. ¿Y no toman esas reses trigo ni yezgares?

MON. No, porque no bajan á partes tan apacibles ni se osan apartar de las peñas, como he dicho.

SIL. No me podréis negar sino que toman aguas y salegas.

MON. Verdad es, y podránse cazar en ellas como esas reses sin diferencia, y por eso no hago mención de ello.

SIL. Y al rodeo visto y caballo de cabestrillo, ¿puédeseles entrar á las cabras?

MON. Eso está claro que no, porque siempre están en partes tan ásperas y riscosas que no se puede meter allí caballo por algún orden.

SOL. Decidnos ahora en qué disposición de tierra y en qué tiempo se podría salir á buscar esta suerte de caza para que mejor se halle y goce, porque como ya sabéis de mí, yo no soy amigo de andar todos los días á caza, y querría salir en tiempo que hiciese efecto muy presto y con el menor trabajo posible.

MON. Hase de procurar ir á cazar, si fuere posible, en tierra quebrada y traspuesta, porque, pues á estos animales no se les puede llegar á tirar á su ojo sin ser conocido el cazador de ellos por ser tan agudos en este sentido, es bien buscar tierra con que se encubra de su vista, lo cual no podrá hacer en tierra llana, que por falta de quebradas y traspuestas les dejará de tirar, ó entrará con peligro de espantallas.

SOL. ¿Y con qué tiempo?

MON. En días claros y de sol porque entonces se les podrá llegar mejor, y sin viento si pudiere ser ó á lo menos que no sea Cierzo, que éste las inquieta y trae más avisadas que otro alguno. Y si fuese al medio día se les podrá llegar más cerca que á la mañana ni á la tarde, porque entonces tienen más gana de reposar y bulle menos el viento, ó por la tarde al tramontar del sol por estar cansadas de hacer atalayas. Y con esto nos podemos ir á comer si os parece, y veámonos á la tarde, donde podamos decir algo de los jabalíes, para que podáis decir que sabéis toda la caza mayor; que no es bien que por tan poco dejéis de saber la consumación de esta ciencia.

LIBRO NONO

DE LA MONTERÍA.

LOS MISMOS INTERLOCUTORES.

SOL. Tuvo mucha razón ese autor en afirmar que son los jabalíes fortísimos y feroces más que todos los animales de que Montano ha tratado, porque yo he oído decir que suelen, si alcanzan de través un lebrel, partillo por medio de un golpe; y me contó pocos días há un montero, que estando una noche descuidado debajo de la encina con la montería desarmada aguardando á que se hiciese hora de ir á montear, vino á la parte do él estaba un jabalí por ventura buscando el pasto de aquel mismo árbol que otras veces habría tomado; y como fuese sentido de los perros, que eran once ó doce, dieron en él y arrimáronle á parte donde él tuvo las espaldas guardadas, y como se le fuesen llegando, él comenzó á derribar perros de tajos y reveses con ambos colmillos, de suerte que á poco espacio no dejó alguno vivo, y cuando el cazador quiso mirar por él, se había ido bufando y dejándole sin compañía; y revolviéndolos para ver las crueles heridas en que algunos estaban cortados de parte á parte, halló en algunos los pelos cortados en el aire donde no les pudo alcanzar más cosa; que no pudiera hacer tan bien otro cualquiera instrumento de los nuestros por bien templado que fuera.

SIL. No me maravillo yo de esto, porque el mismo Oppiano afirma que es costumbre antigua creer entre los

cazadores que salen llamas de sus colmillos, y que si antes que se acabe de morir el jabalí se llegase un pelo muy sutil de la cabeza al colmillo, lo hallaran chamuscado ó encrespado, testimonio bastante de su verdad; y dícelo en estos versos:

Fama vetus flammas celebravit in esse minaces
Dentibus, ac multis claro patet argumento:
Nan cum turba frequens hominumque canumque fatigant
Audacem telis magnisque latratibus Aprum,
Semianimemque solo sternunt, si forte capillum
Quis tenuem subito summa cervice revulsum
Dentibus admoveat, tantisper flamina spirat.
Torridus inde pillus subito torquetur in orbem,
Atque præusta canes lateri vestigia utrique
Sculpta ferunt, qua flammifero fera bellua dente
Corripuit catulos, plagasque inflixit adustas.

SOL. Cosa notable es y digna de advertir; y así yo para mí tengo que debe ser fortísimo animal, y que el león ó el oso no le hacen ventaja.

SIL. Yo os contaré lo que oí afirmar á un cazador de mucho crédito acerca de eso: que yendo un día á montear halló al pie de un árbol que se llama mayllo muchas huelligas de un jabalí, por do entendió que venía ó acostumbraba á venir á comer de la fruta de él; y poniéndose á aguardallo sobre tarde, vió venir un oso real, el cual asiéndose de las ramas con las manos se fué subiendo por el árbol arriba, y remeciéndole, derribóle muchas mayllas en el suelo; y estándolas él derribando vino un jabalí y comenzó á comer de ellas. Viendo el oso que se aprovechaba de su trabajo, descendió del mayllo enojado y comenzóle á dar grandes puñadas. El jabalí defendiéndose con sus navajadas, trabaron entre los dos una ferocísima brega con que allanaron gran pedazo del jaral. Atemorizado el montero de eso, no osando tirar á ninguno de los dos porque el otro no embistiese con él, se fué, y volvien-

do otro día para saber en lo que había parado la lucha, hallólos ambos muertos: al jabalí molido de puñadas, y el oso harpado de muchas navajadas por todo el cuerpo.

SOL. De suerte que de ahí podemos entender que los dos fueron iguales, pues nadie fué vencedor ni triunfó de su enemigo; y lo mismo entiendo que le pudiera pasar al jabalí si se viera en lo mismo con un león ó con otro animal feroz. Mas veis aquí al señor Montano, que viene á cumplir lo prometido.

SIL. Huelgo mucho con su venida, que más deseo saber el orden de buscar y matar estos animales, que sus propiedades, pues esas se podrán hallar escritas en muchos autores, y esto si él no lo dice, de pocos lo podríamos saber.

MON. Bien me parece que los que desean aprender aguarden siempre al maestro en la palestra, porque se les parezca el deseo y aviven al que les ha de enseñar.

SOL. Aguardando estoy, señor Montano, la división de las camadas de estos animales, porque deseo saber también si tienen su celo como los demás porque no lo he oído decir.

MON. Tiénenlo, y el más fuerte que otro animal tenga y el más impetuoso.

SIL. Yo os diré lo que acerca de eso dice Oppiano, que si la hembra no quiere consentir con su deseo que ellos le tienen, la fuerzan, y si todavía no basta, la matan; y dice en estos versos galanamente:

At cum fæmineo flagrans exarserit igni,
Et furibundus amore subat, cristata capillis
Exemplo galea horrescit cervice rigenti,
Spumarumque fero guttis stillantibus ore,
Irrorat vepres, et dentes succutit albos,
Ferventesque halat calido de pectore flammas.
Ut pote qui in venerem furiosa exæstuat ira,
Nec reprimi possit rabies accensa pudore.
Si vero obsequium præstet sua scrofa marito,

Restinguit veneris flammas, iramque coërcet:
Sin minus illa fugit venerem pertæsa protervam,
Tunc Aper insanus furibundo percitus æstro,
Aut vi compellens optatos explet amores,
Aut illam fulva moribundam sternit arena,
Abjectam lacerans exerto dente feroci.

SOL. Notable cosa es la furia de ese animal, pues en el tiempo que los otros pretenden contentar á las hembras, las mata. Mas decid, señor Montano, desde cuándo comienza el celo de suyo, y el orden que se debe tener en buscallos.

MON. El celo de estos animales se hace ordinariamente en el mes de Septiembre; y así por causa de su celo, como por buscar la bellota, como animal de todos el más goloso por ella, hay en este tiempo una camada, y según opinión de cazadores, primero que la hagan envían sus mensajeros delante á buscarla, que en este tiempo está curada y más en tierra caliente y temprana; y para salir de noche á gozar de ella mejor, procuran encamarse de día, por la mayor parte en las montañas más espesas y cercanas de los carrascales que más abundan de ella; y estas montañas digo que serán las menos taladas de gentes y ganados, y más en umbría que en solana sin embargo de que el tiempo sea frío, porque de todos los animales del monte es el más fuerte y caliente y para más trabajo y menos regalado y que menos siente el aspereza del tiempo, por lo que no se le da más de encamarse en umbría que en solana, y aun la procura más por ser más sombrosa, y porque ellos para pasar el día hacen en lo más espeso de la breña sus camas huecas y cubiertas por encima con palos y ramas, que para esto cortan del monte, y por abajo llenas de barda menuda y blanda y hecho un coladero como de conejos, que pueden pasar de una parte por otra, y en ellas pasan su día desde que se encaman por la mañana hasta que es hora de levantarse á meren-

dar; y en las partes tales estarán hasta el mes de Enero, y sino hubiere bellota en general ó en particular, no por eso dejarán de guardar los carrascales por la golosina y regosto que les quedó, y si fuere tierra de castañares hacen lo mismo.

SIL. De suerte que esa es la primer camada de esos animales. Veamos ahora la segunda.

MON. Esa comienza del mes de Febrero, si la bellota se les ha acabado en este tiempo en aquellas partes donde digo que está, porque sino se les ha acabado no harán mudanza, pues no la hay en el pasto. Mas si se les acabó, pásanse á buscalla á las ratoneras, sacando las que los ratones dejaron escondidas en los meses pasados; y en los tres meses Marzo, Abril y Mayo tienen otra camada á las sierras más montañosas y cercanas de aquella parte donde hubiere caña dulce, porque la toman en este tiempo desde que la caña se comienza á cerrar hasta que la cortan, que la gente los asombra, y así no les suele durar más el tiempo de salilla á tomar de lo que dura la cuaresma, que está la caña sin cortar; y en tierra que carecen de este regalo, hacen esta camada á las sierras más adornadas ó abundantes de quemados do hay macuca y cebolla de espadaña y candilejo y zumillo, que se crían ordinariamente en tierras ásperas y pedregosas, y más en solana que en umbría; y suelen hacer otra camada de los meses siguientes hasta en fin de Agosto, á las breñas más cercanas donde hubiere trigos y cebadas, porque desde que comienza á granar y aun á endurecerse la caña, los aman y buscan con gran solicitud y cuidado, que hasta que están cortados, y aunque lo estén, mientras estuviere en la haza no lo dejarán de salir á tomar de noche; y aun después saldrán de habellos acarreado á buscar la espiga á los rastrojos aunque hallen poco ó nada que comer, por razón del regosto que les quedó. Y si fuere tierra que carece de trigos y cebadas, habrá panizos, ó mijos, ó alcandías, ó

maíces, que en este tiempo suelen aún estarse en berza y comenzar á granar, y suelen estas reses bajar á tomallo no con menor gusto que esotras mieses; y si de todos estos mantenimientos carecen, hallaránse los jabalíes en las sierras más abundantes de regajos, lapachares, boteales, blandizales, arroyos y partes húmedas, porque como el tiempo es seco y caluroso y la tierra está crudia y dura, no pueden hozar para sacar las raíces y otras cosas de que se mantienen, y buscan las partes blandas do lo hagan con más facilidad, porque estos animales no se sustentan de ramón y hoja; ni aun yerbas comerán si mucha necesidad no les obliga, por faltalles las cosas dichas de que se suelen sustentar.

SIL. Con eso paresce que habéis dicho en qué partes se hallarán por todo el año. Sepamos si están siempre los machos juntos con las hembras, y si se ha de guardar una regla para todos.

MON. Todo el año andan las hembras en tareas de por sí, apartadas de los machos, sino es en el tiempo de su celo, como dijimos, desde mediado Septiembre hasta ocho días de Otubre en las más partes de estos Reinos.

SIL. ¿Y cuánto suelen andar las jabalinas preñadas?

MON. Cinco meses. De suerte que vienen á parir por Febrero.

SOL. Dejad ahora esos misterios, y decidnos el orden que se ha de tener en atalayar esos animales, para que al fin nos digáis cómo se han de matar.

MON. En esta caza no nos aprovechamos del atalayar, porque es el jabalí animal tan corto de vista, que se puede llegar el cazador cerca guardándole los otros dos sentidos, y así son demasiadas las atalayas; demás de eso, como él es muy ratero y trae siempre la cabeza baja, no puede ser visto sino desde cerca, y así no valen para con él atalayas; mas cesando estas dos razones podrá el montero segun la disposición de tierra do se hallare, escoger

el puesto que mejor le convenga con que esté cubierto y pueda descubrir la caza. Todo esto no hará daño y podrase meter á ella derecho, teniendo advertencia á caminar acercándose á ella cuando oyere el ruido que el jabalí trae hozando y volcando piedras, y cuando cese de este ruido, estarse quedo porque no le sienta.

SIL. Y si la tierra fuese tan blanda que el jabalí no hiciese ruido con que el del cazador se disimule, debe usar del remedio que se dijo en el rececho del cervuno, que es aguardar á que bulla viento y con el ruido del monte se pueda encubrir.

SOL. Y si el jabalí estuviese en redroviento, ¿podrase usar de los remedios que allá dijistes en su lugar?

MON. No; porque no tiene orden de podérseles entrar á estas reses cuando están en redroviento, por causa de que, como ellas son tan bajas y tienen siempre la cabeza tan cerca de tierra hozando, por poco monte que haya se cubre de modo que para vello el ballestero y meterse á tiro ha de acercarse mucho, y no puede dejar de entrar en peligro del redroviento, salvo si acertase á estar en algún añojal ó quemado, ó en otra parte rasa que lo pudiese descubrir desde lejos; ó si estuviese en los extremos de algún redroviento que se les puede tirar desde fuera, ó en tal disposición de redroviento, que aunque se les entrase fuese con la salida del viento tan seguro que se les pudiese acercar sin peligro, lo cual podrá considerar bien el que tuviere en la memoria todas las figuras de los redrovientos que dijimos, que sería trabajo perdido tornarlas á exemplificar.

SIL. De manera que algunas suertes de redrovientos habrá do no se les pueda tirar á esas reses; pues ó me habéis de dar orden como les tiremos, ó quedará manca vuestra arte de montería, pues ha de tener remedio para todo.

MON. El medio será echalle fuera del redroviento por

este orden: llevando el sabueso atado al cinto y acercarse todo lo que le fuere posible sin ser sentido del jabalí, y en no pudiendo, sacar la cabeza del perro de la traílla y decille «anda,» que es la seña que ellos tienen para acometer, y luego el sabueso arremeterá al jabalí, el cual al principio comenzará á huir, y á poco espacio parará revolviéndose para el sabueso, y más si es viejo que sabe ya defenderse de muchos perros; y tendrá cuenta el cazador de irle entrando á la caza al tiempo que el sabueso con sus ladridos hace más estruendo para que con éste se disimule el que él puede hacer con los pies, y tenerse há cuando el perro dejare de gritar; y de esta suerte podrá irse metiendo hasta descubrillo y estar á tiro de él, asomando sutilmente por un lado de la mata que mejor le pareciere poderse cubrir; y si tirare con ballesta, tenga cuenta de no arribar el brazo de ella, que llamamos verga, á alguna rama de árbol ó mata donde pueda topar cuando desarme, porque con la coz que por esto diere herirá al ballestero en el ojo; podrá si quisiere librarse de este peligro, pasar delante de la rama la cuerda de la ballesta y traella hacia sí para que al tiempo de soltar, volviéndose la rama á su sitio natural, antes le ayude que le dañe.

SOL. ¿Y es siempre cierto que el jabalí aguarda al perro?

MON. Muy cierto, y más, como dije, si es madrigado, que el escuderote no suele parar tan presto, aunque también lo hace; y si fueren dos perros, para mejor el madrigado, porque los estiman en poco y se atreve á valerse de ellos más con los dientes que con los pies. Y si es escuderote, para menos á dos perros que á uno, porque les teme más.

SIL. Y si acaso el sabueso, por no ser muy diestro ó por estar cansado, deja de latir y ladrar al jabalí, ¿hale de entrar todavía el cazador?

Mon. No, porque ya digo que mientras el sabueso hiciere ruido ha de entrar, y en cesando ha de estar quedo, porque en aquel tiempo se ocupa el jabalí en escuchar, porque tiene oído muy vivo más que otro animal, como tenemos dicho.

Sil. ¿Guárdase el mismo orden cuanto á eso en las hembras?

Mon. El mismo, porque aunque suelen venir en manadas también tienen sus escuchas y hay necesidad de engañallas en este sentido más que en los otros, aunque aprovecha mucho el ruido que ellas mismas se hacen con que no pueden oir tan bien; pero también paran echándoles el sabueso; y sino parasen tan presto, pues no llevarán el paso muy apresurado especialmente si huyen del perro y no han visto al cazador, y si son paridas y llevan lechoncillos, claro está, al fin paran no muy lejos, porque estas causas las obligan á repararse y á aguardar sus hijos, que por no perdellos huelgan de ir á su paso; y por temor de que el sabueso no les quite alguno de ellos, suelen parar haciéndose todas una rueda y juntando las colas, echando los hocicos para fuera y metiendo en medio los lechoncillos, do se defienden á bocados dando gruñidos, á cuyo ruido se podrá meter el montero hasta llegar á tiro.

Sil. Todo eso me parece que se entiende en las tierras llanas y tratables que se pueden andar bien; ¿pero si fuese en sierras altas y de grandes breñas como son las de la Alcudia?

Mon. Nueva forma se debe buscar por la nueva disposición de tierra, y así será lo primero mirar si está en umbría ó en solana. Si estuviere en umbría debe asomar por lo alto de ella á hacer sus atalayas, con aire que tome la sierra de largo á largo, como lo hace cualquiera de los dos Solano ó Regañón, y aun Cierzo, que puesto en la cumbre le dará en la cara; y aun éste tengo por mejor, porque alcanza el sabueso mejor el aire de la caza que le viene

más derecho á las narices, para podérsela enseñar al cazador.

Sil. ¿Y si corriese Abrego?

Mon. No debe asomar á la umbría por lo alto, porque así como llega á la cumbre, se derriba la umbría abajo en las más partes de estas sierras tales, y así espantará la caza. Y por el consiguiente, se puede entender que si la caza estuviere en la solana, se le podrá el cazador asomar por cima de la cumbre, corriendo Solano y Regañón y Abrego; pero corriendo Cierzo no, por la misma razón que dije del Abrego en la umbría; y si fuere á media solana ó á media umbría se podrá regular cómo se entiende que aquel viento que coge á la cumbre de espaldas por derecho impide que no pueda asomarse el cazador á ella, y los demás no.

Sil. Paréceme que en esa disposición de tierra, pues son peñas ó sierras altas, do el monte podrá ser bajo, cesan los inconvenientes que dijistes que había para no poder atalayarse bien los jabalíes, porque por bajo que es ese animal no dejará de ser visto desde lejos y podríasele atalayar de cualquiera parte alta.

Mon. Es verdad, y así podríamos aquí tratar de este modo de atalayar que no es tan general como el otro, pues no en todas partes se puede hacer, y difiere del otro en que no se hace tanto para atalayar con la vista como para escuchar con el oído, y podríanse mejor decir escuchas que atalayas; pero vamos con el nombre común. Esta atalaya se hace siempre en los más hondos peñones y más metidos en el monte que hubiere, y será tardía ó temprana según el tiempo del año, porque si es en verano y la umbría está sombrosa, se debe hacer con dos horas de sol porque se levantan las reses temprano á merendar; y si la tarde es nublada, con tres horas de sol, y en ivierno con dos, y hanse de hacer con todo el silencio posible y mucha atención de oído, teniendo el sabueso, si lo llevare, junto

á sí haciéndole estar en pie y mirando hacia la montaña, porque si el jabalí sonare y trujere poco ruido por andar en tierra blanda ó ser el día airoso, oirá primero la caza que su amo por tener más largo oído, y otras veces la señala de ojo, no siendo la tierra muy espesa; y si fuere pedregosa, el mismo ballestero les oirá volcar piedras; y si son jabalinas, gruñir algunas veces ó hacer estruendo, porque como vienen muchas juntas no pueden traer tanto silencio que no sean oídas.

SIL. Esas son las atalayas de la tarde. Decidnos si se puede atalayar por la mañana y á medio día, y de qué suerte.

MON. En verano puédese muy bien atalayar por la mañana, porque casi hasta las nueve ó diez del día no se suelen encamar estas reses; y si es en el invierno, apenas se puede hacer atalaya porque se encaman muy de mañana. La razón de lo uno y otro está clara á quien considerare las largas noches del un tiempo y breves del otro, que les compelen á hacer día de la noche y de la noche día, como dijimos cuando tratamos del cervuno. Las atalayas del medio día son muy diversas de esto, porque no tengo por acertado que nadie se canse en atalayar los machos, pues nunca se suelen levantar á merendar á medio día, y las hembras tampoco lo hacen sino cuando están preñadas ó recién paridas y el día es nublado, que forzadas de lo mucho que digieren, tienen necesidad de hacer pástura al medio día conforme al orden que guardan generalmente.

SIL. Eso es cuanto á las atalayas que se pueden hacer en esas reses cuando están en montes altos y sierras como las de Alcudia. Decidnos agora lo que se ha de guardar en entralles á rececho, para que no se nos quede nada, pues forzosamente tendrá algo de que sea necesario advertirnos.

MON. Háseles de entrar á rececho de la misma suerte

que en lo llano, y si el monte fuere tan espeso que no le dé lugar á meterse con la res, estése echado en las más cercanas peñas, que aunque sea tarde no dejará de subir arriba, y otras veces vendrá á hozar á las propias peñas desde las cuales les pueda tirar, porque las aman mucho, y más en el verano; y si el puerco estuviere en umbría, como suele, no dejará de salir á la solana, porque en ella abundan más las semillas de que ellos se mantienen; y sino saliese derecho, podráse mejorar tomándole el viaje por aquella parte do se ha sentido que quiere salir á lo alto, pues aunque no lo vea, por el ruido que hace podrá entender el lugar por do quiere salir.

Sil. ¿Y si la montaña fuese tan espesa que aunque lo sienta salir arriba no lo pueda ver para tiralle?

Mon. Déjele salir á lo alto, que si hay en la cumbre alguna llanada no dejará de parar en ella, do le podrá descubrir para tiralle.

Sil. ¿Y si fuese tan tarde que ya la noche le cubra?

Mon. Podrále tirar de noche si hiciere luna por el orden que adelante se dirá, cuando hagamos particular conversación de la orden de tirar de noche.

Sil. ¿Y sino hiciese luna?

Mon. No lo espante ni le tire, pues le será imposible, sino déjele para otra tarde; pero advierta que no torna el jabalí á encamarse ni torna á salir por aquella parte que salió el día antes; pero hallarlo han cerca buscándolo con solicitud, y viéndolo venir otro día de mañana, podrále tomar el viaje guardándole sus sentidos.

Sol. Aquí me parece que podrá tener lugar conveniente el tratar el modo que se ha de tener en montear de noche, porque ya parece que habéis dicho todo lo que toca á este particular de cazar de día en estas reses, si acaso no se pudiesen matar aquella tarde y fuese menester hacello de noche.

Mon. Á dos partes pueden ir los jabalíes de noche

yendo á buscar pasto, porque ó van á los encinares ó carrascales y castañales huecos á buscar bellota, ó salen á la solana á buscar el monte, donde buscan las semillas y raíces de que se mantienen. Si salen á los carrascales ó encinares y castañares, se ha de mirar en qué parte están los lugares do van á tomar este pasto, y la montaña que les es más cercana para estar encamados, que la conoscerá por las señales que hemos dado; y luego á dos horas después de anochecido vaya el cazador pico á viento ó á medio viento, guardando la falda de la sierra donde se ençaman de día, y vaya atajando rastros con el sabueso, que si hubiese pasado el jabalí á buscar su pasto, el sabueso topará luego la atraviesa y la enseñará al montero siguiéndola con codicia; y podrála seguir con el perro yendo poco á poco haciendo sus escuchas con todo silencio, y siempre de encina en encina al amparo y sombra de ellas; y si fuese el monte grueso, como en Alcudia y otras partes, por do el puerco no hace ruido en la comida con que el montero pueda ser avisado, haga ir al perro delante escuchando, pues como he dicho, lo oirá primero que él; y después de sentido ate el sabueso á una encina y descálcese los zapatos y llegue con toda cuenta, procurando asentar siempre el pie seguro de alguna támara seca ó cascabillos que suelen hacer mucho ruido, y por este orden se podrá allegar á la sombra de la encina más cercana do el puerco está comiendo; y si por ventura fuese de paso cuando ya lo siente, mudándose de una parte para otra, teniendo cuenta con el viaje que llevan, él podrá tomar la delanterá muchas veces.

SIL. ¿Y si voluntariamente no se parasen para podelles tirar?

MON. La seña de estos animales será darles un silbo pequeño.

SIL. ¿Y si la tierra fuere de jarales y pedrizas, y salieren á comer las semillas ó raíces que atrás dijimos?

Mon. En tal parte no puede dejar de hacer el puerco mucho ruido al volcar de las piedras y tierra que necesariamente se han de mover para que pueda sacar lo que pretende, con el cual ruido hace el cazador dos comodidades: la una de enseñarle el lugar do está la caza que busca; la otra de privar al puerco de oídos para que no pueda oir al cazador que se le va acercando, aunque para este inconveniente el jabalí siempre tiene cuenta de volcar piedras y hozar un poco, y luego alzar la cabeza y pararse á escuchar atento lo que pasa.

Sil. ¿Pues qué orden se tendrá en hacerle engaño en ese sentido que tiene tan agudo, y de que tanto se aprovecha de noche?

Mon. Que el cazador tenga la cuenta que tantas veces hemos dicho al tiempo de ille recechando, de entrar cuando le oya estar trafagando, y pararse cuando le sintiere que está quieto.

Sil. ¿Y si fuere tarea de hembras? porque según decís, mientras unas vuelcan unas, otras escuchan y dejan su vanguarda y retaguarda, llevando su cabestro que las guía, que suele ser la mayor.

Mon. Tengo por mejor tomalles el viaje por el orden dicho, adelantándoseles setenta ó ochenta pasos por aquella derecera do conforme el ruido que llevan ha sentido que han de salir, porque no tropiece con alguna de las que están en guarda cuando están comiendo; y procure siempre tirar al cabestro, así porque es la mayor, como porque no se le pase á la parte del aire, y más sino les tiene tomado más de una parte de él; y si llevaren lechones le será más fácil demás de una parte de él tirar, porque llevándolos, siempre van cola á viento y ellas van delante descubriendo la parte del soviento, para que si los lobos vinieren á quitalles los hijuelos les dé el aire primero noticia para podellos remediar con tiempo; y si quisiere venir por la parte del soviento, tope primero con

ellas. Y dejando de llevar este aviso muchas veces les matarían los lechones, perros y lobos y zorras y otras sabandijas con sólo hurtalles el aire.

SIL. Bien declarado queda este particular, y parece que si tratásedes de cómo se han de buscar en los barreros y bañaderos de noche, que no habrá más que saber de esta caza en todos tiempos del año y del día.

MON. También lo haré porque quedéis de todo punto satisfechos.

SOL. Necesario será que comencéis esa materia de nuevo, porque yo no sé más de ella que el nombre de barreros y bañaderos y la disposición de la tierra donde se hace y para qué, como lo dejastes dicho el otro día tratando de los venados; y si aquellos bañaderos se diferencian de éstos, será menester referillo.

MON. Barrero es una balsilla que los jabalíes hacen de una cuarta ó poco más en hondo, y casi redonda de figura, y del largo del jabalí ó poco menos. Hácenla hozando con el hocico para que, de que llueva, cobre agua donde adelante pueda bañarse, y suélenlas hacer en los jarales por do salen á buscar de noche la comida. Y los bañaderos son de la propia traza, aunque por ser el tiempo seco cuando los hacen, los procuran en blandizales y boteales y partes húmedas.

SIL. ¿Para qué hacen los bañaderos y barreros?

MON. Los bañaderos son para bañarse por el calor del tiempo en que los toman, y los barreros para vestirse de una corteza y tez hecha de aquel barro, que después de seca les endurece el cuero y les defiende del frío; y aun es opinión de ballesteros, que á lo menos en todo el escudo se les hace con esto la piel tan dura, que muchas veces no les pasa una jara, aunque sea de ballesta muy recia; y que esto se ha probado bien, ó sea porque se deslice y no coge tan en lleno el cuero para herillos, ó porque su mucha dureza los defiende.

SIL. ¿Y en qué tiempo suelen tomar lo uno y lo otro?

MON. Toman los bañaderos con el calor en todo el estío y en la mayor fuerza de él, y á todos tiempos, porque los toman de noche y por la mañana y á puestas de sol; y los tomarían á medio día sino se recatasen de que los han de ofender en ese tiempo con el trato de la gente; mas yo entiendo que en las partes ocultas y no visitadas de gente los tomarán entonces mejor, pues es el calor mayor; y toman los barreros en Otubrè, Noviembre, Diciembre y Enero, que es cuando más frío hace, y éstos solamente de noche y sin orden, porque á veces es á la prima, otras á media noche y otras al amanecer, y con tal orden, que si hay dos barreros ó más, no toman siempre un barrero, sino una noche acuden á uno y otra á otro para desmentir las espías y hacerlo más á su salvo; y cuanto más yela y el tiempo es más enjuto más los toman; de donde se puede saber, en general, que como los barreros toman para defenderse del frío, entonces los toman cuando éste crece más; y como los bañaderos son para defenderse del calor, tómanlos cuando lo hace mayor, salvo como dije, á medio día, por el inconveniente que he dicho.

SIL. Bien declarado está ya ese punto, y paréceme que todos entendemos ya qué es barrero y bañadero, y cómo se hace y para qué, y cuándo los toman esas reses. Sólo resta que nos declaréis, prosiguiendo, el orden que se ha de guardar en matallos en esas partes tales.

MON. De lo primero que es menester que se adorne el cazador para esta suerte de caza, es de sufrimiento, que aunque una vez visite un barrero y dos y tres, y una noche y dos y tres, no por eso desespere y se canse, antes debe porfiar siendo la tierra de caza; y la razón de ello es porque si, como dijimos, ellos son tan sagaces que no vienen una noche tras otra continuando un mismo barrero, de aquí se sigue que ni puede haber barrero tan frecuen-

tado que siempre esté con res, ni ninguno tan pobre y desamparado que no espere tener caza; pues un jabalí ú otro vendrá cuando no pensare el cazador á visitallo y cuanto más le parezca que está en parte remota y escondida; porque si estuviese en el pasaje de aquellas partes donde vienen á buscar la comida, claro está que no podrá en breve espacio faltalle reses, pues por la ocasión del pasto le han de frecuentar más; y podrá suceder en una noche ofrecerse ocasión de tirar á dos y tres, ya que otras veces no haya á quién tirar.

SIL. ¿Qué orden se guardará en tiralles?

MON. Mirarse há en qué parte está el barrero, porque si fuere rasa y de poco monte y bajo, conviene hacer un bardalejo como arrimadizo para las espaldas más alto que él, de suerte que el arrimado allí no haga viso y esté sombroso, reparado de la luna todo lo posible; pero sea la sombra tan medida, que casi no salga de lo que es menester para cubrille, y pueda sacarse el arcabuz con poco que lo tienda á lo claro de la luna, porque es así necesario para la puntería.

SIL. ¿Y qué espacio ha de estar ese arrimadizo apartado del barrero?

MON. Paréceme que será bien que esté diez ó doce pasos y no más lejos, porque no lo yerre, ni más cerca porque no sea sentido.

SIL. ¿Y á qué parte del barrero se ha de hacer?

MON. Á aquella parte del soviento que más sospechare que conviene para el viento que ha de correr; y sino estuviere muy cierto de todo punto por señales ciertas del viento que ha de correr, tengo por acertado que haya dos ó tres aguardaderos ó más, según le pareciere que conviene, en lugares distantes, y éstos como dijimos de los que se hacen en los trigos, no aguarde á hacellos para la misma noche en que ha de venir á cazar, ni aquel día de antes, porque no se asombren las reses de aquella novedad

que hasta allí no han visto y de la huelliga nueva que hallan, sino algunos días antes, que es aviso de importancia.

Sil. ¿Y cómo se sabrá por qué parte ha de venir el jabalí á tomar esos barreros ó bañaderos? pues me parece que es negocio de importancia.

Mon. Mirar el monte más cercano del barrero y hallarlo há todo embarrado de aquel cieno que el jabalí va dejando por do pasa; y aun si hay algún alcornoque cerca del tal barrero, como suele, lo halla despedazado, porque según dicen, en él prueba sus navajas después de haberse bañado, y que allí les da filos para reñir con los demás.

Sol. En eso y en lo que habéis dicho antes me parece que hay una contradicción, porque en eso dais á entender que el jabalí volverá aquel día por lo que dejó barrado de los otros días, lo cual es señal que guarda siempre un mismo viaje; y poco há que nos dijistes que tiene en eso diferencia de las otras reses, que nunca va un día por donde fué otro por desmentir las espías. No sé cómo se puede compadescer lo uno y lo otro.

Mon. Eso que dije antes es lo cierto de la condición del jabalí, que por donde va una vez no vuelve otra; y si ahora digo que en los barreros no lo hace así, es porque siempre suelen salir para venir al barrero del monte do se encaman, y para volverse á él siempre irán y vendrán por el mismo camino, y más que suele ser el monte espeso y no dalle lugar de hacer cada vez camino nuevo; pero si el barrero estuviese en parte rasa, sin duda teniendo el jabalí libre su camino, cada vez lo hará de diversa manera porque no le tomen noticia del viaje.

Sil. Pues siendo eso de la manera que decís, si el aguardadero se ha de hacer en parte rasa, no me parece que habrá regla cierta para saber por do ha de venir el jabalí.

Mon. Ni importa mucho sabello, aunque si se pudiese

saber sería bien, y mejor tener noticia de todo; mas paréceme que lo que importa es hacer el aguardadero al soviento del barrero y procurar el viento que ha de correr para situallo do convenga, y entrarse en el aguardadero por parte que no sea menester pasar por el barrero porque no se huelle el paso al jabalí, que por do quiera que venga al barrero, allí le ha de tirar; y si viniere por la misma parte que él está, podrále tirar antes que llegue al barrero.

SIL. De manera que lo que más importa para situar el aguardadero es saber el viento que ha de correr; y si nos diésedes señales con que lo supiésemos, sería la cosa que más provecho nos podría hacer.

MON. Lo que yo os sabré decir sobre eso es que se podrá juzgar de los vientos que han corrido aquel día; y si hiciere tiempo calmo, se podrá juzgar que correrá marea fácil y serena de aquellas partes de que más parece la luna inclinada; y si el bañadero estuviere en alguna ladera enhiesta, se puede entender que la marea correrá de alto abajo en ella, y así se pondrá siempre el aguardadero á la parte baja porque esto será lo más seguro, poniendo una piedra al pie del aguardadero donde se pueda sentar, y sobre él un cantueso si lo hubiere, ú otra cosa blanda para que no haga ruido si se revolviere sobre ella, inclinando siempre el arma á aquella parte á donde sospecha que ha de venir la res, y emballestarse luego que lo siente ó ve venir antes que llegue á tiro, porque lo halle apercibido. Y si viere venir dos jabalíes, no tire al delantero, porque éste suele ser el escuderote á causa de que el madrigado le echa siempre delante, así en este peligro que sospecha, como en otro cualquiera habiendo de ir de una parte á otra.

SIL. ¿Y suelen las puercas también tomar estos barreros y bañaderos?

MON. Sí, como los machos; pero hase de tirar siempre

al cabestro, que es la delantera, así porque es mayor, como porque alguna de las otras no se le pase al soviento y sienta el cazador y huyga, que la seguirán todas las demás; y entran con menos recato que los machos porque tienen menos instinto, y así vemos que el macho se extiende menos de día de la montaña espesa donde ha estado encamado, á las partes rasas.

SIL. Y el puerco de noche, ¿no se extiende más que las puercas? Luego mal se puede juzgar de ahí el instinto.

MON. Eso es por causa de las buenas armas de sus navajas á que se atiene, de lo cual carecen las hembras.

SIL. ¿Queda más que advertir acerca de esa suerte de caza?

MON. No hallo yo qué decir más, sin ser molesto, sino advertir una cosa que he visto succeder algunas veces, y es que como esta caza se hace de noche y el montero está sentado aguardando, que no se duerma, porque le pueden succeder negocios poco dichosos y algunos donosos, como lo que le aconteció á un amigo mío, que estando de la suerte que digo, y durmiendo, la ballesta armada, acertó á venir el jabalí, y asombrado de algo quiso huir por la misma parte que el montero estaba, y metió de improviso la cabeza por la ballesta que tenía armada, y desarmándose apretóse la cuerda por el cuello y no pudo sacar la cabeza, y fuése por las breñas llevándose la ballesta y dejando al montero desarmado.

SOL. Rico iría el puerco con los despojos de su enemigo, y donoso cuento sería vello ir armado á meterse entre los otros sus compañeros.

SIL. Bien me parece el cuento; mas una cosa se os queda por decir. ¿Cuál será más acertado, tiralle al puerco antes que llegue al barrero, ó al tiempo que está en él, ó cuando vuelve á salir?

MON. Lo mejor será tiralle, si estonces está en disposición, antes que entre en el barrero, porque ordinariamente

suele hacer entonces una escucha y es aquella ocasión en que se le puede tirar muy bien, porque si espera á que se bañe en el barrero, haráse allí muy mal tiro, y si aguarda á que acabe, suele en saliendo irse sin repararse, y así no le podrá tirar tan bien ni seguramente.

Sol. Paréceme que ese género de caza es muy trabajoso, porque aguardar en los barreros toda una noche de ivierno con un frío insufrible es cosa que no lo podrá llevar hombre humano, aunque hubiese de vivir de la caza que ha de matar.

Mon. Pues muchos hay que lo llevan bien con la codicia, que es, como dije, una de las principales partes que ha de tener el montero, y con la necesidad, que es lo que más espolea los ingenios de los hombres y les hace acabar lo que nunca imaginaron de sí; mas porque no estéis por eso triste, yo os quiero dar un orden cómo estándoos vos en vuestra cama, dejando vuestra ballesta ó arcabuz en el aguardadero, matéis la caza y no tengáis más cuidado que de levantaros otro día y ir por ella.

Sol. Si vos hacéis eso imposible será que yo deje de ser cazador, pues en todas las formas de caza me enseñáis con que, sin trabajo mío, goce de la presa.

Mon. Pues advertid á lo que diré para que entendáis cómo se ha de armar este lazo que os voy á enseñar. Lo primero, vos habéis de considerar el monte de do sale el jabalí para venir al barrero ó bañadero, y luego veréis en él la trocha por do suele salir, y en las matas que por allí hubiere embarradas y apartadas del monte conoceréis la altura que el puerco tiene, y al un lado de la trocha ataréis el arcabuz en alguna mata recia, ó sino la hubiere tal que baste á sustentar el arcabuz, hincaréis una estaca que baste á tenelle firmemente, y ataréis allí el arcabuz encarado á la trocha por do ha de pasar la res, tanto alto del suelo cuanto os pareciere que basta para dalle á la res por detrás de las espaldas do tiene el corazón, que se podrá

entender por la altura del jabalí. Después de esto ataréis un hilo de alambre al desarmador muy sutilmente y haréis que este hilo dé una vuelta por detrás de la manija del arcabuz, y después se venga por la cureña arriba arrimado á ella misma con alguna sortijuela que para esto tenga el arcabuz, ó con una ligadura que lo sustente; y después que el hilo pase del arcabuz, podréisle atar otro bramante que venga á atravesar la trocha por do pasa el jabalí, tanto alto del suelo que le dé en los pechos ó poco menos, de suerte que al pasar tropiece en él; y atallo lo [has] del otro lado de la trocha á otra mata ó estaca, y así cuando la res venga á pasar, tropezando en el hilo bramante, tirará del de alambre y éste de la manija y desarmador, y todo á un tiempo se soltará el arcabuz y clavará al jabalí por la parte á que está asestado, el cual, aunque quiebre el hilo bramante al pasar y huir del golpe del arcabuz, no hará daño en el desarmador, porque si todo fuere hilo de alambre, con la fuerza que tiene pudiera quebrallo ó maltratallo.

Sol. ¿Y si fuese el espacio por do el jabalí pasa muy raso, de suerte que pudiere ir por fuera de esa trocha?

Mon. Podráse remediar con cercar todo aquello de algunas matas ó bardas para forzar á la res que venga por su trocha derecha.

Sol. Querría saber yo en eso si el arcabuz ha de tener la misma carga que ordinariamente solemos echar cuando nosotros le tiramos, ó si es menester alguna preparación demás de la común.

Mon. Paréceme que no será malo (pues el arcabuz ha de pelear á solas y no hay perro ni hombre que tenga cuenta con seguir la caza herida) que se le echase mayor carga, aunque no de pólvora, de pelotas, porque se haga mayor el tiro poniéndole dos balas maestras, que pues el tiro ha de ser cerca, no por eso dejará de ser tan cierto; y dejalle su polvorín golpeado, su cazoleta cerrada y el

gato derribado para que todo esté tan á punto, como si luego hubiese de tirar.

SOL. ¿Y si succediese llover esa noche? ¡Buen recado tendría el arcabuz para disparar mojándose!

MON. También os daré remedio para esto, que no ha sido sola una vez la que habrá acontecido en el mundo: ha de ponerse encima de la cerraja del arcabuz, de suerte que la cubra toda, una corcha lisa y sustentada con unos hilos en dos estaquillas ó ramos de las mismas matas, para que el agua que lloviese caiga sobre ella y se desagüe por los lados y no toque á la cerraja del arcabuz, y así estará muy segura y desarmará bien.

SOL. Sólo un inconveniente hallo yo en esta forma de cazar, y es que es necesario que siempre se arme en parte do no hay gente, porque si pasase podríanle desarmar y matarse con facilidad.

MON. Remedio hay fácil para eso, que será atar otro hilo de alambre al propio desarmador, y éste venga dando una vuelta redonda en derredor del barrero de una mata en otra; y si matas no hubiere, á unas estacas postizas, las cuales estarán del barrero diez ó doce pasos, y atado el cabo á otra estaca de manera que este hilo coja el barrero y la trocha en medio, y de altura conveniente para que la pueda desarmar cualquier persona aunque sea muchacho, y así en topando con este hilo alto, disparará el arcabuz antes de llegar al peligro de él.

SIL. Gran cosa fuera esa invención si pudieran matarse muchas reses en una noche con un arcabuz.

MON. Para eso el que fuere tan regalado que no quiera pasar malas noches, arme tres ó cuatro arcabuces en diversas partes; y si fuere pobre y no tuviere más que uno, haga cerca de do lo tiene armado una choza, y estése allí desde donde pueda oir el arcabuz cuando se desarme, y podrá tornalle á armar segunda vez para otro, y así podrále acontecer matar tres ó cuatro en una noche.

SOL. Según eso, ¿y ese lazo no se podrá parar para ciervos y otras reses?

MON. Pues cuanto á mí me parece, aunque sea para osos y venados se puede hacer, y en las aguas y trochas y salegas y querencias y de suerte que haya muchas por do acostumbre á ir la caza, aunque sea en bañaderos y en otros cercados de estos animales acostumbran á entrar para hacer daño.

SOL. Y si el que quiere armar el lazo no tuviese arcabuz, ¿podrálo hacer con ballesta?

MON. Muy bien; y ármase de la misma manera y difiere en poco del modo como se arma el lazo del arcabuz, porque se ha de atar la ballesta fuertemente, como dijimos, á una mata ó estaca que la tenga firme, y el hilo de alambre ha de estar atado á la llave de la ballesta y que dé vuelta por el extremo de la cureña y por cima de ella, y por cima de un palo redondo y liso que ha de estar atravesado por cima de la cureña, y á una mano ó poco más del fin de ella, porque tanto mejor desarmará cuanto más cerca estuviere del fin y más liso fuere el palo para que corra mejor el hilo de alambre por él; y este hilo á poco trecho pasado de la ballesta, podrá atarse al hilo bramante como se hizo en el lazo del arcubuz, y pasarse por la trocha de la misma altura, y atarse también á una estaca, y hacerse las demás preparaciones que allí dije para que no se mate algún hombre.

SOL. Solamente paresce que nos queda que desear, en este negocio de los barreros, saber en cuáles tiempos se podrá mejor hacer este género de caza para que succeda prósperamente, y con qué días y disposición de tierras; y lo mismo de los bañaderos.

MON. Lo uno y lo otro pienso que queda dicho; pero en suma sabed que los bañaderos toman en tiempo de más calor y así en los días más calurosos y en las partes más frescas, y los barreros toman en el tiempo más frío,

y así en la sazón del día más fría y en los lugares que mejor pudieran hacer barro; hase de tener cuenta que lo uno y lo otro ha de ser en tiempo enjuto, porque si hubiere llovido do quiera se pueden hallar lugares do estas reses se bañen y embarren, y así no vienen á tomar el baño ni el barro á los lugares que tienen señalados para eso; si acaso, se les hacen á trasmano de la parte do toman el pasto, y para habellas de tirar por su persona es necesario que sea noche de luna en la que ha de aguardar los barreros; mas si hubiere de aguardalles con los lazos dichos, es mejor en noche obscura.

SIL. Muy bien estoy yo también con esos lazos aunque para mi inclinación no son muy convenientes, porque no cazo tanto por la prisa, como por el gusto que recibo de matar la res por mis manos.

MON. También satisfaré á vuestra inclinación en eso y sin que os canséis aguardando toda la noche, con otro género de lazos que se hace de la suerte que dije que se paran para los corzos, poniendo en medio de la trocha por do se entiende que ha de venir el jabalí, asido á unas ramas por ambos lados con su lazo corredizo, y tan alto del suelo cuanto baste que meta la res la cabeza y cuello por él y que lo bajo del lazo dé en los pechos, para que yendo á pasar y metiendo la cabeza y apretando con los pechos y hombrillos, se apriete el lazo al cuello; ha de ser el cordel tan gordo como un cabete bien recio, y al cabo de él ha de estar atada una maza que pese una arroba, para que con ella se detenga el jabalí por el monte y no pueda huir, y puédense armar muchos en diferentes trochas para que por do quiera que el jabalí venga se enlace; salvo que hay necesidad que el cazador esté cerca en alguna choza ó parte oculta para que, en sintiendo el estruendo, salga á tiralle, porque sino acude presto el jabalí podría roer el lazo y soltarse; puédese también este lazo armar en los trigos y aguas y salegas, y finalmente, en todas las partes

por do se presume que pasan los jabalíes y otros animales. También se podría hacer en los encinares y carrascales en su tiempo, y aunque no fuese su tiempo, si los cebasen con bellota ó con cebada no habiendo bellota, porque también tenemos otro modo de matalles á cebo debajo de estos árboles, ó sea en tiempo de bellota, ó cuando queda poca, ó cuando no la hay, y es muy artificioso y galano.

Sil. Decidlo, por vuestra vida, no se nos quede cosa por saber, que son todas de importancia.

Mon. Solemos al pie de una encina ó carrasca echar un día una poca de bellota ó cebada cubierta con tierra, porque no se la lleven las hormigas; y si vemos que aquel día la tomó algún jabalí, que se parece si es bellota en los cascabillos, y si es cebada en la huelliga y en las sobras mascadas, tornamos otro día á cebarle; y vienen dos compañeros sobre un caballo, de los cuales se ase uno al troncón del árbol desde el caballo y se sube en él con su escopeta para aguardalle allí, y el otro se va, porque de esta suerte no puede olello el jabalí por no haber hecho el cazador huelliga en el suelo, y con cualquier viento que corra tampoco puede ser olido por estar en alto y llevar por alto su viento, y así cuando viene el jabalí podrá tiralle muy seguramente.

Sil. ¿Suélense aguardar en otras partes más que en esas?

Mon. En los trigos desde que ellos comienzan á endurecer hasta que están segados.

Sil. Decidnos también eso, que pues ya sabemos en general el modo de entrarles á rececho, con más facilidad lo entenderemos, y así no será menester que os canséis mucho en declararlo.

Mon. Si el trigo es tan espeso que teme el cazador hacer mucho ruido al entrar, ha de hacer el día antes dos trochas que le crucen de parte á parte, y éstas serán voltadas, y cada vuelta de diez á diez pasos, y en cada una

algunas espigas arrimadas á manera de hacecillo que haga cumbre para que con él se pueda encubrir el cazador, por las cuales podrá entrar aunque no haga viento sin hacer ruido, porque sino las tuviere, será necesario que aguarde á que haga viento para que el trigo se menee, y con el ruido que hiciese se disimule el que el cazador puede hacer.

SIL. Y si fuese el jabalí á comer en tal parte del trigo que huviese especie de redroviento y no se le pudiese llegar á tirar sin echallo fuera de él, ¿qué orden se guardará?

MON. Segalle todo aquello que toma el redroviento para que le obligue á salir otra noche á comer á otra parte fuera de él, donde sin miedo de ese peligro pueda tiralle.

SIL. ¿Y si el trigo todo estuviese ya segado y viniese á comer el espiga, como suele, ó la gavilla si está por acarrear?

MON. Procurar de mudársela á otra parte para forzalle á que la vaya á tomar en parte más cómoda para el montero.

SIL. ¿Y si viniese al trigo por diferente parte de la que el cazador sospecha, de suerte que le pudiese tomar el viento?

MON. Aguardalle fuera del trigo, y después que el puerco haya venido entralle el cazador por do más le parezca que conviene sin daño suyo; podráse también disfrazar con llevar unas espigas en la caperuza, por las razones que hemos dicho en las otras especies de caza.

SOL. Paréceme que en todo lo que habéis tratado de esta caza no habéis satisfecho á un deseo con que yo he caminado toda ella: que al principio comenzastes á tocar no sé qué suerte de montear en jabalíes, cuando contastes lo que le pasó al cazador que por descuido tenía los perros desarmados y los perdió todos juntos, y nunca habéis dicho suerte de montería do aquello pueda succeder, pues

todas éstas son con un perro ó sin él, y no con tantos perros.

Mon. Esa es otra suerte de montería más noble, y guardábala para cuando hubiese más espacio; pero si gustáis de eso, estad atento, que brevemente os informaré del modo que se hace y de lo que se debe guardar en ella.

LIBRO DÉCIMO

DE LA MONTERÍA.

LOS MISMOS INTERLOCUTORES.

MON. Así como de los tres géneros de animales de que al principio traté, el venado es tan principal que se lleva hacia sí los demás, y tratando de él como el más principal entendemos de corzos y gamos, y todos los que tratan de esta ciencia la llaman *Venación* y de ella intitulan sus libros como si diesen á entender que solamente han de tratar del venado porque en él incluyen lo más importante y principal, de la misma suerte en todas las maneras de cazar jabalíes, solamente solemos llamar montería esta parte de que pienso tratar, porque por ser más principal se llevó jabalí todo el nombre de la ciencia, y llamándose montería toda la arte se lo arrebató este pequeño miembro suyo como el de más gusto é importancia.

SIL. ¿Y en cuántas maneras suele ser esa montería de que queréis tratar?

MON. Suele ser de dos suertes, porque una se hace á pie y otra á caballo.

SIL. Tratad primero de la de á pie, que debe ser el principio de esotra.

MON. Como los jabalíes sean animales tan recatados y amigos de andar continuamente metidos en las breñas espesas, y enemigos de salir á lo raso, no se puede ejercitar en todos tiempos de esta montería tan bien como en los cuatro meses del invierno y otoño, que son Septiem-

bre, Otubre, Noviembre y Diciembre, en los cuales salen más á lo raso que en otro tiempo á buscar la bellota.

SIL. ¿Pues por qué razón no se puede usar de ese género de montería en el monte espeso, y tienen siempre necesidad de salir á lo raso?

MON. Porque si los quisiesen seguir en montañas espesas, sería con tan poco provecho y tanto daño del montero, que mataría los perros con gran facilidad, porque en cercando los alanos y ventores que para esto son necesarios al jabalí, espéralos como aquél que se atreve á las armas de sus fieras navajas, y de que ve se le acercan embiste con el más cercano, y como va á huir el perro (1) y el monte no le da lugar por su espesura, alcánzalo el jabalí presto y hiérelo, y por este orden puede á éste y á todos los demás; y por esta causa no se usa de esta forma de caza en tiempo que los jabalíes se están encerrados en la montaña, sino solamente el tiempo que salen á los encinares huecos, que por la mayor parte son rasos y faltos de monte espeso, donde no hay los inconvenientes dichos.

SIL. Decidnos de qué suerte se ha de preparar el montero para eso, y qué perros y cuántos ha de llevar, y cómo han de ser apercibidos.

MON. Ha de llevar por lo menos seis perros: dos alanos y dos maestros y dos perneadores, los cuales debe atraillar de dos en dos que siempre sean pares, aunque sean en más número que el que he dicho, porque serán menos embarazosos, y han de ir cuando menos dos monteros porque de otra suerte no se podrán gobernar; ha de llevar el uno de ellos los dos alanos de traílla y el otro los cuatro perros, dos en cada mano; las traíllas serán de cordel recio, los collares de cuero fuerte y más los de los alanos por la mucha fuerza que ponen al arrancar; y para podellos soltar con ligereza al tiempo que convenga sin que

(1) El jabalí dice el texto sin duda por error.

se lleven tras sí los cordeles, llevará el un cabo de la traílla atado al bràzo y el otro metido por el collar del perro y pasado hasta la mitad y asido el cabo con la mano para que cuando convenga, con sólo soltar el cabo que lleva en la mano, no se escurran las traíllas por los collares y queden los perros libres de en traílla y sueltos; han de ir los alanos armados con las armas que diremos en su lugar, y todo esto antes de llegar al monte porque vaya prevenido; y á dos horas después de anochecido comience á montear y no antes, porque los jabalíes hayan tenido lugar de salir de las breñas á los carrascales rasos do se ha de aprovechar de ellos; procurando llevar su viaje pico á viento ó por lo menos á medio viento, así porque los ventores hallen más fácilmente á los jabalíes, como porque ellos no tengan primero noticia de los perros y monteros como la ternían si el montero llevase el viento en el colodrillo, y se metería en la breña espesa primero que los monteros diesen en él.

Sil. ¿Qué se debe hacer cuando comience á montear?

Mon. Soltar primero los dos maestros que vayan delante buscando la caza, yendo por la orilla de la breña venteando y atajando rastros y dando noticia de todos los jabalíes que oliesen, y al primero que topen luego los ventores darán en él dando latidos; á este mismo tiempo se han de soltar los alanos y perneadores que seguirán con ímpetu la caza al primer grito que oigan de los maestros, los cuales pararán luego al jabalí, porque su costumbre natural es dar una arremetida huyendo del perro, y á cien pasos cuando mucho se para porque sale con mucha furia y presteza, pero cánsase presto por ser pesado, y así se acula luego á algún árbol, ó mata, ó tronco, ó peña, á do procura tener las espaldas seguras para poder desde allí más libremente usar de sus navajas; y luego que los ventores han parado al jabalí, llegan los alanos y ásenle de las orejas y los perneadores cada cual de donde puede y

tiénenle entre todos firmemente, y es necesario que en haciendo los monteros la suelta se apresuren y lleguen lo más pronto que pudieren al socorro de los alanos, porque no soltarán aunque revienten hasta que dejen al jabalí muerto, y ha acontecido, tardándose los monteros, hallar reventados los alanos ó con las orejas del jabalí en la boca y habérseles ido; y luego que los monteros lleguen al tropel de la lucha, vaya el más diestro de los cazadores á buscar al jabalí con tal orden, que primero que llegue, mire y reconozca bien hacia qué parte tiene el jabalí la cabeza, porque llegando por la cola no le sentirá y llegará más libremente, que ya ha acontecido llegando por delante cobrar el jabalí mucho brío y soltarse de los alanos y matar el montero.

Sil. Siendo la noche tan obscura como cifráis que ha de ser para este género de caza, ¿en qué se podrá conoscer á qué parte tiene el jabalí la cabeza? pues estando cubierto de perros no se podrá entender.

Mon. En que los alanos asidos del puerco están cara á cara de él y los ventores asidos de las piernas, y así lo tienen casi cubierto que apenas se parece; y así conviene llegar por la parte de la cola, y desviando uno de los ventores, asir con la mano izquierda al jabalí del cerro y con la derecha le meta el puñal por los sobacos, que no dejará de darle en el corazón ó en los livianos.

Sil. Y sino llevase más que un alano, ¿podríase hacer esa montería?

Mon. Con mayor peligro, y así será menester más destreza, la cual será llegar para agullar (1) al jabalí por el lado de la oreja que tiene asida el alano, porque si á aquel tiempo acertase á soltar, el golpe que el jabalí arrojare no será á la parte del alano, sino á la otra oreja que está libre.

(1) Enmendado al margen y puesto *abullar*.

Sil. Y después que lo haya aguillado, ¿qué ha de hacer?

Mon. Desbuchándole, reparta de las tripas y ventrón su parte á los perros porque con más codicia hagan después su oficio, teniendo respeto á que si tiene intención de cazar más, entonces los deje con alguna hambre porque tengan codicia para seguir otra res si la encontraran, y vayan al correr más ligeros y les haga menos daño la carrera; y sino hubiere de cazar más, podrá dejarlos hartar todo lo que le pareciere que basta con moderación. Después de esto, para proseguir su montería tornen á atraillar los perros por el orden dicho y carguen la presa en su bagaje, que será muy de importancia llevarle, así para socorrer presto á los alanos corriendo tras ellos, como para traer la caza muerta, que no será bien haber trabajado y poner la pieza en aventura después de habella ganado con tanto sudar y trabajar y peligro.

Sil. Si la tierra fuese ancha de modo que por muchas partes pudiesen haber cruzado los jabalíes, y no partida y alongada como la sierra de Alcudia, ¿qué orden se debría tener para que á los maestros les sean notorios todos los jabalíes que salieren á la corrida?

Mon. Para eso cruzar toda aquella parte do se presume que pueden salir á correr, que en ninguna manera dejarán de encontrar los rastros los maestros, y siguiéndolos por la huella darán luego con ellos, y otras veces por el sentido del viento, aunque le falten los rastros.

Sil. ¿Y con qué tiempo se hará mejor esta suerte de caza?

Mon. Con noche oscura y tenebrosa, y más si llueve, porque entonces los jabalíes salen más seguramente á tomar el pasto y se temen menos que en tiempo de luna.

Sil. De las puercas no habemos dicho nada en esta suerte de cazar.

Mon. Lo que hay que decir de ellas es que se cazan

de esta manera con más facilidad y en todo tiempo y lugar sin tanto peligro, porque respecto de no tener navajas, cesan en ellas estos inconvenientes que primero hallamos en los jabalíes; mas si os parece, pasaré á tratar de esta montería que se hace de á caballo, que es más generosa y gustosa, para lo cual es menester conocer la montaña donde, por las razones que dijimos, se presume que tienen sus camas de día, que suele ser la más espesa que se halla en toda la comarca, y mirar qué monte más apacible hay cerca de allí que por lo menos esté á cuatro tiros de ballesta de la dicha montaña; y entre estas dos partes debe elegir la tierra rasa do se ha de hacer la montería porque los caballeros puedan alancear los jabalíes sin peligro de los caballos; y sino hubiere tierra tan dispuesta y acomodada por ser montosa, conviene que el que quisiese gozar de este ejercicio en tal parte, lo haga desmontar si quiere que le sucedan sus negocios bien, y muchos días antes que se haya de venir á la montería; y luego en el monte más apacible haga la cantidad de cebaderos de bellota que necesario fuere, puestos en la distancia que según el espacio del raso y del monte se requiere y la abundancia de caza que sospecha que hay, porque los jabalíes suelen salir luego de la montaña espesa á la más apacible sin temor de pasar por el raso, por ser de noche cuando pasan; y después de hechos los cebaderos no deje el montero entrar en el monte gente alguna porque los jabalíes no se recelen y con más seguridad lo salgan á tomar; y de allí á dos ó tres días salga el montero de á pie con un sabueso de traílla luego por la mañana y atraviese de largo á largo por la orilla de la montaña do los jabalíes se encierran de día, porque á esta hora ya habrán entrado en ella y el sabueso le descubrirá las traviesas de todos; y visto que hay caza bastante en que se pueda emplear la gente de á caballo, dé cuenta de ello al montero de á caballo que ha de ser principal entre los demás, y recogiendo los hombres que

le pareciere que son necesarios conforme á lo largo de la montaña, vaya con ellos á media noche parándolos de en dos en dos hasta tomar todo lo largo de la montaña, y póngalos en igual distancia unos de otros, de suerte que ocupen toda la orilla por do los jabalíes han de entrar cuando vuelven de los cebaderos á su montaña, á donde, haciendo sus hogueras de dos en dos con grande ruido y voces que en toda la noche no cesen ni duerman, serán causa de que oyendo los jabalíes la vocería, estando en la parte donde han de volver á encamarse, no tengan osadía de volverse otro día de mañana al encerrarse en ella, más se queden en los cebaderos, que por poco monte que tengan se encamarán allí; y el montero no pare de requerir los que vocean porque no se duerman y con su silencio se les pasen los jabalíes; y luego de mañana venga la gente que necesaria fuere y póngase en ala por toda la frente de la montaña con sus caballos y lanzas, apartados de la montaña do los jabalíes se han de ir á encerrar una larga carrera de caballo y más, porque tengan espacio para seguillos si se les pasaren por medio, pero estén tan juntos que no se les pueda pasar por medio; y cada cual de los de á caballo ha de tener un compañero con un alano de traílla á su lado para que, si al tiempo de emparejar con el jabalí no le acertare á echar como conviene con la luna, soltándole el alano le siga para que le ayude á detenello hasta que le pueda mejorar y asille; después que estén puestos por este orden, el montero de á pie, que ha de ser gobernador de toda la montería, sacar há la gente de vocería que tiene metida en la montaña que ya no es de algún provecho, pues en su lugar quedan puestos los caballeros, y pondrálos en parte do no estorben; y después el mismo montero con dos ó tres compañeros y su montería de perros formada, entrará por la partecilla de monte do se hicieron los cebaderos y están encamados á su disgusto los jabalíes; y suelte solamente un maestro, porque cuan-

do más sosegadamente se fueren cercando y poco á poco los jabalíes, más ciertamente los matarán; y en diciendo aquel maestro á algún jabalí, suéltele dos alanos armados y dos ventores, que luego pararán, y por esta orden irá matando los que pudiere, y los que se le escaparen de sus manos irán á dar en las de los caballeros que están á la frente de la montaña do los jabalíes se van á recoger, los cuales, antes que con ellos empareje el jabalí, están obligados á salirle á recibir, saliendo solamente aquél á quien más derecho le viniere, porque si para un puerco saliesen dos de á caballo, estorbarse hían; pero saliendo uno solo harílo mejor, soltándole al mismo tiempo el compañero de á pie el lebrel que tiene á su lado, para que entre él y el perro le maten con más seguridad.

SIL. ¿Y de qué suerte se ha de salir á recibir?

MON. Corriendo á media rienda porque se pueda aprovechar de él, y cogiendo el jabalí de lado y no de frente porque no le mate el caballo; y si se le pasare, revuelva sobre él corriendo con furia hasta que el alano le haya cogido, sin arrojarle la lanza, mas llevándola terciada para hacer el golpe que mejor convenga.

SOL. ¿Pues por qué no le puede tirar la lanza sino le puede alcanzar?

MON. Porque podría erralle y revolver el jabalí sobre él y matalle el caballo y aun herille á él, como ha acontecido algunas veces.

SIL. Y después que le haya muerto, ¿se podrá volver á su puesto aguardando á que le caiga otro jabalí en suerte?

MON. Así se puede proseguir la montería hasta llegar al fin de ella.

SIL. De manera que con esto habréis concluído, señor Montano, todo lo que toca al arte mayor de la montería en que encerráis venados y gamos y corzos y cabras y jabalíes; y por este orden debieron de matar antigua-

mente los osos y leones y tigres y onagros y lobos y los demás animales ferocísimos y ligeros, de los cuales vos, según me parece, habéis propuesto de no tratar, porque vuestra intención es enseñar aquéllos que más comunes son en nuestra España y más sirven al mantenimiento de los hombres.

Sol. Yo sospecho que de más formas que ésta de montear debían de usar los antiguos, y aunque deben usar ahora en Persia los del Sofí, como lo dice Juan Varros, coronista de los portugueses, en su corónica; pues también Jenophón hace mención de matallos con venablos y con menos gente que esa que el señor Montano ha dicho; también hacen esotros autores mención de matar toros bravos y ovejas silvestres y elefantes, que no deben ser de menos provecho, de los cuales todo no se ha tratado aquí.

Mon. Generalmente quiero que sepáis que todos los animales se valen de sus tres sentidos, ojo, viento y oído, los cuales se les han de guardar por el orden que he dicho; y porque algunos hay temerosos y otros feroces, os he puesto ejemplo en unos y en otros, y así ningún animal del mundo dejará de estar sujeto á una de esas suertes de caza; solamente me queda por decir, para que yo entienda que he cumplido con lo que en esto debo, el general modo de atraillar y de soltar el sabueso que para todo es tan necesario, y las preparaciones que se deben hacer antes de tirar para no errar el tiro, con lo cual creo que habré concluído con mi promesa, y vosotros, señores, quedaréis diestros en todo lo que pertenece á la caza mayor, de suerte que la podéis usar y enseñar do quiera que os halláredes en España, así de día como de noche, y á pie y á caballo, en sierras quebradas, traspuestas ó llanos apacibles, y vegas, y al fin en partes fáciles y dificultosas.

Sil. Pues decidnos el general modo de atraillar para que nos vamos acercando al fin que deseamos.

Mon. Si es el perro nuevo y mal encarnado, ó viejo y

la res y sosegar donde primero se echare, porque después de helada correrá tan poco, que por torpe que sea el perro la parará; y así será bien no hacer la suelta luego que la res fué herida hasta pasada esta distancia de tiempo, y entonces se podrá soltar y enviallo en su seguimiento.

SIL. Y si el montero hiriese la res tan sobre tarde ó cerca de la noche que no hubiese lugar de aguardar ese espacio de tiempo, ¿qué orden tendrá? porque si luego se muere se la comerán lobos, y si la quiere buscar otro día y aquella noche llueve, perderá el sabueso el rastro.

MON. Con esa tal no se debe aguardar más punto, sino soltar luego el perro arremetiendo el montero á la cumbre ó atalaya más cercana do pueda oir las voces y latidos del sabueso.

SOL. Y si fuese en Sierra Morena ó en otras partes llenas de jarales y montosas tales como ellas, do por fuerza por la aspereza del monte hubiese de parar más presto, ¿qué se hará?

MON. Bastará aguardalle en aquel tiempo del día sólo una hora, y si fuere al anochecer no aguardar nada por los inconvenientes dichos.

SOL. ¿Y si en tales breñas la res muriese en parte tan espesa que el montero no pudiese atinar á dónde cayó?

MON. Para eso usar del remedio que tantas veces hemos dicho de la cencerrilla echándosela al sabueso, porque aunque no sea sino el ruido que el sabueso podrá hacer lamiendo la sangre de la res, [¿se oirá?]

SIL. Decidnos ahora, señor Montano, la preparación que decís que se ha de hacer antes de tirar, porque entiendo que cuanto á lo que toca ese particular de la traílla y de la suelta estamos bastante informados por lo que nos habéis dicho.

MON. Una de las principales causas de errar el tiro después de estar puesto el cazador á tiro de la caza, es la codicia desordenada ó sobresalto que toma de verse puesto

en tal ocasión, tanto que no sólo suele acontecer en tiradores modernos, mas en los más usados y viejos pasa muchas veces, que mientras más cerca ven la res más presto la yerran, porque el corazón se altera y los pulsos faltan con el contento de ver la caza tan presta en sus manos, que algunos no se han puesto el arcabuz ó ballesta en el rostro cuando desarman antes de tiempo, que llamamos de tenazón.

SIL. ¿Suele haber otra causa demás de esa?

MON. Otra es por poner el punto del arcabuz en todo el cuerpo de la res sin ponerlo en parte distinta ó señalada, porque como toma tan grande objeto por blanco, tanto menos cierto hace el tiro; y tanto más cierto será, cuanto más pequeño le tomare congregando la vista y obligándola á menor espacio.

SIL. Esa me parece buena razón: decid otra causa si la hay.

MON. No menor inconveniente es detenerse en desarmar después de haber[le] puesto en aquella parte donde le querría dar, y remediarse han todos estos errores con que se advierta, después de estar á tiro, hacer cuenta que no es caza aquélla, sino piedra; y si muy inquieto se sintiere viendo la caza segura, deténgase un poco antes de tiralla, procurando quitar el pensamiento de ella poniéndole en otra cosa diferente hasta sentirse sosegado de aquel alboroto y sobresalto que la caza le causó; y desque se sienta dispuesto, levante la mano á tiempo que tenga la res la cabeza baja, y encárese para tiralla y reprima el espíritu para dentro, respirando dos ó tres veces recio, primero para fuera para que con esto se sosiegue, y la última vez para dentro de modo que no respire más mientras estuviese encarado; y póngale el punto en una pequeña parte de donde le pareciere que más conviene darle, y haga cuenta que si de allí le yerra sólo un dedo, no le ha de acertar.

SIL. ¿Á qué parte sería bien que le apuntase?

MON. Si está atravesado y se parece de medio adelante, él puede apuntar á lo peladillo de los sobacos, porque ya que haga el tiro avieso, á la una mano le dará por las tablas de las espaldas, y si le acierta do le apunta le dará por el corazón, y si le da á la otra mano avieso le dará por los livianos, que todos son tiros de mucha importancia y certeza; y advierta que si le diere por las volanderas suelen caer del golpe, y entonces es necesario acudir presto sobre ellas, porque si aguarda á que se desaturda se irá, y huye de suerte que ni él ni el sabueso no la podrán más ver porque aquel tiro no es mortal; y si estando atravesada no se pareciere más que de medio, debe apuntalla á las mazas de las piernas, porque dándole por ellas le quebrará las canillas y la derribará del tiro; y si le diere por las tripas menudas la cobrará fácilmente porque huirá poca tierra; y si por la espina, caerá luego; y si le tirare por detrás sosquinada, le apunte á la costilla hornacina, porque suele salir la bala por la espalda del lado contrario y es el tiro mortal; y si tuviere las ancas muy de hilo á él, le apunta á lo blanco de la cola porque suele ir el tiro á parar á los livianos, donde caerá presto; y si hiriere bajo y le quebrare un pie, aunque sea por cima de las pezuñas, la cobrará fácilmente llevando perro; y si le tirare cara á cara, apúntele al hoyuelo de los pechos, que es el tiro mortal acertándole por él, y haciendo el tiro un poco avieso le dará por los encuentros y la cobrará con el perro, y si hace bajo y le quiebra una mano, también; y sino se le parece más que el pescuezo, por poco que coja la bala, dará con ella en tierra; y sino se le parece más que la cabeza, échele el ojo por blanco, que dándole hará lo mismo; y si fuere venado, ó gamo, ó corzo, ó cabra, y le diere por la aspa del cuerno, lo derribará en tierra; mas acuda con tiempo, porque si le deja levantar no le verá más; y si le diere por las abujas, caerá también del golpe; y si le diere

por el hígado se irá herida, aunque es el tiro mortal, y si fuere por el hueco también hará lo mismo.

SIL. Buenos han estado los avisos: proseguid después de puestos á tiro lo que ha de hacer para desarmar.

MON. Después de encarado desarme con gran tiento poco á poco sin que la yema del dedo desarmador haga fuerza alguna, y no se detenga en desarmar mucho, porque luego tiembla el brazo y se desasosiega de estar cargado, y más si lo tiene en vago.

SOL. Muy buen aviso me parece ese.

MON. Otro os diré que tengo por importante, y es que, aunque le tire desde lejos y tenga desconfianza de haberle dado por vella arrancar y huir con ímpetu, no deje de ir á ver el lugar do estaba cuando le tiró porque sería posible habella herido, y luego verá en el suelo algunos pelos, y siguiéndola por el rastro, ó con ventor ó sin él, hallará presto la sangre en el suelo ó las matas por do pasó.

SIL. Todas esas advertencias son de importancia en los que cada día usan de este oficio y se ven en semejantes ocasiones, y por esto habéis hecho bien de tratar después de acabada la caza mayor estas tres cosas: del modo de atraillar y de soltar el sabueso y de tirar con cuidado y aviso, pues son avisos generales para la montería, y como todos saben, hay dos maneras y avisos generales en todas las ciencias: unos que preceden la ciencia y otros que se les siguen después, porque sin los primeros no se puede entender la ciencia, y ansí es menester que le precedan como principios por quien ella se ha de gobernar, y otros que no se pueden entender sin la ciencia, aunque dan aviso de cosas pertenecientes á ella, y por esto se le han de seguir, porque antes de saber la montería, ¿quién pudiera entenderos si tratárais del modo de atraillar y soltar el sabueso? Vos habéis procedido que al principio de la caza nos dijísteis los avisos generales sin los cuales ella no se podía entender, y al fin nos decís los que no se pudieren

entender sin ella. Otros avisos suele haber en tercero género que se pueden tratar en el principio y medio y fin, porque son tomados de otras ciencias y aprovechan para la presente, y por eso puédense suponer ó tomar prestados de aquélla que los tiene, como si agora quisiérades tomar prestadas de la astrología las señales con que se pueden conocer las mudanzas de los tiempos y tempestades y pluvias, que aunque no es negocio de caza aprovecha para la caza, y así se puede tratar donde quiera torciendo un poco el camino, pues vos solamente estáis obligado á decir que se ha de cazar en tal ó tal tiempo tal suerte de caza, y el que ha de cazar es bien que procure qué tiempo es el que hace y qué ha de hacer para que lo que pretende pueda conseguirse, que si faltase por la mudanza del tiempo, no sería en culpa vuestra ni de vuestra arte, sino por ignorancia del que no supo conocer los tiempos.

Sol. Con todo eso sería muy acertado y se le haría buena obra al curioso á cuyas manos viniesen éstas nuestras conversaciones, y al señor Montano no se le haría de mal, si con su licencia añadiésemos yo y vos en suma esa parte que puede ser provechosa á los cazadores, sacándola de Columela y Varrón y Ptolomeo y Plinio y de Chaves, que también trató esta materia bien, para que no haya que desear en cosa que hasta aquí ha ido tan bien tratada.

Sil. Nueve señales hay principales, las cuales se pueden mirar para esa mudanza de los tiempos, que son estrellas, sol, luna, nubes, neblinas, arco del cielo, relámpagos y truenos, aves y pescados en estos tiempos inanimados (1), y cinco cosas son las que se pueden pronosticar, serenidad, vientos, pluvias, tempestades y fríos: por este orden podremos en suma brevemente decir de cada señal

(1) Como se ve no hace sentido este último período por haber sin duda suprimido el copista alguna frase ó palabra que no sospecho cuál pueda ser.

de éstas que se quiéra mirar lo que pronostica, porque si miramos las estrellas, en las cuales también se comprenden los cometas que el vulgo suele llamar estrellas, es cosa clara que cuando ellas están al parecer quietas y resplandecientes, significan serenidad.

SOL. Y cuando tuvieren algunos círculos blancos ó amarillos ó rubios, no siendo más de uno, significan serenidad y sequedad; y cuando tuviesen más que uno y fuesen rubios, significa serenidad con vientos, los cuales correrán de aquella parte de do los tales círculos se comenzaren á romper.

MON. Oí yo también decir que las exhalaciones encendidas que llamamos cometas, cuando corren á diversas partes en el silencio de la noche, significan serenidades y con vientos.

SIL. Y cuando parece que las estrellas se mueven ó que están bailando y jugando, vientos que correrán de aquella parte que más claras parescieren y muy presto, que á lo más largo serán el día siguiente.

MON. En general, cuando corren de noche, que vendrán vientos de aquella parte de do corren, porque deben de decir la intención que tiene el cielo de moverse de aquella parte.

SOL. No hay para qué tratar aquí de las causas que sería hacer larga disputa: basta saber también que cuando á nuestra vista parecen mayores de lo acostumbrado, denotan vientos dentro de tres días, sin decir que porque se disgregó la vista en el aire señaló la generación de los vientos, y así se colige uno de eso que dijísteis que si corrían de diversas partes esas cometas denotarán contrarios vientos y lucha de ellos, y por el consiguiente si fuere ya de todas las cuatro partes del mundo, serán tempestades.

SIL. Lo mismo significan las estrellas que súbitamente se esconden, y cuando están más claras de lo acos-

tumbrado y de aquella parte do están más resplandecientes y así las llamamos cabrillas; estando muy claras significan vientos setemptrionales, y si estas mismas parecen nublosas y oscuras denotan pluvias, y generalmente los círculos de las estrellas estando ellas tristes y deshaciéndose ellos; pero si los círculos se quiebran por muchas partes, denotan tempestades por la razón que los denotan los varios vientos que dijimos.

SOL. Finalmente, cuando parecen más estrellas de las acostumbradas y más espesas ó más pocas y raras, significan mudanza del tiempo.

MON. ¿Y cuándo significan fríos?

SOL. Cuando en invierno resplandecen mucho y parece que se mueven.

MON. Discurrí por las señales que se pueden tomar del sol.

SIL. Cuando en su nacimiento fuere claro y no saliere con mucho calor sin tener cerca de sí nubes ni marañas ni humillos ó neblinas, denota serenidad aquel día con sequedad y calor, y cuando á la mañana tuviere algún círculo pequeño y después se fuere deshaciendo; y si se pusiere de esa misma suerte denota que la serenidad será aquella noche y la mañana siguientes; y si cuando nasce parece mayor de lo acostumbrado y que sus extremos de él se llegan más á la vista que el medio, de suerte que parece una taza ó plato güeco, denota viento con humedad.

SOL. Y si cuando nace parece rubio, denota viento seco; y si amarillo y deslavado y tuviere debajo de sí algunas nubes, vientos cierzos fortísimos; y si las nubes son rubias, vientos setemptrionales, ó sean cierzos ó sus compañeros.

SIL. Y cuando nasciendo extiende sus rayos unos al austro y otros al setemptrión, vientos húmedos y de aquellas tales partes; y también cuando á aquel mismo tiempo ó á la puesta de él paresciere verde cetrino rodeado de al-

gunas nubes gruesas, ó cuando paresce colorado ó tuviere tales rayos y círculos.

Mon. Generalmente se dice que si tuviere círculos de cualesquier colores y se deshicieren de alguna parte ó estuvieren solamente fortificados de una parte, de aquélla vendrán los vientos y terremotos.

Sil. El sol significará pluvia si antes que nazca del todo mostrare sus rayos verdes ó cetrinos, y si los tendiere dentro de las nubes y al medio día estuviere sin ellos, y si al nascer los echa cortos y no bien claros, y si los echa unos al austro [y] otros al setemptrión, ó cuando con sus rayos rompe las nubes y salen como por unos abujeros de ellas, ó si al nascer y ponerse parecen los rayos de diversos colores; y si fueren largos y cetrinos significa pluvias presto, mas no aquel día.

Sol. Y si al nascer ó ponerse el sol paresciere cetrino ó verde ó cárdeno, y si se pusiere con nubes muy obscuras y negras ó al ponerse echa los rayos cortos, denota pluvias aquella noche.

Mon. Si llueve á puestas del sol, suele llover aquella noche más; y si se pone con nubes sin llover, suele haber pluvias otro día.

Sil. Cuando parece que tiene cerca de sí unas flamosidades blancas, significan pluvias aunque esté sereno; mas si antes que el sol salga las nubes parece que salen á recibirlo, denotan tempestades en mar y en tierra; y si cuando nasciere estuviere el día claro y él se mostrare grande y amarillo, tempestad de aguas y granizos y truenos ese mismo día; y si cuando saliere pareciere turbado y más encendido que suele, ó cetrino ó cárdeno ó verde, y si aunque tenga buen color se le llegaren muchas nubes y le dejaren dar poca lumbre, de cualquiera color que sean y cuantas le impiden la lumbre, tanto será mayor la tormenta y vendrá de la parte do ellas vinieren; y si vienen de todas, de do fueren más gruesas.

SOL. Cuando al salir parece que tiene cerca de sí otro sol entre las nubes, grandes tempestades de agua; y cuantos más círculos tuviere de varios colores, más tempestades diversas.

SIL. Y cuando por la mayor parte del día fuere colorado y no muy resplandeciente, denota tormenta; y si al ponerse tuviere un círculo blanco dice que será esa noche y el día siguiente, y si se pone encendido y con manchuelas negras ó verdes.

MON. Si cuando se pone tiene algunas neblinas, tempestades pequeñas aquella noche; y cuando nubloso, tempestad de pluvias. Pero decid de las señales de la luna, que es la principal cosa que se puede ver de noche.

SIL. Cuando por tres días antes y después de la conjunción, oposición ó cuartos de ella, tuviere las puntas delgadas y resplandecientes, denota serenidad en todo aquel cuarto; y cuando siendo cuarto ó llena tuviere la parte setemptrional más delgada y clara que la austral, significa serenidad; y si al cuarto día tuviese las puntas delgadas y ella fuere lucida y resplandeciente, ó si en su nascimiento fuere clara y sin nubes, y si tuviere un círculo en torno de sí y que se deshiciere poco á poco, y más si los círculos fueren blancos ó amarillos ó rubios.

SOL. Y si por esos tres días antes de su conjunción ó después de su oposición ó cuartos fuere rubicunda, ó que su círculo lo sea y muy lucido y transparente, ó si al nascer tuviere sus puntas delgadas y ella sea clara por la parte que no es alumbrada del sol y como rubicunda, y si pareciere moverse, denotan vientos fortísimos que correrán de aquella parte á que les declinare, y lo mismo cuando antes de su cuarto no denotare sus puntas; y si llegando á él ó pasando al quinto las tuviere delgadas y derechas, ó si ella fuere colorada y si tuviera gruesas las puntas y como que se mueven, significa vientos y aguas; y si tuviere un círculo colorado significa lo mismo.

Mon. Y de la parte que mostrare la punta más delgada y resplandeciente, denota que han de correr de allí los vientos, y cuando en su nascimiento se muestra rubicunda ó rubia y resplandeciente ó con un solo círculo rubio; y si fuere verde ó negro y interciso por partes, denota tempestades, y si tiene algún circulo solo y de otra alguna nube, ó si muchos círculos varios.

Sil. Si hiciere la conjunción en martes, ó si al primer martes de ella llueve, será de muchas aguas; y si paresciere cárdena ó verde oscura ó plomada, ó se mostrare la punta setentrional gruesa y de estos colores, significa que lloverá presto á la creciente ó menguante.

Sol. Y si cuando nueva mostrare señales de agua y no lloviere y hiciere frío, denota que en su creciente hará frío y en su menguante lloverá; y si toda en creciente hiciere frío, toda en menguante lloverá; y si el cuarto día no se mostrare y hiciere vientos occidentales, denota tempestades de pluvias y todo aquel mes; y si cuando fuere de mediada se mostrare encendida, significa tempestades prestas.

descubierta, la torna á alzar y la muestra de suerte que haga mucho viso.

Sol. De suerte, señores, que por todas esas causas que decís, es bien que se trate de la liebre primero que de otro de esos animales, y no hacéis caso del gusto que da siendo comida, que es lo principal, pues por sólo esto entiendo yo que merece el primer lugar y tengo autor que lo diga, que es Marcial en estos versos:

«Inter aves turtus si quis me judice certet,
Inter quadrupes gloria prima lepus.»

Sil. Tenéis mucha razón, y dice con esto Arquestrato en las obras de Ateneo que llama á la liebre manjar ingeniosísimo ó sabrosísimo; y de aquí se podría mover otra cuestión cerca de eso sobre cuál sea más sabroso, el conejo casero ó el montés, que son de especie de liebres según hemos concluído de común sentencia.

Mon. Por más provechoso sé yo que se tiene el montés según dicen los médicos; el sabor no se puede juzgar sino del paladar de los que le comen, que á unos sabrá mejor uno que otro.

Sol. Sea ello como quisiéredes, séos decir que á todos esos tengo por sabrosa comida, y así debe de ser la caza más perseguida que hay en el monte y que más comunmente se caza.

Sil. De ahí vino á hacer aquel epigrama Ausonio Gallo como subcediese ir una liebre huyendo de unos perros y pasase por la orilla de la mar, que salió un perro marino y la cogió.

«Trinacrii quondam currentem in littoris ora
Ante canes leporem Ceruleus, rapuit
At lepus in me omnis terræ pelagique rapinas est,
Torsitam et cœli, si canis astra tenet.»

Mon. Donoso está el epigrama, y con razón se quejan las liebres de ser muy perseguidas; mas también les dió

naturaleza á ellas con que se defendiesen, porque deben ser demás de muy ligeras las más ciertas en los tres sentidos de ojo, viento y oído que hay entre los animales: porque del ojo ya dijimos de opinión común que siempre, aun durmiendo, los tienen abiertos: y viento toma extrañamente del cazador ó de otras cualesquier cosas que le sean contrarias: y el sentido del oído no es menos vivo, pues para mejor usar de él, siempre que está encamada, si oye ruido de cazadores ó perros que suene lejos de ella, se levanta de la cama, y arrimada al amparo de la mata do está encamada porque menos conocida sea de las aves de rapiña, poniéndose sobre los pies postreros se pone derecha para arriba, y aguzando las orejas escucha con gran atención por un rato si la vienen á ofender, para usar de su remedio de una de dos maneras: ó alebrándose en su propia cama pegada con la tierra y las orejas desparramadas por los lados que no las osa poner sobre el lomo porque no hagan tanto bulto, y la barba tendida en tierra, y las manos y pies cogidos, pero en aquel apercibimiento que es menester para huir cuando se le ofrezca necesidad: ó saltando luego antes que vengan los perros ó cazadores de quien teme, y la cola metida entre las piernas porque no haga viso, y no del todo se enhiesta sobre los pies, sino quebrándose con el suelo, pegando con él la barriga y escondiéndose entre las espesas matas, las orejas bajas; y esto suelen hacer más continuamente en días nublados que claros, porque entonces sospechan que se pueden encubrir mejor, y más si llueve que si deja de llover; y si ve que perros no la siguen sino solamente se ha espantado del cazador, á poca tierra de donde ha saltado, corriendo como va, se levanta sobre los pies traseros y alzando las orejas hace el pinillo, que decimos entre cazadores, escuchando y mirando si van tras ella; y si ve que no va nadie, torna á proseguir su viaje y á pocos pasos adelante torna á hacer el pinillo, para que con estas atalayas conozca lo

que debe hacer, ó tornarse á encamar ó ponerse en huída.

SIL. Sepamos si es verdad lo que se dice de la liebre que es amiga de morir donde nace.

MON. Verdad es que de día siempre procura guardar la querencia y nunca se muda de una parte; pero de noche es tan andariega, que será posible ir media legua y más á buscar las cebadas ó avenas, que es pasto para ellas goloso, ó la grama, ó la lechitrezna y otras frutas de esta suerte que le son agradables, mas de día tornará luego á su querencia; pero es animal muy delicado y que siente mucho las mudanzas del tiempo y el frío y calor excesivo, por cuya causa se hallarán en verano en las umbrías más frescas y umbrosas, y por la mayor parte de media umbría arriba, así por participar más del aire cuando se mueve, como por mejor usar de la atalaya del pinillo que dije poco há; y ordinariamente en mata espesa y grande donde el sol no pueda penetrar ni las moscas ni tábanos las inquieten, poniendo las ancas hacia la parte do llega el sol á medio día y la cara hacia su contrario; y aun suelen tener en la dicha mata dos camas, la una en esta parte dicha y la otra en donde el sol sale, porque aunque sea en verano se huelga de tomalle un rato por la mañana, y en entrando la fuerza del sol se muda, reculándose y sin levantarse, á la otra cama, do siempre suele estar muy metida, que apenas se le suele más ver que la cabeza y las orejas; y si es hembra, que suelen ser más avisadas, tienen cuidado de poner una matica delante de la cama, porque entiende por allí ser conocida del cazador, y no se engañan, principalmente las que son nacidas en el Andalucía, que en el reino de Murcia y generalmente en las tierras bajas y calientes suelen todas tener una estrella blanca en la frente, porque en toda tierra fría, como en la sierra de Cuenca, no se ha visto jamás liebre que la tenga, y así no son tan conocidas en el rostro.

SIL. ¿Cómo dices que las hembras son más avisadas

que los machos? Por ventura [debe] habérseos olvidado de lo que poco há concedistes con aquellos autores, que todas son machos y hembras igualmente.

MON. No me he olvidado de eso; pero entended que eso no es general, antes es más común haber unas que son machos determinadamente, y éstos tienen la cara más gruesa y robusta, y otras son hembras y tienen la cara más enjuta y flaca; salvo que algunas veces hallamos esa novedad, y en el macho hallamos gazapos y madrezuela [y] testículos, de donde tenemos por cierto que muchas de ellas deben de tener ese privilegio y usan de él cuando mejor les está.

SOL. Tornad, señor, á las liebres en el verano, que siempre, como decís, encaman en la umbría.

MON. Suelen encamarse, como digo, de media umbría arriba, habiendo matas grandes do se encubran; pero faltando, se encaman á par de la misma umbría en la entrada de ella habiendo alguna frescura de arroyo ó lapachar, por hallar allí más templanza; y aun muchas veces dentro de los propios arroyos sobre algún pizarro do se moje toda la barriga, y otras veces en algunas islillas que se hacen entre dos brazos de río, porque allí entienden que están más seguras y que nadie les irá á buscar en medio del río; y á falta de estas comodidades suelen echarse en los altillos por causa de coger el aire, pero todavía en mata espesa para defenderse del sol.

SIL. Todas las razones que habéis dicho me parece que son para el tiempo claro y calmo; ¿pero si fuese nublado ó lluvioso?

MON. En tal sazón se hallarían en mata muy clara y por la mayor parte seca, ó bajo de algún cardo ó tamarón, ó aculada á alguna pizarrada porque el agua que cae de las matas no le gotee encima.

SIL. Ya pienso que basta eso para el verano: decid dónde se han de hallar por el invierno,

Mon. Cuando los aires son fríos y lluviosos debe el cazador levantarse en amaneciendo, que es cuando la liebre se encama, y mirar qué aire corre en aquella sazón: porque si fuere Cierzo, y más corriendo furioso, se hallarán en las solanas más abrigadas de él y por la mayor parte de media solana arriba y la cara al medio día, porque goza allí mejor del sol, si entrando el día lo hace, y le dará más parte del día, y por estar más enjuta y participar menos de la humedad de los bajos, que lo tienen por enemigo en este tiempo; de esto les viene y es su continuo encamar en mata muy clara ó seca, ó tamarón, ó cardos, ó lastones, ó á falta de monte, si la tierra es de sembrados ó barbechos, se suelen echar en los surcos de ellos de largo á largo; y si al tiempo que se encaman corriere Ábrego con aparencias de llover ó lloviendo, se pueden buscar en las umbrías abrigadas de él, como el que más continuamente suele llover, por serles el agua en este tiempo tan contraria, que en seis ó siete días que llueva suelen enflaquecerse aunque estén muy gordas; y así no sólo se encubren con las umbrías, mas también echan las ancas aquella parte donde le corre el viento y la cara á la parte contraria, y demás de esto se encaman siempre en cama muy rasa, digo, en mata sola.

Sil. Y si por la mañana corriere un viento y después en el cuerpo del día revolviese otro, ¿con cuál de ellos se han de buscar?

Mon. Yo por opinión tengo que las liebres desde el principio del día conocen el viento que les ha de correr en lo restante, y conforme á aquél se encaman; y así, si fuese posible al cazador saber el tiempo que ha de correr, conforme aquél las buscaría de la mañana á la noche; mas si esto fuere difícil de saber, en mudándosele el viento mude el estilo de saber y buscar, y irá con la opinión de otros que piensan que las liebres mudan camas todo el día según las diferencias de los vientos que les corren.

Sol. Sepamos si como ponéis ejemplo en el Ábrego lluvioso, del cual decís que se guardarán las liebres poniéndose al reparo de él, ¿entiéndese lo mismo de esotros vientos si lloviere con ellos? porque hay muchas partes de España donde llueve el invierno con esotros vientos.

Mon. De cualquier aire que venga frío y con pluvias se guardarán las liebres por la razón que dije de que son tan delicadas, que sufren mal la mudanza excesiva de los tiempos; demás de esto habéis de entender que en los tres meses del riñón del invierno, que son Noviembre, Diciembre y Enero, si el tiempo persevera en serenidad y yelos, muchos días se hallarán en las puntas de las umbrías más cercanas de aquella parte donde luego como el sol sale se comunica, porque allí les dará el sol hasta las nueve y de allí arriba quedan sombrosas, que es lo que en esta sazón y tiempo apetecen hasta que á la tarde se levantan á merendar.

Sil. ¿Pues qué es la causa de eso?

Mon. Porque en esta disposición de tiempo engordan mucho más que en otro de todo el año y la gordura les causa calor, y así solamente tienen calor y necesidad de tomar el sol por la mañana cuando el tiempo del frío es excesivo, y después en el resto del día huelgan más con el frío porque con él se temple el calor que naturalmente les da su gordura y fuerza.

Sol. ¿Hay otra cosa que podáis decir acerca de eso de buscallas?

Mon. En general quiero que sepáis que así en invierno como en verano procuran encamarse, aunque guardando las condiciones dichas, cerca de algún monte ó espesura de breña donde se puedan esconder y acoger si vienen fatigadas de los galgos, y cerca de trochas y caminos, porque en éstos corren mucho mejor y más que los galgos, porque como ellas son pequeñas embarázanse con el estorbo de las matas y corren mejor por veredas ó linderos, los cuales, como digo, procuran tomar.

SIL. Comenzad, señor Montano, y decidnos el orden que se ha de tener en matallas, pues habéis dicho dónde se hallan.

MON. La primera forma en que se suelen cazar las liebres es la que llaman á majanillo ó á pinillo, tomada de aquellos pinillos que dije que suelen hacer cuando van saltando y entienden que no hay galgos que las sigan; y suélese hacer á caballo y por la mañana desde que amanece hasta que es hora de encamarse, y por la tarde desde que se levantan á merendar hasta que es anochecido; y si fuere en verano se detienen más en encamarse por la mañana por razón de la corta noche que han tenido para comer y el largo día que esperan para estar encamadas, y se levantan más temprano á merendar por razón de lo mucho que han estado encamadas y la corta noche que esperan para pacer.

SIL. ¿Y de qué suerte se suele hacer á caballo como decís?

MON. Yéndolas buscando por sus querencias, y en viendo la liebre desvíese con brevedad por un lado llevando el paso del caballo tan bastante que jamás la pierda de vista, porque la liebre luego se va arremagando y quebrando y suele llevar el paso corto, por do al montero le será forzoso de tomalle la vía que sospecha que ella pretende llevar según lo muestra con su viaje, porque esto es lo principal que ha de procurar para tiralle, yendo arreando al caballo, y la ballesta ó arcabuz apercibido, y en emparejando con la cara de la liebre procure hallarse cuanto cerca pudiere para estar dentro de tiro, porque dejándolo de hacer, la necesidad le obligará á haberle de dar otra vuelta para tornarse de hallar por la cara de ella, que es la parte por do siempre se ha de procurar tiralle para que mejor espere; y en este medio tiempo suele ella írsele por aquel camino que ya tenía comenzado, porque le deja la puerta abierta, especialmente si es al anochecer, que les

convida más á caminar sin temor de ser vistas, y así le habrá de tirar desde encima del caballo yendo solo.

SIL. ¿Y si llevare compañero de á pie?

MON. Sería lo mejor de todo, así porque la liebre espere mejor, como porque el tiro sea más cierto; pero debe llevarlo á las ancas hasta haberle tomado el viaje desde antes que le haya visto, y de que haya de tirar sea á pie por la parte contraria de la liebre yendo siempre á par del pescuezo del caballo por la parte hacia la caza, y antes que empareje con la cara de ella vaya emballestado y tírele cara á cara, porque le aguardará mejor; y pásese el de á caballo de largo sin repararse cosa alguna, porque saltaría, llevando el paso lerdo con el caballo en aquella sazón, porque cuanto más espacioso lo llevare más tardará de pasar todo el cuerpo del caballo del compañero de á pie, y mientras más tardare menos advertirá la liebre en la parada que hace el de á pie para tiralle; y así que el cuerpo del caballo acabe de pasar de él, ya habrá hecho el de á pie el tiro.

SOL. ¿Y qué disposición de tierra requiere esta suerte de caza para que mejor suceda?

MON. Monte bajo y claro, porque el cazador la pueda mejor seguir sin perdella de vista; y si fuere el día nublado será mejor, porque se levanta la liebre más temprano y hay más espacio para cazar; pero no ha de ser airoso ni pluvioso, porque se hace peor la caza.

SOL. De suerte que de esa manera se hace la forma de cazar que llaman de majanillo: solamente me queda á mí una duda en ella y es en el nombre, que no entiendo por qué le llaman así.

MON. El otro que tiene es de pinillo, y ya os dije por qué le fué impuesto; estotro pienso que se dijo por el espacio que va tomando en el espacio de las paradas, que parece el que suele guardarse en igual distancia de un majano á otro.

SIL. Pasad, señor, á otra forma de cazar, que esas cuestiones de nombres son de poca importancia para los que pretenden saber la sustancia de las cosas.

MON. La segunda suerte de caza es también á caballo y hácese de esta suerte: yendo buscando la liebre en el tiempo contrario de la suerte contraria pasada, porque allí buscamos las liebres cuando andaban levantadas paciendo, y aquí las buscamos cuando están encamadas, y así se buscan desde por la mañana á la hora que se encaman, ó una hora después, hasta una hora antes que se levanten á merendar; y el orden para matallas será irlas buscando por sus querencias de la suerte que se buscan para echarlas á los galgos, y en saltando estarse quedo atalayando desde el caballo hasta que la vean trasponer y hacer sus pinillos ó majanillos, y luego correr á todo freno hasta llegar hasta la misma traspuesta, y luego la verá ir haciendo sus paradas á trechos y quebrarse y encamarse donde mejor le estuviere; y después que la vea sosegada comience á dar voces y llamar perros y latir como ellos, de suerte que parezca que los lleva, y váyasele acercando y déle una vuelta muy disimuladamente, y torne luego á dalle otra vuelta muy aneja apeándose del caballo, y déle otra vuelta á pie con mucha brevedad emparejándosele por la cara, y tírele por allí, porque de tiralle á la cabeza y por delante se siguen dos provechos: uno de que le tiene tomado el lugar por do ha de saltar para correr y huir, y por eso se está queda; y el otro, que dándole en la cabeza, aunque sea un golpe muy pequeño, se desatina y la cogerá fácilmente, y si le da por otra parte del cuerpo se le podrá ir aunque vaya muy herida.

SIL. Y si el cazador se temiese de que la liebre no ha de aguardar por una de dos causas, ó por ser tierra montosa donde ellas tienen tan segura su libertad, ó por no estar muy seguidas y amedrentadas de galgos, ¿qué remedio tendría para que no se le fuese?

MON. Dalle su rodeo por el orden dicho, y de que empareje por las ancas, si hay alguna mata espesa donde la liebre no vea menear al montero el brazo, arrójele la montera recia por el aire y por cima de ella que pase de la otra parte todo lo que pudiere, para que la liebre entienda que es algún ave de rapiña y se alebre más, y atemorizada espere.

SIL. ¿Qué tierra se requiere para esto y qué tiempo?

MON. Tierra rasa de pocas quebradas, y días claros y serenos, porque con tales días y en tal disposición de tierra no se osan levantar de sus camas las liebres, ni traginar de una parte á otra con temor de los perros y aves de rapiña; y lo contrario harían si fuese tierra montosa y quebrada y día nublado.

SOL. Bien entendida tenemos esa forma: ved si hay otra en que se puedan ver y ballestear echadas antes de saltar, porque yo en viéndolas correr, sino llevo galgos la tengo por perdida.

MON. Hase de tener cuenta, para más presto verla y conocerla encamada, con aquellos avisos que al principio os dije en qué se había de conocer la liebre y hacia dónde tiene la cara y la querencia donde se tiene de hallar, porque se ha de ir arando por el propio orden que el labrador va arando la haza; y estas vueltas dará por delante de aquella parte do se presume que la liebre ha de tener la cara, pues en ella y en las rayas de las orejas y en el resplandor de los ojos, ó en la estrella de la frente, la ha de conocer, porque no llevando esta cuenta podrá la liebre esconderse de suerte que aunque la vean no la conozcan.

SIL. Y después de vista, ¿qué ha de hacer?

MON. Pasar de largo sin repararse poniendo con el pensamiento alguna seña en la mata más distinta y conocida de las otras que estuviere cerca de la liebre porque no la pierda de tino á la vuelta; y tornarle á dar su rodeo, y en emparejando por la cara, hallarse todo lo cerca que para acertar conviene.

SIL. Y si saltase y no quisiese aguardar, ¿qué remedio habría con ella?

MON. Uno queda, que es señalarle la cama, que si es uno de los meses del invierno cuando yela, no dejará de volver á ella; y así podréis requerir las tales camas que las toman y guardan extrañamente y tornallas á visitar con el mismo aire que corría al tiempo que saltó, porque como ellas no pueden escarbar con el yelo para hacer otras y tienen aquéllas enjutas, usadas y llenas de su propio pelo, ámanlas mucho; pero no volverá otro día de como la levantó haciendo cuenta que la han de volver á buscar allí.

SIL. Yo levanté una vez una liebre en una querencia con una pierna quebrada que fácilmente la alcanzara, y supe después que había un año que un amigo mío la había herido en la propia cama. Pero decid en qué tiempo y tierra se ha de hacer esta forma de cazar y cómo se llama.

MON. Llámase cazarlas á ojo, y hácese en todo tiempo del año y en tierra apacible y de poco monte, porque se hallen más fácilmente: y en días que lloviere, cuando ellas se suelen encamar en parte rasa porque no le goteen las ramas encima: y en días que hace sol después de haber llovido que salen ellas á lo claro y raso, porque así se descubren más desde sus camas.

SIL. Decid de la manera que suelen llamar á el espera, que lo deseo harto porque no lo he visto, y solamente he oído decir el nombre.

MON. Esa forma se hace á la mañana ó la tarde cuando las liebres andan movidas comiendo, y mejor á la tarde que por la mañana, porque yendo el cazador temprano antes que ellas se levanten á pacer, y arrimándose á una mata en aquella parte que entiende que ha de salir, le halla apercibido al tiempo que sale y puédele guardar bien los tres sentidos; pero yendo por la mañana, como ya la

liebre está levantada y no tienen más cuidado que de pasar y mirar por sus enemigos, tan presto ve ella al cazador, y más presto que él á ella; y habiéndose de hacer por la tarde conviene ponerse media hora antes que se entienda que se levantan las liebres á merendar, mirando y reconociendo primero la disposición del monte; porque si es espesa, será cosa acertada ponerse á esperalla en la orilla de algún pedacillo raso que haya dentro de la espesura, y más si es pradera y atraviesa por ella algún camino, trocha, senda ó azagadero de ganado, que las aman extrañamente; y levantarse han más presto á merendar en la parte del monte de donde se partiere antes el sol, y si el día fuere nublado se levantará más temprano y, como dije, en verano que en invierno, y estando muy quedo y arrimado á una buena mata, ella propia se le vendrá á las manos; pero esta mata débese escogerla á la parte más guardada del viento, porque tomándosele no huya de él, y en viéndola salir váyase encarando poco á poco hasta llegar el arcabuz ó ballesta al ojo, porque menos movimiento haga cuando fuere necesario, y no asombre la liebre.

Sil. Bien está eso; pero si la liebre saliere tan desviada del cazador que la espera, que no la pudiese alcanzar al tiro, ¿qué orden habrá para acercársele?

Mon. Entonces podrá llegársele al rececho guardándole sus tres sentidos como si fuese alguna de las reses mayores, con los mismos avisos y advertencias que allá dijimos, echando delante algunas matas espesas si las hubiese, para encubrirse mejor; y si el monte fuere bajo y claro, tenga cuenta de caminar cuando baja la cabeza á pascer, y antes que levante la cabeza á mirar y escuchar de pararse porque no le vea menear, y en el espacio que ella baja la cabeza no dé más que un paso ó dos, porque la levanta más presto que las reses mayores; y procure mirar do asienta el pie para que menos ruido haga, porque no menos necesidad hay de guardarles el oído que á eso-

tras reses, y guardarles el viento y redroviento según que en la caza mayor cuando [he] especificado.

Sil. ¿Y qué disposición de tierra y tiempo es mejor para ambas estas dos formas de espera y rececho que dejáis tratadas?

Mon. Con tiempo turbio ó día pardo, porque en verano ó ivierno convida á la liebre á detenerse más por la mañana en encamar, y á levantarse á merendar más temprano; y no con días de pluvia ni vientos excesivos, porque se encogen mucho y no salen tanto á lo raso; y en tierra espesa y montosa, que es donde ellas toman más atrevimiento.

Sil. ¿Hay alguna suerte de caza que se haga con hilos ballesteándolas?

Mon. Sí, y el orden que se debe tener para ello será, después de conocido el monte que más abunda de ellas, mirar el carril ó camino ó senda muy trillada que atraviese más el monte, porque aquélla suelen tomar por las mañanas y á las tardes en todo el año, aunque más en verano que en ivierno, y más en día que hubiere rocío ó que cayere alguna mollizna de agua, por cuya causa huyen de las espesuras y toman los carriles y caminos por no mojarse frisando con las matas del agua que de ellas cae, ni tampoco del rocío si lo hay; y para mejor ballestearlas solemos tomar dos redecillas de un palmo en ancho cada una y tan largas cuanto nos parece que es necesario para tomar todo lo más querencioso del monte, y éstas ponemos por los dos lados de la senda ó caminillo en las dos frentes que el monte ha de hacer para el camino ó senda, poniendo las redes tirantes en dos estacas que las tengan de cada parte asidas, y altas del suelo un codo poco más ó menos.

Sil. ¿Y de qué aprovecha eso?

Mon. De que por do quiera que venga la liebre, camino abajo ó arriba, pues por razón del día digo que siempre

procuran meterse en él, se fuerzan á subir y bajar todo el caminillo sin entrar en el monte, porque cada vez que se quieren meter en él, como hallan la redecilla en que topar, pasan adelante; y así, poniéndose el cazador á una parte encubierto con alguna mata, se le vendrán todas á las manos por la misma senda, de suerte que pueda tiralles á su gusto muy bien; y puede subceder, como ha sucedido si es tierra de caza, matar en una mañana ó tarde una docena de liebres.

Sol. Gentil manera de cazar es esa, aunque será necesario tener esas redecillas hechas, y será mucha costa si el monte y el caminillo es largo, pues lo ha de coger de parte á parte.

Mon. Buen remedio hay para eso; pues que nuestra intención es poner impedimento á la liebre para que no pase al monte, también se puede hacer con un cordel ó hilo recio que tenga la misma largura, poniendo en él muy espesos muchos papelejos y trapajuelos para que hagan el mismo impedimento al pasar de la liebre, que ella con poco que le estorban tiene harto, porque así como así tiene gana de irse por su sendilla ó camino por las razones dichas.

Sil. ¿Hay otro modo como también se les pueda tirar?

Mon. Otro modo hay, que es aguardarles en el agua; y esto se hace casi del modo que dijimos que se aguardaba á los jabalíes en los barreros, que es haciendo un aguardadero que esté á la parte del soviento, con ramos del monte si fuere tan falto de él que no haya mata que le pueda hacer sombra, á diez ó doce pasos distante del agua, y estará en él muy secreto, porque viene haciendo sus atalayas del pinillo, y podríale sentir por poca noticia que diese de sí.

Sil. En todo me parece esa forma que decís á la de los jabalíes; mas es menester saber en qué tiempo se hace

y si es al mismo tiempo que se aguarda á los puercos en el agua.

Mon. En los tres meses de Junio, Julio y Agosto se toma por ellas el agua, que es cuando los jabalíes toman los bañaderos; mas en lo que toca á la disposición y parte del día es muy diferente, porque la toman desde que amanezca á tramontar el sol hasta otro día que sale, imitando casi á los mismos en los barreros, unos á la tarde, y otros á la prima, y otros á media noche, y otros después, y otros al amanecer, y otros poco después de amanecido, hasta que sale el sol.

Sol. De esa manera creo yo que se podrían aguardar en las eras desde que comienzan á traer mieses á las eras hasta mucho después de haber acabado de trillar, que se vienen al regosto del granillo.

Mon. Y también en las salegas desde el principio del mes de Mayo hasta el fin de Mayo, digo de Agosto; y todo á las propias horas del agua y del trigo.

Sol. Y según yo he oído decir, también se podrían aguardar en los palos de los ahorcados ó descuartizados, porque allí acuden á comer la carne de los ahorcados, de que son golosas.

Mon. Verdad es que se les puede aguardar ahí porque suelen venir, pero no á lo que decís, aunque es opinión de muchos cazadores; mas yo entiendo que vienen á lamer los saines y sangre seca, que á su gusto debe de ser salada y sabrosa, como lo suelen hacer á do quiera que hay otros animales muertos, cualesquiera que sean.

Sol. Por cierto que es cosa esa digna de notar; y finalmente decís que en todas esas partes se les puede aguardar á sus tiempos, aunque esto de los palos de los ahorcados no tendría tiempo cierto y determinado como esotros tiempos y cazas.

Mon. Dos cosas hay que advertir en esto: lo primero, que no se les aguarde á tirar en las aguas después de ha-

ber bebido, ni en los trigos después de haber comido, ni en las salegas y horcas después de haber lamido, sino antes, porque se ciegan con el deseo y golosina y después no aguardan tan bien, y cualquiera ocasión basta para hacelles huir; la otra que se debe advertir, que después de haber muerto el cazador una liebre, aunque la vea caída en tierra, si es tierra do se puedan matar muchas y él lo pretende, no salga á tomar aquélla, sino déjela muerta, porque al olor de aquélla se vienen otras, y no impide para matar á la que llegare, y podría hacer daño si saliese á tomalla, porque pisando la tierra les dará noticia con su huella á las que han de venir y asombrarse han, pues digo que estos animales son tan recatados.

SIL. ¿Hay otra suerte para matallas tirando?

MON. De noche también se pueden matar con la calderilla que llamamos de perdices y que diremos algún día, llevándola en una horquilla para que, hincando el cabo en el suelo, la sustente en él y tenga las manos desembarazadas para poder tirar, que ellas propias se vienen á la lumbre y se paran á rascar con el pie cerca de ella, yéndolas buscando por sus querencias siempre con el aire en el rostro.

SOL. ¿Y á qué tiempo ha de ser esta caza?

MON. En noche obscura, porque compela á venir las liebres; y en esto difiere de esotras cazas noturnas, porque las demás tienen necesidad de luna del cielo para el ver tirar; mas ésta, como la lleva el cazador consigo, no la há menester, salvo que no ha de ser noche pluviosa y desasosegada con grandes vientos, que no se podrá llevar la luz ni dará bien luz que se extienda por el campo para que las liebres acudan.

SOL. Sepamos un misterio generalmente acerca de todo eso; pues habéis dicho que se distinguen las hembras de los machos, y pues se puede elegir y está en mano del cazador si hay muchas juntas á cuál quiere tirar, ¿qué será mejor tirar, á los machos ó á las hembras?

MON. Por muchas razones tengo por mejor tirar á las hembras; así porque con su fecundidad de partos, á lo menos estando preñadas, tendrán mayor presa, como por una particularidad que hasta aquí no hemos tocado de ellas en extremo notable, que son tan lujuriosas, que do quiera que las hallen los machos en todo tiempo las toman, y aun después de muertas hacen lo mismo y con la misma codicia que si estuvieran vivas, y así podrá acontecer matando una hembra y dejándola en tierra muerta, matar sobre ella muchos machos que acudirán á buscarla por el rastro.

SIL. Eso sería si el tiro del arcabuz no les asombrase.

MON. Algún inconveniente será ese, aunque pequeño, que su lujuria es tanta que lo olvidan presto; aunque se podría evitar tirándolas con ballesta y virote largo para que se les quede atravesado en el cuerpo y no puedan huir mucho, que pues el tiro ha de ser desde tan cerca, aunque sea ballesta, que tira menos trecho que el arcabuz y sea verdad que alcanza menos con virote largo, así por ser más pesado como por cortar menos el aire, todavía bastará para hacer el tiro, por ser corto, cierto y conveniente.

SOL. Porque habéis tocado en eso holgaría de saber á qué tiempo paren las liebres y cuántas veces en el año, que de eso pienso que hay diversas opiniones.

MON. La mía os podré decir, que es la que de larga experiencia y de conversación de otros cazadores he podido elegir.

SIL. Antes que vos digáis la vuestra, con la licencia que para esto se requiere, holgaré yo de recitaros la de Oppiano, que es muy galana, en estos versos:

«At noctu venerem exercent et amore fruuntur:
Nam varie divexat eos violenta libido
Eternumque marem desiderat illa salacem,
Seu celeres gestet fæcundo ventre sagittas,
Parturiens venerem lasciva peroptat amænam.

Inde fit ut tellus immensa feratius isto
Nullum animal foveat partum siquidem egerit unum
Ex utero dum alter sensim nutritur adauctus
Atque aluis glaber est, aluis conceptus in alvo
Mucosus, nec adhuc formatis artubus ullis
Atque stato semper natura tempore fœtat
Nec tamen hæc paritura pudore tenetur honesto.
Quominus insanam venerem satiaverit amens,
Non etiam si fœta dolore prematur amaro
Saucia flagrantes unquam aversatur amores.»

De suerte que si bien consideráis este pedazo de Oppiano, hallaréis en él cosas admirables, pues dice que por ser muy lujuriosas en extremo usan de sus amores en la noche, porque entonces deben hallar más espacio para holgarse.

Mon. En eso, aunque no me perdone, Oppiano se engañó; porque yo las he visto muchas veces en todo tiempo del día, principalmente á las mañanas y á las tardes, no cesar de ese ejercicio en tierras montosas, las cuales deben de codiciar ellas más en esa sazón de su celo, porque se encubren mejor en el monte.

Sil. ¿Pues qué juzgáis, señor Montano, de lo que dice detrás de esto, que perpetuamente deseó la hembra al macho, y que no tiene término ni medida en estimarse, y que así al tiempo que está preñada y con los dolores del parto, como cuando está desembarazada, apetece los ayuntamientos libidinosos?

Mon. Paréceme que también se engaña en eso, y que como los demás animales tiene su tiempo cierto, que según opinión de muchos suele ser dos veces en el año, en los dos equinoccios cuando las noches son iguales con los días, que es en Marzo y Septiembre; y paren también dos veces, los de Marzo en Abril, porque están preñadas cinco semanas, y los de Septiembre en Otubre; y así solemos los cazadores correr dos veces en el año los lebretones, que llamamos por nombre postizo matacanes, porque

como por estar tiernos corren poco, defiéndense con varias vueltas y quiebras, de suerte que hacen molerse los perros sin poderse aprovechar de su ligereza.

SIL. ¿Y cuándo se hallan esos lebretones?

MON. Los que se engendraron en Marzo parecen en Mayo, poco más ó menos, y los que se engendran en Septiembre, en Noviembre, poco más ó menos; y es de creer que si se estimaran las liebres en todo tiempo, que parieran en todo tiempo y viéramos lebretones en todo tiempo; y así sospecho que esos autores que han dicho eso, ó se engañaron en la especulación de ese negocio, ó por ventura pasa así como ellos lo dicen en esotras tierras do ellos escribieron; y en nuestra España pasa como yo lo he contado, pues todos confiesan que los griegos no conocieron los conejos, y otros los cuentan por especie de liebres y dicen que se hallan solamente en España; y como yo os probaré en su tiempo, es especie bien distinta de las liebres y no tiene para qué contarse con ellas, como lo es el podenco del galgo.

SOL. Satisfáceme vuestra opinión, y puede con ella responderse á lo que más adelante dice Oppiano, que de allí proviene haber tanta abundancia de liebres, porque basta parir dos veces en el año para que lleve mucha ventaja á esotros animales; y también parece cosa fuera de razón decir que tiene en el vientre tanta diversidad de embriones, unos en simiente cuajada de materia mucosa y forma deshecha y sin articulación de miembros, otros ya como carne pero sin figura, otros figurada con pelos, y otra sin pelos más imperfecta, y otra para parir, y otra nacida ya y perfecta; pues no puede haber tantas distinciones en una sola madrecilla de liebre que para los unos y deje los otros y vaya recibiendo de nuevo otros sin confundirse; pues si es verdad la opinión de Hipócrates, el gran médico y filósofo, aun recebir una concepción sobre otra lo tiene por difícil de creer y que acontece pocas veces,

cuanto y más hacello de ordinario tantas veces y sin peligro. De más de que vuestra experiencia es cierta, que si ellas hicieran esto como los autores dicen, en todo tiempo parecieran lebretones y nunca dejaran de andar amamantando unos y pariendo otros, y en celo para otros con tanta confusión, que no se pudiera distinguir diversidad de tiempo en ellas.

SIL. Volved, señor Montano, á las especies de caza de que vades tratando, porque parece que se os han olvidado con esta digresión que comenzastes á hacer por mi causa, que yo no sirvo más que de estorbaros en todas estas conversaciones.

SOL. Todavía ha sido esta contemplación de provecho, pues hemos en ella sacado á luz lo que ha sido tan obscuro á todos los autores que han escrito de naturaleza de animales.

MON. Lo que se sigue es el modo de cazallas con nieve, para lo cual conviene buscar el rastro por las querencias que al principio dijimos, que no las dejarán de guardar aunque la tierra esté muy nevada, y habiéndole hallado se tenga el cazador afuera desviándose de él para no pisallo y siguiendo por junto á él, porque suele haber alguna tan falta de astucia como son los matacanes que andan por poca tierra y derechos, como van por el rastro, [que] se encaman junto á él; y por esto se debe siempre ir mirando con los ojos adelante por el rastro, porque en viendo que no sale le dé un rodeo ancho, y luego otro más estrecho, y luego otros muchos cuantos fuere necesarios para verla, acortando siempre la vuelta acercándose para podelle tirar.

SOL. Eso se entiende si la liebre fuere tan novicia como habéis dicho, que no sepa astucias; pero si es vieja, ¿cómo se ha de buscar?

MON. Entended que las que ya son astutas hacen una invención galanísima para no ser halladas por el rastro;

que para que no se sepa á qué parte están ni las acierten los cazadores á seguir, desde que salen de su cama dan tantas carreras por la parte donde han de ir, con tantas idas y venidas, y dejan señalados tantos rastros hacia una parte y otra, que nadie bastará á adivinar por qué parte se ha de ir para seguillas.

SOL. ¿Pues qué orden se tiene ya para continualles esa astucia?

MON. Contar los rastros que hace á una parte y los que hace á la otra, y ver hacia la parte do va uno más, y hacia ahí se entiende que fué la liebre, y háseles de seguir por allí el viaje con mucha cuenta y discreción, porque luego en la prosecución del viaje se verá que cuando se quiere encamar da los saltos casi al doble mayores que los que ha dado hasta allí; y que aunque en las idas y venidas pasan mucho adelante, ellas se encaman del través y no al fin del rastro, dando otros saltos del través casi de veinte pasos ó pies en largo; y no hace rastro para la cama do se ha de encamar, antes se pone desde lejos en ella de un solo salto, y tiene allí un pedazo desnevado donde se encama y más cubierto que en todo lo demás del año por muchos respectos: así por defenderse del frío, el cual dijimos que sentían mucho, como por temor de que en este tiempo corren menos y las pueden matar cualquiera animal que las siguiere; y porque no se tienen por seguras por causa de los rastros que dejan tan señalados, que sino se escondiesen tanto serían halladas fácilmente más que en otra disposición de tiempo y de tierra.

SOL. ¿Qué animales hay demás de los lobos y perros y zorras, que las puedan seguir?

MON. En este tiempo todos se le atreven, pues no solamente el Aguililla ratera las mata, pero el Cuervo y la Picaza, que de ninguno se puede defender, porque como es corta de manos, en yendo á saltar se atasca en la nieve y no puede sacallas tan fácilmente.

SIL. Después que, como decís, yéndolas siguiendo por el rastro hallaremos los saltos largos, ¿qué se debe hacer?

MON. Tenerse para fuera y dar un rodeo ancho hasta coger los rastros grandes en medio, y después otros, y otros más estrechos acercándosele más hasta vella y ponerse á tiro conveniente; y puédesele tirar sin tener cuenta con viento ni oído ni ojo, porque es tan torpe, que aunque vean y sientan al cazador, no se pueden defender, y muchas veces se pueden tomar á mano, ó á lo menos, llevando perros, se cazan con facilidad.

SIL. ¿Es posible que no suele alguna vez saltar la liebre delante del cazador y huir, por asombrarse ó por habelle tirado y errádole?

MON. Algunas veces suele acontecer, y deciros he una astucia de que suelen usar en este tiempo; que como yendo huyendo delante de él saben que las ha de seguir por los rastros de sus pisadas y no tienen espacios para sus idas y venidas, que suele illas el cazador siguiendo, dan un largo cerco y tendido, y vuelven á coger las espaldas al cazador, y vuélvense por sus mismas huellas, saltando en sus mismas pisadas sin hacer rastro particular; y acontece dar el cazador mil vueltas por su mismo viaje, revolviendo por do mismo ha venido sin acabar de entenderse.

SIL. ¿Pues qué remedio hay para eso?

MON. El que es diestro en la arte luego ve en los muchos rastros que halla junto á su huella lo que la liebre hace y el modo cómo le procura engañar; y apartarse [ha] del rastro que lleva, cubierto con alguna mata y encarado á la parte por do entiende que la liebre le viene siguiendo, que á lo más suele venir cuarenta ó sesenta pasos desviada de él; y así como la ve, apareja el tiro, cógela desapercibida y mátala.

SIL. Grandes son los primores y delicadezas de ese animal, pues no le basta conocer el tiempo que ha de ha-

cer, como dijistes al principio, y tener tan vivos los sentidos y estar tan advertida; pero [además] tener esas astucias para prevenirse de lo porvenir y valerse en lo presente.

MON. Pues también les vale de otra astucia ese conocimiento de los tiempos que decís; porque si sabe que esta noche siguiente ha de nevar, no se le da nada, aunque esté la tierra nevada, de correr por ella libremente y buscar su pasto, haciendo sus rastros descuidadamente sin ingenio ni previsión, porque hace cuenta que la nieve que ha de caer del cielo los cubrirá, y no podrá el cazador aprovecharse de sus rastros para buscalla; y si sabe que no ha de nevar, estáse queda y no sale por no ser descubierta; con otra segunda prevención, que si sabe que las nieves que entonces hay se acabarán presto, se está metida en su mata, royendo hasta el troncón de ella por no salir, aguardando á salir cuando salga más segura de estos inconvenientes; y si sabe que las nieves han de durar mucho y que no se mudará tan presto el tiempo, sin aguardar á nada sale á buscar de comer, haciendo aquellos rastros como dije, porque no hallen el suyo.

SOL. No nos decís con qué tiempo se ha de hacer esta caza de la nieve.

MON. Con tiempo enjuto, y que si nevare sea en la prima, pero no de media noche abajo cuando ellas se encaman; porque si nevase de media noche abajo después de encamadas, la nieve que cayere cubrirá los rastros que ellas dejan hechos y no podrá el montero aprovecharse de ellos; y no sea tiempo tan áspero que se yele la nieve si las hubieren de cazar con galgos, porque como ellas son livianas vanse por cima de la nieve, y los galgos como pesan más, zahóndanse y síguenlas con mucho trabajo y dificultad.

SOL. ¿Cómo no habéis tratado de qué [manera] se pueden cazar con galgos en nieve ni fuera de ella, siendo la caza más ordinaria?

MON. Porque no le faltará lugar conveniente á lo uno y á lo otro. Sólo hay que advertir en el cazarlas con galgos en nieve, que se requiere que esté la nieve blanda y tenga por lo menos cuatro ó cinco dedos en alto, porque mientras más nieve hubiere, siendo blanda, las liebres se sumen más, y como tienen las piernas delanteras tan cortas no pueden caminar, y á los galgos háceseles poco embarazo por tener más largas piernas, y cázanlas más brevemente.

SIL. Proseguid, pues habéis comenzado, y decid cómo se matarán con galgos en terruño.

MON. La caza de galgos se puede hacer, ó con gente de á pie, ó á caballo, ó con toda gente mezclada; de las cuales la menos buena entiendo que es con gente de á pie, porque aunque el buscarla es de más importancia que la de á caballo sola, todavía para el seguir las liebres no es tan buena, pues ni pueden ayudar á los galgos acompañándoles, ni gustar tanto de la montería. La de á caballo sólo tiene este inconveniente, que no puede tan bien gobernar los galgos como querría; pero si van mezclados gente de á pie y de á caballo, es lo mejor y más fácil y de más gusto y provecho.

SIL. ¿Y qué orden llevarán los de á caballo ó de á pie que buscan la caza?

MON. Mirar primero lo ancho que tiene la querencia y irla surcando y repartiéndola entre sí que no se les quede paso sin visitar, dando sus vueltas corvadas y con rodeos varios y no derechos, porque la caza no se les quede donde no piensen. Y si fueren muchos juntos, juntos pondránse en ala yendo haciendo estos surcos que he dicho; y si llevaren muchos perros sea con este orden, que lleven suelto solamente el que fuere más altanero, para que yendo remontado descubra la caza; y los demás lleven atraillados los monteros de á pie si fueren á pie muchos, conforme los pudieren repartir entre sí, orden de atraillar [con]

que dijimos que se llevan los sabuesos en la caza de jabalíes para que los puedan soltar cuando quieran y convenga, yendo repartidos los monteros de á pie entre los de á caballo, de suerte que si fuere más gente de á pie que de á caballo, vayan entremetidos con ellos y por los lados, y si menos, entremetidos por medio.

SIL. ¿Y si no fuesen más que dos hombres de á pie?

MON. Lleven repartidos entre sí los perros, dejando libre el que va descubriendo la caza, y vayan ellos puestos á los lados de la gente de á caballo, ó ambos á la parte contraria más alta si fueren por ladera, porque desde allí podrán mejor aprovecharse.

SIL. Y si fuese no más que uno de á pie, ¿ha de llevar éste todos los perros atraillados?

MON. Paréceme que no; antes será mejor que éste lleve de traílla el perro altanero porque no remonte los demás, y todos esotros vayan sueltos junto á los cazadores, buscando con ellos por do más se les apañare, que así no se les podrá escapar liebre, ni les podrá suceder cosa desconcertada; porque si un montero los llevase todos, no se podría valer con ellos ni hacer lo que debe; procurando todas tres cosas, principalmente la primera llevar mucho silencio, porque sino lo llevasen suelen las liebres saltar muchas veces tan delanteras, que de que acuerda el galgo ya ella está cerca de la espesura do procura encamarse y esconderse, como queda dicho; y esto hacen más cuando el día es pardo ó pluvioso con agua menuda ó niebla. La segunda, que aunque den sus vueltas tortuosas, como habemos dicho, no por eso dejen de cazar igualmente, porque en desconformando por adelantarse el uno más que el otro, no hay más cierta cosa que saltar la liebre hacia atrás, y de que los cazadores aciertan á vella ya va en delantera, que pocas veces la matarán. La tercera, que nunca cesen de apalear los unos y los otros las matas con las varas que para esto llevarán en las manos los de á caba-

llo, tan largas como cañas de pescar, porque cacen más descansadamente, y los de á pie de cuatro ó cinco palmos y no más largas, porque son muy embarazosas para arrojárselas á la liebre, si huyendo de los galgos le viene á las manos.

SIL. ¿Y qué inconveniente habrá de no ir meneando siempre las varas?

MON. Muy grande, porque después de haber visto la liebre á los galgos, como es animal tan temeroso y cobarde que algunas veces se deja hollar primero que salte de donde está encamada, es menester que vea menear la vara al cazador para que se asombre, entendiendo que le quiere dar con ella; y que vaya con paso sosegado y espacioso, para que con esto la pueda mejor ver y la pueda asombrar más que si pasase presto.

SIL. Y si por no llevar ese orden que decís ó todo el silencio que se requiere, saltase alguna liebre y delantera, ¿qué reparo se le podría poner?

MON. Temiéndose los cazadores de ese inconveniente, sería bien que primero echasen un cazador de á pie con un galgo de traílla por la parte más alta, cuarenta ó cincuenta pasos delantero de los demás, que si fuese ladera, luego la liebre que saltare irá á parar á él y se le vendrá á las manos, cuanto más que en saltando la liebre delante, aunque sea desviada de ellos, están obligados todos á vella y avisar con las voces los perros, pues han de llevar la vista delantera y cuidadosa y calada por el monte, sin perder jamás la confianza de que puede estar do no piensan.

SIL. En eso de dar voces querría que nos diésedes algún aviso que sea de importancia, porque sepamos cómo se ha de hacer.

MON. Lo que más importa en este negocio, si van muchos cazadores, es que no dé voces más de aquél que ve la liebre, avisando á los galgos para que la sigan; porque si dan muchas voces, no saben los perros á quién acudir y

suélense engañar siguiendo confusamente al que no la ha visto, y cuando acuerdan la han perdido; pero voceándola aquél que la ha visto, infórmanse cierto de la caza; y en habiéndola visto es menester callar y no dalle más voces para no turballos ni confundillos, pues ellos se tienen su codicia natural con que la sigan, y la liebre suele cobrar más ánimo con las voces, porque le acrecientan el temor avisándola de su daño.

SIL. Parece que todo eso que nos habéis dicho se encamina á cazar las liebres en monte. Querría saber, si fuese en tierra rasa como la Serena y el valle de Alcudia y parte de la vega de Granada, ¿qué se debe hacer?

MON. Ahí no es necesario ir dando [las] voces y vueltas que dije, sino ponerse los dos monteros últimos de los lados tan distantes que abracen toda la querencia, y llevar una cuerda del uno al otro, y en ella atadas de braza á braza unas ramillas, y llevallas arrastrando por el suelo para que al ruido se levanten las liebres, que pues están en raso no será menester mucho para levantarlas yendo derechos toda la querencia adelante; si hubiere alguna gran espesura cerca, de suerte que se sospeche que la liebre se ha de ir á guarecer allí, no comiencen á cazar la querencia de la parte contraria, sino de la misma espesura para esotra parte, porque las liebres que saltaren no se puedan volver á ella sin hacer gran ruido ó rodeo.

SOL. ¿Qué tiempo se requiere para este género de caza?

MON. Tiempo enjuto y claro, porque con días claros y enjutos saltan las liebres muy delanteras; y tierra rasa, así para que los cazadores gusten mejor de vellas correr, como porque los perros las maten con más facilidad, y más siendo la tierra blanda y llana, porque siendo pedregosa, como el perro tiene las plantas de los pies desnudas y la liebre las tiene vestidas de pelo, el perro se desjarreta y ella se va holgando; y si es cuesta arriba, como ella

tiene las manos cortas y los pies largos, corre más la cuesta arriba que por lo llano, y tiénele al galgo esta ventaja; y si es tiempo lluvioso tiene el galgo otra á la liebre, que con los pelos que tiene en las manos hace *zarpa* y pelotillas de ella en la lana que allí tiene, y no puede correr.

SOL. Pues decís que esos animales son tan ligeros y que con tanto trabajo los matan los galgos, ¿á qué hora del día se procuran que corran menos?

MON. Por la mañana desde que clarea el día hasta medio día, porque entonces está harta y tiene el buche grande y le impide el correr, y de medio día arriba ha digerido la comida y está más cenceña y ligera; mas si fuese lebretón, á cualquier hora del día corre poco, porque como no tiene fortaleza en los miembros ni destreza en correr, será alcanzado fácilmente sino fuese por las vueltas que da, con que muele á los galgos, las cuales llamamos los cazadores regates y maretes; y si es nueva la liebre, grazna cuando la toman, y si es vieja no.

SOL. ¿Hay otra forma que también se haga con perros?

MON. La que se llama caza de perros de senderos ó nocharniegos; mas antes que trate de ella os quiero decir una suerte de armar que llamamos con losas en los cebaderos de la sal, que me olvidé de decírosla antes que tratase de los galgos; mas no tiene aquí mala ocasión, y hácese de esta suerte: en tierra do hay mucha caza, en las cumbres de los cerros más altos y rasos tenemos por cierto que se juntan de noche muchas liebres; allí solemos poner unas losas trastornadas de través, y sustentadas sobre un palo cada una que sea bastante para sustentalla, y debajo de la losa echámosles sal, pues como las liebres sean tan golosas por ella que luego que la hallan la procuran y vienen á tomar, suelen venir y acostumbrar á tomarla debajo de las losas muchas veces, y á las veces

también de día y al amanecer y anochecer y á otras horas del día. Desque sentimos que ya están bien cebadas, armámoles de esta manera: que aquel palo sobre que la losa se sustenta levantamos del suelo de suerte que esté en vago y sustentado en otros dos palos menores que se hincan en el suelo y se afirman en dos muescas pequeñas que tiene el palo grande, una por delante y otra por detrás; después ponen sobre aquel palo que va hacia adentro de la losa otros palillos que le atraviesan por cima, de suerte que cuando la liebre viene á entrar por debajo de la losa, huella los palillos y éstos derriban el que por de dentro sustenta al palo grande que era sustento de la losa; y así, cáese la losa y cae debajo la liebre ó la cabeza sola si es la losa pequeña, ó toda la liebre si es grande y ancha; pero débela visitar cada día á las diez de la mañana porque no se las coman raposas, y no antes, porque por la mañana, como dije, toman también la sal, y podría ser que la estuviesen tomando cuando él fuese á visitallas y estorbase el buen efecto.

Sol. ¿Qué tiempo se requiere para esto?

Mon. Tiempo sereno, que si llueve toman poco la sal.

Sol. Pasad á los perros de senderos ó nocharniegos que decís, porque se acabe ya esta materia de liebres.

Mon. Esta forma de cazar se funda sobre aquel presupuesto que dije al principio, que siempre las liebres cuando salen á buscar de comer ó á encamarse fuera de monte procuran hacello en parte que esté tan cercana de él, que puedan, si se vieren afligidas y acosadas de perros, acogerse á él para desmentillos allí el rastro y escaparse; y en otro principio que también dije, que siempre procuran, como lo puedan hacer, tomar algún camino cuando huyen ó senda estrecha ó azagadero de ganado para caminar con menos trabajo y peligro hasta llegar al monte; pues ahora habéis de presuponer que este género de caza hacemos armándoles en todas estas sendas ó trochas, y

finalmente en estas partes por do sabemos que se han de recoger al monte, algunas redes ó lazos ó paredejas ó punzones, para que cuando huyendo de los perros por lo raso se recogen al monte, como van al monte con fuerza, se prendan ó maten en las tales armadijas y vengan á nuestras manos.

SIL. Ahora decidnos cómo se ha de hacer cada cosa de esas.

MON. Primero debe el cazador mirar todos estos caminos por do la liebre puede venir, y no dejar alguno desembarazado; y si hallare algunos callejones, arroyo ó quiebras por do ellas se puedan meter en el monte, donde por ser ancho no se les puede armar, tiene de tapallo cuatro ó cinco días antes con algunos cambrones ó ramas para que las liebres sepan ya que no pueden guarecerse por allí y que el paso está ocupado, para que más les obligue á tomar los senderos do tienen sus lazos armados.

SIL. ¿De qué suerte se arman esos lazos?

MON. Las redes se hacen como comunmente suelen ser, algo claras y anchas, tanto que extendidas cojan la trocha ó senda do se arman, con su cuerda bien hecha y atada á un estaquilla fuertemente; ha de estar la boca abierta y sustentada con dos palillos por los lados y la red alta del suelo hasta cuatro dedos; tendrá tres palmos de ancho y otro tanto de largo para que entrando la liebre en la red, como viene con furia, córrase la red y la cuerda que tiene por las orillas como cerraderos de bolsa, y quédase la liebre dentro, y entonces llega el perro y mátala; y será bien que las redes sean de hilo bramante porque no las quiebre la liebre con el ímpetu que lleva del huir, pero la malla muy clara, cuanto solamente baste para detener la liebre que no se salga por ella, porque en tanto hará menos viso.

SIL. De los lazos os pregunto, que las redes paréceme tan costosas para muchas trochas, que no habrá cazador

que lo sufra, pues á un monte le pueden entrar muchas sendas, cuanto más trochas y caminos y azagaderos de ganado.

Mon. Los lazos han de ser de hilo bramante doblado, y de hilo torcido y recio; han de estar atados á un estaquilla fuerte que esté á la orilla de la senda ó trocha, y el lazo hecho corredizo y abierto que coja la trocha, alto del suelo seis dedos, y sustentado con algunos palillos ó ramillas; y si la senda fuere más ancha que el lazo, porque él no será más ancho que cuanto pueda meter la liebre la cabeza holgadamente por él, ocuparse há la senda con algunas ramas desde poco antes del lazo ensangostando el camino para que la liebre se venga enhilando derecha á entrar por el lazo, porque metiendo el pescuezo, con el ímpetu que lleva se correrá el lazo y la cogerá por el pescuezo.

Sol. ¿Qué armadijas son esas que llamásteis punzones, que nunca los he oído decir?

Mon. Tomamos dos palos de hasta una vara en largo, recios lo que nos parece que basta para el efecto, y á la una parte sacámosles á cada uno una punta muy aguda y recia, y en la senda ó trocha atravesámoslos de suerte que estén hincados el uno en la una orilla y el otro en la otra, y que se tengan las puntas derechas por el medio de la senda el uno contra el otro, de suerte que por cualquier parte que venga la liebre viene á encontrarse con la punta de un palo que está tanto alto del suelo cuanto es necesario para dalle á la liebre en los pechos, y quedarse atravesada en el palo.

Sol. ¿Qué es el otro lazo que llamastes paredeja?

Mon. Cuando ó por falta de no tener cuchillo con que aguzar estos palos como conviene, ó por no hallarlos tan á la mano no los ponemos del orden que he dicho y nos faltan lazos y redes, usamos de esas paredejas, aunque para ellas se requiere que sea la noche obscura porque no

las vean, y hácense así: que buscamos una piedra que sea recia y grande y cortada derecha por ambos lados, y ésta atravesamos en medio de la trocha; y como la liebre viene huyendo muy recia, da con la cabeza en la piedra por cualquier parte que venga, y suele quebrarse la cabeza.

Sol. Ahora decidnos qué suerte de perros es esa de que se ha de usar en esta suerte de caza.

Mon. Úsase de podencos amaestrados para esto; en falta de la especie de éstos, perros nocharniegos que diremos algún día si tratáremos de los instrumentos de la montería; y hase de hacer así: que después de puestas sus armadijas debe el cazador esperar que anochezca y soltar el perro, que para esto bastará que sea uno solo, porque si fuesen más, no los podría socorrer para quitar las liebres de las redes, porque se están allí echados junto á ellas hasta que el amo va á quitallas; y por otro inconveniente, que levantando muchas juntas se escandalizan y huyen unas al monte, mientras que el perro corre otras.

Sol. ¿Qué ha de hacer el cazador, y á dónde ha de estar cuando suelta el perro?

Mon. Hase de poner en el comedio de los lazos y escuchando con atención; y en oyendo al perro las voces que lleva, entenderá por ellas á qué red ó lazo lleva el perro la liebre para írsela á quitar y tornarla á armar de nuevo, para que aquel camino no quede vacío.

Sol. ¡Gran trabajo es haber de estar toda la noche aguardando el cazador con tanta atención!

Mon. También hay otros perros entre éstos que llamamos traedores, que no tienen necesidad que el cazador vaya tras ellos; antes ellos, en hallando la liebre en la red, cortando la cuerda traen la liebre con su propia red, y si en lazo, con el lazo; finalmente, como quiera que la hallen la traen á su amo á las manos, de suerte que se puede estar durmiendo en su choza, y cuando recuerde se hallará cercado de ellas.

Sol. ¿Y ha de ser siempre así, que ha de soltarse el perro al anochecer, ó podría soltarse algo después?

Mon. Tengo por más fácil y mejor para cazar las liebres soltallo á las diez de la noche cuando ya las liebres han comido en lo raso, y con poco que les suceda se vuelven al monte y caen fácilmente en los lazos; porque siendo á la prima, aunque está en la opinión común de los cazadores, como há poco que ellas salieron á pacer, háceseles de mal volverse al monte, y andan rehuyendo por lo raso primero que tomen las sendas para irse á la breña, y así trabájase más en metellas.

Sol. Todo eso que habéis dicho parece que se endereza para cazar en alguna dehesa cerca de monte; pero si fuese la caza entre viñas y olivares, que es tierra más ancha, y por esto ni se les pudiesen tomar todas las trochas ni saberse, por lo cual se les fuese alguna liebre sin encontrar con los lazos, ¿qué os parece que se debía hacer?

Mon. Tenga cuenta el cazador, según el ladrido del perro, por do se le fué, y mire el rastro del perro y liebre otro día, y párele allí otro lazo por la noche siguiente por do huyó la pasada, sin diferencia por haberse ido por allí á su salvo.

Sil. ¿Y qué noche se requiere para que mejor se haga esta caza, y en qué disposición de tierra?

Mon. En monte bajo, porque más les obliga á tomar las trochas, y con poco ó ningún aire, porque haciéndolo recio en demasía, siempre que el perro las corra por la parte de soviento llevando el viento en el colodrillo, la mucha fuerza del aire le priva del viento al perro para quitalle la noticia de la liebre de las narices; y requiérese el monte enjuto, porque si estuviere mojado le perderá muchas veces, por causa [de] que cuando la liebre va huyendo va frisando por el monte, y las ramas y matas van desaguando sobre la huella de la liebre, por do el perro pierda el olor de su rastro, y mojándose el rostro el perro

tiene otro inconveniente semejante á éste; y si hiciere la noche obscura será muy importante, porque se desimularán más los lazos, y porque la liebre, haciendo oscuro, por no tropezar con las matas, oblígase más á ir por las sendas ó caminos que dijimos, do han de estar los lazos.

LIBRO DUODÉCIMO

DE LA MONTERÍA.

LOS MISMOS INTERLOCUTORES.

Sil. Los misterios que esta mañana trató nuestro amigo Montano de la naturaleza y costumbres de las liebres me hacen volver tan presto á buscalle, porque aunque á los principios yo deseaba saber las astucias de que usan los cazadores para vencer á estos animales, entendí que este tratado fuera tan ayuno y falto de gusto, que apenas se le pudiera aguardar una hora en conversación; después acá paréceme que se van descubriendo en él tantos misterios de filosofía, que á lo menos en lo que por aquí se requiere, se quedan muy atrás todos los autores griegos y latinos que han escrito de esta materia; y holgaría de ver por qué razón pretende probar Montano que la liebre y el conejo son diferentes especies de animales y se han de cazar diferentemente; porque en general no veo otra cosa escrita sino que son una misma cosa y que no se diferencian más que en el cuerpo, y en esto conforman Aristóteles, Dioscórides, Galeno, Plinio, Varrón, Jenofón, Oppiano y Avicena Rasis, y casi todos los demás; y paréceme que con el mismo intento debe haberle ido á buscar Solino, y juntos se vienen los dos consejando, y debe de ser sobre la misma materia.

Sol. Apostaré yo que esta mañana os ha forzado á salir de casa con tiempo; mas yo, ya que en otras cosas os dé la ventaja, no os la quise dar en parecer curioso, que an-

tes que el señor Montano acabase de comer le fuí á sacar de casa.

SIL. Yo lo creo; pero decidme sobre qué es la conversación con que venís tan alborotados.

SOL. ¿Sobre qué os parece á vos que puede ser sino sobre lo que esta mañana tratamos del parto de las liebres, que he trasegado mil autores y todos contradicen á Montano, y él no se quiere rendir, antes dice que aquellos autores parece que fueron trasladando unos de otros, y que tras el error del primero se dejaron caer los demás? Y ahora, viniendo á tratar de los conejos, dice que son diferentes especies de animales que las liebres, y que como aquellos autores no los conocieron en sus tierras, no supieron diferenciallos.

SIL. Ahora dejemos los autores, pues fueron hombres como nosotros y pudieron errar, y vengamos á las razones que Montano tiene para probar su intención, pues no es menor acerca de esto su autoridad que la de los filósofos, que aunque ellos se estuvieron disputando en las escuelas, no pudieron allí saber sino de oídas lo que Montano ha visto y experimentado con cuidado excesivo.

MON. Señores, yo no podré probaros que son especies diferentes por diferencias esenciales, pues esas aun los mismos filósofos confiesan que no se conocen; mas proballo he con las accidentales que ellos lo prueban, pues decir que el caballo relincha y que el asno rozna y el lobo ahulla, no son diferencias esenciales, sino cosas propias de esos animales y aun accidentales, y por ellas prueban los filósofos que son diferentes especies, como lo son; y así por semejantes accidentes probaré yo lo que pretendo, de suerte que cualquier hombre discreto no me culpe.

SOL. Comenzad, pues, por donde os pareciere.

MON. Comenzaré por esto mismo de la voz del uno y otro animal, porque la liebre, cuando se quiere quejar de alguna cosa que le dé pesadumbre como de verse caída en

las redes ó en la boca del perro, grazna con un sonido ronco en lo hondo de la garganta estrechando la asperasteria y rascándola con ímpetu del pecho salido hacia fuera; mas el conejo jamás dirá nadie que le vió hacer aquello, y cuando se vió en semejante peligro ó quiere llamar á sus hijos, chilla apretando los labios y dientes y sorbiendo el viento ó airę hacia dentro con acentos agudos y sutiles, como lo podrá ver quien quisiere hacer esta experiencia.

SOL. Por cierto esa probación es buena, tomada de la voz como decís, pues ni á las liebres se les ha visto chillar, ni á los conejos graznar; y así se puede creer que es propia cada cual de esas voces á cada uno de esos animales.

MON. Demás de eso, porque procedamos por los accidentes, las liebres dijimos de autoridad de esos autores, como es verdad, que así son del color de la tierra do se crían, y recitamos muchos colores de que podían ser; y los conejos son siempre de uno de dos colores en cualquiera tierra que se críen, que siendo casi todos pardos, unos son pardos obscuros que llamamos negrales, [y] otros pardos claros tirantes un poco á rojos que llamamos rojos albares; demás de que las liebres, como dijimos, criadas en tierra baja y caliente tienen en la frente una estrella blanca, y los conejos no la tienen aunque se críen donde quisieren en toda España; y que el conejo no tiene tan blanca la barriga como la liebre; y que la liebre tiene los pies traseros muy largos y los delanteros muy cortos, y el conejo no tiene esta diversidad tan notable, ni es tan ligero; y en el modo de correr tienen mucha diferencia, porque la liebre hace con manos y pies tres patadillas á cada salto que da, y el conejo pone pies con manos tan juntas, que no hace más que una; en el modo de vivir tienen muchas diferencias, porque las liebres suelen apartarse de sus camas de noche mucho trecho á buscar de comer, y los conejos muy poco se apartan; las liebres siempre viven en camas descubiertas y crían [allí], y los conejos en gazaperas en la tierra

industriosamente [hechas] y algo hondas, y al cabo hacen sus camas con algunas pajuelas y pelos suyos do crían sus hijos. También las liebres, como dicen acá comunmente, son amigas de morir do nacen, que nunca se mudan de unas tierras á otras, y los conejos suelen hacer viajes en junta á tierras muy distantes; también el conejo suele encamarse en las matas tan metido, que por ninguna parte se deja ver, lo cual no pasa así en la liebre, que siempre deja la cabeza de fuera; y el conejo, ni es tan goloso por la sal, ni toma tanto el agua en verano como la liebre; y en el modo de cazarlas también tienen diferencia, porque los conejos se cazan á la chilla y las liebres no; y los conejos se meten en sus vivares ó madrigueras en comenzándolos á perseguir, y si aquéllos hallan atapados se cortan y turban y no saben huir más; y las liebres nunca se encierran, y aunque son temerosas para saltar huyendo de sus camas, después de haber comenzado huyen animosamente; y los conejos escarban y las liebres no; y los conejos son más conversables que las liebres, tanto que si hay peñas do recogerse, se estarán junto al pueblo, y quizá viene de ahí el haberse los conejos hecho caseros, que deben de diferir en poco de los campestres. También difieren los conejos de las liebres mucho en el morir, porque con un pequeño golpe que le den á la liebre en la cabeza muere luego, y el conejo sufre muchos más en la misma parte; y en sus partos difieren también, porque el conejo pare más hijos que la liebre, demás de que todos confiesan que la carne del conejo es mejor y más húmeda que la de la liebre.

Sol. Ello queda bien probado; y cuando eso no baste para probar que son diversas especies de animales, basta que se entienda que en cuanto toca á la caza son diferentes. Decidnos dónde se han de hallar, que aunque sean mudables como decís los conejos, todavía guardarán, según la razón de los tiempos, una disposición de tierra cierta do encamarse,

Mon. Hallarse han en las solanas más calientes de ivierno y en las umbrías más frías el verano, aunque suelen mudarse de una solana á otra y de una umbría á otra; y siendo grande la solana ó la umbría, de una parte de ellas á otra.

Sil. Decidnos el modo de cazar estos animales.

Mon. La primera forma de cazallos [es] á rececho, en la cual lo primero que se ha de advertir es de guardarles el viento, porque lo toman delicadamente, y el oído pisando sutilmente, y el ojo cubriéndose con alguna cosa, ó traspuesta si la hay, por do pueda asomar á tiro de él; sino con algunas matas ó con otra cualquier cosa con que pueda entrar seguro.

Sol. Y si por ser el monte claro y bajo hubiese de entrar á su ojo de él, según dijistes en la caza mayor, ¿qué orden se guardará?

Mon. Para eso se ha de advertir que el conejo pace un breve espacio y alza luego la cabeza á mirar, por lo cual conviene que, mientras pasce aquel momento, el cazador se le acerque sólo un paso, teniendo cuenta con que algunas veces no pasce, aunque lo parece, y tiene la cabeza baja y entonces está escuchando.

Sol. ¿Pues en qué podremos conocer si pasce ó está escuchando?

Mon. En que cuando pasce, con el movimiento que hace con las varillas menea un poco las orejas, y cuando deja de pascer las tiene quedas, y con esta advertencia se le podrá entrar fácilmente.

Sol. Tratad otra suerte de caza, que esa bien se puede reducir al rececho de esotros animales.

Mon. Estímanse las conejas en el mes de Febrero una vez, y otra de mediado Agosto al fin de Setiembre, porque en estos tiempos hallamos gazapos y no en lo restante del año, aunque los conejos caseros paren cada mes; pero la causa de esta diversidad no la sé, y aunque entre cazado-

res no suelen usar de la forma de cazallos que llamamos la chilla en el último parto que dije, sino en el primero, paréceme que es lo mismo, y así lo trataré generalmente, que aunque el tiempo sea frío, haciendo el día que para ello se requiere no dejarán de salir. Lo bueno de la chilla del primer parto es en Marzo y Abril, y del segundo, Setiembre y parte de Otubre, aunque la chilla y el parto se anticipan en algunas partes más que en otras.

Sol. ¿Qué cuenta se ha de tener para eso?

Mon. Mirar la solana de monte viejo, que es la parte que este tiempo más guardan, y llevando el viento en la cara y una mata que á lo menos le cubra hasta la espinilla, porque como el conejo es animal ratero no hay necesidad de que le cubra todo, y detrás de ella chillar. Hase de procurar de que el montecillo raso que el cazador tomare delante por do ha de venir el conejo no sea muy claro ni descubierto de todo punto ni de mucho espacio, porque cuando así es, se teme el conejo de pasar por él por el miedo que tiene á las aves de rapiña; y tampoco esté muy espeso porque los pueda ver venir, y procure emballestarse antes que del todo vea al conejo porque no sea menester hacer movimiento cuando llegue cerca y quiera tiralle, que á tres ó cuatro chillidos que dé se le vendrá á tiro.

Sol. ¿Esos chillidos han de ser recios ó pequeños?

Mon. No más recios de cuanto solamente basten á ser oídos ochenta pasos poco más ó menos, porque con esto moverá pocos conejos y se le vendrán todos do los pueda matar; y si el chillido es grande moverá muchos, y no pudiendo tiralles desde donde está, será menester mudar [á] otro puesto y será sentido de ellos; que si una vez le vieren, de todos los que le vieren no saldrá ninguno; y siempre que se haya de mudar de una parte para otra sea con mucho secreto de pies, y múdese otros tantos pasos de tierra cuanto entienda que ha sido oído el chillido; y de

esta suerte vaya cruzando la querencia con el airè ó medio aire porque se comunique por toda ella, aunque sea ancha, y pueda chillar en más partes, que siendo el chillido corto moverá menos caza y matará mucha.

Sol. ¿Qué tiempo y qué hora del día requiere esta caza?

Mon. Día calmo y de bochorno con algunos nublados, y desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde.

Sol. ¿Con esa suerte de chillido no se cazan más que conejos?

Mon. Salen también á la chilla del conejo el oso real, y el hormiguero, y el lobo y raposas, y el gato de clavo, y el montés, y la hoyna [¿hiena?], y la garduña, y la gineta, y el gato paus, y el tejón, y la culebra cerval, porque todos se suelen cebar de los gazapos en su tiempo y de los conejos todo el año, y salen porque entienden que es conejo que está en la gazapera ó que ha caído en algún lazo, y viénenselo á comer. En verificación y testimonio de lo cual pudiéramos traer todos los hombres que viven de lazos, que les suelen estos animales comer la mitad de la caza en el año; y así están tan cebados y arregostados, que en oyendo el chillido vienen luego á él sin dilación, porque sospechan que es conejo que está caído en el lazo.

Sol. ¿Qué suerte de cazar se sigue tras la chilla?

Mon. El ojeo, que se hace reconociendo el monte do se presume que han de estar conforme al tiempo que es, y para esto han de ir muchos compañeros juntos y no se llevan perros. Pónense los compañeros en ala á trechos bien dispuestos á la parte del soviento, porque esto es lo mejor y más seguro, ó á lo menos á la del medio viento, y teniendo cada cual una mata delante cuanto baste á cubrille hasta la espinilla ó rodilla, por la razón que dijimos en el chillar de los conejos, teniendo la cara hacia la parte por do han de venir los conejos y el arcabuz ó ballesta apercibido y encarado sustentando el brazo, porque no se

canse, en una horquilla hecha de la forma que diremos algún día si tratamos de los instrumentos de la montería; y entrando una vez torne cada cual á prepararse por el mismo orden para los demás que se ofrecieren; y si el monte fuere tan claro y hubiera abundancia de madrigueras donde se sospecha que se vendrán á recoger los conejos, sería bien que los esperasen en las mismas madrigueras, tapándoles las bocas primero de ellas.

Sol. Y los que han de venir ojeando, ¿cómo vendrán y por dónde?

Mon. Después que los tiradores estén puestos por [el] orden dicho, han de entrar los ojeadores por la parte del viento trayéndole en el colodrillo; y todos en ala, unos cerca de otros, en el espacio que baste para abrazar la montaña ó querencia do los conejos están. Y lleve cada cual dos piedras en la mano y vayan dando con la una en la otra hasta la mitad del ojeo, y de allí en adelante no toquen las piedras ni hagan más ruido del que sus mismos pies bastan hacer andando, porque esto sólo bastará para que los conejos se vayan ojeando poco á poco á las manos de los tiradores que les aguardan y se les pueda tirar muchas veces, porque si los hicieren ir con ímpetu saldrían todos tan presto, que apenas tuvieran lugar de tiralles más que una vez á los que primero viniesen, y los demás no les darían lugar de cargar el arcabuz ó armar la ballesta, ya que el tiro aún no sería cierto por la turbación que la confusión de los conejos, al venir juntos, les pueden poner á los que tiran.

Sol. Y si por estar las madrigueras en tal disposición del monte y forzarse los tiradores á aguardar en ellas, fuera necesario aguardar á medio viento, ¿qué se ha de advertir?

Mon. En tal caso deben los tiradores hacer su tiro antes que el conejo empareje con el viento; y si hubiere algunas trochuelas ó sendillas, ó azagaderos de ganados

por la parte á do ha de venir el conejo, será bien que el cazador procure tomallas delante y tener cuenta con ellas, porque siempre las procura seguir el conejo cuando va huyendo y se le vendrá derecho por ellas, y más si el monte es espeso; mas conviénele estar como quiera que esté muy quieto porque mejor le pueda guardar los tres sentidos, que le sería importante, y más si es ivierno que en verano, que como dijimos, los tienen más vivos y dispiertos todos los animales.

Sol. ¿Qué inconveniente habría si algún conejo [en] particular viese á alguno de los tiradores antes de habelle tirado?

Mon. Grande, y mucho mayor de lo que vos podréis sospechar.

Sol. Lo que yo sospecho que se volverá ese tal conejo y se pondría en salvo.

Mon. No solamente hay ese disgusto, que al fin se podría llevar con paciencia; pero tienen los conejos de costumbre, en viendo al cazador, dar dos ó tres zapatetillas ó castañetas con los pies en el suelo tan recias, que se oyen más de setenta pasos. Y con aquéllas se avisan de tal manera, que vuelven todos huyendo sin quedar ninguno, de suerte que por uno que vea al tirador los perderá todos.

Sil. Esa también es otra diferencia que pudiérades contar en qué se diferencian de las liebres esos animales. Pero decidme, si aquella parte do quiere esperar el tirador estuviese en redroviento, ¿qué debe hacer?

Mon. Póngase él un poco más adentro ó más afuera, hacia la parte por do el conejo ha de venir, de suerte que no esté metido en el redroviento, porque [á] la liebre y conejo se les ha de guardar de la misma suerte que á las reses mayores.

Sil. ¿Y con qué tiempo y qué tierra se hará esa caza del ojeo?

MON. Con cualquier tiempo se podrá hacer, aunque mejor con día nublado y seco porque teme menos de pasar por los rasos, y así se va reparando más á menudo, por do tiene el cazador lugar de hacer muchos tiros; y por esta propia razón requiere ser tierra de menos monte, pero no tan espeso que no los vea venir y le impidan el tirar.

SOL. Suspenso estoy y admirado de aquellas castañetillas que decís que hacen los conejos; y aunque me perdonéis, quiero volver á ellas y preguntaros cómo se podrían hacer en tierra blanda ó mojada ó sobre yerba, pues decís que las hacen hiriendo con los pies en el suelo.

MON. Esto es lo que todos los cazadores solemos entender de ese negocio; pero yo sospecho que las deben hacer con los artejos de los pies y manos, crujiendo de la suerte que nosotros solemos también crujir los dedos cuando queremos, y que nos suelen crujir las piernas andando. Otra razón no os la sabré dar; pero séos decir que ellos lo hacen en todo tiempo y en toda tierra, y do quiera que se suelen dar aviso, y que en esto, como apuntó el señor Silvano, son bien diferentes de las liebres; aunque también me obligaba yo ahora de señalar otra diferencia, porque aún sospechamos de la liebre que muchas de ellas usan de ser machos y hembras [y] no habrá hombre que diga que ha sospechado tal de los conejos, ni que les haya hallado gazapos en el cuerpo, y compañones; y también tenemos nosotros por medicina para una garranchada el unto del conejo, porque ablanda y quita el dolor maravillosamente, lo cual no hace el de la liebre.

SIL. Y aun dicen los naturalistas que la madrecilla de la liebre, quemada y hecha polvos, aprovecha para las mujeres estériles, y no hay quien afirme esto de la madrecilla de la coneja; y del cuajo y madrecilla de la liebre suelen decir que también quitan las cámaras, y puestos sobre los oídos quitan el dolor, y de los conejos no se dice tal, ni deben de tener ese efecto. También afirman que

con su sangre quitan las manchas del rostro, que debe de ser desecante y estersiva, pues mundifica, y la del conejo no hace tal.

Mon. Buenas diferencias son esas, aun parece que tomadas de la excencia de las cosas; pero entenderse los conejos con aquella señal para volverse todos del camino que llevan por aquel aviso, es cosa digna de advertir, y casi estoy por creer que deben de tener su lenguaje con que se hablan todos los animales y pájaros.

Sil. No estáis lejos de la opinión de Plinio y de aquel Apolonio Tianeo, de quien se cuenta que entendió los lenguajes de los animales y pájaros, [que] como una vez saliese con ciertos amigos suyos á holgarse al campo, vió que á muchos pájaros que estaban sobre un árbol llegó otro como mensajero, y cantando les dió nuevas de un poco de trigo que se había derramado en cierta parte á un molinero que no lo había podido coger todo, y los convidaba á las reliquias que se quedaron en el suelo, y respondiéronle los pájaros con mucho placer, y levantáronse todos y fuéronse con él; y como el Apolonio declarase este misterio á sus amigos, admirados fueron á aquella parte do el pájaro decía que se derramó el trigo, y hallaron ser verdad y á los pájaros todos comiendo.

Mon. Yo por muy cierta cosa tengo esa opinión, porque como he dicho de estos animales silvestres, suelen enviar sus espías y poner escuchas y hacer otras diligencias bien cercanas de la razón humana; y lo mismo os tornaré á decir cuando trate de las aves, que muchas de ellas hacen lo mismo y se rigen por este concierto. Lo que toca al cazar de los conejos, digo que también se pueden, así ellos como las liebres, cazar con el caballo de cabestrillo por el mismo orden que dijimos en la caza mayor, sin ninguna diferencia, como también de la misma suerte se pueden cazar los lobos y las zorras, y aun éstos y aquellos animales también al rodeo visto sin lazo, que dejamos di-

cho en la misma parte; pero una de las comunes ó más comunes formas que hay de cazar conejos, por ser general para toda suerte de gentes, es con los lazos de alambre, y hácese así: que después de reconocer el monte y colegido en qué parte de él hay más abundancia de conejos, lo cual se ve por las muchas señales de sus sendas ó caminillos muy sutiles que apenas se conocen, se ha de considerar que en aquellas sendas, de espacio de dos pies poco más, tienen señalada la huella de sus saltos por do siempre acostumbran ir, gastada en la yerba á modo de la señal que una media naranja puede pintar cayendo sobre nieve; y es cosa notable que aunque hay tanta abundancia de conejos, ninguno hay que pierda aquellos saltillos porque todos van por ellos, y donde el uno puso los pies los pone el otro sin desmentir un punto, sino es cuando va huyendo, que el temor le hace no poder guardar orden. El lazo se ha de asentar entre saltillo y saltillo, hincando la estaca do se ha de atar en el lado de la vereda, y poniendo el lazo de alambre abierto cuanto baste para meter el conejo la cabeza al tiempo que va á saltar de un saltillo al otro, que rempujándolo con los hombrillos hacia delante, lo hace escurrir y se lo aprieta al cuello, y cuando más procura desasirse torna á torcer el alambre por la parte que se corrió el lazo, y ciérralo de suerte que no se puede tornar á abrir, y así se queda colgado sin poderse valer, porque la estaca ha de estar tan fuerte, que no se la pueda llevar hacia alguna parte.

Sil. Bien entendido queda eso de los lazos sino hay alguna particularidad, y pienso que se os olvida de decir qué tan altos han de estar del suelo.

Mon. Eso casi está dicho ya muchas veces en estos lazos, que han de estar la parte más baja de él como seis dedos del suelo, poco más ó menos; y si se armare en la ladera, téngase cuenta con que si el conejo viene hacia abajo salta más; y así en el salto que se viere mayor será

bien meter el lazo porque viene más recio, como salta con más ímpetu para alcanzar el salto que piensa hacer; aunque do quiera que se arme es cosa muy cierta caer, porque esta suerte de caza es la más abundosa que puede pensarse; tanto, que sino los comiesen las zorras y otros animalejos, estarían ricos los cazadores que llaman laceros.

Sol. ¿Qué cantidad de lazos suele armar cada lacero de esos para que moderadamente los pueda visitar cada día y sin mucho trabajo?

Mon. Muchos podría armar; pero lo más común es armar quinientos lazos, porque con éstos se podrá advertir descansadamente, aunque el que lo hace por su gusto y contento bastarle há echar cincuenta lazos, y matará para comer y presentar; mas use de tener una cuenta para no perder los lazos: si la tierra fuere de monte espeso, dejar en la mata más cercana de cada uno de ellos una rama del monte cortada encima de la mata, para que al tino de ella halle los lazos después.

Sol. ¿Y qué tiempo requiere esta forma de montería, y á qué hora se armarán los lazos?

Mon. Armarse han á medio día cuando ellos están encamados y no salen á pascer, porque tan bien caerán á la tarde y por la mañana, como de noche; y puédese usar de esta forma de caza en todo el año y con cualquier tiempo, pero más con tiempo enjuto que con mojado, y más en verano que en ivierno, porque con tiempo enjuto se conocen mejor los saltillos y veredillas, y con el mojado se oscurecen y osan extenderse poco por no mojarse frisando con las matas; y más si el tiempo hiciere sosegado de aire, que traginan más.

Sol. Tratad de la caza del hurón y podencos, que me parece que debe de ser la última de esa materia.

Mon. Ya tendréis memoria que os he dicho que por las mañanas y tardes y de noche andan estos animales paciendo, y á medio día están encamados. De allí se colige

que á estas tres horas se hace esta caza mejor, porque los hallan los perros mejor que cuando están encamados; y así, en llegando al monte do se entiende hallar la caza, suelten los perros, estándose quedo el cazador en la parte más alta de él y silbando de cuando en cuando para que los perros entiendan dónde está, y desde que haya dado las vueltas que le pareciere necesarias, sino hallare nada, múdese á otra parte sin dar voces ni hacer ruido porque no ponga la caza en huída, y que los perros tendrán cuidado de buscar la caza, como lo hacen en efecto con gran codicia, hallando unos de ojo, otros de viento y otros de oído; aunque si es de noche no se aprovechan más que del oído y del viento, como lo suelen también hacer los perros de liebres, siguiéndolos con tal vehemencia y porfía y hipando ó latiendo, que aunque los pierdan muchas veces de rastro, los tornan á hallar, aunque sea en un varal de estado y medio en alto.

SIL. ¿Y síguenle todos esos perros de una suerte al conejo?

MON. No, porque unos corren de tiro derecho y por bajo, y otros de salto, los cuales son más ciertos.

SIL. ¿Qué llamáis correr de salto?

MON. Que dan una arremetida y después dan un salto, y en aquel espacio que les dura estar en el aire escuchan, sobrepujando parte del monte, por donde va el conejo; y tienen el oído tan vivo, que con estar tan desosegados como se puede entender que estarán en vago y con aquella inquietud, perciben muy ciertamente el ruido, aunque pequeño, que el conejo va haciendo por lo más escondido del monte, y por este orden le van siguiendo hasta llevarle á encerrar á la madriguera, que para estas necesidades tienen ya conocida, á la puerta de la cual están los perros escarbando y dando latidos llamando al cazador hasta que llegue, el cual buscará todas las bocas que la madriguera tuviere, y en las más principales y usadas pondrá

sus redes por delante atando al cabo de la cuerda, que ha de cerrar la red para abolsarse y encerrar en sí el conejo, un canto, y éste quedará dentro de la boca del vivar ó madriguera; y si fuere tan ancha la boca que no bastare la red á cogerla toda, podrála hacer más estrecha con ramas ó cantos, de modo que por entre la red y los cantos ó ramas no deje agujero, por sutil que sea, y la red quede puesta bien estirada, porque en saliendo el conejo, que salen recio y dan en ella reciamente, corre la cuerda y viénese á encoger como una bolsa y queda el conejo dentro; y sino tuviere redes para algunos agujeros, conviene taparlos todos con piedras ó ramas.

Sil. ¿Y qué tanto espacio estará sin echar el hurón luego que se encierre el conejo para que no reniegue?

Sol. ¿Qué es eso de renegar el conejo?

Mon. Llamamos renegar entre monteros cuando antes se dejará desollar dentro que salir fuera, lo cual hace cuando el cazador echa el hurón en acabando de encerralle los perros por el reciente miedo que de ellos tiene, porque teme que le están esperando á la boca; y así, para que se olvide de aquel temor y salga de buena gana, debe el cazador dejarle sus redes paradas y irse á buscar otro (que á esto llamamos entre cazadores dejalle resfriar), por tanto espacio de tiempo cuanto requiere según la tierra do se hubiere encerrado, ó la hora del día ó de la noche que fuere, porque si es en tierra rasa y hay falta de monte y [es] al medio del día, conviene por lo menos dejallo resfriar una hora; y si por la mañana desde las siete hasta las nueve, dos horas, porque como ya está contento y harto de pasto, tiene más necesidad de reposar y rehusa de salir; y si por la tarde á puesta de sol, bastará media hora, porque como la necesidad le compele á salir á comer, sale de mejor gana; y si fuere de noche, bastará medio cuarto de hora; y si fuere monte espeso, como en parte do el conejo piensa hallar mejor reparo, á cualquier hora que sea del día ó

de la noche se podrá echar algo antes el hurón, hecha alguna distinción, según dije, de la diversidad de los tiempos; y ya que entienda que está olvidado de aquel temor, vaya con gran secreto de pies por el un lado de la boca sin dar vista á ella, y alce un poquito la red y eche el hurón.

Sol. ¿Y por cuál de estas bocas sería mejor que se echase el hurón?

Mon. Por la que estuviere más al soviento ó medio viento, en la cual estará el cazador con grandísimo silencio esperando que el conejo dé en la red para cogello, porque suele algunas veces rehurtarse del hurón por ser el vivar ancho y espacioso, y llegar á la boca muy secreto, y escuchar y mirar, y oler mirando la red que está parada, y escuchando si oye algún ruido fuera, y venteando, por lo cual conviene no cargalle el viento, porque si le da del cazador que está fuera, aunque no vea ni sienta cosa contraria fuera de la boca, se volverá para dentro y renegará dejándose degollar primero que salga, y aun quizá trasconejar [ha] el hurón.

Sol. ¿Qué llamamos trasconejarse el hurón?

Mon. Un inconveniente que suele subceder de harto peligro para él, porque suelen estas madrigueras, como son largas y angostas, tener algunas angosturas, aunque breves pero muy estrechas, por donde apenas cabe el hurón ó el conejo, y pasada la estrechura tornan á tener su cavidad ancha; y subcede que como el hurón va asido de la cerviz del conejo y los dos van luchando y volcándose, y el conejo pretende pasar á la otra parte por temor del cazador que está á la puerta, el hurón viene á quedarse de la otra parte de la angostura en la cavidad y el conejo atorado en la angostura, de suerte que el hurón no tiene por do salir sino es yéndose comiendo el conejo poco á poco hasta gastallo para hacer lugar por do él pueda salir, y así suele estarse allí siete ó ocho días hasta que le

acaba de comer y gastar; y el cazador, desesperado de podelle cobrar, suélese ir y dejallo; y después cuando el hurón sale, cómenselo zorras ú otros animalejos.

SOL. Pues si por mal aviso subcediese ese negocio, ¿qué remedio tendría el cazador para cobrar su hurón y no perdello, ó á lo menos hacer lo que debe?

MON. Tapalle todas las demás bocas que tiene la madriguera, y en aquélla por do entró ponelle su propia casilla al hurón, que aunque pasen ocho ó nueve días sería posible salir, y á lo menos no quedará con ese dolor de decir que no hizo lo que debía, requiriéndole cada día para que si hubiese salido no se le muera allí de hambre. Hay otro modo de perderse el hurón en estas ocasiones de mucho mayor peligro, porque suele haber en las madrigueras unos hoyos hondos que buscan los conejos para poderse valer de que los persiguen, y tanto que no los pueden saltar para arriba los hurones, porque el conejo salta mucho más; y como el hurón sigue al conejo y sea tan animoso, déjase colar á lo hondo del hoyo; y que mate el conejo, que no le mate, no puede tornar á saltar del hoyo por ser mayor salto que el que él puede hacer, y así no puede salir y muérese allí, ó suele matallo también dentro alguna garduña ó gato montés ó raposa, por ser tan animoso que con cualquier de esos que tope dentro del vivar embestirá, y vista la ventaja que tiene, si le da lugar el otro animal tórnase á salir graznando, y sino suele morir en sus dientes.

SOL. ¿Y qué remedio podrá haber para eso?

MON. Para ninguno de estos inconvenientes hay remedio, porque si cae en el hoyo, sino es cavándole toda la madriguera no tendrá remedio de salir; y para defendello de estos animales, nadie pienso yo que ha hallado industria.

SOL. ¿Qué tiempo se requiere para esta forma de cazar?

MON. Tiempo enjuto y de yelo, porque entonces hace el conejo más ruido cuando va huyendo y lo oye mejor el cazador y el perro en la espesura con la escucha del salto; mas también se puede hacer con tiempo blando, no estando mojado el monte, por las razones que dijimos en los perros de liebres; y con aire moderado ó ninguno, que será mejor; y mejor de noche que de día, porque con la obscuridad se atreve el conejo á salir más, sino hubiese tantos peligros como suelen acontecer en esta caza de noche más que en otras de cuantas yo he visto, aunque á mí sólo una vez me aconteció un desmán yendo á caza de jabalíes, pero es negocio que raras veces subcede; y en caza de conejos subceden tan espesos, que me causa admiración.

SIL. ¿Qué fué lo que os pasó con los jabalíes? que pues se ha acabado el tratado de los conejos, lugar habrá para que nos divertamos á esto.

MON. Yo llevaba mi montería de lebreles y alanos y sabuesos muy bien formada y pertrechada una noche, y así atrevíme á entrar por la espesura de una breña tras un ventor que había dicho en un jabalí á mi parecer muy cercano, y después de soltada la montería parecióme que le habían parado y que le tenían asido y hecha presa en él; y así apresuréme todo lo que pude al ruido por llegar á favorecer mis perros, entendiendo siempre que los tenía á la cubierta de la primer mata, y de esta suerte debí de seguillos más de una grande legua. Ayudábame mucho el hacer una luna muy clara, y al cabo de gran distancia de tierra y tiempo vine á hallarme en un paso pequeño que se hacía en medio de la espesura del monte, y donde más me pareció que sonaba el ruido, que debió de ser el mayor y más espantable que se podía imaginar. Los perros gañían, y cercábanme á la redonda más que quinientos jabalíes bufando con furor terrible, cosa que yo imagino que no se pudiera juntar en toda aquella comarca; y que más es de notar que de todos ellos no hubo perro que pa-

rase ni acometiese á alguno, con ser los alanos tan animosos, que aunque fueran leones no dudo yo que los osaran combatir, porque iban muy bien armados y eran fuertes y muy diestros; y no bastando esto no paró lebrel con lebrel ni ventor con ventor, que todos se desperdigaron, que después era otro día muy tarde y no los había podido juntar.

Sil. Notable negocio fué ese y de que yo no puedo sospechar bien, porque todas esas cosas engendran dificultad; hallar tantos puercos juntos y no asir los lebreles ninguno, y perderos tanta tierra.

Mon. Mas aun este negocio puédese pasar; mas los que pasan á los que cazan conejos son muchos y varios y aun espantables, porque no debe de haber cazador que no pueda contar uno que le pasó; y contaros he uno que subcedió á dos cazadores amigos míos, hombres de mucho crédito, y que me lo contaron á mí otro día siguiente después de habelles pasado; que como saliesen una noche al monte y el uno de ellos fuese á echar el hurón en un vivar y se tardase el hurón en salir, asomóse para ver si estaba cerca ó si tenía orden de salir tan presto, y vido dentro un monstruo espantable y de tal figura, que aun él no supo decillo más de que tenía unos ojos grandes, verdes y resplandecientes, que alumbraban toda la cavidad del vivar, que era por dentro ancho y espacioso; y como él admirado se volviese al otro compañero, apartado un poco del vivar, y le hablase casi al oído y le dijese que había visto allí dentro un monstruo terrible y espantable y con unos ojos verdes, dicen ambos que respondió el monstruo de dentro con una voz pavorosa y de horrible sonido, y dijo: «Sí que los tengo verdes.» Asombráronse tanto los cazadores, que dejaron las redes y el hurón y se vinieron al pueblo.

Sol. Más extraño negocio es ese, y en la modestia de los que lo contaron se parece que debe ser cierto; porque

si fuera fingido, no dejaran de contar algo más que eso.

MON. Por muy cierto lo tengo yo según quien son las personas á quien lo oí yo y les pasó, y á mí me lo contaron, como dije, otro día; y pasóles á otros casi en la misma parte del monte y pocos días después otro cuento, á mi parecer más extraño y digno de admiración; que como hubiesen monteado gran parte de la noche, y todo [¿el día?] en seguimiento de un conejo que se les había defendido mucho y les había costado infinito trabajo, después de perdelle y habelle hallado muchas veces, le vinieron á matar; y teniéndole muerto y apiolado y destripado y colgado del brazo, oyeron una grande voz que pareció que sonaba en lo hondo de la montaña, pero tan clara que se dejaba entender con el silencio de la noche, que dijo como hablando con otro: «Hola hao, compañero;» y que en la parte contraria respondió otra más recio: «¿Qué queréis?» y replicó el primero diciendo: «Á nuestro amigo el tuerto han muerto.» Los cazadores se asombraron, y tornando á escuchar oyeron que tornaron lo mismo á decir segunda vez las mismas preguntas y respuestas, y después tercera vez. Los cazadores miraron á la luna el conejo que tenían aparado, y hallaron que no tenía más que un ojo, y atemorizados más, como acabaron de entender que los que hablaban eran compañeros del que tenían muerto, estuvieron por soltallo; mas enojados del trabajo que les había costado y que no llevaban qué cenar, se lo llevaron al fin; y llegando á sus casas contaron á sus mujeres lo que les había pasado, y desollaron el conejo y echáronle á cocer en una olla aquella misma noche para cenallo; y dicen que luego que comenzó á hervir se extendió ó se esperezó y rompió la olla por tres ó cuatro partes. Ellos le hicieron echar á cocer en una caldera, y también en comenzando á hervir se extendió y abolló la caldera por las partes do alcanzó con los pies y manos; y al fin, viéndole todavía crudo le pusieron en un asador, y en comenzándole á asar

corrió tanta pringue y gordura de él, que mató la lumbre; y porfiando á hacer otra brasa para asallo, la mató cuantas veces la encendieron, hasta que por cosa sin remedio le quisieron echar á los perros, y ellos no le osaron acometer, ni aun olelle; y así se quedó y le echaron en la calle, donde no supieron más de él.

SOL. Notable es ese cuento si es tan cierto como afirmáis de él; y no pudiera pasar más en aquella parte de Italia donde dice Plinio que en cierto tiempo del año son los hombres lobos y andan matando gentes por los campos; y yo sé que si Plinio oyera eso, dijera que en esa tierra los hombres andaban hechos conejos, pues se dolían de la muerte de sus compañeros y trataban de ella.

SIL. Y si lo oyera Pitágoras, confirmara su opinión diciendo que las ánimas de los muertos se meten en los cuerpos de los animales que más cercanos hallan, y que por eso trataban esos de algún amigo suyo cuya alma estaba en ese conejo.

MON. Plinio y Pitágoras dijeron esos disparates y otros semejantes; pero toda la gente de aquel pueblo que casi vieron el conejo y supo su cuento, osaban afirmar que el demonio, enemigo del género humano, debe hacer esas y otras tales ilusiones para burlarse de los hombres y amedrentallos, ya que por la misericordia de Dios no le puede dañar en más; y parece que debe de ser permisión de Dios por castigo de nuestros pecados, en que casi todos estos cuentos han pasado á los que cazan en sábado en la noche, ó porque es dedicado á Nuestra Señora, ó porque quien en tales noches va á cazar no tiene propósito de volver el domingo á misa, estando aquella mañana dedicada al culto divino y ejercicios; y así lo muestra aquel cuento que todos sabéis que le pasó al cura del Albalate de las Nogueras, que habiendo un sábado en la noche echado el hurón en una madriguera, y pareciéndole que ya sacaba al conejo chillando y le tenía junto á la puerta, metió el

brazo queriéndole sacar, y asiéronle de él de suerte que le hicieron estar dando voces un gran rato y martirizándole el brazo con mil géneros de tormentos; al fin, soltándole después de haberse muchas veces encomendado á Dios, le dijeron: «Agradécelo á Dios y que habéis dicho hoy Misa de su bendita Madre, que sino vos purgárais hoy cuanto habéis hecho en vuestra vida.»

SIL. Eso me parece más conforme á razón y debe de ser así, que por semejantes yerros permite Dios esas desgracias, como la que está tomada por testimonio del otro cura de la Parrilla en tierra de Sigüenza, que pienso que es tan pública que á nadie será oculta.

MON. Contadla, señor, que aunque la oí, no estoy muy cierto en ella y oirála el señor Solino.

SIL. Dícese que este clérigo quería hacer cierto presente para el cual tenía necesidad de un par de conejos, y persuadió á un labrador amigo suyo que otro día de mañana antes de amanecer, que era domingo, fuesen á matallos. El labrador no pudo con él que lo dejasen de hacer, ó que aguardasen á misa primero, diciendo que volverían presto á sazón que se pudiese decir; y así se fueron á cazar, y luego como llegaron encerraron un conejo los perros, y echándole el clérigo el hurón y metiendo la mano, como decís de esotro, le asieron de la misma suerte, y padeciendo infinitos martirios y tormentos rogaba al labrador que le cortase el brazo; el labrador no se atrevió y vino corriendo al pueblo, y apellidando la Justicia, fueron todos los del pueblo con azadones y picos y almadanas para romper los vivares ó madrigueras de la tierra; y cuando llegaron ya le habían metido dentro, pero oían las voces muy cerca; y así cavaron con grande ánimo oyéndose siempre alejando la voz, hasta hacer una mina como se suele hacer en los azogues, cavando todo aquel día y noche y otro siguiente, hasta que no oyendo ya los gritos dolorosos que hasta entonces habían sonado, aunque se

habían ido disminuyendo, determinaron de dejar el trabajo que parecía tan vano después de haberse cansado todo el pueblo.

Sol. ¿Y en qué paró, si se supo, el pobre sacerdote, que aunque tuviere mucho malo, tendría algo bueno por lo cual mereciese en parte con Dios para que tuviese misericordia de él viéndole entre sus enemigos vivo, que es el mayor género de castigo que me parece que se podía imaginar?

Sil. Después de tercero día, dicen que pareció en Nuestra Señora de Monsarrate, á quien él se debió de encomendar, y tomóse testimonio y consintióse imprimir estos años atrasados en que se publicó por toda España.

Mon. Satisfaceos, señor, que en sábados por la noche y domingos por la mañana han pasado cuentos á cazadores notables, y más en caza de conejos; y á mí pasó una noche cazar un conejo, y queriéndole matar soltárseme, y seguille los perros y tornalle á coger, y teniéndole ya en las manos soltárseme segunda vez; y tornándole á seguir, al pasar por un tollón ó coladero, tornalle yo mismo á coger viniendo huyendo de los perros, y soltárseme tercera vez, y dejar la montería aquella noche y volverme á casa. También supe de un cazador amigo mío de crédito en un pueblo de Aragón que llaman la Garganta de Noguera, que cazó un sábado en la noche más que diez ó doce conejos, y teniéndolos destripados y apiolados y dentro de un costal y atado por la boca, sentándose encima á descansar, que cuando quiso mirar por ellos se le habían ido todos sin quedar ninguno, hallando su costal cerrado, sin saber cómo ni por dónde se le habían ido, y que se volvió á su casa sin querer porfiar en cazar más, asombrado del suceso; así que tengo por peligrosa esta caza de noche, y más en sábados, aunque basta para que sucedan casos extraños ser caza de conejos aunque sea de día, y el día que quisiéredeis, porque á un cazador amigo nuestro y que

todos conocemos, que se llama Alarcón, en la dehesa de Alcantud, en tierra de Cuenca, le aconteció un día andando á la chilla de conejos, hallar un animal ó monstruo que también andaba cazando, del tamaño y cuerpo de un león y de su mismo color y pelo, y la cara de hombre y las orejas de gato, al cabo de las cuales le salían unos pelos á manera de cuernos muy altos y torcidos, y las manos de perro, y los pies de caballo y crines de buey, y la cola y ancas como de oso, porque las tenía llanas y con poca cola que casi no se parecía; y el modo que traía en cazar no era de menos admiración, porque venía levantado sobre los pies postreros, derecho el cuerpo y enhiesto, y andando con aquéllos acercándose al chillido del cazador y abriendo con las manos el monte con tanta sutileza como lo pudiera hacer el montero más amaestrado y diestro del mundo. El cazador cuando lo vió se asombró extrañamente y entendiendo que era algún demonio, porque no pudo sospechar que fuese cosa del siglo; pero cobrando ánimo y encomendándose á Dios, cuando le vió dentro de tiro, le disparó el arcabuz, y dándole por la frente le tendió en tierra y después lo presentó á Don Bernardino de Cárdenas, el cual le hizo desollar y embutir en paja y le mostró á muchos hombres de España y extranjeros, y nadie supo decir qué animal fuese, y así le guardan como cosa de admiración.

Sol. Espantádome habéis con la figura que decís que tenía ese mostro. Yo sospecho que debía de ser alguna mezcla de dos ó tres animales, como algunas veces suele subceder, aunque tener la cara de hombre me hace sospechar que tuviese también algo de humano, pues también lo testifica el andar enhiesto, y su industria y artificio con que decís que cazaba.

Sil. Esas misturas de diferentes animales no pienso que fueron posibles; y así dice muy bien Lucrecio que son vanidad de los que las inventaron, en estos versos:

«Sed neque centauri fuerunt, nec tempore in ullo
Esse qui sunt duplici natura et corpore bino,
Ex alieni genis membris compacta potestas,
Hinc illic parvis ut non par ese potis sit.»

De suerte que son ficciones las que dicen de los centauros, según eso que dice Lucrecio, y dice que es por razón que siendo diferentes las fuerzas de los animales de que dicen que se engendran, no pueden hacer una cosa semejante.

SOL. Lo mismo dice Galeno en el octavo libro *De usu partium*, y por esa misma razón, y por el diferente tiempo de la preñez de las yeguas y de las mujeres.

SIL. Pues escuchad la razón que añade Lucrecio:

«Principio circum tribus actis impiger annis
Floret equus, puer haudquaquam quin sæpe etiam tunc
Ubera mammarum in somnis lactantia quærit,
Post ubi equum validæ vires ætate senecta,
Membraque deficiunt fugienti languida vita
Tum demum pueris æno florente, inventas
Occipit, et molli vestis lanugine malas.»

Y es razón muy viva, porque aquellas cosas que ni crecen con iguales fuerzas, ni viven un mismo tiempo, ni envejecen, ni florescen juntamente, yo no sé cómo se puede compadecer que se junten por naturaleza, y si se juntaren [que] permanezcan y se conserven; pues de aquí infiere Lucrecio que no se debe creer que de simiente humana y de caballo pueda haber mezcla, ni de perros y peces, para que haya centauros ni çilas (1) como se finge, porque ni tienen unos apetitos ni una suerte de vida, cuanto más juntarse muchas mezclas de animales diversos, como dicen que pasó en la quimera, que es más imposible, y dícelo así:

«Qui fieri potuit, triplici cum corpore ut una
Prima leo, postrema draco, media ipsa chimera

(1) ¿Escilas?

Ore foras acrem effaret de corpore flammam?
Quare etiam tellure nova, cæloque recenti
Talia qui fingit potuisse animalia gigni,
Nixus in hoc uno novitatis nomine inani,
Multa licet simili ratione effutiat ore:
Aurea tum dicat per terras flumina volgo,
Fluxisse, et gemmis florere arbusta fuesse:
Aut hominem tanto membrorum esse impete natum.
Trans maria alta pedum nisus ut ponere posset,
Et manibus totum circum se vertere cœlum.»

Sol. Donosísimamente se va riendo ahí de los que piensan que esos monstruos fueron posibles; y así parece que los compara á los que dijeron que por la tierra corrían ríos de oro y que los árboles llevaban piedras preciosas por hojas; y considero muy bien que aquéllas fueron ficciones poéticas, que aun ahora, cuando los poetas quieren pintar un siglo de oro que ha de venir ó que pasó, dicen:

«Dará la tierra sin haber sembrado,
Espigas rubias ó dorados frutos;
Ni sufrirá la reja, ni el arado,
Y pagará el cielo sus tributos:
No con la nieve ni el granizo helado,
Mas con la fertil pluvia y los enjutos
Y alegres vientos Euro y el Favonio,
Que den del sancto tiempo testimonio.
»Calentarán sus tibios corazones
La cabra y el conejo y el venado,
Ni temerán los ásperos leones
Ni al cazador, de astucias ayudado;
Ni verá sus entrañas á azadones
La tierra abierta, ni del corvo arado;
Ni el buey verá su duro cuerno uncido
Al yugo, de su frente aborrecido.
»Las uvas nacerán de inculta espina;
De estéril fresno, la camuesa y pero;
Doradas mieles sudará la encina,
Y bálsamo de Asiria el roble ibero.
Y abundarán del agua medusina
El Tajo, el Betis, el Genil y el Duero

Y el Dauro; y mostraráse á nuestra vista
Dorado el campo con la rubia arista.
»No mentirá vestido de colores
Diversos, el vellón de blanca lana,
Que de sí mesmo los tendrá mejores
Que púrpura, que sale de la grana;
Y de la fértil teta los pastores
De la ovejuela saltadora ufana,
Ambrosía y néctar sacarán al pesó
De leche y natas de manteca y queso.»

Así que de esta suerte, por galantería y bajeza, suelen irse floreando los poetas en sus ficciones y pintan el mundo de la manera que Mahoma pintó su paraíso, con ríos de leche y miel, no porque entiendan que ello ha de ser así, sino que para describir una variedad fertilísima juegan con estas imaginaciones, como se hallarán en Ovidio y Virgilio mil pasos do parece que dicen esto mismo, y no tuvieron razón los que lo tomaron de veras, que entendiendo que porque los poetas lo dicen, lo sienten así; porque, ¿en qué juicio cabía sospechar que los árboles habían de tener piedras preciosas, como él dice que algunos dijeron, por hojas? Y el mismo que pintó este siglo de oro que ahora poco há os dije, en otra parte, pintando una dulce primavera que esperaba si su dama le hacía el favor que pretendía, dijo así en una oda:

«Torna como solía
De amor y gracia y de dulzura lleno
Tu rostro, y más sereno
Haciendo ultraje al día,
Que no podrá causar tanta alegría.
Darán cual no se vido,
Favonio y Flora con graciosa mano
Al mundo otro verano
Que valga más florido
Que el nuestro, con su fruto enriquecido.
Sus alas desplegando
Olor suave al viento sacudiendo,

Se verán ir riendo
Las gracias, y cantando
Lo que en tu loor Apolo irá pensando.
   Tras ellos Cintia, llena
De nubes más hermosas que su frente
De aljófar transparente,
Y de oro en fértil vena,
Las yerbas cubrirá y el mar y arena.
   Y el monte donde lloro
Podrá mirar en sus dichosas faldas
Las hojas de esmeraldas,
Y por mayor tesoro
Las flores de rubí y las ramas de oro.
   Verá de plata el suelo
Y sembrado de piedras orientales,
Y todos los mortales
Verán con mi consuelo
Glorioso el mar, la tierra, el cielo.»

Y no porque diga esto se ha de sospechar de este autor que fué tan falto de filosofía que no supiese que si los árboles tuvieran las ramas de oro y las hojas de esmeraldas y las flores de rubíes, que ni pudieran crecer, ni sus frutos fueran de provecho, pues no se pudieran comer ni digerir, y les aconteciera á los hombres que vivieran en aquel tiempo lo que al Rey Midas, que pidió por merced á Apolo que todo lo que tocase con las manos se volviese en oro; y desque vió que lo que llevaba á la boca se volvía en oro y no lo podía comer, fué forzado á desnudarse de la merced recebida.

Sil. Harto más coléricamente habéis procedido con Lucrecio de lo que convenía, enojado por ventura por quien niega los mostros que vos tenéis por ciertos como Plinio, y no os dejáramos pasar tan adelante si los ejemplos que trujistes no fueran tan dulces.

Sol. Todos los filósofos conceden los monstros, y Aristóteles, en el libro de *La Generación de los animales*, concede que [de] dos especies se hace otra tercera, y que

aquélla puede engendrar otra nueva, sino es la que se hace de caballo y asno que es el mulo, que no puede engendrar; y de allí viene que siempre en África se descubran animales nuevos, porque hay mucha tierra desierta do se pueden criar y confundir las especies; y si como en aquellos primeros tiempos no fuera ahora vedado tener el hombre ayuntamiento con las fieras, ¿quién duda sino que se engendraran de él y de muchas de ellas mostruos como fué el Minotauro y los Centauros y las Çilas y Esfinges?

MON. Dejemos si mandáis esa materia, y crea mi cuento quien quisiere y téngale por cosa sencilla ó mezclada al mostruo de que traté, que pues tanta gente le vió no tengo que cansarme yo en eso. Si me dais licencia deciros he cuatro palabras en que cifre lo que hay que decir de las hardas, y con esto podemos ir á cenar, que se llega la hora.

SIL. Pues comenzad á decir presto las propiedades de la harda, que es animal no muy común en todas partes.

MON. Es la harda animal pasajero y mudable, y tramonta muchas leguas á buscar la piña de la cual se sustenta, y suelen juntarse grandes tareas para irlas á buscar. Acuéstanse temprano y levántanse de mañana, y bebe con aquel propio movimiento de lengua que el perro, y antes que llegue á beber á la fuente llega dos ó tres veces cerca de ella y se vuelve á subir á los pinos haciendo atalaya, recelándose; y de que llueve sírvele la cola de cobertura, porque la tiene grande como todos saben, y la revuelve por cima de sí, y se cubre de suerte que se desagua de lo que le cae encima por ambos lados, y con ser animal tan pequeño que apenas tiene una libra con carne, con huesos y tripas y pellejo, sufre tal golpe, que aunque le quiebren las piernas y brazos y la sarta del espinazo y la pasen por el cuerpo, suelen muchas veces tenerse asidas de los dientes de una rama de espino porque en ellos tiene la fuerza, y siente tanto el daño de los mismos dientes, que si le dan

en ellos un pequeño golpe, cae del pino abajo sin poderse valer; y de que se le ofrece necesidad por virotealla mucho el ballestero desde abajo, suele saltar de un pino á otro, y algunas veces no alcanza con el salto y cae del pino abajo; y si el ballestero sube á derriballa y no hay tan cerca otro pino donde pueda alcanzar de un salto, ella se arroja desde lo alto al suelo voluntariamente, [que] aunque esté setenta estados del suelo no se hace daño alguno, porque hace tanto aire con la cola que le sirve de alas y cae de pies; mas si el perro que está abajo la muerde, ásele el harda al perro de las narices y hácele dar muchos gañidos, aunque no tiene sino tres dientes abajo y otros tres arriba muy menudos y amarillos y fuertes; tiene la piel muy delgada, casi como papel, pero tan recia, que por fuertes bocados que el perro le dé nunca se la atraviesa. Es su color leonado claro; tiene la cola tan larga como el cuerpo, pero muy poblada por las orillas y tableada, y cada pelo como el dedo en largo. Pare tantos hardones como tetas tiene, y pare dos veces como la liebre en el año. Cría en cierto nido que ella hace muy artificioso de palillos secos y mogos (1) del propio pino y en la misma cogolla de él.

Sol. ¿Dónde se han de hallar esos animales?

Mon. En cualquier tiempo y con cualquier día y viento se hallarán en el rodal de pinar que tuviere más cantidad de piñas, y por maravilla estará un día donde haya estado otro, porque como tengo dicho, es muy mudable, y así por esto como por levantarse muy de mañana y traer á esta hora más priesa de despinar, debe el cazador salir luego por la mañana y soltar luego el perro, que siendo el que debe, tendrá cuidado de buscallas, y unas verá de ojo, y otras oirá chirrear, y otras descubrirá, aunque serán las menos, por el viento; y en hallándola llamará dando latidos al tronco del pino, y aun mordiendo á veces de las

(1) Por musgos.

cortezas de él, y á veces mirando á lo alto; mas debe el montero ir secreto y poco á poco porque más le dé lugar al perro de hacer su oficio, y llevar gran silencio, porque sino muchas se le encogallarán y no las podrá desde en bajo todas veces derribar sin subir á lo alto del pino para tirallas; mas llevando secreto, muchas veces de que llegue al llamado del perro hallará la harda al medio del pino, y otras de allí abajo, do las podrá derribar fácilmente.

Sil. Y si hubiere subido á lo alto del pino, ¿qué remedio tendrá?

Mon. Sino fuere tan cierto tirador que se atreva á derriballa desde abajo por estar tan alto como muchas veces están, debe de poner un horcón con que llegue á la primer rama del pino para que vaya subiendo á las demás de rama en rama, hasta llegar cerca de la harda do la pueda ver para tiralla, llevando la ballesta á las espaldas asida con una cuerda de la una á la otra empulguera y ahorcajarse en una rama por más seguridad para tiralle.

Sol. Y sino quisiese ó pudiese subir el cazador, ¿habría algún remedio para hacelle tiro desde abajo?

Mon. Tendrá uno de tres remedios y cualquiera de ellos será necesario, así porque suelen encogollar y hacer pocos ó ningún tiro, como porque suelen tenderse de largo á largo en una rama, y desque sienten que viene el virote trastórnanse al otro largo ó lado y dejan pasar el virote por alto; y otras veces suelen cubrir el cuerpo y mostrar la cola, porque con la mucha espesura de las ramas del pino el cazador piensa que es el cuerpo y arrójale los virotes al viento, y para esto, para hacelles surtir haciendo buen tiro, conviene rajealles como perdices recio, y si esto no bastare, dé en el tronco del pino con un canto recio, porque con aquel movimiento se suele menear la cogolla del pino y surtir la harda á otra parte; y si esto no bastare y llevare una honda (que para esto es necesaria), será bien tiralle algunas piedras desde abajo.

SOL. ¿Y si se metiese en alguna pizarrera de pino seco?

MON. Será buen remedio echar luego fuego al pino seco por bajo, que en dándole el humo saldrá luego por la pizarrera, y estando el cazador apercibido podrále tirar fácilmente. Conviene para esto llevar abundancia de virotes, aunque sean bastos, como vayan emplumados y sean cortos, porque es el tiro largo y es menester alcanzar más.

SIL. Luego en razón de lo que habéis dicho, ¿no se pueden dejar de perder muchos virotes pasando el tiro de largo sin topar en la harda ó en alguna rama del pino?

MON. Para eso tirar otro virote por do propio tiró aquél, y en tirando bajar la cabeza, que escuchando oirá el ruido ó lo verá caer, y junto aquél hallará el otro.

SOL. ¿Y en qué tiempo se han de cazar?

MON. Con día claro, que se vean en los pinos, y de poco aire ó ninguno; y con esto, si os parece, podremos irnos á cenar, que mañana nos podremos volver á ver en este mismo lugar.

LIBRO DÉCIMOTERCIO

DE LA MONTERÍA.

LOS MISMOS INTERLOCUTORES.

Sol. Tanto puede la costumbre, que vienen á hacer los hombres lo que no piensan por estar acostumbrados á ello. Ya no me hallo yo, señor Silvano, sino vengo á la palestra do nos solemos encontrar cada día todos tres.

Sil. No os parezca que venís sin propósito, que aún todavía tiene el señor Montano que tratar de su caza, y si os acordáis, nos dejó aplazado esta noche cuando nos despedimos.

Sol. No dijo qué le puede quedar por decir, pues dice que toda la montería se parte en caza mayor y menor; y la primera há días que la acabó, y la segunda acaso anoche, pues la caza menor que es de los animales pequeños se comprendió en liebres y conejos y hardas; y por el estilo de esto nos dijo que se matan otros semejantes como gatos y tejones, y los demás de que hizo mención.

Sil. Verdad es que en cuanto á eso de la caza pienso que tiene cumplido; mas acordaos que nos ha citado para tratar de los instrumentos de la caza algunas veces, y entiendo que viene á cumplir su palabra.

Mon. Antes que lleguemos á eso nos queda buen rato que andar, porque en la caza menor os dije el primer día que se comprendían todas las aves que se suelen matar con ballesta y perro y viven en la tierra y agua más que en el aire, pues el nombre de Montería abraza todo aque-

llo que no cabe en la Cetrería y Pesquería, que es la división que decís que se hace en la caza.

SIL. Así es verdad; pero creo que todas las aves se matan en la Cetrería, así las unas como las otras.

MON. Aunque eso sea así, las que aquí matamos por el orden de montería es justo que se le den á la montería, y cuando allá las maten con azores podrán reducilla á la volatería; así como les concederemos nosotros que si ellos mataren liebres con sus halcones, cuenten la caza de las liebres en la cetrería; pues la caza y su distinción no sólo se ha de tomar de la cosa que se caza, sino del modo con que se caza, y de los instrumentos que para ella son necesarios, y de los preceptos y reglas con que se rigen.

SOL. Pues bien, ¿qué queréis inferir de todo eso?

MON. Que puedo yo tratar de cómo se han de matar las perdices y grullas y otras aves por el orden de la montería abrazándolas dentro de ella, sin tratar cosa alguna fuera de mi profesión, pues todos los monteros lo acostumbran, y es este tratado no menos perteneciente para ellos que los demás que hasta aquí habemos hecho.

SOL. Y cuando eso no fuese así, ¿qué agravio haréis vos á nadie en decillo, si nosotros lo queremos oir?

SIL. Antes parece que nos agraviaréis en dejar de enseñarnos matar la más sabrosa caza que á mi gusto hay, que es la perdiz, que según es perseguida tendrá muchas maneras de cazarse.

MON. No tiene menos que el venado; así que la habremos de tomar por modelo para regirnos ejemplificando en ella cuantos modos hay de matar las otras aves, porque en ella se ejercitan todos ó los más principales.

SOL. Comenzad á decir algo, no se pase el tiempo.

MON. En los dos meses Julio y Agosto se hallarán en los trigos y restrojos más cercanos á algún arroyo ó fuente donde tomen el agua, que mucho la aman en este tiempo, y tómanla por la mañana y á la tarde.

SIL. ¿Y sino es tierra de restrojos ni trigos?

MON. Débense buscar en las cañadas más frescas y sombrías do ellas pueden hallar alguna cosa verde en que cebarse; y en los dos meses de adelante, Setiembre y Otubre, guardan mucho los majadales más otoñados y vestidos de pasto, porque ya en este tiempo no hallan grano y el verde nuevo ésles muy gustoso; y como en este tiempo comienza ya á resfriar corriendo Cierzo furioso, será cosa cierta estar en las solanas abrigadas de él, y [si] corriere Ábrego y lloviere, en las umbrías por la misma razón; y en los tres meses Noviembre y Diciembre y Enero guardan mucho los sembrados.

SOL. ¿Y si carecen de ellos?

MON. Estarán en los valles hondos y en las quebradas más defendidas del rigor del tiempo por la fuerza de él.

SOL. ¿Y si estuviese nevada la tierra?

MON. En las partes desnevadas, como son arroyos y fuentes, ceñajos y regajos, y sembreros de peñas, y en las bocas de las cuevas como parte do no puede estar lo nevado; y en Febrero y Marzo guardan mucho lo fresco de los trigos más que en otro tiempo alguno por andar en amor, y á falta de esto en otras frescuras más guardadas del sol; y en Abril y Mayo y Junio en las umbrías más frescas y ocultas y sombrosas. Lo que resta saber ahora es, pues habemos concluído con los doce meses del año, que esta ave es muy amiga como la liebre de guardar la querencia donde nace, y ya que la vuelen y echen de la querencia, irá poca distancia de allí y á pocos días se suele volver.

SOL. Ya se entiende por eso que habéis dicho dónde se han de buscar; decidnos alguna forma de matallas.

MON. La más noble forma y de mayor recreación que hay es el matallas por muestra ó perro de muestra, la cual guarda este orden: que como se ha de buscar la perdiz por

la industria del perro, y éste no las puede tan bien seguir por el ojo y oído como por el olfato, es menester que lo primero que haga el montero en saliendo al campo sea mirar el viento que corre y tomalle en la cara para illas buscando de querencia en querencia, y en llegando á la primer querencia, vaya por lo más alto de ella y podrá hacer allí parada metiendo el perro y haciéndosela cruzar cortando el viento; y su ordinario hablar para avisalle de lo que ha de hacer será: «Entra aquí, torna aquí, pasa aquí, entra abajo y entra arriba,» llamándole por su nombre; y en desospechando aquella querencia múdese á otra, siempre llevando el señorío de ella, porque verá mejor las perdices caer ó revolver el ala para ello; y cazar el perro silbándole siempre que anda entre la caza antes que hablalle por excusar el ruido, que las suele inquietar mucho; y en poniéndose en las perdices de pasto, que es antes de volallas, luego la primera vez que las halla y puesto el perro, aguije el cazador á dalle su rodeo para vellas, con la vuelta algo ancha á su principio y apresurada hasta haber tomado la vuelta ó punta al perro, que se entiende emparejando el cazador con la parte contraria de do está el perro puesto inclinada la cara, que es por donde la caza más ordinariamente suele salir; y con esta diligencia la sosegará para tiralle muchas veces, aunque le falte gana para ello; y en pasando de allí váyase acercando todavía con su vuelta redonda mirando con cuidado aquella parte do el perro tiene inclinado el rostro para tiralla, porque allí suele estar la caza; y siempre que en el rodeo de pasto se acercare más por la parte donde el perro está, tropezará menos con alguna de ellas que suele estar desbarrada de las otras, y volando aquélla suelen seguilla las demás; y no sospechando este inconveniente, le será necesario hallarse dentro de tiro de que empareja por la punta del perro, porque en pasando de allí suele volar la banda; y finalmente, procure que antes de ser cumplida toda la

vuelta les haga tiro, porque de pasto antes de volar suelen aguardar mal.

SOL. ¿En qué se conocerá, después de haber caído la perdiz, si es una sola?

MON. En que cuando el perro tiene el rostro refrenado y que lo inclina corto, tiene cerca la perdiz; y si tendido, al contrario; y siendo esta muestra de encuentro, que se entiende parándose repentinamente cuando va recio y descuidado cazando sin haber tenido sentimiento de la perdiz ni de su rastro, y descuidado como va le da el viento y quédase tieso, no debe el cazador inclinar la vista solamente aquella parte donde el perro señala con el rostro, sino también á sus al rededores si luego no la viere allí do primero señaló el perro; y la causa de señalar con poca certeza muchas veces es que se queda el perro á lo caliente de la perdiz, que se entiende al viento que le da de la parte donde estuvo la perdiz parada, y como ella se mudó, aunque sea cerca de allí, no señala donde al presente está, sino do primero estuvo, y así por esto no señala cierto y vela el cazador difícilmente; y advierta también que si el día es calmo y de sol, suele estar á la sombra de la mata, porque piensa que allí ha de ser menos vista; y si la tierra está mojada, especialmente si el día es pardo, suélese poner en las matas más claras medio en cuclillas, sin alebrarse ni estar del todo en pie por no resfriarse con la humedad de la tierra; y si lloviere, aunque sea poquito, ponerse há en tierra rasa aunque sea arrimada á alguna mata, y muchas veces aunque sea en pie, por lo cual suelen aguardar mucho más en tales días, aunque [no] son fáciles de ver.

SOL. Y después de voladas, ¿qué debe hacer el montero?

MON. Lo primero será contarlas con el pensamiento volando como van, pues pocas veces irán tan juntas y recias que dejen de dar lugar á ello; y de que vayan volando,

si la tierra no fuese llana para verlas caer, tenga ojo y buena cuenta por do trasponen, que luego las verá revolver el ala á un lado de aquella derecera do llevan su determinación de parar; y en esta seña, y en la distancia de tierra que hay desde donde volaron hasta la parte do revolvieron el ala, y en la disposición del monte, entenderá fácilmente en qué parte han caído, cincuenta pasos más ó menos, teniendo consideración á si son nuevas, cuando vuelan poco, ó si son viejas, cuando vuelan mucho. Y siempre que las entre buscando, meta el perro pico á viento haciéndole arar la parte do cayeron por el soviento; y si el viento acertare á correr de contraria parte de do las perdices llevaron su vuelo, arrodee por un lado de modo que cuando entren la caída sea pico á viento, y estése quedo en la parte de la caída do mejor pueda ver cazar hasta haberla desospechado bien y dado cuenta de todas ellas por el número que contó cuando volaron. Y si llevare compañero será cosa importante ponerlo en atalaya do vea volar y caer las perdices, porque después le sean á él más fáciles de hallar, y así matará mucha más caza; y siempre que el perro se le trasponga y no viniere tan presto al llamado, vaya el cazador por los pasos del perro porque no tropiece con las perdices y las levante, y nunca dé paso en la caída por do el perro no hubiere andado primero; y si la caza aguardare mal, será cosa acertada no hablar al perro sino solamente darle un silbo, con que luego volverá la cabeza á miralle á ver lo que quiere, y entonces le señale con la mano á la parte que quiere que entre, que siendo el que debe, con esto le obedecerá; mas después de puesto el perro en la muestra de la perdiz revolada, que son las que más aguardan aunque son más dificultosas de ver, será menester para vella más presto y para que mejor le espere, no esperar á dar la primera media vuelta ancha, como dijimos en el rodeo del pasto, sino acérquese luego en poniéndose el perro por aquella parte; pero ande

entendido que más breve se puede descubrir la perdiz conforme á la disposición de las matas do el perro está puesto; y porque suele estar en una mata tan espesa que no se puede ver sino por algún agujerillo, conviene que antes que empareje con él lleve el paso corto, porque no acontezca á verla á tiempo que ya vaya casi del todo pasado de aquella rencera no debe pararse para descubrilla y tiralla; y si alguna vez le aconteciere que no pueda remediar esto, no torne el paso atrás, porque con aquel desguince la echa para fuera, sino pase adelante y torne con brevedad dando su rodeo, y antes de emparejar con el agujerillo por do la descubrió vuelva emballestando y tírela, y en aquella sazón que haya de pararse para tiralla lleve el paso corto y sosegado, porque llevándolo recio, con el mucho movimiento que hace cuando se para para tiralle, suele volar la perdiz.

Sol. Y si la viere en mata clara y desasosegada, ganosa de volar, ¿qué hará el cazador para aseguralla?

Mon. Encubrille la cabeza con algún pedazo de la mata propia, cuanto no le vea emballestar ni pararse para tiralle, porque con esta diligencia podrá seguramente hacello y no volará, porque piensa que todavía pasa adelante con su rodeo y no trata de ofendella.

Sol. ¿Y si estuviese en parte tamarosa que no haya mata con que cubrilla la cabeza?

Mon. Desviarse con el rodeo bien por aquella parte por do la perdiz tiene inclinada la cabeza, y acercársele por la parte que tiene la cola lo necesario para hallarse á tiro, y con esto le aguardará.

Sil. [¿Qué] orden llevará el cazador para que así en tierra rasa como de monte la vea más fácilmente?

Mon. Advierta cuando vaya en rodeo mirando por ella [no] derramar la vista esparciéndola por todas las matas, sino echándola siempre recogida y junta á una parte, porque la vista lleva más fuerza; y desque aquélla tenga

desospechada, mude á otra y vaya con ella rodando, y de esta suerte verá la caza con más certeza y brevedad; porque si la echa derramada hay dos inconvenientes: el uno que muchas veces la verá y no la conocerá; el otro que se le hincharán los ojos de lágrimas con el viento y la codicia y el pesar de no vella tan presto.

Sol. Y si la muestra fuese en una ladera algo enhiesta, ¿qué se debe hacer para que mejor aguarde?

Mon. Desviarse bien de que empareje con el rodeo por la parte de arriba, porque acercándose será cosa cierta volar porque es muy enemiga de que nadie le tome el señorío de lo alto; mas por la parte de abajo podrá acercársele todo lo necesario hasta vella y tiralle.

Sol. Todo eso que habéis dicho parece que se entiende del perro de punta; pero si fuere la muestra de perro de muestra, digo, de vuelta, ¿qué orden tendremos de verla brevemente? porque se suelen ver con gran dificultad y querría saber la causa de ello.

Mon. La causa de esto es, porque como habéis entendido, el perro se pone más continuamente pico á viento, y como es de vuelta, en sintiéndola desasosegada como teme que se le ha de salir pico á viento por salir de él, deja la muestra y desvíase por un lado; y de que empareja por el viento tórnase á poner en ella para quitarle el atrevimiento que mostró tener de salírsele por allí; y como se queda cola á viento puesto en la perdiz, señálala muy dificultosa y inciertamente por faltarle el sentido del viento, que para señalar con certeza há menester. Y así para verla con brevedad no debe tener consideración á aquella parte donde primero señaló el perro, sino que cuando la va rodeando, de que empareje con el viento de la perdiz guiñalle con el ojo y pase adelante con el rodeo; y así debe el cazador mirar la parte á que el perro guiñó porque en aquélla estará sin duda; y si fuere tierra do las perdices están azoradas se le debe echar un sutil

cascabel que imite al de los azores, porque temiendo que lo es suelen aguardar mejor; y sino lo fuera y es tierra de ganados, es mejor una campanilla pequeña cuales ellos las suelen traer.

SOL. ¿Hay otras aves que estén sujetas á ese modo de caza? porque de las perdices en cuanto á esa forma no pienso que tendréis necesidad de cansaros más, porque como es negocio tan común, todos sabemos un poquillo, cuanto más que eso de la campanilla se parece á la industria del cencerrillo de que tratastes en la caza mayor.

MON. Sujétanse á esta suerte de caza otras muchas aves que parecen en el modo de vida á la perdiz, así como el Faisán y el Francolín, y no hay más diferencia que ser diferente el nombre y persona del ave que se caza; y suélelas parar también el perro, porque en las reglas y preceptos y astucias no ha de haber diferencia alguna: solamente suele haber diferencia en la muestra que este perro suele hacer en liebres y conejos y erizos y lagartos, á los cuales también suele parar; mas yo también os diré solamente la diversidad que hay de parar la liebre, que esotro es de poca importancia.

SOL. Eso escucharemos de muy buena voluntad.

MON. Hay mucha diversidad en el modo de parar estos perros las aves ó los animales, porque aunque los paran unos y otros, cuando paran las aves ponen la cabeza baja y el hocico tendido y los ojos retesos mirando en hito á do está la ave, y la cola alta, pero él muy sosegado en todo y quieto; mas cuando para algún animal como liebre ó conejo, se pone erizado y levantado todo el pelo del lomo como si quisiese reñir con otro, pero no se menea ni mueve, ni aparta los ojos, salvo cuando la muestra es merejo ó lagarto, que no es tan seguro como en esotros animales.

SOL. ¿Queda otra cosa que decir en ese modo de caza?

MON. No resta más sino que sepáis que si las perdices ó esotras cualquiera caza estuviere muy avisada, y el

día estuviere muy desabrido como corriendo Ábrego y lloviendo, no le debe echar al perro cascabel ni campanilla, ni debe hacer más que cazar con todo el silencio posible, silbando y señalando y pensando, si tiene mente, en todos los rodeos.

Sol. ¿Qué tiempo se requiere para cazar de ese modo perdices, y qué tiempo para cazar liebres?

Mon. La caza de perdices requiere tierra apacible de pocas quebradas y traspuestas, [y] monte claro porque mejor se puedan ver ellas y vuelen menos y el cazador y el perro no trabajen tanto, y la tierra no tan áspera que el perro se despee, ni tan rasa que dejen las perdices de hallar do cubrirse para mejor aguardar; y si saliere á caza en día que corra Cierzo ó Regañón, le aguardará mejor la caza que con otro ningún viento, y el perro hará más muestras porque es cada cual más fresco que agudo; y con Ábrego lloviendo ó con apariencias de ello suelen aguardar mal, y con Solano peor, y es el viento con que menos muestras hace el perro por la razón contraria; y si fuere día pardo y cayere una mollizna de agua, para el perro más liebres y conejos que en otro ningún tiempo. La razón es porque en semejantes días la liebre y el conejo están encogiéndose y hombreando, y así arrojan más noticia de sí en el viento que en otros días algunos; y cualquiera de estas cazas de pluma y pelo requiere aire constante y moderado, porque siendo muy recio desatina los perros.

Sil. Bien me parece esta suerte de caza, aunque estoy mejor con la del perro que llaman de encarbo, ó de encaramo, ó de enramo, que según diversas tierras suelen tener todos estos nombres.

Mon. Para esa forma de caza conviene entrar por el carrascal ó robledal do se entiende hallar las perdices por la parte del soviento, porque mejor noticia suele dar al perro, dejándole cazar y cruzar muy bien la tierra sin hablar ni hacer ruido ni mostrarse en los rastros, mas cu-

briéndose con los árboles, porque la perdiz que le viera se encaramará dificultosamente, y no viéndole se encaramará fácilmente porque piensa que el perro es raposa; y si viere que el perro va en el rastro de ellas y se hallare en parte rasa, asiéntese en el suelo ó arrímese á una mata porque mejor se encarbe, que el perro tendrá cuidado de buscallas por el rastro hasta dar en ellas, y arremetiendo con furia para ellas vuelan prestamente y se suben en los árboles que más cercanos hallan, y el perro desde abajo está latiendo de la misma suerte que el perro de las hardas; y para mejor matallas conviene ponerse una ramilla rodeada á la montera como guirnalda y entrarse quebrado y la cabeza baja, cubierto el rostro, y no pare hasta llegar al tronco del árbol donde el perro dice, porque le esperarán muy mejor que si desde afuera mirase por la caza; y si estando el perro absente fuere el cazador á dar en alguna perdiz de improviso, antes que le vea y conozca arremeta á ella latiendo como perro, que muchas veces se engarbará y podrá tiralle.

Sol. ¿Qué tiempo requiere esa forma, y qué disposición de tierra?

Mon. Tierra de carrascales y quejigales y marojales, que son árboles bajos y se pueden ballestear las perdices con certeza, y tiempo nublado. Y si hubiere nieve ó la tierra lo estuviere, se encarbarán las perdices muy mejor, y cuando nuevas más fácilmente.

Sil. Tratad ahora de la caza del perdigón, que debe de ser en orden la tercera después de estas dos que se hacen con el perro perdiguero.

Mon. Para en esa caza debe el cazador, para mejor cazalla en tiempo de bandas por cantar menos que en tiempo de pares, amanecer en el campo; porque á estas horas luego se revuelan de aquella parte do han tenido su dormida á do pretenden hallar el pasto de aquel día, por ser una propiedad de las muy comunes de la perdiz tener

el día en diferente parte de do tuvo la noche; y luego que caen, las oirá muchas veces cantar poniéndose en [el] altillo el cazador que más acomodado á la querencia le pareciere; y si cantar no quisieren, le será necesario reclamarles con el puño ó con cascabillo ó reclamo ó caracol, que no dejarán de responder aunque esté la banda junta, porque de cazar en tiempo de ellas es lo primero que habemos de tratar.

Sol. [¿Y] sino supiere reclamar?

Mon. El mejor remedio será descubrille la sayuela al perdigón y ponerlo sobre una mata, si fuere tan bravo que teniéndolo en la mano no quiera cantar, porque al primer reclamo que diere le responderán las bravas y sabrá dónde están, y entre luego entre ellas con el perro, que para esto le será necesario; y sino lo llevare, las vuele él propio; y si es posible también desbarrallas, que á cada cual envíe por su parte; y siendo así obligarales después á cantar más para haberse de tornar á juntar, lo que no terná yendo juntas; y si hubiere paranza acomodada en la parte do volaron, será acertado parar allí el perdigón, porque son amigas, dándoles lugar el cazador, de tornarse á juntar do se apartaron.

Sil. ¿Y si allí no hubiere tal paraje cómodo?

Mon. Parárseles há en lo más alto de aquella parte do fueron á caer, procurando hacer la paranza cerca porque más brevemente vengan, y donde haya monte bajo porque vendrán mejor, como quien trae menos temor de las aves de rapiña por el monte, que trajeran por el raso; y vendrán mejor hacia arriba sin comparación que hacia bajo ni por llano, porque es su costumbre subir á lo alto; y esta paranza hará con todo el secreto posible yendo quebrado de modo que las perdices no le vean parar, porque dejarán de venir al perdigón; y así podrá hacer la paranza más cerca y ellas vendrán mejor, porque les cuesta menos trabajo que si lejos estuviese.

Sol. ¿Y de qué manera ha de hacer esta paranza?

Mon. Si fuere en tierra llana se hará de cuatro alares en cruz, teniendo en medio de ellos la mata do el perdigón ha de estar puesto, y en cada alar paradas ocho perchas por lo menos; y si llevare cantidad de ellas, podrá parar todas las que quisiere y será muy acertado, porque cuantas más parare será mejor aunque tarde más en hacer la paranza, especialmente que en tiempos de bandas, aunque el cazador pueda hacer tres y cuatro paranzas al día, las más importantes son dos, una por la mañana y otra á la tarde, porque á estas horas las perdices vienen mejor y tienen más voluntad de cantar porque en este tiempo tienen muy poco amor y gana de venir al manso; mas estas perchas que digo, debe parar en los callejones más acomodados que en la paranza se hallaren; y si en la paranza, como suele, no los hay por ser la tierra muy cerrada de monte bajo ó muy rasa, conviene que el cazador les haga abriendo el monte y poniendo en las orillas de cada callejón una bardilla ó rama, y el tronco de ella cortado á la parte contraria del callejón.

Sol. Y si la paranza fuere en tierra de ladera ó cuesta, ¿qué orden ha de haber?

Mon. Ahí no se debe hacer más que sólo un alarde de todo el número de perchas que el cazador llevare, y éste hará por la parte de abajo del perdigón echando tantas perchas á un lado como á otro; y éste abrace la ladera de largo á largo, porque habiendo de subir las perdices al llamado del perdigón, necesariamente han de caer en el alar primero que lleguen; y por si acaso entrase alguna por los lados, será cosa acertada paralle cuatro perchas en cruz, las cuales deben de quedar paradas en los callejones dichos, asiendo los ramalejos de ellas con las bardillas que habemos dicho que han de estar puestas á las orillas del callejón, de modo que la percha quede en medio y que lleguen los cabos de las hojuelas á las bardillas porque la

perdiz no tenga lugar de meter la cabeza por entre la bardilla y la percha; y éstas queden bien tirantes porque con más facilidad corran cuando la perdiz vaya á pasar y se eche el ojuelo al cuello, y no quede más que una mano alto del suelo, porque aunque es opinión de cazadores que ha de ser dos dedos más de una mano, es muy gran yerro porque se suelen pasar por bajo, especialmente las hembras, y más las desmaridadas.

SOL. Y si estuviesen tan bajas como decís las perchas ¿no podría saltar por encima?

MON. No, porque la perdiz no es amiga de saltar como la picaza; y así, aunque llegase al suelo, no saltaría por cima.

SOL. ¿Y qué tal debe de ser la mata do se ha de poner el perdigón?

MON. En la más alta y señora, por dos razones: porque les convida más á cantar por descubrir el monte mejor que en la mata baja, y por tener poco amor en este tiempo y cantar menos naturalmente que en tiempo de pares; y lo segundo, porque si el cazador se descuidare no la mate la raposa, que á vuelta de cabeza les suele hacer malos tiros, y porque mejor oiga á las perdices y ellas á él; mas debe estar cubierto en la mata solamente hasta el arquillo de en medio de la jaula, ora sea muy cantador ó falto de ello, especialmente cuando los perdigones son novezuelos, que con el temor que con su canto les manifiesta les pone más duda de llegar entendiendo ser picados de él; mas después de parado se desvíe de la paranza solamente aquello que entendiere que basta para no ser visto de las perdices, y esto será conforme á la espesura del monte, detrás de una mata, escuchando el canto del perdigón manso y de las bravas, pero muy quedo; porque así como naturaleza le dejó de dar el viento que á todas las aves, fuera del alcaraván, le dió en recompensa de esto larguísima vista y maravilloso conocimiento; y aunque

vea caer dos ni tres, sintiendo que hay más caza alrededor, no las vaya á quitar de los lazos porque no las espante, salvo si tuviere parados pocos; y si estando en esta parada sintiere que se le han salido sin hacer efecto por un lado, las desbarre y torne á hacer su paranza de nuevo.

SIL. ¿Qué orden habrá de cazar en tiempo de pares, pues ya se ha tratado lo que se debe hacer en tiempo de bandas?

MON. Es tanto el celo que en este tiempo tienen y regocijo, que desde el principio de la caza hasta el fin de ella cantan mucho voluntariamente, por lo cual debe desde su principio parar de pasto sin tener necesidad de desbarrallas, guardando en el parar el orden que habemos dicho, pues ellas propias dan noticia al cazador descubriéndose con su canto, especialmente por la mañana y tarde; y si al medio día cesaren de cantar, podrá el cazador hacer su paranza en cualquier querencia que entendiere ser natural, porque sin desbarrallas vendrán al manso, el macho por picarse con él y la hembra por seguille, entendiendo que se le quiere quitar, lo cual se manifiesta en que muchas veces suelen subir á la jaula á picar al manso, y la hembra siguiéndole por no dejalle, suelen caer ambos juntos.

SIL. ¿Y si ya fuese de media caza adelante cuando ellas no tienen tanto amor?

MON. Entonces se deben desbarrar la una de la otra, porque como se les ha pasado la furia del celo que para venir estando juntas es necesario, es menester apartallas para que la necesidad de haberse de juntar las obligue á cantar y responder al manso, mediante lo cual han de caer en los lazos.

SOL. Cosa terrible es el incendio que estas aves tienen en este tiempo de pares, pues se averigua por algún autor, que estando una perdiz en frente de un perdigón y viniendo el viento de donde él está, concebir huevos con aquel ardor excesivo.

MON. Pues más os quiero decir del distinto de estas aves: si ve al cazador ir hacia su nido se finge muy pesada como deslomada, y con una pequeña corrida da un pequeño vuelo y se deja caer luego para que con esto deje el cazador su nido y vaya á seguilla dejando los huevos; y aunque los hijuelos sean pequeños hace lo propio; y si con cualquiera de estas cosas no puede apartarlos, se le llega casi junto á él para que entendiendo con ella pierda el tino de su nido. Pero ¿qué diréis del distinto de los hijuelos, que como las que los han concebido están flacas, las que quedaron sin poner van á buscar las otras que están sobre los huevos, y como más feroces y gordas échanlas á picadas del nido, y después los hijuelos que salen de aquellos huevos oyendo cantar las unas y las otras, no responden á las que los empollaron y sacaron, sino á las que los engendraron y pusieron?

SIL. No es menor que esa lo que pasa con el perdigón manso, que llevándolo en su jaula cubierto con su sayuela y debajo de la capa, si un águila empareja con él, aunque vaya por las nubes, tiene sentimiento y recelo de ella de tal suerte, que luego se comienza á amilanar y á resilbar con el temor que recibe. Mas decid, señor, cómo se han de parar las perchas, que no es cosa menos rigurosa.

MON. En este tiempo bastará parar ocho perchas en cruz, dos en cada alar, porque como tiene tanto amor llégase la caza más cerca que en otro tiempo de bandas, y también por no ser las que vienen más de dos.

SOL. ¿Y qué orden habrá de poner el perdigón?

MON. Si fuere muy cantador excesivamente, de modo que sea soberbio, no lo pongan muy alto en la mata, porque aunque el macho le llegue como más celoso, la hembra por no sello tanto no llegará tan fácilmente, y así cantará menos por tener menos señorío en la mata, y por esta razón el que poco cantare se debe poner alto porque cante lo

necesario; y si fuere verguacedor (1) debe quedar cubierto, que la caza no le vea, con alguna mata ó bardilla pequeña, porque dejando de hacer esto las esturrea (2) mucho; y si el macho cayere primero, espere que caiga la hembra un cuarto de hora; y si en este tiempo no cayere, podrá mudar la paranza á otra parte porque no caerá pasado de este término. Mas si la hembra cayere primero se debe detener algo más, porque aunque se tarde, no dejará de caer el macho porque hace cuenta que el manso se la tiene enpoderada.

SIL. De la picadilla querría que tratásedes algunos puntos porque es cosa muy curiosa, y nos dijésedes en qué tiempo cae, porque el tiempo de los pares ya sabemos que en unas partes destos reinos cae en el mes de Marzo, y en otras se anticipa y en otras se pospone conforme á la calidad de la tierra.

MON. En la picadilla entretanto que las perdices están en huevo los machos andan ausentes de ellas, y asimismo todas aquéllas que no se han enllocado hasta que ya las lluecas han sacado los hijuelos y entonces se tornan á juntar las que crían y no crían y los machos todos con ellas; y como la ausencia y soledad aun en las aves y animales se siente tanto como una cosa tan grave, y la compañía sea tan dulce, es tanto el contento y regocijo que entre ellas tienen de verse juntas, que por un mes ó poco menos tienen tanto celo como en tiempo de pares y caen muy bien, por lo cual le llaman la picadilla, y así

(1) Verguero llama en el libro siguiente al perdigón que tiene el vicio de *verguear*, que consiste, en mi sentir, en encaramarse el macho á las varas ó palos de la jaula, por cuya razón aconseja aquí cubrírsela con ramaje, y en el citado libro dice que las jaulas sean de alambre y no de palos, porque «no sueñe verguear.»

(2) Desconozco el valor de esta palabra, que no encuentro en parte alguna, y que el concepto de la frase denota significar bien *asustar* la caza, ya *desparramarla* ó *esparcirla*.

se debe cazar como el tiempo de pares sin diferir en nada; y en tiempo que están apartados los machos de las hembras por estar ellas en huevos sienten tanto la absencia de ellas, que en todo el día no cesan el cantar, por lo cual debe el cazador amanecer en el campo y podrá aprovecharse de la caza con el reclamo á falta de perdiz, siendo tal que imite la hembra de quien el macho está apartado en este tiempo, y es una forma de caza de gran recreación; y entendido donde suena el perdigón, acérquese todo lo que sin ser visto de él pudiere, y haga una cabañuela tan cubierta que no se pueda ver, sino hallare mata tan espesa que le pueda excusar de ese trabajo, y parándole seis ú ocho perchas por el orden dicho se meta dentro de la cabaña y dé un reclamo; y si todavía el perdigón está cantando, délo bajo, porque si de sazón está, á un reclamo ó dos será en el cazador, y será posible venir callando, por lo cual conviene tener gran silencio, porque viniendo así no sentirá nada hasta que revuele en la percha; mas si viniere cantando conviene respondelle hasta que se acerque doce ó catorce pasos, y de que ya venga tan cerca, sino quisiere llegarse, uteele y con la mano haga un poquito de ruido en el suelo y con la uña de la otra rasque en la suela del zapato, y con esto lo enlazará; y si fuese un perdigón cascarrón y escarmentado de otros cazadores que se tiene afuera y no quiere llegar, á este tal conviene al cazador callarle dejándole desfogar sin respondelle; y si después de habello callado un rato no quiere llegar, tórnele á ultear (1) y con esto lo engañará; y si aun con esto no quisiere llegar déjelo otro poco, y des-

(1) Tanto este *ultear* como el anterior *uteele* son, al parecer, tiempos diversos de un mismo verbo que me es perfectamente desconocido; pero por el sentido del período, y toda vez que manos y pies los tiene el cazador ocupados en las operaciones que recomienda, y en vista de las alternativas de canto y silencio que aconseja, deduzco que se refiere á alguna señal ó reclamo que el cazador ha de hacer con la boca precisamente.

pués apunte con el reclamo y no salga adelante con el canto, que no dejará de llegar; y si aún porfiare á retirarse afuera cuchucheele como perdigón, que con esto lo enlazará porque hace cuenta que es el otro perdigón que está con la hembra, y entonces arremete á quitársela y cae.

Sol. ¿No nos decís la forma de cazar con perdiz?

Mon. Ya la hubiera dicho si hallara diferencia de ella al cazar con perdigón; mas porque no la hay, la dejo; y si por enfadaros no fuera, en lugar de esto os dijera cómo se matará con arcabuz, digo, con buey, y con calderuela y alzapiés, que son dos formas galanas, y después en enredijos, orzuelos, losillas, y á la caída con nieve, y [en] alares, y cebaderos, y otras formas diversas.

Sol. Tampoco será razón que por procurar brevedad dejéis de enseñarnos esas formas de cazar que habéis nombrado, principalmente la del buey y la calderuela que son tales, que se pueden referir á su artificio otras aves sin las perdices.

Mon. Sea muy en buen hora; si gustáis de oíllas, no quedará por mí. Trataré primero de la forma del buey porque me parece mejor, y así quiero que sepáis que para esta forma requiere ante todas cosas, luego en entrando en el monte, vestirse el cazador el buey artificial cuya traza diremos en su lugar, llevando su cencerrillo puesto, y así entrar buscando las perdices por el monte de una querencia en otra mirando por ellas con cuidado, atravesándolas bien de suerte que no se las deje, y si supiere cantar con algún instrumento de reclamo artificial, caracol ó cascabillo de bellota, no le será dañoso, porque muchas veces las descubrirá; mas luego que las vea aunque no sea sino una sola, debe parar al punto meneando el cuerno y bajando á un tiempo la cabeza y sonando el cencerrillo como lo suele hacer el buey cuando está paciendo, y estarse quedo por un poco hasta que aquella perdiz baje el pico á pascer y sea seguro, porque escandalizándose

aquélla lo estarán todas, y viendo que aquélla se asegura lo estarán las demás; si con todo esto no quisieren, téngase un poco afuera como que se desvía de ellas haciendo muestra de salirse por un lado, que no dejarán de asegurarse; y viéndolas quietas, si fueren dos compañeros, quédese el uno con ellas guardándolas bien de ojo de modo que no las deje trasponer, y si quisieren trasponerse vayan poco á poco en su seguimiento tocando el cencerrillo, y el otro compañero mire la parte más alta y cercana que haya cerca de las perdices, y desvíese traspuesto de él tocando también su cencerrillo, y pare sus alares y buitrón de esta forma: los alares serán dos cuerdas tan largas que tomen cincuenta pasos en largo, y á trechos cortos puestas unas retejas de paño colorado, tres ó cuatro palmos una de otra.

SIL. ¿Qué tanto ha de estar el un alar del otro?

MON. Más de cien pasos por la boca, los cuales se irán estrechando de modo que en el fin, que es donde se vienen á juntar, no esté el uno del otro más que cuatro brazos en largo, y allí estará armado el buitrino por do las perdices han de entrar.

SOL. ¿Y de qué manera será ese buitrino?

MON. Ese se entiende que ha de ser una red de siete brazos de largo y hasta cuatro de ancho, y ésta ha de ser tendida por cima de las ramas del monte, el cual se debe procurar para esta paranza muy bajo aunque la tierra sea espesa por donde ellas vinieren, porque no quede demasiado en hueco la red, en la cual se deben poner unos cantos por las orillas cerca unos de otros porque mejor la cierren y no se puedan salir las perdices, y el cabo de esta red quede muy cogido, casi como la boca de una manga de pescar, y no más alta del suelo que hasta la rodilla, dando el monte lugar á ello.

SIL. Y después de hecha la paranza, ¿qué otra diligencia se ha de hacer?

Mon. Volver luego al compañero, ó tocando su cencerrillo [¿ir?] desviándose de ellas; y váyanlas los dos guiando á la par el uno del otro, la distancia que buenamente les pareciere, requedándolas cada cual por su parte yéndolas guiando por entre los alares al buitrino, que luego comenzarán á guiar.

Sil. ¿Y si alguna vez se escandalizaren?

Mon. Estarse quedos un breve espacio desviándose por aquel lado que las perdices hicieren muestra de salirse, y luego amenácelas con el cuerno como que requedándolas, y tornarlas luego á encaminar para el buitrino que no dejarán de ir á él, porque aunque se desvíen alguna vez queriéndose salir por un lado, en viendo las retejas coloradas se recatan y tornan á guiar derechas huyendo de ellas, y así las vayan guiando poco á poco sin apretarlas demasiado porque menos se recaten; y en viendo que van cerca del buitrino alarguen más el paso hasta que se emboquen por él, como lo harán todas entrando la primera; y en embocando la postrera, aguije con brevedad á la boca del buitrino y tómeles la puerta y cogerá toda la banda dentro, que pocas veces se le irá ninguna.

Sol. ¿Y sino fuese más que un compañero solo?

Mon. Haga la diligencia que al principio dije para asegurarlas, y luego que lo estén desvíese por un lado, y tocando su cencerrillo se trasponga de ellas y haga su paranza, y torne á ellas con la diligencia posible, que aunque en aquel ínterin que hizo ausencia de ellas para hacer la paranza se le hayan desviado, no dejará de tornarlas á meter entre los alares guardando el orden dicho en llevarlas.

Sol. ¿Y qué tiempo requiere para que mejor se dé esta caza, que me parece algo dificultosa?

Mon. Tiempo llovioso ó por lo menos nublado; y si hubiere dos dedos de nieve se darán escogidamente, y no más porque se hunden mucho y andan poco por tierra

apacible, digo de monte bajo; y si hay ganado vacuno por allí aguardarán mejor, porque el buey artificial que lleva el cazador vestido imita aquella suerte de animales, y están las perdices más acostumbradas á vellos y asillos, y temen menos, y se recelan menos de ellos.

Sil. Tras de eso se seguirá bien la caza de la calderuela por hacerse de noche y haberle precedido esotra, que siempre se hace de día.

Mon. Para esa forma de cazar lo primero que debe hacer el cazador será amesnar las perdices sobre tarde y cuando ya ellas se recogen á la dormida, para saber la parte donde quedan, que entre cazadores llamamos la yacija; y así conviene hallarse el cazador en la querencia do conforme al tiempo conociere que pueden estar, atalayándolas y mirando por ellas, y no viéndolas tan presto, reclamarles con el puño ó con otro instrumento si lo llevare, ó con lo que mejor se apañare, para que respondiendo allá, se pueda entender dónde están; y esto hará desde encima de alguna peña, arbolillo ó cerrillo do mejor pueda ser oído y pueda vellas, procurando estar algo encubierto porque viéndole no se recaten de él; y por ser ave de tan larga vista y conocimiento como habemos dicho, sería acertada cosa vestirse el buey que en la forma pasada dijimos, y terná mucha ventaja, [que] siendo la tierra llana y rasa do forzosamente ha de ser visto de ellas, no se recatarán y podrá amesnallas como quisiere, que algunas veces no se excusa buscallas á tiento por habellas amesnado mal, como suele muchas veces sin buey; pero debe advertir el cazador que las buscare á tiento sin habellas bien amesnado, que suelen tener la yacija en lo raso, fuera del monte, y por la mayor parte en las quebradas y pedrizas; y si es tierra de laderas suelen dormir de ladera de media cuesta arriba, porque como atrás dijimos, siempre es amiga de salir á lo alto, y más sobre tarde que á ninguna otra hora del día; y si al anochecer llo-

viere ó hiciere aire furioso, especialmente siendo el tiempo frío, guardarán las quebradas más abrigadas de él, y por dos razones estarán más en lo raso que en el monte: por no mojarse con el agua que de las matas cae, y porque la raposa y el gato montés y todos los demás animalejos semejantes las persiguen y matan de noche, y puédense mejor guardar en lo raso porque los ven venir más descubiertos que en el monte.

SIL. ¿Y si por la dificultad del monte no las pudiere amesnar de ojo?

MON. Podrá amesnallas de oído teniendo cuenta con la parte do las oyere cantar al punto que anochece, porque á esta hora, ó se quedarán durmiendo en la parte donde cantan, ó poca distancia de allí.

SOL. ¿Y después de amesnadas qué se ha de hacer?

MON. Volver luego á ellas después de anochecido sin aguardar más al peso de la noche, por dos causas: la una porque la perdiz está harta y tiene deseo de dormir y gana de esperar; la otra porque pasando de esta hora la suelen levantar los animalejos que habemos dicho; pero debe dejar una seña de árbol ó mata ó cosa distinta de aquella parte do las perdices quedan, porque no pierda el tino á la vuelta, y luego vuelva con la calderuela encendida tentando y buscándolas con gran secreto de pies, pues no tiene para qué guardalles el viento por carecer como dijimos de él, y podrán entralles por donde quisiere; y si la tierra estuviere áspera, para llegar más secreto será acertado descalzarse los zapatos, y en viéndolas pararse un punto para que mejor se encandilen, como lo harán luego que vean la lumbre; y llegue luego sutilmente con la calderuela en la mano izquierda y con la red armada y tendida en la derecha, y échela encima, y suelte la calderuela y allegue á la red y mate las perdices.

SIL. ¿Y sino las hubiere visto ni llevare armada la red?

Mon. Debe tornarse á salir, dejando una varilla blanca por señal hincada, con pasos dados hacia atrás como los había dado primero hacia adelante; y á cincuenta ó cuarenta pasos de las perdices arme la red y torne por el orden dicho y écheles la red encima, procurando, si están cerca de alguna mata, no llegue con la red á ella porque no haga hueco por do se puedan salir.

Sol. ¿Y qué será la causa de estar tan encandiladas?

Mon. Porque según opinión de cazadores piensan que es la claridad de la luna, y están en esto tan confiadas que aunque llegue el cazador á tres pasos de ellas le aguardarán tanto, que les pueda dar con una pequeña vara, y extendiendo la pierna y ala y desperezándose, se estarán muy seguras.

Sol. ¿Y si algunas volaren, tendrá orden para matallas?

Mon. Podrálas tornar á buscar á tiento advirtiendo á la derecera que llevaron con su vuelo, porque á esta hora suelen caer derechas como van, sin revolverse á ninguna parte el ala como de día.

Sil. Paréceme que habéis declarado bien este punto, que no hay que preguntaros más sobre él. Una cosa holgaría de saber, y es si hay otras aves que se cacen por esa misma forma que llamáis de la calderuela, porque me parece tan tendida y ampla, que puede abrazar más que perdices (1).

(1) El copista que hubo de escribir este XIII libro y el pasado (de mano á todas luces distinta que el resto del códice) debió de ser tan lego en la materia y tan premioso en concluir su cometido, que suprimió letras, sílabas, palabras y aun frases enteras; pero al llegar al punto que comienza á tratar, estampó notorios desatinos difíciles de subsanar por referirse á una nomenclatura de aves escrita por un montero del siglo XVI y en términos por ende familiares y locales. Tanto por esta razón, cuanto por respetar escrupulosamente el original, dejo á cada pájaro el nombre que en el manuscrito tiene, limitándome á indicar entre corchetes el que se me figura que ha podido quizás querer decir el infiel amanuense.

Mon. Comprende debajo de sí todas las aves que duermen en la tierra y muchas de las que duermen en los árboles, entre las cuales es una la Grulla, á la cual no le bastará defenderla la vigilancia con que siempre suele dormir teniendo una piedra, como dicen, en la una mano alzada, y durmiendo cerca de los ríos para que en ocupándola el sueño se le caiga y oiga el golpe en el agua, y avise á ellas y á las demás; pero como digo, esto no la defiende de nuestra forma de caza, y podríamos decir de ella y de las demás con Garcilaso:

«¿Qué me dirás, si con su mano alzada
Haciendo la noturna centinela,
La grulla de nosotros fué engañada?
No le aprovecha usar de la cautela,
Ni ser siempre sagaz descubridora
De noturnos engaños con su vela.
Ni al blanco cisne que en las aguas mora
Por no morir como Faetón en fuego,
Del cual el triste caso canta y llora.
¿Y tú perdiz cuitada, piensas luego
Que en huyendo del techo estás segura?
En el campo turbamos tu sosiego.
Á ningún ave ni animal natura
Dotó de tanta astucia, que no fuese
Vencido al fin de nuestra astucia pura.»

La cual, demás de este cuidado que digo, tiene el más delicado viento que pudiera desear y el mejor ojo y más cierto que otro animal de su traza, y aun ánimo mayor que el que se les suele conceder á las temerosas aves, pues si la hieren acaso y se le quieren llegar, se defiende con el pico tanto, que se pudo sospechar de ella lo que vulgarmente afirman, que osan tener guerra con los pigmeos y suelen vencellos en grandes ejércitos. Es muy larga de zancas y de cuello y pico, y valiente de cuerpo; tiene color cenizoso, y suelen aprovechar las plumas que tienen debajo de la cola para las gorras de los galanes; múdase á

los extremos calientes en tiempo de ivierno, y en verano se viene á las tierras frías, llevando siempre su guía delante.

SIL. La mayor Grulla debe de tener hasta quince ó veinte libras de carne, y así pienso que le vence en el cuerpo la Avutarda, que suele tener veinte y seis y veinte y siete; y tiene las más hermosas plumas que tiene otra cualquier ave, porque es cañamonada, aunque no tan larga de zancas y cuello como la Grulla, y aunque es más descuidada y [se] recata menos que ella, tiene tanto sentido del viento como ella.

MON. También está sujeta á esta forma de caza, aunque particularmente estos dos géneros de aves se suelen cazar también con chirrión ó carro, á imitación del caballo de cabestrillo, y aguardan más de esta manera: que el que va guiando el carro ha de saber dar su rodeo, porque en viéndolas se ha de tener luego afuera y dalles su rodeo redondo de la manera que dijimos en la caza del perro de muestra; ha de llevarse el carro esterado, con que se cubra el que va dentro guiando las mulas porque no le vean; y si viere que se asperean mucho, tire de la mula contraria hacia ellas, y en tornándose [á] asegurar, tire de la que está hacia la caza acercándosele, teniendo cuenta de mirar lo que la caza hace por un agujero que llevará la estera; y el que hubiere de tiralles ha de ir cubriéndose con todo el carro en par de la rueda contraria de la caza, y de que empareje por bajo del viento ó á la mitad de él procure hallarse á tiro, y pase delante el del carro y quédese el cazador sentado y emballestando el codo sobre la rodilla para podelle tirar.

SOL. Galano modo es ese de matar esas aves, y según eso parece que también se podrían matar con el caballo de cabestrillo y con el rodeo visto que dijistes en la caza mayor.

MON. Verdad es, porque no sólo estas aves, pero otras

muchas, se matan con el caballo de cabestrillo sin diferencia alguna. También ésta y otras muchas con el rodeo visto, aunque es menester advertir que este rodeo [no es el] que dijimos en los venados, porque ha de ir uno sobre el caballo y éste no ha de tirar, sino otro que ha de tirar que va cubierto con él, el cual ha de seguir el orden que dimos en el rodeo del carro, y se ha de quedar desde do pueda tirar también sentado, como tengo dicho; pero quiéroos decir otra suerte que hay de matar grullas con rodeo á la dormida, porque no quede que decir en este género, porque como tiene su dormida en las orillas de los ríos, como tengo dicho, y lagunas y en los cascajares de ellas, unas veces dentro del agua que solamente les cubre los pies, y otras fuera de ellas, en las cuales partes hallará el cazador el estiércol colorado que le dará señas de ser allí el lugar do duermen para matallas, solemos hincar en el suelo dos varejones tan gruesos como cañas de hasta seis estados cada uno, [lejos] el uno del otro conforme á lo ancho del orilla del cascajar; y del [un] varejón al otro una tela de red muy delgada como para palomas, la malla de la cual será muy ancha, cuanto basta para detenellas sin que se les salgan, que cuanto más ancha la malla menos se parecerá; y estos varejones con su red paramos en el cascajar más cercano de aquella parte do las hubiere visto dormir, y luego solemos poner de dos hombres, el uno junto á los varejones para que en cayendo las coja, y el otro que las vaya á ojear, procurando siempre echallas pico á viento, teniéndoles para aquella parte armado porque irán de mejor voluntad cuándo vuelan á estas horas muy bajas, por do no dejan de dar en la red.

Sil. Y si sucediese que hubiese mejor cascajar para hacer su yacija á la parte del río ó del lapachar ó laguna, ¿sería bien armarles á la dicha parte, ó todavía á estotra por la ribera de esotra parte?

Mon. Paréceme que lo más acertado será armar la

red en la parte que más acomodada parece para hacer su yacija, porque allí es cierto que se irán á hacer dormida en volando las [que levantare] el que las viene ojeando; mas aunque es buena esta orden, ninguna hay, volviendo á nuestro propósito, que tan copiosa sea como la de la calderuela, porque demás de otras aves que os contaré, se cazan con ella los Buitres blancos y prietos, que no son menores de cuerpo que las Avutardas pues casi suelen pesar veinte y ocho ó veinte y siete libras de las comunes de diez y seis onzas, y en el sentido del olfato vence á todos los pájaros y animales de que yo tengo noticia, pues casi suele alcanzar el olor de la carne muerta setenta y ochenta leguas, de donde algunos dijeron que adivinaban las guerras antes que sucediesen, pues tan á punto venían á hallarse presente á ellas; de donde dijo el otro autor, contando las señales que precedieron á las guerras de Granada:

«Los buitres, de la carne humana amigos,
Vienen á ser de tanto mal testigos.»

Porque también se dice que aman y apetecen más esta carne que otra.

Sol. Y aun suele ser de mucho provecho ese pájaro para muchas cosas que se saben y traen entre manos.

Mon. De la piel del buitre blanco sé yo decir que huele bien excesivamente, tanto que dudo haber algalia y almizque que le venza; pero dejadas sus propiedades aparte, suélese cazar con la calderuela con tal astucia, que muchas veces duermen cuatro ó seis y más juntos ó cerca unos de otros, do los hay, encima de árboles bajos ó altos como les vienen á mano ó sobre riscos de peñas, y siempre do quiera que estén tienen metida la cabeza debajo de una ala; pues como el cazador los vea, con la calderuela ó su lumbre han de llevar una caña larga ó vara, y en el cabo asido un lazo, y llegando al buitre dalle quedo en la cabeza

ó en el ala con el encuentro de la caña do lleva el lazo, y como luego saca el buitre la cabeza soñoliento, echalle el lazo al cuello sutilmente y no tirar de él ni escurrillo porque no recuerde y revolando despierte los demás, sino atallo á un árbol ó mata cercana, y enlazar otro y otro por el mismo orden hasta prender todos los que le fueren posibles; y después por la mañana, cuando ellos quieren ir á buscar de comer, tiran de los lazos y quédanse colgados. No solamente el buitre con su grande viento se sujeta á esta forma de cazar, sino también el águila con su delgada vista con que vence á todos los animales, pues volando por las nubes comprende por lo espeso del monte las liebres y conejos, y osa mirar el sol en hito sin que le dé pesadumbre, de donde dijo aquel mismo autor hablando con un su amigo:

«Si vos, que águila sois en verso y prosa,
Miráradeis mi sol con vista firme.»

SIL. Aún dicen que tienen eso por prueba de sus hijos, que para satisfacerse si son suyos ó si otros animales les pusieron huevos adulterinos en sus nidos, los hacen mirar al sol con vista firme, como dicen los versos, y si pueden resistir á su fuerza los crían, y sino los expelen del nido á picadas.

MON. En bien tienen los que hallan el nido de este pájaro, que tienen caza más que la mayor parte del año atándoles los hijuelos de los pies á alguna parte porque no se vayan cuando grandes, que todo el tiempo que ellos estuvieren allí les hallará liebres y conejos y aun cabritos y gallinas que les suele traer el águila cada día, y se los puede quitar dejándoles algo de que se sustenten.

SOL. ¿Y si ellos fuesen tan buenos comedores que cuando él viniese le tuviesen despachado lo que la madre les trajo?

MON. Echalles un presillo á la boca porque no coman

sin su licencia; pero será menester que lleve el cazador, cuando á esto vaya, bien guardada la cabeza con un buen casco ó un caldero de pastores, porque suele muchas veces bajar con furia, y con aquella uña con que acostumbra á herir, rompelle la cabeza.

Sol. ¿Tanta furia ha de tener que le rompa la cabeza?

Mon. Yo os diré la fuerza que tiene, que suele de una uñarada abrir un corzo por el lomo; y sucedió una vez yendo volando alta, que viendo en el suelo un tocón de árbol, pensando que fuese alguna res bajó con fuerza y hincó las uñas con tanta fuerza en él, que se quedó allí sin poderse desasir, y la hallaron seca como á Milón en el árbol do se cogió las manos. También debe de ser cierto lo que dicen de la piedra que hallan en su nido que está de dentro preñada y vale para las enfermedades de madre, la cual debe de ser necesaria para que ella pueda poner sus huevos, y así la trae al nido luego que lo acaba de hacer como dijo Juan de Mena:

«Con aquella piedra que suele adquirir
El águila cuando su nido fenece.»

Sil. Aunque ahí parece que siente ese autor que es buena esa piedra para hechizos.

Mon. Dejemos eso, y volviendo al águila sabed que suele pagarse del agravio que los cazadores le hacen, pues suele andarse á su ojo cuando cazan perdices y liebres; y no han levantado la perdiz los perros, ni echado la liebre, cuando se la quita delante.

Sol. Gran cosa sería si se pudiesen criar mansas esas águilas ya maestras.

Mon. Muchas veces se han hecho y es público que en un pueblo que se llama Mariana, en tierra de Cuenca, tuvo un ganadero llamado Joan Caja una águila que había criado desde chiquita enseñada á cazar y venir á la mano, y solía ir desde su tierra al valle de Alcudia do te-

nía sus ganados, y en todo el camino la llevaba suelta volando y los perros levantando caza, y cuanta ellos levantaban mataba ella, y después cuando llegaba al mesón bajaba del aire y se sentaba sobre el arzón delantero para gozar de la presa que en el día había hecho por la mano de su amo aquella noche.

SOL. ¿Y suelen ser todas de esas propiedades y condiciones? pórque me dicen que hay muchas especies de ellas.

MON. Tres especiės hay de ellas, de las cuales la que llaman caudal, que es la mejor, que por otro nombre llaman Real, es toda negra y tan grande como digo; de las otras dos especies, de la que llaman aguililla ratera le parece en el color y es menor mucho de cuerpo, y la otra que llaman blanca es tamaña como la Real, pero difiere en el color que es blanca y negra en partes diversas.

SOL. ¿Por qué, si os parece, le llamaron caudal al águila real?

SIL. Eso es claro y dícelo el nombre: porque tiene mayor cola que esotras y suele subir sobre ella derecha hacia arriba abriéndola como ala, y ya sabéis que *cauda* en latín es lo mismo que cola, y de aquí llamaron caudales á los ríos grandes, como si dijesen que llevaban la cola poblada tras sí, y á las estrellas llaman caudales ó caudatas cuando llevan al correr la cola; y aun [se dice] hombre que tiene mucho caudal porque lo menea tras sí como los animales la cola, con pompa y aparato; pero todo esto me parece que le importa poco al águila para defenderse de vuestra calderuela, pues todo su caudal no le defiende.

SOL. De lo que yo quedo deseoso es de saber ó tener un nido de águila para gozar de sus despojos.

MON. Lo mismo sería si le hallásedes de Buho, porque aunque no es tan fuerte caza, con tanto aventaja en que le iguala en la presa, porque el águila caza de día cuando los animales se esconden más y miran por sí, y

así halla menos; mas el buho caza de noche cuando todos pacen descuidados, y cógelos desapercibidos y así matan más caza; y entiendo que os será de más provecho si tuviésedes un nido de buho á quien acudiésedes cada día que otro de águila, y más que tendríades esta ventaja, que sin peligro le podréis ir á despojar el nido de día sin tener necesidad de armaros la cabeza.

SOL. Dícese que los buhos también suelen venir hasta los pueblos de noche á matar gatos hasta no dejar gato en todo el pueblo, y por aquí se puede entender que tiene fortísima presa aunque parece tan cobarde de día que nunca osa parecer sino metido en las quebradas de las peñas y riscos y partes ocultas; y parécenle en esto el Cárabo y Mochuelo tanto, y en lo demás de pluma y rostro y cuerpo, que solamente entiendo que se diferencia en ser mayor el buho, y mediano el cárabo, y menor el mochuelo.

SIL. Juntad con esos la Lechuza que en todo les parece sino en los ojos, porque esotros los tienen grandes y verdes y ella más pequeños y negros.

SOL. Ya, pues habéis dado en aves nocturnas, no se quede atrás la *Zumaya* siquiera por ser famosa por su grande boca, y el Autillo por ser de agüero tan triste, que los unos ni los otros no se pueden defender de la calderuela, pues son fácilmente cazados con ella.

SIL. Esas son todas noturnas; mas los Horrios y Meliones, que son del tamaño de águilas rateras, como no pueden valerse de sus fuerzas bastantemente como conviene entre día, aguardan al anochecer que las aves se vayan á su yacija, y allí las cogen de sobresalto y las matan, aunque suelen también [usar] el melión para cazar con él.

MON. El Lavanco, que por nombre postizo llaman quebranta-huesos, dicen que es mezcla de águila y buitre, y parécese al buitre en cuerpo y hechura de él aunque un

poco menor, y tiene el pecho colorado; suele levantarse en alto llevando alguna canilla de algún animal entre las uñas, y déjala caer sobre alguna peña do se quiebra para gozar libremente del tuétano. Imítale mucho, aunque en el color difiere porque es blanca y de menor cuerpo, el que llaman Milopa, y por otro nombre Mariagua, [¿Miloca ó Lechuza de los peñascos—Strix ulula?] y parece ser más de género de buitre blanco, y el lavanco de negro.

Sil. Casi de la misma suerte de esos es el Cuervo glotón ó Merendero que suele quitar los ojos á todas las reses que puede, como corderos y cabritos y ovejas, y rompe las capillas de los gabanes á los labradores para sacalles la comida, de donde á él le pusieron el nombre. Parécele mucho el Cuervo marino, aunque es menor de cuerpo, y no puede tanto, ni se atreve á tanto ni con tanta desvergüenza.

Mon. Dos maneras hay de Milanos: unos pardos pequeños, que siempre andan en los extremos; otros son estos grandes que comen los pollos en los pueblos, y unos y otros se cazan con la calderuela.

Sol. Grande daño es el que hacen esos cuervos glotones que decís; y si se hubiese hallado algún remedio para contra ellos, pues será imposible cazarlos todos con esa forma, sería de gran provecho.

Mon. El Conmán, [¿Cormoran?] á mi parecer es más discreto y de mayor viveza de ojo viento y oído que debe de haber, y de grande conocimiento y distinto. Suelen los ganaderos matar uno y colgar por allí cerca sus vuelos, y con esto no parará cuervo por toda la comarca. Muy cercanos le son en todo los Grajos, que son en dos maneras: unos de pico y pies colorados, y éstos son más grandes y discretos, y otros de picos y pies negros, mezclados de blanco y negro en la pluma y menores de cuerpo, que es lo que llaman Grajuelas canas comunmente [y] parécensele mucho, aunque menores de cuerpo y de color más distinto.

Las Picazas parleras, como dijo el otro autor «diversa en paso de las otras aves,» suele sacar este género y forma también. Tres formas hay de Chorlitos: unos que van dando voces cuando vuelan, y son algo rojos; otros llaman zarapitos [y] son mayores, más carnudos y cenizosos, y más secretos y de más distinto; otros más pequeños, cañamonados, de pluma muy vistosa y de más apacible carne, y también [hay] quincinetas ó frailecillos ó aves frías. Tienen el pecho blanco y lo demás son negros, y traen su penacho negro y luciente en la cabeza de dos ó tres plumas, aunque estos chorlitos y aves frías se suelen cazar también de otra suerte.

SIL. Decidla de paso porque no se olvide.

MON. En las lomas rasas y cañadas, que es donde ellos se suelen cebar ordinariamente, buscan con gran solicitud los granillos y lombrices que es el mantenimiento que más apetecen, por lo cual conviene con un palillo hacer un escarbaderuelo como rascado en la tierra que imite á donde las lombrices suelen estar, de que ellos se ceban; y puesto un codal de poco más de un palmo de hilo blanco, y al cabo de él engastado un anzuelo pequeño como para pescar peces menudos, y puesta en él una lombriz, y la lombriz puesta en el escarbaderuelo, y el cabo del hilo atado á una estaquilla hincada en la tierra, porque viendo el escarbadero luego suelen venir á él el chorlito ó quincineta á buscar la lombriz; y en hallándola y en tragándola con el anzuelo, se queda ahogada por el cuello. Suélense parar muchos de estos lazos conforme á la cantidad de aves que hay y cogerse muchas; y si después de habelles armado en alguna parte no viniesen, mudallos á otra donde se sospeche que han de venir.

SOL. Muy buena forma es esa de cazallos y donde no se matarán menos que con la calderuela.

MON. Todavía es la otra más general, que á ésta solamente se cazan estos pájaros, mas á la otra muchos

más, entre los cuales también se ofrecen los Sisones gallardos y pintados, que vuelan con tanta gala que parece que silban con las alas hiriendo el viento, de donde se les debió de poner el nombre que tienen.

Sil. De esos he oído yo otra forma de cazallos bien artificiosa, que es haciéndoles un señuelo de esta manera: matando primero la sisona hembra que se conoce en que es más pequeña y pardilla, y después de muerta desollarla y embutirla de paja, dejando entero el cuello y cabeza poniéndole levantado y volteado como suele tenello, y en los dos meses de Abril y Mayo que ellos se estiman, que suele ser en los sulcos de las orillas de los trigos, ponella en parte que el Sisón que va volando la pueda ver, poniéndole sobre las espaldas y cola un lazo escorredizo de la grandeza que pareciere bastante, atado por el otro lado á una estaquilla, y luego como el sisón la ve, abaja á tomalla, y subiendo encima mete los pies dentro del lazo, y al decender escúrrese y cógeselos, y queda preso á la estaca.

Mon.. El Alcaraván es un ave zancuda del tamaño del Chorlito y de su pluma, y de carne dura de comer. Suélese matar al rodeo visto; tiene falta de viento, como dijimos de la perdiz, y ve menos y tiene menos distinto, y mátase también á la calderuela. También la gallinilla ciega, que por otro nombre llaman Chocha, es del cuerpo de un palomino, y de hermosa pluma y de pico largo y delgado, y que en viendo al cazador se le alebra como la perdiz; suele andar por partes húmedas y sombrosas y en los majadales de mucha yerba á su tiempo; es ave de corto instinto. Y el Carlanco es como un pollo pequeño y casi de color azul; y si le hieren, aunque no sea sino quebralle la punta del ala, después de rabia y enojo se mata con su pico: es ave muy recatada y que huye mucho del cazador, y parece sólo en el verano. Hay otra, que es la Cigüeña: es un ave zancuda y de más cuerpo que la

Grulla; es su pluma blanca y negra; busca los extremos calientes para pasar el ivierno, y las tierras frìàs para el estío, como la Grulla.

SOL. ¿Esa es la que cría en campanarios y torres altas?

MON. Esas entiendo que son de la misma especie; pero diferéncianse las unas de las otras en que éstas deben ser más domésticas y estotras más bravas, que nunca vienen á poblado.

SIL. De unas y otras se dice que sustentan sus padres en la vejez cuando ellos no pueden cazar, y que de ellas se tomó parte de la medicina.

MON. Otra ave hay que parece á la Cigüeña: [es] en todo menor que ella, y tamaña como la Grulla, y de cuerpo tan erguido, porque la Cigüeña lo tiene descuidado, y llámase Crujía; y también es mudable y pasajera que va á los extremos de ivierno y se vuelve por Abril á las tierras frescas; y es grande pescadora de peces y ranas, [y] en las paranzas que los pescadores y pastores suelen hacer para detener los peces en ellas, ellas gozan de la mayor parte, porque saltan dentro y comen todo lo que pueden y hallan.

SOL. Todas esas cosas decís que se matan con la calderuela de noche; mas sepamos, ¿no podrían armarse á esa Crujía al tiempo que va á comer esos peces ó ranas?

MON. Paréceme que si le pusiesen un pez cerca de la orilla en un anzuelo dentro, como dijimos de los chorlitos, que se podían cazar. Cazan también á la calderuela la sucia Abubilla y el fastidioso Cuquillo, porque hablemos con epítetos poéticos, que ni al uno lo defiende su gala, ni al otro su astucia y malicia. La abubilla debe tener tan hermosa pluma, que no debe haber quien entre las aves le haga ventaja, y el uno y el otro no parecen en todo el ivierno hasta la entrada de Marzo; tiene el cuquillo de costumbre, como todos saben, comerse los huevos de las otras aves y poner él los suyos en los [nidos] de aquélla que á él

le parece mejor para criallos, aunque sea que haya autores que digan que con sola una ave tiene familiaridad para esto; pero engáñase, porque á todos les come los huevos y en cualquier [nido] pone los suyos; y contaros he acerca de esto un cuento que le ví pasar á un labrador que podéis tener por cierto, y fué que el cuquillo debió de comerse los huevos de alguna avecilla pequeña de las que crían en el suelo que acaso había puesto sus huevos en una calavera de caballo que estaba en el campo, y entraba por el ojo de ella á ponellos y fomentallos; y como el cuquillo, después de habérselos comido, le pusiese allí otro de los suyos y la avecilla lo criase por suyo y el hijo del cuquillo fuese mayor que el avecilla que lo criaba, el avecilla podía entrar y salir á dalle de comer, y el pobre del cuclillo aunque era grande para volar no podía salir, y así estábase cantando como suele dentro della; subcedió que este labrador que digo vino por allí, y como siempre le oyese dióse á buscallo, y alzando la calavera y no hallándole, no sabía qué hacerse hasta que le vió dentro; y andúvole mostrando por milagro no pudiendo entender quién le había metido en parte por do no se podría hacer ni entender que él cupiese, hasta que vinimos todos á caer en lo que pudo ser.

Sil. Por cierto ello fué cosa notable, y que se pudieran hacer epigramas sobre ello como sobre aquella hormiga que se halló congelada dentro de un pedazo de ámbar macizo, y claro que nadie pudo entender en Roma cómo había entrado allí, hasta que sospecharon que había caído aquella gota de ámbar y cogido la hormiga que acaso pasaba por allí, y congelándose la había guardado dentro; y sobre ello hicieron sus poetas sus versos.

Sol. Una lagartija dicen que también se halló de la misma suerte en un pedazo de cristal que también se hace de licor congelado, y que pasó de esa arte; y también yo he visto en medio de una peña un pedazo de hueso de

hombre y de calavera, y he visto conchas de la mar en medio de piedra dura y maciza; y todo paresce que va por una misma razón; mas volved, señor Montano, á vuestro propósito.

Mon. También mueren con esta forma de cazar tres especies que hay de Picarros, de los cuales el mayor es negro y del cuerpo de un pollo, aunque más corto de piernas, y el otro es más pequeño y de cuerpo y color de pájaro real, salvo que es todo verde sin tener otro color, y el menor es como un tordo y es todo pintado y habado de blanco y negro; todos tienen el pico bien largo, aunque [en] los chicos son algo más cortos conforme á su diversidad de cuerpo, y la lengua más larga de un xeme y redonda, suelen sentir la mudanza de los tiempos y dan grandes gritos; cuando quieren demudar suelen hacer también en los pinos secos, que llamamos travinos y candalos, con el pico á golpes unos agujeros que por esto les llamamos piçarreras para sacar los gusanos, que hacen también el oficio de la carcoma en los maderos secos; y también hacen agujeros en las colmenas, aunque sean de madera fuerte, para sacar las abejas y panales y comérselas en estos agujeros ó piçarreras que ellos dejan hechas; crían estos pájaros sus hijos, entre los cuales es más famoso el pájaro que llaman Pito por la admirable ciencia que tiene de la yerba, que también tiene por él este nombre, con que se abren cualesquiera cerraduras y candados, el cual dicen que es del cuerpo de una tortolilla y pardo muy obscuro, y ha acontecido cerralles el nido ó piçarrera do ellos crían con una herradura fuerte y con ocho ó diez clavos cerrada, y después hallarla quitada con mucha facilidad, por donde tenemos por cierto la sospecha del cuento que de él se dice. Este pájaro yo no sé qué carne tenga, pero los picarros y cuquillo de que dejo dicho atrás, tienen maravillosa comida, y el que las matare lo podrá experimentarlos por tales.

SOL. ¿Y la Abubilla qué carne tiene?

MON. Esa es muy mala y hedionda, y sino es esa y la Picaza, Merendero y el Quebranta-huesos y Milopa y Milanos y Buitres, todas las demás que hemos dicho, se pueden comer, y que entre las malas se puede contar aunque se come el Arrendajo, el cual es de cuerpo de una graja canilla, y el pico grueso, y la mayor parte del cuerpo de color de cielo ó flor de romero; y el Cuquillo de un azul subido [en] las alas finísimo sobre blanco, debe de ser tan envidioso como lo muestra el color, y por esto imita á todos los cantos y voces de las aves arrendándolas, y por eso le dieron el nombre tan sacado de su oficio: parécesele su envidia también en que de continuo está flaco y duro de comer, y así entiendo que naturaleza le hizo para ejemplo de este vicio. Cázase también á la calderuela el Estornino, ave bien conocida de todos, y la Corneja, extranjera en nuestra España y común en Italia, aunque del uno y del otro se puede también contar el estilo de cazallos que pone Garcilaso:

«Cuando el humido otoño ya refrena
Del seco estío el gran calor ardiente,
Y va faltando sombra á Filomena,
Con otra caza desta diferente,
Aunque también de vida ociosa y blanda,
Pasábamos el tiempo alegremente.
Entonces siempre, como sabes, anda
De estorninos volando á cada parte
Acá y allá la espesa y negra banda.
Y cierto questo es cosa de contarte,
Como con los que andaban por el viento
Usábamos también de astucia y arte.
Uno vivo primero de aquel cuento
Tomábamos; y en esto sin fatiga
Era luego cumplido nuestro intento.
Al pie del cual un hilo untado en liga
Atado, le soltábamos al punto
Que vía volar aquella banda amiga.

Apenas era suelto, quando junto
Estaba con los otros y mezclado,
Secutando el efecto de su asunto.
A cuantos era el hilo enmarañado
Por las alas ó pies ó por cabeza,
Todos venían al suelo mal su grado.
Andaban forcejando una gran pieza
A su pesar y á mucho placer nuestro;
Que así de un mal, ajeno bien se empieza.»

SIL. Galanamente puso ahí la manera que se tiene en cazar esos estorninos; mas holgaría de entender qué entendéis por aquel verso que dice: «Y va faltando sombra á Filomena.» Cómo pudo ser que pues ya iba mitigándose el furor del sol, que forzosamente será con sombras, deje de faltarle á Filomena, que es el ruiseñor, la suya.

SOL. Dificultoso es eso para mí, y es bien que se declare de paso.

MON. Pues sabed que los ruiseñores suelen siempre alojarse en los árboles copados y hojosos, como los nogales, y como su principal sombra.

SIL. Buena está esa declaración, aunque nos pudiéramos pasar sin ella. Mas el modo de cazar las cornejas, aunque es ave que por acá no se conoce, es muy galano y dicho por buen término desta manera:

«Acuérdaseme ahora que el siniestro
Canto de la corneja y el agüero
Para escaparse no le fué maestro.
Cuando una dellas (como es muy ligero)
A nuestras manos viva nos venía,
Era prisión de más de un prisionero.
La qual á un llano grande yo traía
A do muchas cornejas andar juntas
Ó por el suelo ó por el aire vía:
Clavándola en la tierra por las puntas
Extremas de las alas, sin rompellas,
Seguíase lo que apenas tú barruntas.
Parecía mirando á las estrellas,

Clavada boca arriba en aquel suelo,
Que estaba contemplando el curso dellas.
De allí nos alejábamos, y el cielo
Rompía á gritos ella, y convocaba
De las cornejas el superno vuelo.
En un solo momento se ajuntaba
Una gran muchedumbre presurosa
A socorrer la que en el suelo estaba.
Cercábanla, y alguna más piadosa
Del mal ajeno de la compañera,
Que del suyo avisada ó temerosa,
Llegábase muy cerca, y la primera
Que esto hacía, pagaba su inocencia
Con prisión ó con muerte lastimera:
Con tal fuerza la presa y tal violencia
Se engarrafaba de la que venía,
Que no se despidiera sin licencia.
Ya puedes ver cuán gran placer sería
Ver, de una por soltarse y desasirse,
De otra por socorrerse la porfía.
Al fin la fiera lucha á despartirse
Venia por nuestra mano, y la cuitada
Del bien hecho empezaba á arrepentirse.»

MON. Éste debe de ser el orden que hay para cazar Cornejas en la parte do las conocen, porque como he dicho, no la conozco ni sé quién la conozca de los cazadores. La Chorla [¿Chova?] es de dos suertes: la una como tortolilla; la otra como tordo. Son pardas por el lomo, y todo el pecho blanco turbio, habadas de unas manchillas pardas obscuras; su andar es á saltillos como la Picaza; amiga de acostarse temprano y levantarse temprano, y es de buena carne. La Mirla es negra y tamaña como la mayor destas Chorlas. El Zorzal es pardo y casi imita á la Chorla y [es] ave pasajera: mátanse todas con la calderuela, aunque el Zorzal se mata con el chifle en los olivos al tiempo, lo cual es muy común en toda la Andalucía, con sus varetas largas de liga. El Mojino es más pequeño que Rendajo y le parece mucho, salvo que tiene más larga la

cola. El Piquituerto es como una Calandria de cuerpo, y pardo, y en el pico imita al Papagallo, salvo que es más pequeño. Toma las piñas y las encaja en las hendiduras de los pinos para sacalles los piñones. Cázase también á este modo el Pájaro-pinto y la Oropéndola, que es amarilla y del tamaño de una chorla; y los Abejorugos [abejarucos], que son más pequeños y pardos y imitan en su vuelo á los Vencejos.

SIL. También entrarán en ese género las Calandrias y Urunderas, y generalmente esos pajarillos que suelen enjaularse.

MON. De todos esos no hay cosa que notar fuera de lo que generalmente se sabe de la tórtola, que celebra tanto su viudez cual otro animal ninguno, pues perdiendo una vez el marido, jamás se torna á celebrar segundas bodas; y no posa en árboles verdes ni que tengan hoja, y enturbia las aguas primero que las beba removiendo el cieno de ellas con los pies.

SIL. Volved á las perdices, que os hàbéis divertido mucho tratando de las aves que están sujetas al cazar de la calderuela, aunque la materia ha sido tan gustosa, que no quisiera interrumpilla; mas después habrá lugar de volver, que no será de poca importancia y gusto por tratar naturalezas de tantas aves.

MON. Hay un modo de matar perdices que también puede ser general para todas estas aves y otras, y aun para conejos, la cual se hace [así]: puestas en un bastidor dos puertezuelas con sus quicialejos de la suerte que se hacen para sentar en una ventana, de tal suerte que se abran fácilmente con cualquier peso que se les ponga encima, mas quitado el peso se tornan á cerrar y á juntar. Éstas solemos poner en el suelo sobre un poyo que ha de estar hecho en trocha por do estas aves pasan, de suerte que las tape y cubra, para que pasando cualquier ave y subiendo por cima de las puertezuelas, se suma y se tornen ellas á

cerrar, y quedará armada para otras si vinieren; y á éstos llamamos orzuelos. Será menester hacellas grandes ó pequeñas conforme las aves que se quieren cazar. Un solo inconveniente [tienen, y es] que la carne de las aves que aquí se cazan es muy mala, y debe de ser por el enojo que deben de recibir de verse presas.

Sol. Esto es bastante para hacer la carne mala de buena, pues el lidiar los toros es lo mismo, con lo cual se echa la carne á perder y se hinche de ponzoña.

Mon. Suéleseles armar con losuelas de la suerte que á las liebres en los callejones y sendillas que el monte hace, poniéndoles por cebo nogajos de bellotas al tiempo, y las tesquinas y madroños que es su comida; y en las mismas sendas se les pueden armar alzapiés parados de la suerte que dijimos en la caza mayor, poniendo los varejones más pequeños, cuanto basten á sustentar la perdiz; y en las mismas partes se matarán con alares, poniendo en cada callejón un ojuelo de cerdas pendiente en el aire y colgado de una varilla que atraviese de banda á banda la senda, y puestas por los lados dos ramitas de romero asidas del lazo, que lo tengan abierto y que ocupen el otro lugar para que no se pierda ó salga la perdiz sin entrar por el ojuelo y en la querencia que más abundare de perdices podrá parar docientos ó trecientos, como mejor le pareciere, y ansí debe requerir dos veces cada día porque no se las coma la raposa. También se les puede armar en los cebaderos con red de esta manera: que en la parte do entendemos que más anden, les escarbamos la tierra y sembramos un poco de trigo, y allí armamos la red que llamamos celada á diferencia de la red campera, la cual tendrá diez y siete pies en largo cada manto de ella y tendrá dos, y en ancho más de una braza, y la malla clara cuanto baste para detener las perdices, y de lino delgado porque menos bulto haga; y cada manto tenga dos cuendas por las orillas de las mallas, y atarse há á una estaca que estará

puesta en la frente de la parada; y por cerca del cebadero haga dos regueras tan hondas cuanto baste para cubrir cada manto después de cogido, poniéndole las estaquillas por las orillas que cojan los mantos por la una cuenda y dejen libre la otra para que en medio de ella esté una varilla de hasta cinco palmos en largo, tan gorda como un dedo; y el un cabo de ella asido á la cuenda á la mitad del manto, y el otro cabo de la varilla asido á una estaquilla con un cordelejo hincada en el suelo, que esté la estaquilla de la varilla hasta dos dedos; y después se coja cada manto por su reguera, echándole por encima alguna cosilla liviana que la cubra, y asidos dos cordeles al cabo de cada cuenda que vengan á juntarse los dos á una tiradera, la cual estará en la cabañuela do el cazador ha de estar escondido, y metido el cabo por un agujero de la cabaña, que será de ramas del monte, hasta doce ó quince pasos del cebadero en él.

Sil. ¿Y á qué parte se ha de hacer esa cabañuela?

Mon. Si fuere sólo para perdices, do quisiere, porque como dije, ella y el alcaraván no ventean; pero si fuere para todas las demás aves, estará á la parte del soviento; y en viendo que están todas en el cebadero, tire el cazador de la red con velocidad porque cada varilla vuelva su manto y tienda la red encima y las coja dentro.

Sol. Buena red es esa, y más por ser tan general y secreta; mas parece que abraza poca tierra y la podrán volver fácilmente siendo las aves muchas y grandes.

Mon. Para eso hay otro remedio. Usaréis de otra red que llamamos campera, la cual será de cuarenta pies de largo y braza y media en ancho, y con cuatro varillas, dos en cada manto porque mejor los pueda volver, y estos mantos quedarán tendidos en el suelo con toda la anchura de ellos sin que quede hecha bolsa ni encogida algo, porque aunque las aves pasen por cima no la vean; de hilo sutil y del color de la tierra do se hubiere de

parar, allanándola tanto que se disimule todo lo posible.

SOL. ¿Quédaos más que decir? Porque parece que con esto habéis concluído lo que hay que decir de las perdices.

MON. De las Ortegas y Gangas hay otra forma de cazar en las viñas y barbechos; y para saber en qué parte de ellos se ceban, las busque el cazador por la mañana, y en aquella parte do volaren haga un cebadero con centeno por el orden que dijimos con trigo para las perdices, y éste será de hasta cinco ó seis pies en largo y cuatro en ancho, y en él pare las redes, y [tenga] la tiradera metida en la cabaña, la cual estará á la parte del soviento; y después haga cuatro arrastraderos con el pie allanando la tierra, que tomen buen trecho y crucen todos cuatro el cebadero, y siembre en ellos unos granos de centeno para que, en viniéndolos á buscar, los vayan comiendo hasta dar en el cebadero, y entrando en él toda la banda ó la mayor parte de ella, tire y cójalas debajo. De estas redes se puede usar todo el año para los cebaderos y para cazar en el agua todas las avecillas dichas, la cual [no] toman en verano y en ivierno, sino en otoño y primavera. Todas las aves dichas y que restan por decir están sujetas á la caza del re-cecho que se dijo en la caza mayor, y á la del rodeo visto de las grullas y avutardas, y al caballo del cabestrillo, y á la calderuela y á estas redes; y [á] cada una de ellas se les guardará sus tres sentidos de ojo, viento y oído, salvo á las perdices y alcaravanes el viento, porque no le tienen.

SOL. ¿Y qué día será menester para matar estas aves á rececho?

MON. Para todas será menester escoger día airoso, porque se aprovechan menos del sentido del oído y del ojo, aunque el del viento les queda en su fuerza.

SIL. Paréceme que nunca habéis tratado de las palomas, siendo la ave más común que tenemos entre manos; y sería bien que á lo menos en ellas señalásedes las diver-

sidades que hay para cazallas del modo general que ponéis para esotros pájaros.

Mon. Hay seis especies de estas palomas algo diferentes. Las primeras son las mansas, que como veis suelen ser de diversos colores y de mayor cuerpo y más pesado vuelo que las demás; y tienen sus nuevas crías cada mes pariendo de dos en dos, macho y hembra, con todo el artificio y orden que para su propagación pudo hacer naturaleza, naciendo el macho casado con su hembra porque en pudiendo engendrar no se perdiese tiempo en buscar la comodidad de los casamientos; suelen éstas aborrecer los huevos si alguien se llega á ellos, porque no quiere que se los sobajen ni muden; unas de ellas tienen la cabeza cogujada como el ave que hay deste nombre, y otras llana, y siempre es mayor el macho que la hembra. Las segundas son las que llaman de palomar: son más pequeñas y de más ligero vuelo, y casi todas azules, y pocas blancas ó rayadas de blanco; sacan sus crías casi todas todos los meses del año, aunque no tan ciertas como las mansas. Las terceras son las que crían en peñas todo el año, de su cuerpo y color, ó poco menores. Las cuartas son [las] que llaman torcaces, que son mayores que todas las dichas, y suelen venir de Turquía, de donde trujeron el nombre: son de cuello albo y de pico blancas, y casi del color, aunque más claras, que las de los palomares. Las quintas son las rajegas, (1) mayores que las torcaces poca cosa, y más blancas de cuello y pico; y nacen y mueren en España. Las últimas se llaman jujas ó zuritas ó zuranas, tamañas como las palomas de peñas y de color de las del palomar, aunque más azules, y de comida más delicada que todas, y son más gordas éstas y las torcaces y rajegas; comen be-

(1) En ningún tratado de palomería he conseguido dar con esta especie, á la que el autor, ó por lo menos el copista, llama unas veces *rajegas* y otras *rajeras*.

llotas y se mudan á los extremos, y envían sus espías á buscalla, y todas tres sufren gran golpe; amigas de acostarse y levantarse temprano, y beben de un trecho. Todas tienen buen viento; pero estas tres se asientan en los árboles, y para matallas en ellos será [mejor] ir dos compañeros, el uno á caballo y el que hubiere de tirar á pie arrimado al lado del caballo, [y] que esté hacia las palomas de manera que al caballo se le parezcan ancas y cuello, que no le cubran los dos compañeros; y por este orden buscarán las palomas mirando á las carrascas ó árboles do se presumen que han de estar, y en viéndolas, si les cayere á la mano izquierda, no se les acerquen á tiro, sino násense de largo torciendo bien afuera; y násense más de ciento y treinta pasos de aquella parte para la misma rencera, y luego revuelvan con su vuelta redonda tornando á emparejar por do al principio las vieron, hallándose á tiro, que por habelles dejado pasar por allí la primera vez aunque fuese lejos y la segunda cerca, no dejarán de parar bien, entendiendo que han de pasar tan á su salvo la segunda vez como la primera; mas el tirador de á pie vaya emballestando, y la ballesta alta y la mano derecha asida al cinto del compañero, y de que empareje con la paloma quédese emballestado procurando cubrille sólo la cabeza sino hubiere más que una; y pásese el de á caballo de largo llevando en aquella sazón el paso corto por lo que dijimos en el cazar á majanillo.

SIL. ¿Y [si] cuando [á] la paloma dieron la primera vista acertaren á vella al lado derecho, que es el contrario de tirar?

MON. Pasar derechos los pasos que tengo dichos en el rodeo antes de éste; y para volver por la propia parte que ha venido conviene volver la cabeza primero que revuelva el caballo al árbol do quedó la paloma, cubriéndole con otro por lo menos la cabeza de modo que no le vea dar aquella revuelta, y luego torne por los mismos pasos y

cargue la caza á la mano del tirar yéndose acercando á tiro como que va de paso, que aunque llegue junto á la falda de la carrasca ó árbol do estuviere la paloma, le aguardará, y mejor si estuviere sola que acompañada, especialmente cubriéndole la cabeza como dicho tengo.

SIL. Y si quisiese uno solo hacer esta caza, ¿qué orden tendría?

MON. Llevar el caballo con la mano derecha por el orden que está dicho en el cabestrillo, y en la izquierda el arcabuz, mostrándose el cazador por el lado que la caza está y haciendo las diligencias dichas como si fueran dos, advirtiendo que cuando haya de tirar dé al caballo con el codo porque no se repare y pase derecho, porque si se parare no aguardará la caza; y ha de ir el caballo sin silla ni otra cosa encima porque no aguardará la caza, teniendo en puesto á que no se repare; y á esta forma se puede matar otra cualquier ave que estuviere en árbol, la cual requiere hacerse desde que aclare el día hasta las seis de la mañana, y desde que se levantan á comer hasta que están hartas [y] no quieren aguardar más; en entre tanto que entra el día hasta que es hora de merendar le esperarán mejor hasta que se ponga el sol que les durare el merendar; y desde esta hora á la noche, esperan mejor.

SIL. Suélense matar también las palomas con señuelos y será bien que tratásedes dello.

MON. Suelen en el tiempo que las palomas toman la bellota tener por costumbre, luego que llegan [á] alguna encina ó carrasca do la hay, pegarse con las uñas á una ramilla, y sustentándose revoleando con las alas en el aire, gozar del fruto que pretenden; pues á imitación de esto solemos nosotros poner una paloma por señuelo en una vara en el árbol más alto que hallamos que esté levantado sobre alguna cumbre ó acirate, de la cual cuelga una cuerda abajo, y haciendo un cobertizo ó choza debajo del árbol con que cubrirnos, estamos atalayándolas, y cuando

vemos que pasa alguna aunque sea muy lejos tiramos de la cuerda y hacemos revolver la paloma, pues como las que van volando entienden que aquélla se está cebando en la bellota, vienen á sentarse al mismo árbol, y tirámosles uno, teniendo otros muchos virotes cerca.

SOL. ¿Qué tal debe de ser la carrasca ó encina, y en qué parte se ha de escoger para que mejor la tomen?

MON. Debe ser la carrasca ó encina en la parte do más se ceban las palomas y más abrigada del aire y [que] más señorea; y si otra hubiere que en esto se le prefiera, se le han de cortar las aljumas altas porque no la quiten las palomas; y que esté acompañada de otras carrascas, por pequeñas [que sean]; y ella sea [de] blanca hoja y menuda y clara, porque la tomen mejor; será poco más alta que un estado ó estado y medio; y de barda menuda la cabaña que se ha de hacer al pie de la encina con hojas de la carrasca echadas por cima; y si el día fuere claro y de sol, algo más cubierta, porque la paloma tiene tal propiedad, que en sentándose en cualquier árbol lo primero que hace es echar los ojos para abajo, y en no viendo nada descuídase; dejando por tres ó cuatro partes de la cabaña sus puertas grandes abiertas porque mejor vea cruzar la palomería, y la ballesta siempre armada y sentada sobre una piedra en medio de ella, y en cada mano su cimbel, que es la cuerda que dijimos que ha de tener atada al cabo de la varilla, y ésta sea tan delgada que no la vea la paloma, y tan gorda que baste á menear la vara, lo cual todo puede hacer un hilo bramante; y el señuelo estará puesto menos de un xeme del cabo de la varilla atado con sus peruelas de pezuelo como gavilán por más blandas, y esta varilla estará puesta á la parte del soviento de la carrasca en la rama que más saliere de en medio de la carrasca afuera; y que tenga algunas aljumillas delante de la cabeza para que parezca que se está cebando en ellas, y la cabeza inclinada al cuerpo de la carrasca y la cola afuera, así

porque sea vista mejor de las palomas por ser aquella parte su entrada de ellas pico á viento, como porque siempre de que está sentada lo está [así] también, y no estará cola á viento por ninguna vía; y la varilla esté firme con la cuerda, y en viendo que cruzan las palomas toque el señuelo, y ya que vengan junto á la carrasca déjelas entrar más, porque no entra ninguna si lo meneare cuando ellas van á sentar los pies; y si hay cantidad de palomería y se da bien, aunque mate cinco ó seis no salga por ellas hasta tener muerta cantidad de ellas. Requiere tiempo airoso y frío y desabrido, porque con éste anda la palomería más inquieta porque no les deja reposar en las carrascas, como lo hacen con día de sol sosegado de aire.

Sol. Y en días sosegados, ¿qué remedio para que crucen?

Mon. Enviar un muchacho con una honda para que las desasosiegue y las haga venir á cruzar; y de cuando en cuando se mire si quedan algunos pelluscones de pluma en la carrasca, porque suelen huir de ellos; y siempre que haya de tirar haga poco movimiento debajo de la cabaña, porque ven mucho.

Sol. ¿Y sino hubiese carrasca tan baja como decís?

Mon. Si fuere alta hagan en el cuerpo de ella la cabañuela, á que llaman camarote, por el orden dicho. Son necesarios por lo menos dos señuelos, aunque se podrán cazar con uno, aunque trabajosamente y trabajará más; y si de medio día arriba viere que se muda la palomería á otra parte, mude allí la cabaña. Mátanse á esta forma las palomas rajeras y torcazas, zuritas, [y] todas las palomas que andan en el campo, y la tórtola; suelen tomar la sal de las salegas y salitrales desde el principio de Junio hasta el principio de Agosto, y más con día claro, sin aire y de calor intenso; puédense matar con red campera y aguardándoles con arcabuz haciéndoles una cabañuela á la parte del soviento, quitando las plumas de las que matare del

un tiro para otro; puédense también matar de noche con cañas amesnándolas de parte de tarde, y viendo donde duerme la mayor parte de la palomería podrá ir el cazador á una hora después de anochecido tentando de una carrasca en otra cada una de ellas por la parte del soviento, porque la palomería entra á los árboles con cualquiera hora pico á viento y es amiga de salir de noche por la parte que entró; así el orden de tentar la carrasca será con la punta de la caña, saliéndolas á recibir con la otra, atravesándoles la red, que haciéndose por la parte dicha, no pueden dejar de dar en la tela; y si fueren dos cazadores se emparejen ambos, porque no se les irá ninguna.

Sol. ¿Qué tiempo requiere esta forma de caza?

Mon. Noche muy oscura porque menos ven las palomas y más les obliga á estar quedas, pero muy airosa al tiempo que entran en la yacija, porque haciendo aire, y más si es excesivo, se echarán muy bajas, que siendo el carrascal alto le importará mucho al cazador porque no se le vayan por cima de las cañas; pero si fuese posible, muy sosegado aire al tiempo que haya de cazar, porque como son tan altas las cañas hace mucho movimiento el aire y suele llevárselas para delante sin poderlo resistir; pero no conviene llover al tiempo que se echaron, porque son tan enemigas de tener gotera sobre sí de las ramas de la carrasca, que si acertase á llover se echaran todas en las más altas aljumas [y] sin dar en la red podráse cazar toda la noche.

LIBRO DÉCIMOCUARTO

DE LA MONTERÍA.

LOS MISMOS INTERLOCUTORES.

SIL. Llegado hemos, señor Montano, á lo que tantas veces nos habéis prometido, que es el tratado de los instrumentos que le son al montero necesarios, sin los cuales yo pienso que no se podría aprovechar de todo lo que habéis dicho de la caza mayor y menor, porque ¿de qué le sirve hallar las reses y saberles entrar á rececho ó de cualquiera otra suerte, si después de puestos á tiro no les sabemos tirar ó no les tiramos tan bien como conviene, ó no la sigue con los perros y armas que es necesario, ó no les arma tan bien como se ha de hacer? Así que sin esta postrera parte que os queda, nada hay que tenga fruto ni provecho en lo que habéis tratado.

MON. Tenéis mucha razón, señor Silvano, y con este propósito salí yo hoy de casa á buscaros á vos y al señor Solino, para comunicar los secretos que hay en eso y daros parte de las conjeturas que yo tengo por acertadas en este particular.

SOL. Habiendo de tratar de esa materia holgaría que primero tratásedes del arcabuz, porque es la arma más peligrosa y difícil de entender y tan general, que con sola ella se puede matar casi siempre la caza; y porque de la ignorancia de ella han venido algunos desastres á muchas gentes, así cazadores, como soldados y caballeros particulares.

SIL. ¿Qué mayor que la que pocos días há sucedió en

el reino de Aragón á un caballero? que habiendo pedido una dama por mujer á su padre y no queriéndosela dar la sacó acompañado de algunos bandoleros ó foragidos; y como les lloviese en el camino y se apeasen en una venta, él tuvo recelo de que se había mojado un arcabuz que llevaba en el arzón metido en su funda y armado pero no echado el seguro, y así en apeándose dióle á la señora el cabo de la funda y rogóle que tuviese de ella para sacar el arcabuz, hallándola más á mano para aquello que á otra persona y por ser cosa fácil de hacer; pues como al tirar con fuerza de la funda topase en la llave, desarmóse y disparó dándole á la pobre dama por los pechos y vientre y matóla, lo cual fué causa que después el caballero de triste y desesperado se dejase morir.

Mon. Han acontecido tantos desastres, que al que los quisiere contar por menudo le faltaría tiempo antes que hubiese comenzado, que yo solo debo tener noticia de más de catorce, entre los cuales ha habido muertes propias y ajenas, y quemarse el rostro, y romperse un brazo, y otras desgracias semejantes.

Sol. Yo holgara de saber en qué cosas consisten los peligros de esa arma y con qué se excusarían.

Mon. Con saber cargar y descargar, lavar, limpiar y untar el cañón y la cerraja en las partes necesarias, como son la coz del gato y la cadenilla y el tornillo que mueve la rueda, á ella misma por de dentro, y el mollezuelo de la cazoleta, y el muelle del desarmador, porque con mayor velocidad haga cada pieza su oficio sin impedimento del sarro y vascosidad que la pólvora deja, que es importante, y más en verano, que con la sequedad del tiempo suele la rueda por falta de esta curiosidad pararse en el camino al tiempo del armar ó desarmar sin querer soltar, y más si los muelles son algo flojos, y aun otras veces hacer el gato tal ruido para haberlo de volcar sobre la cazoleta, que espanta la caza si está cerca, el cual se debe bajar

poco á poco hasta sentar la piedra sobre la rueda porque sentándola recio no se desportille la piedra ó las esquinas de la rueda, y otras veces echar lumbre como suele y disparar sin tiempo; y de que lo haya de levantar para tornallo á sentar sobre el muelle sea poco á poco sin dejarle dar golpe, así por evitar aquel ruido, como porque se suele desenfrenar el gato por la vuelta, y no olvidárselo armado algunos días porque no se quebranten los muelles y dispare la rueda en vago, así por el detrimento y peligro que recibe la cadenilla, como porque muchas veces suele encender y disparar por ser la rueda de acero, y templada fuerte la cazoleta con quien frisa.

Sil. ¿Pues no habiendo polvorín cómo puede ser eso?

Mon. Porque teniendo pólvora el cañón por de dentro, necesariamente ha de haber algún granillo en el agujerillo del cañón, por lo cual también no lo debe llevar bajo yendo en compañía porque no mate alguno como suelen, ni asiente recio el cabo de la cureña porque no dispare, y si necesidad le obligare, para subir ó bajar algún picazo incline la boca del cañón afuera porque no se mate; y advierta de limpiar la piedra de un tiro para otro porque el sarro que cobra no impida para encender, y de cuatro en cuatro tiros remecella un poco y luego tornalla [á] apretar, y siempre que hubiere de tirar hurgue el agujerillo del cañón con un alfiler, y si le llevare asido á la propia cerraja con algún hilo le servirá de memoria para hacello siempre, porque no usando de este aviso muchas veces encenderá el polvorín sin encender la pólvora, pero débelo golpear acercándolo al cañón y no echar pólvora molida en lugar del polvorín, y más si hace el tiempo húmedo, porque se suele apastar y encender tarde ó nunca; ni limpie por de dentro el cañón con rascador porque no le estrague; ni ponga la piedra sin pieza de cordobán porque no se quiebre; ni tire sin mira porque no le impida el resplandor del sol cuando tirare hacia él, y por falta de ella

muchas veces se pondrá en la horquilla agua, tierra ú otra cosa que le impida ver á regir la puntería; y siempre que entrare á tirar á gatas guarde la boca del cañón de alguna tierra que le pueda entrar dentro, que por poca que sea reventará y lo matará; y siempre que cargue con pelota la haga llegar á la pólvora aunque más sucio esté el cañón, y sino pudiere, le torne á descargar sin tirar con él, porque solos dos dedos de hueco que haya entre la pólvora y la pelota reventará y lo matará; y procure traerlo siempre lavado por evitar estos inconvenientes y otros muchos, que siempre que tire con perdigones no se deje el gato antes de llegar á la pólvora, porque quedando un poco hueco en medio reventará ó no hará tiro cierto; y si en verano se le calentare el cañón, así por el calor del tiempo como por la frecuencia de los tiros, mójelo por de fuera aunque no sea sino pasarle la mano con un paño mojado, porque sino lo hiciere perderá mucho de su derecho; y sino hubiere agua bastará con orines, y si estuviere muy seco podrá meterle un taco con el lavador limpiándolo por de dentro, porque será de tiro más cierto estando limpio que sucio; ni le deje tomar de orín limpiándolo de cuatro en cuatro [días] si hace tiempo húmedo, ni le dé golpe con que se pueda desapuntar.

Sol. Por cierto los inconvenientes y peligros han sido muchos y dignos de advertir muy en particular, aunque sería bien que nos dijésedes las partes que ha de tener el arcabuz y cómo se han de escoger para que en eso tampoco hubiese falta ni descuido.

Sil. Bien me parece, y será mejor que comencéis por la cerraja, que debe ser la parte que en ese instrumento tiene más primores y dificultades, porque concluyendo con ella tendréis tratada casi toda la materia que pretendéis.

Sol. Holgaría de saber por qué usáis más de esos arcabuces de llave y de piedra que de esotros que llaman de mecha ó de munición, pues lo general es usar de esotros

como cosa más sin peligro, y que con menos primores bastaría para usar de ellos.

MON. Porque los de cuerda tienen estos inconvenientes: la costa, que es de traer siempre encendida la mecha con un censo perpetuo desde que el montero sale al amanecer hasta el anochecer para andar apercibido en cualquiera ocasión que se le ofrezca, pues si la llevase muerta perdería la caza que se le ofreciere, y porque también suele perdella mientras se para á encender con su yesca ó esperando, si tiene encendido, á que haga la mecha clavo, y porque suele dispararse alguna centella de la mecha después de puesta y dar en la cazoleta y disparar, aunque esté cerrada, sin tiempo; y suele á veces olvidarse el tirador de endelantralla y no llegar al polvorín, y dejar de salir otras veces por estar la mecha mal cogida y hacer la lumbre floja; y porque se parece mucho de noche y no se puede dejar armado en los barreros y bañaderos como dijimos, y porque siempre anda el cazador chamuscada la ropa y con mucho embarazo, y al fin por otros muchos inconvenientes que cada cual podrá saber fácilmente si lo usa. Pero viniendo á la curiosidad que en la cerraja se debe procurar, solamente os diré las condiciones que tocan al provecho de ella, porque las que tocan á la gala cada cual las podrá inventar á su gusto. En los dos muelles principales se debe procurar una conformidad cual suele haber entre dos buenos amigos, porque debe de tener un moderado furor, ni muy flojo que le falte la fortaleza ni movimiento que requiere para apremiar la piedra sobre la rueda, ni tan fuerte que la haga pedazos ella y la cadenilla que mueve el muelle de adentro, porque siendo el muelle interior muy recio hace correr la rueda con tal velocidad, que muchas veces no le dejará obrar al de afuera, el cual, si fuere más recio que el de adentro, cargará con tanta demasía el gato sobre la rueda, que no le dejará correr con aquella presteza que se requiere, y otras

veces quebrará la piedra sin dar lumbre de sí, con otros achaques que por falta de esta curiosidad suele haber; y la cadenilla sea recia porque mejor sufra el trabajo como una de las piezas que mayor le tienen en toda la cerraja; y el mollezuelo que abre y cierra la cazoleta sea un poco recio porque mejor la cierre y abra, y el mollezuelo del desarmar no recio porque no la haga dura de disparar, ni el cazo asga mucho por el mismo inconveniente; la cazoleta debe ajustar bien con el fogón, así porque parece mejor, como porque guarda mejor el polvorín del agua y humedad; pero el fogón será redondo y de moderado espacio, tal que ni sea por grande costoso de polvorín, ni por pequeño deje de caber la piedra, pero debe tener una sutil canaleja que guíe el polvorín al agujerillo del cañón; y el torno del gato que apremia la piedra algo recio porque sufra el trabajo, y siempre untado porque no se quiebre; y todas las piezas restantes que la cerraja tiene por de dentro de muy poco hierro, pues es poco su trabajo y no sirven de más que hacer la cerraja pesada, y porque más galana y provechosa sea toda junta debe ser la chapa sobre que están edificadas las piezas de poco hierro, y así no será muy pesada; y para esto también conviene que no sea encajadiza en la cureña, sino vaciadiza y por de fuera, al modo y uso de Valencia, que siendo de esta traza consiente menos hierro sin perjuicio de las piezas y es más liviana y parece mejor y hace mejor encaro de cureña, para lo cual ha de ser algo voltada y no derecha, y sobre todo la rueda por de fuera, así porque despide el sarro y vascosidad de la pólvora, que no puede teniéndola por de dentro, como por poderla el cazador desbaratar en el campo y en casa pieza por pieza para limpiallas y untallas y tornallas á concertar, y porque parece mejor y pesa menos.

SIL. De la rueda será bien que digáis, qué es la pieza más importante.

MON. Conviene que no sea muy grande, porque si lo

fuere, há menester el muelle de adentro más furioso de lo que habemos dicho que conviene; y si no lo fuere tardará tanto de correr, que será poco menos dificultad que tirar con pólvora tardía; pero no debe ser pequeño, porque con el corto tramo que tiene, estando la piedra un poco gastada, dejará muchas veces de encender; ni debe ser ancha de esquina á esquina porque no sea pesada y se mueva con dificultad, pero de cuatro esquinas.

SIL. ¿Qué sentís de esta nueva cerraja de chispa que se usa ahora?

MON. Que es la más mala invención que pudo haber en esta arte, que de cuatro tiros suele faltar los dos, porque con aquella caída que da de golpe quiebra muchas veces la piedra, y otras veces, por no venir tan al justo á frezar con el eslabón, no alcanza y deja de encender, y otras alcanza del medio eslabón abajo y sucede lo mismo, y otras por estar un poco larga la piedra llega primero al cantero del eslabón y quiébrase sin llegar al acero, y suele suceder muchas veces sin poderse remediar, porque aunque el tirador la ponga á un tiro bien, para otro queda falta; y para encender siempre ha de frezar con el principio del eslabón á un canto de real de él y no más alto ni más bajo por lo que hemos dicho, demás de que hay otro inconveniente ocasionado para tirar mal, que es el gran movimiento que hace el gato para caer á herir al eslabón, con el cual menea el brazo y desbarata la puntería.

SIL. Eso se podría remediar con tener corta la caída hasta llegar al acero.

MON. Antes sería peor porque le faltaría el vuelo necesario para sacar la lumbre que se requiere, que ó será poca, ó ninguna.

SOL. Y si forzosamente hubiese de usar el cazador de esa cerraja por no tener otra ó por no poder compralla, ¿qué remedio le dareis para que esa sea la menos mala que pudiere?

MON. El gatillo sea puesto con tal moderación, que ni por muy alto quiebre al caer la piedra y descomponga la puntería, ni tan bajo que no saque lumbre, porque así se revolverá mejor aquel movimiento; y la piedra no ha de ser delgada porque no se quiebre, ni tan rota que deje de encender; y el eslabón debe ser postizo porque se pueda renovar de cuando en cuando sin dejalle gastar mucho, y de muy fino acero, y rayado con menudas rajas y algunas sutiles atravesadas de medio eslabón abajo, y la cazoleta algo espaciosa aunque sea costosa de polvorín porque mejor participe de las centellas cuando por la mayor parte se suelen ir por delante, porque en esta invención van todas hacia abajo, que es el mayor inconveniente que en ella hay; y hase de limpiar por la parte que cubre la cazoleta porque no caiga sobre el polvorín aquel sarro que le queda de la pólvora é impida la llegada de las centellas al polvorín, que no encenderá haciéndolo; con esto y requerilla amenudo de pedernales tendrá menos inconvenientes: lo mismo se puede advertir si se hubiere de usar del arcabuz de mecha, que tenga el gatillo ni alto ni bajo, y que sea ligero por las mismas causas, y que la mecha haga buen clavo, para lo cual si se hiciese de cortezas de retamas cocidas y torcidas por el orden que esotras, será mucho mejor que de esparto ni de cáñamo.

SIL. Las piedras de que se ha de usar en la cerraja y el modo de preparallas es de más importancia que esas mechas y será bien que lo digáis.

MON. Son mejores las piedras de mina que los pedernales de que se usa comunmente, y de éstas hay muchos géneros. Unas que llaman marcasita y relucen como oro; otras de aquel color más amortiguado que parecen al azufre cetrino; unas blandas demasiadamente que se muelen sobre la rueda, y otras que hacen mucha ceniza, y otras tan duras que muchas veces dejan de encender, y finalmente de varios colores y efectos; mas el mejor que á mi noticia

ha llegado de las que se sacan en España y se traen de fuera de ella, se hallan en la garganta de Noguera en el Reino de Aragón, encima de la tierra en un venero negro; búscanse después de pasar algún argavieso ó avenida de agua recia en las ramblillas que se hacen en aquel terreno, porque la misma agua las descubre; salen de diversos colores y efectos, pero las más finas son las más pesadas; tienen una camisa negra y lustrosa por cima, y quebradas descubren por de dentro unas vetas como palo de haya á la larga y el color más amortiguado que marcasita; éstas son tan buenas y amorosas que ni se gastan, ni gastan la rueda, ni hacen ceniza, y suelen durar tanto en la cerraja, que se gasta una y dos libras de pólvora primero que la quiten, con cuidado de limpialla, porque su lumbre es mucha y muy viva; hanse de quebrar golpeándolas por el cabo que señala la veta porque yendan de largo á largo y no de través, que se quebrarán mal y no serán de provecho.

Sol. Esas piedras no se hallarán en todas ocasiones, y así será bien que digáis de los pedernales que son más comunes.

Mon. En los pedernales se mire que sean lustrosos por de fuera y blandos y un poco pardos, aunque algunos blancos también son buenos porque éstos tienen más correa y duran más y gastan menos la rueda; suelen hallarse buenos en las lomas de Madrid, aunque los hay en varias partes de estos Reinos.

Sil. También he visto yo tirar con unos pedazos de porcelanas de las que se traen de la China, y dicen que son por extremo excelentes.

Mon. Á falta se puede hacer con las guijas blancas que sacamos de las orillas de los ríos; pero viniendo á tratar del cañón del arcabuz, en el cual no hay menos que notar que en la cerraja, sabed que tengo yo advertido que para matar la caza mayor ha de tener por lo menos cua-

tro palmos y medio de largo y no más, porque en tierra de monte bajo es muy embarazoso, y en cualquiera otra parte ha de ir siempre colgado del brazo y debajo de él, que á no haber este inconveniente tuviera por mejor ser de cinco, porque alcanza á más el tiro.

SOL. Yo he dudado eso mucho tiempo y holgaría de saber por qué un arcabuz largo ó escopeta alcanza más trecho que el corto, siendo la pólvora y las pelotas iguales.

MON. Lo que entre cazadores entendemos de eso es que, como en el cañón largo hay más espacio para quemarse más la pólvora y se requema mejor, sale con más fuego y por eso con más fuerza, y fundámonos en que con la pólvora mejor, que es más fácil de quemar, se tira más, y así entendemos que quemándose más, como lo debe de hacer en el largo que en el corto, tira mucho más.

SOL. En eso os engañáis aunque el fundamento que tomáis es verdadero, que la pólvora que más presto se quemare tirará más; pero entended que la que en un momento luego que le toca el fuego no se enciende toda, no se encenderá en más tiempo, que al punto concibe toda la pólvora el fuego que puede concebir y no se quema más por ser el cañón más largo ni menos por ser corto. Pero para que de todo punto os satisfagáis y veáis que no viene eso de parte de la pólvora, sino del cañón y [su] magnitud, [sabed] que las cerbatanas largas tiran más que las cortas, y no tienen pólvora ni corre allí esa razón, y así estaréis obligado á entender que de parte del cañón es la ventaja.

MON. Decid, pues, vos la razón que yo nunca la sabré en mi vida.

SOL. No me espanto, que es negocio de filosofía. Sabed que mientras más impedimento halla el fuego al tiempo del salir, con más fuerza sale, y mientras más tiempo le detienen que no salga, va con más fuerza; y así veréis que si le ponéis mucho papel y pelotas atestadas, más recio sale porque halla más resistencia; y así mientras más

largo, sale con más furia porque tarda más tiempo en acabar de salir de aquella estrecha cárcel en que se ve encerrado, y de aquí vino lo que dijistes denantes, que si entre la pólvora y pelota hay algún espacio se revienta el arcabuz, porque como al principio no halla resistencia y va á salir seguro por el cañón y después halla quien le estorbe delante, procura salir por los lados y revienta.

Sil. De la munición quería nos advirtiésedes, pues lo largo del arcabuz se ha disputado tan bien; porque yo he oído decir á diversos monteros que ha de ser de nueve á diez adarmes.

Mon. De ese mismo parecer soy, porque si es de menos no pasará tan bien la res y alcanza menos así, porque el fuego imprime en la pelota menor menos fuerza y corta menos bien el aire, y porque se le echa menos cantidad de pólvora y así no se hace tanto fuego, como se ha visto por experiencia, y más en jabalíes, que las pelotas pequeñas muchas veces no los pasan porque tienen más dura corteza ó cuero que esotras reses.

Sil. La demasía en eso también se tiene por muy dañosa, porque siendo la bala grande ha de llevar forzosamente mucha pólvora y más peso, cosa que suele impedir el tirar cierto descomponiendo el brazo y desbaratando la puntería.

Sol. ¿Luego diferente habrá de ser el cañón con que se tira á caza menuda?

Mon. Así es verdad, porque se les tira con perdigones; y para que éstos alcancen más tierra y vayan más recogidos debe tener de trece á quince adarmes y no menos, porque estando dentro del cañón en poca concavidad recogidos, van de la misma suerte á la caza; pero si estuviesen unos sobre otros y repartidos por lo largo del cañón por ser angosto, llegarán desparramados y no será el tiro tan cierto y los más se quedan en el camino por no participar igualmente de la fuerza del fuego, antes gozan

de la impulsión de los que vienen detrás de ellos, y en acabándoseles vuelan poco trecho; y el cañón será de cinco palmos y medio, que es buen tamaño para cabestrillo y se puede encubrir bien con lo largo del caballo; y si hubiere de cazar á rececho do se suelen ofrecer los tiros más lejos, será de seis palmos.

SOL. ¿Cómo os parece que ha de estar el punto para todo género de caza?

MON. Pequeño, porque siendo grande cubre tanto á la caza, que aunque sea venado, siendo el tiro algo lejos, casi no se parece nada después de puesto el punto en él; cosa de notable perjuicio, especialmente para tirar pelota rasa donde la puntería es más delicada.

SIL. La horquilla querría yo que conformase con el punto de tal manera, que no ande muy variado dentro de ella, porque aquella claridad que después de encarado se parece por los lados, siendo el punto pequeño y la horquilla grande, confunde la vista mucho del ojo derecho, en cuya certeza está gran parte de tirar bien.

SOL. ¿Qué distancia estará la horquilla de la culata? porque de eso he visto varias opiniones. Unos dicen que mientras más lejos de la vista y más cerca de la mira, hace más cierto el tiro; otros, por el contrario, querrían que estuviese cerca de la vista.

MON. Lo que en ese particular podría yo decir es que la horquilla se hizo para traer la mira más cerca de la vista, y que si se le pusiese tan lejos que no la pudiese la vista alcanzar, sería impertinente, y que si se le pusiese tan cerca que hiciese mayor viso en el ojo de lo que él puede comprender según su tamaño, haría disgregada la vista y muy incierta, y así, puesta en sitio mediano, estaría bien; pero ese sitio mediano no se puede señalar igualmente para todos, porque, pues unos hombres hay que tienen la niña del ojo ancha y dilatada que son los cortos de vista, éstos habrán menester la mira cerca para que ha-

ciendo grande viso les hincha todo el ojo; y otros que tienen la niña del ojo pequeña y recogida, que son los de larga vista, tendrán necesidad de que esté la horquilla más lejos, para que haciendo en el ojo menor viso, lo pueda abrazar todo su niña y se certifique mejor.

Sil. Tenéis razón; que si al que tiene corta vista y ancha pupila ó niña le pusiesen lejos la horquilla, haría menor ángulo en su ojo del que há menester, y no alcanzándola por su poca fuerza, no podría certificarse en ella. Y el que tiene pupila pequeña y larga vista, si le pusiesen cerca la horquilla, haríale en el ojo mayor ángulo del que há menester y puede abrazar con su ojo, y andaría vagando incierto por coger toda la lumbre de la mira, y al uno y al otro se le haría una como telaraña ó catarata en la propia horquilla, de suerte que nunca la certificase bien con la mira y que le pareciese que está la res lejos por cerca que esté, porque hace poco bulto por grande que sea; y así tengo por discreto negocio que cada uno la haga poner lejos ó cerca conforme la vista que tuviere, y encima de ella la mira campera, porque tirando al anochecer ó de mañana se parezca mejor la caza. Y la culata debe llegar bien al agujerillo frisando con la pólvora, porque si hubiese alguna distancia, aunque pequeña, del agujerillo á la culata, en aquel poco espacio vuelve el fuego para atrás y cocea el arcabuz.

Mon. Todo eso ha de ser así, y reforzado de cámara el arcabuz conforme á la munición que tuviere porque es allí do más trabaja al arrancar de la cámara; y será larga ó corta conforme á lo largo del cañón proporcionadamente, y bien ochavada, y la línea plana muy buena, porque cuanto más liso quedare de fuera, menos orín tomará, y si se tomare, mejor se limpiará no hallando huecos en que esconderse; mas desde allí al fin de lo restante del cañón tendrá la menor cantidad de hierro posible para que tenga menos peso y parezca mejor, pues allí el hierro no es ne-

cesario; y para consentir menos hierro irá bien forjado y caldeado, y de hierro blando, que suele ser la barra lisa, lustrosa y algunas veticas coloradas, y así se pega mejor al caldear; y, sobre todo que salga naturalmente ajuntado de la barreña sin otro artificio alguno, porque al contrario hay necesidad de torcerlo para meterlo en el blanco, y sacándolo de aquella derecera que de su principio tuvo en tirando cuatro ó seis tiros, y aun con menos, se calienta y torna á desapuntar convertiéndose en su primer principio, y más si el tiempo es caluroso. La cureña debe ser de rostro para tirar pelota rasa, porque se encara más presto y es más liviana y menos embarazosa para el monte, y rompe menos el vestido, y se cubre mejor la cerraja so el brazo cuando llueve; mas débese poner un tornillo de cuerno tan largo como el dedo pequeño encajado en la cureña por la parte de afuera y que represe en la llave de la mano postrera que tiene y sustenta el arcabuz junto al rostro, para que, si coceare al tirar, represe en la mano y no hiera el rostro; y el encaro sea lleno, que asiente bien en el rostro y no pase de la quijada después de puesto en ella, según que se usa en Valencia, do tienen más primor en las cureñas que en parte de toda España. Y échensele estaquillas y no bisagras, porque suelen rajar la cureña y no sirven de más.

Sil. ¿De qué madera os parece que será más galana y provechosa?

Mon. De serval, que es buen palo aunque un poco pesado, por lo cual será mejor de cerezo, que es más correoso y liviano y toma mejor el colorado que se le da artificial que otra madera. La manija será conforme á la llave de la mano del que la hubiere de tirar, abierta ó cerrada, y las vueltas, que son tres á trechos, conforme á los dedos del tirador.

Sol. ¿El seguro por do debe estar para que más provechoso sea?

MON. En la cureña bajo de la manija, junto al desarmador, con su mollezuelo dentro de la cureña, porque tendrá un provecho, que si por descuido yendo á tirar lo hallare echado, sin quitarse el arcabuz del rostro lo podrá quitar con el dedo desarmador, y estando en la cerraja necesariamente se ha de quitar el arcabuz de la cara y tornarse á encarar segunda vez, y en este tiempo se les va la caza.

SIL. Y para tirar con perdigones, ¿qué tal será la cureña?

MON. Será un poco más larga, que llegue con la coz al pecho porque hace más movimiento al desarmar que esotra de pelota rasa, y no sea de hombro por los inconvenientes dichos, que es pesada y embarazosa y prolija. Tras esto será bien deciros de la horquilla en que suelen los tiradores tener sustentado el brazo del arcabuz, pues todas veces no está el brazo tan seguro que se pueda tirar sobre él, la vara de la cual será de lanza ó de otro palo tieso, y tan recio como la cabeza del menor dedo de la mano; y en lo largo se debe tener cuenta con la estatura del ballestero, de manera que después de emballestado el brazo izquierdo llegue la horquilla desde él hasta el hueso de la cadera. Y el cabo de la vara tenga su horquilla artificialmente hecha de hierro, los gajos de la cual dan la vuelta redonda en arco, que sea suficiente á comprender el brazo por delante del codo, y del nacimiento de los gajos de ella tenga su armilla como de virote donde esté la vara encajada, y al cabo de ambos gajos sus dos cordones de cordel ó seda cada cual asido en su agujerito, y así podrá ir todo el día colgada del brazo; y cuando quiera tirar, la traiga con la mano derecha á asentar el cabo sobre el hueso de la cadera.

SIL. Dejad eso y tratad de la pólvora, que es lo principal del arcabuz, y sepamos qué tal ha de ser y cómo se conoscerá.

Mon. Las partes que ha de tener para ser mejor son tres: ser limpia, y furiosa, y presta. Presta, porque con tal velocidad encienda, que apenas haya el cazador desarmado el arcabuz cuando la bala esté en la caza; pues bien considerado, la presteza de la pólvora es el principio del bien tirar, y siendo tardía en salir, no hay brazo tan seguro y firme, ni sufrimiento tan bastante, que el punto del arcabuz tenga siempre quedo donde le pone; y la limpieza de la pólvora no es menos importante para hacer buen tiro, porque dejando mucho sarro ensucia tanto el cañón, que la munición no sale como debe, pues no se puede lavar tan amenudo todas veces; y la furia es tan útil, que no teniéndola, ó no llegará la munición á la caza, ó ya que llegue no hará el efecto necesario.

Sil. ¿Y en qué se conoscerá ó con qué prueba?

Mon. Echar dos ó tres cáscaras de avellana encima de un papel, que si es presta ella se quemará sin quemar el papel y saldrá el humo recogido y alto; y si furiosa, dará buen bufido por poca que sea, y si es limpia no quemará el papel ni lo dejará negro.

Sil. El plomo es otro instrumento bien necesario, y será bien que digáis algo de él.

Mon. El plomo será pobre de oro y plata y de otro cualquier metal, porque éste será más blando y pesado, y por esta ocasión alcanzará más con perdigones y con balas, y los perdigones se harán mejores, los cuales deben ser conforme al género de caza que se ha de matar con ellos y á las formas de cargar.

Sil. Decidnos primero del cargar con pelota, pues es el principal instrumento, y después diréis de los perdigones.

Mon. Opinión común y verdadera es echar tres dedos de buena pólvora, y si fuere más floja ó más fuerte, quitalle ó añadille conforme á esto poco más ó menos. Y la pelota venga bañada de modo que de que vaya rodando, aun-

que esté un poco sucia la escopeta, no pare hasta llegar á la pólvora, porque viniendo muy justo, en tirando dos tiros será menester para el tercero meterla á golpes; y con aquel ruido y dilación pierde muchas veces de matar la caza; y si teme de caerse la pelota podrála morder ó echarle algo delante que la detenga.

Sol. ¿Qué es la razón porque ha acontecido hallársele á un jabalí tres balas antiguas entre cuero y carne, y á un venado, con ser de más delgada piel, dos?

Mon. Por no haber en el cazador la curiosidad de saber cargar con sacabocado, el cual debe ser de fieltro, y á falta de él de paño recio y nuevo y áspero; y deben ser redondos y á medida de la boca del cañón para que pueda entrar dentro y cuan justo fuese posible, que frise con los cantos por las orillas del cañón, calándoles primero bien con resina, cera y sebo, y tanto y más el sebo que la cera y resina, derritiéndolo y mezclándolo primero; y el vacío para esto será de la misma traza del que los harnereros hacen para sus cribas, ó las botoneras para los moldes de naipe sobre que fundan sus botones, y ésta echa entre la pólvora y bala, y alguna cosa sobre la bala que la detenga para que no ruede: es carga tan penetrante, que no hay coselete por fuerte que sea que no lo pase de claro. El cargador debe ser de la hechura de un tornillo de la cerraja de la escopeta, y con la misma hendidura, y sus roscas al cabo, y tan corto como lo ancho del dedo y menos. Éste bastará que tenga cinco ó seis roscas hechas á medida de la baqueta como los demás hierros, lavador y sacatrapos; por este orden se podrá quitar y poner cuando el cazador quisiere, porque no se lo hurten, y si quisiere soldallo en la baqueta, podrá echando otra baqueta en el otro cabo de la varilla, aunque por el peso lo debe excusar. Es tan útil este cargador que sin él las menos veces llegará con los tacos á la pólvora dejándoselos en el camino, y dejará de matar la caza; mas viniendo casi justo á

la boca del cañón, llevará fácilmente hacia adelante los tacos y los sentará sobre la pólvora y munición.

SIL. Curiosa manera de cargar es esa, y holgaría que tratásedes algunas tan buenas, que serán provechosas para diferentes ocasiones.

MON. Deciros he una en que se enseña á tirar tres pelotas juntas de un golpe sin peligro alguno, con que se acertará mejor á la caza, aunque no llegará tanto; echados los tres dedos de pólvora que habemos dicho, eche una pelota maestra, y luego otras dos hechas de esta suerte para que lleven entre dos el peso de una; que al tiempo de hacellas echamos en la turquesa una pelotilla de corcho como la mitad de la turquesa, la cual cercada de plomo hinche la turquesa y hace una pelota tan grande como la maestra y que tiene la mitad de peso, y de esta suerte vienen dos pelotas á pesar tanto como una, y aunque lleve el arcabuz tres pelotas, tiene peso de dos, y al salir sale una hacia un lado y otra á otro y la maestra por medio; así que por maravilla se yerra la caza aunque sea de noche.

SOL. Bien habéis hecho de darnos esa orden para de noche. Yo mucho há que dudo el poder apuntar bien á la res de noche aunque haya luna.

MON. Orden os daré para eso fácil y con que sin trabajo le apuntéis. Poned un papelejo pegado con cera en la horquilla, y otro en la mira atado con un hilo, y mirad por ambos blancos apuntándoles bien de suerte que estén conformes; y el de la mira puesto en la res de medio cuerpo arriba, porque de noche se yerran los tiros por bajos, y podréisle tirar seguramente. Otra forma hay también para tirar de noche muy segura con pelotas cuarteadas, las cuales se hacen de esta manera: han de tomarse dos roldes redondos de hoja de lata, iguales, que quepan dentro de la turquesa, y hendidos primero hasta encajarse el uno en el otro á forma de cruz han de ponerse en la tur-

quesa, la cual tendrá para este efecto dos agujeros por do entre el plomo derretido: uno el ordinario, y otro á la parte contraria de él, por cada cual de los cuales, antes que se eche el plomo, se meterá un alambre de media vara en largo doblado de suerte que haga dos cabos, y meterse han juntos por el agujeruelo de manera que, cuando entre el plomo por el un agujero y por el otro, deje hecha una pelota repartida en cuatro partes por la división que la hoja de lata hizo dentro; y [á] cada cuarto asido un cabo del alambre de suerte que los dos cuartos de pelota salgan asidos á los dos cabos del un alambre, y los otros dos á los cabos del otro. Después para armar con la baqueta se retorcerá el alambre de la suerte que suelen hacerse las culebrillas de alambre con que juegan los muchachos, y así podrán caber en el cañón del arcabuz juntando los cuatro cuartos de pelota de manera que haga el bulto de una sola, y al tiempo de salir vase abriendo en sus cuatro partes, y desplegando el alambre viene á hacer una cuchillada do acierta tan larga como media vara, que es lo largo del alambre, y suele cortar una res por medio ó por el cuello si le acierta por allí; y aunque sea de noche es imposible dejar de acertalle por el mucho campo que va tomando, pues lleva dos pelotas de á media vara en ancho. Bien se deja entender de lo dicho, según la proporción que á todos es notoria, que mientras más largo fuere el alambre, menos tierra colará por impedille más el aire que va cortando; y que si le quisieren hacer que alcance más, se le ha de echar el alambre más corto que colará más fácilmente, y así se ha de entender que de cualquiera suerte que el alambre se eche no es tiro éste para lejos, pues la pelota después de partida no es redonda, y así no tiene figura para volar tanto.

Sil. Parésceme que se podía tirar á aves grandes de día como Grullas y Avutardas, y más habiendo bandas juntas, y aun que se podría usar de esa invención en la

guerra si los tiros fuesen tan cercanos que pudiesen alcanzar.

Mon. Aunque tenga de distancia cien pasos los alcanzará, porque siempre ha de llevar su sacabocado sobre la pólvora, como lo dejamos dicho en la pelota rasa; y aun se pueden meter dentro de un tiro dos pelotas con sus alambres, teniendo cuenta de atestar muy bien el alambre de la primer pelota de suerte que entre ellas no quede vacío porque no se quiebre el arcabuz, como dijimos que suele acontecer cuando lo hay entre una pelota y otra ó entre la pelota y la pólvora; y para esto sería bien, sobre el alambre de la primera pelota, meter una pelotilla de lana ó de papel que se encaje en los vacíos que ha de hacer el rollo del alambre y atestalla bien para que lo ocupe, llevando siempre el arcabuz recién lavado porque con más facilidad salga. También se podría hacer lo mismo con perdigones redondos y gruesos de molde, asiendo á cada perdigón su cabo de alambre de suerte que entre dos lleven un pedazo de alambre, y puédense cargar doce domidas de perdigones, que son veinte y cuatro, con sus alambres, apretándolos bien y echándoles su sacabocado; y de esta forma se podría usar también para bandas de pájaros pequeños, porque irá haciendo una destrucción terrible.

Sol. Gentil forma es esa, y decid si sabéis otra que sea tan galana y provechosa.

Mon. La forma que llaman de perdigones de tres en boca con sacabocado se hace así: después de haber echado la pólvora se echa encima su sacabocado, y luego tres perdigones tan gordos que ocupen todo lo ancho del cañón, y encima otro sacabocado, y luego otros tres bien apretados, y así se puede proseguir hasta echar nueve domidas de perdigones, que hacen veinte y siete, y al cabo una cosa liviana como lana ó papel, cuanto baste á sustentar la última domida que no se caiga; y alcanza tanto esta forma, que se puede tirar á puntería ciento y cincuenta pa-

sos descansadamente. Puédese hacer de otra manera esta forma, echando el primer tercio como está dicho, y al segundo echar sus perdigones más pequeños, y al tercero volver á echar tres grandes, y después otro lecho de pequeños, metiendo en medio siempre su sacabocado como está dicho, y así se puede cargar otros veinte y siete perdigones en menos domidas; y abre esta forma un poco más que esotra y alcanza poco menos. También es buena la forma que llaman de perdigones de barrilla, para la cual, después [de] echada la carga conveniente de pólvora, ponemos un sacabocado en la boca del cañón y sentamos sobre él cinco perdigones de barrillas cortadillos, que son largos, á lo largo, y apretados hinchan el hueco del cañón, y ponémosles encima otro sacabocado, y vamos apretando con la baqueta poco á poco y metiéndolos así parejos; y después otros cinco sobre aquel sacabocado segundo, atestando otro tercer sacabocado, y por esta orden pueden meterse una onza y dos y tres y cuatro (como no pasen de allí) de perdigones conforme lo que le pareciere que basta; serán tan largos como un grano de cebada caballar [y] alcanza mucha tierra y hace mucho estrago. Otra forma hay también de perdigones que llaman de lechuguilla, para la cual conviene hacer unas tiras de lienzo del anchura de la boca del cañón y tan largas cuanto sea suficiente á envolver en ellas una ó dos ó tres onzas de perdigones conforme á la caza que hay para el tiro, envolviéndolos de suerte que la tira vaya dando las vueltas como suele dallas la lechuguilla de la camisa, y en cada vuelta lleve tres perdigones de suerte que no lleguen unos á otros; serán los perdigones tan gruesos que con la vuelta de la lechuguilla vengan casi á ajustarse con el cañón, y podránse echar por este orden las mismas onzas de munición que en la pasada. También se puede hacer así: que sobre el sacabocado se echará una onza de lagrimillas ó perdigones de agua y otro sacabocado encima, y sobre él

otra onza de cortadillos ó perdigones de barrilla y otro sacabocado, y sobre aquél una lechuguilla con otra onza más de perdigones: han de ir todas estas lechuguillas enmantecadas y alcanzan mucha tierra y hacen grande efecto.

Sil. Decid del cargar perdigones con caña.

Mon. Para esa forma conviene buscar la caña tan recia que baste sola á henchir apenas la boca del cañón, y será la más delgada de cantero que se pudiere hallar porque en menos espacio de ella se recogerá la munición, y será tan larga cuanto la cantidad de perdigones que quisiere echar para poca ó mucha caza, con que no pase de cuatro onzas; á la cual caña se le dejará su propio ñudo por tapador del un cabo de ella, y por el otro se hienda por medio hasta que llegue cerca del ñudo; y en ella se echará la munición tapándola la boca con lana ó borra ó otra cosa ligera, untándola bien primero con sebo porque más ligeramente salga, y si llevare sacabocado encima de la pólvora será de mayor ventaja; y si quisiere que la munición abra más aunque alcance menos, eche abajo el ñudo de la caña, y para alcanzar más tierra lo podrá echar á la parte de arriba, porque alcanza mucho. La forma de cargar con canutos es de esta suerte: hácense unos canutos de naipe cortado, tan largos como el dedo y cosidos por el un lado con puntadas ralas de suerte que quede redondo como canuto, y orlámosle ambos extremos, pero doblando el uno de ellos [y] queda hecho como canuto y abierto por una parte, por la cual metemos los perdigones que bastan á henchillo, y cerrámosle también por aquella parte; puédense echar de estos canutos por carga de una hasta cuatro onzas de munición repartidos en los canutos que cupiere, echando su sacabocado sobre la pólvora, y entre canuto y canuto un trapillo enmantecado, y enmantecado también el canuto para que con más facilidad salga y deje limpio el arcabuz: suele hacer buen efecto y alcan-

zar mucho esta manera de cargar; y serán los perdigones gordos ó delgados conforme para el animal que fuere.

Sol. Sino se hallase el cazador apercibido de estas formas tan curiosas, ¿de qué otra podría usar que sea tal y más manual?

Mon. De la que llaman cargar perdigones de puñado con pelotilla, que se hace de esta manera: cuando nos hallamos en esas necesidades y hay necesidad de cargar muchos perdigones, repartímoslos en tres puñados, y después de echada la pólvora ponemos encima una pelotilla de lana ó borra ó algodón, que para este menester solemos llevar hechas, vestidas de una camisuela de lienzo ensebado, y encima echamos un puñado de perdigones; después metemos otra pelotilla que también se ajuste al cañón de la suerte de la primera y echamos el segundo puñado, y metemos otra y luego el último puñado, y últimamente otra pelotilla encima, y de esta manera salen las pelotillas limpiando el cañón, y cuando salen los perdigones hallan más facilidad por no llegar plomo á plomo: podrá echar la cantidad que hemos dicho en las demás formas.

Sil. Razón sería que nos dijésedes la cantidad de pólvora que se ha de echar en todas esas formas.

Mon. Siendo la pólvora buena solemos echar la mitad para perdigones que para pelota; mas porque no todas veces se carga igualmente de munición, sino que unas veces se echa mucha y otras poca, y en las pólvoras hay tanta diferencia, echamos algunas veces más ó menos conformándonos con el peso de la munición y con el furor de la pólvora, de modo que la pólvora no venza al plomo porque lo desbarata y abre mucho y no llega tan recogido y concertado á la caza como para hacer buen efecto se requiere; y si el plomo vence á la pólvora, no llega la distancia que conviene; y si alguna parte de ella allega hace tan poco efecto, que no sirve de más que de mal herir la caza; y así para andar en esto concertado podrá el caza-

dor antes que salga al campo tirar dos ó tres tiros á una pared ó puerta y ver cuánto llega la munición, y conforme á esto podrá añadir ó quitar pólvora hasta que vea que da la munición recogida en el blanco y hace buen efecto, porque no sabiendo acomodar la cantidad del plomo con el furor de la pólvora no hará tiro que aproveche.

Sol. ¿De qué suerte se hacen esas variedades de perdigones? que no será malo, aunque sea común, sabello de vos por ver si tenéis en esto algún primor.

Mon. Los cortadillos hago haciendo una barrilla larga en un molde, si lo hay, y sino haciendo una reguera en una tabla y derritiendo por ella el plomo; y si todo esto falta, con un martillo hago una barrilla larga y cuadrada, y de cualquier suerte que sea voilos después cortando con unas tijeras tan largos como los quiero; los de agua se suelen hacer derritiendo el plomo en una cuchara y ir goteando en un lebrillo de agua, pero hácense desiguales; yo los hago poniendo sobre un jarro que esté casi lleno de agua un rallo, y sobre él el plomo y encima la brasa, y como se va derritiendo se va destilando por el rallo y haciendo en el agua unas lagrimillas muy parejas y lisas, y éstas tengo por mejores.

Sil. Oído he decir que hay orden de tirar diversos tiros y muchos con armar una vez sola el arcabuz, y estoy aguardando si lo habéis de decir.

Sol. Sino tiene el arcabuz diferentes cañones, mal se podrá hacer eso.

Mon. Sí puede, y no mintió quien os lo dijo, y aun podéis añadir á eso que sin que haya tirador, porque aunque le pongáis el arcabuz en las manos á un hombre de paja, se soltará él mismo muchas veces de una vez que se le dejéis armado, y es de esta manera: hase de meter una mecha bien encalada de alcrebite que llegue desde la boca del cañón á la culata antes de armar el arcabuz, y después ille armando con sus diferentes cargas metiendo entre una

y otra su papel mojado, y encender la mecha por el cabo; y como se va ardiendo entrando por la boca del cañón, pégase á la pólvora y sale aquella postrera carga; y como va entrando más adentro va disparándolas por su orden hasta llegar á la primera, que sale á la postre; pero yo no sé de qué puede servir esto, y por esto no lo había dicho, pues ni es para caza ni para guerra, ni se dispara cuando el hombre quiere, sino cuando á cada carga le llega su vez.

Sil. Todavía puede servir para algunas fiestas, y así es bien que la hayáis dicho.

Mon. Mejor será que el tiempo que se ha de gastar en esto y otras cosas semejantes se gaste en tratar del hacer la pólvora, que es cosa más necesaria y más concerniente al uso del arcabuz, pues es el principal instrumento y en ella está lo mejor del tiro; que si ella fuese falsa, poco aprovecharía ser el arcabuz muy bueno y el tirador mejor y el cazador tan discreto como quisiéredes, pues si llegado al efecto faltase por la pólvora el tiro, en vano se habría cansado en buscar la caza y entralle con gentiles astucias.

Sil. Decís muy bien, y si eso hacéis ya quedaremos maestros de todo y no tendremos qué desear, pues le debe ser bien necesario al que usa ese oficio sabella hacer, así por no andalla siempre comprando, como porque á veces no la hallará tal como pretende, ó no se ofrecerá quien la haga bien.

Mon. La pólvora consta de tres cosas: salitre, y azufre, y carbón; el salitre, que es lo principal de ella, suele tomarse de dos partes: ó de tierra salitrosa cociéndola y apurándola hasta sacalle el salitre, ó de algunas paredes de cuevas do también se suele criar á manera de canutillos, y las cuevas siempre son tobosas y antiguas y poco cursadas; tenemos esta última suerte de salitre por mejor quizá porque participa de menos humedad; de lo uno ó lo otro se tomará la cantidad que quisieren y se echará en

una caldera de agua á cocer que llamamos de la primer cocha, yéndola despumando hasta que no haga espuma, y en esto y en estar el agua rubia se conoscerá estar cocida; ha de colarse después por un paño de lana bien tapido porque salga más pura, y no se esprima el paño porque no salga parte de la horrura; y después se pondrá en otra caldera al sereno una noche y apartarse há el salitre y quedará helado por las orillas de la caldera hecho palillos, y sacarse há de allí apartándolo de la horrura que queda en el suelo de la caldera, y por este orden podrá tornarse á refinar segunda vez, y si fuere tercera será más fino, aunque se gasta más; y de que lo vaya refinando de segunda ó tercera cocha, eche un grano de xebe dentro porque la come parte de la grasa y le ayuda á purificar; y si quisieren purificallo y refinallo más, tórnenlo á refinar en seis, meneándolo en una caldera con un palo y despumándolo; mas guárdense no le entre algún ascua dentro ó la llama de abajo si sube alta, porque se encenderá y arderá mucho; pero después lo que quedare, que será como una torta de cera blanca, será finísimo, aunque es menester mudallo á otra caldera para que se pueda sacar de ella más fácilmente. El alcrebite ó azufre también suele ser de muchas maneras, pero hase de escoger lo que llaman de dorar, que es el más dorado y encendido. El carbón suele ser de sauz, de álamo blanco, de avellano, de gamonitas y otros muchos palos, pero lo mejor es de sarmiento castellano, ó de adelfa, ó de sauce gatillo, porque éstos hacen la pólvora mejor, y procúrese cuanto sea posible que sea de madera nueva y verde que se corta por Enero y en menguante, porque entonces está la madera embebida y falta de humedad; así también [debe] de mondar estas maderas quitándoles la corteza y los ñudos, y después de secos se hagan trozos de á palmo, y haciendo un hoyo en la tierra se vayan armando en hueco unos encima de otros, y luego se les dé por bajo un moderado fuego por-

que no se requemen demasiado, y estando calados del fuego se vayan cubriendo de tierra y se les eche una vasija encima de modo que no se ventee parte alguna hasta que el carbón esté frío, porque quemándose por este orden tendrá más fuerza, y luego lo repasen por una criba para que se limpie de la tierra y quede purificado.

SIL. ¿Qué tanto ha de llevar de cada material de esos?

MON. Hay diversas medidas, y por maravilla la de un polvorista conforma con la de otro; mas lo mejor es reconoscido el furor del salitre por ser uno más furioso que otro, siendo tal como le hemos pintado al mejor, podrá echar nueve onzas de él y dos de carbón y una de alcrebite, y sino fuere tal podrá echar diez de salitre, y si fuere menos, once á las cantidades de esotros, que no se han de mudar: esto se echará en el mortero, y moliéndose el alcrebite de por sí, porque es el más dificultoso de moler entre estos materiales, hasta que quede para poderse pasar por un cedazuelo de boticarios, y luego juntos los materiales, guardándolos de polvo ú otra cosa extraña porque requiere mucha limpieza, cuando se vayan secando se le eche un rocío de agua ardiente ó de sutil vino blanco, lo que sólo baste á humedecerla para que no salte, y si faltase vino le echará agua muy delgada templándola primero con metelle un hierro caliente dentro, y por este orden se vaya moliendo hasta que no parezcan granos blancos en ella, aunque se saquen del mortero; y será prueba de ver si está perfecta sacar un pedazo y pegalle fuego sobre un papel, y si se quemare sin ensuciar el papel, está hecha, y sino molella más; y si después de perfecta se moliese más, sería mejor, y así puede molella cuanto más la quiera aventajar; y media hora antes que la quiera sacar del mortero la torne á humedecer de nuevo y á moler un cuarto de hora, porque dejándolo de hacer, el alcrebite, como más pesado, se suele apartar de los otros materiales, por cuya causa llevan unos granos más que otros

y sale la pólvora desigual; y después de sacada la pasta, desmenuzándola con las manos sobre un harnero los agujeros del cual serán tan grandes como quisiere que sea el grano de la pólvora, se remecerán y caerán los granos colados por él sobre una mesa y un paño, y luego se echarán en un pandero y dentro unas guijas lisas y redondas, y dándole al derredor para que se vayan formando bien los granos; y si pretende tirar con ella en verano la dejará mal graneada, porque quedará el grano más hueco y se quemará más presto, y si fuere para invierno se graneará bien; y que quede encima el grano liso y apretado porque menos se humedezca: dejallo grande si es para invierno, y si es para verano menudo.

SIL. ¿En qué tiempo requiere hacerse?

MON. En tiempo que corra uno de dos aires Cierzo ó Solano, porque éstos son los más secos, y el cielo sereno, porque no guardando esto, la pólvora que se hiciere en tiempo contrario se humedecerá en el frasco á do quiera que la lleven en anublando el cielo, y aun si la cazoleta del arcabuz no estuviere muy bien limpia del sarro que la pólvora deja, cuatro ó seis horas antes que lloviere se humedescerá; y si en el lugar do la tal pólvora se hiciere hay algunas lagunas, no se debé hacer con aire que corra de aquella parte, aunque sea uno de los dos que dije, porque aunque son secòs naturalmente, la laguna por do pasan los hace húmedos. Después de bien graneada por este orden se ponga al sol en día claro y seco y sosegado, pero no reciba demasiado sol porque no se gaste lo sutil del salitre.

SOL. ¿Hay algún misterio que advertir acerca de los frasquillos?

MON. Del frasco mayor y menor os diré lo que supiere, porque el frasco para más provechoso debe ser de cuero como una bota, ancho de abajo y estrecho de arriba, y no más largo que una mano, y tan estrecho de boca que

venga á medida del brocal, que será de hierro con su muelle bien hecha y templada, y el brocal corto y ancho porque no sea embarazoso topando en el monte y con el brazo del lado donde va; y parece mejor y será más provechoso si se le echa su cobertor con su muelle que venga de arriba para abajo á imitación del frasquillo de hierro, porque demás de no poderse salir la pólvora tendrá otro provecho, que haciendo en él la carga de la escopeta será después tan fácil de cargar con presteza, que llevando balas en la boca y en el carrillo contrario del tirar, podrá muchas veces derribar una y dos reses y más sin remecerse, porque estando ya la carga hecha en el cañón del frasco lo lleva casi todo hecho: tiene otro provecho más, que si [de] cuerno fuese, que con tiempo húmedo lo puede meter en el pecho ó en la faltriquera sin pesadumbre ni embarazo y se defenderá mejor la pólvora de humedad, y puesto en la cinta es de poco peso, aunque no parece tan bien como de búfalo ó cuerno de buey vetado; mas habiendo de ser de esto por más vistoso, se debe calentar en agua caliente y amoldallo de manera que puesto en el cinto se pegue también á él que no haga embarazo alguno, y para menos embarazoso debe estar un poco tableado y voltado y no más largo que la mano, cortando todo lo macizo del cabo del cuerno, con su guarnición en la cortadura, y la guarnición bien labrada: el frasquillo ha de ser de hierro de hechura de un corazón y tableado porque menos bulto haga y arme con más facilidad; terná su armadera al cabo y su mena-tornillos y silbato debajo de él, y el muelle harto vivo, y los cabos de acero porque sirva si fuere necesario de eslabón; el cuchillo debe tener hasta un palmo de cuchilla y no más por excusar el peso y embarazo: la bolsa será de estas ordinarias la traza de ella, pero encima de la cubierta que cubre los cuatro escondrijos tenga tres bolsillos á la par, tan largos como la propia cubierta, y sus cordones que los cierren y en medio

de cada uno de ellos un botón para abrillos y un bocado donde se cierre, y dentro de cada uno de éstos otro bolsillo más pequeño de la hechura ordinaria, y sabiéndola hacer será más liviana y provechosa que ninguna otra invención.

SIL. Pues habéis tratado del arcabuz, que cierto debe ser la arma de que más han de usar los hombres nobles, necesario será que tratéis de la ballesta, que siendo más manual y barata, puede ser para todas gentes y no ha sido hasta nuestros tiempos de poco provecho y importancia.

MON. Comenzando por la cureña debe ser de serval, porque es la madera muy buena, vistosa y firme; debe tener buena nuez y los calzos tan concertados que ni por muy duros desgranen, ni por blandos suelten; debe ser bien labrada y descargada y la llave abierta conforme á la mano del cazador; la verga debe ser cogida para menos embarazo por el monte y para llevalla más cubierta cuando llueve y porque parece mejor; debe ser para tiros de perro de muestra y otros semejantes que son cortos, de veinte y ocho onzas de acero que bastarán porque maltrate la caza, y de treinta y cuatro onzas para caza mayor, y siendo bien templadas son muy convenibles para la una y otra caza; la cuerda para las jaras requiere ser delgada porque mejor azote y las despida, y para virote algo más recia, y para lo uno y otro encerada en invierno porque despida el agua, y poca cera en verano porque es calurosa y la corta más aína.

SIL. No sería malo para eso, por el inconveniente que decís, mezclar la cera con pez, que es más fría y será dura y da más fortaleza, según dijo el otro hablando de Cupido:

«La cuerda repasó de bajo arriba
Del arco fuerte, y con su pez y cera
El color y las fuerzas le reviva.»

MON. No sé yo lo que deba decir acerca de eso: yo ja-

más he leído ni oído decir que se le mezcle pez á la cera con que se enceran las cuerdas de ballestas; mas entienda cada uno lo que quisiere, que algún fundamento tendría ese autor cuando lo dijo. Lo que yo pienso tratar es de las gafas, las cuales han de ser ligeras y medidas con la ballesta y bien templadas, y no menos el fiel donde se afirman para armar virotes; han de ser de palo de lanza liso y buena veta sin repelo, derechos y bien sacados sin bagas ni combas, y el peso conforme al furor de la ballesta, porque siendo floja y ellos muy pesados, las menos veces alcanzarán al tiro que conviene y harán buen efecto porque llevan poca fuerza; y si fuere recia y los virotes livianos, necesariamente harán el tiro alto por do le será forzoso bajar la puntería y mudar costumbre, y será el tiro incierto, y tras esto se quiebran con gran facilidad; los virotes con que se ha de tirar á árboles ó á otras partes altas serán largos, y los que son para tirar al suelo serán más cortos, pero los unos y los otros conformados con el rigor y cuerpo de [la] ballesta. Las jaras deben ser de palo de jara, de donde por ventura tomaron ellas el nombre, cortadas en el mes de Enero antes que la madera sude, y en solana antes que en umbría porque sale la madera más tiesa y se defiende mejor de la humedad; y porque es de suyo el palo tuerto, se debe enderezar en una muesca hecha en otro palo recio, metiéndole primero en el rescoldo para ablandarle; en cuanto á lo largo se guardará el orden que dimos en los virotes; los casquillos deben ser cortos porque no descabecen, y bien herrados. Del aljaba y carcax y de los demás instrumentos que con la ballesta se suelen usar, no me parece tratar, porque no hay que advertir sobre ello.

Sil. Bien es que dejéis esas menudencias; y aunque antiguamente se solía cazar con arcos y flechas, pues ya no se usa, también me parece que lo paséis en silencio, pues quien lo quisiere saber bastará ver los arcos turquescos y los que ahora usamos de bodoque, y por allí lo podrá imaginar.

Sol. Lo que más importa es que tratéis de la yerba que llaman del ballestero, porque es provechosa para guerra y caza; cómo se pone y cómo se hace, y cuándo y para qué se ha de usar de ella.

Mon. La yerba que llaman de ballestero, que nos suele ser muy provechosa, es la que Dioscórides y todos los griegos llaman helleboro negro y blanco; aunque el negro no nasce en estas partes, ni aun el blanco debe conformarse en todo con lo que escriben los griegos; Cornelio Celso y los latinos le llaman varatro, y todos le tienen por de maravilloso efecto para purgar melancolía. Nosotros le llamamos verdegambre: procuramos cogella en tierra arenisca y en solana porque es allí más aguda y de más fuerza y vigor; y como se pretende de ella la raíz, cogémosla en el principio del otoño, que es al fin ó medio de Setiembre, cuando dicen que se han de coger las raíces por estar con su fuerza. Habiéndola recogido ansí, desechando la hoja, lavaránse estas raíces y majarse han en un almirez sacando el zumo y echándolo en una caldera limpia, y dársele há fuego manso por abajo, y cuando quiera hervir apartarse han las horruras, sacarse há lo más limpio colado, y echarse há en unos platos nuevos, y ponerse han al sol todo el diá cuando más claro y ardiente esté, y quitarse han antes que resfríe la tarde ni venga la noche, y curarse há de esta suerte hasta que se pare como arrope muy espeso; y luego echallo en una olla vedriada nueva y tapada y puesta en parte fresca porque más se conserve, apartándole todo lo posible de membrillos y de su color (1) porque le quitan la fuerza y virtud; y si por tiempo se añejare y quisiere renovarla, podrá sacar otro zumo nuevo de otras raíces de lo mismo y echarlo dentro y deshacer la confección que está añeja con él. Á esta confección llamamos yerba de ballestero, y con ella sole-

(1) ¿Olor?

mos untar las jaras para tirar á la caza mayor, poniendo tres dedos más adentro del casquillo unas estopas, muy pocas, sutilmente empapadas en ella y revueltas á la jara, las cuales, luego que tocando hay sangre, suelen emponzoñar todo el cuerpo; y va prendiendo poco á poco, y la res va perdiendo la vista y tropezando, y vomita cuanto ha comido: á eso llamamos hacer la yerba ó con la yerba, y hasta este tiempo no se le suele soltar el sabueso.

SIL. Con eso habéis absuelto todo lo que se puede pedir de arcabuz y ballesta, que son los dos instrumentos principales de la montería. Paréceme que tratásedes tras de eso de las bramaderas y gamitaderas, que son instrumentos también importantes y dignos de saber.

MON. Decís muy bien y yo estaba en ese propósito, y sabed que la bramadera puede ser de cuatro cosas: de gazgorro del mismo venado, ó en defecto de eso de res vacuna, metido en un palo grueso y untado con sebo porque salga bien después, y pónese á secar; y sácase de allí, quedando tieso y redondo [y] ha de ser de palmo y medio ó dos palmos en largo; ó de cañavera muy gruesa bien limpia y seca, quitado el cañuto de en medio, del mismo largo; ó de caracol, ó de cuerno de venado ó de buey horadados y limpios; pero los más naturales son la cañavera y el gazgorro, y en su defecto el caracol. Hase de tomar en la mano izquierda con el dedo grueso de ella, y poner los otros dedos combados do se retumbe la voz en el fin de la bramadera. La voz ha de ser formada en el pecho ó garganta apretando fuertemente, impeliendo el resuello afuera, á imitación de los venados.

SIL. Paréceme que se podría también [hacer] ese son con las cañas de toba, que son más largas y gruesas y limpias y huecas; y las de los mostazos yo pienso que vos no las habéis visto, pues no os acordáis de contallos para este propósito.

MON. Siendo tales como decís, yo entiendo que serán

de provecho; mas quiéroos decir de la gamita para ciervas, corzas y gamos, la cual solemos [hacer] de una de cuatro cosas. La mejor es de caña muy delgada, y cuanto más tanto más sutil hace la voz; y de seis dedos hasta cuatro, entendiendo también que cuanto más corta hace la voz más sutil, y así para corza será más delgada y corta, y más larga y gorda para la cierva, y para gama en medio de estos dos extremos. Hase de dejar á la una parte cerrada con su ñudillo en el un lado, del cual estará hecha una hendidura que llegue casi á la mitad de la caña. Hácese de carrizos también y de cardenchas. La que mejor suena y más propia es una que se hace de una hoja de espadañas junta, apretada con ambas manos y soplando recio con la boca; mas es muy embarazosa por ocupar ambas manos en este ministerio, y así no se puede usar. Solemos tañer estos instrumentos con los labios apretados sutilmente, casi como quien tañe pito; y hay algunos que sin instrumento lo saben hacer con la boca á imitación de aquellas ciervas y gamas y corzas, ó de sus hijuelos, como dijimos. La balitadera con que se llama los cabrones se hace de dos tablillas de enebro tan largas como la mitad de la mano, y tan anchas como el dedo menor de ella. Han de estar juntas y atadas por los cabos, y entre la una y la otra una tela del lustre del cordobán raída toda la carnaza, tan sutil que no llegue á ninguna de las dos tablillas puesta en medio, y que mirándola al viso se vea lumbre por entre las tablillas; y ella hase de soplar hacia afuera tomándola entre los labios. Á este son suelen venir los cabrones, no sólo en la corriente, mas en todo el año. La chilladera de los conejos es así de la misma manera, y se tañe de la misma suerte: sólo difiere en el tamaño y en la materia, porque ha de ser tan larga como la anchura de dos dedos [y ancha] como medio dedo ó poco menos; las tablillas serán de cuerno de ciervo bien pulido y raspado; que la hojuela que ha de estar en medio será de

la cortecilla ó lustre de un cañón de avutarda bien raspado y adelgazado sutilmente. Suélese chillar también con hoja de chaparro ó de cebolla albarrana ó telilla de gamón; mas hase de chupar hacia adentro y cánsase mucho el cazador. El reclamo para las perdices se hace de un trozo de caña gruesa tan larga como una mano, echados dos brocales de corcho por ambas partes, y por la una puesto un cañoncillo delgado y metido adentro, y en el otro lado puesto con cera por la parte de adentro un caracol de los pardos y grandes con una boquilla en el lomo de él, y todo lo demás cerrado, y aquella boquilla estará en par del cañoncillo de arriba á una pulgada el caracol del cañón; es mejor que de palo ni de cuerno, y si tuviere grueso canto imitará al macho, y si delgado á la hembra. La campanilla para sabuesos y perros de muestra será así: para el sabueso muy avivada porque el montero la pueda oir por lejos que esté; y si para perro de muestra, de muy débil voz porque siendo recia lo priva del sentido del oir, por do le hace dar voces al cazador con que espantará la caza; y si es para cabestrillo ó caza de buey será el cencerrillo sordo. El cascabel de hurón ha de ser pequeño y avivado. Los tornillos de los señuelos serán como suelen echarse á los gavilanes, y las pigüelas de lana por más blandas, y la varilla de cinco palmos y de sabina. El perdigón debe ser de gran sosiego, no estrellero ni vergueador porque no esturree la caza; muy parlero cantador que no desdiga paranza; no riguroso ni desabrido para las hembras, mas tan blando y amoroso como por la mayor parte lo son todos; para los machos no flojo ni callado al tiempo del enlazar, mas solícito importuno en negociar, porque no lo siendo, muchas veces llegando la caza junto á los lazos se torna atrás ó desvía por un lado; ni tan falto de codicia que se contente con ver una en la enlazada, mas tan negociante con las demás como sino hubiese caído ninguna.

SOL. ¿Y en qué perdigones se suelen hallar más continuamente esas partes que decís?

MON. En perdigones de poco cuerpo, gran cabeza y sobrecejo, tartajosos, de pico corto y encendido, algún tanto afeitado; y si fuere traído de tierra más temprana que aquélla do se ha de cazar con él, sería cosa acertada porque tanto cuanto más caliente y temprana fuere la tierra de donde es venido que aquélla donde con él se cazare, tanto más se adelantará en tiempo de pares; y así cuando otros acuerden á cazar, tendrá él la media caza muerta y aquel tiempo se gozará más que con otro, y es lo mejor de la caza el principio de ella porque vienen mejor; y debe ser perdigón nuevo, porque si fuere viejo todos los nuevos llegarán con temor, porque temen el manso viejo como en su canto lo conoscen, salvo si fuese, como habemos dicho, de débil canto y tartajoso que por su flaca voz le temen menos, mas siendo el manso viejo y de recio canto matará pocos nuevos; y si el manso fuere nuevo matará más nuevos y viejos, porque los bravos le sienten ventaja al manso; y si este perdigón se echase en tiempo de pares, saliendo con aquella mansedumbre que conviene, sería muy acertado por haber pasado ya por el conoscimiento de las hembras y habelles cobrado amor, porque así las llamará y acariciará; porque suelen todos, como se meten desde pequeños en la jaula, amenazar las hembras y querellas mal, y llamar los machos, lo cual no harían si tuviesen el uso de ellas, que como todos los demás animales las apetescerían y acariciarían.

SIL. ¿Y de la perdiz, qué entendéis?

MON. Contra lo que he dicho del perdigón, porque debe ser traída de tierra fría á la más caliente do con ella se ha de cazar, porque siendo al contrario, de que viene el tiempo de la caza, en lugar de cantar se enllueca y entra en la jaula sin querer dar un reclamo, como le viene el tiempo de enllocarse.

SIL. ¿Y en lo de la edad, es también al revés de los machos?

MON. Sí, porque debe ser vieja, que tiene ya perdidos los bríos y confianza de salir de la jaula; y como tiene mal calor natural tarda más en enllocarse, y así de que viene á tiempo de estallo ya se habrá gozado con ella lo bueno de la caza.

SOL. Bastantemente habéis tratado de esos dos reclamos: tratad del orden que se tendrá en la jaula.

MON. Ha de ser la jaula del perdigón recién enjaulado muy baja y algo estrecha, porque cuando nuevos suelen ordinariamente saltar hacia arriba con inquietud y desasosiego, con lo cual se descalabran y pelan el colodrillo, cosa de tan notable falta, que el perdigón que la tuviere por maravilla será bueno, porque en lugar de encerrar la caza la esturrean más; haciéndole la jaula baja hasta que muestre mucha mansedumbre se suele remediar, y ya después se le podrá dar otra más espaciosa, porque siendo baja cantará con trabajo y así se acomodará con la altura del perdigón, pues no son todos iguales. Debe ser de hierro porque el perdigón no sueñe verguear.

SOL. Deseado he saber de la calderuela, que dijistes que era general para todas aves, de qué suerte ha de ser.

MON. Ha de ser la calderuela de alambre, porque cayendo en el suelo no se quiebre; y ha de ser de palmo y medio en alto y poco más de un palmo en ancho, casi de hechura de lanterna, y el remate de arriba arqueado como puerta de capilla redonda. La lumbre será de pedazos de corcho ó de teas; y si la noche fuese sosegada de aire, sería acertado cazar con aceite llevando dentro un candilejo postizo como se suele hacer para lanternas; y las redes para la calderuela han de ser hechas en dos varas de hasta estado y medio en largo, y otra igual de éstas puesta en los extremos de éstas, que han de ir juntas por abajo de suerte que hagan todas un triángulo, y la red asida por

todas ellas de suerte que en llegando á las aves que han de cazar se arroje encima y las coja debajo en su hueco y capacidad. La red palomera de cañas se hace casi de aquesta suerte, salvo que las dos cañas altas que sustenta la red han de ir engeridas, que llamamos nosotros empalmadas, en dos palos de pino altos de más que un estado, y éstos llamamos peones, con sus cordeles y cuñas porque más firmes vayan, y la red tendida del uno al otro que venga á estar cerca; de dos estados y medio de anchura por los extremos de las cañas para que abrace más parte del árbol donde se echare. Los dos peones estarán atados por bajo casi un xeme uno de otro; la red será de lino delgada, y la malla tan ancha cuanto baste á quedar una paloma, porque menos se parezca.

Sil. Decidnos cómo se hace y cuál ha de ser el señuelo de las palomas.

Mon. Ha de ser de paloma vieja, de pico y cuello albo, y liviana; y ha de ser de tan buen ala, que en tocándole con el cimbel le suenen las alas y las bata recio como si tocase cascabeles. Ha de ser sorda y ciega, y esto se hace de esta suerte: metiéndole el cazador la cabeza en la boca y dándole cuatro ó cinco voces recias, se para sorda; y volviéndole los ojos con un alfiler, como quien bate cataratas, se para ciega; y dáseles de comer metiéndole algunos granos de trigo en la boca y soplándole recio hasta que los traga, y llegándole al pico una taza de agua, como la siente y huele, bebe.

Sil. Con eso me parece que habéis tratado de todos los instrumentos muertos de la montería; que aunque esa paloma de señuelo es buena y el perdigón, quiérolos llamar así pues importa poco, y son el uno señuelo y el otro reclamo, donde paresce que toman oficio prestado y amaestrado pues no es propio suyo ni nascieron para él sino se lo enseñasen y hiciesen usar. Por fuerza será bien que mañana nos tornemos á juntar aquí para que demos

fin á lo que resta, que es tarde, de aquellas cosas que nascieron para servir al hombre en la caza y no pierden su nombre ni usan mal de su oficio en cazar, como es el caballo y los perros y hurón.

MON. Sea como mandáredes, que yo vendré mañana prevenido para eso.

LIBRO QUINCENO

DE LA MONTERÍA.

LOS MISMOS INTERLOCUTORES.

SIL. Llegado hemos al tiempo, señor Solino, en que habéis de tener respuesta de lo que, si os acordáis, me preguntastes un día en este mismo lugar haciendo burla de mí, diciendo que qué tenía que ver montera y casaca y alfanje y ballesta, con la nobleza que había heredado de mis pasados y la filosofía que siempre profeso: yo os digo que si ha hecho en vos impresión lo que nuestro amigo Montano os ha dicho estos días y lo que hoy nos ha de decir, que os pienso ver mañana vestido como yo de diversos colores, porque le hemos de rogar que trate lo que debe hacer un nuevo montero, y cómo se ha de imponer, y de qué y con qué suerte y color se ha de vestir, antes que trate de los perros ni el caballo, que es lo que ayer nos dejó prometido.

SOL. Yo os restituyo, señor Silvano, en vuestra primera honra, y para satisfacella más, holgaré de contarme en el número de los cazadores porque lo tengo por ejercicio loable y digno de que los hombres de valor se ejerciten en él; y para deciros la verdad, yo siempre tuve á Montano, como lo tendré, por hombre legítimamente ocupado, y que si entendiera que este entretenimiento no era tal que sin derogar su valor lo pudiera usar, no tratara de él; mas he holgado de irle contradiciendo por sacar de él lo que nos ha mostrado estos días. Veisle viene y debe de traer voluntad de cumplirnos la promesa, y será

bien que le roguemos que instruya primero un nuevo cazador para que yo pueda, después de saber los preceptos que nos ha dicho, entender lo que me conviene hacer para salir perfecto en esta arte.

MON. Así es menester, que pues que nos queda tan poco que tratar, estéis apercibidos aguardándome porque demos fin á esta materia y tratemos de otra con que podamos ser todos á veces discípulos y maestros; que yo cansado estoy de ser siempre el que enseña, aunque con tales discípulos como yo he tenido estos días, bien puedo decir que he aprendido tanto como he enseñado.

SIL. Pues más os queda que hacer de lo que pensáis, que aunque se os haga trabajoso, antes que tratéis de los perros y caballos habéis de decirnos en suma lo que ha de hacer un gentil hombre que quiere comenzar á ser ahora cazador, y luego proseguid con lo que tenéis intento de tratar.

MON. De muy buena gana lo haré yo eso, que no es fuera de propósito habiendo de tratar cuáles deben ser perros y caballo y cómo se han de amaestrar y curar, decir cuál debe ser el que ha de gobernallos y regillos. Cuanto á lo primero, el que de nuevo se dispone á entrar en este oficio, dejado que sería bien que lo tomásedes desde niño como lo tratamos estos días citando autores, debe procurar un maestro á quien arrimarse en aquella parte de caza que estuviere aficionado, porque tratallas todas y ser en todas muy perfecto, lo tengo por imposible según son los ingenios de los hombres en muy tardos; y este maestro sea, pudiendo, el mejor y más diestro que se halle, porque aunque es verdad que con los preceptos y reglas que hemos dado podrá un hombre aprender lo que le bastase de montería, todavía no son todos tan despiertos que puedan como San Agustín aprender por sí las ciencias, y aunque lo sean, con más facilidad aprenderán siendo enseñados de buenos maestros, que trabajándolas por sí con más can-

sancio y trabajo; al cual está obligado el discípulo á obedecer en todo lo conveniente al arte y creelle, aunque no le entienda, hasta poder por sí disputar y entender la ciencia que aprende. Lo segundo será preciarse de montero y tratar con los que lo son, porque sin esto se hará en largo tiempo lo que con ello se podría hacer en breve, pues mucho se aventaja oyendo las experiencias ajenas y mucho más se tarda el que todo lo ha de experimentar por sí solo. Lo tercero será, vistas las propiedades del buen cazador cuales las pintó en Bernardo del Carpio aquel autor que citastes, tomallas de memoria y ver si las tiene ó no, y las que tuviere preciarse de ellas y mejorarse en ellas, y las que le faltaren suplillas de industria, porque sin todas es imposible ser buen artífice. Lo cuarto, aprender bien los avisos generales, el conocimiento de los tiempos y los avisos que están dados al principio y al fin de la caza mayor, aunque agora, porque me parece que viene á propósito, os diré el orden que tendrá en aprender á tirar bien el arcabuz, que también lo puede juntar con aquellos avisos que le aprovechará de lo mismo; deciros he también los vestidos y armas de que debe tener adornada su recámara para varios tiempos, demás de que todos los instrumentos de que hasta aquí hemos tratado debe tenellos limpios y colgados en ella de suerte que ni se enmohezcan, ni rompan, ni estraguen, porque con esto y con saber las reglas dichas, imposible será, ejercitándose en la caza, dejar de ser peritísimo en ella.

SIL. Paréceme bien que tratéis la manera de tirar con primor un arcabuz, porque, como decís, sin duda es lo principal que ha de aprender un nuevo cazador pues en esto está toda la bizarría y primor suyo; y después los vestidos y aderezos, que últimamente el trato y cura de los perros y caballos, pues el que hizo aquel libro que anda por ahí de cetrería, solamente se contentó con tratar sola esa parte y en eso encerró la cetrería, que más pro-

piamente pudiera llamar cura de animales de cetrería (1).

Mon. Para emballestarse el tirador más galán, firme y provechoso, debe poner el brazo izquierdo sobre que se ha de cargar el arcabuz, ó el derecho si fuere diestro de ambas manos, como he dicho que se requiere, con tal moderación combado, que ni esté muy largo y tieso, ni muy encogido y corto, porque excusando estos dos extremos estará el brazo más descansado y seguro y quieto; ha de tener los dos dedos menores de la mano cerrados que sustenten la caja del arcabuz, y los otros dos al lado de la caja apretándola con ellos, y el pulgar tendido por el lado contrario de la caja, y toda la mano ni apretada ni floja, porque de estar apretada se desasosiega el pulso con la alteración de la demasiada fuerza que pone, ni floja porque al tiempo de arrancar la carga podría cocear el arcabuz y ofender el rostro, y por lo uno y otro desvariar la puntería.

Sil. Bien dicho está de la mano que ha de sustentar el arcabuz: decid de la otra que ha de tirar.

Mon. El dedo pulgar de la otra mano debe poner sobre el encaro de la caja, que es junto á la cara, medio atravesado por encima de la cureña, de suerte que venga á estar junto á la ventana de la nariz de aquel lado, y el dedo índice puesto en el desarmador, y los otros tres dedos puestos en las tres vueltas que dijimos, y habrá de tener la manija la mano, y su llave bien apretada y asentándola sobre la mejilla, y si la caja fuere de hombro debe arrimar el cabo de ella á la junta del brazo con el hombro, y si fuere [de] pecho encima de la tetilla, y después de encarado cierre el ojo de aquel lado sobre que tira y mire de través con el contrario para que la puntería se

(1) Parece referirse el autor en esta poco benévola cita al libro de *Cetrería de casa de Azor*, de D. Fadrique de Zúñiga y Sotomayor: Salamanca, 1565.

haga cierta, corrigiendo en ella la horquilla con el punto y el punto con el blanco, y después de encarado ha de ponerse, para mejor tirar, de lado, que se entiende inclinando la tetilla del lado con que tira, y el brazo y el cañón á la caza, poniéndose abierto de piernas, la una de la otra dos pies, y enderezando la punta del pie delantero á la caza y el talón á la frente del pie postrero, porque si se pusiere más abierto estará penado, y si más junto tan mudable y con poca firmeza, que con sólo el aire que corre se moverá, por do será el tiro incierto.

Sil. ¿Y cómo ha de tener el arcabuz junto al rostro?

Mon. No tan apretado que le lastime, si hiciere avieso, con la fuerza del tiro, ni tan flojo que se le saque, al tiempo del arrancar, de la cara; y en los principios no se enseñe á tirar al blanco cerca, porque después, en ofreciéndosele el tiro lejos, errará cuanto tirare; y nunca tire menor que con su carga de bala entera sin quitalle nada, porque tenga para después hechos los brazos y oído y rostro al movimiento que hace el arcabuz al arrancar de la carga, porque con esto quedará acostumbrado á estar tan firme como habemos dicho; y á los principios no se acostumbre á tirar con perdigones, porque en confianza de que ha de acertar con unos ú otros al blanco, no guardará tan bien los preceptos dichos cuando tire con pelota rasa, y tire siempre sobre el brazo sin otro género de mampuesto alguno, pues para los más tiros que se ofrecen es necesario, porque no siempre se ofrecerá sobre qué poner el arcabuz y es bien que se enseñe á no tener necesidad de él.

Sil. Concluído habéis eso de que es bien que esté advertido el cazador nuevo: ahora será bien que le digáis los colores de los vestidos de que ha de usar.

Mon. Como el intento del cazador es engañar la caza con las semejanzas de las colores que tiene presentes, viene de aquí que, según tres diferentes ocasiones y disposiciones

de lugares, tenga el cazador tres colores de vestidos: uno para en el monte para todo género de caza, el cual para conformarse bien con las colores de él, ha de ser de paño cuya urdimbre sea parda y la trama amarilla de color bajo, que imita mucho á la suerte del monte y breñas; otro para en las sierras, de paño frailesco mortecino y oscuro; y otro para con el caballo de cabestrillo, que sea pardo algo claro que llaman bellorio.

SOL. Estos colores solos admitís para toda caza, y parece que desecháis el verdoso aunque es tan usado: decid la forma del vestido.

MON. La ropilla tendrá dos golpes debajo de las tetillas con sus tres botones: el derecho sirve de traer el frasquillo, y el izquierdo y otros dos que al mismo corte se harán en las faldillas, de otros pertrechos que son necesarios. La montera ha de ser baja de cumbre porque menos viso haga; la ventalla grande porque recoja y guarde la vista y la defienda mejor del agua y aire y granizo y sereno; y el gregüesco será estrecho de medio abajo porque menos ruido haga por el monte y más fácilmente pase por el estrecho de él; para tierra de monte zapatos de lazo, altos de cuello y recios para defender los garranchos, y para sierra alpargates, la pieza de cáñamo y la suela de esparto, así por más secretos como porque se asen mejor á las peñas.

SIL. Muy bien habéis cumplido con lo que os pedimos; ora venid á tratar del caballo en cuanto es necesario para la caza en que habéis enseñado, dejando la prolijidad de aquellos autores que pintan las partes que ha de tener un buen caballo y su naturaleza, y cuál será mejor, pues está dicho tantas veces y ha salido ya un libro en nuestra lengua *Del can y del caballo*, do trata eso más á la larga (1).

(1) Alude á la conocida y rarísima obra *Del can y del caballo*, por el protonotario Luis Pérez, clérigo, vecino de Portillo (Valladolid, 1568), ó tal vez á la que con el nombre de Julián de Medrano publicó el mismo

MON. Así lo pienso hacer: el caballo para el cabestrillo ha de ser grande de cuerpo y de gran cincha, porque el cazador se cubra mejor detrás de él y pueda ir más enhiesto y no tan quebrado como iría si fuese el caballo pequeño; ha de ser manso, cuerdo, de buen corazón y larga vista, porque ni se espante de los tiros ni de otras cosas de que se suelen espantar otros, con que espantan la caza; de blanda boca, porque revuelva pronto; pastureño, porque á cualquier cosa abaje la cabeza con que asegure la caza; castaño ó alazán de color, porque siendo éste el más común color de los que las reses ven en el monte, eche menos de ver en él, y si una vez la hubiere seguido no la conozca para otra por haber tantos que le parecen; el caballo para rodeo visto ha de ser de los mismos colores por la misma razón, y grande porque más se

Luis Pérez en París (idéntica en un todo á la anterior), cuya descripción, por no haberla visto referida en parte alguna, doy aquí con detalles:

«La | Historia | singvlar de seis | animales, d'el Can, | d'el Cavallo, d'el Oso, d'el | Lobo, d'el Cieruo y | d'el Elefanthe. | Por Iulio Medrano, | Cauallero Nauarro.—(E. del I.) En París. | En casa de Nicolás Chesneau. | 1583. | Con privilegio del Rey.

8.°—188 h.—sign. A-a-y.—Port.—v. en b.—Ded. al Rey de Francia y de Polonia, de Julio Íñiguez de Medrano: París 15 Marzo 1583.—Varias composiciones del mismo Medrano (muy malas) á Enrique III.—Profecía de la Sibila de Salamanca al mismo Enrique III.—Duque d'Espernon.—Al mismo Duque d'Espernon.—Profecía de la Sibilia de Salamanca.—Unos dísticos latinos sin autor á la obra de Medrano, y otro de éste también en latín *in lectorem Zoylum*.—dos h. en b.—Texto.

En la ded. al Rey de Francia dice:

«... y así entre mis obras, ejercicios y fatigas, escogiendo esta historia de seis animales (la cual yo compuse estando en España en la hermosa villa de Valladolid), y no hallando persona de tan alto merecimiento, acordé el dirigirla á V. M. movido por dos razones: la primera para principiar á darle señales de la voluntad que yo tengo á su servicio, y la otra, porque yo sé que entre todos los animales V. M. hace más caso y ama sobre todos el can y el caballo. Y por eso he dividido esta historia en tres partes, la primera de las cuales es ésta que trata solamente de estos dos animales, los cuales he puesto los primeros...»

parezca en tierra de jarales y monte alto y suelto, así para andar por montes espesos como por riscos y quebradas.

Sil. El modo de imponer el caballo de cabestrillo será menester que digáis, pues aunque sea tan bueno como lo pintastes, ninguno pudo nascer enseñado.

Mon. Primero se le ha de enseñar á andar de diestro sueltamente, y si al principio estuviere muy duro en esto, llevarle há uno de diestro y darle há otro compañero con una varilla en las ancas dejándolo pascer de cuando en cuando, y después se le enseñará á cabestrear, que es llevando la una mano el cazador á dos ó tres palmos de la boca del caballo y su cuerpo en par del caballo, y sin que deje de ir á buen paso alguna vez se reparará sin voluntad del que lo lleva: le da el otro con una varilla ó con la mano que lleva desembarazada del cabestrillo; y desque esté diestro en esto, lo enseñará dejallo pacer suelto desviándose de él, y si fuere bravo le echará un cabestro de cuatro brazas y quédese con el cabo en la mano, y si huyere cuando le vaya á tomar, tire un poco recio y dele una sofrenada y con este castigo y amansallo luego pasándole la mano por la cara á pocas veces le aguardará; y después para acaballo de hacer lo llevarán entre dos paciendo llevándole el uno y tirando el otro con una escopeta con pólvora poca y sola al principio, porque con el pequeño trueno se escandaliza menos; y si se espantare, tírele el que lleva el cabestrillo castigándolo de boca y tornándolo á amansar, inclinándole la cabeza al suelo para que pazca, y quitándole parte de la comida algunos días mientras le enseñan porque más la necesidad le obligue á pascer, y como se fuere amansando se le irá añadiendo la comida y la pólvora en los tiros, hasta tirar con toda su carga; que si tuviere buen corazón, en pocos días se asegurará, y sino tápele los oídos con algodón, y cuando hubiere de tirar sea unas veces sobre las ancas y otras por debajo de la barriga, y otras sobre el lomo y por delante

de los pechos y de las crines, porque teniéndolo acostumbrado por todas partes no se asombre cuando se ofrezca necesidad para tirar descansadamente ó para mejor emparejar las aves; mas no le arrime el arcabuz [á] alguna parte de éstas hasta que haya perdido el temor.

SIL. Y si el caballo fuese bueno en lo demás y se le quedase esa costumbre de alzar la cabeza cuando el montero dispara, ó fuese por esto, ó por ser temeroso y espantadizo, ó por ser nuevo, ¿qué remedio se tendría, pues no es tan inútil que se haya de echar por eso?

MON. Para eso usamos de un instrumento que llamamos guardafión, con el cual le hacemos estar quedo y tener la cabeza baja de modo que aunque no pazca lo parezca, y hácese así: echámosle una cincha de lana teñida del color del caballo por do se suele cinchar cuando está enmantado, teniendo á cada lado una lazada en par del corazón bien firme, y al cabo del cabestro atado un palillo tan recio y largo como el dedo, y á cada una de las dos cuartillas de las manos una correa con su hebilla, y en cada una por la parte de afuera un ganchuelo de hierro pequeño cosido á la correa firmemente; y de que el cazador está á tiro de la caza, baje la cabeza al caballo cerca del suelo y meta el palillo del cabestro por la lazada de la cincha; y lo que cuelga del cabestro ásgalo al ganchuelo que tiene el caballo en la mano, y así estará quedo aunque no quiera y se quedará costumbre buena para adelante.

SOL. Y si fuese tan espantadizo el caballo que de sólo ver que el cazador se apercibe se espantase, ¿qué remedio habría?

MON. Solemos hacelles de lienzo encerado y teñido del color del caballo, unas como alillas ó orejuelas que asidas á las cabezadas vengan por los lados de los ojos saliendo hacia fuera, de suerte que teniéndolas, el caballo puede ver todo lo que se le ofrece por delante porque tie-

ne los ojos descubiertos; mas no puede ver con el rabillo del ojo de través, y así no vee el cazador que está pegado con él ni entender nada de lo que apercibe, y á éstos llamamos antojos.

SIL. En verano cuando andan las moscas que suelen inquietar las bestias, no dejarán de metérsele al caballo en las orejas y hacelle cabecear y orejear, con lo cual podrá asombrar la caza: ¿qué remedio tenéis para eso?

MON. Hacémosles unos bolsillos de lienzo delgado y teñido de su color, y metémosselos en las orejas asidos á las cabezadas, y así evitamos ese inconveniente.

SIL. Pues que no quisísteis tratar del buey de cabestrillo cuando tratábades de su caza porque decís que es perezoso y no se puede caminar con él ligeramente, decidnos de qué suerte se hace del caballo buey, porque no se carezca de este instrumento, pues sabéis que la caza aguarda mejor al buey que al caballo, y pues se suele hacer.

MON. Á medida de la frente del caballo se le hace un frontal de la propia anchura hasta encima de las narices con un pellejo de becerro ó de pieles de cabrito bermejo que más le imita en el color, y éste será sobado y blanco por de dentro y por de fuera con su pelo; por el cabo de arriba do llega al nascimiento del copete ha de ser hendido y cosida la hendidura hasta cuatro dedos, larga de manera que haga como bolsa porque aquello hueco de ella encaje en el colodrillo del caballo; y en par de cada cual de los oídos se le ha de poner un cuerno, de suerte que la boca del cuerno se le ha de asentar allí metiendo por su vacío las orejas del caballo, y tener cuenta que en los cuernos haya derecho y izquierdo, según que el buey los tiene, y para que más firmes y bien puestos estén terná cada uno siete ó ocho agujeros en derredor de la boca; y por la parte de adentro del pellejo llevará una pieza redonda de baqueta, la cual se coserá con los agujeros de los

cuernos y con la pieza de la pelleja que dijimos, y desde el un cuerno al otro por de fuera una correa de tres dedos en ancho y hendida por medio y por los cabos entera, y éstas cosidas abrazarán los cuernos tomándolos en medio, y en el un cabo de esta correa tenga una hebilla y en la otra una correa tan larga que venga á asirse con la hebilla de la suerte que la cabezada ordinaria que á los caballos se les suele echar, y otra correa de esta suerte por cima de las narices que sirva de micerola, también cosida sobre el pellejo, y con esto estará firme; los cuernos serán labrados por un tornero que, cortándoles parte de las puntas y desbastándolos, quedarán de un palmo y tendrán de peso poco más de media libra, y esto baste para el buey; y quiéroos decir lo que más importa, que es el freno que ha de llevar el caballo de cabestrillo, el cual se hace así: que ha de ser una argolla redonda del tamaño de la barbada de la gineta y de cuatro piezas, asida la una á la otra como eslabón, y redondas, bien limadas, y una sortija redonda al cabo de cada pieza, y que la junta de ellas no sea premiosa, sino algo holgada, de modo que después de juntas y encadenadas todas, que vengan á hacer la argolla dicha, y al lado de cada pieza de los dos que salen fuera de la boca del caballo por par de la junta de los rostros de él tenga su sortija, de donde estén asidas las cabezadas que serán como para la gineta; y el cabo de cada pieza del freno que habemos dicho estar redonda, ha de entrar el cabestro de cerdas porque no se ponga crudo desque se moje siendo de cáñamo y porque es más disimulado, y el cabo de este cabestrillo se meterá por las dos sortijas y les hará cerrar las piezas del freno, y el cabo de él se ha de doblegar con el mismo á una mano de distancia del rostro del caballo: este freno es para los que fueren de buena boca, blandos y bien corregidos, y podrá pascer con él libremente como si no lo llevase.

Sil. Decid el que es para los bravos y duros de boca.

Mon. Ese será de dos piezas en redondo por la orden que dijimos las cuatro del pasado, tan grandes que basten á henchir la boca del caballo, salvo que la junta de estas dos piezas, que cae en medio de la boca, será de la misma traza de una bisagra de mesa; los cabos tendrán sus sortijas al cabo, como dijimos del pasado; mas ha de haber otra diferencia: que cada sortija ha de tener su cabo en el cabestrillo, y ha de entrar, no por la sortija que cae, no en par de él, sino por la contraria, porque así en tirando de ellas, aprieta más al caballo los rostros de suerte que le sujete mejor.

Sil. Parece que habéis llegado ya al último trabajo, que es tratar de los perros.

Mon. Los perros de la caza mayor me parece que será bien comenzar, y entre ellos por los alanos, los cuales deben ser muy ligeros y alentados en el correr, porque en diciendo los maestros lleguen con toda brevedad antes que se les dispare; animosos y osados en el acometer porque sin temor embistan y hagan presa en cualquier animal que pararen, y de tal presa, que primero revienten que suelten; han de ser recios y grandes para resistir la furiosa lucha del jabalí, y sería de grande importancia si demás de esto fuesen blancos porque pueda mejor el cazador conocellos de noche y distinguillos del animal de que tienen hecha presa, ó por lo menos el uno de ellos; suelen hallarse las partes dichas más ordinariamente en perros que tienen la frente ancha y el pecho, y largos de presas, derribados de bezos, de ojos pequeños y recios de brazos y zancajosos: porque la frente ancha arguye gran fuerza en aferrar; largos de presas, porque después de cruzadas las tenga más firmes; chicos ojos, porque ven más y arguye más ánimo; anchos de pechos, porque tienen más aliento para correr; derribado de bezos, porque arguye mayor calor y más fineza. Sus armas son dos pedazos de cuero ó del mismo jabalí curado ó de ante, ó de suelas de vaca, los

cuales cogerán ambos lados hasta las hijadas y ataránse sobre el lomo, y otro pedazo de lo mismo que cerque el cuello á la redonda.

SIL. Decid cómo se han de criar estos perros para que sean mejores.

MON. Éstos se han de criar en los rastros, carnicerías ó mataderos, de suerte que cebados en la sangre de los toros y vacas se hagan golosos y codiciosos de carne y sangre, y de allí se han de sacar en compañía de otros alanos ya diestros en las cosas del monte, porque no teman de acometer puestos con los que les dan ánimo en los trances y peligros que ellos no se han visto, y no dalles jamás cama regalada, sino que se críen en aspereza para que sean duros y hechos á trabajos.

SIL. Tras esos se siguen los maestros, que son tras quien ellos siguen.

MON. Han de ser de tan largo viento, que con facilidad hallen la caza; tan rastrero y sacador, que no toque en huélliga de jabalí que no la halle aunque haya llovido encima; tan cuerdo y diestro, que aunque tope vacas ó bueyes [ú] otros animales domésticos ó algún género de caza mayor ó menor, no diga sino en sólo jabalíes, porque diciendo en ellos, destruirá la montería y el montero haciendo estragos en los ganados mansos: esto todo se hallará en perros ligítimos sabuesos y más bermejos y pardos que de otro color; el orden de imponellos será sacallos desde pequeños atraillados [á] alguna vacada ó yeguada ó otros animales domésticos muchas veces; y si latieren acometiéndoles como suelen, los castiguen, y haciendo esto muchas veces vienen á no decir después en ellos, usando de este propio castigo en cualquier género de caza mayor ó menor que hallaren como jabalí no sea, y cama dura como á los alanos por la misma razón; el mantenimiento de estos perros será pella de harina de cebada, que éste es el mejor mantenimiento para ellos.

Sol. El perro de muestra debe seguirse tras esos.

Mon. Es así; el cual debe ser de tan largo viento que con poco trabajo suyo y del cazador haga muchás muestras, porque teniéndolo corto hará pocas y las más que hiciere serán de encuentro, por lo cual esperará mal la caza, cosa de notable inconveniente, y más si fuese en el verano y sus tres meses que en ellos tendrá menos viento por los varios olores que el monte ofrece por ser tan penetrantes que sobrepujan el olor de la perdiz; debe tener muchos pies porque con poco trabajo del cazador descubra mucha tierra y halle la caza que no hallaría si pocos tuviese, y el cazador trabajará doblado porque tendrá necesidad de entrar con él las cuestas subiendo y bajando; y si el perro fuese tal como digo, se podrá excusar todo esto que estándose quedo le podrá mandar y desvolverá mucha tierra, para lo cual debe ser bien mandado, porque no lo siendo no puede conocer bien la tierra, ni hallar mucha caza, ni esperar bien lo que hallare, porque le costará al cazador tantas voces para hacerle andar las querencias, que escandalice la caza y la desasosiegue; y debe ser de vuelta si la tierra fuere rasa porque le aguarde mejor la caza con el rodeo que les da, y si fuere la tierra espesa debe ser el perro de punta, porque siendo de vuelta hay dos inconvenientes: el uno que se ve la caza difícilmente por señalar el perro con tan poca certeza; el otro porque muchas veces por rodear unas tropiezan con otras, y más si están en bandas; ha de ser de duros pies porque no se despeen, y mansos en sacar la perdiz después de haber tocado de la andada.

Sil. ¿Qué es eso de sacar la perdiz?

Mon. Sácanla de tres maneras los perros: la una es que yendo por el rastro nunca quitar el rostro de él hasta haberla parado, y más cierto será volalla con esta forma de sacar de rastro especialmente si la perdiz salió á peón cola á viento, [que] como para haberla de seguir el perro

lleva el viento en las espaldas, no puede ir tan cierto y tropieza con ella; la otra forma de sacar [es] espiando con el rostro de cuando en cuando en el rastro y otras veces levantándolo, y ésta es mejor y más segura para aparalla con certeza; la última de las tres es que en tocando en el andada sale luego fuera y da un rodeo ancho atajando rastros hasta coger la perdiz dentro, y luego entra pico á viento hasta ponerse con ella, y ésta es la mejor forma de sacar y más segura de todas. Debe ser también de codicia insaciable, porque en faltándoles ésta falta todo por ser de todos los perros de caza el que más trabaja, y tanto, que de que vienen á la vez suelen orinar sangre; ha de ser bien acondicionado para pasar por el trabajo grave, porque jamás diga de no por fatigado que esté, por lo cual no debe ser muy blando de castigo porque no niegue al cazador; debe asimismo llevar el rostro alto y libre porque más señor sea del aire y menos tropiece con la caza; debe ser liviano y descarnado porque menos sienta el calor, y [de] recio hueso porque sufra el trabajo; [de manos] galgereñas y descarnadas porque menos se despee, y si fuere hembra le durará más el viento porque con el parto se purgan y descargan de los malos humores; y así para los machos, que carecen de ese remedio, usamos de una purga artificial que sirve para todos los perros de caza generalmente, que será darle dos ó tres días suero caliente, y al cabo de ellos una cabeza de cabra con su pellejo hecha pedazos y muy descocida con cantidad de aceite y un cuarto de alcrebite; pero no se le ha de dar más que el caldo y el pellejo y la lengua, sacándole primero todos los huesos.

SIL. ¿Y en qué señales de perros se suelen hallar las propiedades que decís que han de tener?

MON. En perros de mediano cuerpo, porque los grandes son flojos, y los muy pequeños débiles y se parecen difícilmente en el campo sino son blancos, que es el color

útil: por esta causa suelen ser los agozcados de más instinto que los navarros, pero de más resabios y peor condición aunque para más trabajo, aunque los navarros son de más viento y mejor acondicionados; y si echaren perro navarro á perra agozcada, suelen salir maravillosa mezcla de perros porque suelen tomar lo bueno de uno y de otro; mas no deben echar su perro á perra que tenga raza mala por alguna vía, ni hermano á hermana, ó madre á hijo. Estos perros se crían de pequeños corregibles, domésticos, bien mandados sin castigarles el dueño ó cazador los yerros que hicieren, sino otra persona de casa, porque le tengan amor para que le obedezcan; y de que sean de medio año les enseñen á buscar el pan, y para que mejor se impongan los han de sacar fuera de casa, y mientras no los sacaren los tengan atados con cadena porque salgan de mejor gana, y algo desambrido porque más le hostigue la necesidad á buscar el pan, el cual le arrojará de modo que no lo vea, y luego lo vaya metiendo pico á viento, hablándole y enseñándole á entender por «entra aquí,» «torna aquí,» «pasa aquí,» «tira afuera,» «entra y toma y tente;» y los primeros días se lo dejará comer sin castigallo, y después lo vaya recatando con las palabras que habemos dicho, y si se entrare en él sea el castigo muy poquito, porque siendo mucho, él cobrará tanto temor que no le obedecerá después; y así por este orden se enseñará á parallo, y en poniéndose en él, dele una vuelta redonda según que después se ha de dar para la perdiz y párele y dele una castañeta, con la cual señal entrará á tomar el pan; y en siendo de nueve meses arriba lo saque al campo y lo emponga en las perdices por este orden que en el pan dije; y si estuviere tan rebelde que sin embargo del castigo volare las perdices sin parallas, se le ate un cordel largo al pescuezo y se le eche una perdiz de mano, atándola primero á una mata que él no la vea, y luego lo meta pico á viento y lo vaya recantando con las

palabras dichas hasta hacelle poner en ella; mas esta perdiz se debe tener en una jaula poniéndola de parte de noche al sereno para que con el fresco se le quite el olor que pudo tener de haber llegado á ella el cazador, y después cuando se ate á la mata no le toque con las manos, porque si la manosea no querrá el perro llegar á ella ni hará caso de ella alguno hasta hacérsela parar, y le dé las tripas de ella, y por yerros que haga no lo castigue con exceso, principalmente de las orejas porque vienen de ensordecer, y por este orden le impondrá hasta sentallo; y si lo quisiere hacer de vuelta en poniéndose en el pan de pequeño podrá con atalle una cuerda al cuello de dos líneas en largo y el otro cabo con una lazada á un asta enponiéndole el pan por mano donde no lo alcance aunque esté cerca, antes le hable diciéndole «tira fuera,» que él irá dando sus vueltas redondas de do le venga á quedar costumbre para hacello en las perdices; y si el pan que le hiciere buscar se lo pusiere en algunos agujeros de paredes á medio estado en alto, le quedará costumbre para llevar el rostro después más libre por el monte; y si lo impusiere en perdigones nuevos lo asentará más presto, porque aguardan más; mas no en codornices, porque se enseñan á parar muy cerca. En lo que toca al cortalles la cola, se ha de entender que siempre estos perros nacen con ella, lo cual, como diremos después, pasa así en los sabuesos, y hanse de descolar de hasta tres meses, dejándole tanta cola cuanta pareciere para tener después de crecido un remedo de cola, porque si se la deja menor será gran inconveniente; hase de cortar por medio de la coyuntura porque no se lastime algún hueso, que será difícil de sanar, atándosele poco antes de donde se le ha de cortar una cuerda bien apretada porque al cortar no sienta tanto el dolor y después no se desangre, y quemarse há con aceite acabado de cortar.

SIL. ¿Y qué inconveniente sería si le quedase la cola más corta?

MON. Siempre que el perdiguero va buscando las perdices suele ir rascando con aquel regocijo y alegría que siente, y sino lleva la cola hace aquel movimiento con las ancas y cánsase más presto, y para evitar esto es bien dejalla larga para que no le falte con qué mostrar su contento.

SOL. El sabueso entiendo que debe tener mucho conforme con el perdiguero, y será bien que tratásedes de él.

MON. El sabueso ha de ser de tan largo viento, que aunque por estar rebotado de muchos días que haya dejado de salir de caza pierda mucha parte de él, le quede lo necesario para ser buen atraillador, entre otras cosas [por]que de él se aprovecha de las más principales partes para perseguir la caza, y como tal se halla en pocos; codicioso de tal manera que no se harte presto; de acuerdo y secreto, porque atraillándose tire mejor el cazador y no pierda el rastro; á la codicia insaciable, mas el rostro libre y levantado porque con más certeza lo siga; de buen instinto para los avisos que en la caza ha de tener, y no temeroso en demasía porque de castigalle sus yerros no deje de atraillar; no tan sensible que con pequeña causa gaña y espante la caza, pero no flojo ni descuidado porque no se duerma en las atalayas y deje señalar la caza de ojo, viento y oído, con cuyo aviso la ha de enseñar al cazador; debe ser apartador, porque si yendo tras la res herida se juntare con otras sanas, la aparte y distinga de ellas; debe ser ligero en el correr tras las reses porque con más facilidad las pare; debe ser alentado también en su carrera porque en tiempo de verano no se acalore y deje de perseguir la caza; sea decidor porque vaya dando noticia yendo tras la res al cazador para que más fácilmente los halle, y ha de ser setero ó seto *(sic)* porque no deje la caza hasta pararla ó derribarla; ha de ser pequeño de cuerpo porque la res tras quien fuere se le parará muy más presto no temiéndole; ha de ser descarnado de manos porque menos se des-

pee: suélense hallar estas partes más continuamente en perros de uno de dos colores, ó bermejos con algunos pelos mezclados de negro y el rostro muy negro, que llamamos buzero, y de uñas negras y descolados de naturaleza, ó en perros negros y el pecho blanco, anchos de frente y abiertos mucho de las ventanas de las narices y los ojos vergonzosos; deben ser hijos de sabueso y sabuesa legítimos, sin raza de otro ningún género de perros de todos cuatro costados, porque suele responder aquélla y no á las partes que tiene buenas.

SIL. Y si alguna vez no hallásemos sabuesos tan legítimos, ¿de qué mezcla de perros se podría hacer que fuese buena?

MON. De sabueso legítimo y de perra de muestra, muy castizo cada cual en su género, pequeños de cuerpo y descarnados y de largo viento.

SIL. ¿Y sino salieren de naturaleza descolados?

MON. Descolarse han por el orden que dijimos, dejándoles la cola muy corta ó ninguna, porque aquí no hay el inconveniente que atrás dijimos y parecen mejor; hánseles de cortar también las orejas, dejándoles en la parte delantera unas punticas con que señalen la caza. Suélense también descolar los maestros ó ventores, y no se descolan los perneadores aunque son de la misma casta.

SIL. ¿Por qué razón descolan todos esos perros y les cortan á esos sabuesos las orejas?

MON. Lo uno y otro se hace porque sean más secretos, que cuando llueve y se mojan se suelen sacudir y hacer ruido con las orejas y cola con que espantan la caza; y como sabuesos y ventores y perdigueros son perros que han de ir descubriéndola con secreto, requieren que lleven las colas cortadas para evitar el ruido, y como los demás no son menester sino cuando ya la siguen al descubierto, no tienen necesidad de este secreto; y algunos hay que les es necesaria y no harán bien su oficio sin ella, como son

los galgos, los cuales al revolver sobre la liebre cuando se les quiebra y queda atrás, se ayudan de la cola y se estriban en ellas; y los perros de encaramo, los cuales, como en su lugar diremos, han de imitar á la raposa para engarbar las perdices; mas á los demás no les es necesario tenella ni dejalla de tener.

SOL. Pues si por guardar el secreto le cortaran la cola y orejas, ¿por qué al perdiguero no se las cortaron, antes le dejan con orejas tan grandes?

MON. Porque al sabueso fué menester cortárselas porque oyese más las reses grandes que persigue, y al perdiguero, que nunca se aprovecha del oído, se las dejaron tan grandes porque oyendo menos tuviese más atención en los otros dos sentidos de que se ha de aprovechar, y porque aunque se moje nunca sacude tan recio las orejas, y si las sacude no importa para asombrar las perdices, que antes las detiene con el ruido y miedo que con encubrírsele.

SIL. Proseguid, señor Montano, con el sabueso, y decid cómo se ha de imponer y criar.

MON. Ya dije al principio que el sabueso ha de ser pequeño, para lo cual aprovechará dalle de comer muy por tasa, pero no tan poco que le necesite á comer suciedades con que suelen enfermar y privarse de sus sentidos; y si se les da mantenimiento demasiado, se crían viciosos y holgazanes; y si les falta el mantenimiento ó pasto acostumbrado, vienen á hacer daño en los ganados: y en casa hanse de criar siempre en cama dura y no dejallos echar cerca de la lumbre, acostumbrándolo á estar atado desde cuatro meses porque se haga corregible, soltándolo por la mañana y á la tarde dos veces, castigándolo siempre que gaña en la cadena, la cual en el principio ha de ser de hierro porque de cáñamo ó cerdas la roerá y de aquí le vendrá á quedar mala costumbre y resabio de cortar después la traílla, que no se puede cazar con él sino con ca-

dena, lo cual es de gran perjuicio por el ruido que va haciendo por el monte.

SIL. Y si el sabueso trujese ese vicio cuando viene á manos del cazador de suerte que royese la traílla y no le pudiese dejar atado para ir á tirar á la caza, sino que la royese y se fuese tras ella, ¿qué remedio se tendría fuera de echalle cadena de hierro que decís que es de gran inconveniente?

MON. Tomar la traílla de cerdas dos compañeros, y empapándola primero en hiel de vaca, acíbar y zumo de retama, abrille la boca echándole un pezuelo con un garrotillo para que no muerda ni la cierre, y pasalle muchas veces la traílla por la boca y labios hasta lastimalle y hacelle saltar la sangre, porque después con hallarse lastimado de las cerdas y el amargazón de la medicina con que la traílla fué untada, no la osará tomar más en la boca y así no la roerá. Débenlo sacar al monte (tornando ahora en el punto que íbamos) de ocho ó nueve meses, y atarlo á una mata con su cadena y desviarse de él; y si gañere, volver á él y castigalle tapándole la boca porque no suene y se enseñe á ser secreto; y de que lo castigue, irle hablando y amenazando rageándole como perdiz con moderación porque no le niegue, y luego tórnese á desviar; y si volviere á gañir haga lo mismo hasta que venga á tener el secreto que conviene cuando el cazador le dejase atado como es menester; y después de habello acostumbrado á estar secreto debe ponerlo en la huelliga de una res de monte más que en tarea de ellas porque menos viento alcance y salga mejor atraillador, y si fuere en verano será mejor que en invierno porque entonces alcanzan menos viento cuando por estar la tierra seca hay menos noticia de las huelligas; y si se impusiese en parte rasa donde no haya monte alto le será más útil porque también deja allí la res menos olor de sí que en el monte con quien va frisando, y por esta razón suelen salir de la sierra de

Cuenca y otras partes rasas mejores atrailladores que en Sierra Morena y otras partes de su disposición por el mucho monte que hay en la tierra do los tales perros son impuestos; y después de tenelle ya puesto en el rastro, si por la poca experiencia lo perdiere, no le ha de mostrar mal semblante ni castigallo porque no lo niegue, mas tornándosele á enseñar y poner en él atajando rastros en el propio, llevando el paso lerdo para enseñarlo á ir con cordura, y si yendo atraillando resaltare la caza y gañere, le dé una vuelta con la propia traílla al rostro para que no suene y le castigue con la moderación dicha, hasta que esté tan bien encarnado que con la golosina de la carne pase por el castigo que se le diere; y si fuere, como algunos son, incorregible, que siendo blando tendrá necesidad de menos castigo, después de puesto en estas costumbres se debe soltar tras una res herida, y si fuese la pierna quebrada que la parasen fácilmente sería mejor; y á la primera y segunda suelta si se soltase en compañía de otro que fuese diestro quedaría más animoso y mejor enseñado para acometelle y paralla hasta que el ballestero le dé otro remate; y cebándole después con las tripas y sangre de ella y empapuciándole las narices quedará tan encarnado, que después trabaje con mayor codicia por entender que le va su parte, como se ve claramente en que los perros que no comen carne son faltos de codicia.

Sil. El perro de encaramo ó de engarbo tengo deseo que me pintéis, porque entiendo que se habrá de seguir tras él de perdices según el oficio que tiene.

Mon. Ha de ser de largo viento, como está dicho de los demás perros que han de buscar la caza, que no deje de sacar cualquier andada que encuentre aunque haya llovido encima ó esté la tierra seca, y no de menos instinto que los demás, porque viéndolas trasponer las busquen y hallen después y engarben con más certeza; y que sea decidor y codicioso porque mejor las encarame y no se le

bajen hasta habellas derribado el montero, ni deje el cazar en todo el día. Suélense hallar estas partes en perros pequeños, de cola muy roscada, bermejos ó pardos; y si fuesen pardos y cenicientos, que es el color que imita la raposa, y muy sedeño, engarbará mejor la caza, y de cola grande y extendida; el perro de senderos y éste en algo se parecen al podenco aunque no es éste tan grande, mas el perro de senderos ó nòcharniego es tan grande y le parece mucho; ha de ser largo de viento y muy corredor porque siendo pesado aprieta poco la liebre que le huye y no la lleva á las redes especialmente si es á la primavera, cuando la liebre tiene mucha gana de correr y ninguna de encerrarse en el monte por no estar harta; ha de ser traedor porque excuse de trabajo al cazador, que aunque se eche le traerá las liebres que cayeren á la mano; y sino lo fuere conviene ser decidor, porque si él no las ha de traer, por sus voces entienda el montero do está la liebre caída, y para mejorar las redes la noche siguiente y tomar las liebres en la presente si se le hubieren por diferente parte de do tiene él paradas sus redes. Suélense hallar estas partes en perros bermejos, caídos de arca, cogidos de cinta, delgados de cola, ni tan delgada como galgos, ni tan recia como podencos, que difieren del uno y otro mirados bien, aunque imitan más al podenco que al galgo.

Sil. Razón fuera que dijérades primero del podenco, pues esos perros le parecen.

Mon. Poco importará, pues es tan conoscido. En el buen podenco deben concurrir cinco partes principales: que halle y rehalle y quite y traiga y llame de morada; que halle mucha caza por su gran diligencia de pies y viento y codicia; rehalle, porque si la perdiere por ser el monte alto y espeso, la torne á hallar muchas veces hasta encerralla; que quite á otros cualesquier perros en cuya compañía se hallare y la traiga al cazador de noche y de día, y aun á casa si él se saliere solo á caza como suele suce-

der muchas veces; y llame de morada, porque en verano suelen muchas veces estar los conejos cerrados todo el día en los vivares frescos por el calor del sol y otras por falta de monte, y el perro que no lo hace cánsase de andar buscando todo el día y no puede topar ninguno; hállanse estas partes en perros bermejos ó cereños, de largas orejas y cola roscada, y el rostro crescido, descarnados y abiertos de detrás y de delante, y además de media edad, porque entonces suelen correr con tanta destreza, que casi no se menean, y con esto cierran mejor el conejo porque le siguen con más certeza en el viento.

SIL. El hurón parece que siempre le suele ser fiel compañero, y así podréis decir algo de él aunque parezca mal entremetido entre los perros, pues vuestra intención no es tratar de los perros, sino de los instrumentos de la caza.

MON. Hay dos maneras de cazar con hurón, la una con cuerda y la otra sin ella: la de la cuerda es trabando el hurón de pie á pie, y en medio de la tabla se le ata una cuerda cogida como mecha de arcabuz; échase al hurón en la madriguera, y en asiendo al conejo, tiran de la cuerda y sácanle; y para esto se requiere ser el hurón grande y de buena presa, y aunque sea pesado no es inconveniente, porque como le han de sacar tirando de él, importaría poco la ligereza.

SIL. ¿Para qué es la cuerda cogida?

MON. Para que si acaso se arrevolviere el hurón á alguna raíz ó á otro impedimento, pegándole fuego poco á poco se vaya quemando y deje al hurón libre; y el hurón con que se caza sin cuerda ha de ser muy pequeño de cuerpo siendo macho, porque siendo grande ase el conejo dentro y degüéllalo y no le puede echar fuera para que venga á las manos del cazador, y otras veces se trasconeja con él; y si es hembra requiere ser larga porque son de menos pujanza que los machos, y siendo de esta proporción suelen ser muy ligeras, que á ella y á él es muy necesario para sacar

mejor los conejos, lo que no puede el hurón pesado cuando el vivar es espacioso, porque como le traiga gran ventaja el conejo al hurón para venir á las redes, llega á la puerta, y viendo las redes paradas, tórnase adentro y anda dando vueltas y jugando con él.

SIL. ¿Qué remedio podría haber si ese hurón suelto degollase?

MON. Uno de dos, ó echarle un presuelo ó cortalle las presas, porque con esto no podrá hacello; y viéndose privados de presas, pónense delante de los conejos y arúñanles la cara y hácenlos salir fuera; requieren ser nuevos porque éstos son más ligeros.

SOL. ¿Cómo se imponen estos hurones?

MON. Para más brevemente se les dé á comer de algunos conejos abriéndoselos por las orejas, y después lo echen tras algún conejo que es cerquita en algún tollón ó coladero, y podráse echar en compañía de otros y perderá más presto el miedo de entrar en los vivares aunque estén obscuros y hondos; y si después de haber sacado alguno no quisiere tornar á entrar, le echarán tierra en la cara para que se castigue y obedezca; y si habiendo entrado volviere á salir chirriando, no porfíen á metello, porque está dentro alguna sabandija que puede más que él, como gato montés, ó de clavo, ó raposa, y lo matará.

SIL. El galgo debe ser el último de esos perros de caza, y más delicado y digno de que os detengáis en tratar de él.

MON. Así lo haré yo como veréis: y sabed que ha de ser de mayor ligereza que los demás porque con ella ha de vencer el más ligero animal que conocemos, que es la liebre, y que si corriere tasadamente la alcanza con tanta dificultad, que será incierto el golpe que arroje para cogella las más veces hurtándole el cuerpo y dejándoselo en vago, y de que acuerde á tornar sobre ella le ha cobrado tanta tierra, que para haberla de dar otro alcance le

cuesta sudores de muerte; mas debe ser tan cierto en el coger, que sino le pudiere dar más de un alcance en algún breve espacio de tierra rasa por las espesuras del monte, que en sólo aquél se la lleve en la boca; y ha de ser tan firme y para mucho, que aunque corra cinco ó seis liebres no desfallezca para las demás que se ofreciere; y ha de ser tan presto en el salir, que apenas haya dicho el cazador «hela» cuando él salga como una jara de ballesta porque no le cobre tanta ventaja que se le meta en la montaña antes que la alcance; suélense hallar estas partes las más veces en perros blancos, crecidos de cuerpo y recios de huesos; de larga y delgada cabeza, rostro y pescuezo; bajos de hombros, corto de brazos, abierto de pechos, cerrado de puños, enjuto de cañas, derribado de ancas ceñido de hijadas, tieso y ancho de lomos, ancho de caderas, de fuertes pospiernas, corvado, largo y delgado, de cola derribada para bajo desde su nacimiento, y la punta de ella algo roscada, que diga la punta á la cola derecha sin torcerse á una ó á otra mano. Criarse há con mucho regalo, bien mantenido, la cama de paja trigaza en un horón, porque es todo lo blanda y regalada y caliente que para ellos se requiere; será acertado sacallos en compañía de otros en siendo de un año, y antes no porque se quebrantan y son después para poco; y si quisieren que éstos y los perros de senderos y podencos que traigan la caza á la mano, aunque no les venga de casta, se les enseñe por el orden que diremos en los perros de agua.

Sil. Bien será que tratéis luego de ellos.

Mon. Esos perros se deben criar con sopas en agua caliente y con aceite, porque con esto se crían ellos y los demás lucidos y sanos y limpios; débeselos dar su cama blanda como á los galgos si fuere falto de lana, y si fuere sedeño podrá sufrir menos regalo en la cama; han de criarse sueltos hasta ser de cinco meses, y de allí arriba se encadenen como los demás, enseñándolos con el cas-

tigo á ser secretos, soltándolos á las horas dichas de los demás, dándoles siempre por su mano de comer, y comenzándolos á imponer fuera de casa de aquella edad arriba echándole á rodar una pelota, diciéndole «tráela, hijo,» acodiciándolo y mostrándole el rostro alegre como que jugando con él, que á pocas veces que esto haga la traerá, y siempre que la traiga le escupa en la boca y lo halague y muestre mucho amor, y después que sepa hacer lo saque al campo y lo enseñe á ir tras de él cerca de sí, y si se desviare le haga volver reprendiéndolo, porque de saber esto se le sigue mucho provecho para las cosas que el cazador ha de hacer después, y porque pueda entrar á rececho llevándolo tras de sí; mas luego se le eche algún pajarillo quebrada una ala para enseñársele á traer, y si se le echare en algún cardedal ó herbacial la segunda vez, será mejor porque le cueste más trabajo de buscallo allí y se enseñe á rastrear en las aves heridas, que cazando después con él se le entrarán en los altos y espesos cardedales y aneares; y si se comiere los pájaros será señal de muy codicioso y no lo debe castigar por ello; y después le enseñe á traer algunas palomas que con el arcabuz le mate, de las cuales le dará la molleja; y si estuviere algo rebelde en traellas, arremeta á correr por diferente parte cuando el perro la esté mordiendo, porque viendo que su amo se va corriendo, por no quedarse solo ni dejar la paloma muerta se la llevará en la boca; y si en todo esto no bastase para traelle, se le eche una viva y quebrada un ala y atada al pie una cuerda larga, y cuando la esté mordiendo vaya poco á poco tirando de ella hasta traella á sus manos, porque de aquí aprenda él y le quede costumbre, y con menos industria traerá por serle más natural que á otro género de perros; mas después que esto haga bien en tierra se le eche alguna paloma en un charco pequeño porque pierda el miedo de entrar en el agua, y después en tablas hondas; y ya que sepa sacar de ellas, se le ata una

paloma al cabo de una caña larga y se le haga entrar por ella quedándose el cazador con el cabo en la mano, y de que llegue el perro nadando á morder la paloma se la hunda el cazador con la caña debajo del agua un poco, cuanto apenas se parezca y se haya de mojar el perro el rostro para sacalla, y después de hacer esto algunas veces se la hunda bien bajo del agua cuando la vaya á bocar, porque le será después muy necesario para sacar las aves que heridas se le zabulleren debajo del agua; y le traerá haciendo esto después cualquier cosa que se le olvide en el campo ó en casa, ó se le perdiere, mandándosela buscar la hallará, porque á todo esto se extiende el instinto de estos perros sobre todos.

Sil. Discretamente habéis procedido en enseñar á los perros de agua; y decís finalmente que á los podencos y perros de senderos y galgos y perdigueros se le puede enseñar traer á la mano por ese orden, y me parece que les es muy necesario porque le servirá haciendo esto de dos oficios, que es de cazar y traer la caza.

Mon. Yo entiendo que teniendo los perros esos dos oficios tienen toda la perfección que han menester, porque donde nò, de poco serviría muchas veces matar la caza y comérsela ó dejalla á otros perros ó animales del monte. Ahora resta deciros de las enfermedades que suelen padescer y cómo se han de curar, para que por descuido no se pierdan después de haber gastado tiempo y trabajo en amaestrallos.

Sol. Ya me parece que dejáis dicho eso, pues dijistes la purga general que se les suele dar.

Mon. Sino hubiera más que purga decís bien; pero hay otras enfermedades que requieren varias medicinas, entre las cuales es una la sarna, que suele fatigallos mucho y quitalles gran parte de su valor, para la cual se ha de tomar aquella yerba que se llama la belesa, majada con sebo de macho y hecha una pella, y se untarán los

perros con ella y los pondrán al sol, que á dos veces ó tres se quitará; ó si esto no, tómese agua cocida con cogollos de adelfa y lávenlos con ella, y pónganlos también al sol y hará lo mismo; suele también hacelles una lombricita blanca debajo de la lengua, poco más gorda ó mayor que un alfiler de los pequeños comunes, la cual seca los perros y no los deja medrar, y llámanla la ruín: ésta se ha de sacar teniéndole uno de las orejas, otro sacalle la lengua y luego se le parecerá á la parte de abajo de la lengua; hase de descarnar con un alfiler ó aguja, y levantando un poquito de ella atalla con una hebra sutilmente y tirar poco á poco hasta sacalla toda y untar aquella heridilla con una poca de sal para que se castre y sane brevemente; suele hacerse ésta más ordinariamente en perros nuevos cachorros.

Sil. Las víboras hallo yo por el mayor inconveniente que esos animales pueden tener porque andan siempre á peligro de encontrarse con ellas, especialmente en los perros de muestra y podencos y otros cualesquiera que traigan el rostro por el suelo.

Mon. Así es verdad, y aun el Escorpión y el Musgaño suelen picalles y á veces al cazador también, de donde les aconsejaría yo á los monteros que nunca fuesen al monte sin llevarse su triaca para semejantes sucesos, y de la fina, que suele importalles la vida; y más si llevase una agujeta cervuna, que en picándole alguno de estos animales y atándola sobre la picadura, no pasa la ponzoña adelante, y untándola con la triaca y comiéndola puede guarecer.

Sil. ¿Tenéis alguna experiencia particular acerca de curar los perros luego que los veis heridos de víboras?

Mon. Una le vide yo siempre usar á mi padre nueva y digna de admiración, y es que en viendo herido el perro le ataba como tengo dicho con la agujeta cervuna y luego le picaba toda la hinchazón ó emponzoñado con un cardo

setero, que es aquél que tiene la hoja ancha y con sus puntas como las palas de los gamos, y suele criar á su sombra ó debajo de su pie las setas ó xetas de quien él tomó nombre: es de maravillosa eficacia para este menester.

SIL. ¿No tuvistes noticia de dónde supo vuestro padre esa medicina tan nueva y provechosa al uso común? porque ya sería posible que aprovechase también para los hombres desemponzoñando la herida hecha por ese animal.

MON. Decía mi padre que estando un día en el campo vió un lagarto que puesto á la boca de su madriguera procuraba defendelle la entrada á una víbora que con grande ímpetu y deseo procuraba entrársele dentro, y que trabados los dos en batalla se mordieron á veces mucho, y como el lagarto se sintiese emponzoñado, que apartándose de ella se fué á un cardo setero que estaba allí cerca y revolcándose en él se desemponzoñó y volvió á la pelea otro gran rato, y siendo emponzoñado segunda vez hizo lo mismo, y tercera y cuarta, y de esta manera sustentó la batalla más espacio de una hora sin que el uno ni el otro quisiese dejar el campo por del contrario; y de aquí vino á colegir que aquel cardo tenía virtud tan admirable, y experimentándola la halló cierta y usó de ella toda su vida sin hallar falta en ella, y lo mismo me ha pasado á mí después que uso de ella.

SIL. Por cierto la invención fué discreta y vos habéis tratado lo que toca á los perros y sus señales muy bien, y me parece que si yo fuese ahora á comprar un perro que tendría ciencia para sabello escoger muy bien: sólo me podrían engañar en darme un perro viejo por nuevo, que hasta conoscer las señales que tiene para bueno, nadie me haría ventaja.

MON. Pues no quiero que os falte ese punto; sabed que los conoceréis en esto: que los viejos tienen los lagrimales

de los ojos gastados y los ojos más hundidos y no tan resplandecientes como los nuevos, y los cimientos de las presas amarillos, y si es macho la pinta de la bolsa de la verga más caída y derribada, y si es hembra la boca de la madre más abierta y de mala proporción.

Sil. Acerca de los partos de estas perras, ¿hay alguna diversidad?

Mon. Ninguna, porque nueve días andan con su purgación ó sangriza antes de estimarse, y nueve días tardan en estimarse después, y nueve semanas traen en el vientre, y nueve días tardan en abrir los cachorros los ojos; y los que más presto se sueltan á andar, aquéllos son más vivos y de más agudo instinto; y las perras de mejor casta paren pocos y esperan menos á los perros y á menos que las otras.



ÍNDICE DE LA OBRA.

Páginas.

SOCIEDAD

DE

BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES.

1. Excmo. Sr. D. Pascual de Gayangos.
2. Excmo. Sr. D. Braulio Antón Ramírez.
3. Excmo. Sr. D. José Almirante.
4. Excmo. Sr. D. José Fernández Jiménez.
5. Excmo. Sr. D. Mariano Vergara.
6. Excmo. Sr. D. Francisco Asenjo Barbieri.
7. Ilmo. Sr. D. Santos de Isasa.
8. Sr. D. Vicente Vignau.
9. Excmo. Sr. D. Miguel Colmeiro.
10. Excmo. Sr. D. Manuel Colmeiro.
11. Ilmo. Sr. D. Juan Facundo Riaño.
12. Sr. D. Jacinto Sarrasí.
13. Sr. D. José de Castro y Serrano.
14. Sr. D. Toribio del Campillo.
15. Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
16. Sr. D. Cándido Bretón Orozco.
17. Sr. D. Manuel Rico y Sinobas.
18. Sr. D. Carlos Castrobeza.
19. Sr. D. Genaro Alenda Mira de Perceval.
20. Sr. D. Anacleto Buelta.
21. Sr. D. Máximo de la Cantolla.
22. Sr. D. Eugenio Maffei.
23. Excmo. Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle.
24. La Biblioteca Nacional.
25. Sr. D. Joaquín de Azpiazú y Cuenca.

26. Excmo. Sr. D. Vicente Barrantes.
27. Sr. D. Joaquín Ceballos Escalera.
28. Excmo. Sr. Marqués de la Vega de Armijo.
29. Excmo. Sr. D. Manuel Silvela.
30. Sr. D. Fermín Hernández Iglesias.
31. La Biblioteca del Ministerio de Gracia y Justicia.
32. Sr. D. Emilio Ruiz de Salazar.
33. Sr. D. Luis Vidart.
34. Excmo. Sr. Marqués de Perales.
35. Ilmo. Sr. D. Félix García Gómez.
36. Sr. D. Ricardo Chacón.
37. Excmo. Sr. D. Emilio Castelar.
38. Excmo. Sr. Conde de Casa-Valencia.
39. Excmo. Sr. Marqués de Corvera.
40. Excmo. Sr. D. Nilo María Fabra.
41. Excmo. Sr. D. Luis de Estrada.
42. Ilmo. Sr. D. Julián Zugasti y Sáenz.
43. Excmo. Sr. Marqués de Aranda.
44. Excmo. Sr. Marqués de Heredia.
45. Excmo. Sr. D. Fermín Lasala.
46. Excmo. Sr. Conde de Placencia.
47. Excmo. Sr. Duque de Alburquerque.
48. Sr. D. Amós de Escalante.
49. Excmo. Sr. D. Ramón de Campoamor.
50. Ilmo. Sr. D. Juan Uña.
51. Ilmo. Sr. D. Joaquín Maldonado Macanaz.
52. El Ateneo de Madrid.
53. Sr. D. Juan Mañé y Flaquer.
54. Sr. D. Patricio Aguirre de Tejada.
55. Excmo. Sr. Marqués de Valmar.
56. Sr. D. Mariano Vázquez.
57. Sr. D. Juan Federico Muntadas.
58. Excmo. Sr. D. Carlos de Haes.
59. Sr. D. Eduardo Sánchez y Rubio.
60. La Biblioteca del Senado.
61. Sr. D. José de Garnica.
62. Ilmo. Sr. D. Manuel Merelo.
63. Sr. D. Francisco de Borja Pabón.
64. Sr. D. Manuel R. Zarco del Valle.

65. Sr. D. Isidoro de Urzáiz.
66. Excmo. Sr. Marqués de Vallejo.
67. Sr. D. Lucio Domínguez.
68. Sr. D. Salvador de Torres y Aguilar.
69. La Biblioteca de la Real Academia Española.
70. Sr. D. Fernando Fernández de Velasco.
71. Sr. D. Pedro N. Oseñalde.
72. Ilmo. Sr. D. Federico Hoppe.
73. Excmo. Sr. Marqués de Pidal.
74. Excmo. Sr. Marqués de Hoyos.
75. Excmo. Sr. Marqués de Barzanallana.
76. Excmo. Sr. Conde de Valencia de Don Juan.
77. Sr. D. Carlos Bailly-Baillière.
78. Sr. D. José María Asensio.
79. La Real Academia de la Historia.
80. Excmo. Sr. D. Juan Valera.
81. Excmo. Sr. D. Gabriel Enríquez.
82. Sr. Conde de Torre Pando.
83. Sr. D. Félix María de Urcullu y Zulueta.
84. Sr. D. Luis de la Escosura.
85. Sr. Conde de Agramonte.
86. Sr. D. Manuel Cerdá.
87. La Biblioteca del Ministerio de Fomento.
88. Sr. D. José Sancho Rayón.
89. Excmo. Sr. Marqués de Casa Loring.
90. Sr. D. Fernando Arias Saavedra.
91. Sr. D. Alfonso Durán.
92. Sr. D. Enrique Suender y Rodríguez.
93. Doctor E. Thebussen.
94. Excmo. Sr. Duque de Frías.
95. Sr. Conde de San Bernardo.
96. Excmo. Sr. D. Eugenio Montero Ríos.
97. Ilmo. Sr. D. Manuel Ortiz de Pinedo.
98. Excmo. Sr. D. Juan Guillén de Buzarán.
99. Sr. D. José Antonio de Balenchana.
100. Sr. D. Marcial Taboada.
101. Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié.
102. Sr. Conde de Roche.
103. Excmo. Sr. D. José de Fontagud Gargollo.

104. Sr. D. Enrique Rouget de Loscos.
105. Sr. D. Eugenio de Nava Caveda.
106. Excmo. Sr. Marqués de Miravel.
107. Excmo. Sr. Conde de Casa Galindo.
108. Excmo. Sr. D. Francisco de Zabalburu.
109. Sr. D. José de Palacio y Viteri.
110. Sr. D. J. N. de Acha.
111. Sr. D. Juan Llordachs.
112. Sr. D. Juan Gualberto Ballesteros.
113. Sr. D. Pablo Cuesta.
114. Sr. D. Fernando Núñez Arenas.
115. Sr. D. José Llordachs.
116. Sr. D. Laureano Pérez Arcas.
117. Sr. D. Ramón Siscar.
118. Sr. Gerold, de Viena.
119. Sr. D. Juan Martín Fraqui.
120. Sr. D. Joaquín Zugarramurdi.
121. Sr. D. Donato Guío.
122. Excmo. Sr. Conde de Morphy.
123. Excmo. Sr. D. Segismundo Moret.
124. Sr. D. Fidel de Sagarmínaga.
125. Sr. D. Vicente Poleró.
126. Excmo. Sr. D. Salvador de Albacete.
127. Sr. D. Federico de Uhagón.
128. Sr. D. Benito Perdiguero.
129. Excmo. Sr. D. Francisco Romero y Robledo.
130. Sr. D. Antonio Pineda Cevallos Escalera.
131. La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
132. Excmo. Sr. D. Alejandro Llorente.
133. Sr. D. Gabriel Sánchez.
134. Sr. D. Santos María Robledo.
135. Sr. D. José Jorge Daroqui.
136. Sr. D. Pedro Pablo Blanco.
137. Excmo. Sr. D. Ricardo Villalba y Pérez.
138. Sr. D. Eduardo Corredor.
139. Excma. Sra. Condesa de Oñate.
140. Sr. D. Luis Masferrer.
141. Sr. D. José Anllo.
142. Sr. D. Francisco Cuesta.

143. Sr. D. Mariano Murillo.
144. Sr. D. Federico Real y Prado.
145. Sr. D. Felipe Barroeta.
146. Sr. Conde de Peñaranda de Bracamonte.
147. Sr. D. Enrique García de Angulo.
148. La Biblioteca de la Academia del E. M. del Ejército.
149. La Biblioteca del Ministerio de Marina.
150. Sr. D. José Moncerdá.
151. Ilmo. Sr. D. Bienvenido Oliver y Esteller.
152. Sr. D. Rafael de la Escosura.
153. Excmo. Sr. D. Francisco de Cárdenas.
154. Excmo. Sr. D. José Núñez de Prado.
155. Excmo. Sr. D. Antonio Rodríguez de Cepeda.
156. Sr. D. Miguel Guijarro Rodrigo.
157. Sr. D. Miguel Guijarro Ocaña.
158. Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.
159. Excmo. Sr. Marqués de Casa Irujo.
160. Sr. D. Miguel Victoriano Amer.
161. Sr. D. Leocadio López.
162. Excmo. Sr. Conde de Toreno.
163. Sr. D. Luis María de Tro y Moxó.
164. Sr. D. Felipe Iturbe.
165. Excmo. Sr. D. Feliciano Herreros de Tejada.
166. Sr. D. Francisco Iravedra.
167. Sr. D. José Canosa y Martínez.
168. La Biblioteca Imperial de Strassburg.
169. Sr. D. Fernando Holm.
170. Sr. D. Joaquín Fontes y Contreras.
171. La Biblioteca del Congreso de los Diputados.
172. Sr. D. Antonio Benítez de Lugo.
173. Sr. D. Wenceslao Ramírez de Villa-Urrutia.
174. Sr. D. Joaquín Valera.
175. Sr. D. Luis Carmena Millán.
176. Sr. D. José Laín y Guío.
177. Sr. D. José Enrique Serrano.
178. The Earl of Ducie.
179. Excmo. Sr. Marqués de Viluma.
180. Sr. D. Carlos Calderón.
181. La Biblioteca Real de la Universidad de Bonn.

182. Sr. D. Clemente Cortejón.
183. Sr. D. José Lázaro.
184. Excmo. Sr. Marqués de Trives.
185. Sr. D. Augusto Echevarría.
186. Excmo. Sr. D. Victorino Arias Lombana.
187. Sr. D. Nazario Calonje.
188. Excmo. Sr. Conde de Bañuelos.
189. Sr. D. Federico Avecilla.
190. Sr. D. Eugenio Hartzenbusch é Hiriart.
191. Excmo. Sr. Conde de Zavellá.
192. Sr. D. Manuel María Peralta.
193. Sr. D. Luis Tusquets.
194. Sr. D. Carlos María Ponte.
195. Sr. D. Luis Navarro.
196. Sr. Norman Maccoll Esq.re
197. Sr. D. Enrique María Alvarez y Martínez.
198. Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.
199. Librería «Guttenberg.»
200. La Biblioteca de la Universidad de Barcelona.
201. Sr. D. Fernando Palha.
202. Sr. D. Juan Vidal.
203. Sr. D. Alonso Mesía de la Cerda.
204. Sr. D. Antonio Paz y Mélia.
205. Sr. D. Francisco Guillén Robles.
206. Excmo. Sr. Conde de Sallent.
207. Sr. D. Saturio Martínez.
208. Sr. Marqués del Bosch de Arés.
209. .Excmo. Sr. Duque T' Serclaes.
210. Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros.
211. Sr. D. Carlos Volmöller.
212. Sr. D. Francisco A. Commelerán.
213. Sr. D. J. C. Cebrián.
214. Excmo. Sr. D. José Esperanza y Sola.
215. Sr. D. Mateo de Rivas y Cuadrillero.
216. Sr. D. León Medina.
217. Sr. D. Jesús Manso de Zúñiga.
218. Sr. D. Francisco R. de Uhagón.
219. Sr. D. Cesáreo Aragón.
220. Excmo. Sr. Marqués del Pazo de la Merced.

221. Excmo. Sr. D. Raimundo F. Villaverde.
222. Excmo. Sr. D. José Moreno Leante.
223. Sr. D. José Luis Gallo.
224. Excmo. Sr. Duque de Aríon.
225. Excmo. Sr. Marqués de la Puente y Sotomayor.
226. Señorita Doña Blanca de los Ríos.
227. Ilmo. Sr. Vizconde de Palazuelos.
228. Ilmo. Sr. D. Carlos Belmonte y Chico de Guzmán.
229. Sr. H. B. Clarcke.
230. Excmo. Sr. Conde de Vilches.
231. Sr. D. Joaquín Hazañas y la Rua.
232.
233.
234.
235.
236.
237.
238.
239.
240.
241.
242.
243.
244.
245.
246.
247.
248.
249.
250.
251.
252.
253.
254.
255.
256.
257.
258.
259.

260.
261.
262.
263.
264.
265.
266.
267.
268.
269.
270.
271.
272. La Sociedad de Bibliófilos Españoles.

SEÑORES SOCIOS FALLECIDOS

CUYA SUSCRIPCIÓN CONTINÚAN SUS PARIENTES Ó HEREDEROS.

S. M. EL REY D. ALFONSO XII.
1. ✠ Ilmo. Sr. D. Ramón Llorente y Lázaro.
2. ✠ Ilmo. Sr. D. Ramón Miranda.
3. ✠ Sr. D. Marcos Sánchez.
4. ✠ Sr. D. Mariano Fortuny.
5. ✠ Sr. D. Pedro Avial.
6. ✠ Sr. D. Antonio Novo.
7. ✠ Sr. D. Rafael Aguilar y Pulido.
8. ✠ Sr. D. José Carranza y Valle.
9. ✠ Excmo. Sr. D. Joaquín Ruiz Cañabate.
10. ✠ Excmo. Sr. D. Cayetano Rosell.
11. ✠ Excmo. Sr. D. Francisco Millán y Caro.
12. ✠ Excmo. Sr. D. Severo Catalina.
13. ✠ Sr. D. Adolfo Rivadeneyra.
14. ✠ Sr. D. José de Santucho y Marengo.
15. ✠ Sr. D. Juan Manuel Ranero.
16. ✠ Excmo. Sr. Marqués de la Torrecilla.
17. ✠ Sr. D. Luis Burgos.
18. ✠ Excmo. Sr. Marqués de Molíns.
19. ✠ Sr. D. José María Octavio de Toledo.

JUNTA DE GOBIERNO.

PRESIDENTE......... Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.—Serrano, 57, hotel.

VICEPRESIDENTE...... Excmo. Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle.—Alcalá, 49 duplicado, 4.º

TESORERO.......... Sr. D. José Antonio de Balenchana.—Reina, 24, bajo.

CONTADOR.......... Sr. D. Francisco Guillén Robles.—Biblioteca, 8.

SECRETARIO PRIMERO. ....

SECRETARIO SEGUNDO. Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié.—San Onofre, 5, 2.º

VOCALES...........
- Excmo. Sr. D. Pascual de Gayangos.—Barquillo, 4, 3.º
- Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.
- Excmo. Sr. D. Francisco Asenjo Barbieri.—Plaza del Rey, 3.
- Sr. D.

LIBROS PUBLICADOS

POR LA

SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES.

I. Cartas de Eugenio Salazar, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

II. Poesías de D. Francisco de Rioja, por D. Cayetano A. de la Barrera. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

III. Relaciones de algunos sucesos de los últimos tiempos del reino de Granada, por D. Emilio Lafuente Alcántara. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

IV. Cinco cartas político-literarias de D. Diego Sarmiento de Acuña, Conde de Gondomar, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

V. El libro de las aves de caça, del Canciller Pedro López de Ayala, con las glosas del Duque de Alburquerque. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

VI. Tragedia llamada Josefina, de Micael de Carvajal, por D. Manuel Cañete. Tirada de 300 ejemplares. *Gratis para los socios. Agotada la edición.*

VII. Libro de la Cámara Real del Príncipe D. Juan, de Gonzalo Fernández de Oviedo, por D. José María Escudero de la Peña. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

VIII. Historia de Enrrique fi de Oliua, Rey de Iherusalem, Emperador de Constantinopla, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

IX. El Crotalon de Christophoro Gnophoso. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

X. Don Lazarillo Vizcardi, de D. Antonio Eximeno, por Don Francisco Asenjo Barbieri. Dos tomos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XI. Relaciones de Pedro de Gante, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Gratis para los socios. Agotada la edición.*

XII. Tratado de las batallas y ligas de los ejércitos del Emperador Carlos V, desde 1521 hasta 1545, por Martín García Cereceda. Tomos I, II y III. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIII. Memorias del Cautivo en la Goleta de Túnez, por Don Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIV. Libro de la Jineta y descendencia de los caballos guzmanes, por D. José Antonio de Balenchana. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XV. Viaje de Felipe segundo á Inglaterra, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVI. Tratado de las epístolas y otros varios, de Mosén Diego de Valera, por D. José Antonio de Balenchana. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVII. Dos obras didácticas y dos leyendas, sacadas de manuscritos de la Biblioteca del Escorial, por D. Germán Knust. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVIII. Divina retribución sobre la caída de España en tiempo del noble Rey D. Juan el primero, del Bachiller Palma, por Don José María Escudero de la Peña. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIX. Romancero de Pedro de Padilla, por el Marqués de la Fuensanta del Valle. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XX. Relación de la jornada de Pedro de Orsúa á Omagua y al Dorado, por el Marqués de la Fuensanta del Valle. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXI. Cancionero general de Hernando del Castillo, por Don José Antonio de Balenchana. Dos tomos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXII. Obras de Juan Rodríguez de la Cámara (ó del Padrón), por D. Antonio Paz y Mélia. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXIII. El Pelegrino Curioso, por D. Pascual de Gayangos. Tomos I y II. Tirada de 300 ejemplares.

XXIV. CARTAS DE VILLALOBOS, por D. Antonio María Fabié. Tirada de 300 ejemplares.

XXV. MEMORIAS DE D. FÉLIX NIETO DE SILVA, MARQUÉS DE TENEBRÓN, por el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. Tirada de 300 ejemplares.

XXVI. HISTORIA DEL MAESTRE ÚLTIMO QUE FUÉ DE MONTESA Y DE SU HERMANO D. FELIPE DE BORJA, por D. Francisco Guillén Robles. Tomo I. Tirada de 300 ejemplares.

XXVII. DIÁLOGOS DE LA MONTERÍA, Manuscrito inédito de la Real Academia de la Historia, por el Sr. D. Francisco R. de Uhagón. Tirada de 300 ejemplares.





